ANA FORNER

Todos los inviernos a tu lado



esencia

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Advertencia

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Banda sonora

Créditos

TODOS LOS INVIERNOS A TU LADO

Ana Forner

Esencia/Planeta

Dedicado a todos los que estuvieron
a punto de rendirse y no lo hicieron.
A los que dudaron y, aun así, siguieron.
A los que creyeron que no podían y lo lograron.

Y, sobre todo, a mí; porque lo hice,
porque seguí y porque pude.

Advertencia

Esta novela contiene escenas sexuales explícitas que no son apropiadas para todas las edades. Dichas escenas son fundamentales para el desarrollo de la historia y de los personajes.

¿Y si el error es dar la espalda a tu felicidad?

Capítulo 1



Islas Lofoten. Principios de junio de 1992

SILJE

—¿Preparados? —les pregunto, sintiéndome tan dichosa que temo explotar de felicidad en cualquier momento.

Hoy voy a mostrar, por primera vez y a las personas que más quiero, cómo ha quedado Silje's Bakery, mi cafetería y ese sueño que llevo abrazando, casi sin darme cuenta, desde que la señora Anette cerró la suya para siempre y me dejó huérfana de ella. Porque, cuando un lugar que ha formado parte de tu vida y ha sido muy especial para ti desaparece, te deja un vacío difícil de explicar.

Y, durante un breve instante, traigo de vuelta el olor a humo y el calor que desprendía su horno de leña, el viejo mobiliario de madera, lleno de marcas y surcos, propios del uso, y el mostrador siempre a rebosar de comida: los bollos, tan esponjosos; los rollitos

de canela recién hechos; los panes con pasas, y las pizzas crujientes.

Recuerdo que me encantaba sentarme en la mesa que había frente a la ventana y que casi siempre pedía lo mismo: un vaso de leche muy caliente y dos bollos. Luego, con el paso de los años, sustituí la leche por el café bien cargado —sobre todo en época de exámenes— y, esa mesa frente a la ventana, por el mostrador cuando dejé de ser una clienta más para convertirme en su empleada. Y también en su chica, como solía llamarme. Con ese recuerdo aleteando en mi interior siento el leve pinchazo de la añoranza instalarse en mi garganta. Porque con la señora Anette no solo aprendí el oficio de camarera, sino, además, a llevar una cafetería.

Me acuerdo de que, al principio, solo me daba consejos esporádicos, pero, con el paso del tiempo, esos consejos empezaron a llegar de manera constante, cada día, junto con nuevas responsabilidades, hasta que me di cuenta de que me estaba formando. De lo que no me percaté fue de que estaba viendo en mí a su sustituta y también la continuidad de su negocio; de eso fui consciente años después, cuando falleció y me dejó la cafetería en herencia.

—Nunca olvides que una mujer necesita demostrar siempre su valía mucho más que un hombre. Estudia, fórmate y llena tu mente de conocimientos, como llenas tu estómago de comida —me repetía constantemente cuando yo le decía que no tenía sentido que estudiara tanto si sabía que lo mío era ser camarera.

»Tú serás algo más que una camarera, no lo olvides —me rebatía entonces ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres como yo.

Y ahí lo dejaba, y me enviaba a la cocina o a limpiar mesas para que no siguiera preguntándole más.

Y ahora estoy aquí, a punto de abrirla de nuevo al público, solo que ya no se llama Anette's Bakery, sino que lleva mi nombre y «panadería» escrito en inglés en lugar de en noruego. Además, la he reformado por completo con la ayuda de mi padre y de Sven, mis grandes apoyos en esta aventura, porque no tengo ninguna duda de que va a serlo. Solo espero hacerlo tan bien como lo hizo mi jefa y mentora y que se sienta muy orgullosa de mí, allá donde esté.

—Cuando quieras —me anima Loki, sonriendo tanto como yo, mientras intercambio una mirada de complicidad con mis mejores amigas, Breen y Liv.

—Venga, abre esa puerta de una vez —me pide Breen con impaciencia.

—Como no haya una mesa donde estaba la nuestra, voy a ponerla yo, te lo advierto —interviene Liv, y suelto una carcajada que me lleva de vuelta a esos días en los que la cafetería de la señora Anette era nuestro punto de encuentro cuando quedábamos para estudiar.

Siempre nos sentábamos frente a la ventana, y no había día en el que no termináramos derramando algún vaso de leche por encima de los libros porque, por mucho que nos empeñáramos, no cabíamos ahí las tres con todas nuestras cosas. Y, aun así, siempre elegíamos esa mesa minúscula, a pesar de las innumerables veces que la señora Anette nos propuso que tomáramos asiento en otra más grande. Así de tozuditas éramos.

Esbozo una sonrisa regresando al presente de este instante y grabándolo en mi mente para no olvidarlo jamás. El momento en el que por fin abro las puertas de Silje's Bakery por primera vez, aunque no al público, sino solo a las personas más importantes de mi vida: mis padres; Sonia, una amiga de la familia; Sven, otro

amigo de la familia; por supuesto, Breen y Liv, y mi gran aliado en todo esto, mi hermano Loki.

—Adelante... Bienvenidos a mi sueño —musito, sonriendo tanto como puedo cuando enciendo la luz.

—¡Qué preciosidad, cielo! Has respetado las paredes de caravista que tenía Anette... ¡Y fíjate en el mostrador! ¡Es incluso más grande que el que tenía ella! —exclama Sonia, acercándose a él mientras sonríe complacida.

—Puede que no esté frente a la ventana, pero está al lado —les digo a mis amigas, observando ese rinconcito perfecto en el que no me importaría ponerme a estudiar de nuevo: el sofá, pegado a la pared; la mesa de madera, en la que caben un montón de libros y vasos de leche sin riesgo a ser derramados, y las sillas con patas de hierro negro y tapizadas con el mismo terciopelo naranja del sofá.

—Bien hecho, amiga, así me gusta mucho más. Ya puedes ponerle el cartelito de reservado a esta mesa, porque pienso venir a desayunar todos los días —me comenta Breen, tomando asiento en el sofá, con una enorme sonrisa dominando su rostro—. Por favor, ponme un café con leche y un bollo de canela... ¡Ah, no! Espera, que no tenemos cocinero todavía —remarca con guasa, empezando a tamborilear los dedos sobre la mesa mientras oigo a mis padres charlar animadamente con Sonia y Sven sobre lo bien que ha quedado todo.

—Ay, qué equivocadita estás —le digo, muy segura de que justo ahora es cuando voy a explotar de felicidad.

—¿Ya tienes cocinero? —exclama Sonia, que tiene el magnífico don de estar en todas partes.

—¿Tienes cocinero y no me lo habías contado? —me riñe mi madre, porque este tema me ha tenido bastante agobiada hasta que

he conseguido que me dijera que sí. Y no ha sido fácil por muchos motivos, pero lo he logrado.

—¿Y podemos saber quién es? —me pregunta mi padre con curiosidad.

—¿Lo conocemos? —interviene Liv, sentándose al lado de Breen.

—Y tanto que sí —digo, ensanchando la sonrisa que domina mi rostro mientras mi hermano intenta frenar la suya cuando echo a andar hacia él—. Os presento al cocinero de Silje's Bakery: Loki —anuncio, colgándome de su brazo.

—¿No me digas que al final has aceptado? —le pregunta nuestro padre, después de soltar una sonora carcajada.

—¡Qué remedio! No iba a dejarla sola en esto.

—Sí, claro, y ahora será eso y no que era muy tentadora la oferta de tener una cocina diseñada por ti, para ti, sin tener que aguantar las órdenes de nadie.

—Voy a tener que aguantar las tuyas, no sé si he salido ganando o perdiendo con el cambio.

—Una buena forma de averiguarlo es probando, muchacho —le dice Sven, sonriéndole con la mirada.

—Y yo puedo ayudaros en todo lo que queráis —interviene Sonia, feliz, siempre lista para echar una mano.

—A ti te compraremos las mermeladas y la compota de manzana —le aseguro, convencida, porque no hay mermelada ni compota más buena que la suya.

—¿Comprarme? Por favor, solo faltaría que me pagarais. Me invitáis de vez en cuando a desayunar y listo.

—De eso nada. No empecemos, que nos conocemos.

—¿Qué te parece, Edda? A estas alturas, tu hija quiere pagarme —le comenta entre risas a mi madre.

Y la miro con cariño, porque Sonia es ese tipo de persona que siempre está ahí para lo que necesites, ya sea para echarte una mano con la mejor de sus sonrisas, para escucharte o para soltarte un rapapolvo si lo considera conveniente. Bueno, y para meter las narices en todas partes también.

—Y hace bien. Si me permites un consejo, yo se lo cobraría. Conociendo a mi hija, no te aceptará un solo bote si no lo haces, y Dios sabe que ese manzano necesita que le quites peso y que nosotros y todo el vecindario ya no podemos comer más manzanas —le confiesa riendo, provocando mi carcajada—. Enhorabuena, cariño. Si Anette siguiera con vida, estaría feliz de ver lo que has hecho con su cafetería.

—Gracias. Ahora solo me faltan los clientes.

—Que llegarán, seguro, en cuanto prueben la comida de mi chico —suelta Sonia sin sombra de dudas, mirando con orgullo a Loki.

Él aprendió a cocinar más con ella que con nuestra madre y todavía hoy le pregunta cómo mejorar algunos de sus platos. Y no solo eso: además, le lleva trozos de tarta porque dice que Sonia endulzó su infancia y ahora él quiere endulzar la suya; su infancia adulta.

—Eso espero. Venga, venid a ver la cocina —les pide mi hermano, sonriendo. Y no es que esté sonriendo, es que está a punto de explotar de felicidad, como yo, porque esta cocina se ha reformado por completo siguiendo cada una de sus indicaciones.

—No vas a querer salir de aquí —adivina mi amiga Liv con sorna, observándola con detenimiento cuando accedemos a esta estancia, a la que no le falta detalle.

—No quiero salir yo y no me gusta cocinar, imagínate él —interviene Breen, tomando asiento en uno de los taburetes que se encuentran frente a la isla de trabajo.

—Qué orgullosa estoy de los dos y de lo que estáis consiguiendo juntos —nos dice mi madre, rodeándome la cintura con un brazo.

—Bueno, en realidad todavía no hemos conseguido nada, pero lo haremos —le aseguro, atrapando la mirada de Loki con la mía, completamente convencida de que va a funcionar—. Vamos a lograr que Silje's Bakery sea una de las mejores cafeterías de las islas y un reclamo para la gente del pueblo y los turistas —añado, viendo la ilusión brillar en los ojos de mi hermano.

—Bien dicho, hermanita. Y, ahora que ya lo habéis visto todo, ¿por qué no vamos al DIGG para celebrar mi condena? —les propone con guasa, provocando más de una carcajada.

—Oye, ¡que has aceptado porque has querido! —exclamo, cruzándome de brazos.

—¿Porque he querido o porque no me has dejado en paz ni un jodido minuto?

—Bueno, como dueña de un negocio en ciernes, es mi deber buscar a los mejores, y tú eres el mejor cocinero que conozco.

Y también mi referente, mi apoyo y la única persona a la que confiaría la cocina de mi sueño.

—No te va a dejar vivir, muchacho —le comenta divertido Sven.

—Suerte que ahí delante tengo un bar para ahogar mi frustración con litros de cerveza. Venga, vamos, que esto está impoluto y no me apetece que lo ensuciéis y mi hermana me ponga a limpiar ya el primer día.

—El primer día será mañana —le rebato, feliz, encaminando mis pasos hacia la puerta sin poder creer todavía que esto esté pasando. Y no solo la apertura de la cafetería, sino también mi independencia, porque desde hace unas semanas vivo en la casa que perteneció a mis abuelos y que he ido reformando poco a poco a lo largo de estos últimos años.

Y ha sido una locura que, en ocasiones, me ha tenido desquiciada, pero ha valido la pena cada quebradero de cabeza.

—Cielo, no me has contado qué tal eso de vivir sola —se interesa Sonia mientras cruzamos la calle.

—Tienes que ir a ver cómo le ha quedado la casa —interviene mi madre con orgullo.

—Bueno, en realidad, solo he cambiado algún mueble y he reformado la cocina y el salón, creando una estancia abierta. El resto sigue tal y como estaba.

—Ya lo irás adaptando más a tu gusto poco a poco —me dice mamá mientras todos van accediendo al DIGG.

—O no... La verdad es que me gusta cómo ha quedado. En el baño he puesto grifería nueva y le da otro toque, y en mi habitación, aunque he cambiado la cama, he mantenido el resto, incluso las cortinas y el papel floreado de las paredes que tenía mi abuela —le cuento divertida a Sonia, sin soltar la puerta, que mantengo abierta para que ellas entren primero.

—Y tampoco has cambiado las tablas del suelo ni las puertas de la casa —añade mi madre, accediendo al local.

—Porque eso lo hizo el abuelo y, además, está todo en perfecto estado.

—Tu abuelo era uno de los mejores carpinteros de estas islas —me asegura Sonia.

Su comentario dibuja en mi rostro una sonrisa atestada de añoranza, que borro en cuanto me giro y mi vista se detiene en el hombre que se encuentra tras la barra. Hombre, que no chico.

Medirá un metro noventa, seguro; lleva el pelo oscuro cepillado hacia atrás, formando un tupé, y la barba crecida. Y es el tío más guapo e impresionante que he visto en mi vida. De hecho, si fuera capaz de reaccionar y alejar la mirada de su rostro, vería los nudillos

de mis dedos blancos de la fuerza con la que estoy aferrando el pomo.

—¡Silje! ¿Qué haces ahí que no entras? —me pregunta mi madre, girándose hacia mí, y me obligo a reaccionar de una vez y empezar a caminar hacia el grupo.

—¿Y este quién es? —les pregunto muy muy bajito a mis amigas, mirándolo de reojo y sintiendo cómo mi corazón se vuelve loco en mi pecho.

—No tengo ni idea, pero está buenísimo. Joder con Thea, cada camarero que contrata está más bueno que el anterior.

—Puede que sea su forma de captar nuevos clientes. Amiga, no hace falta que pongas el cartelito de reservado en esa mesa, porque creo que voy a venir aquí a partir de ahora —suelta Breen, dándole un buen repaso.

—¿Crees? Pues yo voy a mudarme a la barra —musita Liv, haciendo lo mismo que ella.

—Perfecto, tú múdate a la barra y yo me mudaré a su pecho. O mejor, a sus piernas. Sí, definitivamente, voy a mudarme a sus piernas.

—Traidoras. Ten amigas para esto —susurro, dándole la espalda. Solo falta que lo mire yo también para que alucine con nuestro descaro, si es que se está dando cuenta, que seguro, porque apenas hay clientes.

—¿Nunca te han dicho que en casos de fuerza mayor todo está justificado? Tu hermano lo conoce. Venga, vamos —me indica Breen, cogiéndome del brazo con fuerza para casi arrastrarme hasta la barra, donde Loki está charlando con él como si lo conociera desde siempre. Aunque eso no es nada nuevo viniendo de mi hermano, que es capaz de darle conversación hasta a la persona más asocial del planeta—. Hola, ¿qué tal?

—Hola, ¿qué tal? ¿Qué pasa, que hace mucho que no me ves? —le pregunta con sorna, ganándose que mi amiga lo mire todo lo mal que puede. Pobre, qué idiota es.

—Tú no, idiota. A ti te tengo demasiado visto —le contesta sin despeinarse, provocando mi risa, porque compartimos hasta pensamientos.

—Recuérdame por qué te he contratado —le pido a Loki, siendo plenamente consciente de su presencia tras de mí.

—¿Porque soy el mejor cocinero de estas islas? Creo que es lo que me has estado repitiendo hasta el aburrimiento durante estos últimos meses.

—Ah, sí, era eso —le digo sonriendo y negando con la cabeza mientras oigo de fondo cómo mis amigas se presentan. Y, finalmente, me giro hacia él para hacer lo mismo, sintiendo que el aire escapa de mis pulmones cuando su mirada impacta contra la mía.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas? —se anticipa a mi pregunta.

—Silje, encantada. —Le ofrezco la mano y siento cómo el calor recorre mi cuerpo con virulencia cuando mi piel se encuentra con la suya.

Dios.

—Es mi hermana y, ahora, también mi jefa —oigo que le comenta Loki con un deje divertido mientras yo me quedo atrapada en sus ojos oscuros, intimidantes y penetrantes.

—Marco. Para lo que necesites, aquí estoy —me dice, sosteniéndome la mirada, consiguiendo que me olvide de todos los que nos rodean.

—Estoy enfrente. Para lo que necesites, allí me tienes. —Siento cómo mi vientre se contrae con fuerza cuando aprieta ligeramente mi mano.

—Eso me ha contado tu hermano —pronuncia con voz ronca mientras yo me recreo en ese acento italiano que es tan sexy y atrayente como él.

—Sí, bueno... ¿Me sueltas? —le pido esbozando una sonrisa, que ensancho cuando me guiña un ojo.

Joder con este tío.

—Si no hay más remedio... —me contesta sonriendo conmigo.

—Adiós a mi sueño de mudarme —se queja Breen, tomando asiento al lado de Loki—. ¿Vino para todos?

—Por favor —pronuncio con más énfasis del que pretendía, pero es que me ha puesto cardiaca perdida.

—Si te parece, te quejas —me suelta Liv, tomando asiento en otro taburete cuando Marco se aleja.

—¿Habéis visto eso? —inquiero en voz baja.

—Para mi desgracia, sí. Necesito una copa de vino bien llena.

—¿Por qué, cielo? ¿Qué te ha pasado? —se interesa Sonia, acercándose a nosotras, seguida de mis padres y Sven.

—Nada, que unas tienen mucha suerte y otras siempre nos quedamos con las ganas. Porque voy a quedarme con las ganas. Lo sabes, ¿verdad? —me pregunta Breen con dramatismo.

—¿Quieres callarte? —le pido, muerta de vergüenza porque mis padres están delante.

—Ahora cuando llegue el vino... Marco, la necesito bien grande; la copa, digo —le aclara, guiñándole un ojo y provocando su sonrisa.

—¿Por qué he pensado en su paquete? —nos pregunta Liv en voz muy baja, ahogando una carcajada.

—Joder, ahí os quedáis.

—No, espera, ¡tenemos que brindar! —le digo a mi hermano intentando centrarme, porque mi amiga no es la única que ha pensado en su entrepierna.

Vale, estamos enfermas.

—¿Y por qué brindamos exactamente? —me plantea Loki con guasa, enarcando una ceja, para luego dirigir con discreción la mirada hacia Marco, que ha empezado a servir el vino.

—Por la cafetería, ¿por qué va a ser? —Cojo una copa de vino y se la doy—. Por esa cocina tan increíble que es toda tuya —cojo más copas, que voy ofreciendo a mis padres, a Sonia y a Sven—, por ese menú que has creado —añado, completamente centrada ya, cogiendo más copas para entregárselas a mis amigas— y, lo más importante, brindamos por nosotros, por el equipo que hemos formado y porque nuestro sueño, porque es de los dos, por fin se ha hecho realidad. Por todo esto brindamos, hermanito. ¡Por Silje's Bakery!

Alzo mi copa, sintiendo la emoción enredarse con el deseo y el anhelo porque, aunque no lo estoy mirando, él no me quita la vista de encima y está convirtiendo mi sangre en fuego líquido sin saberlo.

—Bien dicho, amiga. Por Silje's Bakery y por todo lo que viene a partir de ahora.

—¡Y por Italia! —interviene Breen, y suelta una carcajada que le contagia a Liv.

—¿Por qué por Italia? —nos pregunta mi madre sin entender nada, mientras yo siento deseos de estrangularlas.

—Porque la pasta está buenísima, Edda, por eso —le contesta con todo su descaro, provocando la carcajada de Marco.

Y ese sonido es tan sexy como él.

Capítulo 2



SILJE

—Cariño, nosotros nos vamos ya. Ve con cuidado con el coche, que estás bebiendo —me aconseja mi madre, dándome un abrazo.

—Tranquila, mamá, solo es una copa de vino —le indico, pasando de sus brazos a los de mi padre—. Qué pronto os marcháis —me quejo a Sonia cuando se acerca para darme otro abrazo y despedirse.

—Cielo, a mí estas cosas ya me cansan.

—Pásate un día por casa y te enseñaré los cambios que he hecho —le pido, sintiendo cómo el afecto se desprende de mis palabras—. Sven, muchas gracias por todo —susurro, abrazándolo con el mismo sentimiento.

Aunque no compartamos lazos de sangre, para mí son parte de mi familia, porque ser familia no es tener un título de parentesco que te defina como tío, abuelo o madre, sino estar presente en las buenas y en las malas, querer de verdad, de manera desinteresada, y que te

hagan sentir que estás en casa cuando estás con ellos. Y yo siento todo eso cuando estoy a su lado.

—Hoy nos ha faltado Aksel —se lamenta Sonia triste, observando al grupo.

—Hoy y todos los días —añade Sven, conteniéndose de comentar algo más, porque si hay algo que lleva mal, aunque no lo admita, es que mi amigo haya hecho del mundo su hogar y no haya echado raíces, como él dice, en las islas—. Mañana iré a verte, muchacha.

—Yo también iré, en cuanto pueda escaparme —se suma Sonia, antes de soltar una risita.

Sonia es viuda y, hace unos años, decidió abrir su casa al turismo y convertirla en hotel, para darle uso y mantenerse ocupada, según nos dijo entonces y según sigue diciendo cada vez que sale el tema, y Sven también es viudo, además de ser su mejor amigo, aunque, más que eso, parecen pareja porque él se pasa el día metido en su casa. De hecho, Sonia es como una segunda madre para Aksel y, si me apuras, para todos nosotros, porque cuando éramos unos críos —o más tarde, durante la adolescencia— no sé cómo lo hacíamos, pero siempre terminábamos en su cocina cuando nos metíamos en algún lío, sobre todo Aksel y yo; cuando discutíamos, de nuevo Aksel o yo, o cuando teníamos cualquier problema que no queríamos contar a nuestros padres, la mayor parte de las veces también Aksel y yo.

Recuerdo que nos sentaba a la mesa con un vaso de leche caliente delante, y no salíamos de esa cocina hasta que no nos echaba el rapapolvo, arreglábamos las cosas entre nosotros o simplemente nos sentíamos mejor. Además, fue uno de los mayores apoyos de Loki cuando lo pasó tan mal y no quiso preocupar a nuestros padres... Creo que esa fue la única vez que mi hermano nos tomó la delantera a Aksel y a mí.

—Allí os espero, muchas gracias por venir hoy —me despido, sintiéndome tremendamente afortunada por tener la familia que tengo.

—¿Cenamos? —me pregunta Liv cuando me uno a ellos en la barra.

—Yo no, me largo a mi casa. Pasadlo bien —rechaza la idea Loki, levantándose del taburete.

—¿En serio te marchas? —suelto, decepcionada.

—Y tan en serio. Ya me imagino de lo que vais a hablar y paso de oírlo. Nos vemos mañana, hermanita. Disfruta con tus amigas —contesta, dándome un abrazo—. ¡Marco! ¡Nos vemos, tío!

—Seguro que ya te has hecho colega suyo —adivino sonriendo, viendo cómo este levanta la mano para decir adiós.

Y, durante unos segundos, me quedo mirándolo más de la cuenta porque es guapísimo hasta lo abrumador. Y eso que a mí hace bastante que nadie me abruma ni me impresiona. Pero ha habido un momento antes, cuando no soltaba mi mano, en el que no he sabido qué decirle.

—¿Nos sentamos en esta mesa? —nos sugiere Liv mientras Breen y yo nos damos prisa por ocupar la misma silla, la que queda justo enfrente de la barra.

—¿Puedes disimular un poco? —farfullo entre dientes, forzando una sonrisa con la que camuflar lo que le estoy recriminando.

—Qué envidiosa eres, ¿ni siquiera me vas a dejar mirarlo?

—Ni que fuera mío —le respondo, contenta, obligándome a no alzar la mirada para no encontrarme con su rostro de infarto, que tengo a solo unos pocos metros.

—No será tuyo, pero bien que te has dado prisa por pillar esa silla —me replica Breen, torciendo el gesto.

—Qué celosilla eres. Además, lo puedes ver de perfil desde donde estás, no te quejes tanto. Venga, ¿qué pedimos?

—A un italiano desnudo, por favor —prosigue, machacona, mientras yo lo miro de reojo y lo veo reír por algo que le ha dicho su compañero de barra.

Por todos los dioses.

—Bueno, vamos a brindar —les propongo, alzando mi copa—. Por nosotras y por todo lo que va a ocurrir a partir de ahora.

—Que, en tu caso, tiene mucha relación con la pasta. —Breen sonríe abiertamente y choca su copa con la mía ante las carcajadas de Liv, que ya va medio achispada con un par de copas de vino. En serio, no conozco a nadie a quien le suba más rápido que a mi amiga.

—Tía, menuda película te estás montando. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá actúe así con todas las mujeres?

—No, porque a nosotras no nos ha dicho eso de «Para lo que necesites, aquí estoy» —nos suelta Liv con voz grave, arrancándole una risotada a Breen.

—«Estoy enfrente. Para lo que necesites, allí me tienes» —prosigue la otra, imitando el tono de mi voz, lo que provoca que Liv se atragante con su propia risa. Vale, retiro lo de que va medio achispada: va achispada por completo.

—¿Por qué bebes vino cuando te sienta tan mal? ¿Y podéis dejarlo de una vez? Sois idiotas, en serio —las riño, muerta de vergüenza, temiendo que Marco las haya oído.

—¿Qué tal, chicas? —nos pregunta Thea, que se ha acercado a nuestra mesa para tomarnos nota.

—Hombre, pero si ha llegado la responsable del *casting*.

—¿De qué hablas, Breen? —le pregunta, extrañada, sin pillarlo.

Por favor.

—De nada, no le hagas ni caso.

—Por cierto, enhorabuena. Ya me han dicho que mañana abres.

—Gracias. Si te apetece pasarte, estás invitada al primer desayuno. —Le guiño un ojo, feliz, deseando devolverle de alguna forma todas las veces que ella me ha invitado a lo que fuera.

—Pues muchas gracias —responde sonriendo.

De reojo veo cómo Liv me mira subiendo mucho las cejas. No enarcando, sino subiendo, pero en plan bestia, en plan guasa, en plan vino, porque todo tiene que ver con el dichoso vino.

—Sé de alguien que también tendrá el desayuno gratis —me suelta, antes de terminarse la copa de un solo trago, provocando la carcajada de Breen.

—No me extraña que mi hermano se haya largado. Thea, yo quiero la hamburguesa con triple de queso.

—Yo quiero una pizza margarita, una lasaña o unos abdominales con mucho queso y orégano bien marcados, cualquiera me vale —prosigue Breen, a pesar de que no hay nada de eso en la carta.

—Tráenos la misma hamburguesa a las tres —resuelvo ante las risas de Thea, que me parece que ha empezado a pillarlo.

—Y más vino. Pero, si no te importa, que lo traiga Marco; nos gusta ver cómo lo sirve —le suelta Breen con todo su descaro.

—Les pones delante a un tío un poquito fuera de lo normal y se vuelven locas.

—¿Un poquito fuera de lo normal? Sí, claro, del montón tirando a bien si te parece. Además, que lo diga ella tiene gracia —comenta Liv.

La miro negando con la cabeza, sintiendo la mirada de Marco desde detrás de la barra. Se está dando cuenta, seguro.

—Y mucha agua, por favor. No me apetece tener que arrastrarlas hasta la cama.

—Marchando unos abdominales con queso bien marcados —les sigue la broma a mis amigas, arrancándoles unas risotadas que deben oírse desde Laponia.

—Tía, ¿quieres dejar de hacerte la estirada? —me pide Breen al tiempo que alza su copa vacía hacia Marco y le hace un gesto con la otra mano para que se la rellene—. Vas a tirártelo —susurra, dejando de prestarle atención para prestármela por completo a mí—, lo sé yo, lo sabe Liv, lo sabes tú y creo que lo sabe él también. Y no nos digas que nos estamos montando una película, porque hay cosas que se saben. Nosotras lo hemos saludado y se ha limitado a soltarnos un simple «Encantado» y a darnos un apretón de manos que ha sido mínimo; vamos, que un poco más y ni me entero. No hace falta que te recuerde cómo ha sido vuestro saludo, que me he sonrojado hasta yo, y eso que el tema no iba conmigo.

—¿Te estás dando cuenta de que van a regarte el jardín dentro de más bien poco? —me comenta Liv, arrancándome una carcajada.

—Y Dios sabe que necesito que me rieguen el jardín, tengo las plantas medio muertas.

—Yo quiero que me lo cuentes todo —me pide Breen, sin dejar su copa—. Necesito saber cómo utiliza la manguera, cómo...

—¡Tía! —me quejo, divertida.

—Digna y estirada, no puedo con ella —le suelta a Liv, provocando sus estridentes risotadas, que ya no es que se oigan desde Laponia, sino que incluso deben oírse en la otra punta del planeta.

—¿Más vino, chicas? —nos pregunta Marco tras acercarse a nuestra mesa, botella en mano.

Ay, Señor, ¿este hombre es de verdad? Porque, al menos en apariencia, no se le puede poner una sola pega.

—Más de todo, por favor —le suelta Liv entre risas, provocando un amago de su sonrisa.

—Estás flipando —le digo sonriendo y, cuando tropiezo con su mirada, me quedo en ella durante unos segundos en los que me olvido incluso de mis amigas.

—Bastante. Sois muy divertidas —resuelve, soltándose de mis ojos para empezar a servirnos el vino.

—Si tú supieras lo divertidas que podemos llegar a ser... Por cierto, ¿qué tal se te da regar las flores? —le pregunta Breen intentando hablar con seriedad, pero fracasando estrepitosamente y provocando de nuevo las carcajadas de Liv. Y no es por nada, pero, ahí donde la ves, aparentemente tan loca, es un hueso duro de roer en su trabajo. Luego, sale y se pierde, más o menos como Liv, que se pierde casi más que ella en cuanto huele el vino, y ya no digamos cuando lo prueba.

—¿Hablamos de flores normales o de flores de otro tipo? —le pregunta con voz ronca, enarcando una ceja y fingiendo estar superconcentrado.

—De otro tipo, por supuesto —le contesta mi amiga, sonriendo tanto como puede.

—Creo que se me da bastante bien; al menos, nunca he recibido una sola queja —afirma, fanfarrón, sonriendo por fin y matándonos a las tres con su sonrisa, con el tono de su voz y con lo que nos estamos imaginando, porque fijo que las tres nos estamos imaginando lo mismo—. Llamadme si queréis más vino. —Y nos guiña un ojo antes de largarse.

—¿Por dónde empezamos? ¿Por su culo, que hemos mirado las tres, por lo que nos ha soltado o por lo que le haríamos?

—Por lo que le haríamos, sin duda. ¿Qué pregunta es esa, tía? Yo empezaría por chuparle el cuello, en plan caramelo... Ya sabéis, así, bien chupadito todo —nos dice Liv, poniendo cara de viciosa y provocando nuestras carcajadas.

Y total, qué más da, ya sabe por dónde vamos.

—Yo le desabrocharía el botón de los pantalones para ir de excursión en busca del tesoro, ya me entendéis —nos dice Breen, guiñándonos un ojo y provocando más risas—, y, cuando lo encontrara, me arrodillaría frente a él para metérmelo todo en la boca y oírlo gemir.

—Me estás poniendo cachonda, tía —susurra Liv. Y no es la única —. ¿Y tú qué le harías?

—¿Qué le haría...? —murmuro, alzando la mirada para encontrarme con la suya, tan oscura, penetrante e intimidante que temo que tenga algún tipo de poder que le permita oír conversaciones ajenas desde la distancia—. Os lo contaré cuando se lo haga —resuelvo finalmente, soltándome de sus ojos, y oigo al instante las sonoras protestas de mis amigas.

—Digna, estirada y encima con suerte. Matémosla, por favor.

—Qué idiota eres —le digo, dándole una palmada justo cuando llega Thea con las hamburguesas.

—Tías, si bebo mucho, luego no tengo hambre —se queja Liv, mirando su hamburguesa como si fuera un reno enorme.

—No has bebido tanto, es que apenas tienes aguante con el vino. Oye, Thea, creía que te había pedido unos abdominales marcados, no una hamburguesa.

—Cuando los tenga en la carta, prometo que serás la primera en probarlos —le responde, divertida, mientras yo mordisqueo una patata. Y no porque tenga hambre, sino porque lo he pillado varias veces mirándome, y me está poniendo mala—. Disfrutad de la cena, chicas.

—Yo disfrutaría más con otras cosas, pero es lo que hay. Chinchín, amigas; por la amistad, por las hamburguesas grasientas y por el señor resacón que voy a tener mañana —nos dice Breen alzando la

hamburguesa para chocarla con cuidado con las nuestras, algo que empezamos a hacer cuando éramos unas crías y no podíamos beber, y que continuamos haciendo hoy en día.

—Chinchín, amigas. ¡Por nosotras! —exclamo sonriendo, intentando que su mirada me afecte lo menos posible.

—Chinchín. Quiero que sepáis que os quiero mucho.

—Y, cuando nos quieres tanto, significa que ha llegado el momento de beber solo agua —le recuerdo a Liv, guiñándole un ojo —. No vamos a volver a pedirle vino, ¿está claro?

Y no solo porque ya hemos bebido bastante, sino porque me impone más de lo que quiero reconocer y con su mirada desde la barra tengo más que suficiente.

—Eres una sargento —refunfuña mi otra amiga—. Por cierto, os adelanto que la Breen del futuro está muy cabreada con la Breen del presente; mañana veréis la que va a liarme —nos suelta como si nada, para luego darle un mordisco a su hamburguesa.

—¿Qué dices, tía? —le pregunto entre risas, olvidándome momentáneamente de Marco.

—Pues eso, que la Breen del futuro, la que seré yo mañana, tendrá un resacón de morir y querrá matar a la Breen del pasado, o lo que es lo mismo, a mí ahora mismo, por no haberme comportado y haberme limitado a tomar una copa de vino y ya.

—Beberte una copa y ya es como salir de marcha y no bailar, no es viable —le asegura Liv, convencida—. Lo que tendrían que hacer es inventar alguna pastillita que nos quitara la resaca en el acto, pero... ¿sabéis qué? —Coge su copa, ya vacía, para enfatizar su discurso con ella mientras suena «Islands in the Stream», de Dolly Parton y Kenny Rogers—. No todos los días una de tus mejores amigas cumple su sueño, así que no pasa nada si nos bebemos tres, cuatro o cinco copas de vino, porque la vida también es celebrar lo

bueno que nos suceda. Y si mañana tenemos resaca, ¡pues bienvenida sea!, porque solo será un recordatorio de lo bien que lo hemos pasado hoy.

Como respuesta, Breen corea el estribillo de la canción, sonriendo y moviendo la cabeza.

—Me encanta esta canción —les digo, antes de empezar a tararearla con ella. Y voy un pasito más allá al mover mi cuerpo sin levantarme.

—Y tú, dile mañana a la Breen del futuro que no se cabree tanto porque la Breen del pasado se lo haya pasado bien con sus amigas. ¡Venga, vamos a brindar! —nos propone Liv, al tiempo que alza su copa vacía—. ¡Por nosotras y por más noches como esta!

—¡Y por tu sueño y por todos los desayunos que vamos a zamparnos por la cara! —añade Breen, guiñándome un ojo.

—*Skål!!* —exclamo, y ahora soy yo la que le hace un gesto a Marco para que venga a rellenarnos las copas.

A esa copa le sigue otra, y otra, y a ese brindis, un montón de brindis más, tantos que al final Marco tiene que llamar a un taxi para que nos lleve a casa, porque hasta mi resistencia al alcohol tiene un límite y esta noche lo he superado con creces. Creo que la Silje del futuro también va a estar muy cabreada conmigo. O no, porque estará feliz, porque mañana, por fin, abrimos la cafetería al público, y ni un millón de resacas van a estropearme el día.

Y sonrío mucho, entrando en mi casa.

Mi casa. Mi cafetería. Y él. Todo es nuevo para mí, y estoy deseando vivirlo.

Capítulo 3



SILJE

Me despierto mucho antes de que suene el despertador y lo primero que hago es sonreír porque hoy es el día. El gran día. Y ese pensamiento es suficiente como para ponerme cardiaca y voltear mi corazón con fuerza. ¿Y si no viene nadie? ¿Y si es un completo fracaso? Con los nervios empezando a bombear en mi cabeza, que de repente siento embotada, me incorporo a toda prisa, sintiendo que me falta el aire. He invertido todos mis ahorros en esa cafetería y, además, le debo un buen pellizco al banco. Puedo perderlo todo como no funcione. Mi casa. Mi negocio. Todo. Me quedaría sin nada.

Sintiendo que me ahogo ante la llegada de esos pensamientos me levanto para dirigirme hacia la ventana, abrirla de par en par y respirar tan hondo como puedo. Loki ha dejado un empleo estable para apoyarme en esto; solo por eso, no puedo fallar.

«Respira. Domina tu mente. Va a llenarse. Respira. Irá tan bien que cancelarás la deuda antes de tiempo e incluso recuperarás tus

ahorros. Respira».

Poco a poco, voy cambiando mis pensamientos negativos por otros positivos, tal y como me enseñó a hacer Sonia cuando me agobiaba mucho y sentía que mi mundo iba a terminar en cualquier instante.

«Va a ir bien, porque yo haré que vaya bien».

Con una profunda inspiración, detengo la mirada en el agua tranquila del fiordo, en las montañas que veo a lo lejos y en las muchas flores que han despertado tras el largo invierno. Mi casa, mi cafetería y también mi vida. He luchado tanto por todo ello que no voy a permitir que ahora salga mal.

—Funcionará —musito, empezando a sonreír cuando imágenes de anoche llegan para cargarse mis nervios descontrolados y sustituirlos por otros que llevan su nombre...—. Tú llegaste anoche —entono en voz baja esa canción que sonó tres veces...

«No me lo puedo creer, ¿otra vez?», recuerdo que exclamó Breen mientras bailábamos. Porque el DIGG no solo es restaurante, sino también disco-pub y, cuando la gente termina de cenar, retiran las mesas y es cuando empieza lo bueno. Y empezó. Y tanto que empezó.

Y, durante unos instantes, dejo de ver el paisaje que tengo frente a mí para regresar allí. La voz de Dolly Parton y Kenny Rogers llenando el local, nosotras coreándola, alzando la nuestra, y ese momento exacto en el que sentí su mirada y permití que conectara con la mía mientras sonaba «Islands in the Stream». Y sonrió conmigo cuando llegamos a la parte de «tú llegaste anoche» y soltó una carcajada cuando le guiñé un ojo mientras le cantaba «hacer el amor el uno con el otro».

—¡Tengo el coche en el DIGG! —exclamo, cayendo en la cuenta de repente, recordando que Marco tuvo que encargarse de llamar a

un taxi y también nuestras risotadas mientras lo hacía. Y podríamos haberlo hecho nosotras, claro que sí, solo que no quisimos y le pedimos que lo hiciera él—. Maldita sea, íbamos demasiado borrachas —me lamento, sonrojándome por segundos según voy rememorando las burradas que le soltó Breen, como que le encantaría convertirse en el botón de su pantalón para proteger su tesoro. Lo que nos reímos con la frasecita—. Qué vergüenza —susurro, cubriéndome la cara con las manos y sonriendo a mi pesar al evocar cómo le anotamos nuestra dirección... Eso lo hizo Liv. Y fue tan innecesario como todo lo demás.

Deseando ahogarme en las aguas del fiordo, salgo de mi habitación para encaminarme a la cocina y prepararme un café bien cargado, muy segura de que anoche tuvo que flipar con nosotras. Y es cierto que me muero de vergüenza de tan solo pensar en ello, pero también es cierto que no puedo dejar de sonreír, porque me lo pasé demasiado bien y porque me reí tanto que, si hoy tuviera agujetas en la tripa, no me extrañaría nada.

Mientras el olor a café va llenándolo todo, yo vuelvo a la carga sin darme cuenta, porque es muy probable que hoy lo vea otra vez y a ver qué le digo después de lo de anoche.

—Qué mal —murmuro, mordisqueándome el labio inferior, sin dejar de sonreír, recordando de repente cuando le dediqué un baile, en un momento puntual de la noche, cuando el tema ya se había descontrolado mucho. En realidad, más que dedicárselo, creo que bailé para él mientras nos comíamos con la mirada. Porque eso fue lo que hicimos—. Ufff... no me acordaba de eso —me lamento, reproduciendo en mi mente cómo lo provoqué, porque eso fue justo lo que hice—. Dios, qué horror —maldigo, cerrando los ojos, sintiendo el calor del bochorno incendiar mi rostro y deseando, con todas mis fuerzas, poder retroceder en el tiempo para cargarme ese

momento. Y no porque esté mal, sino porque yo no soy así, tan lanzada, y es muy probable que se haya creado una opinión equivocada de mí—. La culpa es de Breen. Siempre es culpa suya —musito al recordarla bailando botella en mano, que no vaso.

«Estoy imaginando que estoy cogiendo otra cosa», nos soltó entre risas, y se lamió el labio superior, provocando nuestras carcajadas.

La que liamos anoche. Solo espero que la Breen del futuro —o la del presente, más bien— le esté echando una buena bronca a la Breen del pasado.

Y, como no puedo retroceder en el tiempo ni cambiar las cosas, solo me queda fingir que no me acuerdo de nada y listo.

Sonriendo, encamino mis pasos hacia la mesa para sentarme en la silla que se encuentra frente al ventanal y ver el despertar de un nuevo día, sin dejar de tararear esa canción en mi cabeza.



Llego a la cafetería vestida con la camiseta que diseñé una tarde de lluvia —negra, de punto liso, manga larga y cuello redondo, con el nombre de la cafetería y una taza de café humeante bordados en color naranja en el bolsillo superior derecho—, que combino con unos pantalones también negros y una chaqueta con la que protegerme de este frío, que parece negarse a remitir.

—Buenos días, dormilona —me saluda Loki cuando me apeo del taxi.

—¡Oye, que no llego tarde! —me defiendo, sonriendo con él, y veo un par de cajones, debidamente cubiertos, depositados en el suelo, justo a su lado—. ¿Has estado cocinando en casa? —Acorto la

distancia que nos separa para luego ponerme en cuclillas y comprobar que lo que intuyo que contienen es cierto—. Tarta de queso, pizza recién hecha, tarta de manzana y de zanahoria. Sé de uno que no podía dormir.

—Ya me conoces —me dice, encogiéndose de hombros.

—Sí, ya te conozco —repito, levantándome para darle un abrazo y encontrarme con el calor y la seguridad de su cuerpo—. Eso te pasa por marcharte tan pronto. Si te hubieras quedado, habrías caído redondo en la cama.

—Y mi coche seguiría aparcado junto al tuyo. El tema se descontroló bastante, ¿no? —adivina, provocando mis risas.

—¿Tú qué crees? —Me alejo de sus brazos y lo miro enarcando las cejas.

—Estando Breen de por medio, imagino lo peor —contesta, sonriendo conmigo. Y es que mi amiga tiene una fama que se ha ganado a pulso con el paso de los años—. Suerte que me fui.

—Qué va, tendrías que haberte quedado. Nos lo pasamos genial. Aunque ahora quiera morirme de vergüenza tan solo de pensar en la posibilidad de verlo de nuevo —reconozco, evitando dirigir la mirada hacia el DIGG.

—Hablas de Marco, ¿verdad?

—Qué listo.

—Duerme ahí arriba —me comenta, refiriéndose a las habitaciones situadas en el piso superior del restaurante, a disposición de los empleados a un precio simbólico.

—Mira qué bien —me quejo, rebuscando las llaves en mi bolso mientras mi hermano coge los dos cajones para empezar a cruzar la pequeña terraza—. Puedo ayudarte.

—Esto no pesa nada.

Y lo sigo a toda prisa, intentando frenar las muchas preguntas que siento creciendo en la punta de mi lengua.

—¿Lleva mucho tiempo currando en el DIGG? Porque nunca lo había visto —le pregunto, fracasando estrepitosamente en mis deseos.

—Unos cuantos días.

—Y a pesar de eso ya sois colegas —suelto, provocando sus risas —. ¿Listo? —le pregunto, sintiendo la emoción y la felicidad llenarme por dentro.

—Joder, y tanto. Venga, abre.

Y lo hago. Y sonrío mucho más.

—Esta mañana he tenido un pequeño ataque de pánico —le confieso una vez dentro al tiempo que él deja las cajas sobre el mostrador y los nervios llegan para colocarse a mi lado.

—¿Tú? ¡No, qué va! —se burla, girándose para mirarme con cariño.

—Solo quiero que sepas que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que funcione y para que nunca te arrepientas de haber dejado tu empleo y haber vuelto —le digo, acercándome a él.

—De lo que me habría arrepentido sería de seguir trabajando allí cuando podía hacerlo aquí, contigo —replica, abrazándome con fuerza—. Va a funcionar, Silje, estoy seguro.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto, con la necesidad de oírlo en boca de otra persona.

—Porque te conozco: cuando quieres algo, no te detienes hasta conseguirlo, y no hay nada que desees más que esto. Haremos que funcione. Ya lo verás —sentencia, y me da un beso en la frente, como cuando éramos pequeños—. Y, ahora, a trabajar —añade soltándome, para luego coger los cajones y encaminar sus pasos hacia la cocina.

—A trabajar —susurro, siguiéndolo.

—Por cierto, la señora Larsen ha aceptado nuestra propuesta y vendrá todas las tardes a limpiar cuando cerremos. Firmó el contrato ayer; perdona, pero con tanto lío había olvidado comentártelo —le cuento un rato después mientras voy cortando la masa en tiras para formar luego los rollitos de canela, tal y como me ha explicado.

—De coña, ya te dije lo que opino de ella: es trabajadora y de confianza —murmura, sin levantar la mirada de la tarta que está preparando, mientras el olor del chocolate fundido se mezcla con el de la canela y la mantequilla derretida que flota en el ambiente—. Y recuerda lo que hablamos respecto a los horarios, porque no tiene sentido que entres a la misma hora que yo ni que yo salga a la misma hora que tú. Y esto es importante —añade, parando un momento para atrapar mi mirada con la suya.

—Ya lo sé, pero es que quería echarte una mano. Además, es el primer día, y no quería que estuvieras solo.

—Me gusta estar solo. De hecho, lo que más me gusta de mi trabajo es el silencio de las primeras horas —me confiesa, y tuerzo el gesto, provocando su sonrisa—. No me malinterpretes. Entiendo que te preocupes por mí y que hoy te haya hecho ilusión venir para abrir y todo eso, yo también lo habría hecho; pero no quiero que se convierta en una costumbre, porque luego tienes que quedarte hasta las seis, y es demasiado.

—No me importa.

—Pero a mí sí, porque, además, no es necesario.

—Y tú, ¿qué? La cocina cierra a las cuatro, son muchas horas. Te vas a pasar el día aquí metido —me quejo, como tantas veces he hecho desde que aceptó el puesto. Porque, diga lo que diga, son demasiadas horas currando sin parar—. Me siento una explotadora —reconozco finalmente, pues mis planes iniciales pasaban por tener

dos cocineros: uno que cubriera el turno de los desayunos y otro que hiciera el de los almuerzos, pero mi hermano se los cargó cuando, para aceptar el puesto, me puso como única condición que no metiera a nadie más en «su» cocina.

—Eres una explotadora... que va a trabajar las mismas horas que yo. Mira, la cafetería abre al público a las ocho y media, así que no te quiero aquí antes de las ocho, porque vas más que sobrada con llegar media hora antes para colocarlo todo en la vitrina y en el mostrador.

—Está bien... pero tú a las cuatro en punto te largas.

—Hecho. Mira, hagamos un trato —me propone, anticipándose a lo que pueda decirle, porque me conoce y sabe que sigo sin estar convencida—. No nos precipitemos, vamos a ver cómo funciona todo esto y decidiremos sobre la marcha. —Y niego con la cabeza, porque son demasiadas horas sin parar—. Oye, estoy acostumbrado a trabajar la tira de horas y, lo creas o no, no me importa: para mí esto no es trabajo, sino una afición. Si vemos que el día a día nos supera, ya contrataremos a alguien más, pero, de momento, no te precipites, que te conozco.

—Son diez horas —verbalizo por si no las ha contado.

—¿Qué pasa, acaso te da miedo no poder seguirme el ritmo? —me pregunta con sorna.

—Idiota, estoy preocupada por ti.

—¿Y no te preocupas por ti? ¿Acaso no te preocupa trabajar diez horas? Porque es lo mismo que vas a hacer tú —remarca, enarcando las cejas.

—No; en realidad, lo estoy deseando —le confieso, esbozando una sonrisa. De hecho, creo que no tengo resaca porque la ilusión que siento puede incluso con una noche de juerga.

—Pues ya somos dos —me contesta, sonriendo conmigo—. De ahora en adelante, entrarás a las ocho y saldrás a las seis.

—¿Y si queda alguien?

—Pues apagas las luces y que lo pillen —pronuncia guiñándome un ojo—. Hay un cartel en la puerta que indica el horario. A partir de las cinco, todo aquel que quiera tomarse algo tendrá que saber que la cafetería cierra a las seis en punto. ¿Está claro?

—Está claro, papá —le suelto burlona al tiempo que empiezo a enrollar una de las tiras como si fueran nudos, doblando la masa alrededor de mi pulgar hasta formar el rollito—. Estamos un poco locos, ¿no? —le planteo sonriendo de nuevo.

—Yo más bien diría que nos gusta nuestro trabajo... Oye, no se te da nada mal —comenta con admiración.

—Y, sorprendentemente, lo estoy disfrutando.

—Que todo esto sea tuyo puede que tenga algo que ver.

—Puede ser tuyo también, podemos ir a medias —le repito, como tantas otras veces he hecho.

—No quiero esa responsabilidad. Aquí la dueña eres tú, yo solo quiero ser el cocinero.

—Eres más que eso.

—Cierto, porque tengo la suerte de ser también tu hermano —me contesta con cariño.

—Si algún día cambias de opinión y quieres ser algo más que eso, dímelo. Sabes que me encantaría tenerte como socio.

—Tomo nota —responde llevando la tarta que acaba de preparar al horno, para luego acercarse a mí—. Ya sigo yo con esto, ve sacando toda esta comida fuera —me pide, deteniendo la mirada unos segundos en las pizzas, debidamente cortadas; en los cruasanes rellenos de jamón, queso y lechuga; en las tartas y en los bollos con crema, que están enfriándose sobre una de las bandejas.

—¿Te imaginas que no viene nadie y que me tiro la mañana entera detrás del mostrador viendo cómo la gente pasa por delante de la puerta sin detenerse ni entrar? Me da algo, te lo juro —le confieso, visualizándolo y muriendo.

—Siempre tan exagerada. Además, sé de alguien que va a venir —me asegura, convencido, esbozando una sonrisa que, conociéndolo, oculta una cantidad considerable de palabras.

—Papá y mamá no cuentan, ni tampoco Sven ni Sonia —le contesto, cogiendo la bandeja de las pizzas para seguidamente encaminar mis pasos hacia la puerta.

—No me refería a ellos —deja en el aire... colocando frente a mí a Marco y su repeinado tupé.

—Ah, ya... —murmuro con un hilo de voz, sintiendo que mi corazón se vuelve loco de repente—. Puede que quiera probar tu pizza —suelto por decir algo que me excluya por completo de la ecuación, intentando ocultar estos nervios que han llegado de sopetón para adueñarse incluso de mi respiración, porque noto que no entra suficiente oxígeno en mis pulmones.

—Puede ser... o puede que quiera ver otras cosas —me replica socarrón siguiéndome, para luego apoyarse en el quicio de la puerta.

Y me limito a negar con la cabeza para luego empezar a disponerlo todo en la vitrina, sin decir nada más que pueda darle pie a continuar por ese camino, porque, por muy bueno que esté —que lo está—, no es el momento de liarme con nadie... a pesar de que anoche no diera esa impresión.

Es el momento de estar centrada, enfocada solo en esto, en mi sueño.

Alzo la mirada para observar la luz de un nuevo día entrar discretamente por las ventanas y la puerta; las velitas, que todavía tengo que encender; la pequeña librería con todos esos libros que

han marcado mi vida de una forma u otra; la mesa de servicio, con los azucarillos, las servilletas de papel, las cucharas, los vasos y las jarras de agua. Todo en su sitio. Todo perfecto, como solía tenerlo la señora Anette. Solo espero que esté orgullosa de mí allá donde esté.

—Tienes razón, puede que sienta debilidad por tus cruasanes rellenos. Venga, sácalos —le digo finalmente, y oigo su carcajada de fondo mientras reanudo mi labor.

Las tartas, los bollos de canela y los rellenos de crema pastelera o chocolate, en la parte superior; los trozos de pizza junto con los cruasanes rellenos de jamón, queso y lechuga, en la inferior. Luego, en el mostrador, en la bandeja que perteneció a la señora Anette, los *muffins* y los rollitos de canela, tal y como solía tenerlo ella.

Con una sonrisa atestada de añoranza, me dirijo hacia las mesas y empiezo a encender las velitas sintiendo la emoción y los nervios enredarse en mi interior, y respiro hondo, intentando centrarme en lo cotidiano de encender una vela y luego otra para serenar los latidos apresurados de mi corazón. Centrarme en lo cotidiano. No correr hacia el futuro. No imaginar un desenlace catastrófico. Y quedarme donde estoy. En este presente de encender una vela y luego otra. Y qué fácil es pensarlo y qué complicado es lograrlo, porque mi cabeza, en momentos decisivos como este o cuando tengo un problema, siempre va por delante para ponerse en lo peor... como que esto no funcione y que yo lo pierda todo.

Ese pensamiento me lleva, sin que me dé cuenta y sin poder frenarlo, a ese mañana desolador que no es real pero que me arrastra al borde del pánico, del precipicio imaginario, donde mis desbocados latidos se adueñan de mi respiración.

«Para. No es verdad. Todo irá bien».

—Ahora solo nos faltan los clientes —le digo a mi hermano en un intento por alejarme de ese futuro en el que me siento atrapada

cuando lo oigo salir de la cocina.

—Para que lleguen los clientes, antes tendremos que abrir —remarca lo obvio, encaminándose hacia la puerta, tan tranquilo y sereno como si este fuera un día cualquiera y no uno decisivo, de esos que marcan tu vida para siempre.

«Mi futuro lo creo yo en mi presente».

Con ese pensamiento, doy un primer paso para distanciarme de ese desenlace que tanto miedo me da y que no va a suceder, porque no voy a detenerme hasta que consiga que esta cafetería sea un reclamo para la gente de la zona y los turistas. Además, no olvidemos que ya lo fue en su día y, los que la frecuentaban, regresarán.

Es más, la cola llegará hasta la puerta y será tal la afluencia de clientes que no solo trabajaremos aquí Loki y yo, sino que tendremos que contratar a personal para que nos ayude. Eso es lo que sucederá.

Con ese pensamiento echando raíces en mi interior y estabilizando los latidos de mi corazón, me coloco al lado de mi hermano.

—Venga, hermanita, haz los honores. Dale la vuelta al cartel —me pide, girándose para mirarme.

Y lo hago, dejando CERRADO frente a mí.

—Ahora sí que pueden empezar a entrar —anuncia mientras yo noto las lágrimas acudir a mis ojos—. Como llores, voy a contárselo a Aksel —me amenaza, dándome un suave codazo y provocando mi sonrisa—. Mi hermana, la tía dura que lo ganaba cuando se peleaban, llorando por esto.

—Eres idiota —bromeo antes de regresar al mostrador, sintiendo el alivio mitigar la presión de mi pecho. Y, aunque es cierto que tengo una habilidad especial para ponerme en lo peor, debo reconocer que, de un tiempo a esta parte, he empezado a

controlarlo y ya no me resulta tan complicado zafarme de esa mano que llega para apretar con fuerza. Y no puedo verla, pero puedo sentirla como si fuera real. Una mano o muchas. Un elefante. O un mundo entero aplastando mi pecho—. Venga, vamos, te invito a un café —le digo, respirando fuerte solo por la necesidad de notar el aire llenándolo todo sin encontrar resistencia alguna.

—Todavía me acuerdo de aquella vez que os liasteis a hostias y él terminó sentado en el suelo, llorando, apoyado en la pared, mientras tú, a su lado y de pie, lo mirabas en plan «Menudo llorica».

—Era un llorica —pronuncio entre risas.

Y qué descanso poder respirar de nuevo, incluso reírme.

—Y tú, una bruta.

—Pues, con la bruta esta, aprendió a besar —le recuerdo, empezando a preparar los cafés, respirando fuerte de nuevo, sintiendo ese «vacío» o esa sensación extraña que queda tras haber tenido el pecho muy apretado durante unos minutos...

La responsabilidad llevada al límite. La autoexigencia multiplicada por muchas cifras. Y una imaginación desbordante, eso también.

—Sí, habéis tenido una relación bastante peculiar —contesta, completamente ajeno al momento de pánico que acabo de superar.

—Pero no te confundas: solo dejé que practicara conmigo para que luego pudiera besar a Sophie, que era la que le gustaba, sin hacer el ridículo —le cuento, sonriendo como si nada.

Y esta es otra habilidad que tengo. Ocultar muy bien mis pensamientos y lo que siento. Mis miedos. Mi temor a no ser suficiente. A no estar a la altura. Puede que por eso me exija tanto y sea tan tenaz. Y puede que, justo por eso, la gente —incluso de mi familia— crea que soy una mujer valiente que no se detiene ante nada cuando, en realidad, no me detengo ante nada porque el fracaso me da demasiado miedo.

—Tengo que llamarlo. Joder, lo echo de menos —me confiesa en el mismo instante en el que las campanitas de la puerta tintinean al abrirse—. Hombre, creo que alguien ha venido a probar la pizza —susurra mientras mi corazón empieza a golpearme el pecho, como si pretendiera agujerearlo.

Marco.

Capítulo 4



SILJE

—Acabas de anotarte el tanto de ser nuestro primer cliente —le dice Loki con jovialidad al tiempo que yo lo observo acercarse a nosotros, vestido ya con la camisa y los pantalones de pinzas de color negro, el uniforme del DIGG.

Y es como ver la palabra *peligro*, encarnada, dirigirse hacia ti.

—¿Y tengo algún tipo de compensación por ello? —le pregunta esbozando una media sonrisa, robándome momentáneamente la respiración cuando se gira y nuestros ojos se encuentran.

Por Dios.

—¿Tienes alguna preferencia? —le contesta mi hermano con sorna mientras yo sigo atrapada en esa mirada impactante llena de noches cerradas que está apretando mi vientre muy fuerte.

—Un beso de la dueña estaría bien —me suelta, guiñándome un ojo e inyectando fuego en mi sangre.

Y no por la frase en sí, que también, sino por todo en general: por ese acento, italiano y rasgado; por esa imperceptible sonrisa que encierra tanto peligro como él, y, bueno, también porque lleva los primeros botones de la camisa desabrochados y las mangas remangadas, y ese torso y esos brazos están llenos de promesas que me encantaría comprobar si son ciertas. Solo que NO es el momento.

—Vaya, cuánto lo siento, no voy dando besos a cualquiera. Pero como intento no ha estado mal —le digo finalmente, esbozando una sonrisa—. ¿Un café?

—¿Un café contigo? Puede valer de entrada.

«Peligro, peligro, peligro».

Sin embargo, a pesar de lo que me está advirtiendo mi mente, detengo la mirada unos segundos en esos labios carnosos que gritan tantas o más promesas que su torso y sus brazos.

—Y conmigo, si no te importa —interviene mi hermano, divertido, mientras yo me dirijo hacia la cafetera para preparárselo, intentando que su presencia no me afecte demasiado, algo bastante complicado cuando siento su mirada dentro de mi cuerpo. Y he dicho dentro, sí, soy consciente de ello.

«Vale, respira, solo es un hombre... Un hombre guapísimo que está buenísimo y al que anoche le dedicaste un baile. Al menos, que recuerdes».

Con esa matización, siento que las mejillas comienzan a arderme muy intensamente, porque lo que ayer e incluso esta mañana, cuando me he levantado, me hacía gracia, ahora me está avergonzando muchísimo.

—Por cierto, creo que esto es tuyo —oigo que dice, y me giro para comprobar si habla conmigo o con Loki.

—¿Son las llaves de tu coche? —me pregunta extrañado mi hermano mientras yo las observo bailar entre los dedos de Marco sin entender nada.

¿Por qué las tiene él?

—Joder, habéis madrugado la hostia —añade, dejándolas sobre el mostrador—. Ya sé que tenía que pasar a recogerte, pero no me dijiste la hora y di por hecho que...

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —lo corto con sequedad, porque no tengo ni idea de lo que me está contando.

—¿No lo recuerdas? Me disteis las tres direcciones, y tú, concretamente, me pediste que te llevara el coche por la mañana para poder venir a trabajar. Aunque, más que pedir, yo diría que me lo ordenaste —me cuenta, esbozando una sonrisa atestada de arrogancia, mientras yo busco ese momento entre mis nebulosos recuerdos sin llegar a encontrarlo, porque tengo claro que le dimos las direcciones, pero lo otro es nuevo.

—Eso te pega bastante. ¿En serio no te acuerdas? —me pregunta mi hermano antes de soltar una carcajada—. Joder, menuda cogorza cogiste.

Y tanto que lo hice. En serio, si esa opción estuviera a mi alcance, mataría ahora mismo a la Silje del pasado por ser tan confiada, por el baile que le dediqué, por las muchas veces que... Por todo en general, para qué matizar cuando lo borraría todo: desde que entré en el DIGG hasta que salí.

—Me parece que te has llevado una impresión bastante equivocada de mí. Me llamo Silje, encantada —suelto con seriedad, tendiéndole la mano por encima del mostrador, con el deseo de empezar de nuevo y que no se confunda.

—Marco, aunque eso ya lo sabes —me contesta, aferrándola y enviando una corriente de calor a través de su piel a la mía que

aviva ese fuego que había dejado de sentir.

—Sí. Ya lo sé —le digo, dedicándole una mirada fugaz antes de soltarme de un tirón e ir en busca de su café, sintiendo el sonrojo campar a sus anchas por mi rostro... y no precisamente por la vergüenza, sino por ese fuego que en estos momentos arde en cada célula de mi cuerpo—. Aquí tienes —añado, ofreciéndole la bebida en un vaso térmico para llevar, con la esperanza de que lo pille y se largue cuanto antes, porque no me gusta sentirme así y no lo quiero aquí.

—¿Un vaso para llevar? ¿Estás echando a tu primer cliente? —me pregunta, divertido, alzando las cejas.

—En realidad, no —le miento con aplomo—. No has especificado, y he dado por hecho que venías a devolverme las llaves y te marchabas. ¿Quieres que te lo ponga en una tacita de porcelana? —le pregunto, enarcando una ceja, sosteniéndole la mirada y equivocándome del todo, porque lo correcto habría sido que le hubiera servido el café en una taza, que no en una tacita, y que se lo hubiera llevado a la mesa situada más cerca de la ventana, para que desde fuera se viera a alguien desayunando. Y ser simpática, eso también.

Y, por favor, que alguien me diga por qué estoy tan a la defensiva y solo pienso en perderlo de vista cuando anoche no podía quitarle los ojos de encima.

—Que sea la próxima vez —responde con seriedad, y me limito a asentir con la cabeza, sin alejar mis ojos de los suyos.

—¿Te la liaron mucho? —le plantea Loki con simpatía, y me vuelvo hacia mi hermano para fulminarlo con la mirada.

—Estoy aquí y puedo contártelo yo —le gruño, molesta, yendo de nuevo hacia la máquina de café para prepararme uno (o mejor uno doble o triple, ya puestos) en el que poder ahogarme, porque odio

sentirme así, tan perdida entre los recuerdos de anoche, como si una bruma densa los cubriera por completo, privándome de ellos.

—Cierto... si lo recordaras todo —matiza mi hermano, con mucha guasa, dando en el clavo y provocando su sexy carcajada.

Y ya sé que no es para tanto, que cualquiera puede beber un día más de la cuenta y, a la mañana siguiente, sentir que camina entre la niebla de sus recuerdos. Cualquiera menos yo, porque yo nunca bebo hasta ese punto y siempre sé muy bien lo que digo y lo que hago. Sentirme así, tan expuesta —porque esa es la palabra—, me hace estar a la defensiva y querer abofetear y amordazar a la Silje del pasado.

—Fue bastante divertido. La verdad es que me reí bastante con ellas.

—Qué bien, fíjate que incluso te alegramos la noche —farfullo, enfadada, girándome para mirarlo.

En realidad, con quien estoy enfadada es conmigo y, en cambio, estoy volcando mi cabreo en él.

—Cierto, porque podría haberme molestado con vosotras y, sin embargo, me lo tomé a guasa —me contesta sonriendo, solo que la seriedad está brillando en sus ojos. Y no puede tener más razón.

—Ahora es cuando necesito que me lo cuentes todo —suelta Loki.

—Breen le dijo que quería ser el... Da igual. —Lo dejo estar cuando recuerdo cómo terminaba la frase, sintiendo el calor regresar a mis mejillas para hacerlas arder—. Te pido disculpas en nombre de las tres. Está claro que nos excedimos contigo, y lo siento mucho —me disculpo con seriedad, siendo yo, esta vez, la que sostiene su mirada con decisión.

—Tranquila, ya te he dicho que me lo tomé a guasa —me recuerda, y se lleva el vaso a los labios, sin apartar sus ojos de los míos.

Maldita sea, es guapo con ganas. Siento mi interior completamente agitado mientras me pierdo unos segundos en la noche oscura que anida en su mirada.

—Por ahí llega tu segundo cliente —oigo que dice mi hermano, y dejo de prestarle atención para sonreír, por fin de verdad, cuando veo de quién se trata.

—Sven no cuenta —le replico, sintiendo el cariño desprenderse de mis palabras—. Buenos días —lo saludo, feliz, viendo la sonrisa bailar en sus ojos claros.

—Buenos días, muchachos —nos saluda, acercándose a nosotros.

—Buenos días, Sven —contesta Loki con jovialidad.

—Por lo que veo, se me han adelantado —murmura, frunciendo ligeramente el ceño.

—Marco. Encantado —se presenta ofreciéndole la mano mientras yo no pierdo detalle de nada, ni siquiera de cómo sostiene el vaso.

—Sven —oigo que le dice, y me obligo a pasar de él al tiempo que le doy un sorbo a mi café—. Te vi anoche en el DIGG.

—Trabajo allí.

—Y ahora estás aquí —le deja caer como si nada, provocando un amago de mi sonrisa, porque de tanto juntarse con Sonia cada vez se parece más a ella.

—Eso parece —le responde, divertido.

—Sí, eso parece. Supongo que tiene sentido si tenemos en cuenta que esto es una cafetería, ¿no es cierto? —prosigue.

Y pongo los ojos en blanco, imaginando luego la escena en casa de Sonia: «He visto en la cafetería al muchacho ese, al camarero que nos atendió anoche en el DIGG». «¿No me digas? ¿Tan temprano?», le preguntará ella, tomando asiento a su lado.

Suerte que, cuando se fueron, la situación todavía estaba controlada y no vieron nada raro que pudiera llevarlos a equívocos...

¿O sí? Ostras, espero que no, porque Sonia es peor que mi madre y es de las que lo ve venir cuando tú ni siquiera te has enterado de que el tema va contigo.

—Muchacha, ponme un café y un trozo de tarta de queso —me pide Sven, rescatándome de mis pensamientos—. Muchacho, qué buena pinta tiene todo —alaba a Loki, echándole un vistazo a toda la comida que llena el mostrador—. Se lo diré a Sonia, seguro que se pasa luego para haceros una visita.

—Aquí estaremos —le contesta mi hermano mientras yo empiezo a preparar su pedido—. Si quieres, puedes ir a sentarte y te lo llevamos nosotros.

—Gracias. Muchacho —le dice luego a Marco a modo de despedida, provocando mi sonrisa porque, para Sven, todos somos «muchacho» o «muchacha», y lo mejor de todo es que siempre sabemos a quién se dirige sin que tenga que emplear nuestros nombres.

—Señor.

—Sven, por favor, ya me siento bastante mayor —se queja, y va hacia la mesa de servicio para servirse un vaso de agua y coger una servilleta, un azucarillo y la cuchara mientras yo sonrío un poco más.

—Yo se lo llevo —se anticipa mi hermano, cogiendo la bandeja antes de que yo pueda hacer nada que lo impida.

Y maldigo para mis adentros cuando lo veo salir del mostrador, dejándome a solas con Marco.

—¿Qué pasa, que solo eres simpática con los hombres de cierta edad? —me pregunta en voz baja antes de llevarse el vaso a los labios.

—¿Qué pasa, que crees que no he sido lo suficientemente simpática contigo?

Me obligo a relajarme y arreglarlo un poco, porque debe ir perdidísimo conmigo, más que nada porque he pasado de tontear con él, que fue justo lo que hice anoche, a servirle el café en un vaso térmico para que se largase cuanto antes.

—¿Cuándo, hoy o anoche? Porque, si hablamos de hoy, no, no lo estás siendo. Pero si hablamos de anoche ya es otro asunto.

—Que prefiero olvidar si no te importa.

—El tema es que me importa bastante —murmura.

Me gustaría saber en qué momento ha atrapado mi mirada o he dejado de respirar.

—¿Y puedo saber por qué? —inquiero, llenando mis pulmones con una discreta bocanada de aire.

—Porque me gusta la Silje que conocí ayer. Mucho, en realidad —sentencia con ese acento italiano y ese tono rasgado que llena de nudos mi vientre.

—Pues lo siento, pero...

—¿Qué es lo que sientes exactamente? ¿Haber bailado para mí o haberme besado? —me corta, dejándome muda un instante.

¿Qué? ¿Cómo? Eh... ¿De qué beso habla?

Abro desmesuradamente los ojos, viendo la seriedad instalada en los suyos.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —le pregunto con un hilo de voz, sintiendo que palidezco.

No puede ser verdad. No puedo haberlo besado y haberlo olvidado.

—Joder, es la primera vez que una tía me besa y lo olvida —se queja, de repente divertido, mientras yo busco y rebusco ese momento entre mis escasos recuerdos—. Es coña, tranquila. Lo recordarías si lo hubieras hecho —me asegura, fanfarrón, sonriendo

tanto como puede mientras yo valoro seriamente estrellarle todas las tazas de café que tengo a mi alcance en su cara de anuncio.

—Eres bastante idiota, ¿no? —le suelto oyendo de fondo a Loki charlar con Sven.

—Qué va. Soy un tío cojonudo. Ya te darás cuenta por ti misma —me rebate, dejando el vaso de café, ya vacío, en el mostrador, antes de añadir—: ¿Te recojo cuando termines?

—No.

Y ha sido un «no» que me ha salido del alma, porque este hombre puede complicarme mucho la vida y, sinceramente, no estoy por la labor.

—¿No? —pregunta cogiendo las llaves de mi coche para, acto seguido, guardárselas en el bolsillo de sus pantalones.

—¿Qué haces? Deja esas llaves ahí ahora mismo —le pido, sin entender de qué va.

—Estaré ahí enfrente. Ven a buscarme cuando cierres —replica con ese acento italiano que hasta hace nada me parecía supersexy, pero que en estos momentos me está repateando bastante—. Pasa un buen día, *principessa* —me suelta, antes de largarse mientras yo lo miro sin poder reaccionar.

¡Que va en serio! ¡Que se marcha!

Salgo del mostrador a toda prisa para seguirlo hasta la terraza ante la atenta mirada de Sven y la sonrisa impertinente de mi hermano.

—Oye, acabamos de vernos, no puedes seguirme allá donde vaya —me suelta, engreído, y se gira para mirarme mientras el tintineo de las campanitas de la puerta queda silenciado al cerrarse a mi espalda.

—Debo tener alguna especie de imán para atraer a los tíos más imbéciles de la zona —mascullo, cabreada, acercándome a él para,

sin dudarlo ni pensarlo, meter la mano en el bolsillo de sus pantalones mientras él se limita a levantar las suyas en señal de rendición y soltar una carcajada.

—Oye, *principessa*, si quieres meterme mano, por mí no hay problema, pero mejor en un sitio privado, ¿no crees? —me pregunta con insolencia mientras yo percibo el calor de su cuerpo colarse a través de la fina tela de los pantalones.

—Ya quisieras que te metiera mano —gruño entre dientes, rodeando las llaves con los dedos. Y dejo la mano dentro de su bolsillo cuando aferra mi brazo, impidiendo que la retire—. Suéltame ahora mismo —exijo, alzando la mirada para encontrarme con la seriedad de la suya.

—Suelta las llaves.

—¿En serio esperas que te haga caso? —inquiero, sorprendida, sin poder creerlo.

—Por supuesto —murmura, volviendo ligeramente su rostro hacia el mío, acelerando suavemente mi respiración con su cercanía.

«Venga ya».

—Y yo pensando que eras de los que lo pillaban a la primera —mascullo, intentando mantener mi cabreo en lo más alto ahora que mi sentido común ha caído de rodillas a sus pies.

—Y yo pensando que eras de las que no se hacían de rogar e iban directas al grano —me rebate, moviéndose y presionando mi brazo para acercarme más a él, rozando el lóbulo de mi oreja con los labios.

¿En serio?

Lloriqueando mentalmente, me obligo a no cerrar los ojos, a respirar con normalidad y a no lamerle el cuello.

—Está claro que anoche te confundiste muchísimo —replico entre dientes, cogiendo a mi sentido común del pelo para hacer que se

levante de una vez y recuperar a la Silje que soy, porque lo de ayer tenía una justificación, pero, lo de hoy, NO.

—No creo —me asegura con voz ronca, sin moverse ni soltarme.

—Pues créelo. —Con seriedad, me separo ligeramente de él para poder enfrentarlo con la mirada—. Así que mejor vamos a aclararlo cuanto antes para que esto no se repita y no vuelvas a confundirte.

—Y, cuando dices esto, ¿te refieres a ti corriendo tras de mí para meterme mano? —me pregunta, divertido, ejerciendo un poco más de presión con la suya y despertando mis instintos asesinos.

«Vale. Respira. No lo mates, que encima saldrás tú perdiendo».

—No voy a ir a buscarte cuando cierre, ni hoy ni ningún día. Y, por supuesto, lo que sea que sucedió anoche no volverá a ocurrir. Sé que igual te cuesta entenderlo, pero seguro que, si te esfuerzas, al final lo logras —le aseguro, sonriendo con insolencia sin soltarme de sus ojos, que me miran con diversión.

—Soy demasiado corto. Por mucho que me esfuerce, no creo que llegue a ese punto. ¿Por qué no me lo explicas luego? —me suelta con sorna.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —le propongo, obligándome a mantener la sonrisa en la cara.

Menudo cretino de manual.

—En la mierda no creo que te encuentre —me replica, guiñándome un ojo—. Solo vas a quitarnos tiempo. Lo sabes, ¿verdad? —añade, esta vez con seriedad.

—No sé de qué me hablas —susurro sin poder alejar mi mirada de la suya, sintiendo cómo mi vientre se contrae suavemente.

—Y luego el corto soy yo —murmura, soltándome, al tiempo que baja la mirada hasta mi mano, que sigue perdida dentro del bolsillo de sus pantalones, y me afano en retirarla, aferrando con fuerza las

llaves—. Nos vemos, *principessa* —se despide antes de darse media vuelta para abandonar la terraza con pasos decididos.

Y lo miro sin entender nada. Y no me refiero a lo que ha dicho, sino a que esté fijándome en su culo.

—Venga ya —me riño, bajito, deseando matar a la Silje del pasado y a la del presente. Sobre todo a la del presente, porque la del pasado iba borracha y tenía una excusa muy buena para todo, pero ahora estoy sobria (muy sobria, puestos a matizar) y su culo debería importarme de cero a nada.

Capítulo 5



SILJE

—Ni se te ocurra decir nada —le advierto a mi hermano cuando accedo de nuevo a la cafetería.

—¿Sobre qué exactamente? —me pregunta, divertido.

—Sobre nada.

—No iba a hacerlo, pero hay una cosa que sí que quiero que quede clara: no estás sola en esto. Yo también he arriesgado mucho, y me gustaría que funcionara y no tener que arrepentirme de haber dejado un empleo que me gustaba y en el que ganaba una pasta. Así que, si no te importa, intenta ser un poco más simpática con los clientes a partir de ahora —me reprende con seriedad.

—Ya lo sé y lo siento. No volverá a pasar —le aseguro, muy avergonzada por mi comportamiento, porque estar a la defensiva con alguien a quien apenas conozco, y que encima es mi primer cliente, no es lo habitual en mí...

Ni eso ni bailar para desconocidos ni comérmelos con la mirada, y mucho menos darles las llaves de mi coche para que pasen a recogerme al día siguiente. Y, en realidad, no sé por qué hablo en plural cuando debería hacerlo en singular, pues tiene nombre propio, una mirada la tira de intimidante y un cuerpo al que no le sobra ni le falta nada.

Con ese pensamiento, recuerdo su pecho ancho y duro, y siento cómo mi vientre se tensa de nuevo.

Ya sé que no es el momento y que hace nada me lo hubiera cargado, pero también sé que mi sentido común se ha ido a la mierda cuando me he acercado más a él y sus labios me han rozado el lóbulo de la oreja.

—¿Te gusta? —me pregunta Loki.

—Por supuesto que no.

—Pues no lo parece —me contesta, enarcando una ceja en el mismo instante en el que se abre la puerta y aparece Breen, con cara de muy pocos amigos—. Me largo a la cocina —murmura cuando oye el gruñido que mi amiga le dedica a Sven a modo de saludo.

—Cobarde —murmuro, compartiendo una sonrisa cómplice.

—¿Puedes matarme, por favor? —gruñe Breen de nuevo cuando llega al mostrador.

—Mejor mátame tú primero —le pido, torciendo el gesto.

—Dime cómo mierdas vas a matarme si te mato yo antes. No pienso volver a beber en mi vida.

—Ni yo. Tía, ¿tú recuerdas algo de anoche? —le pregunto bajando el tono de voz.

—Solo recuerdo al italiano de ahí enfrente y que... ¿puede que él llamara al taxi? Porque regresamos en taxi, ¿verdad? —me pregunta,

apoyando los antebrazos en el mostrador, para luego dejarse caer sobre él. Y me inclino hacia ella para que ni el aire pueda oírme.

—Le di las llaves de mi coche para que viniera hoy a recogerme.

—¿Y ha ido? —se interesa, alzando la cabeza y la voz.

—Shhh, no hace falta que todo el mundo se entere —la reprendo entre dientes mientras ella me mira enarcando mucho las cejas.

—Tranquila, no creo que las tartas vayan a contarlo.

—Muy graciosa.

—Pero ¿ha ido o no?

—No, pero porque yo he llegado antes. ¿Te imaginas que se planta en mi casa?

—¿Y? ¿Dónde ves el problema? Tía, me estalla la cabeza, te lo juro. Yo no puedo ir al despacho hoy. En serio, mátame. Necesito una muy buena excusa para no asistir a la reunión que tengo en un par de horas. Hoy no puedo y ya está.

—¿Te preparo un café triple? —le propongo sonriendo al ver la mala cara que trae.

—Eso no va a quitarme esta pedazo de resaca. Me encuentro fatal y quiero estrangular a la Breen de ayer.

—Ya somos dos, entonces —musito empezando a preparárselo—. Ha venido a devolverme las llaves y a tomarse un café y se lo he puesto en un vaso térmico para que se largara cuanto antes —le cuento. Porque necesito que mi amiga me diga que me entiende o, quizá, porque necesito verbalizarlo para entenderme yo. Puede que sea por todo.

—¿Hablamos de Italia? —Frunce el ceño—. Necesito arrancarme la cabeza, me encuentro fatal —lloriquea, cerrando los ojos—. Tíratelo: está buenísimo y seguro que está de paso. Cero complicaciones. Te lo pasas bien durante unos meses y después hasta luego. He dormido una mierda —se queja, abriendo mucho los ojos y dándome

un buen repaso—. ¿Por qué a ti no te afectan las borracheras? ¿Puedes explicarme por qué estás tan estupenda?

—Porque hoy es el primer día que abro al público, no querrás que reciba a mis clientes con mi peor cara.

Y cada palabra que he pronunciado ha sido como un pequeño bofetón, porque eso es justo lo que he hecho con él.

—Hoy estoy muy cabreada con el mundo —me confiesa tras beberse el café de un trago.

—No hace falta que lo jures —musito, preguntándome cómo es posible que se beba el café ardiendo, y encima así de fuerte, porque no olvidemos que son tres cafés, cortos, al mismo tiempo, sin azúcar ni leche ni nada.

—¿Está tan bueno como lo recuerdo?

—Más.

—Me caes mal.

—Todo para ti.

—Conmigo no quiere nada.

—Ibas borracha, no lo sabes.

—Si hubiera querido algo, por poco que fuera, yo hoy no odiaría al mundo, sino que lo amaría profundamente. ¿Y sabes por qué? Porque me habría despertado desnuda a su lado. No como tú, que eres una estirada.

—Entonces, esta cara que traes no es por la resaca, sino porque no te han regado las flores —concluyo, sonriendo.

—Le dije algo de eso, ¿verdad? —indaga, cubriéndose la cara con ambas manos.

—Y que querías convertirte en el botón de su pantalón para proteger su tesoro —le hago memoria, olvidándome por un momento de lo arrepentida que estoy de todo lo que hicimos anoche para sonreír mucho más.

—Qué mal, tía. Espero no haberle dicho que me cabía todo o alguna burrada de esas —me suelta, provocando mi risa.

—Pues no sabría decirte, porque solo tengo recuerdos vagos —le confieso, dejando de sonreír para abrazar de nuevo el arrepentimiento, y no solo por lo de ayer, sino también por lo de hoy —. Lo he estropeado cuando ha venido.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo soy.

—Una estirada —me repite, sonriendo.

—Imbécil.

—¡Es la verdad! Eres una estirada y, encima, doña perfecta, porque siempre quieres tenerlo todo bajo control, y anoche te desmelenaste y dejaste que fluyera. Supongo que ha venido, te ha soltado cuatro cosas de las que no te acordabas o has recordado que le dedicaste un baile...

—¿Te acuerdas de eso? —la corto, muerta de vergüenza.

—Es de lo poco que recuerdo. Eso y la cara de viciosa que tenías.

Mierda. Siento cómo el fuego arde en mi cara muy muy intensamente.

—Y ahora estás que muerdes y a la defensiva con él porque eres consciente de que sabe cosas que tú no recuerdas, porque estás avergonzada con eso que hiciste y que no fue para tanto, y porque te gusta y no sabes por dónde tirar.

—Vale, no hace falta que me analices más. ¡Sí a todo! —exclamo, exasperada—. Creo que ha venido buscando algo que no ha encontrado —le confieso, encogiéndome de hombros.

—A la tía divertida de anoche, ¿cierto?

—Soy divertida —me defiendo, y mi amiga enarca mucho las cejas —, pero no como él esperaba.

—Es verdad, porque esperaba que te lanzaras a su cuello para lamérselo, y más bien se lo habrás arrancado de un mordisco —me corrige sonriendo.

—Tampoco ha sido eso, pero casi. Qué mal, ¿eh?

—Mal, lo mío. Lo tuyo tiene arreglo: solo tienes que cruzar la calle y decirle que te mueres por probarle la pasta —me suelta, arrancándome una carcajada—. Ríete, cabrona. Luego quiero que me lo cuentes todo.

—No pienso decirle nada de eso. La cuestión es que, aunque no me creas, no quiero nada con él, pero...

—Tienes razón, no te creo. Acabas de confesar que te gusta —me interrumpe sonriendo.

—Y a ti y a Liv y a cualquiera que tenga ojos en la cara y un mínimo de buen gusto con los hombres. Pero que me guste físicamente no significa que quiera algo con él... pero tampoco quiero que piense que soy desagradable o bipolar o lo que sea que esté pensando en estos momentos. En realidad, no quiero que piense nada y me encantaría borrar cada segundo desde que ayer entré en el DIGG para poder empezar de nuevo, pero de verdad.

—Cuántas tonterías juntas. Tía, yo no me veo con fuerzas para aguantar más chorradas hoy; con las tuyas, ya he tenido bastante.

—Pero mira que eres desagradable.

—Dime una cosa, ¿por qué he venido aquí cuando podría haberme tomado el café allí?

—Abren a las once —farfullo entre dientes, cruzándome de brazos.

—Ah, es cierto, por eso. Ya que no me matas, me largo —gruñe, dándose media vuelta para marcharse.

Y la miro esbozando una sonrisa, que desaparece de mi rostro cuando detengo la mirada en la fachada del DIGG, concretamente

en las ventanas de arriba, que pertenecen a las habitaciones y donde es muy posible que esté él.



—Ha venido muy poca gente —me quejo a mi hermano, entrando en la cocina, ya por la tarde.

—Es el primer día, ten paciencia. Tampoco ha estado tan mal —me dice con seriedad, observando la cocina impoluta.

—Solo ha venido una pareja a almorzar —verbalizo, sintiendo que me duele cada palabra que pronuncio.

—Ya vendrán, solo necesitamos un poco de tiempo.

—Pero, mientras tanto, deberíamos preparar menos comida.

—Todavía son las cinco, queda una hora para cerrar.

—Y hace una hora que no entra nadie.

—Y puede que no entre nadie más —me sostiene la mirada con decisión—, puede que mañana sea una copia exacta de hoy, y pasado, y así durante un tiempo, pero lo importante es que no perdamos la ilusión y que no nos rindamos —me dice mientras yo siento la decepción apretar mi garganta muy fuerte—. Mira, ya sé que ha venido muy poca gente, pero los que lo han hecho se han marchado satisfechos, y eso es lo que cuenta —prosigue, acercándose a mí. Asiento con la cabeza, incapaz de articular palabra, porque la decepción se las está quedando todas, una a una —. ¿No me has dicho que Ingrid se ha llevado dos rollitos de canela y un trozo de tarta de queso para que lo probaran en casa? —me recuerda, y hago un gesto afirmativo—. Ahí lo tienes. Dale tiempo a tu sueño, no quieras conseguirlo ya el primer día, porque las cosas

no funcionan así. Tú solo tienes que seguir siendo simpática, ¿vale? —me pide con mucha guasa.

—Vale —murmuro con un hilo de voz, envidiándolo mucho, porque Loki es tranquilo y positivo cuando yo soy todo lo contrario. Además, cuando quiero algo, lo quiero ya, sin esperas, y me parece que voy a tener que ser paciente con esto.

—Me marcho, cierra tú. Voy a imprimir más folletos de la cafetería y a repartirlos por los comercios de la zona —me cuenta. Y vuelvo a asentir en silencio, porque la decepción y la tristeza siguen teniendo todas mis palabras presas—. No te agobies, ¿vale? Sé que va a funcionar —me asegura, convencido, antes de darme un beso en la frente y abandonar la cocina.

Y me quedo unos minutos observándola en silencio, antes de apagar la luz y regresar a mi puesto, tras el mostrador, muy segura de que hoy la señora Larsen terminará pronto.

Cuando la cafetería la llevaba la señora Anette, me pasaba la jornada reponiendo la bandeja de los rollitos de canela y los *muffins*, además de la vitrina de la comida, porque no dejaba de entrar gente, aunque fuera solo en busca de calor, de un café o de un poco de conversación.

Y, durante unos instantes, me evado a ese tiempo añorado en el que todo era tan sencillo como venir aquí para hacer los deberes. Instalada en ese pasado, vuelvo a oír nuestras quejas cada vez que un vaso de leche terminaba volcado sobre nuestros apuntes; vuelvo a ver la nieve caer silenciosa fuera, cubriéndolo todo con su manto blanco; a sentir el calor de dentro, y a captar nuestros cuchicheos cuando hablábamos de chicos... para, más tarde, verme tras el mostrador, como ahora, solo que entonces mi jefa estaba a mi lado y su sola presencia era como un reclamo para los clientes, porque los hacía sentir bien, como en casa y bienvenidos: ella charlaba con los

que conocía y con los que no, y siempre tenía una sonrisa en los labios.

Qué importante es sonreír. Lo he hecho hoy cada vez que ha entrado un cliente, excepto con uno y no quiero darle más vueltas, de verdad, pero es que soy machacona por naturaleza y, cuando sé que he actuado mal, no puedo parar hasta que lo soluciono: disculpándome o reparando el daño. Sé que no le he hecho daño, pero también sé que no he actuado bien. Ni ayer ni hoy. Por lo de ayer, ya me he disculpado; falta que me disculpe por lo de hoy.

Hago a un lado mis pensamientos, esbozando una sonrisa cuando veo entrar a dos jóvenes.

—Buenas tardes —les digo, deseando con todas mis fuerzas que decidan quedarse y tomar algo.

—¡Hola! —me saludan, muertas de frío, acercándose al mostrador.

—¿Qué os apetece, chicas?

—Un café con leche muy caliente y un rollito de canela —me pide la morena, llevándose luego las manos a los labios para soplar y caldeárselas.

—Yo quiero lo mismo —continúa la otra—. Oye, ¿es normal la temperatura que hace? —me pregunta mientras yo empiezo a prepararlo todo.

—¿De dónde sois?

—De Sevilla, España. Hemos pasado de la manga corta a la ropa de invierno, y aun así seguimos heladas.

—Y eso que estamos en verano —suelto con jovialidad, comenzando a sentirme bien—. Imaginad cómo es esto durante el invierno.

—Para morirse, ¿no?

—Más o menos. Podéis ir a sentaros si queréis, ahora os lo llevo —les digo, añadiendo dos porciones de tarta de queso a su pedido

mientras ellas eligen dónde instalarse—. La tarta es regalo de la casa —les indico, dejando la bandeja sobre la mesa, para luego empezar a disponerlo todo frente a ellas.

—¡Muchas gracias! —me agradecen, contentas, casi al mismo tiempo.

—Nos está sorprendiendo mucho este lugar, es muy bonito —comenta la chica morena, abonando la cuenta de ambas.

—Sí que lo es. ¿Vais a quedaros muchos días?

—Una semana. Hemos llegado hoy.

—Si queréis desayunar o almorzar, la cocina está abierta hasta las cuatro.

—Genial, lo tendremos en cuenta —me responde la otra. A continuación, le da un mordisco al rollito de canela y gime—. ¡Buah, está buenísimo!

—Todo lo que prepara nuestro cocinero está riquísimo. Cuando probéis la tarta, vais a infartar —les digo, sintiendo cómo la decepción y la tristeza que apretaban mi garganta van desapareciendo poco a poco, porque pensaba que ya no entraría nadie y han entrado ellas. Y sé que no es gran cosa, pero lo suficiente como para echar por tierra lo que mi cabeza estaba dando por hecho ya—. En esa mesa de ahí tenéis las jarras de agua, los vasos, las servilletas y todo lo que podáis necesitar. Estoy en el mostrador por si queréis algo —añado, recordando las palabras de mi hermano, que no pueden ser más ciertas.

Capítulo 6



SILJE

Me despido finalmente de la señora Larsen a las seis y media, después de darle la vuelta al cartelito, porque tras esas chicas ha llegado el señor Jensen para tomarse un café y un trozo de tarta, y no he querido meterle prisa. De hecho, me ha encantado pasar ese ratito charlando con él, porque se lo ha tomado de pie, en el mostrador, mientras recordábamos a la señora Anette y esos tiempos que, me parece, no soy la única que añora.

—Esto estaba muy bueno, sí, señor. Ponme dos trozos más para llevar. ¿A qué hora abres mañana? —me ha preguntado.

—A las ocho y media.

—Bueno es saberlo. Anette estaría orgullosa de ti y de lo que has hecho con su cafetería.

Y, con sus palabras, he sentido un discreto latido, fruto de la emoción, instalarse en mi garganta durante unos segundos.

Y ahora tengo otro latido, completamente distinto, bombeando a toda prisa en mi cabeza, como si un centenar de caballos desbocados corrieran a toda velocidad por mis sienes.

Inspiro hondo un par de veces, en un vano intento por tranquilizarme, aferrando la caja de cartón con más fuerza de la necesaria, al tiempo que detengo la mirada en las luces de las ventanas y en la puerta de madera.

—¡Será posible! —exclamo por lo bajo, exasperada, abriéndola con decisión y cargándome estos nervios que no tienen razón de ser —. ¡Hola! —saludo a Thea, que se encuentra tras la barra, mientras me acerco a ella, percibiendo al instante su mirada dentro de mi cuerpo. No la de Thea, por supuesto, sino la suya.

Y, sí, he vuelto a decir «dentro», pero porque es tan intensa y penetrante que siento que puede ver más allá de lo que deseo mostrar.

—¡Ey, hola! ¿A dónde vas con esa caja? —me pregunta con simpatía cuando la deposito sobre la barra mientras yo intento no mirar, ni siquiera de reojo, hacia donde se encuentra él sonriendo. Porque lo está haciendo.

—Ya que no os habéis pasado por allí, la cafetería viene hasta aquí —le comento dibujando una sonrisa. Y, si algo así fuera posible, diría que los caballos que tengo instalados en la cabeza han empezado a hacer el esprint de su vida—. Es solo un detalle —añado, abriendo la caja para mostrarle las porciones de tarta. Solo espero que les gusten tanto que decidan incluirlas en su carta, porque ellos no hacen la repostería, sino que la compran—. De vecino a vecino. Si os gustan, os haremos un precio especial. —Le guiño un ojo, sonriendo.

—Tomo nota. —Coge una porción para darle un mordisco—. Humm, está increíble —murmura tras saborearla.

—Todas lo están, y tú tienes un desayuno esperándote cuando quieras —le recuerdo, sintiendo el calor de la mirada de Marco caldear mi sangre.

—Mañana me pasaré, prometido. Oye, felicita a Loki de mi parte, esta tarta está riquísima.

—Gracias —le digo, volviéndome finalmente para mirarlo—. Tengo que hablar con Marco, te veo mañana —murmuro con menos firmeza de la que me habría gustado, cortesía, cómo no, de estos nervios descontrolados que, repito, no tienen razón de ser.

«Tranquila. Respira. Solo vas a disculparte y a empezar de nuevo».

Y qué fácil es pensarlo y qué complicado es lograrlo, porque mi corazón está modificando sus latidos para empezar a bombear a una velocidad preocupante.

—¿Cómo era? —me pregunta, guasón, cuando me coloco frente a él—. «No voy a ir a buscarte cuando cierre, ni hoy ni ningún día. Y, por supuesto, lo que sea que sucedió anoche no volverá a ocurrir» —repite cada una de mis palabras, provocando mi sonrisa.

—No he venido a buscarte. Y lo que sea que sucedió anoche no volverá a ocurrir. Solo he venido a traerle un detalle a Thea, que también puedes disfrutar tú, y, ya puestos, a disculparme contigo.

No sé en qué momento los caballos han detenido su carrera y mi corazón ha vuelto a latir con normalidad, pero me siento cómoda, incluso relajada, y ha sucedido sin que me diera cuenta.

—Por segunda vez —matiza, enarcando las cejas y esbozando una muy imperceptible sonrisa.

—Soy consciente de ello. Lo siento, no he estado muy acertada esta mañana. Prometo ser más simpática la próxima vez... aunque no tengas cierta edad —añado, sonriendo un poco más.

—Estás dando por hecho que voy a volver —me dice con ese acento italiano que me parece tan estúpidamente sexy.

—Vas a volver —adivino, provocando su carcajada y que mi sentido común se plantee de nuevo caer de rodillas a sus pies.

—Puede ser —admite sin borrar la sonrisa de su rostro, atándome a su mirada, llena de noches brillantes. Por favor, que alguien me abofetee. ¿Noches brillantes? ¡Venga ya!—. ¿Cómo ha ido ese primer día? —me pregunta apoyando los antebrazos en la barra mientras yo me acomodo en el taburete que tengo al lado sin ni siquiera pensarlo.

—Mal —le contesto con una sinceridad aplastante, que me sorprende tanto como haber tomado asiento.

Básicamente porque mis planes iniciales pasaban por disculparme y largarme, y porque, además, no soy de ir contando mis cosas —y menos a desconocidos— si no han salido como esperaba... Y aunque salgan, porque mis decepciones solo me conciernen a mí y porque lo bueno ya se ve, no necesitas contarlo. Y, bueno, también porque soy supersticiosa con ganas y siempre he temido alardear de mis logros y que luego se estropee.

—¿Y eso? —me pregunta, esta vez con seriedad, frunciendo ligeramente el ceño.

—No ha venido casi nadie —murmuro, sintiendo que he tenido que empujar cada palabra para que saliera de mis labios, porque esa frase, para mí, es sinónimo de fracaso.

—Oye, no te ofendas, pero en estas islas no hay casi nadie. No esperarías llenarla, ¿no? —Esboza una sonrisa que llena de calidez su mirada.

—Oye, no te ofendas, pero no tienes ni idea —le respondo, provocando de nuevo su carcajada.

—¿Te pongo un vino?

—Si esperas otro bailecito, ya te adelanto que vas a quedarte con las ganas.

—En realidad, lo que espero es otra cosa, pero me parece que me vas a hacer ir paso a paso. El primero es una cita, y las citas empiezan con una copa de vino —me suelta, guiñándome un ojo—. Además, estás triste, y con vino todo se ve de otra forma —prosigue bajando el tono de voz hasta convertirlo en algo cálido, más íntimo, solo para mí. Como su mirada, que también es solo para mí.

—No estoy triste —le miento, y niego con la cabeza cuando enarca una ceja—. ¡No lo estoy, de verdad! Estoy decepcionada, eso sí, pero triste no —le miento de nuevo, dirigiéndole una mirada más que significativa cuando pone una copa frente a mí.

—Vale, no estás triste. Me queda claro —pronuncia, dedicándome una media sonrisa mientras empieza a rellenarla. Deslizo la mirada lentamente por su rostro: por sus cejas oscuras, por sus pestañas espesas, por esa barba recortada que cubre su mandíbula, hasta detenerla en la forma de sus labios, donde me quedo un poquito. Dios, es guapísimo—, pero hazme el favor y quédate aquí, conmigo, bebiéndote esta copa de vino porque, ¿sabes qué? —me pregunta, alzando la mirada otra vez para atrapar mis ojos con los suyos con determinación.

—¿Qué? —susurro sonriendo, esperando lo que sea que tenga que decirme.

—Que hace horas que no entra nadie aquí, y ya sabes que soy el último al que han contratado, así que, por lógica, voy a ser el primero al que le den una patada en el culo cuando decidan que les sobra personal.

—Thea no va a darte una patada en el culo —le aseguro, convencida.

—Pero, por si acaso, quédate, *principessa*. Necesito que crea que le soy de utilidad para atraer a más clientes.

—Entonces se trata de eso... ¿eh? —le pregunto, divertida, intentando ponerme seria sin llegar a conseguirlo—. Estoy empezando a pensar que anoche te hicimos un favor —añado, rindiéndome y sonriendo con él.

—Por supuesto que me lo hicisteis: os terminasteis todas las botellas de vino que teníamos, y lo mejor de todo es que cada botella la abrí yo —me miente, provocando mi carcajada.

—Seguro que sí —musito, cediendo, y cojo la copa para darle un pequeño sorbo.

—Ahora es cuando me dices que tengo razón y que con vino las cosas se ven mucho mejor.

Y tanto que se ven mejor, pero no por el vino, sino por él, porque es imposible que tu día siga siendo una mierda cuando tienes a semejante portento frente a ti, sonriéndote y mirándote así.

—El tema es que me había prometido no volver a beber vino.

—Bueno, también te habías prometido no regresar ni dirigirme la palabra, y solo tienes que ver dónde estás y con quién —me suelta, fanfarrón, ensanchando mi sonrisa.

—Está claro que soy de las que no aprenden —me quejo, torciendo el gesto, sin tener muy claro si debería abofetearme o disfrutar del momento.

Cuando empieza a sonar «Eternal Flame», de The Bangles, lo tengo claro. Disfrutarlo.

—No sabría decirte, sobre todo si tenemos en cuenta que estás deseando meterme mano de nuevo —me suelta con insolencia. Y lo miro sin dar crédito. Debe de estar de coña—. Dime cómo vas a hacerlo si no hablas conmigo y, lo más importante, consigues que te deje. Porque, solo para que te quede claro, no soy un tío fácil,

principessa. No te creas que voy a acostarme contigo así, de buenas a primeras. O te lo curras mucho, o mi tesoro seguirá conmigo —me dice, arrancándome una sonora carcajada.

Este tío es idiota.

—¿Perdona? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué? —le pregunto finalmente cuando consigo dejar de descojonarme y recuperar la capacidad del habla.

—No. Pero tú sí que me has metido mano en la terraza de tu cafetería, a la vista de todo el mundo.

—¡Pero si no había nadie!

—Entonces, ¿aceptas que me has metido mano?

—¡Por supuesto que no! Si no me hubieras quitado las llaves, no habría tenido que ir tras de ti.

—Es cierto que has venido tras de mí... y eso que acabábamos de estar juntos. Que las mujeres hagáis eso me agobia bastante, ¿sabes? Entiendo que os volváis locas conmigo, pero intenta controlarte, ¿vale?

—Tranquilo, intentaré vivir sin ti, aunque sea durante unas horas —acepto, siguiéndole la corriente, porque, cuando alguien es tan idiota, no tiene ningún sentido malgastar tu energía discutiendo y, además, es más divertido así. Que diga lo que quiera. Y me llevo de nuevo la copa a los labios.

—Sé que igual te cuesta, pero seguro que, si te esfuerzas, al final lo logras —me contesta, con mucha guasa, parafraseándome.

Y casi me atraganto con el vino cuando la carcajada explota en mi garganta.

Dios, qué imbécil.

—Soy un poco corta y tengo debilidad por los italianos idiotas, pero intentaré esforzarme para no ir detrás de ti a todas horas.

Aunque no te prometo nada. Estás demasiado bueno y solo puedo pensar en quitarte la ropa.

Y vale que estoy bromeando —mucho, además—, pero es cierto que hay un poco de verdad en lo último que he dicho. Y esto, puestos a ser sincera, no me pega nada. Lo sé yo, y lo sabe cualquiera que me conozca. Debo haberme vuelto loca.

—Ya lo sé —me suelta, fanfarrón, ocultando la sonrisa tras la comisura de sus labios, lo que provoca de nuevo mi carcajada.

—Me marcho, no quiero que pienses que estoy agobiándote ya el primer día —bromeo, antes de levantarme y dejar la copa en la barra—. Nos vemos. —Doy media vuelta para largarme, y cambio de opinión casi al instante, para seguidamente acercarme a él—. Otra cosa —musito, bajando el tono de voz para que nadie pueda oír la tontería que voy a soltar—. Solo para aclararlo: tú también vas a tener que currártelo mucho si quieres que te preste un poco de atención, así que imagínate para otras cosas —sentencio, provocando su sonrisa.

Y esa es la clase de sonrisa que posiblemente debería temer, más que nada porque mi sentido común acaba de caer, babeando, postrado a sus pies.



Despierto a la mañana siguiente con una sonrisa enorme cruzando mi rostro, y no por la cafetería, sino porque su cara y su idiotez han sido lo primero que mi mente adormilada ha sido capaz de recordar.

«Céntrate, haz el favor».

«Seguro que Loki ya está trabajando».

Con la llegada de ese pensamiento, siento cómo el peso de mis obligaciones me despierta por completo, porque, aunque ayer acordamos tener cada uno nuestro horario, no puedo evitar sentir que debería estar allí con él.

Tras quitarle la alarma al despertador, que no había sonado todavía, me dirijo al baño para darme una ducha con el agua hirviendo mientras el sol ya brilla en el cielo.

Tengo que aprender a relajarme, a controlar o frenar esa responsabilidad que me insta a que me dé prisa para llegar cuanto antes a la cafetería. Y, en realidad, no sé si es a la responsabilidad a la que pretendo frenar, o a esa parte de mí a la que se le está yendo la cabeza y solo piensa en verlo de nuevo.

«Por favor, ni se te ocurra. No vas a llegar antes de las ocho, y no se hable más».

Mientras el agua caliente se desliza por mi cuerpo, sonrío sin darme cuenta cuando los recuerdos de ayer regresan, trayéndolo de vuelta. No me lo puedo creer: en lugar de estar preocupada porque apenas tuvimos clientes, estoy sonriendo como una idiota por las tonterías que dijo.

En serio, que alguien me mate.

Me visto con la camiseta de la cafetería y unos vaqueros ceñidos de color negro, me maquillo discretamente y dejo mi larga melena rubia suelta, para seguidamente encaminar mis pasos hacia la cocina, para prepararme el primer café del día. Y habrá a quien le gustará tomarlo en pijama con las legañas todavía pegadas a los ojos mientras maldice el mundo o, por el contrario, disfrutando de la lentitud del despertar, cuando yo, en cambio, prefiero estar ya lista para empezar el día.

Unos suaves toques en la puerta me sacan de mis pensamientos y frunzo el ceño ligeramente. ¿Quién será tan temprano?

—¿En serio? —gruño sonriendo cuando abro la puerta y me encuentro con su cara de anuncio.

—Eso digo yo. Ya puede ser algo importante para hacerme venir hasta aquí. ¿Qué pasa? ¿Que no solo te gusta vivir en el culo del mundo, sino que además tienes que vivir en el culo del culo del mundo? Joder, no hay nadie en kilómetros a la redonda —se queja, descalzándose antes de entrar mientras yo me pregunto si esto es real o sigo dormida.

—¿De qué hablas? —le pregunto, completamente perdida, viendo cómo entra en mi casa como si nada y yo me pellizco con discreción para cerciorarme de que estoy despierta.

—Joder, *principessa*, menuda casa. Está claro que, cuando se trata de ti, todo es a lo grande.

—Me alegro de que te des cuenta de una vez. ¿Qué haces aquí? —le planteo, siguiéndolo hasta la cocina.

—Estabas pensando tanto en mí que al final he tenido que venir a ver qué querías. ¿Te preparo un café?

—Estás de coña, ¿no?

Alucinada, me debato entre liberar mi sonrisa, que parece empeñada en cruzar mi cara, o fingir que estoy molesta con su presencia al tiempo que detengo la mirada sin querer en su trasero prieto, enfundado en esos pantalones de pinzas, el uniforme del DIGG, que parece que se los hayan hecho a medida.

—Para nada. ¿Quieres o no? —Se gira para mirarme y alzo rápidamente la vista para encontrarme con la suya.

«Céntrate. HAZ EL FAVOR».

—No me refería a eso, sino a qué haces aquí.

—Te lo he dicho: me han despertado tus pensamientos calenturientos —me suelta, provocando mi carcajada.

—Ay, de verdad, ya querrías que pensara en ti y, además, de esa forma —replico, apoyándome en la encimera, para quedar frente a él y mantener los ojos apartados de la tentación que supone su trasero para mí—. El mío, fuerte.

—Sí, a mí también me gusta fuerte. —Esboza una media sonrisa y me guiña un ojo, provocando de nuevo mi carcajada.

—No puedes presentarte en mi casa cuando te apetezca —lo reprendo, intentando ponerme seria, al tiempo que coge una taza del armario superior y empieza a prepararlo con tanta confianza y soltura que cualquiera pensaría que vive aquí.

—No puedes estar pensando en mí desde que abres los ojos —me replica con gravedad, atrapando mi mirada con la suya, mientras la cocina se llena con su presencia y con el olor del café recién hecho.

—¡No estaba pensando en ti! —le miento, divertida, sintiendo cómo el sonrojo se pasea por mis mejillas. Incluso se marca un bailecito, botella en mano.

—Vale, no estabas pensando en mí, no has sonreído tontamente y tampoco te morías de ganas de volver a verme, queda claro.

—¡Es que es justo eso! —exclamo, exasperada, porque ¡ni que me hubiera leído la mente o me hubiera visto!

—Claro que sí, lo que tú digas —me responde, condescendiente—. Toma, bien fuerte —añade con voz ronca, dibujando una sonrisa canalla en esa cara de anuncio que tiene y provocando la mía.

—Gracias —musito, asiendo la taza para largarme bien lejos de él y coger aire.

—Menudas vistas, *principessa*.

—Sí, son alucinantes, ¿verdad? —murmuro, sentándome en el sofá, y subo los pies en él, intentando dejar de sonreír de una vez y centrarme en cualquier cosa que no sea Marco y sus tonterías.

—¿No te da miedo vivir aquí sola, tan aislada? —me pregunta, tomando asiento a mi lado y apoyando luego los antebrazos en sus piernas mientras aferra la taza con ambas manos.

Y juraría que puedo percibir el calor de su cuerpo, a pesar de que ni siquiera nos estamos rozando.

—¿Por qué habría de darme miedo? —le cuestiono, frunciendo ligeramente el ceño, deseando que se gire para poder quedarme un rato en su mirada.

—¿Cómo que por qué? Si gritas, nadie va a oírte —me dice con seriedad, manteniendo la vista fija al frente, al tiempo que yo observo su ancha espalda y cómo la tela de la camisa se tensa en torno a ella.

—No soy de gritar —le contesto, esbozando una sonrisa mientras espero su respuesta.

—Ah, ¿no? Qué pena —me suelta, de repente divertido, girándose para mirarme.

Ay, qué mal. En lugar de estar centrada en la cafetería y en idear estrategias con las que captar nuevos clientes, estoy aquí, tonteando con él.

—Esta casa era de mis abuelos —empiezo a contarle. Y esta vez soy yo la que dirige la mirada al frente para contemplar las montañas que se ven a lo lejos y el agua tranquila del fiordo mientras la suya sigue en mi rostro—. Un tiempo después de que fallecieran, mis padres se plantearon venderla y... no sé, sentí que algo se rompía dentro de mí de tan solo pensar en otras personas viviendo aquí.

—Y decidiste venirte a vivir tú —adivina, y asiento con la cabeza, girándome hacia él y sonriendo con su sonrisa.

—Sí. Mi padre y Sven, el hombre de cierta edad que conociste ayer —le aclaro, trayendo de vuelta sus palabras y sonriendo un

poquito más con ellas—, me han ayudado a reformarla y a hacerla más mía... No me imagino viviendo en otro lugar.

—¿De verdad? ¿No te gustaría vivir una temporada fuera de aquí? Conocer otras culturas, otra forma de vida —me plantea con seriedad, recordándome demasiado a Aksel y las muchas veces que nos repitió lo mismo.

—No. Nunca he tenido ese deseo. Mi vida está aquí, en estas islas. Sobre todo ahora que he abierto la cafetería.

—Yo, en cambio, no me imagino viviendo en un sitio fijo; al menos, de momento —murmura, volviendo la vista al frente mientras yo detengo la mía de nuevo en su espalda, deseando que la apoye en el respaldo del sofá, como tengo yo la mía, para sentirlo más cerca.

Y entonces me doy cuenta de que está manteniendo las distancias, aunque esté sentado a mi lado o cerca de mí.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

—Hasta mediados de septiembre. Siempre llego a principios de junio y suelo largarme por esas fechas.

—¿Siempre? Nunca te había visto —musito, extrañada.

—Nunca me había instalado en Leknes, aunque sí que había pasado por aquí en alguna ocasión. Llevo años viniendo a las Lofoten —me cuenta, volviéndose para mirarme.

Esbozo una sonrisa, invitándolo a seguir.

—Siempre quise ver las auroras boreales, desde que era un crío —continúa, modificando su postura para no darme la espalda, pero sin acercarse a mí ni rozarme siquiera—. Recuerdo que mis amigos tenían su habitación llena de pósteres de coches de Fórmula 1, de futbolistas o de mangas. Yo, en cambio, solo tenía una lámina gigante de Hamnøy de noche, con la aurora boreal iluminando el cielo y las aguas del fiordo, con las enormes montañas de fondo y

las luces de las casas encendidas. Crecí viendo esa imagen y preguntándome si realmente las auroras podían brillar tanto y estar tan llenas de color, así que un día, antes de empezar la carrera, decidí venir a comprobarlo —concluye, guiñándome un ojo y provocando de nuevo mi sonrisa—. Me pagué los estudios en Italia trabajando aquí cada verano, y sigo viniendo cada año.

—¿Por qué? —indago, admirándolo en silencio.

—Porque este lugar crea adicción, aunque tengas que buscar mucho para encontrar algo de marcha, no haya nadie y el silencio se oiga muy fuerte —me dice, ensanchando mi sonrisa.

—Estoy de acuerdo en todo, excepto en eso de que no hay nadie.

—¿Has salido alguna vez de estas islas? —me pregunta, divertido.

—¡Por supuesto!

—*Principessa*, esto es solitario de la hostia. Por eso ayer no llenaste la cafetería.

—Discrepo, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué? —me plantea, atándome a su mirada oscura como la noche.

—Porque he visto esa cafetería llena cuando la llevaba la señora Anette. Por eso ayer estaba tan disgustada.

—Oye, si queremos que funcione, no deberíamos mentirnos.

—¿Perdona? —le pregunto, alucinada, sin entender el giro que ha tomado la conversación.

—Acabas de admitir que ayer estabas disgustada, no decepcionada.

—¡Venga ya! —exclamo, levantándome para ir a dejar la taza vacía en la pila—. Además, ¿qué tontería es esa de «si queremos que funcione»? No tiene que funcionar nada, porque tú y yo no vamos a hacer nada —le aseguro acercándome a él, quedándome de pie, con los brazos en jarras.

—Bien dicho, joder. Durante un segundo, he temido que dijeras que íbamos a *tener* en lugar de *hacer*.

—¿Cómo? —le pregunto, frunciendo el ceño.

—Que solo va a ser sexo, y me alegra que lo tengas claro de primeras —me suelta, apoyando la espalda en el respaldo del sofá y abriendo ligeramente las piernas.

Cuando mi mente calenturienta me sienta justo ahí, a horcajadas sobre esas piernas que son como dos columnas de mármol, me quejo mentalmente.

—Estás fatal de la cabeza —le gruño, molesta, intentando no fijarme en cómo la tela se tensa en torno a ellas.

Maldita sea Thea y ese uniforme que les ha puesto y que, al menos a él, le sienta tan rematadamente bien.

—Estoy hablando en serio —insiste, atrapando mi mirada con la suya.

—¡Y yo! Oye, que te haya invitado a café y esté aquí, aguantándote las tonterías, no significa que quiera acostarme contigo, porque te garantizo que el tema no va por ahí —le gruño de nuevo, cruzándome de brazos, sin tener muy claro si estoy molesta con él, conmigo o con los dos al mismo tiempo.

—Ah, ¿no? ¿Y por dónde va? —replica, dejando entrever una media sonrisa.

—Por ningún sitio. Solo estoy siendo simpática para compensar lo de ayer y porque, en realidad, soy simpática y me gusta llevarme bien con la gente.

—Vale, voy a hacer como si te creyera.

—Haz lo que quieras. Venga, levántate, que nos vamos.

—Me encanta que las tías me hablen así —me suelta con insolencia, obedeciéndome al instante.

—Eres idiota.

—Y tú estás enfadada porque sabes que tengo razón. Yo limpio esto, ve a hacer lo que tengas que hacer —me dice, dirigiéndose hacia la pila mientras yo lo miro sin dar crédito.

—¿Me estás echando de mi cocina?

—Te estoy dando la oportunidad de llegar antes, pero como quieras. Si prefieres hacerlo tú todo, de coña, yo me dedicaré a mirarte. Tampoco me parece tan mal plan —añade con sorna, girándose para recorrer mi cuerpo lentamente con los ojos.

—Ahora bajo —siseo entre dientes, deseando perderlo de vista cuanto antes.

Y es cierto que estoy deseando perderlo de vista, pero... «Pero nada», corto el hilo de mis pensamientos antes de que puedan soltar alguna chorrada.

Capítulo 7



SILJE

—¿Qué haces ahí? —le pregunto, alucinada, cuando salgo y lo encuentro tras el volante de mi amado todoterreno.

Lo lleva claro si cree que voy a permitir que conduzca a mi niño bonito.

—Una cafetería recién abierta, una casa de puta madre y un Jeep nuevo —me enumera, asomando la cabeza por la ventana al mismo tiempo que acaricia el volante—. Joder, *principessa*, no me extraña que te hayas fijado en mí, está claro que tienes buen gusto —comenta con fanfarronería.

Este tío es tonto.

—¿Y puedo saber por qué te has incluido en el recuento y qué hostias haces ahí sentado?

—No te pega nada decir tacos —me regaña, poniendo el motor en marcha.

Sin detenerme a pensarlo, abro la puerta del conductor para meter parte de mi cuerpo en él y volver a girar la llave para apagarlo.

—Ni se te ocurra —murmura con voz ronca, posando su mano sobre la mía para impedir que me haga con las llaves.

—¿Cómo? Es mi coche y a ti no te conozco de nada —mascullo, molesta, girándome para mirarlo y dejando mi cara demasiado cerca de la suya.

—Cierto, y aun así me has dejado entrar en tu casa y en tu vida —susurra, posando la mirada en mis labios, acariciándolos con ella.

—Si quieres verlo así, es cosa tuya —le digo con sequedad, deteniendo la mía en los suyos sin darme cuenta, lo que me hace perder el equilibrio y caer sobre sus piernas.

—Mierda —gruño, apoyando una mano demasiado cerca de su...

¡Ay, joder!

—¿De nuevo metiéndome mano? Oye, esto podría considerarse acoso. —Se carcajea mientras yo, muerta de vergüenza, me hago con las llaves y salgo del interior del coche, que, de repente, siento minúsculo y demasiado caluroso.

—No pienso ni contestarte. Sal ahora mismo de ahí —le ordeno, cabreada.

—*Principessa*, cuando estemos follando, me parecerá bien que me des órdenes, pero, fuera de la cama, no. Pídemelo por favor o no voy a moverme de aquí.

—Eres tan sumamente idiota que estoy segura de que la primera vez que quisiste venir a estas islas te equivocaste de avión y terminaste en Australia. Venga, reconócelo —suelto entre dientes, con el deseo de cogerlo de ese estúpido tupé que lleva y sacarlo a tirones de mi todoterreno.

—Qué va, tenía a todas las azafatas pendientes de mis pasos. De hecho, hubo una que incluso me propuso sexo en el baño —me asegura sonriendo y recostándose en el asiento.

—Ahórrame los detalles, haz el favor. Sal.

—Creo que se te olvida algo —me recuerda, enarcando una ceja.

—Si te matara, nadie se enteraría... Fíjate, estamos completamente solos —le digo, recorriendo el paisaje con la mirada.

—Y, si folláramos sobre el capó, nadie nos vería ni nos oiría, por mucho que gritáramos.

—Ya te he dicho que no soy de gritar.

—Conmigo lo harás. No me gusta follar con mujeres que parecen muñecas hinchables. Te quiero gritando debajo de mí —me confiesa con voz rasgada, sin permitir que me suelte de la oscuridad de sus ojos y excitándome muchísimo.

Por favor, que alguien me mate.

—Como si me importara —le replico con desdén, a pesar de que tengo el vientre completamente anudado y el deseo latiendo entre mis piernas.

—Sabes que no piensas en otra cosa —me responde sobrado.

—Eres insufrible. ¿Nunca te lo han dicho?

—Muchas veces, y siempre lo hacen las mujeres que se mueren por quitarme la ropa —me asegura con toda su insolencia, provocando mi sonrisa cuando la suya se cuela para dominar su rostro.

—Seguro que sí. Sal de mi coche ahora mismo o te arrancaré a tirones ese estúpido tupé que llevas... por favor —siseo, empujando ese «por favor» para que salga de mi boca. Y sería más correcto decir que he necesitado a todo un escuadrón para ayudarme a hacer fuerza y pronunciar esas dos malditas palabras.

—Un poco violenta, pero no suelo ponerle pegas a eso. Cuando estemos en la...

—Cállate —mascullo tomando asiento, en cuanto sale del coche, para seguidamente ponerlo en marcha, sintiendo el acuciante deseo de apretar el acelerador y darle un sustillo de nada cuando pasa frente al capó. Y suelto una carcajada, imposible de frenar, cuando se detiene y alza las manos en señal de rendición—. ¿Ya te has cansado de hacer el idiota? —le pregunto cuando se sienta junto a mí.

—¿Estaba haciendo el idiota? —me pregunta a su vez, acomodándose y abriendo un poquito las piernas, consiguiendo que mi vientre se tense tanto como la tela de sus pantalones.

¿Puedo dejar de fijarme en eso?

—Dime una cosa, ¿por qué Leknes? —le planteo un poco seca.

—Dime una cosa, ¿por qué no? —me rebate, girando su rostro hacia el mío, consiguiendo que solo lo vea a él.

Y ya sé que solo está él, pero, si hubiera un reno o una docena de ellos justo a su lado, sería incapaz de verlos.

—Porque eres la persona más molesta que he conocido en mi vida y, encima, te tengo trabajando delante. Con lo grandes que son las Lofoten y tenías que terminar en mi calle.

—Puede que sea el destino, ¿no lo has pensado? —me suelta, sonriendo, volviendo la mirada al frente y recolocándose mejor en el asiento, contrayendo más mi vientre cuando impulsa muy imperceptiblemente sus caderas hacia arriba.

Ya sé que no lo ha hecho a propósito y que solo estaba poniéndose cómodo, pero... Mierda.

—No, no creo que sea eso. Por suerte, en unos meses te largarás y yo dejaré de ver ese estúpido tupé de una vez.

—Te encanta mi tupé. Venga, reconócelo.

—¿Sabes lo que me encanta? —inquiero recorriendo el camino de gravilla que lleva a la carretera principal.

—Dímelo, *principessa*, me muero por saberlo.

—Los hombres educados que saben currárselo bien, que te regalan flores, que te invitan a cenar y que no dan por hecho que van a acostarse contigo ya la primera noche.

—Eso es mentira, sobre todo si os invitamos a cenar.

—Habla por ti.

—*Principessa*, soy hombre y sé cómo pensamos. Si un hombre te regala flores y te invita a cenar, no quiere terminar la noche en el sofá, viendo una película; quiere terminar quitándote la ropa y follando, en el sofá, en el suelo o donde sea —me responde con una seriedad que instala pequeñas hogueras en mi vientre, porque viene acompañada de ese acento italiano y de ese tono rasgado que lleva la palabra *sexo* pegada en cada letra.

—Qué tontería. Una cena no implica sexo.

—Ah, ¿no?

—Pues no. ¿No se te ha ocurrido pensar que puedes invitar a una mujer a cenar y luego ir a tomar algo con ella por el simple hecho de conocerla mejor? No todas queremos sexo la primera noche.

—Entonces, ¿me estás diciendo que tengo que regalarte flores e invitarte a cenar, varias veces, cuando eres tú la que está deseando acostarse conmigo y no deja de meterme mano? ¿No debería ser al revés? Tendrías que ser tú la que me regalara flores a mí y la que me invitara a cenar, ya sabes, por eso de currártelo un poco y todo eso. ¡Ah!, y otra cosa: recuerda que no puedes volver a meterme mano en la terraza de tu cafetería o donde puedan vernos —me suelta con insolencia.

Y me limito a sonreír y a pasar de él porque, cuando la idiotez no tiene remedio, ¿para qué molestarse?

—Ya quisieras —se me escapa antes de poder frenarlo.

—Entonces, ¿no vas a regalarme flores? Qué mal... Y, hablando de eso, tu amiga me preguntó qué tal se me daba regarlas. ¿No sientes curiosidad?

—No deberías hacer caso a lo que diga mi amiga, sobre todo si lleva una copa de vino en la mano. Te lo digo solo como consejo.

—Joder, por fin una casa. Ahora, en serio: me da mal rollo que vivas tan sola y alejada de todos.

—¿Estás preocupado por mí? —le pregunto, divertida, mirándolo de reojo.

—¿No puedo preocuparme por ti?

—No, porque no me conoces de nada y no nos une nada.

—Demasiados «no» en una sola frase. Estás en modo negación, *principessa* —me contesta utilizando ese tono condescendiente, atestado de arrogancia, que parece ir tan bien con él—. Además, estás equivocada: hay personas con las que conectas desde el minuto uno y hay otras con las que es imposible hacerlo, aunque las conozcas de siempre.

—Es verdad, pero que conectes con alguien no significa que lo conozcas.

—Cierto, porque eso viene después, que es justo lo que estamos haciendo nosotros. Mira, más casas. Qué bonito eso de tener vecinos a los que poder pedirles sal, ¿no te parece? —me pregunta con sorna, provocando mi risa.

—Siempre tengo sal de sobra —le digo, sin poder dejar de sonreír.

Me giro para mirarlo y me quedo unos segundos atrapada en la perfección de su perfil; de esa nariz recta, más grande que pequeña; de esa sonrisa, que domina ahora su cara; de esa tez bronceada, y de esa barba recortada, que debe de estar horas arreglándose. Al

igual que el tupé. Y vuelvo de inmediato la vista al frente, porque tampoco quiero que piense lo que no es.

—¿Por qué no me extraña? —me replica. Y veo de reojo cómo apoya la cabeza en el asiento... y su sonrisa, eso también—. ¿Cenas conmigo esta noche?

—¿Me estás pidiendo una cita? —le pregunto, sorprendida, sonriendo posiblemente más de la cuenta.

—¿Prefieres pedírmela tú?

—¿Y qué me responderías?

—¿Tú qué crees? —me contesta riendo.

Y, aunque no quiero nada con él, debo reconocer que tiene algo que hace que quiera alargar la mano para tocarlo o girarme para mirarlo. Y no sé qué es, pero lo siento creciendo dentro de mí, como una necesidad o como una adicción que no puedo manejar ni tampoco frenar.

—No puedo, ni esta noche ni ninguna, y va en serio. Solo vamos a ser vecinos en el trabajo y, si me apuras, amigos —le digo con seriedad, pasando por encima de esto que estoy sintiendo. Y ni siquiera es eso, porque aquí no hay sentimientos de por medio, pero sí mucho tonteo, y no es el momento. Es el momento de estar centrada y enfocada en la cafetería, no riéndole las gracias a un tío que, encima, va a largarse dentro de pocos meses.

—Tú y yo no podemos ser amigos, *principessa* —sentencia con voz queda, sacándome de mis pensamientos.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué? —le pregunto volviéndome un segundo y encontrándome con la gravedad de su perfil, de su ceño ligeramente fruncido y de la tensión que, de repente, parece haberse adueñado de su cuerpo.

—Porque con algunas personas no puedes serlo, aunque lo desees, porque hay otra energía, otra forma de mirarse... de

sonreírse. Tienen ese «algo» que las hace especiales a tus ojos y con las que siempre vas a querer un poco más, aunque sea complicado.

Mantengo la vista al frente, aferrando el volante con más fuerza de la necesaria, porque sé perfectamente a qué se refiere.

—No soy esa persona para ti —musito finalmente, empleando la misma seriedad que ha utilizado él, sintiendo el ambiente tornarse demasiado pesado a nuestro alrededor, como si un manto tupido hubiera caído, de pronto, sobre nuestros cuerpos para impedirnos movernos con fluidez.

—Sí que lo eres. Por eso bailaste para mí, por eso me diste las llaves de tu coche para que fuera a recogerte y por eso no dejas de meterme mano. Y ya sé que te jode sentirte atraída por mí, pero, cuanto antes lo asumas y follemos, mejor —me rebate con insolencia, provocando que una carcajada repentina explote en mi garganta.

—¿A eso lo llamas tú currártelo? —le pregunto, sintiendo que eso que nos envolvía desaparece, como si hubiéramos abierto las ventanas y hubiese salido volando. Eso, junto con la verdad de sus palabras.

—Por partes: eres tú la que tiene que hacerlo, no yo, y aun así te he invitado a cenar solo para servirte como ejemplo, y ni con esas. ¿Cómo te iba con los estudios? Bastante justo, ¿verdad?

—Justísimo. Yo creo que al final terminaron aprobándome por lástima —suelto socarrona, aparcando frente a la cafetería—. Hemos llegado. Venga, baja —le pido, haciéndolo yo también—. ¿A dónde vas? —añado, extrañada, cuando lo veo rodear el coche y colocarse a mi lado.

—Oye, me has hecho ir a tu casa la hostia de temprano y no entro a currar hasta dentro de un par de horas, no querrás que esté solo

en mi habitación todo este tiempo, ¿verdad? Además, esto es una cafetería, y yo necesito un café en condiciones —me dice, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones mientras yo me cierro la chaqueta a toda prisa.

—¿Perdona? Te recuerdo que tú has hecho el café —le contesto, empezando a cruzar la terraza, muerta de frío, mientras él me sigue unos pasos por detrás, caminando con toda su parsimonia, con las mangas remangadas.

Y en esto es como si se hubieran invertido los papeles, porque toda mi vida he llevado mal el frío, a pesar de que vivo casi en el Polo Norte, mientras que a él parece no afectarle, porque ayer no llevaba chaqueta ni hoy tampoco.

—Cierto, pero esa cafetera de tu casa es una mierda. Suerte que la que tienes aquí es mucho mejor. ¡Ah!, y otra cosa. No me lo pongas hoy para llevar, haz el favor —oigo que me vacila, y me limito a negar con la cabeza, fingiendo una hartura que estoy muy lejos de sentir.

Qué mal, de verdad, porque encima me divierten hasta sus idioteces.

—¿Nunca te han dicho que eres muy pesado? —farfullo, y, al girarme para mirarlo, me encuentro con su sonrisa, que es incluso más arrogante que su mirada.

En realidad, todo él lo es: arrogante, vacilón, fanfarrón, creído... y sexy a rabiar.

—Como intento, podría valer si no te conociera.

—Es que no me conoces y no sé de qué me hablas —replico, abriendo la puerta y valorando durante una breve fracción de segundo cerrársela en las narices para que lo pille y se largue, pero desecho esa opción casi de inmediato, porque, en el fondo, no quiero que lo haga.

—Ya te he dicho que no podemos mentirnos. ¿Vas a estar olvidándolo todo el tiempo? Ni que fuera tan difícil de retener —me suelta con insolencia mientras yo me maldigo en silencio. Tendría que haberle cerrado la puerta en toda la cara, y encima bien fuerte —. Además, ¿dónde ha quedado eso de ser simpática no solo con los hombres de cierta edad? —añade, siguiéndome.

Decido respirar hondo ahora que la opción de romperle la nariz con la puerta ya no está a mi alcance.

—Tendrás queja —gruño, obligándome a pasar de él y a centrarme en esto, solo en esto.

Y empiezo a desgranar los olores en un intento por encontrar la calma: la mantequilla derretida, el chocolate fundido, el aroma de los bollos recién salidos del horno, imbéciles de metro noventa...

—Todo es mejorable —oigo que pronuncia a mi espalda mientras yo sigo empeñada en distinguir los aromas que escapan de la cocina al tiempo que rodeo el mostrador, reconfortándome con la calidez que parece abrazarme en cuanto accedo a ella.

—¡Buenos días! —saludo a Loki sonriendo, pasando olímpicamente de Marco y de su estúpido tupé.

—Buenos días, tío —oigo que lo saluda con ese acento italiano, un poco rasgado, mientras yo encamino mis pasos decididos hacia el perchero con forma de árbol que hay en el rincón destinado al descanso, para dejar mis cosas.

—¡Ey, hola! ¿Habéis venido juntos? —nos pregunta Loki, sorprendido. Y no es para menos.

—Tu hermana me ha hecho ir a su casa la hostia de pronto. Por cierto, tendrías que hablar con ella. No debería vivir allí, tan alejada de la civilización.

¿En serio?

—Mi hermano no tiene nada que decir al respecto y tú tampoco —le advierto, acercándome a ellos y viendo cómo Marco toma asiento en uno de los taburetes que hay frente a la isla de trabajo, donde Loki está cortando las pizzas.

—¿Puedo saber qué está pasando? —nos pregunta, mirándonos a ambos, más a mí que a él.

—No está pasando nada —le contesto, observando las bandejas de comida que ya están listas para sacar fuera.

—Si tú lo dices... —me rebate Marco, girándose para mirarme.

—Por supuesto que porque yo lo digo —le gruño, para luego volverme hacia Loki, que nos observa sonriendo. Y a saber qué estará pensando—. Se ha presentado en mi casa con una excusa malísima y ahora está aquí porque el DIGG no abre hasta dentro de unas horas. Eso es lo que ocurre. Voy a sacar esto fuera.

—La que te espera, tío —le compadece mi hermano.

Y aprieto muy fuerte los labios porque, si va a ponerse de su parte, paso de entrar al trapo. Que digan lo que quieran.

—No hace falta que lo jures. Me trae de cabeza, y eso que todavía no hemos hecho nada.

—Ni lo has hecho ni lo vas a hacer. No pienso traerte el café. Si lo quieres, ya estás saliendo.

—No puede vivir sin mí, macho. Voy a tener que hablar con ella, porque no sé tú, pero yo necesito mi espacio.

—Eres tan idiota que no sé ni cómo te aguanto.

—Y eso que está intentando ser simpática —le suelta Marco en voz baja a Loki, levantándose.

Lo fulmino con los ojos, para luego largarme al mostrador y empezar a colocarlo todo.

«Respira. Respira. No lo mates. Respira».

—Eres insufrible y un puto coñazo —le gruño una vez que estamos a solas.

—Y tú, eso de ser simpática, lo llevas bastante mal.

—Para nada. En realidad, el problema lo tengo solo contigo. Verás qué simpática soy con el resto de los clientes.

—Y eso que no quieres dejarlos en pelotas ni aprovecharte de ellos —me replica, apoyándose en el mostrador, y se da la vuelta para observar la cafetería mientras yo sigo respirando profundamente. Que diga lo que quiera—. Esta barra necesita un par de taburetes.

—No, porque los clientes aquí solo vienen a pedir. Lo entiendes, ¿verdad? Llegas, pides y te vas a una mesa. Venga, elige, las tienes todas para ti.

—No puedo hacer eso, *principessa* —me suelta, condescendiente, esbozando una media sonrisa.

—Ah, ¿no? ¿Por qué? ¡Y deja de llamarme así!

—Porque me quieres cerca de ti, solo tienes que ver cómo reaccionas cada vez que me marcho o nos alejamos. Cuanto antes lo aceptes, mejor para los dos.

—¿Para los dos o para ti? —le pregunto sonriendo, apoyando yo también los antebrazos en el mostrador y encontrándome con su mirada divertida, donde me quedo—. Me parece que tú tienes más ganas que yo de que te deje en pelotas y me aproveche de ti —sentencio, enarcando una ceja, percibiendo el calor de su cuerpo a pesar de la distancia y de las capas de ropa que separan su piel de la mía.

—¿Estás segura? —me plantea, inclinándose ligeramente hacia delante para acercarse más a mí y posar su mirada en mis labios.

—Muy segura —le respondo sin borrar la sonrisa de mi rostro, sintiendo el fuego cobrar vida en mis venas.

—Entonces, no estás pensando en besarme, ¿verdad?

—Ni en conquistarte, ya puestos —le aclaro, incorporándome para poner un poco de distancia, más que nada por ser creíble y todo eso —. Cuanto antes decidas enterarte, mejor para los dos. No quiero que te lleves una decepción cuando no recibas mis flores.

—*Principessa*, la decepción te la vas a llevar tú si decido no regar las tuyas —me replica con insolencia, arrancándome una sonora carcajada.

—Al final pensaré que eres idiota de veras —le digo sin dejar de reírme, empezando a preparar su café—. ¿Con tacita de porcelana, entonces?

—Si te empeñas... —me suelta, alargando mi risa.

Y ahora en serio, no deberían hacerme tanta gracia sus tonterías ni debería disfrutar tanto con su compañía.

—Aquí tienes, con tacita y plato de porcelana, para que luego te quejes —pronuncio sin poder dejar de sonreír. Después salgo del mostrador para ir hacia la puerta y darle la vuelta al cartel—. Yo de ti me daría prisa en elegir mesa, todavía las tienes todas para ti.

Ensombrezco el gesto sin darme cuenta, deseando que no se repita el mismo patrón de ayer.

—Mejor las dejo para tus clientes —oigo que me responde mientras yo empiezo a colocar en la vitrina las tartas que acaba de sacar Loki.

—Tú también eres un cliente —le recuerdo, empezando a disponerlas con mimo—. ¿A Thea le gustaron las tartas? ¿Mencionó algo? —indago, acordándome de repente.

—¿Sonsacándome información? —me pregunta con sorna. Y lo miro con una sonrisa y ladeando la cabeza—. Le encantaron. De hecho, tiene pensado pasarse luego para hacerte un pedido.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no me lo has preguntado.

—¡Eres tan básico!

—Oye, que soy tío, no esperes más de la cuenta —se burla de mí, dedicándome una sonrisa que dibuja otra en mi rostro. Cuando oímos el tintineo de las campanitas al abrirse, dirigimos la mirada hacia la puerta—. Hablando del rey de Roma...

—¡Hola! —saludo a Thea, contenta.

—Voy a ponerme celoso —murmura, atándome un instante a su mirada.

—¡Ey, esto ha quedado genial! —exclama con admiración, echando un vistazo al local antes de acercarse a nosotros.

—¿No la había visto todavía? —me plantea Marco, extrañado.

Y paso de él, con toda mi atención puesta en mi nueva clienta.

—Gracias. ¿Vienes a por tu desayuno? —le pregunto sonriendo un montón.

—Y a hacerte un pedido también. Qué madrugador —le dice a Marco, sonriendo, cuando se coloca a su lado.

—Si tú supieras —murmuro mientras ella le echa un vistazo a todo lo que hay en el mostrador.

—Humm, qué pintaza tiene todo. Estos bollos tienen un aspecto increíble... A ver... Ponme un trozo de esta pizza, un café con leche y un bollo —decide finalmente mientras Marco la observa divertido.

—Alucino con la gente que puede comer tanto tan temprano.

—Y yo alucino con la gente que puede empezar el día con un simple café —le rebate.

Estoy a punto de matizar que lleva dos, pero guardo silencio, sabiamente, cuando soy consciente de que hacer eso puede llevarme por el camino de las explicaciones innecesarias.

—En realidad, es el segundo.

Mierda.

—Marco me estaba comentando que te gustaron mucho las tartas —cambio el rumbo de la conversación, porque lo veo venir y no, gracias.

—Sí. De hecho, vengo a hacerte también un pedido. Quiero tres de queso, dos de zanahoria y dos de chocolate. ¿Podríais tenerlas listas sobre las doce?

—Me sonaba esa voz —oigo a mi hermano, y me giro hacia la puerta de la cocina, para verlo apoyado en el quicio, con los brazos cruzados—. A las doce las tendrás, no hay problema.

—Genial. Vamos a ver qué opinan los clientes.

—Que están de coña, es imposible que piensen otra cosa —asegura Marco.

—¿Dónde te apetece sentarte? —le digo, disponiendo su desayuno en una bandeja, y tuerzo el gesto cuando me percato de que, con la tontería que llevo con el italiano este, no he encendido las velas.

—En esa mesa que hay cerca de la ventana —me contesta, y se dirige hacia la de servicio para coger un vaso de agua, una cucharilla y una servilleta.

—Tú también puedes ir a sentarte —le propongo en voz baja, antes de abandonar el mostrador—. Espero que te guste mucho —le comento a Thea mientras se lo sirvo.

—Seguro. Oye, me encanta este sitio. Tiene mucho encanto y, además, me recuerda un poco a la cafetería cuando la tenía la señora Anette. Igual es porque has respetado la distribución y las paredes de caravista... No sé.

—Quería hacerla más actual, darle mi toque, pero sin que perdiera su esencia.

—Pues lo has conseguido, enhorabuena.

—Gracias —le digo, contenta, mientras enciendo la velita—. Disfruta.

Luego voy de mesa en mesa para encender el resto de las velas. Ahora sí.

—Un café, siete tartas y un desayuno completo. Esto mejora notablemente los resultados de ayer —me comenta Marco, guiñándome un ojo, cuando regreso a mi puesto.

—Cierto, y eso que hace nada que hemos abierto. —Sonrío de nuevo cuando veo entrar al señor y la señora Jensen—. Dos más —añado en voz baja, quedándome unos segundos en esa sonrisa que no viene cargada de arrogancia, sino de complicidad, de algo que solo nos concierne a nosotros, y qué tontería... O no. Y me muerdo suavemente el labio inferior.

—Me largo. Intenta no venir corriendo tras de mí —musita con voz ronca, alargando la mano para tirar suavemente de mi barbilla hacia abajo con un dedo y que deje de hacerlo—. Si no te importa, este labio solo quiero morderlo yo —me suelta con sequedad, para luego darse la vuelta y marcharse.

Siento la piel hormiguearme justo donde ha posado el dedo. Eso y el deseo contrayendo mi vientre muy fuerte.

Capítulo 8



SILJE

Tras el señor y la señora Jensen, llegan las chicas españolas que vinieron ayer y, más tarde, un montañero, que se pide un café con leche y un rollito de canela para llevar y, aunque no es gran cosa, al menos vamos mejorando.

Esbozo una sonrisa cuando se abre la puerta y entra un joven con una rosa.

—¿Eres Silje? —me pregunta, acercándose a mí y a mi sonrisa. O, mejor dicho, a mi sonrisa y a mí, porque es tan enorme que debe de ser lo que primero se vea.

—Sí, soy yo.

—Esto es para ti, junto con esta nota —me dice, entregándome ambas cosas.

—Espera, no te vayas —le pido sin poder dejar de sonreír.

Vas a la floristería, eliges una flor o un ramo, escribes una nota y esperas la respuesta. Guárdate estas indicaciones para cuando tengas que hacerlo tú. Por

cierto, cena conmigo esta noche.

Tras leerla, suelto una carcajada.

—Dame un segundo, ¿vale? —le indico al chico, antes de ir en busca de papel y boli.

Una excusa muy buena para regalarme flores y pedirme una cita. Tranquilo, tengo claros los pasos. No es por nada, pero al final será verdad que eres muy básico. ¿Una rosa roja? ¿Se puede ser más típico? Y sobre la cena... Lo siento, no me gustan los italianos con tupé.

—¿Puedes llevar esta nota y la rosa ahí enfrente, al DIGG? —le pido, ofreciéndole un billete de diez antes de que pueda negarse—. Pregunta por Marco —añado, y asiente con la cabeza para marcharse enseguida.

Aún sonriendo, me dirijo hacia la ventana para observar cómo cruza la calle y entra en el restaurante. Lo que daría por ver su cara ahora mismo. Y, al imaginarla, sonrío mucho más, para luego regresar a mi puesto tras el mostrador, muy decidida a centrarme de una vez.

Borro mi sonrisa en el acto cuando el chico de antes entra de nuevo con la flor.

¿En serio?

—No quiero saber nada de vosotros dos. Aquí tienes —me suelta, dejándola sobre el mostrador junto con otra nota, para seguidamente largarse antes de que pueda pedirle algo más.

¿Nunca te han dicho que las flores no se devuelven? No era una excusa, te estaba regalando una flor y pidiendo una cita. Al final será verdad que te cuesta pillar las cosas... Por cierto, eres preciosa, pero, cuando sonríes, lo eres mucho más.

Y, entonces, me doy cuenta de que estoy sonriendo de oreja a oreja. Tanto como puedo.

—¿Una flor? —oigo la voz de Loki a mi espalda, y me afano en guardarme la nota—. De Marco, ¿verdad? —adivina sonriendo mientras yo me limito a ponerla en un vaso con agua—. Creía que no te gustaba y que no había nada entre vosotros.

—Es que no me gusta ni hay nada entre nosotros. Me hace gracia, está buenísimo y todo eso, pero no quiero nada con él. Y tú no deberías seguirle la corriente como has hecho antes, porque te recuerdo que tu hermana soy yo, no Marco.

—Y justo por eso, porque hacía mucho tiempo que no veía a mi hermana así, le he seguido la corriente.

—Así, ¿cómo?

¿Y por qué preguntaré?

—Sonriendo continuamente, descojonándote, cabreada a ratos... y siguiéndole la corriente, justo lo que acabas de recriminarme a mí. Te gusta. Admítelo, no pasa nada.

—Sí que pasa, porque no es cierto —insisto, tozuda.

Y no sé a quién pretendo convencer o engañar, si a mi hermano o a mí.

—Desde la cocina se oían tus carcajadas, y mejor no te digo cómo estabas sonriendo hace un segundo mientras leías esa nota que te has guardado en el bolsillo del pantalón en cuanto me has visto.

—Pero porque es idiota, solo por eso.

—Una vez oí que los idiotas son los mejores porque son los que os hacen reír —replica, sonriéndome con la mirada.

—Ah, ¿sí? ¿Y puedo saber quién dijo eso?

—Tu amiga Breen.

—Seguro que llevaba una copa de vino en la mano —le contesto, divertida—. ¿Huele a sopa de pescado? —cambio de tema.

—La he preparado para almorzar. No sé si te diste cuenta, pero ayer ni tú ni yo probamos bocado —me dice, esta vez con seriedad.

—Ya sabes que los disgustos y las decepciones me quitan el hambre.

—En eso nos parecemos bastante, pero hoy ha ido un poco mejor, ¿no crees? —me pregunta, acercándose y apoyándose en el mostrador.

—Eso parece... Ahora solo tenemos que cruzar los dedos para que vuelva a entrar gente —musito, echando un vistazo a la cafetería completamente vacía—. Hemos empapelado las Lofoten anunciando su apertura, hemos dejado folletos prácticamente en casi todos los comercios, y diría que todos los que en el pasado frecuentaron este lugar, cuando lo llevaba la señora Anette, saben que ha reabierto sus puertas, pero no hay manera. No sé... siempre pensé que sería tan fácil y sencillo como abrir, para que todos los clientes que la frecuentaron volvieran a entrar.

Y para decir esto he necesitado a todo un batallón para que empujara a mi lado.

—¿Sabes cuántas personas entraron ayer en el DIGG mientras estuve allí? Cinco en dos horas. Las conté. El problema son tus expectativas, que están en lo más alto, porque, además, no dejas de recordar a tu antigua jefa y esos tiempos pasados que ya no forman parte de tu presente. Ahora estamos nosotros, con nuestra cafetería y nuestra realidad, y hasta que no se corra la voz de lo buenas que están las tartas, la sopa de pescado o los rollitos de canela, entre otras cosas, vamos a tener que armarnos de paciencia.

»Es verdad que la gente sabe que la cafetería ha abierto otra vez, pero, para todas esas personas, este es un local nuevo que no tiene nada que ver con el que regentaba esa afable panadera a la que todo el mundo recuerda... aunque lo lleves tú, la que fue su chica. No te desanimes, ¿vale? Estoy seguro de que es cuestión de tiempo y de que se corra la voz para que empiece a funcionar. Ayer le

llevaste unas porciones de tartas a Thea y hoy nos ha hecho un pedido.

—Y el señor Jensen, que vino solo, ha vuelto con su mujer y me ha contado que les ha hablado a sus amigos de este sitio.

—Ahí lo tienes. Dale tiempo a tu sueño porque, un día, eso que imaginas, se hará realidad.

—Ojalá tengas razón —musito, abrazando de nuevo la decepción y la paciencia, porque ambas van juntas, de la mano, y yo voy a tener que hacerme amiga de las dos, aunque me caigan fatal.

—Siempre la tengo —me responde sonriendo, reconfortándome con su presencia y su confianza, algo que ha hecho siempre, desde que éramos unos críos. Puede que por eso insistiera tanto en tenerlo aquí, conmigo, porque no solo es un magnífico cocinero, sino que es como tomarte un tranquilizante con efecto inmediato—. Y ahora vas a entrar en esa cocina, donde un plato de sopa de pescado te está esperando, y vas a tomártela entera, a no ser que prefieras que te prepare otra cosa de la carta.

—No hace falta, me encanta tu sopa de pescado. ¿Te quedas aquí fuera un rato por si tenemos suerte y entra alguien?

—Claro, necesito un café y cambiar de aires —me comenta.

Y me limito a asentir con la cabeza, para luego encaminar mis pasos hacia la cocina, donde, en la isla de trabajo, mi hermano ha dejado un plato de sopa.

Y me siento ahí, frente a ese único plato, que parece perdido en esta enorme isla, en el mismo taburete en el que estaba sentado él, sin plantearme siquiera almorzar en el rincón de descanso.

Funcionará. Tiene que funcionar.

Inspiro hondo mientras imagino esta cocina convertida en un caos controlado, porque, estando Loki al frente, el caos nunca llega a serlo del todo; a los clientes haciendo cola, esperando a ser

atendidos; a mí, en la caja, cobrando; a otra chica, sirviendo mesas y llevando platos; estos fogones, llenos de ollas y sartenes con comida lista o a medio hacer... y tantos olores juntos que, por mucho que me empeñe, no podré desgranarlos.

Con ese pensamiento ilusionante tomando asiento a mi lado, hundo la cuchara en este líquido espeso y sabroso por el que la gente vendrá expresamente. Por esta sopa, por las hamburguesas, por los rollitos de canela y por todo lo que sirvamos aquí, como sucedió antaño cuando los clientes no dejaban de entrar.

Y ahora es una ilusión, pero en un futuro será una realidad.

Siento cómo mi corazón da un pequeño salto en mi pecho cuando, con la palabra *ilusión*, su sonrisa y su mirada cruzan mi mente sin pedir permiso.

Me gusta...Y saco la tarjetita del bolsillo de mi pantalón para leerla de nuevo, deteniendo la mirada en su caligrafía, un poco curvada. Me gusta... Puedo negárselo a Loki, a él y a quien sea, pero es una tontería que me lo niegue a mí misma.

Perdida en mis reflexiones, retrocedo a ese momento exacto en el que ha deslizado el dedo por mi barbilla para liberar el labio que mis dientes habían apresado... Quiero besarlo. Quiero saber cómo besa, desabrocharle la camisa, tocar su piel y saber cómo es estar con él en la cama. Y con la llegada de esos pensamientos siento cómo mi vientre se tensa con suavidad y cómo el deseo despierta y acelera mi respiración.

Sé que no es el momento, que me saca de quicio constantemente y que es un fanfarrón y un vacilón de manual, pero también sé que, cuando lo tengo cerca, lo quiero más cerca todavía. Y eso puede traerme muchos problemas.

«Espera... ¿Desde cuándo el sexo te trae problemas?».



Cierro la cafetería a las seis en punto, cuando llega la señora Larsen, tras haber estado media hora dejándome los ojos en la puerta esperando a que entrara alguien. Y, bueno, es cierto que hoy ha ido algo mejor que ayer, pero no es suficiente.

Cabizbaja y disgustada, me dirijo hacia mi coche cargada con todas las sobras —que son muchas, demasiadas, y pueden estropearse— para llevárselas a mis padres y a Sonia, evitando mirar hacia el DIGG, donde posiblemente estará él.

—Mañana irá mejor —me consuelo, incorporándome a la nula circulación.

Mientras me alejo de la cafetería y de él —o, más bien, de la probabilidad de verlo—, siento una añoranza difícil de explicar instalarse en un punto indeterminado de mi pecho, sobre todo cuando su mirada y su sonrisa cruzan de nuevo mi mente, como si tuvieran piernas con las que poder echar a andar para pasearse por mis pensamientos a su antojo... dominándolos incluso. Y les abro la puerta para que se marchen por donde han venido, intentando centrarme solo en esto, en mi ahora, para encontrar la calma que parece empeñada en darme esquinazo.

Y durante unos instantes observo esta luz, que es un regalo tras estar meses sin ella, como un día infinito o como un atardecer prolongado que nunca termina, porque el sol no llega a sumergirse en el mar, sino que solo baja a beber, a refrescarse, para iniciar su ascenso de nuevo, como escribió Knut Hamsun en su obra *Pan*.

El sol de medianoche. La llegada de la luz tras la oscuridad y unos meses que son algo más que un regalo porque coinciden con la

apertura de mi cafetería. En esto tengo que centrarme. En lo bueno de la vida y en mi vida.

Esbozando una tenue sonrisa, accedo al caminito de gravilla que lleva a la casa de Sonia y a este lugar que me vio crecer y convertirme en la mujer que soy ahora. Una mujer que debería tomar ejemplo de ella, porque nunca la he oído quejarse ni lamentarse, y eso que ha tenido motivos más que de sobra.

Detengo el vehículo en la pequeña explanada que hay frente a su casa, solo que, en lugar de dirigirme a ella, enfilo mis pasos hacia el muelle que se encuentra al final del camino, donde tomo asiento en uno de los bancos de madera, para disfrutar de estas vistas que son otro regalo: los barcos pintados de rojo o amarillo, meciéndose suavemente en el agua oscura, donde se refleja todo, hasta lo más mínimo; las montañas, como emergiendo del agua, con sus riachuelos bajando en cascada, y este silencio que lo llena todo.

El silencio que escucha. La calma que abraza. Y este lugar que es hogar.

Por eso nunca he querido marcharme, porque mi felicidad vive aquí; en estas islas, en mi casa y en mi negocio.

«¿Quién decide lo que está bien o lo que está mal? ¿Acaso sabemos lo que vendrá después? Las cosas son como son, y listo. Ahora estás enfadada porque no han salido como tú esperabas, pero ¿no se te ha ocurrido pensar que puede que seas tú la que está equivocada y que la vida tenga otros tiempos y otros planes para ti? Ten paciencia, cielo, y acepta el devenir como venga, sin etiquetarlo como bueno o malo», me dijo Sonia hace mucho.

Ella ha sido como una madre para todos: para Aksel, cuando murió la suya, y para Loki y para mí, aunque la nuestra siga con nosotros.

A Sonia la vida no quiso darle hijos, pero le dio a los hijos de sus mejores amigos, y siempre nos ha tratado y querido como si fuéramos suyos. Por eso muchas veces hemos terminado en su cocina, y no en la de nuestros padres, sobre todo cuando necesitábamos que intercediera o arreglara la que habíamos liado, que en mi caso y en el de Aksel era bastante a menudo.

Esbozo una sonrisa, que les cierra la puerta a la decepción y a la desilusión cuando recuerdo a esa niña que fui, esa que a veces no entendía nada de lo que Sonia le decía y que incluso se enfadaba todavía más cuando Aksel la llamaba exagerada. Entonces ella lo mandaba fuera y seguía hablando conmigo mientras mi hermano nos escuchaba en silencio.

Y ahora, muchos años después, sigo siendo la misma; impetuosa, exigente y puede que algo irrespetuosa con los tiempos de la vida, porque sigo cabreándome y decepcionándome cuando las cosas no salen o suceden como yo espero. Y sigo etiquetándolo como bueno o malo, poniéndole ese cartelito... Yo, que he crecido rodeada de agua —de ríos, de lagos y cascadas—, en lugar de fluir como ella, opongo resistencia, cuando debería dejar de hacerlo de una vez y aprender a fluir con la vida, como el agua del río que simplemente confía en encontrar el mar.



—Cielo, qué buena pinta tiene esto —comenta Sonia cuando quita el envoltorio y ve todo lo que le he traído—. Estos cruasanes los hacía yo antes muchas veces, no sé por qué dejé de prepararlos —añade,

tomando asiento a mi lado—. Aquí hay mucha comida —prosigue, esta vez con seriedad.

—Aquí y en mi coche. He preparado otra bandeja para mis padres, aunque no con tanta cantidad como te he puesto a ti, porque tú tienes el hotel, pero, vamos, que les llevo comida de sobra —le confieso, sin poder ocultar la decepción que siento presionando mi pecho y apretando mi garganta otra vez.

Malditas expectativas y maldita sea esta imaginación desbordante que tengo y que no me sirve para nada. Bueno, sí, para hundirme en la miseria. O en la realidad, más bien. Porque, en mi mundo de fantasía, esto estaba hecho, y esperaba llenar la cafetería ya desde el primer día... pero llena hasta los topes, nada de tonterías. Veía a todos los clientes que antaño la frecuentaron tomándose un café, un rollito de canela o lo que fuera, charlando entre ellos y recordando viejos tiempos, mientras yo no daba abasto saludándolos a todos e interesándome por sus vidas, sin dejar de atender el mostrador. Y era tan real y lógico que luego esto ha sido como un bofetón en toda la cara, de esos que te dejan los cinco dedos marcados. De nuevo, nada de tonterías.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Lo serviré hoy en la cena, como un detalle de la cafetería. ¿Qué te parece? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—Lo que hagas estará bien —contesto, intentando sonreír y sin que me salga.

—Cuando decidí abrir mi casa y convertirla en hotel, Sven y tu padre también me ayudaron a reformarla. Puse toda mi ilusión en cada detalle, en las habitaciones, en los baños... todo tenía que estar perfecto. Pero que esté perfecto no significa que los clientes vayan a llegar de inmediato. Necesitas tiempo, cariño. Primero llegará uno que le comentará a otro lo mucho que le ha gustado.

Puede que ese otro decida darte una oportunidad y, si le gusta, se lo comentará a otra persona. Y así uno tras otro hasta que llegue el día en el que te darás cuenta de que has dejado de estar preocupada porque lo tienes a rebosar. La señora Anette heredó la cafetería de sus padres; no hubo un cierre que durara años, como en tu caso, sino una continuidad. Por eso siempre la tenía llena. Como la tendrás tú, estoy segura. Solo necesitas tiempo.

—Eso opina Loki —susurro, sintiendo cómo la decepción presiona un poco más hasta humedecer mis ojos.

—Tu hermano es muy buen cocinero y ambos sois trabajadores, es imposible que no funcione. Además, la has dejado preciosa. Mañana intentaré escaparme para ir a tomarme un café —me dice, aferrando mi mano con el mismo cariño que veo desbordándose de su mirada.

—Ay, Sonia, no quiero que te sientas obligada.

—Tonterías, llevo queriendo ir desde ayer, pero me ha pillado con todas las habitaciones ocupadas y no he podido hacerlo.

—Espero poder decir eso yo algún día.

—Estoy segura. Ten paciencia y una sonrisa lista para cada cliente y, antes de que te des cuenta, la tendrás llena. Que el recuerdo de la cafetería de Anette no sirva para entristecerte, sino para impulsarte, porque, si sus padres y ella lo lograron, tú también podrás hacerlo.

—Sé que puedo conseguirlo, eso lo tengo más que claro, pero tienen que darme una oportunidad —le digo, tragando un poquito de la frustración, la decepción y la tristeza que parecen manar de mi garganta, como si fueran el nacimiento de un río. Porque siempre están ahí, fluyendo sin parar, presionando y doliendo.

—Te la darán, ya lo verás. Solo tienes que ser paciente.

—Sabes que la paciencia y yo no nos llevamos precisamente bien —le contesto. Cuando la puerta de la cocina se abre y veo quién la atraviesa, esbozo una sonrisa—. Hola, Sven.

—Hola, muchacha —me saluda, deteniendo la mirada en la bandeja de comida que hay sobre la mesa—. Qué buena pinta —me dice mientras va hacia la cafetera para servirse un café, omitiendo hacer más comentarios.

—Es para vosotros y para los huéspedes del hotel.

Sonia me da un suave apretoncito con la mano para reconfortarme, y él toma asiento frente a mí, para seguidamente hacerse con un trozo de tarta de queso.

—Está disgustada porque no está yendo mucha gente a la cafetería.

—Irán, ya lo verás —me asegura, convencido—. Esa cafetería llevaba años cerrada y la vida ha seguido sin ella; la gente ha encontrado otros sitios a los que ir o ha cambiado sus costumbres. Pero, cuando algo te ha gustado en el pasado, regresas, aunque sea solo por curiosidad y, si vuelve a gustarte, te quedas. Eso es lo que va a ocurrir, que volverán y se quedarán —sentencia con su vozarrón, antes de darle un mordisco a la tarta—. Hummm... Y tanto que se quedarán, sobre todo cuando prueben esta maravilla —añade, provocando la sonrisa de Sonia y que las lágrimas broten en mis ojos.

—Espero que tengas razón.

—Siempre la tengo —responde, sonriéndome con los suyos.

—Por favor —se queja Sonia, divertida, provocando finalmente mi risa.

Y qué necesario es reír, aunque estés a punto de echarte a llorar, porque, cuando permites que la risa fluya, la tristeza, la frustración y la decepción desaparecen, como un río cuando se seca. Solo que, aunque esté seco y no puedas verlo, el río siempre estará ahí, esperando paciente el regreso del agua. Como mi garganta, mi pecho o mi corazón, que parecen abrirse de manera natural a la

tristeza, que late como un segundo corazón; a la frustración, que es como una plancha pesada sobre mi pecho, y a la decepción, que llena de nubarrones negros mi interior.

—Me marcho ya —anuncio, levantándome—. Todavía tengo que ir a casa de mis padres y estoy deseando llegar a la mía.

—A ver si me paso un día para verla.

—Te encantará la cocina, estoy segura. —Le sonrío a Sven con complicidad y me acerco a él para darle un beso en la mejilla.

—Mañana me pasaré por la cafetería, muchacha.

—No vengas tarde o no encontrarás mesa —ironizo.

Y vale que lo he dicho sonriendo, pero que me duele, como no hay palabras para describirlo, también.

—Algún día sucederá eso, cielo. No me cabe duda.

—Eso espero. Hasta luego, Sven. Te veo mañana —me despido antes de salir de la estancia acompañada por Sonia.

—¿Puedo pedirte una cosa, cielo? —me pregunta cuando tomo asiento en el banco que tiene en la entrada para empezar a calzarme.

—Claro —contesto viendo cómo se sienta a mi lado.

—Disfrútalo, aunque no sea como habías imaginado. No te pierdas estos días solo porque no están siendo como te hubiera gustado que fueran. Estás viviendo tu sueño y si no lo disfrutas es como si lo estuvieras pisoteando y, con el tiempo, no guardarás un buen recuerdo. Te lo he dicho muchas veces: no lo etiquetes como bueno o malo, no le pongas un cartel. Porque puede que lo bueno o lo correcto para ti sea esto, pero, como te ha dicho Sven, los clientes llegarán y se quedarán y entonces te entristecerá no haber vivido tus comienzos con la ilusión de las primeras veces —me dice, y me doy cuenta de que tiene razón y apenas lo estoy disfrutando cuando llevo años soñando con esto.

—Lo intentaré —musito, sintiendo que me ahogo un poquito con la verdad de sus palabras.

—Mañana procuraré ir, aunque sea solo para verte —me dice con cariño, dándome un abrazo en el que me quedo un ratito.

Capítulo 9



MARCO

Frunzo el ceño cuando, tras estacionar la moto, compruebo que su coche no está aparcado donde lo tenía esta mañana. Solo espero que no tarde en llegar, porque, si no, me joderá la sorpresa.

Deslizo la mirada por este paisaje, que es una auténtica pasada y también un peligro, como Silje, porque no consigo quitármela de la cabeza y en lo único en lo que pienso es en ella, desnuda y bailando, pero solo para mis ojos, como hizo la noche que la conocí, y siento cómo mi entrepierna despierta ante ese recuerdo. Hostia, qué sexy estaba, botella en mano, con los mechones rubios cayéndole desordenados sobre el rostro, con esa sonrisa que provocó más de una vez la mía y contoneando ese cuerpo que es una tortura que no me deja vivir.

Esa noche la desnudé cientos de veces en mi mente. Y, si no hubiera ido tan bebida, la habría invitado a mi habitación en vez de quedarme frustrado viendo cómo se largaba con sus amigas.

¿Cómo puede gustarle vivir tan aislada de la civilización? Cambio el rumbo de mis pensamientos cuando siento mi miembro crecer hasta niveles preocupantes. Joder, ni siquiera se ven casas a lo lejos.

Dejo la mochila y el casco en los escalones que dan acceso al pequeño porche para luego bordear la vivienda, quedándome sin habla cuando mi vista se detiene en el verde brillante de la hierba, en los colores de las flores —que parecen estar por todas partes—, en la arena blanca con vetas grises —que me recuerda ligeramente a la plata triturada— y en el color casi turquesa del agua.

Por supuesto que le gusta vivir aquí. Creo que incluso podría gustarme a mí. Y durante un momento me olvido de lo alejado que está este lugar de todo para permitir que la naturaleza me pase por encima. «Porque es lo que te sucede en estas islas, que te pasan por encima», asumo llenando mis pulmones con este aire que no contiene ni una partícula de contaminación.

Qué distinto a Roma, y no solo por la pureza del aire, sino en todo. Aquí no vas a encontrarte con una Fontana de Trevi o con un Coliseo romano, ya quisieran ellos. Pero te encontrarás con ríos y cataratas que bajarán por montañas como coliseos, que ya quisiéramos nosotros.

Cierro un segundo los ojos, sintiendo que la conexión con este lugar llega para tirar de mí, tal y como me sucedía cuando era crío. Solo que tira de mí únicamente durante los meses buenos, cuando brilla el sol. Luego, cuando los días se acortan y puedo oler la nieve en el ambiente, necesito largarme tanto como necesito más tarde regresar.

Básico, dice. Esbozo una sonrisa mientras empiezo a cortar unas cuantas flores, recordando el momento en el que el chico ha entrado en el DIGG para devolverme la rosa. Joder, menuda cara de pasmado habré puesto. Y lo peor de todo es que no sé si el tema me

divierte o me toca las pelotas, porque es la primera vez que una mujer me devuelve lo que sea y tengo que ir tanto detrás para acostarme con ella.

Alzo la mirada del pequeño ramo cuando oigo el motor de un coche aproximarse. Es ella, seguro.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, sorprendida, cuando se apea del vehículo y detiene la mirada primero en mi moto y luego en las flores.

Y me apoyo con despreocupación en la barandilla de madera que lleva al porche.

—Demostrarte que no soy tan básico como piensas —contesto, guiñándole un ojo y viendo cómo intenta frenar la sonrisa. Esto está casi hecho—. Traigo hamburguesas y vino.

—No creo haber aceptado la cita contigo —replica, frunciendo ligeramente el ceño y acercándose a mí, mientras que yo sigo en mi sitio, sin moverme un centímetro.

—¿Y quién te ha dicho que lo sea?

—¿Y qué es entonces?

—Un acto meramente egoísta —respondo, dando un par de pasos hacia ella—. Para ti, *principessa* —añado, ofreciéndole el ramo y mi sonrisa.

—¿Y puedo saber por qué es un acto meramente egoísta? —plantea, y en su gesto se ve que está valorando si quedárselo o tirármelo a la cara.

—Porque vivo y trabajo en ese restaurante y lo último que me apetece es cenar en él o solo en mi habitación.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que quizá pueda tener otros planes?

—No los tienes. De hecho, estás más que encantada con este, con el que no contabas. Por cierto, cuando me invites a cenar, quiero un

ramo como el mío. Ni se te ocurra ir a la floristería —le suelto con sorna, conteniéndome para no liberar una carcajada con la mirada que me está dedicando.

—No pienso regalarte flores.

—Sí, claro, lo que tú digas —le respondo, condescendiente.

—Eres insoportable.

—No es eso lo que las tías suelen decir de mí.

—Las tías, qué feo —me recrimina, torciendo el gesto.

—A ti te llamo *principessa* —matizo, dando un paso para acercarme más a ella, viendo cómo la confusión se adueña ligeramente de su mirada azul claro.

Y menuda sorpresa me estoy llevando con este tema, porque nunca me han gustado las mujeres rubias, de piel clara y ojos azules, y, puestos a elegir, siempre he preferido a las morenas de piel bronceada y ojos oscuros. Sin embargo, en cuanto la vi, no tuve ninguna duda y mi elección estuvo hecha.

—Ya ves, qué original.

—¿Abres o no? —le pregunto, posando la mirada en esos labios carnosos y sonrosados que son como otra tortura, porque no soy de los que besan en la boca, a no ser que seamos pareja. En cambio, cuando la tengo delante, no puedo pensar en otra cosa.

En cuanto imagino mis dientes apresando su labio inferior, tal y como ella ha hecho esta mañana, siento un fuerte tirón en mi vientre.

—Pero solo porque a mí tampoco me apetece cenar sola esta noche —me aclara, echando a andar mientras yo esbozo una media sonrisa. Seguro que es por eso.

—Entonces, he hecho bien viniendo —murmuro siguiéndola, sintiendo el deseo crecer en mi entrepierna, al tiempo que ella empieza a subir los escalones que dan al porche.

—No vas a hacer nada de lo que tienes en mente —me asegura, convencida, y comienza a descalzarse.

—¿Y puedes decirme qué tengo en mente exactamente? ¿Me lo aclaras? —replico con guasa, descalzándome yo también.

Y esto es algo que nunca hago cuando estoy en Roma, pero que integro en mi vida cuando pongo un pie en Noruega o en los países que tienen por costumbre hacerlo.

—¿En serio tengo que aclararte lo que estás pensando? —me cuestiona, soltando una carcajada—. Venga, entra —me dice, sin borrar la sonrisa de su rostro, cediéndome el paso.

—Necesitas un perro bien grande —mascullo, de repente molesto.

Durante un instante, me olvido de lo alejada que está esta casa de la civilización para observar la luz del atardecer filtrarse suave por el amplio ventanal que da al fiordo, bañando la estancia con sus tonos dorados y anaranjados. Y es una jodida pasada, todo. Las vistas y esta estancia: la cocina, con los armarios inferiores lacados en color verde menta y los superiores en un tono más claro; la encimera blanca, la pila de porcelana y la grifería dorada; la mesa de madera, rodeada por cuatro sillas, situada frente a la ventana, y la isla de trabajo, con dos lámparas que cuelgan del techo. Y luego los sofás que hay en el otro extremo, frente a la chimenea, con una mullida alfombra cubriendo el suelo de madera.

—No creo —me rebate a mi espalda, y me giro para ver cómo saca un jarrón de cristal, de uno de los armarios de la cocina, para seguidamente llenarlo con agua.

—Dime qué pasaría si ahora mismo intentara hacerte daño. ¿Quién vendría a ayudarte? —le formulo, clavado en mi sitio, justo en esa línea invisible que separa la cocina del salón, mientras ella coloca las flores en el jarrón como si nada.

Y esta es otra puta sorpresa que me estoy llevando y que no me gusta un pelo, porque ¿qué hostias me importará a mí dónde viva cuando, en realidad, solo quiero tirármela?

—Que me plantees eso dice muy poco de mí, ¿no te parece? —me pregunta con seriedad, alzando su mirada para encontrarse con la mía.

—¿Sabrías defenderte?

Me acerco a ella y la acorralo con mi cuerpo, sin permitir que se suelte de mis ojos.

—Digamos que sabría dónde darte para que te doblaras por la mitad, ¿te vale? —suelta sin inmutarse mientras yo apoyo las manos en la encimera, a tan poca distancia de ella que puedo percibir el calor de su cuerpo sin necesidad de rozarlo.

—Solo si me aseguras que cierras con llave cuando estás en casa —insisto, cansino, pasando de mi orden muda de dar un par de pasos hacia atrás.

—¿Puedo saber dónde vives tú?

—No me has contestado —replico con sequedad, bajando la mirada hasta su mano cuando la posa en mi pecho para alejarme de ella.

—Ni tú —me responde con despreocupación, zafándose de la prisión de mi cuerpo para dirigirse hacia el taburete, donde he dejado la mochila, para empezar a sacar las hamburguesas mientras mi piel me pide más de todo—. De queso, mi preferida. ¿Quién te lo ha dicho, Thea o Loki? —Esboza una sonrisa, completamente ajena a la necesidad que está mordiéndome por dentro.

—Lo he adivinado yo solo —le miento, provocando su carcajada.

—Claro que sí. Venga, haz algo de provecho y abre la botella de vino. Tienes un sacacorchos en el primer cajón —me ordena, dirigiéndose hacia la chimenea para encender el fuego.

—¿No me dirás que tienes frío?

—¿No me dirás que tienes calor?

—Digamos que estoy bastante bien —le respondo, fanfarrón, sin quitarle la mirada de encima, muy seguro de que está sonriendo, aunque no pueda ver esa sonrisa—. En Roma, por estas fechas, ya hace un calor de la hostia. Si vivieras allí, ni se te ocurriría encender la chimenea —le comento, empezando a descorchar la botella.

—Entonces, vives en Roma. —De rodillas frente al fuego, se gira para mirarme, y, en mi imaginación, la veo de rodillas, pero frente a mí.

—Y cierro la puerta con llave cuando estoy en casa y cuando me marcho, no como tú —añado, imaginando mis dedos enredados en su pelo mientras muevo su cabeza.

«Hostia, para».

—Si tienes que cerrar con llave es porque no te sientes seguro.

—Te equivocas. Si cierro con llave es porque es más seguro y porque tengo sentido común —le rebato, abriendo los armarios en busca de las copas.

—En el de arriba —oigo que me dice—. ¿Sabes por qué nunca he sentido deseos de salir de estas islas? —prosigue mientras yo las localizo finalmente.

—¿Por qué? —inquiero, mirándola.

—Porque estas islas son mi casa. No estas cuatro paredes, sino cada parte de este lugar —me cuenta mientras yo no puedo apartar mis ojos de los suyos. Joder, es mi puto canto de sirena, y yo estrellaría mi barco contra las rocas con tal de acercarme más a ella —. Nadie va a venir a hacerme daño ni a robarme nada, aunque deje la puerta abierta de par en par, pero tú vienes de fuera y traes contigo ese temor que aquí no tiene sentido.

—Puede ser —cedo, comenzando a servir el vino para centrarme en algo que no sea ella. Ella sin ropa. Ella encima de mí. Ella gimiendo—. ¿Por qué has dicho que no te apetecía cenar sola esta noche? ¿No ha ido bien el día? —le pregunto, ofreciéndole su copa cuando se acomoda en uno de los taburetes.

—Digamos que simplemente ha ido.

—¿Mejor que ayer?

—Si hubiera ido peor, estaría muy preocupada.

—Estás preocupada —añado, centrándome de una jodida vez.

—¿Tanto se me nota?

—Digamos que la Silje que tengo frente a mí no se parece en nada a la Silje que conocí hace un par de noches —le digo, guiñándole un ojo, con el deseo de cargarme esa preocupación atestada de tristeza que puedo ver en sus ojos.

—Dos botellas como esta y la tienes de vuelta.

—Pero me bailas desnuda —le suelto, arrancándole una carcajada.

—¿Una fantasía?

—Más bien, un deseo —le confieso con voz ronca, atrapando su mirada con la mía. Y siento cómo el ambiente cambia de nuevo entre nosotros hasta convertirse en algo electrizante.

—Que no voy a concederte.

—Puede que no a corto plazo, pero lo harás —sentencio, convencido, antes de llevarme la copa a los labios.

—Y estás tan seguro... ¿por? —me pregunta, ocultando su sonrisa tras la copa de vino.

—Porque lo deseas más que yo.

Y eso es algo que hasta la persona más obtusa podría ver.

—¿Así es cómo ligáis los italianos?

—¿Estoy ligando? —le cuestiono, frunciendo el ceño.

—No, en realidad.

—Tienes razón, porque ya estás loca por mí. —Y no es una fanfarronada, aunque de entrada lo parezca: es la pura verdad.

—Cierto, suerte que ya estás tú para hacerte el duro —me responde, dejando de frenar la sonrisa, antes de coger su hamburguesa y darle un mordisco.

—De nada —contesto cuando la veo relamerse.

—Me encanta, está buenísima —me responde después de soltar un gemidito que tiene una repercusión inmediata en mi entrepierna.

—Vas bien, teniendo en cuenta que se trata de una simple hamburguesa.

—¿Cómo?

—Que si gimes así con una hamburguesa, vas a gritar la hostia cuando te acuestes conmigo —afirmo, esbozando una sonrisa.

—¿Te das cuenta de la decepción que vas a llevarte cuando te marches de estas islas sin haberme rozado?

—Ya te estoy rozando. —Alargo la mano para deslizar el dedo lentamente por su mejilla.

—No así —replica, divertida, mirándome de reojo.

—¿Mejor así? —Hundo la mano en su pelo para empezar a acariciar su cuello, sintiendo el deseo llegar para quitarme el hambre de golpe y cargarme de otro tipo de hambre que en nada se parece a esta.

—¿Quieres estarte quieto? —me pide, moviéndose ligeramente para zafarse de mi mano, sin llegar a conseguirlo.

—Y ahora solo me falta tenerte de rodillas —musito, guiñándole un ojo de nuevo.

—No creo —me asegura, dándome un manotazo.

—¿Nos apostamos algo? —le propongo, retirando la mano con reticencia.

—No.

—¿Por qué, si estás tan convencida de tus palabras?

—Justo por eso, porque sería demasiado fácil y me sentiría mal ganándote.

—Vendrás una semana a Roma, conmigo, si terminas de rodillas frente a mí —le suelto de sopetón.

Y veo como la sorpresa y el rubor se pasean por su rostro durante unos escasos segundos para luego ser sustituidos, casi de inmediato, por algo que la hace enarcar una ceja y a mí sonreír. Porque es justo lo que estoy haciendo.

—¿Solo de rodillas o con algo en la boca? —me pregunta con falsa inocencia.

Joder. Y suelto una carcajada.

—¿Tú qué crees?

—Iba a decir que conociéndote... pero en realidad no te conozco de nada, y aun así apostaría a que con algo en la boca.

—Me parece que me conoces más de lo que crees.

—Vale... Déjame pensar... —Tamborilea con los dedos en su barbilla para, a continuación, mirarme de reojo, sonreír y atrapar toda mi atención, a pesar de que ya la tenía por completo—. Si no acabo de rodillas frente a ti, serás tú el que bailará desnudo para mis amigas y para mí —resuelve, dedicándome una sonrisa tan luminosa como el sol.

—*Principessa*, ¿sabes cómo puede terminar eso si le añadimos vino? —le planteo, enarcando una ceja.

—Dímelo tú —me reta sonriendo más mientras yo intento frenar la mía.

—Contigo y con todas tus amigas conmigo en Roma —le respondo, arrancándole una risotada.

—Entonces, paso de apostarme nada si el final va a ser el mismo.

—Lo siento, esa opción no está disponible. Acepto.

Le ofrezco la mano, percatándome de que hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien y estaba tan a gusto con una mujer fuera de la cama.

—Pero sin vino —añade, sellando nuestro pacto con la suya.

—¿Estando tus amigas de por medio? Lo dudo —le rebato, sintiendo el calor de su piel fundirse con el mío y tirar de mi cuerpo para que me acerque más.

Mi canto de sirena.

—No las conoces —me replica, intentando soltarse sin que se lo permita.

—Te aseguro que, cuando llevas años trabajando tras una barra, conoces pronto a las personas. Va a ser divertido —musito, llevándome su mano a los labios para darle un beso.

Capítulo 10



SILJE

Le sostengo la mirada mientras sus labios se demoran en el dorso de mi mano en un beso que de inocente tiene bien poco, porque está siendo completamente lascivo. Y hago uso de toda mi fuerza de voluntad para fingir una frialdad que estoy muy lejos de sentir, sobre todo cuando apresa suavemente mi piel con los dientes.

—Cuando quieras —le digo, esbozando una sonrisa, sintiendo el deseo contraer con fuerza mi vientre con esta pequeña demostración de lo que vendría si le diera vía libre.

Y ahora me he apostado con él si vamos o no a acostarnos eligiendo la opción incorrecta. Porque, vamos a ver, ¿a quién pretendo engañar si en este corto espacio de tiempo ya me he imaginado de rodillas frente a él como una docena de veces?

—Cuando quiera, ¿qué? —me pregunta, arrastrando con lentitud el labio inferior por mi piel, sin alejar sus ojos de los míos.

Dios. Mío.

—¿Tú qué crees? —Intento liberarme, y al instante percibo cómo ejerce más presión con la mano para impedirlo—. ¿Me sueltas?

—La verdad es que me gusta más tu sabor que el de mi hamburguesa —me responde con insolencia, trazando un reguero húmedo con su lengua, con el que consigue que todas las células de mi cuerpo griten bien fuerte, tal y como le gusta.

POR. FAVOR.

—Pues vas a tener que conformarte con tu hamburguesa, porque yo tampoco estoy disponible, y menos para ti —contesto, soltándome al fin.

Solo que sería mucho más creíble si fuera verdad y mi imaginación desbocada no estuviera quitándome la ropa a toda prisa y no tuviera en mente cientos de escenas distintas que incluyeran muchos jadeos y mucha piel desnuda.

—De momento —replica mientras me guiña un ojo, provocando mi sonrisa.

Y, durante un escaso segundo, me pregunto qué sabor tendrá su piel, cómo será besar sus labios o sentir nuestros cuerpos encajados, algo que debería darme igual, porque estaremos de acuerdo en que plantearme ese tipo de cuestiones es lo que puede llevarme de cabeza a perder la apuesta.

—Dime una cosa, ¿por qué Thea no había visto la cafetería? —cambia de tema, descolocándome por completo, porque ya me dirás tú qué pinta su jefa en todo este asunto de lamer piel y besar labios, manos o lo que sea, porque todo me va bien.

«CÉNTRATE».

—Porque no se la había enseñado, básicamente.

—Hasta ahí llego, la pregunta es... ¿Por qué no lo habías hecho?

—Porque solo se la enseñé a mi familia y a mis mejores amigas —le respondo, bastante perdida, porque no sé a dónde quiere ir a

parar.

—Y luego te extraña que la gente no vaya —me suelta antes de darle otro mordisco a su hamburguesa, y yo no pierdo de vista el movimiento de sus labios—. Te veo de rodillas —añade, mirándome de reojo, y me centro de una maldita vez.

—No sé de qué me hablas.

—Si no puedes quitarme la mirada de encima mientras me como una simple hamburguesa, tienes un problema.

—El problema lo tendrás tú cuando tengas que bailar desnudo frente a mis amigas. En menudo lío te has metido —le rebato, arrancándole una risotada.

—En realidad, las dos opciones me van bien porque, o me acuesto contigo, o me acuesto con las tres.

—Qué feo que te dé todo igual.

—Puestos a elegir, prefiero acostarme solo contigo, pero, si no hay más remedio, creo que podré hacer un esfuerzo —me contesta, consiguiendo que la carcajada explote en mi garganta.

—Dime por qué no te extraña que no venga nadie —le pido, todavía sonriendo, retomando el asunto que de verdad me interesa.

—Es obvio: una cosa es que sepan que has abierto y otra bien distinta, que lo vean con sus propios ojos.

—Pueden venir a verlo cuando quieran, te recuerdo que está abierta.

—Y, como tú has abierto, ya pueden venir en tropel para llenártela, ¿no?

—Exacto.

—Pues te equivocas. Pero, si haces una fiesta de inauguración donde puedan probar los rollitos, las tartas y todo lo que prepara Loki, ahí lo cambias todo. Yo te la organizo.

—¿Cómo?

—Que yo te la organizo. ¿Este sábado te va bien?

—¿Este sábado? Pero si faltan solo cuatro días.

—Suficiente.

—No sé... —musito, buscando cualquier excusa que me sirva para quitármelo de encima.

—¿Qué no sabes? Tú solo tienes que dejarme hacer a mí.

—Justo eso es lo que no sé.

—Hecho, el sábado la inauguramos —resuelve, cogiendo su copa para darle un suave toque a la mía. Maldita sea—. Tienes suerte, *principessa*, porque esta semana termino de trabajar a las seis, como tú.

—Mira qué bien —le respondo con ironía, provocando su sonrisa —. ¿Y es relevante que acabemos a la misma hora? —Enarco una ceja, sin dejar de rebuscar en mi mente lo que sea con tal de hacerlo cambiar de opinión. Porque, conociéndome, sé que no va a encajarme cualquier cosa y, sinceramente, no lo veo cumpliendo mis expectativas. Al menos, fuera de la cama.

«Ay, por favor. Céntrate».

—Por supuesto, porque tú y yo, *principessa*, vamos a llenar las Lofoten con folletos anunciando esa inauguración.

Ya ves tú.

—¿Eso es lo que tienes pensado? Porque te adelanto que Loki y yo ya llenamos las islas anunciando la apertura, y mira el éxito que hemos tenido. ¿Qué te hace pensar que ahora será diferente?

—¿Nos apostamos algo?

—Con una apuesta al día, tengo más que suficiente.

—Si la llenamos, me besarás, y, si no lo conseguimos, seré yo quien lo haga para consolarte.

—¿Como un premio de consolación? Además, ¿qué mierda de apuesta es esa? —Me carcajeo, aparcando momentáneamente todo

este rollo de la inauguración cuando el calor llega para llenar mi vientre. El calor y las mariposas.

—Hombre, te propondría sexo, pero eso sería ponértelo demasiado fácil. Recuerda que tienes que currártelo.

—Es verdad, había olvidado que no eres un tío fácil que no está deseando acostarse con cualquiera —bromeo, divertida.

Y esto, sin ser una cita, está siendo cientos de veces mucho mejor que las últimas que he tenido. Con diferencia.

—Con cualquiera, no.

—Para el caso, todas tus apuestas terminan con nosotros juntos.

—Pero solo de una forma, *principessa*; la otra no me interesa.

—Es cierto, porque solo tiene que ser sexo —recuerdo, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro—. Pero tengo una duda: ¿para qué voy a currármelo si, gane o pierda, voy a acabar acostándome contigo?

—Entonces, ¿aceptas que si pierdo voy a acostarme con las tres? —me pregunta, guasón, provocando mi risa.

—No, un segundo... No había caído en la cuenta de que también tengo la opción de largarme y dejarte con mis amigas. —Solo que espero no ser tan inconsciente en todo.

—Seguro —me responde, esbozando una sonrisa que contrae suavemente mi vientre.

—Dime una cosa, y solo es curiosidad: ¿por qué solo sexo?, ¿no te interesan las relaciones?

—¿Te interesan a ti?

—Digamos que no estoy cerrada a ellas. ¿Y tú?

—Digamos que todavía no he conocido a una mujer que me importe tanto como para querer cambiar mi vida.

—¿Y cuál es tu vida? —inquiero, esta vez con seriedad.

—La que no suele gustarle a la gente. —Y guardo silencio, invitándolo a seguir—. He tenido un par de relaciones y, con el

tiempo, me he dado cuenta de que no encajo en eso, y lo mejor es ser honesto de entrada para no hacerle daño a nadie. Tener un empleo fijo, estar atado a un sitio y a alguien me asfixia tanto como lo haría quedarme encerrado en un ascensor minúsculo atestado de personas.

»Me gusta estar solo y moverme por el mundo a mi antojo. Suelo venir a estas islas en verano, pero, luego, cuando llegan los meses oscuros, necesito regresar a Roma, donde sigue haciendo buen tiempo, donde el tráfico es infernal y donde hay tanta gente que, en ocasiones, no puedes ni pasear tranquilo por la calle. Pero también quiero tener la opción de largarme a las Maldivas si, de repente, es lo que me apetece, sin tener que esperar ni depender de nadie. Por eso prefiero no tener pareja y me gusta ser camarero, porque la única responsabilidad que tengo es la de servir copas.

—Hablas como mi amigo Aksel —comento, rompiendo mi mutismo —. Él se largó de aquí cuando cumplió dieciocho años y ni se plantea regresar para quedarse. Ahora vive en Nueva York, pero puede que mañana cambie de opinión, haga las maletas y se largue donde le plazca... Lleva años viviendo así —le cuento mientras él me escucha con atención—. ¿Qué es lo que os gusta de esa vida? —le pregunto, incapaz de entenderlo, porque yo soy justo lo contrario y necesito la seguridad de un hogar y saber que allí está mi sitio.

—Todo, joder. ¿No te crea ansiedad levantarte en el mismo pueblo día tras día, ir a trabajar al mismo lugar, regresar a la misma casa y vuelta a empezar? Es como el día de la marmota, pero con pequeños cambios que te llevan a pensar que cada día es distinto cuando, en realidad, es más de lo mismo. Es como si trazaras un círculo con un compás y no salieras de ahí.

—Y, en cambio, a mí lo que me crearía ansiedad sería vivir como tú o como Aksel. Me gusta mi vida, tener mi casa y mi cafetería.

Luchar por mis sueños. Tener a mi familia y a mis amigos cerca y, sobre todo, me gusta este sitio. El tráfico infernal o la gente abarrotándolo todo es lo que me agobiaría a mí.

—¿Y no te agobia ver siempre lo mismo, por muy bonito que sea?

—No, me da paz... Y el día que quiera ir a las Maldivas, o a donde sea, solo tendré que coger un avión y largarme, pero sabiendo que mi casa está aquí. ¿Nos apostamos una cosa?

—Creía que con una apuesta al día tenías suficiente —me recuerda enarcando una ceja, con la diversión dominando su mirada.

—En esta, el sexo no tiene cabida.

—Entonces, paso de escucharla.

—Estoy segura de que algún día cambiarás de idea y serás tú el que trace un círculo con un compás que delimite tu hogar.

—El mundo es mi hogar. Ahí tienes tu círculo.

—No tan enorme.

—¿Y por qué quedarnos en el mismo sitio cuando hay tantos lugares alucinantes por descubrir?

—Cierto y, aun así, regresas todos los veranos aquí. ¿Por qué repites cuando seguro que hay infinidad de países increíbles que todavía no conoces? En realidad, te va a faltar vida para verlo todo. Tú también has trazado un círculo, solo que no te has dado cuenta y te mueves por él sin cuestionártelo.

—Pero porque hay sitios que tiran tanto de mí que no quiero negármelos. Este es uno de ellos y Roma también, porque forma parte de quien soy, pero, luego, cuando llevo demasiado tiempo en el mismo lugar, necesito hacer las maletas y largarme. El año pasado estuve todas las Navidades en Tailandia y de ahí me marché a Vietnam, donde me instalé un par de meses. Esa libertad de poder ir a donde me plazca cuando me plazca, sin apenas equipaje, es lo que

me hace feliz. Lo otro, las formalidades, las obligaciones, la rutina del día a día... me ahoga.

—Y, de nuevo, escucharte a ti es como escuchar a mi amigo —musito, trayendo de vuelta su sonrisa, sus ojos chispeantes y todo lo que viví a su lado.

—Lo echas de menos, ¿verdad?

—Sí, mucho. Y su padre y Sonia... y Loki también —enumero, encogiéndome de hombros—. Los que nos quedamos echamos de menos a los que os vais, es algo inevitable, pero con el tiempo aprendemos a integrar esa ausencia en nuestra vida y a que nos afecte lo menos posible.

—Los que nos vamos también os echamos de menos, pero es cierto que al final lo integras y ves hasta normal que se marchen o marcharte.

—Y no olvides que la esperanza es lo último que se pierde. Puede que, algún día, incluso tú cambies de opinión y decidas trazar un círculo más pequeño.

—No creo, me gusta demasiado mi vida —me dice, cogiendo su copa para luego ponerse de pie y dirigirse hacia el ventanal. Lo observo en silencio, demorándome un poquito más de lo necesario en ese trasero prieto y en esas largas y musculosas piernas, que la tela de sus pantalones parecen realzar—. Aunque no me importaría nada levantarme con estas vistas —añade, volviéndose para guiñarme un ojo mientras yo cojo mi copa y me encamino al sofá, felicitándome por haber apartado la vista antes de que se diera la vuelta.

—Pero solo durante unos meses, porque al final te cansarías, ¿verdad? —remarco, observando el baile del fuego, sin entender esta tristeza que ha llegado con mis palabras, aunque, en realidad, lleva junto a mí bastante rato, solo que acabo de darme cuenta.

—Sinceramente, no entiendo cómo podéis vivir aquí en invierno, sin sol y con todo esto lleno de nieve —comenta, acercándose a mí para sentarse en el otro sofá, el que se encuentra justo enfrente de la chimenea, instalando la decepción en mi pecho ante su falta de cercanía.

Por favor. ¿Esto a qué viene?

—Hablas así porque nunca lo has visto —le digo con aplomo, necesitando defender algo que es tan mío como los latidos de mi corazón.

—Ni ganas.

—Puede que te sorprendiera y te gustara.

—Soy mediterráneo, *principessa*, necesito el sol para vivir.

—Tampoco es que estemos a oscuras por completo; lo que sucede es que el sol no llega a sobrepasar el horizonte. Por eso no podemos verlo, pero sí nos llega su luz, al menos durante unas horas —le cuento, esbozando una sonrisa.

—¿Y no te crea ansiedad no ver el sol? —me pregunta, haciéndome sonreír un poco más porque, si el agobio pudiera verse, yo lo estaría viendo ahora mismo.

—Que no pueda verlo no significa que no esté ahí —remarco, divertida—. Es como tu idiotez: que no pueda verla no significa que no forme parte de tu personalidad —añado entre risas al ver cómo me mira enarcando una ceja, frenando su sonrisa—. Ahora en serio, es algo puntual que apenas dura un mes y que nos permite disfrutar, además, del crepúsculo azul, que pinta el cielo de un tono increíble que no verás en otra parte. Fíjate si somos afortunados en estas islas que podemos disfrutar del sol de medianoche cuando empieza el verano y luego, con la llegada del invierno, de la noche polar y de las auroras, además de la Navidad, mi época favorita del año.

—En Roma también celebramos la Navidad —añade con mucha condescendencia, sonriendo al fin.

—¿No me digas? ¡No tenía ni idea! —le suelto, provocando su risotada— De verdad, tendrías que verlo... El cielo pintado con ese azul precioso, que le da otros matices a todo, incluso al blanco de la nieve; esa luz dorada que llega de repente para resplandecer en el horizonte y recordarte que el sol sigue ahí, esperando el momento de ascender de nuevo; las auroras adueñándose del cielo cuando la noche regresa; las luces navideñas de las casas y de los pueblos iluminándolo todo...

»Lo que tú crees que te crearía ansiedad a mí me da paz —le explico esbozando una sonrisa ante su cara de incredulidad, omitiendo mencionar que el color azul es el que relaciono a ese estado de tranquilidad, armonía y equilibrio interior—. Desde pequeña, he asociado la figura paterna al sol y la materna, a la luna, así que durante la noche polar el padre sol da un paso atrás para cederle el mando a la madre luna... hasta el 6 de enero, que regresa para brillar cada día un poco más —le cuento, viendo cómo me mira, con la sonrisa burbujeando en la comisura de sus labios—. Me da igual lo que estés pensando.

»Es más, te diré otra cosa: me encanta el invierno, me gusta levantarme y verlo todo nevado, los colores con los que se pinta el cielo o sentarme frente a la chimenea, como estoy ahora, con un chocolate o una copa de vino caliente, para ver simplemente cómo cae la nieve esponjosa... Ese silencio abrumador que llega con ella, esa paz, como si el mundo se detuviera mientras todo va pintándose de blanco —le confieso, percatándome de que este año lo viviré ya en mi casa. Y lo estoy deseando.

—Esa es la parte bonita del cuento.

—¿Acaso hay una mala?

—La nieve amontonada en el camino impidiéndote el paso o que salgas de tu casa, conducir sin apenas luz bajo una ventisca, el hielo en las carreteras, el frío acojonante, las largas horas oscuras... ¿Sigo? —me pregunta, sonriendo de nuevo y arrastrando con esa sonrisa las palabras «menudo portento de tío».

Vale, necesito acostarme con alguien ya. Tanto tiempo sin sexo no es bueno ni sano, porque luego pasa esto, que llega alguien un poco fuera de lo normal y mis hormonas y yo caemos de rodillas frente a él, importándonos bien poco lo que nos diga nuestra parte racional. Porque no olvidemos que aquí el italiano sexy es un idiota de manual y, en lugar de recordarlo, estamos más que dispuestas a quitarnos la ropa, incluso a viajar a Roma. Que nos maten, por favor, a mis hormonas y a mí. Sobre todo a mí.

—Las máquinas quitanieves suelen pasar a diario, los neumáticos están preparados para la nieve y el hielo, con ropa adecuada no tienes frío y las largas horas oscuras traen consigo las auroras. Además, no olvides que luego nos llega el premio —le respondo, centrándome al fin.

—Yo, ya lo sé —me contesta con socarronería, provocando de nuevo mi sonrisa.

Dios, es un idiota de manual, pero con gracia.

—Ya quisieras... ¿Sabes? Nunca he salido de Noruega, pero dudo mucho que puedas ver esta luz en otros lugares: estos atardeceres dorados e interminables, los colores brillantes de las auroras, esos verdes, rosas, rojos, púrpuras... o cuando está todo nevado y el cielo se tiñe de ese tono azulado rosado imposible de describir. Tú necesitas ver mundo, cuando mi mundo entero está aquí —le digo, sintiéndome bien con mis palabras.

—Y ahora tienes una cafetería que debemos llenar para que puedas besarme.

—Parece que lo estés deseando —remarco, enarcando una ceja, con mis hormonas volviéndose locas de tan solo imaginarlo.

P-O-R F-A-V-O-R, matémoslas entre todos, triturémoslas, quemémoslas o lo que sea, o me veo perdiendo la dichosa apuesta en el primer asalto.

—¿Tú no?

—No tanto como tú —contesto, ocultando la sonrisa tras la comisura de mis labios.

—Claro que sí, lo que tú digas —me responde con esa condescendencia que me repatea bastante.

Empiezo a morderme el labio inferior cuando veo que se levanta, intuyendo lo que viene ahora y agitándome tanto como mis hormonas, que ya han empezado a quitarse la ropa. Facilonas.

—Me marcho. Gracias por la compañía, me lo he pasado muy bien —suelta, dejándome noqueada. Porque lo que venía a continuación era que se sentara a mi lado, me soltara alguna canallada, hundiera los dedos en mi pelo, detuviera la mirada en mis labios, yo detuviera la mía en los suyos y...

A la mierda. Corto el hilo de mis pensamientos levantándome yo también, no sin antes echarles un cubo de agua con hielo a mis hormonas, que no dejan de llevarme por el camino de los pensamientos equivocados.

—Gracias por la cena, yo también me lo he pasado muy bien —le digo, viendo cómo deja la copa en la barra, para luego hacerse con la mochila y el casco.

Y ya lo echo de menos, a pesar de que todavía sigue aquí.

Y esto, al igual que la tristeza o la decepción que he sentido antes, es algo que no entiendo y que no debería estar presente, porque no es nada mío y porque apenas lo conozco. Sin olvidar que no es el momento de despistarme, sino de estar centrada y enfocada en mi

cafetería, no en italianos guapísimos, sexis y arrogantes que encima están de paso y que podrían regarme el jardín, calmar mis hormonas y dejarme bien satisfecha antes de largarse a Roma, al Polo Norte o a donde sea.

Sonrío mucho ante la llegada de ese pensamiento, con el que mi amiga Breen estaría completamente de acuerdo.

—¿Es tuya la moto? —le pregunto, intentando borrar la sonrisa de mi rostro mientras lo sigo hasta el porche.

—No, es alquilada. Te veo mañana, *principessa* —se despide, dedicándome una media sonrisa, tan sexy como él, para luego descender a toda prisa los escalones, alejándose de mí.

Cuando lo veo sentado a horcajadas sobre ella, colocándose el casco, no puedo evitar pensar que es como ver la palabra *sexo* encarnada. Algo con lo que mis hormonas coinciden totalmente porque en estos momentos están corriendo enloquecidas tras él para pegarse a sus piernas y empezar a chupetearlo de abajo arriba.

Vale, necesito ver a mis amigas ya. Y entro en mi casa para organizar una quedada/desayuno/lo que sea en la que poder desahogarme.

Capítulo 11



SILJE

Me despierto con una enorme sonrisa en los labios, que poco tiene que ver con la cafetería y mucho con él. Descentrada ya, y eso que todavía estoy medio dormida. Hago la colcha a un lado sintiendo cómo los nervios se adueñan de mi cuerpo cuando la posibilidad de que se presente de nuevo en mi casa, tal y como hizo ayer, llega para espabilarme en el acto y llevarme a toda prisa a la ducha.

Y no solo a la ducha, sino a mi estuche de cosméticos para empezar a maquillarme concienzudamente, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro.

—Deja de sonreír así —riño a la mujer que me mira con esa sonrisa de oreja a oreja a través del reflejo que me devuelve el espejo—. No te gusta. Bueno, un poco sí, pero lo justo —cedo, sonriendo más. Pero porque es supersexy, porque me divierte su idiotez, porque me sorprende sin pretenderlo y porque hace mucho que no conozco a un hombre como él. Y porque mis ojos brillan de

nuevo—. Pero solo será sexo y, por supuesto, no vas a irte a Roma con él —murmuro, aplicando una buena capa de rímel en mis pestañas, teniendo más que claro que la opción de arrodillarme está completamente descartada. Porque, amigas mías, podemos hacer lo mismo sin tener que estar arrodilladas. Y suelto una carcajada al imaginar lo que me dirán Breen y Liv cuando les hable de esta apuesta.

Vale, lo reconozco, esto es lo más divertido que me ha pasado en mucho tiempo. Y justo por eso estoy más que dispuesta a caer, porque estos últimos años lo más loco que he hecho ha sido planificar la reforma de mi casa y de la cafetería, y ayudar a mi padre y a Sven en lo que necesitaran, que ya ves tú. Y, si hablamos de hombres, ni recuerdo cuándo fue la última vez que me lo pasé bien con uno, y no me refiero solo en la cama.

Bajo a la cocina en busca de un café... Y también de él, sintiendo cómo la ilusión llega para colocarse a mi lado y sonreír conmigo.

Solo que ni su tupé ni Marco hacen acto de presencia. Y esto no pienso confesárselo a nadie, ni siquiera a mis amigas, pero menuda diferencia entre ayer y hoy.

Y lo peor de todo es que no solo me he quedado esperándolo, sino que, además, lo echo de menos, mi día se ha pintado de gris y la decepción vuelve a estar sentada en mi pecho.

Que alguien me mate YA, por favor.



Aparco frente a la cafetería, evitando mirar hacia el DIGG —más concretamente, hacia las ventanas del piso superior, donde Marco

tiene su habitación— y, fingiendo que es un día como cualquier otro, que no me he quedado esperándolo y que me da bastante igual todo lo que tenga relación con él, encamino mis pasos decididos hacia la entrada de mi negocio.

—¿Y esto? —murmuro bajito cuando veo una flor silvestre con una nota en el suelo, justo delante de la puerta. Y a toda prisa vuelvo el rostro hacia esas ventanas que se encuentran cerradas.

Imposible que hoy me la devuelvas, a no ser que subas a mi habitación.

La leo y dibujo una sonrisa radiante.

Con la flor, la nota y mi sonrisa, accedo a este lugar en el que tengo depositadas todas mis ilusiones, porque lo de Marco es algo temporal, una tontería con la que me lo estoy pasando bien, pero esto quiero que sea para siempre.

Dejo la flor en el mostrador, para luego acceder a la cocina, donde la calidez huele a tarta de manzana, a chocolate fundido, a canela y a un montón de aromas imposibles de desgranar.

—¡Buenos días! ¿Cómo va la mañana? —le pregunto a mi hermano, percatándome de que mi estado de ánimo ha cambiado por completo con esa simple flor y esa nota. Y ya me vale.

—Mucho mejor que la tuya —me responde, risueño, mientras yo hago a un lado a Marco, su sonrisa canalla y su mirada repleta de noches cerradas para centrarme en Loki y en esto: mi sueño y lo que de verdad me importa.

Solo que estaría bien no tener que recordármelo todo el tiempo.

—Porque llevas horas haciendo lo que te gusta sin que nadie te moleste —adivino, dejando mis cosas en el perchero, para a continuación dirigir mis pasos hacia el frigorífico y empezar a sacar las tartas que sobraron ayer.

Madre mía. Ensombrezco el gesto cuando la realidad llena de nubarrones mi interior. Una realidad que no viene sola, porque la acompañan la misma tristeza, decepción y preocupación que ya sentí ayer cuando cerré la cafetería y fui a casa de Sonia y de mis padres. Solo que después llegué a la mía y lo encontré esperándome con el ramo de flores y la cena y, de algún modo, conseguí silenciarlas. Aunque no fui yo, sino él. Como ahora, cuando la ilusión se ha colocado a mi lado al ver su flor y leer su nota.

Él tiene la capacidad de hacer eso, de modificar mis estados de ánimo con su mera presencia o con cualquier tontería. Y puede ser para mejorarlos, como sucedió ayer, o para empeorarlos, como ha sucedido esta mañana cuando no se ha presentado en mi casa. Luego he visto su flor y su nota, y mi sonrisa ha regresado.

Y no debería ser así, porque sobre mis estados de ánimo solo tendría que decidir yo, no un italiano tremendamente sexy al que acabo de conocer.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunto a mi hermano, cerrando el frigorífico y dejando toda la comida, a Marco y mis pensamientos dentro.

—¿Cómo?

—¿Que qué puedo hacer? Para que funcione, digo. He invertido todo lo que tengo, y lo que no, en la reforma de esta cafetería para hacerla más actual, bonita y atrayente... Hemos empapelado las islas anunciando su apertura y todo el mundo sabe que la cafetería que perteneció a la señora Anette ha reabierto sus puertas, y no de la mano de un extraño, sino de la mía, de la que fue su chica... ¡Y fíjate! —exclamo, y abro de nuevo el frigorífico de par en par para mostrarle la cantidad de comida que lo abarrota, sintiendo cómo ese río de tristeza y decepción que tengo instalado en la garganta incrementa su caudal—. Ayer les llevé todas las pizzas y los

cruasanes que sobraron a mamá y a Sonia, y en la alacena tienes los *muffins* y los bollos que no se vendieron.

»Dime, ¿qué puedo hacer para que la gente se decida a entrar y se coma todo esto? Y no me digas que tenga paciencia, porque eso es lo que me decís todos, y no funciona. Es más, creo que incluso me cabrea —le digo, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Y esta vez no me ha hecho falta ningún batallón para ayudarme a empujar las palabras, porque han salido solas junto con mi decepción, mi frustración y mi dolor.

Y qué duda cabe de que Marco está siendo la vía de escape que he encontrado para no pensar en la hostia que me estoy dando.

—Siempre tan impaciente —me riñe con un tono cariñoso, con una calma que no entiendo y que me fastidia bastante. Porque no olvidemos que él ha dejado un empleo, bastante importante y con un sueldo considerable, para venir a trabajar aquí y cocinar para nadie.

—Perdona por preocuparme —le contesto con sequedad, evitando mencionar que, si no hay clientes, no hay ventas.

Y, si no hay ventas, no hay ingresos ni sueldos. Con ese pensamiento siento cómo el agobio cae sobre mi cuerpo con la fuerza de un millón de toneladas.

—¿Puedes hacer algo por mí? —me pregunta, cortando la masa de los rollitos hasta dejarla en tiras de un centímetro y medio, aproximadamente, sin necesidad de utilizar un maldito marcador.

Y total para qué, si estos rollitos nos los vamos a comer nosotros, o Sonia, o los inquilinos de Sonia, o mis padres.

Y qué duda cabe de que he entrado en un bucle de negatividad del que no sé cómo salir.

—Tú dirás —mascullo, cruzándome de brazos.

—Empieza a sacar ya la comida. Solo nos quedan quince minutos para abrir y no quiero que la gente se marche porque piense que no tenemos nada que ofrecer.

«¿Gente? ¿Qué gente?», estoy a punto de preguntarle, porque ni que los tuviéramos haciendo cola en la puerta, que ya quisiera.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No, te estoy hablando muy en serio. Me has preguntado qué puedes hacer para que esto funcione y la respuesta es trabajar, llenar la vitrina y el mostrador de comida, sonreír cuando, quien sea, abra la puerta —añade, trayendo de vuelta a Marco sin necesidad de nombrarlo— y, sobre todo, darte cuenta de que cada día entran más clientes, que, además, regresan. Solo tienes que ver lo que ha sucedido con el DIGG: empezaron probando lo que les llevaste, luego Thea nos hizo un pedido de siete tartas para ver si gustaban y ayer por la tarde me pasó una planificación de lo que quieren que les sirvamos a diario, y que irán variando según las necesidades. Así que puedes estar tranquila, porque todas estas tartas están vendidas. Y no solo las tartas, sino parte de los rollitos de canela, que han decidido incluir en su carta.

—No me lo habías dicho —le recrimino, comenzando a salir de ese túnel oscuro con sus palabras y sintiendo el alivio soltar ligeramente mi pecho.

—No me has dejado —replica, dedicándome una sonrisa, antes de reanudar su labor.

Lo miro sintiéndome muy orgullosa de él, porque Loki es capaz de mantener la calma cuando la mía sale corriendo despavorida, alentada por mis pensamientos catastróficos y mi falta de paciencia.

—Lo siento, todo esto me tiene bastante agobiada.

—Suerte que tienes a un italiano para llevarte la cena —me deja caer, como si nada, provocando mi sonrisa—. Sé que estás

preocupada, pero, en realidad, no está yendo tan mal. Solo necesitamos tiempo, ¿puedes dárnoslo? —me pregunta, esta vez con seriedad, mientras yo vuelvo a abrir el frigorífico para, ahora sí, sacar las tartas y liberar a Marco y mis pensamientos.

—Como si tuviera otra opción —le digo, resignada—. Marco quiere organizarnos una inauguración del local el sábado, para que nos demos a conocer —le cuento, evitando encontrarme con su mirada.

—Ya...

—¿Qué? —suelto, frenando mi sonrisa.

—¿Te gustó la hamburguesa? —me pregunta, sonriendo por los dos.

—Ya sabes que es la que más me gusta —contesto intentando restarle importancia.

—¿Y él también es el que más te gusta?

—Ni que los tuviera haciendo cola —le respondo con guasa, antes de salir de la cocina para, seguidamente, empezar a colocar las tartas en la vitrina.

«Por favor, que venga gente. Por favor, que entren muchos clientes, que les encante Silje's Bakery y que se corra mucho la voz. Por favor. Por favor. Por favor».

Con ese mantra resonando en mi cabeza, alzo la mirada para detenerla en la puerta de cristal, a través de la cual se ve la calle todavía desierta.

—No me has contestado —oigo la voz de mi hermano a mi espalda.

—Me sirve para no pensar en esto.

—Esto es tu sueño, y que no esté yendo como habías imaginado no significa que esté yendo mal, solo que le está costando un poco más de lo que creías —replica con seriedad, dejando una bandeja llena de pizzas sobre el mostrador.

Y guardo silencio mientras las dispongo en la vitrina.

—¿Sabes? Estoy convencido de que va a funcionar.

—¿Por qué estás tan seguro? —le pregunto volviéndome hacia él, que ha empezado a echarme una mano.

—Porque confío en nosotros —cesa en su labor para atrapar mi mirada con la suya—; porque no nos importa echarle horas; porque cocinar es una afición para mí y, esta cafetería, un sueño para ti, y porque, cuando pones todo tu corazón en lo que haces, es imposible que salga mal —concluye, esbozando una sonrisa.

Y, de un plumazo, se carga este agobio que últimamente siento que forma parte de mí y que puede llegar a pesar toneladas como me adentre en el túnel oscuro de la negatividad.

—Tienes razón.

—Y ahora solo necesitas recordarlo cuando esa cabecita tuya se vuelva loca de nuevo —me indica, guiñándome un ojo y provocando mi sonrisa—. Por cierto, no me parece mala idea lo de la inauguración.

—Lo que es mala idea es que la organice él —replico torciendo el gesto, porque dudo mucho que sus ideas coincidan con las mías. Es más, aunque lo hicieran, estoy segura de que no me convencería su forma de llevarlas a cabo, porque soy exigente hasta lo desquiciante. Conmigo y con el resto.

—Puede que te sorprenda —me contesta, viendo la flor que he dejado sobre el mostrador—. ¿Es suya?

—Eso creo —suelto como si nada, aparentando una indiferencia que estoy muy lejos de sentir, al tiempo que freno la sonrisa que intenta adueñarse de mi rostro.

Y sería resplandeciente si se lo permitiera.

—Creía que no los tenías haciendo cola —repite mis palabras, divertido.

—Y no los tengo.

—Entonces, solo nos queda Marco. Qué detalle más bonito, ¿no? —me pregunta, guasón, y lo miro negando con la cabeza—. Nunca me han regalado una flor —añade machacón, consiguiendo que sonría finalmente.

—Deja esa vida de ermitaño que llevas y puede que algún día alguien te regale una flor como esta —lo reprendo con cariño.

Si pudiera pedir un deseo, no sería que esta cafetería se llenara hasta los topes, qué va. Pediría que mi hermano encontrara a una buena persona que lo hiciera feliz y que le devolviera ese brillo en la mirada que le quitó Hanna cuando lo dejó.

Durante un instante, abro la puerta a los recuerdos, que llegan pesados, cargados de dolor y rencor, porque no solo lloró él: lo hicimos todos. Y no por ella, sino por Loki, porque nunca lo habíamos visto así: tan roto, perdido y falto de consuelo.

—Las Lofoten están llenas de flores como esa.

—Bueno, pero estaría bien que te la regalara una chica, ¿no te parece?

—No, no me parece —me responde, devolviéndome la sonrisa. Solo que, tras esa sonrisa, todavía hay demasiado dolor escondido —. Mira, por ahí viene tu primera clienta, y eso que todavía no hemos abierto. Deberías dejarla esperando en la puerta hasta las ocho y media. Sería la primera de la cola —suelta con socarronería. Y, si había dolor tras su sonrisa, que lo había, acaba de ocultarlo un poco más.

—¿Te imaginas que hago eso? —le digo entre risas, viendo la cabeza pelirroja de mi amiga Breen acercarse a la puerta para husmear a través del cristal.

—No hay narices —me contesta, burlón, provocando mi risa cantarina. Porque Breen es mucha Breen, y no solo hay que tener

narices para hacer eso, sino unos ovarios como toda Noruega.

—Es verdad —cedo, sin borrar la sonrisa de mi cara, y salgo del mostrador para ir a abrir mientras mi hermano se escabulle a la cocina—. La impaciencia te puede. Hay que ser cotilla —me meto con ella en cuanto abro la puerta.

—Más bien, yo diría que me muero por saber cómo utiliza la manguera y si te gustó su pasta —me rebate con una sonrisa—. Y también por un café triple bien cargado —prosigue, encaminando sus pasos hacia la barra, con esa decisión que nunca la abandona, mientras yo le doy la vuelta al cartelito de la puerta, a pesar de que todavía no es la hora de apertura. Total, qué más da—. Necesito ser rica y tener a un italiano como Marco para que me riegue el jardín todos los días. ¿Por qué no pones unos taburetes aquí, en la barra? No querrás que me quede de pie —oigo que parlotea mientras yo detengo la mirada en esas ventanas del DIGG, que siguen tan cerradas como antes.

—Qué pesaditos sois con los taburetes, ni que esto fuera un bar. Además, fíjate, tienes un montón de mesas libres para elegir —remarco, dándoles la espalda a esas ventanas para dirigirme al mostrador mientras ruego mentalmente al dios de los imposibles para que la cafetería hoy se llene más que ayer, a ser posible hasta los topes.

—Pues también tienes razón. Llévamelo a la mesa con un *muffin* de arándanos —me ordena en el mismo instante en el que las campanitas de la puerta comienzan a tintinear. Y me giro hacia ese sonido, esperando encontrarme con él y con su tupé, decepcionándome otra vez. Ay, qué mal—. Hombre, por fin llegas. Ya creía que te habías dormido —le suelta a Liv al tiempo que se dirige hacia la mesa que hay junto a la ventana.

—Ni que tú llevaras aquí una hora —salgo en defensa de mi amiga, que sigue más dormida que despierta, mientras mastico y echo garganta abajo estas ganas estúpidas que tengo de verlo de nuevo y esta decepción que llega de la nada cuando me quedo esperándolo y no aparece.

Está haciéndose de rogar, seguro. Y lo peor de todo es que lo está consiguiendo, para qué engañarnos. Lo más asombroso es que ni recuerdo cuándo fue la última vez que me sucedió algo así con un hombre, porque más bien lo único que sentía era apatía y pereza; sobre todo esto último.

—¿Y perderme lo más divertido que va a sucederme hoy? —oigo que le dice Liv, y me giro para ver cómo toma asiento a su lado—. Silje, ¿puedes contratarme? Os prometo que no puedo con mis jefes. Solo de pensar que tengo que aguantarlos, ya me va todo mal.

—Sonreír al adversario es una táctica que no falla. Sonríeles y deséales amor o mierdas de esas; los descolocas, fijo —le suelta Breen, provocando mi carcajada.

—¿Leche con un poco de café, Liv? —le pregunto desde mi sitio, a pesar de saberlo de sobra.

—¿Un empleo no sería posible?

—Si no te importa que no te pague, puedes empezar cuando quieras.

—¡Serás explotadora! Yo puedo defenderte, y te conseguiré la máxima indemnización —oigo que suelta Breen, sacando a la superficie a la abogada que lleva dentro y que es el terror de los juzgados.

Yo misma temería por mi vida si fuera de la parte contraria y tuviera que enfrentarme a ella, y eso que somos amigas desde hace años. Menuda es.

—¡Oye, que ni siquiera ha comenzado a trabajar y ya queréis ponerme una demanda! —exclamo, divertida, sintiendo que mi día mejora por momentos. Y es que con ellas siempre va a ser todo mejor. Con ellas y con Loki—. Además, explícame qué haría una ilustradora editorial trabajando en una cafetería —le digo, alzando la voz, mientras preparo nuestro desayuno a toda prisa, porque estoy deseando contárselo todo, aunque todavía no sepa cómo usa la manguera y hoy no haya hecho acto de presencia—. Terminarías llenándome las paredes con dibujos de bollos, de tartas y de cafés, que no es que me molestase, sería una pasada, pero sabes que echarías demasiado de menos tu trabajo —añado, acercándome a ellas con la bandeja hasta los topes.

—En esto no has crecido, sigues bebiendo leche como si tuvieras trece años —se mete con ella Breen.

—Lo que no es normal es lo tuyo con el café. Tres expresos de golpe y sin azúcar. Hay que tener estómago —intervengo mientras lo dispongo todo sobre esta mesa que sé que ya han hecho suya, porque es la que está más cerca de la ventana y también la que sustituye a esa pequeña en la que nos apretujábamos las tres para hacer los deberes.

—¿Qué dices, tía? Pero si está buenísimo. Cuanto más cargado, mejor... y, cuanto más larga, también mejor —añade, provocando nuestras risas. Ya empezamos. Tomo asiento frente a ellas, deseando escuchar lo que tenga que contar, porque algo me dice que la que va a tomar la palabra es Breen y no yo. Y qué duda cabe de que mi día está mejorando por momentos—. Eso de que el tamaño no importa es una soberana estupidez o un queda bien cuando tienes la picha del tamaño de un garbanzo arrugado. Hace unas semanas estuve con un tío que la tenía así —nos suelta,

juntando el dedo pulgar con el índice. Y, cuando digo «juntar», me refiero justo a eso, porque apenas ha dejado espacio.

—Qué exagerada eres, por favor —la riño entre risas, sintiendo la felicidad y también la tranquilidad llegar para sentarse a mi lado.

Porque es cierto que antes le he dado la razón a Loki, pero es justo ahora, viéndonos, cuando termino de darme cuenta de que nosotras somos el reflejo de lo que está por venir: amigas desayunando juntas, riendo mientras se hacen confidencias; turistas tomándose un café, o lo que sea, antes de seguir descubriendo las islas, y gente del pueblo, amigos y conocidos, entrando como hicieron antaño.

Solo necesito confiar y disfrutar de cada pequeño logro que vayamos consiguiendo, porque vamos a conseguirlo, estoy segura. Y no sé de dónde ha salido esta especie de revelación, pero bienvenida sea. Ella y este bienestar que ha llegado de su mano.

—Me quedé muda cuando vi la pulguita que tenía entre las piernas —oigo que explica, trayéndome de vuelta junto con mi risa —. En serio, necesito una manguera bien larga, como la que tienes tú. Por favor, haz que deseemos mudarnos a Italia —añade con dramatismo.

—¿Lo harías? —le pregunto, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro.

—Pues me lo he planteado muchas veces. Mira Aksel, viajando por el mundo. No sé, a veces envidio a esa gente que es capaz de cortar con todo y largarse.

—Yo no podría —sentencia Liv.

—No hace falta que lo jures —le contesta Breen, torciendo el gesto.

—Me da igual que no lo entiendas. Me encanta vivir con mi abuela y con mi madre, y ni me planteo independizarme cuando soy

totalmente independiente y, además, vivo con mis personas favoritas.

—Y sigues bebiendo leche con unas gotitas de café, no sea que te desvele —se mete con ella, provocando de nuevo mis risas.

—¿Qué quieres? No todas podemos ser una apisonadora como tú. Pobre chico, estaría acojonado tan solo de pensar en enseñarte su pequeño tesoro. No me extraña que estuvieras deseando arrancarle a Marco el botón de los pantalones —le suelta, cachondeándose, antes de girarse hacia mí—. Cuando quieras, amiga. Somos todo oídos.

—Todavía no le he visto la manguera ni le he probado la pasta, así que tranquilitas.

—¿En serio? —me pregunta Breen, torciendo el gesto—. Pero habrá habido algún previo, ¿no? —insiste, y yo me limito a negar con la cabeza—. No me jodas que ni siquiera has ido en busca del tesoro —protesta sin dar crédito.

—Le metí la mano en el bolsillo, ¿eso cuenta?

—Madre mía. Dime que al menos lo has besado y le has chupado ese pecho que tiene pinta de montaña rocosa —me pide, provocando mis risas de nuevo.

—Tú ya lo habrías hecho todo.

—Y tú no lo has hecho porque ir de digna por la vida no puede traerte sexo guarro de buenas a primeras. Seguro que tiene que regalarte flores antes de que le dejes regarte las tuyas. Si es que eres una estirada —se reafirma, divertida.

—Ayer, un repartidor me trajo una rosa de su parte, que le devolví. Por la tarde, se presentó en mi casa con la cena y un ramo de flores. Y hoy, cuando he llegado, tenía una flor en la entrada de la cafetería —les cuento—. Pero luego mantiene las distancias y no se acerca a mí más de la cuenta.

—Pues acércate tú, ni que fuera la primera vez que lo haces —interviene Liv.

—Ya lo sé, es solo que me divierte este tonteo, porque, además, sé cómo va a acabar, y no tengo prisa.

—No hablas en serio. Un tío como Marco te va regalando flores... ¿y no tienes prisa? ¡Venga ya! —exclama Breen, y yo sonrío de antemano por lo que viene ahora.

—Hemos hecho dos apuestas. La primera: si termino de rodillas frente a él, iremos juntos a Roma... pero, si no sucede, y mucha atención a esto, bailará desnudo para las tres —les cuento, antes de que mis amigas se vuelvan locas.

—¡Es coña! ¡Es coña! ¡Es coña! —grita Liv, entrando en bucle ante mis carcajadas.

—¡Ni se te ocurra arrodillarte!, ¿me oyes? ¡Lo tienes terminantemente prohibido! —me ordena Breen chillando, levantándose y apuntándome con el dedo mientras Liv da saltitos en el asiento, aplaudiendo. En serio, ya les vale—. ¿Os habéis marcado un plazo? —indaga, emocionada, sentándose—. Y, sobre todo, ¿le has dejado claro que no puede echarse atrás?

—No creo que quiera echarse atrás. Más bien me parece que incluso está fantaseando con la idea de acostarse con las tres.

—¡Esto es demasiado bueno para ser verdad! —exclama Breen, entusiasmada, antes de ponerse seria y mirarnos a las dos—. Pero una cosa: si llegamos a eso, a mí ni me rocéis. Ni se os ocurra besarme ni chuparme nada.

—Tía, ¿no harías un trío con nosotras? —le pregunto muy seria, haciéndome la ofendida.

—Pues no. A mí me van los tíos, mucho, puestos a matizar, y si alguna de las dos, Liv o tú, intentara besarme o tocarme las tetas,

me daría un bajonazo que te mueres. Ni se os ocurra. Vamos a tener que establecer unas bases.

—Qué mal... Con lo bien que te chuparía las tetas —suelta Liv, arrancándome una sonora risotada.

—Por favor, ni en broma —le contesta, poniendo los ojos en blanco.

—Venga, vamos con esas bases —sugiero entre risas.

—Sabes que puedes chupársela sin tener que arrodillarte, ¿verdad? Es más, tíratelo todas las veces que puedas, sin arrodillarte, claro está, y luego nos lo dejas a nosotras dos.

—¿Me estás sacando de la cama cuando todavía no he entrado?

—De la cama... Qué aburrida eres. Además, recuerda que antes te lo habrás tirado tú muchas veces y luego nos lo dejarás a nosotras. No seas egoísta, tía; Liv necesita estrenarse de una vez y yo necesito escalar esa montaña rocosa, chupar ese mármol y ver esa obra de arte que tiene por cuerpo.

—No os he contado la otra apuesta.

—Es imposible que mejore esta —sentencia, convencida.

—Se ha ofrecido a preparar una fiesta de inauguración de la cafetería este mismo sábado. Si consigue llenarla, tengo que besarlo en señal de agradecimiento y, si no lo consigue, entonces me besará él a mí.

—O sea, que pase lo que pase el sábado, tenemos beso —me suelta, feliz, guiñándome un ojo.

—Tenemos no, tengo —matizo, sonriendo más de la cuenta—. El tema es que toda esta tontería me hace gracia, porque, además, no va a acostarse conmigo si no me lo curro mucho. ¡Si es que no hay por dónde cogerlo!

—Por la manguera, amiga, por la manguera —me suelta Breen descojonándose—. Ahora en serio, prométenos que no vas a

arrodillarte y que serás buena amiga y lo compartirás con nosotras.

—Qué feo queda eso que has dicho. Lo estamos tratando como si fuera un objeto.

—Un objeto sexual, ¡exacto! Y tú misma has dicho que él está más que encantado con la idea de acostarse con las tres, así que, de feo, nada; incluso estamos haciéndole un favor —me replica, convencida—. Si os quisierais y toda esa mierda, sería completamente distinto, pero me parece que aquí solo hay sexo y cachondeo.

—Cachondeo mucho, sexo ninguno —interviene Liv.

—Pero lo habrá, amiga, lo habrá, y para las tres, ¿verdad? —me pregunta Breen, provocando de nuevo mis risas en el mismo instante en el que se abre la puerta y aparece Sven tras ella.

—Tengo que dejaros, el trabajo me reclama —comento, levantándome mientras ellas protestan, porque tengo clarísimo que no he contestado.

—¡¿Te estás escaqueando?! ¡Tía, no me jodas que te gusta! —farfulla Breen por lo bajo, cogiéndome del brazo para impedir mi huida.

—Por supuesto que me gusta, está buenísimo, pero solo eso.

—Ni se te ocurra pillarte por un tío que va a largarse en unos pocos meses, y va en serio —me dice esta vez con gravedad, atrapando mi mirada con la suya con la fuerza de un millón de mares.

—Vamos a necesitar otro desayuno para hablar de esto —oigo que dice Liv en el mismo instante en el que me suelto para dirigirme a mi puesto, tras el mostrador.

—¡Buenos días!

—Qué bien os lo estáis pasando —me contesta, sonriéndome con la mirada.

—Con ellas, es imposible no hacerlo —le digo, esbozando una sonrisa, sonriendo un poquito más cuando la puerta se abre y aparece el señor Jensen con su mujer. «Ayer vinieron y hoy han regresado, como harán todos». Y, con ese pensamiento ilusionante, siento cómo la esperanza aletea en mi interior—. ¿Un café largo?

—Y un trozo de tarta de queso.

—¡Buenos días! —saludo a los Jensen cuando se acercan al mostrador mientras oigo de fondo las carcajadas de mis amigas.

—Buenos días, Silje —me saluda la señora Jensen mientras su marido y Sven comienzan a charlar entre ellos—. Íbamos a desayunar en casa, pero aquí todo está tan rico que no hemos podido resistirnos.

—Me alegra mucho oírle decir eso —le respondo, complacida, dejando la bandeja con el desayuno de Sven en el mostrador—. ¿Puedes llevártelo tú hoy?

Y que le pregunte esto solo significa que tengo clientes esperando. Y esbozo una sonrisa radiante que mantengo para cada cliente que entra, que no son muchos. Pero, de nuevo, son más de los que vinieron ayer, y con eso me doy por satisfecha.

Capítulo 12



SILJE

Apago finalmente las luces de la cafetería a las seis y media, tras una tarde en la que, de nuevo, ha entrado más gente que ayer. Y no solo eso, sino que hoy no nos ha sobrado tanta comida; de hecho, me cabe toda en una bolsa. Y, aunque lo perfecto habría sido que no hubiera sobrado nada, puestos a comparar, está claro que vamos a mejor.

Resignada a cenar y a desayunar a base de sobras, salgo del local y me quedo muda cuando lo veo apoyado en la pared, observando con concentración un papel que sujeta entre las manos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto cuando consigo reaccionar y empezar a juntar palabras, algo que parece fácil, aunque me ha costado lo mío.

—Habíamos quedado, ¿no te acuerdas? —me replica, despegando perezosamente la espalda para luego acercarse a mí, atrapando mi mirada con la suya e intimidándome con ella... Con ella, con su

forma de andar y con su cuerpo de alucine, porque no lleva el uniforme del DIGG y va vestido con una camiseta negra y unos vaqueros, que se ciñen demasiado bien a su piel—. En realidad, llegas media hora tarde —añade, enarcando una ceja, antes de enrollar lo que sea que estuviera viendo para luego guardárselo en el bolsillo trasero de los pantalones.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. —Frunzo ligeramente el ceño, intentando frenar la sonrisa que parece empeñada en dominar mi rostro y postrarse a sus pies.

POR FAVOR.

—Y luego quieres que funcione —me rebate con ese acento italiano estúpidamente sexy, con el que consigue que mi sentido común se volatilice y que mis hormonas comiencen a desnudarse. Facilonas.

—¿Hablamos de...? —le planteo, frunciendo un poco más el ceño, mientras intento controlar la fiesta que está desatándose en mi interior y en la que la ropa está comenzando a volar por los aires.

—De ti y de mí, desnudos —me contesta, esbozando una media sonrisa, con la que logra que mis hormonas empiecen a gritar desatadas—. De la inauguración de esta cafetería —continúa, bajando el tono de voz hasta convertirlo en un susurro rasposo, que las vuelve más locas de lo que ya estaban—. De lo mucho que tienes que currártelo para que terminemos sin ropa... ¿Sigo?

Alarga la mano para recorrer mi costado con el dedo índice y siento cómo los gemidos de mis hormonas llegan hasta mi garganta, donde consigo silenciarlos a duras penas.

DIOS MÍO DE MI VIDA.

—Paso, búscate a otra —le digo con una decisión que me sorprende incluso a mí, porque, con la que tengo liada por dentro,

que mi voz haya sonado así, como si me diera igual, es para que pongan una calle, un pueblo o una ciudad a mi nombre.

Atravieso la terraza, alejándome de él, sintiendo cómo la sonrisa tironea suavemente de mis labios porque esto, amigas, es como esas novelas que, desde el principio, ya sabes cómo van a terminar —predecibles al máximo— y que, aun así, sigues leyendo porque lo estás pasando muy bien. Pues tal cual.

—No puedes pasar, tenemos demasiadas apuestas en juego. Además, estás olvidando que quieres llenar la cafetería —oigo que me dice, y borro la sonrisa de mi cara antes de girarme hacia él y cruzarme de brazos.

—No necesito tu ayuda para llenarla —mascullo, dándole vía libre a mi orgullo para que hable por mí, al tiempo que lo veo acortar la poca distancia que nos separa. Y siento cómo el ambiente se carga de una electricidad chispeante, imposible de ignorar, con cada paso que da.

Por todos los dioses del mundo, está buenísimo. Y, durante unos instantes, detengo la mirada en ese torso, que mi amiga ha definido sabiamente como una montaña rocosa, que yo también estoy deseando escalar... o lamer; todo me sirve.

—Estoy seguro de que cambiarás de opinión cuando la gente empiece a entrar el lunes —me rebate, y lo miro permitiendo que la sonrisa se expanda de nuevo por mi rostro.

—Ya está entrando.

—Pero no como quieres.

—No sabes lo que quiero.

—Quieres ver la cafetería llena y que la cola llegue hasta la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto, extrañada, alzando la voz posiblemente más de la cuenta y cargándome de sopetón mi sonrisa

con mis palabras, porque no es ningún secreto que quiero ver la cafetería llena, pero lo otro no recuerdo habérselo confesado a nadie.

—Porque me parece que asocias que haya cola con éxito.

—¿Tú no? —le cuestiono, pasando del tonteo para centrarme en esto.

—No, el éxito para mí es otra cosa.

—Y eso lo dices porque no te estás jugando todo tu dinero y tu vida en algo.

—Qué dramática... ¡Tu vida! —se burla de mí, y yo lo fulmino con la mirada—. *Principessa*, suceda lo que suceda, tu vida siempre será más que esta cafetería.

—Lo que tú digas —cedo, dejándolo pasar, porque no pienso sincerarme con él y porque hay batallas que me da pereza librar.

Y lograr esto me ha costado un mundo, porque yo siempre he sido de las que necesitaban hacer valer su punto de vista, que me entendieran e incluso que me dieran la razón, pero, de un tiempo a esta parte, está empezando a darme igual lo que opine la gente. Y no veas qué tranquilidad, porque es como quitarte un kilo de ropa de encima.

—Exacto —me contesta, guiñándome un ojo—. Pero, como tu vida en estos momentos está en juego, vamos a tener que esforzarnos mucho más de la cuenta —me suelta con seriedad, burlándose claramente de mí, otra vez, y me tiende ese papel que se había guardado en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—¿Qué es?

Lo desenrollo y me quedo sin habla.

—El Antiguo Testamento —me suelta con insolencia, consiguiendo que mi sonrisa salga con la suya y termine convirtiéndose en la reina y señora de mi cara.

—Es coña, ¿verdad? —le pregunto, sin poder apartar la mirada del panfleto en el que se anuncia la inauguración de la cafetería y en el que aparece el nombre de uno de los grupos de música preferidos de mi amiga Liv.

—Tienes que besarme, por supuesto que no es coña. ¡Ah!, y quiero un beso en condiciones.

—¿Cómo...?

—Normalmente, se empieza uniendo tus labios a los de la otra persona. Yo en este caso —me corta, acercándose un poco más a mí, pero sin llegar a rozar su cuerpo con el mío—. Y, a partir de ahí, solo tienes que dejarte llevar. Es fácil, ya lo verás.

—¿Por eso hoy no te he visto? —inquiero, dejándolo pasar, porque, ante idioteces supremas, la indiferencia es la mejor opción.

—*Principessa*, si eres tan evidente, le restas emoción al asunto.

Ay, por favor.

—Y el asunto somos tú y yo desnudos, ¿cierto?

Siento cómo la sonrisa se expande libre en mi rostro, muy a pesar de mí.

—Pero, después de que te lo hayas currado mucho, recuerda que no me acuesto con cualquiera.

—Por partes: solo he constatado un hecho. Hoy no te he visto, punto. No te montes historias raras. Lo de que tú y yo vamos a terminar sin ropa está por verse; recuerda esa apuesta que puede llevarte a bailar desnudo para mis amigas, que, por cierto, lo están deseando. Ni se te ocurra rajarte si pierdes —añado viendo cómo esboza la sonrisa más sexy, canalla y arrogante que he visto en mi vida—. Y sobre lo de currármelo, no, gracias. La verdad es que más bien estoy acostumbrada a que sea al revés, y ni siquiera tengo claro si sabría ir detrás de un hombre; tú, en este caso —matizo, felicitándome mentalmente por haberlo resuelto tan bien. Porque es

cierto que, con mi pregunta anterior, he dado a entender que me había quedado esperándolo, que lo he hecho, solo que es algo que no necesita saber. Suficiente creído se lo tiene ya como para darle más motivos.

—¿Puedo ya?

—Por favor.

—Por partes: puedes mentirme todo lo que quieras, pero sabes que estabas deseando verme y que no has dejado de pensar en mí en todo el día —me asegura presuntuoso, y lo miro enarcando las cejas todo lo que puedo—. Sobre lo de tus amigas, no tengo ningún problema en bailar desnudo para ellas si tú también vas a estar presente y eres quien me quita la ropa. Y respecto a lo otro... Es fácil, solo tienes que dejar de resistirte y hacer lo que quieres de verdad, que es venir tras de mí —me suelta con socarronería, antes de echar a andar—. Venga, sígueme.

—Ni de coña.

—Pues entonces no vas a poder salir de esta terraza. Venga, no es tan difícil. Solo tienes que dejarte llevar y venir tras de mí... ¡Vamos, Silje, vamos! —me dice como si fuera un perro, y lo remata con un silbido.

Tiene delito que me haga gracia este tío.

—Tu idiotez no tiene remedio —sentencio, amordazando mi sonrisa de malas formas, porque no pienso sonreír con esto—. Y que quede claro que no te estoy siguiendo, simplemente he terminado de trabajar y me largo a mi casa. Sola —matizo, cogiendo el casco que me lanza al vuelo—. Tendría que haber dejado que cayera al suelo.

—Sí, claro, como si no lo estuvieras deseando —replica, enarcando una ceja y dejando libre su sexy sonrisa.

Y no es que se lo tiene creído; es que, además, se cree algo así como el último trozo de papel higiénico de un bar atestado de gente o la última gota de agua del desierto. En realidad, se lo tiene tan creído que podría creerse ambas cosas al mismo tiempo.

—Piensa lo que quieras. Toma —le digo, acortando la poca distancia que nos separa para devolvérselo de malos modos.

—Qué violenta, *principessa*. —Suelta otro silbido, esta vez de pura admiración. Hay que ser idiota—. Y ahora deja de hacerte de rogar y ponte el casco. Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? No pienso ir contigo a ninguna parte —le rebato, y me quedo muda, para variar, cuando abre el maletín de la moto y veo la cantidad de folletos, como el que me ha mostrado, que tiene ahí guardados.

—Un «Gracias» estaría bien —pronuncia, enarcando una ceja.

—¿Lo del grupo de música va en serio? —indago, ablandándome ligeramente, porque aquí hay muchos folletos impresos y lo de este grupo es para ponerle la calle a su nombre.

—Son colegas míos y, encima, van a tocar gratis. ¿Qué te parece? —me pregunta, guiñándome un ojo, antes de sacar la sudadera que tenía guardada dentro del maletín y pasársela por encima de la cabeza, dejándome sin palabras de nuevo.

«¡Reacciona! ¡Deja de mirarlo!».

Bajo la mirada de nuevo hasta los folletos, donde se anuncia con letras vistosas la inauguración de la cafetería.

—Es una pasada, Liv va a flipar —le digo cuando vuelvo a tener su cara a la vista. Y menuda cara, señores, y menuda montaña rocosa.

—La que quiero que flipe eres tú —me contesta, haciéndose con mi bolsa, que mete dentro del maletín mientras mis hormonas y yo lo miramos babeando. Sí, me he incluido, lo admito—. ¿Podemos

irnos ya? —me plantea, y esta vez soy yo la que coge el casco sin dudar.

—¿Y puedo saber a dónde vamos? —lo interrogo, permitiendo que me lo ajuste y sintiendo cómo mi interior se torna caliente y líquido cuando sus dedos rozan mi piel.

Ay, Dios.

—Te lo dije ayer: vamos a llenar las Lofoten con folletos anunciando la inauguración. Vas a tener que prestar más atención, *principessa*, porque no puedo estar repitiéndotelo todo tantas veces —me responde, socarrón, subiéndose a la moto, y me hace un gesto con la cabeza para que me suba yo también.

Y lo hago, no sin antes mostrarle mi dedo corazón, provocando su risotada y también mi sonrisa, porque no puedo evitar que su soberana idiotez me haga gracia. Poso la mano en su cintura para ayudarme a subir y, ya puestos, aprovecharme un poquito para empezar a escalar esta montaña rocosa que se merece no una calle a su nombre ni un pueblo ni una ciudad, sino todo un continente. Y sonrío un poquito más cuando se incorpora a la circulación y mi cuerpo se pega al suyo.



Mientras recorremos la carretera E10, o Ruta del Rey, y los paisajes de mi vida pasan veloces frente a mí, me percato de lo cómoda que me siento con Marco, rodeando su cintura con mis brazos y percibiendo su respiración pausada en las palmas de mis manos. Y no solo eso, sino que, además, me siento como en casa, en el lugar correcto. «Menuda tontería. Céntrate. Haz el favor. Esto es solo

una idiotez con la que te lo estás pasando bien. No hay más, y no va a haber más. Prohibido ilusionarte». Con esa advertencia de mi mente, siento cómo mi cuerpo, que se había tensado instintivamente, se relaja, pero también cómo los recuerdos llegan de puntillas.

Los recuerdos y la tristeza, que siempre viene con ellos.



Dejamos folletos en todos los comercios que encontramos a nuestro paso... bueno, en realidad, no lo hago yo, sino él, con una sonrisa y con todo su encanto, que es mucho. No sé cómo lo logra, pero ha terminado charlando con cada uno de los comerciantes como si los conociera desde siempre, más o menos como haría mi hermano. Y qué envidia tener ese don de gentes y de palabra para saber siempre qué decir y, además, caer bien.

—Esta chica habría sido capaz de pegarse el folleto en la frente si se lo hubieras pedido con tal de tener una cita contigo —le comento en voz baja, divertida, en cuanto salimos de la tienda y veo el panfleto pegado en el cristal del escaparate junto con la sonrisa de la susodicha, que no nos quita la vista de encima. Aunque, en verdad, a quien está mirando es a Marco.

—Y tú, en cambio, me has tenido para ti sola sin necesidad de hacer eso —me responde, vacilón.

—Es verdad. Debería besar por donde pisas en señal de agradecimiento por compartir tu tiempo conmigo. Gracias —me burlo, provocando su sonrisa.

—O también podrías arrodillarte frente a mí. Sabes que lo estás deseando —me contesta con voz ronca, atrapando mis ojos con los suyos e instalando el deseo entre mis piernas.

—Y, de nuevo, me parece que lo deseas tú más que yo —le digo, viendo cómo se come la poca distancia que nos separa hasta casi rozar su pecho con el mío. Ay, por favor. Gimoteo para mis adentros cuando detiene su mirada en mis labios. Y es una mirada atestada de intensidad—. Además, mis amigas me matarían si cayera de buenas a primeras —añado como puedo, observando sus labios entreabiertos.

—No me extraña —musita, sonriendo con insolencia mientras me roza la cintura con una mano, acelerando suavemente mi respiración —. Vas a perder —me asegura, esta vez con seriedad, aferrando mi cintura con determinación y robándome el aliento durante unos breves segundos.

—No creo —susurro, perdiéndome en su mirada oscura mientras el deseo aletea entre mis piernas.

—Te lo recordaré cuando estemos en Italia —murmura, moviéndose ligeramente para acercarse más a mí, rozando mi oreja con sus labios y aferrando mi cintura con su otra mano. Y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no gemir y cerrar los ojos.

—Menuda decepción vas a llevarte cuando te veas solo en Italia con tu tesoro intacto —consigo decir a duras penas, provocando su sexy carcajada, que vibra hasta en mi pecho.

«Esto va a acabar mal», me advierte mi mente al tiempo que veo cómo se aleja de mí para subirse a la moto con un movimiento fluido sin dejar de reírse.

—Oye, ahora en serio, no puedes ser tan evidente —le digo, obligándome a ponerme seria.

Poso la mano en su cintura y me subo yo también, sintiendo de nuevo que la sensación de estar en el lugar correcto se asienta en mi interior.

Y esta sensación ha llegado cada vez que mis brazos han rodeado su cintura, que mi pecho se ha pegado a su espalda o que mi cuerpo ha sentido el suyo. Y es una sensación completamente equivocada, porque mi lugar correcto soy yo. Y no debería olvidarlo con tanta facilidad.

Durante unos breves instantes, siento que regreso a esos días y que vuelve a faltarme el aire.

—¿Me lo aclaras? —me pregunta, girándose para mirarme, dejando su rostro a escasos centímetros del mío y permitiéndome respirar de nuevo.

Y, a esto, voy a tener que darle un par de vueltas luego porque, más veces de las que me gustaría reconocer, he dejado de respirar cuando su mirada se ha detenido en mi boca. En cambio, ahora, he sentido incluso que mi pecho se abría de par en par para permitir que el aire entrara en mis pulmones, como si el pasado, que ahoga y aprieta, no pudiera compartir espacio con él y terminara saliendo por la puerta de atrás.

Bajo la mirada hasta sus labios y me quedo un poquito en ellos, como quien toma asiento y se pone cómoda.

—Se supone que no eres un tío fácil que se acuesta con cualquiera y, sin embargo, tengo la sensación de que eres justo lo contrario. No puedes ser tan evidente, porque entonces te cargas todo tu discurso —lo sermoneo sonriendo, y veo que esboza una sonrisa tan arrogante como él.

—Si quisiera, tú y yo ya estaríamos hartos de follar —me vacila, arrancándome una carcajada atestada de sorpresa, porque... ¡Venga ya! ¡No me puedo creer que haya dicho eso!

—Es verdad, porque en todo este asunto yo no tengo nada que opinar —le rebato, sin entender por qué tienen que hacerme gracia sus estupideces.

—Tu opinión está más que clara.

—¿En serio crees que no podría resistirme a ti? ¡Esto es increíble! —exclamo, alucinada, soltando otra carcajada.

Y no es por nada, pero, si dejara de reírle cada estupidez que suelta, igual hasta se lo creía y todo.

—¿Qué nos apostamos? —me pregunta, descolocándome.

—¿Otra apuesta?

—Más bien *laapuesta* —especifica, atrapando mi mirada con la suya, y hay tanta decisión en ella que estoy tentada a negarme en redondo.

—Acepto. ¿En qué consiste?

Hay que ser insensata, porque aceptar esto sin saber de qué se trata es una completa y absoluta temeridad; lo sé yo, lo sabe mi sentido común y lo saben incluso mis hormonas, y eso que ellas no son de pensar mucho.

—Vas a tener que demostrarme que tu opinión no está tan clara como pienso.

—¿Y cómo pretendes que lo haga? —indago, obligándome a mantenerle la mirada cuando posa la mano en mi pierna para empezar a acariciarla.

—No tienes que caer. Demuéstrame que eres capaz de resistirte haga lo que haga —susurra con voz ronca, sin dejar de acariciarme la pierna y licuando mi centro.

«Ni se te ocurra aceptar algo así».

—Eso está hecho —le suelto, antes de poder frenarlo.

Oigo cómo mi sentido común me grita que me eche inmediatamente atrás, mientras que mis hormonas esperan

expectantes lo que sea que venga a continuación. Y esto es de estar muy mal de la cabeza, pero, en mi imaginación, tienen una forma un poquito alargada, son de color rosa, llevan el pelo pincho de color rosa chicle y en estos momentos mantienen los ojos muy abiertos.

—Si correspondes a lo que sea que te haga, ganaré yo y, si eres capaz de resistirte hasta el sábado, entonces ganarás tú.

Venga ya.

—¿Y qué perderé o ganaré exactamente? —le pregunto, sintiendo el calor de su mano traspasar la tela de mis pantalones y fundirse con mi piel.

—Tu palabra.

—¿Y tú?

—Yo aceptaré que ibas en serio y que no estás loca por mí.

—No estoy loca por ti —sentencio, esbozando una media sonrisa con la que suavizar la indiferencia que ha salido a toda prisa y casi a trompicones con cada palabra, como si estuviera esperando, escondida, lista para adueñarse de mi voz.

La indiferencia y el rechazo más absoluto, que bloquean mi corazón. Y, más que bloqueado, lo que está es cubierto por una capa oscura que ni me planteo retirar.

—Vamos a tener que poner unas normas —le digo, bajando la mirada hasta su mano, para a continuación subirla hasta sus ojos.

—Cuando quieras.

—Hay partes de mi cuerpo que tienes completamente vetadas.

—¿Cuáles?

—Desde el cuello hasta las rodillas —le digo, viendo cómo enarca una ceja.

—Eso me deja poco espacio de maniobra.

—Estoy loca por ti, tienes espacio más que de sobra.

—Cierto —me suelta, esbozando una sonrisa, para seguidamente volverse y ponerse el casco, algo que mi sonrisa y yo hacemos también.

Porque, sí, estoy sonriendo —mucho, puestos a admitir—, a pesar del lío en el que acabo de meterme yo sola.

Capítulo 13



SILJE

Aferrada a su cintura, sintiendo su respiración en las palmas de las manos y con esta sonrisa que no consigo borrar, abandonamos el municipio de Vestvågøy para seguir por la carretera hasta llegar a la iglesia de Gimsøy, donde para la moto.

«Vaya, qué casualidad que se haya detenido aquí...».

Me quito el casco para empaparme mejor de estas vistas, que fueron uno de mis refugios cuando mi mundo se rompió; no la iglesia, porque no soy muy de frecuentarlas, pero sí el lugar.

—¿No me digas que vamos a dejar un folleto aquí también? Porque ya te adelanto que está cerrada.

Según me bajo de la moto, siento que mi cuerpo reclama la cercanía del suyo, y de nuevo es algo erróneo que no debería estar ahí.

—No, *principessa*, ya hemos terminado por hoy —oigo que me contesta mientras yo, por instinto, lleno mis pulmones con una

profunda bocanada de aire, porque este lugar me trae demasiados recuerdos dolorosos y, sin darme cuenta, estaba empezando a respirar a medias. Y no por este sitio, que fue calma y refugio, sino por esos días en los que me perdí por completo, tanto que dejé de reconocerme.

—¿Y entonces? —le pregunto con voz queda, viéndome de nuevo sentada en la orilla, abrazando mis piernas, con las lágrimas rodando amargas por mis mejillas y la mirada fija en el agua.

Estaba tan sumamente rota que hoy, años después, todavía persisten dentro de mí esa tristeza y ese sentimiento de pérdida, como si hubieran arraigado en mi interior, tal y como harían las raíces de un árbol que perduran en la tierra, aunque este ya no esté presente.

Y es curioso porque, por mucho que escarbe, no consigo llegar a ellas para arrancarlas de cuajo, pero, en cambio, me resulta muy fácil traspasar todas mis capas para regresar a esos días y conectar con esos recuerdos y ese dolor que detuvieron mi vida por completo.

—Bienvenida a uno de mis lugares favoritos de todas las islas —me dice con jovialidad, sacándome de mis pensamientos con el sonido de su voz.

—También es uno de los míos —musito, dedicándole una sonrisa atestada de tristeza, para seguidamente dirigirme hacia las rocas situadas cerca de la orilla, donde tomo asiento, dejando la iglesia de madera blanca custodiando mi espalda, como tantas veces hizo en el pasado.

—Pues no lo parece —comenta serio, sentándose a mi lado, mientras yo observo las montañas, que parecen emerger del agua.

—Pues lo es. —Cierro los ojos e inspiro esta calma suspendida en el aire.

—¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué? —inquiero, abriéndolos para mirarlo.

—¿Qué te sucede?

—Nada, es solo que hacía mucho tiempo que no venía por aquí —le explico, encogiéndome de hombros, y lo dejo ahí porque no quiero profundizar en el tema.

—¿Y eso?

—No lo sé, simplemente un día dejé de venir.

—Ya...

—¿Qué? —le pregunto, esbozando una sonrisa, de esas que son de verdad, de las que llegan a tus ojos y alejan la tristeza de tu rostro.

—Nada, entiendo que no quieras contármelo —me dice, mirándome con seriedad.

—Es que no tengo nada que contar —insisto, sintiendo cómo mi piel reacciona cuando su brazo roza el mío—. Hay muchos lugares en estas islas que en su día frecuenté con asiduidad y a los que dejé de ir, a pesar de lo mucho que me gustaban, por falta de tiempo o porque decidí ir a otros —prosigo, percatándome de lo convincente que puedo llegar a ser cuando me lo propongo, tanto que incluso puedo creerme mis mentiras.

—Vale, haré como si me lo tragara —me suelta con sorna, guiñándome un ojo y provocando mi carcajada.

Qué bien sienta hacerlo en el mismo sitio en el que me ahogué con mi llanto y notar las burbujitas de la risa explotar en mi garganta. Y ojalá pudiera volver atrás para decirle a la Silje que fui que llegaría el día en el que todo eso no tendría ninguna importancia y que volvería a reír y a ser feliz. Porque, al final, todo pasa, incluso lo que más duele. Solo que, cuando el dolor te ahoga, no puedes ver más allá de tus lágrimas y de tu desesperación, porque ellas lo

emborronan todo hasta desdibujarlo. Y lo desdibujaron tanto que terminaron desdibujándome a mí.

—Piensa lo que quieras —resuelvo, manteniendo la sonrisa pegada a mi rostro. Y no la estoy forzando, simplemente me siento bien. Y ya era hora.

Durante unos instantes siento que la magia de este lugar llega para darme la bienvenida y abrazarme, consiguiendo con ese abrazo invisible que me reconcilie con la Silje que fui, con esa chica que no supo ponerse por delante y que, por miedo, terminó perdiéndose a sí misma. Por eso dejé de venir, porque regresar a este lugar significaba reencontrarme con ella y con su dolor.

Inspiro profundamente, como si esta calma que parece flotar en el aire pudiera calmar mi corazón, al tiempo que observo el mar desplegarse tranquilo e infinito frente a nosotros: las montañas, imponentes, rodeándonos; la hierba alta, de un color verde brillante, meciéndose con la brisa suave; el blanco de la fachada de la iglesia contrastando con las tejas de madera oscura del techo; las nubes, pintadas con el dorado del atardecer, bajando del cielo, y este silencio que lo llena todo, roto únicamente por el suave arrullo del agua.

—Antes has dicho que para ti el éxito es otra cosa, ¿a qué te referías? —le pregunto cambiando de tema, porque esa parte de mi vida está prohibida para él y para todo aquel que no la vivió conmigo.

—Tú quieres ver tu cafetería llena y yo, seguir haciendo lo que quiera.

—¡Eso es tan infantil! —exclamo sin poder frenarlo—. ¿De verdad eso es el éxito para ti?

—Ir a donde quiera y hacer lo que me venga en gana es algo que no todos pueden permitirse. Tú misma no podrías hacerlo, por

mucho que quisieras —me rebate sonriendo, dejando pasar lo primero que le he dicho.

—Por suerte, no quiero —remarco sonriendo con él, borrando la sonrisa poco a poco de mi rostro cuando posa la mirada en mis labios.

—Cierto, porque quieres quedarte dentro de tu pequeño círculo —añade, alzando los ojos para quedarse en los míos.

—No es tan pequeño como piensas —susurro, bajando la mirada hasta sus labios mientras el ambiente se torna electrizante en torno a nosotros.

—Cuando dejas de venir a sitios como este, eres tú la que lo reduce —me rebate, alzando el brazo para luego hundir los dedos en mi pelo, contrayendo mi vientre con suavidad—. Y, aparte de ver la cafetería llena, ¿qué más quieres? —indaga, ejerciendo presión con la mano para pegar mi frente a la suya, acelerando mi respiración.

«Que me beses».

—Ser la dueña de mi vida —contesto sin tener que pensarlo, recordando *la apuesta* y tensando un poco más la cuerda, porque aún no quiero moverme.

—¿Acaso no lo eres? —me pregunta con voz ronca, caldeando mis labios con su aliento.

«Apártate». Y es una orden de mi sentido común, solo que mis hormonas me están pidiendo justo lo contrario. Y no puedo estar más de acuerdo con ellas, porque ansío sentir sus manos rodeando mi cintura como antes, mi cuerpo pegado al suyo, mis dedos en su pelo, sus labios rozando los míos. Pero sin llegar a caer. Solo para sentirlo un poco más y recordar lo que se siente cuando te toca alguien que no eres tú.

—Sí. Y quiero seguir siéndolo —le digo, guiñándole un ojo. Y finalmente me separo de él, sintiendo que esa sensación errónea

de echar de menos llega para asentarse en una parte indefinida de mi interior, como si lo correcto fuera acercarme en lugar de separarme—. ¿Tienes hambre?

—¿Cómo? —me pregunta, antes de soltar una carcajada.

—Que si tienes hambre. Llevo un montón de comida en la bolsa. Era mi cena y mi desayuno de mañana, pero no me importa compartirla contigo.

—En realidad, tengo hambre, pero de otra cosa —me contesta con voz ronca, clavando la mirada en mis labios, y contrayendo mi vientre de nuevo.

—No pienso caer a la primera de cambio —le aseguro, divertida, a pesar de que todavía puedo sentir la presión que ejercían sus dedos en mi nuca y la sensación de su frente apoyada en la mía.

—Entonces, ¿reconoces que no vas a llegar al sábado?

—¡Por supuesto que no! —exclamo entre risas—. Es más, creo que estás dando por hecho que el sábado es la fecha tope para lo que sea que tienes en mente, y estás muy equivocado.

—¿Y puedes decirme qué tengo en mente?

—Sexo, sexo y más sexo.

—Respuesta correcta —afirma, arrancándome otra carcajada, con la que libero la tensión que siento anudada dentro de mí.

—Pero sin sentimientos de por medio para que puedas largarte antes de que lleguen los meses oscuros. Respuesta correcta de nuevo, no hace falta que me lo digas —añado con mucha guasa.

Solo que, a pesar de esa guasa y de la diversión que ha dominado mi voz durante todo el tiempo, he sentido la tristeza buceando en una parte profunda de mi pecho, como si quisiera pasar desapercibida, sin llegar a conseguirlo. Y, de nuevo, es un sentimiento erróneo que no tendría que estar presente, como tantos otros que han llegado de la nada para confundirme, porque que se

vaya es algo que debería darme igual, porque tiene que ver con eso, estoy segura.

—Al final no te costará tanto como pensaba —me suelta, socarrón, mientras yo me dirijo hacia su moto para sacar la bolsa de comida del maletín.

—¿Nunca te has enamorado de nadie? —indago, echando de menos una botella de vino con la que poder brindar por mí, pasando olímpicamente de esa tristeza a la que no pienso prestarle ni un segundo de mi atención. Porque lo más importante es que superé lo que creí que era insuperable y estoy aquí, de nuevo, con otro hombre, pasándolo bien.

Y eso es lo único que pienso hacer, pasarlo bien.

—No de verdad. He querido, eso sí, pero lo otro no. ¿Y tú? —se interesa mientras yo me acerco a él, cargada con las sobras.

—Solo una vez, y creo que tuve más que suficiente —le confieso, tomando asiento a su lado.

—¿Por qué? —me plantea con curiosidad.

—Porque fue un cretino y un capullo, porque me pilló joven y porque al final el verdadero amor es uno mismo —le respondo con aplomo, felicitándome mentalmente por haber sido capaz de decirlo sin que se me quebrara la voz o se me llenaran los ojos de lágrimas, algo que pensé que nunca sucedería.

Solo que, mientras no pueda hablar de esto con normalidad y esas raíces de tristeza, pérdida y dolor perduren dentro de mí, no lo habré superado realmente. Y, para que eso ocurra, todavía me queda un largo camino por delante, porque es cierto que somos más fuertes de lo que creemos y que nadie muere por una traición, por una decepción o por amor, pero te deja tan tocado que, aunque superes las capas de arriba, las que te permiten seguir, las interiores permanecen intactas, cubriendo tu confianza, tu corazón y tu ser.

Y sanar esas capas no es tan sencillo. Por eso las raíces perduran y por eso siento mi corazón bloqueado.

—Joder, pienso exactamente como tú —oigo que me dice.

—Sí, tú tienes pinta de estar bastante enamorado de ti mismo —suelto entre risas, cerrándole la puerta a mi pasado con mi presente, algo que hago con relativa facilidad cuando él está cerca.

—Soy irresistible hasta para mí, ¿qué quieres que haga? —me sigue la broma, dedicándome la sonrisa más canalla que le he visto hasta ahora y alargando mis risas.

—Nos falta una botella de vino.

—Si estuviéramos en Roma, no tendríamos ese problema.

—En Roma no tendrías estas vistas —replico sin poder dejar de sonreír, sintiéndome realmente cómoda con él.

—Cierto, pero tendría otras, y tiendas, bares y restaurantes para aburrir... Y también a ti de rodillas —añade con voz ronca mientras me mira con seriedad, consiguiendo que mi vientre se convierta en gimnasta olímpica y dé tres saltos mortales hacia delante y hacia atrás.

—Sigue soñando —le suelto, obligándome a sonreír mientras le ofrezco un trozo de pizza.

—No es un sueño, es lo que va a suceder —me replica, vacilón—. Háblame de ti.

—¿Qué quieres saber? —Le doy un mordisco a mi porción de pizza y siento el tomate inundando mis papilas gustativas. Dios, está buenísimo—. ¿Sabes que el tomate lo prepara Loki?

—¿No me digas? —se burla, provocando de nuevo mi risa, que resuena entre estas montañas como en el pasado resonó mi desesperación.

—¿Sabes que me hace gracia tu idiotez?

—Ya te he dicho que soy irresistible —me contesta, guiñándome un ojo. Y lo miro negando con la cabeza, para seguidamente dirigir la mirada al frente y sonreír un poco más, y eso que ya estaba sonriendo muchísimo.

Es curioso que me sienta tan bien y que no pueda dejar de sonreír o de reír teniendo mi pasado tan al alcance de la mano, porque, aunque en ocasiones sienta que se marcha por la puerta de atrás o que no tiene cabida cuando él está presente, en realidad, lo tengo frente a mí, como un reflejo en el agua o como una sombra alargada a la que le voy prestando más o menos atención.

—¿Cuál es tu próximo destino? ¿A dónde irás cuando te marches de aquí?

—A Roma, por supuesto —me contesta, atrapando mi mirada con la suya y dibujando la sonrisa de inmediato en mi rostro.

—¿No me digas que vas a empezar a vivir en el día de la marmota? —le pregunto, provocando sus risas.

—No soy tan nómada como piensas. Que me guste viajar y ser libre no significa que no me guste tener un sitio al que regresar.

—¿Y ese lugar es Roma?

—Así es. Y las Lofoten, también. Llevo años viniendo a estas islas y ya tengo asumido que voy a regresar año tras año.

—¿Por qué? —musito sin poder alejar la mirada de su perfil, de ese pequeño lunar que tiene en la mejilla, de su barba recortada, de sus largas pestañas, de sus cejas pobladas, del tono bronceado de su piel y de cualquiera de los gestos que esté haciendo. Y, más que mirarlo, parece que lo esté memorizando.

—Porque, como te dije, este lugar crea adicción —me contesta, sin alejar la mirada del agua en calma— y porque es el único sitio en el que he sentido que la naturaleza me pasaba por encima —prosigue, girándose para mirarme—. He estado en infinidad de

sitios, pero en ninguno he sentido eso ni me he quedado mudo ante lo que veía, por eso regreso una y otra vez... Y ahora estás tú, que eres como estas islas y que también vas a dejarme mudo cuando te tenga debajo... o encima de mí —matiza bajando el tono de voz, consiguiendo que me ruborice con sus palabras y con la intensidad que desprende su mirada.

—Y eso que no lo has vivido en invierno —susurro, ignorando lo último que ha soltado mientras siento el sonrojo quemar mi piel.

—Cuando estéis en vuestros meses oscuros, yo estaré bebiendo vino y comiendo pasta en cualquier *trattoria* mientras planifico mi próximo viaje a cualquier isla donde haga la hostia de calor —me cuenta, guiñándome un ojo, soltando los nudos que sentía apretados en mi vientre.

—Suena bien —musito, más por decir algo que porque lo piense de verdad. Porque, que haga «la hostia de calor», suena fatal, pero lo otro no. Lo otro suena más que bien. Sobre todo si él forma parte de la ecuación.

—Siempre puedes venirte conmigo.

—¿Y que te enamores de mí y estropearte el plan?

—No voy a enamorarme de ti, *principessa* —me contesta con un tono condescendiente que me molesta bastante. Y, otra vez, es una emoción errónea que no debería estar ahí.

—¿Por qué? ¿Acaso eres inmune a los sentimientos? —le planteo con más seriedad de la que pretendía emplear.

—¿Y tú?

—No, para nada. Pero, si alguna vez vuelvo a enamorarme, espero hacerlo de una manera más cerebral.

—Joder, *principessa*, eso se carga todas las teorías sobre el enamoramiento —me replica, divertido. Y me limito a encogerme de hombros, porque no pienso aclararle nada.

—Entonces, ¿a una isla paradisiaca donde sirvas los cócteles con un pareo? Me gustaría ver eso.

—A ti puedo servírtelo sin nada.

Giro el rostro hacia el suyo para observar su perfil y me encuentro con su sonrisa y sus ojos chispeantes, que ya me estaban esperando.

—Estoy segura de que lo estás deseando.

—¿Qué quieres que haga? Me gusta hacer feliz a la gente, no puedo evitarlo.

—¿Y crees que me haría feliz verte sin ropa? —Divertida, me carcajeo de nuevo.

—Te haría más feliz lo que podría hacerte si no llevaras la tuya puesta, pero, como comienzo, no estaría mal.

—Eres increíble —le suelto entre risas.

—Suelen decírmelo todas, pero normalmente lo hacen después, no antes. Tú vas bien si ya piensas eso sin haberte tocado.

Menudo fanfarrón de manual. Me carcajeo con ganas, echando incluso la cabeza ligeramente hacia atrás. Y, en serio, qué bien sienta reír así en un sitio donde tu pasado es un reflejo en el agua y cuando tu presente no está yendo tan bien como esperabas.

—No deberías decirme estas cosas, porque me estás creando unas expectativas demasiado altas y puedo llevarme la decepción de mi vida —le advierto cuando consigo frenar mi risa, viendo cómo enarca una ceja y su sonrisa vacilona se dibuja en su rostro de anuncio hasta dominarlo por completo—. Te lo digo en serio: las decepciones son el sino de mi vida. Solo tienes que ver lo que ha sucedido con la cafetería. En mi cabeza estaba hecho y me imaginaba charlando con todos los clientes que iban a abarrotarla ya el primer día; de hecho, los visualizaba incluso esperando en la calle a que abriera. En cambio, fíjate qué distinto está siendo, tanto que, en lugar de estar

buscando camareros para que me echen una mano, estoy aquí, con una bolsa llena de sobras, riéndole las gracias a un italiano fanfarrón que se ha ofrecido a organizarme una inauguración con la que atraer a más clientes. ¿Te imaginas que nos acostamos y me pareces una mierda en la cama? —le pregunto, y me carcajeo otra vez.

—Gracias por lo de italiano fanfarrón —me suelta, sin dejar de sonreír—. Podemos salir de dudas ahora mismo, ¿qué me dices? —me propone, silenciando mi risa con su pregunta.

—¿Y cargarnos *la apuesta* y que te creas aún más irresistible?

—*Principessa*, pero si lo hago por ti, para que puedas basarte en hechos y no en imaginaciones o en tus expectativas, que esta vez tengo que decir que son bastante acertadas.

—No, gracias.

—Entonces, ¿sigue en pie *la apuesta*? —me pregunta, esta vez con seriedad, atrapando mi mirada con la suya y robándome momentáneamente la respiración.

—Por supuesto —afirmo, sin poder alejar mis ojos de la determinación que brilla en los suyos. Y siento que todo mi cuerpo cobra vida ante su mirada, como si hubiera estado dormido o aletargado durante estos años y, de repente, despertara con ella.

—¿Me recuerdas las partes de tu cuerpo que tengo vetadas?

Me coge por la cintura con fuerza y me sienta a horcajadas sobre sus piernas.

—Todo lo que has tocado y estás tocando lo tienes vetado —le digo con frialdad, sin moverme de la roca de sus piernas, sintiendo mi centro completamente líquido y mis hormonas volverse locas, a pesar de la indiferencia que ha dominado mi voz.

Y lo que no sé es cómo he conseguido silenciar el grito —o el jadeo, todavía no lo tengo claro— que ha estado a nada de salir de mis labios cuando me ha sentado sobre su cuerpo.

—Eres tan nórdica, joder —masculla hundiendo los dedos en mi nuca mientras yo me obligo a mantenerme quieta y, sobre todo, inmune a él.

Y es como intentar que un volcán en erupción entre en estado de congelación.

—Espero que sea un cumplido —comento con sequedad.

Siento su pecho rozar el mío cuando se inclina ligeramente sobre mí y, aunque ansío sentir muchísimo más, me freno porque no pienso inflarle más el orgullo y caer con lo primero que me haga.

Ahogo a duras penas un gemido cuando sus labios rozan la piel de mi cuello. Y siento que me deshago por dentro cuando sus manos bajan hasta mi trasero para pegarme a su erección.

POR DIOS.

Y, aunque por fuera parezco un bloque de hielo, por dentro tengo el fuego más ardiente instalado entre las piernas, en mi vientre y en mi sangre, llenándome de un calor abrasador y exigente.

—Quita tus manos de ahí, ya. Desde el cuello hasta las rodillas estoy vetada para ti. De hecho, no debería estar aquí sentada, así que esto te va a restar puntos —le indico, haciendo acopio de todo mi autocontrol para dominar el tono de mi voz y que suene tan frío como lo estoy siendo yo. Al menos aparentemente, porque por dentro sigo ardiendo y no tengo ni idea de cómo he logrado silenciar el gemido que ha echado a correr, garganta arriba, cuando sus labios han rozado mi piel.

—Si nos ponemos a sumar o restar puntos, va a ser demasiado complicado. Solo te he sentado en un sitio más cómodo y, para hacerlo, necesitaba poner las manos en tu culo. Tú misma te has pasado la tarde pegada a mi cuerpo, y no por ello te he quitado puntos —me suelta con toda su insolencia, sin alejar las manos de mi trasero.

—¡Íbamos en moto! ¡O me cogía a ti, o me daba la leche de mi vida! —exclamo, alucinada, sin moverme un centímetro, con mi sexo pegado a su enorme erección, sus labios a un suspiro de mi boca y su pecho casi rozando el mío.

—Vale, lo que tú digas —musita con voz ronca, subiendo una mano hasta mi nuca para hundirla en mi melena.

Y juro por todos los dioses de todas las religiones del mundo que no sé cómo estoy siendo capaz de controlar mi respiración —o mi cuerpo, ya puestos—, porque no es que esté sentada sobre su cuerpo, qué va: estoy sentada sobre la palabra *sexo* en toda su extensión.

—Por supuesto que es lo que yo digo —susurro, manteniendo las manos quietas a ambos lados del cuerpo.

Esto es surrealista.

Si mi amiga Breen estuviera aquí, me estaría llamando «estirada» a gritos. Y no solo eso, sino que me habría cogido del pelo para alejarme de él y ocupar ella mi sitio, cargándose *la apuesta* a la primera de cambio y sin que le importara lo más mínimo.

Ahogo un gemido cuando empieza a besar mi cuello como si besara mis labios.

Mierda. Mierda. Mierda. Siento cómo la necesidad llega, arrasando con todo, para intentar dominar mi cuerpo, exigiéndome que me pegue al suyo, que me mueva sobre su erección, que lo bese, que sienta su pelo enredado entre mis dedos, que gima fuerte, que le quite la ropa, que muerda sus labios... ¡Dios! Oigo gritar enloquecidas a mis hormonas cuando su beso en mi cuello se torna más lascivo. «No gimas. No gimas. No te muevas. No lo toques. Mantente quieta». Ahogo un gemido cuando impulsa ligeramente sus caderas hacia arriba y me clava toda su erección en mi centro.

—¿Esto es lo máximo que sabes hacer? —le pregunto, abriendo los ojos cuando me percato de que los había cerrado, y ruego en silencio no haber suspirado ni un poquito.

—Esto es solo el comienzo, ya sabes, una pequeña muestra para ir poniéndote a prueba.

¿Una pequeña muestra? ¿En serio? Pongo mentalmente los ojos del revés, porque estoy a punto de llegar al orgasmo, y eso que sigo con toda la ropa puesta y ni siquiera me ha tocado.

—Pues vas a tener que esmerarte mucho más si quieres que caiga. Esto ha sido demasiado básico.

—Es verdad, la próxima vez voy a tener que poner más atención... en todo —remarca, moviendo la otra mano para acariciarme la pierna desde la rodilla hacia abajo mientras mantiene la otra en mi pelo. Y, por favor, que no las mueva de donde están ni me mueva a mí de donde estoy.

Y, de nuevo, es un pensamiento equivocado, y no por la parte sexual, sino por la sensación que hay tras él: la de estar en casa y en el lugar correcto.

—Por hoy, creo que has tenido más que suficiente. —Me pongo de pie, bastante confusa con ese pensamiento que no debería estar ahí. Ni ese ni la sensación de echar de menos cuando me he levantado y mi cuerpo ha dejado de sentir el suyo.

—¿Y eso quién lo dice? —me pregunta mientras cojo la bolsa del suelo para encaminarme hacia su moto, bastante molesta conmigo misma, todo sea dicho.

—Yo. Se ha hecho tarde y estoy cansada. ¿Nos vamos? —le pido con sequedad, guardándola en el maletín.

—¿No estarás asustada? —Se acerca a mí y me giro hacia él para mirarlo con todo el desdén que soy capaz de reunir.

—¿De ti?

—No de mí, *principessa*, sino de lo que estás sintiendo.

—¿Qué pasa, que ahora también sabes lo que siento? —le suelto, poniéndome a la defensiva.

—Digamos que eres bastante evidente.

—¿Tú crees? Venga, pues adelante, dime lo que siento —lo reto, cruzándome de brazos, de repente demasiado enfadada por demasiadas cosas.

—No... Me lo dirás tú cuando estés preparada para hacerlo —replica, descruzándome los brazos para hacer que le envuelva la cintura con ellos, sin soltarme las manos. Y es casa. Y el lugar correcto. Y esto es lo que me asusta, porque mi casa y mi lugar correcto nunca serán él. Solo que, a pesar de no serlo, siento cómo el enfado que bullía en mi pecho desaparece con este abrazo en el que la única que abraza soy yo, porque él sigue aferrando mis manos—. No hay ni una parte de mi cuerpo vetada para ti, así que puedes aprovecharte todo lo que quieras —me responde, socarrón, provocando mi sonrisa.

—El caso es que no quiero.

—Es verdad, había olvidado que estás haciéndote la dura —me dice con voz ronca, pegando su frente a la mía—. Qué pena que quieras marcharte tan pronto. Venga, vamos —musita, soltando mis manos, para luego alejarse de mí.

Y tanto que soy una estirada.

Maldiciéndome un poquito en silencio, lo observo sentado a horcajadas sobre la moto y siento el deseo latir en cada célula de mi cuerpo. Solo que no late solo el deseo, porque justo a su lado siento otros latidos, más discretos, tenues y casi imperceptibles, que no han llegado hoy, sino que llevan varios días conmigo. Concretamente, desde que abrí la puerta del DIGG y lo vi.

Capítulo 14



MARCO

Pongo la moto en marcha en cuanto siento sus brazos rodearme la cintura y acelero mucho más una vez accedo a la carretera principal, intentando no pensar demasiado en todo lo que acaba de suceder, que no ha sido poco, porque me ha tenido completamente pendiente de lo que sentía, que tampoco ha sido poco. Esos silencios que se han adueñado de sus palabras varias veces, esa tristeza que ha dominado su rostro en algunas ocasiones y esa necesidad que he sentido de cuidarla y protegerla, incluso de sus pensamientos, cada una de esas veces. Yo, que suelo pasar bastante de esas cosas y que incluso soy de los que ponen distancia de por medio en cuanto intuyo que la tía en cuestión tiene un presente o un pasado complicado.

Y me parece que Silje tiene un pasado la hostia de complicado sin que haya tenido que escucharlo. Solo que, en lugar de alejarme,

quiero acercarme y que se acerque más. Y eso es una jodida mala idea.

Aprieto la mandíbula con fuerza, sintiendo cómo mi entrepierna reacciona ante el recuerdo de su cuerpo y el sabor de su piel al tiempo que valoro, durante unos instantes, presentar mi despido y largarme de estas islas antes de que todo se complique. Porque va a complicarse, seguro.

Y lo peor de todo es que no voy a despedirme ni tampoco voy a largarme. Ni de coña.

Capítulo 15



SILJE

A la mañana siguiente, llego a la cafetería tan confundida como me sentí anoche o como me he sentido esta mañana en cuanto he abierto los ojos, porque ayer, cuando me dejó en casa, ni siquiera se molestó en quitarse el casco. Y hoy no se ha presentado en mi casa ni tampoco me ha dejado una flor en la puerta. Ni flor ni nota. Nada.

Con ese «nada» retumbando en mi cabeza, siento cómo la decepción llega para dominar los latidos de mi corazón y, de nuevo, es algo erróneo y que no debería estar ahí.

Accedo al local bastante molesta conmigo misma, porque una cosa es el tonteo y pasarlo bien, y otra muy distinta es quedarme esperándolo o sentirme decepcionada cuando no sucede lo que mi cabeza fantasiosa imagina.

Que haga lo que quiera, ¿a mí qué más me da? Ni que me importara. Por mí como si se larga hoy mismo a cualquiera de sus islas calurosas.

—¡Buenos días! —saludo a mi hermano, obligándome a sonreír, al tiempo que encamino mis pasos hacia el perchero para dejar el bolso y la chaqueta.

Siento cómo mis pulmones se llenan con el olor del chocolate fundido, la crema pastelera, la canela y todos los ingredientes que parecen flotar en el ambiente, tal y como ayer flotó la calma en el aire cuando estábamos en Gimsøy o la excitación cuando me sentó sobre su cuerpo y empezó a besar mi cuello.

Dios, si eso era solo una pequeña muestra, no quiero ni imaginar cuando vaya en serio.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que detengo la mirada en la fachada del DIGG a través de la ventana. Aunque, más que la fachada, lo que estoy mirando son las ventanas que dan a las habitaciones del personal mientras recuerdo cómo me masturbé pensando en él, en su erección, en la presión que ejercía en mi nuca y en cómo besó mi cuello. Y gemí tanto como si fueran sus manos y no las mías las que recorrían mi cuerpo.

Esta mañana me he quedado esperándolo, tal y como me sucedió ayer. Y no solo me he quedado esperándolo, es que me he duchado deprisa y corriendo por si venía, para que no me pillara en pijama o con el pelo hecho un desastre. Total para nada.

¿Qué me está pasando? Confundida, hurgo entre esas capas de emociones y sentimientos que dan forma a la mujer que soy. Quiero acostarme con él, quiero que sea él quien me toque y quien provoque mis gemidos, pero también quiero más tardes como la de ayer y más mañanas como la del otro día. Y entre estos deseos hay algunos que están bien y que son correctos, e incluso sanos, y otros que pueden llevarme de cabeza al desastre, y eso es lo que tengo que evitar.

Así que voy a pasarlo bien sin permitir que vaya a más y que emociones que no tienen cabida me confundan, eso es lo que voy a hacer. Y, sobre todo, voy a centrarme en esto, en mi sueño y en mi prioridad absoluta, Silje's Bakery.



Sirvo cafés y cafés con leche, tartas y algún que otro rollito de canela, unos cuantos cruasanes rellenos y varios trozos de pizza mientras las horas van pasando y él no hace acto de presencia. Y ni falta que hace, porque, si voy a pasar de él, tiene que ser de verdad, y no puedo romperme el cuello cada vez que suenen las campanitas de la puerta.

Sigue sin llenarse, aunque hoy ha venido más gente que ayer. Permitiendo que la preocupación lo saque de mi cabeza, apoyo los antebrazos en el mostrador al tiempo que observo a la pareja que está tomándose un café entre besos y confidencias. Lo bueno es que ya tengo clientes habituales. Y esbozo una sonrisa sin darme cuenta al recordar a mis amigas, que han terminado haciendo suya la mesa junto a la ventana y que me alegran esa primera hora con su charla; a las dos chicas de España, que siguen viniendo; los pedidos del DIGG, y al señor y a la señora Jensen, que esta mañana me ha dicho que, como aquí todo está tan rico, no piensa molestarse en preparar más desayunos.

Ojalá todos terminen pensando lo mismo y esto vuelva a ser ese sitio de referencia al que acudían los lugareños en busca de charla o un café, como sucedía cuando lo llevaba la señora Anette. Y, durante unos instantes, me remonto a esa época maravillosa, sonriendo un

poco más al recordarme tras el mostrador, tal y como estoy ahora pero mucho más joven y al lado de mi jefa. Qué feliz fui y qué lástima que no me diera cuenta y no valorara cada uno de esos días.

El tintineo de las campanitas de la puerta me saca de mis pensamientos y, sin dejar de sonreír, me giro hacia ese sonido, encontrándome con Marco y con su ceja enarcada.

—Seguro que estabas sonriendo así porque estabas pensando en mí. Venga, reconócelo —me suelta con fanfarronería, acercándose al mostrador, sin que le importe lo más mínimo que lo haya oído esta pareja, que se ha quedado tan muda como yo y que no puede quitarle la vista de encima. Pero como para poder hacerlo: está imponente con esa camiseta negra y esos pantalones vaqueros que se ciñen perfectamente a su cuerpo; con esa forma de caminar, tan segura y arrogante, marca de la casa; con esa mirada, atestada de intensidad; con ese tupé, repeinado hacia atrás, y con esa media sonrisa, que dibuja las palabras *sexo* y *peligro* en mi cabeza hasta ocuparla por completo.

Y, sí, tengo clarísimo que he incluido su tupé en mi descripción.

—Estaba pensando en la señora Anette —le cuento, sonriendo un poco más cuando lo tengo frente a mí. Y en mi imaginación veo a mi sentido común caer de rodillas frente a él y a mis hormonas empezar a hacer las maletas para largarnos a Roma o a donde él quiera.

—Seguro que sí.

—Piensa lo que quieras. ¿Qué pasa? ¿Te has perdido?

—¿Qué pasa? ¿Me has echado de menos? —Apoya los antebrazos en el mostrador, tal y como los tengo yo, dejando su rostro demasiado cerca del mío, robándome momentáneamente la respiración.

—Muchísimo, no he dejado de pensar en ti en todo el día —le confieso sonriendo. Y, aunque mi tono ha sido muy jocoso, no he podido ser más sincera.

—Ya me lo imaginaba —me suelta, guiñándome un ojo y dedicándome una sonrisa, con la que licua todos los huesos de mi cuerpo—. ¿Te queda mucho?

Hago un gesto con la cabeza para señalar a la pareja que en estos momentos está comiéndose a besos, y él se gira para observarlos.

—Podemos hacerles la competencia, ¿qué me dices? —me pregunta, dejando de prestarles atención para prestármela por completo a mí.

—Que no pienso besarte.

En mi imaginación oigo a mi amiga Breen llamarme «estirada», tal y como ha hecho esta mañana cuando le he contado lo que sucedió ayer por la tarde. Y «estirada» ha sido lo más suave que me ha soltado.

—Puedo besarte yo.

—No creo —musito, divertida, sin poder alejar mi mirada de la suya—. ¿A qué has venido? —Y sin pretenderlo, he bajado el tono de voz hasta convertirlo en algo íntimo.

—¿Esa es la forma que tienes de tratar a los clientes? —me pregunta a su vez, bajando también el suyo.

—Tú no eres un cliente.

—Podría serlo —me rebate, deteniendo la mirada en mis labios.

Y, sin proponérmelo, bajo la mía hasta los suyos.

—¿Qué te pongo?

—A ti, desnuda sobre esta barra —me suelta, subiendo la mirada hasta mis ojos y atrapándolos con la misma decisión que ha dominado su voz.

VENGA YA.

—Eres idiota —murmuro, esbozando una sonrisa, sintiendo el deseo contraer con fuerza mi vientre.

Y, en realidad, no es que sea idiota, es que no sé qué decir.

—Sí, pero te has excitado —adivina con voz ronca.

—Vas a necesitar algo más que esa tontería para que me excite —le miento, viendo cómo baja otra vez la mirada hasta mis labios. Y, antes de que pueda hacer lo que sea que tenga en mente, me incorporo y pongo un poco de distancia entre ambos para poder respirar de nuevo.

Y qué distinto es respirar a medias cuando es la desesperación la que bloquea tus pulmones a respirar, también a medias, cuando es el deseo el que te roba el aire. Sí, es completamente distinto.

—Lo tengo claro. ¿Cierras o no? —me plantea, dirigiendo una mirada fugaz a la pareja que acaba de despedirse y que ahora está saliendo por la puerta—. Creo que has olvidado que tenemos una inauguración el sábado y que hay que repartir la hostia de folletos para que la gente de estas islas se entere de una vez de cuál es la mejor cafetería de las Lofoten —me recuerda, guiñándome un ojo mientras se incorpora, atrapando mi atención con cada uno de sus movimientos.

—Por supuesto que no lo he olvidado.

Y es verdad, no lo había hecho, pero tampoco tenía claro que quisiera repetir el plan de ayer. Porque recordemos que, cuando me dejó en casa, ni siquiera se molestó en quitarse el casco o apagar el motor de la moto, y hoy no me ha dejado una flor. Y ya ves tú en qué hechos me baso para sacar conclusiones.

—Pues no lo parecía. Por cierto, creo que hoy te has quedado esperando esto. Siento el retraso —me suelta con socarronería, sacándose una flor silvestre del bolsillo trasero del pantalón, que deja sobre el mostrador.

—¿Hoy no hay nota? —replico con mucha burla, ocultando con el tono de mi voz y con mi sonrisa todo lo que he sentido a lo largo del día, básicamente desde que he abierto los ojos. Y no solo he esperado la flor y la nota, sino que también lo he esperado a él.

—Hoy me tienes en persona para decirte lo que quieras —me indica, rodeando el mostrador para acercarse a mí y aprisionar mi cuerpo con el suyo.

—¿Qué haces? —le recrimino con sequedad, poniéndome a la defensiva.

—Saludarte como es debido ahora que estamos solos —susurra, pegándose más a mi cuerpo, rozando la piel de mi cuello con sus labios.

—Como si te importara la gente —mascullo, provocando su risa por lo bajo mientras siento cómo me rodea la cintura con un brazo para arrimarme más a su cuerpo, y como puedo ahogo el suspiro que ha estado a nada de escapar de mis labios—. Y no estamos solos: la señora Larsen está en la cocina.

—Y la señora Larsen, ¿va a querer unirse a nosotros? —me pregunta con voz ronca, deslizando los labios lentamente por la piel de mi cuello.

Maldita sea... Esto es muy mala idea. «Y tanto que es mala idea, porque deberías dejarte de tonterías, cargarte esa chorrada de apuesta y ser tú la que se desnude y lo desnude para que haga contigo lo que quiera sobre este mostrador y sobre todas las mesas de esta maldita cafetería». Y esto me lo están gritando mis hormonas, que hoy llevan el pelo más pincho y rosa que nunca.

Dios, me estoy volviendo loca. Él me está volviendo loca, y eso que apenas me ha tocado.

Silencio como puedo todos los gemidos que están formándose en mi garganta antes de que puedan escapar de mi boca cuando me

apresa el lóbulo de la oreja con los labios para succionarlo. Y durante unos brevísimos instantes, sintiendo cómo su barba recortada deja su rastro en mi piel, valoro muy seriamente escuchar la voz de mis hormonas y dejarme de historias, porque todavía es jueves, falta demasiado para el sábado y no soy tan nórdica como cree.

—No puedes cogerme por la cintura, esa parte la tienes vetada —le digo cortante, más tiesa que un palo y más estirada que nunca.

Por Dios, que alguien me mate ya.

—Es verdad, perdona —susurra con voz áspera, pegándome más a su cuerpo y haciendo que perciba su enorme erección.

POR. TODOS. LOS. DIOSES. DEL. MUNDO.

Que alguien me diga en qué momento ha pasado de ser un completo fastidio a convertirse en el último trozo de papel higiénico, en la última gota de agua del desierto y en la última balsa del Titanic, porque, aunque hoy la cafetería ha ido mucho mejor y estaba contenta, ni se parece a lo que estoy sintiendo ahora.

Es por el sexo y también por este tonteo, que es el preludio de lo que vendrá después. Y esto es importante que quede claro, porque no quiero confundirme, y al final todo se resume en sexo, en gemidos y en piel; porque estoy harta de los juguetitos; porque hacía mucho tiempo que no sentía la erección de un hombre, y porque encima está buenísimo. Es por eso. Solo por eso.

—Despídete de la señora Larsen, nos vamos —me ordena, atrapando mi mirada con la suya, tan cerca que su aliento es una caricia en mis labios.

—Cuando te apartes —musito, oyendo a esta canturrear de fondo desde la cocina.

—Dame un segundo —murmura, bajando los labios hasta mi cuello para rozarlo con ellos—. Dime una cosa —añade avanzando

un paso, que yo retrocedo hasta chocar con el mostrador—, este cuello... ¿me ha echado de menos? —me pregunta. Y me lleva al límite cuando siento que la punta de su lengua empieza a recorrer mi piel, anudando mi vientre con fuerza y adueñándose de mis deseos, porque solo pienso en dar el paso que he retrocedido para pegarme todo lo que pueda a él y ofrecerle mi cuello, mis labios y mi cuerpo para poder gemir de una maldita vez.

—Este cuello tenía cosas más importantes que hacer que echarte de menos —le digo con una frialdad que me sorprende, porque por dentro soy fuego y, en cambio, mi voz suena a hielo triturado—. Esta apuesta es una soberana estupidez.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te ves capaz de aguantar hasta el sábado?

—Y, de nuevo, estás dando por hecho que el sábado vamos a acostarnos, y no puedes estar más equivocado —afirmo, posando la mano en la roca de su pecho para alejarlo de mí, siendo tan convincente que al final se creerá que no me gusta.

—El sábado vas a gritar tan fuerte que van a oírte en todas estas jodidas islas —me asegura con seriedad, atrapando mi mano con la suya para llevarla hasta mi espalda, inmovilizándome y dejando mi pecho completamente pegado al suyo.

—¿Quieres no hablar tan alto? —lo reprendo. Y mi cuerpo, tenso como las cuerdas de una guitarra, se relaja al entrar en contacto con el suyo, por muy contradictorio que pueda parecer.

—Me importa bien poco que la señora Larsen o quien sea nos oiga —susurra empleando un tono de voz duro, rasposo y tremendamente sexy al tiempo que ejerce más presión con la mano para impedir que mueva el brazo, excitándome de tal manera que tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para mantener las caderas quietas y no frotarme contra su potente

erección. Maldita sea. Ni mi imaginación, con lo fantasiosa que es, habría concebido una situación como esta con semejante portento—. Entonces... dices que este cuello ha tenido cosas más importantes que hacer que echarme de menos, ¿puedes decirme qué cosas? —me plantea antes de comenzar a besarlo, alterando mi respiración e instalando el pulso acelerado del deseo entre mis piernas—. Si no me contestas, voy a creer que estás demasiado excitada como para poder hablar, y se supone que no te gusto, que no te afecta en absoluto lo que te estoy haciendo y que no estás deseando que llegue el sábado.

«Habla, di algo». Solo que no lo hago y cierro los ojos, echando garganta abajo el millón de gemidos que han subido fulgurantes por ella cuando ha empezado a besar mi cuello con lascivia. Y alargo un poco más el momento, porque esto es como estar en el cielo de las promesas ardientes y saber que, en cuanto abras la boca, vas a cargártelo todo y volver a la cruda realidad.

—Trabajar, eso es lo que hemos hecho mi cuello y yo —mascullo, cogiendo a mis hormonas del cuello para salir de una vez de este cielo en el que quiero comprarme una casa e instalarme a vivir para siempre, centrándome de golpe cuando veo la diversión brillar en sus ojos oscuros como la noche—. Y, ahora, aguantar a un italiano pesado, arrogante y fanfarrón que se cree el centro del universo. ¿Te parece poco? —añado, cogiendo carrerilla en mi discurso y en mi cabreo, porque me parece que se lo está pasando en grande a mi costa.

Y, en realidad, no sé si estoy cabreada o frustrada; puede que todo al mismo tiempo, porque quiero ofrecerle de nuevo mi cuello, que me ofrezca el suyo, arrancarle la ropa o rogarle que me arranque la mía. Sí, he dicho «rogarle», soy consciente de ello. Pero, al mismo tiempo, no hay nada que desee más que mandarlo a la

mierda. Y esto es como el yin y el yang, pero aplicado a mí; porque está mi parte estirada, que es la voz que aceptó *la apuesta*, la que se cruza de brazos y la que habla con altivez, y luego está la loca desenfrenada, que lleva el pelo pincho tintado de rosa y que solo piensa en cargársela una y otra vez.

—Has olvidado añadir que tu cuello y tú, aparte de trabajar, me habéis echado la hostia de menos. Pero, tranquila, que lo tengo claro y ya estoy aquí para que podáis disfrutar de lo que queda del día —me suelta con socarronería, dejándome con la boca abierta.

—¡Esto es increíble! Solo para que te quede claro: he estado tan ocupada que hasta que no te he visto entrar por esa puerta ni siquiera me había acordado de que existías. Así que relájate y desinfla ese ego tan hinchado que tienes, que no cabe en esta cafetería. ¡Ah, y otra cosa! Se terminó la tontería esta que te da vía libre para manosearme cuando quieras, ¡piensa lo que te dé la gana! —suelto, zafándome de su agarre y olvidándome por completo de la señora Larsen, que ha dejado de canturrear y debe de estar alucinando como me haya oído.

—¿Manosearte? ¡Pero si estás toda vetada! —exclama, jocoso, mientras yo encamino mis pasos hacia la cocina.

—Y más que voy a estarlo a partir de ahora, ¡se acabó! —exclamo a mi vez, siendo lo más estirada posible, porque ya me dirás tú qué necesidad hay de que me cargue lo único divertido y excitante que he vivido en años.

«Sí, estoy de acuerdo», les digo a mis hormonas cuando las oigo gritarme «insensata» desde alguna parte indefinida de mi interior. Porque se trataba de cargarse *la apuesta* cayendo, no renunciando a ella.

—Señora Larsen, me marcho ya —me despido suavizando el tono con ella, al tiempo que me dirijo hacia el perchero para coger mis

cosas, percibiendo el momento exacto en el que accede a la cocina, como si mi cuerpo tuviera alguna especie de sensor que se activara cuando el suyo estuviera cerca—. Le he puesto en esta bolsa cruasanes rellenos, varios trozos de pizza y unas cuantas porciones de tarta. Espero que le guste mucho —añado, pasando de él y cogiendo la bolsa para entregársela.

Freno la sonrisa cuando la veo hacerme un gesto casi imperceptible con la cabeza, señalándome a Marco, seguido, a continuación, por otro gesto de admiración con el que consigue que sonría finalmente.

Ay, por favor.

—¡Qué buen aspecto! —me dice con picardía, abriendo la bolsa y provocando mi risa, porque no sé si está refiriéndose a Marco o a la comida—. Estoy deseando ver la cara que pondrá mi Hans cuando vea todas estas delicias. Este hombre mío parece que nunca tenga suficiente comida —se queja, haciendo referencia a su marido, que mide casi dos metros y es tan corpulento que, cuando era pequeña, me daba miedo y siempre terminaba escondiéndome tras las faldas de mi madre, de Sonia o de quien estuviera cerca cuando me encontraba con él.

—Su marido tiene mucho cuerpo que llenar, la próxima vez le pondré más —le indico, sonriendo, recordando a esa niña que fui y los intentos infructuosos del pobre hombre por no asustarme y ganarse mi confianza.

—¡Deja, deja! Lo que tiene que hacer es pasarse por aquí, y mi hijo, igual, que ninguno de los dos ha encontrado todavía un momento para venir a visitaros a Loki y a ti —me responde con brío mientras yo veo a Marco enarcar una ceja. Dios, es tan alto e imponente que parece que la cocina empequeñezca ante su

presencia—. ¿Y este chico tan apuesto? ¿Nos conocemos? —le pregunta cambiando de tercio, después de girarse para mirarlo.

Sus palabras provocan mi risa, porque tiene cincuenta años largos, pero, en estos momentos, parece una adolescente ante el chico que le gusta. Solo le falta la botella de vino, unas cuantas canciones y ya la veo dedicándole un baile.

—Me parece que no. Soy Marco, encantado de saludarla —se presenta, desplegando todo su encanto, acercándose a ella para tenderle una mano, que la señora Larsen acepta con una sonrisa de oreja a oreja—. Trabajo en el DIGG. Para lo que necesite, allí me tiene —prosigue, dedicándole una resplandeciente sonrisa, que instala el sonrojo en sus mejillas.

Esto es increíble.

—Muchas gracias.

—Venga, vámonos. ¡Nos vemos mañana, señora Larsen! Salude a su marido de mi parte —me despido, y salgo de la cocina, seguida por mi casanova particular—. Eres el colmo —le recrimino, una vez fuera, intentando no sonreír aunque sin llegar a conseguirlo, porque tengo una sonrisa enorme delatándome.

Y estoy segura de que esta sonrisa forma parte del equipo de mis hormonas. Rectifico: esta sonrisa es la capitana del equipo de mis hormonas.

—Solo soy un tío educado que no puede evitar que hasta las mujeres de cierta edad caigan rendidas a sus pies —me contesta con sorna, dedicándome esa sonrisa sexy que lo convierte en la última gota de agua del desierto y con la que consigue que hasta mi sentido común, capitán del equipo estirado, caiga de rodillas a sus pies.

—Ya quisieras —le replico, intentando no sonreír tanto, y sin que me salga, porque no puedo evitar que su idiotez me haga gracia—.

¿Dónde tienes los folletos? —le pregunto, poniéndome la chaqueta.

—¿Dónde va a ser? —inquiere, y pasa por mi lado caminando con esa seguridad y esa arrogancia que van tan de la mano con él, como si le estuviera haciendo un favor al mundo con su mera presencia.

—Tendrían que haberte llamado Narciso —farfullo por lo bajo, porque estoy convencida de que esa seguridad tan aplastante tiene su origen en un profundo amor por uno mismo. Y no lo critico, qué va; lo envidio, porque ese amor propio fue el que me faltó a mí en el pasado.

—Hay que ser idiota para caerte en un puto lago por intentar besar tu reflejo y ahogarte —me responde burlón, girándose para mirarme y dejándome un poco noqueada porque pensaba que no iba a pillarlo.

—¿Conoces la leyenda de Narciso?

—Me ofendes —se queja, lanzándome el casco, que cojo al vuelo.

—Sí, estás ofendidísimo —suelto entre risas—. Podemos ir en mi coche —le propongo, viendo cómo se enfunda la misma sudadera que llevaba ayer. Como para no estar enamorado de sí mismo: hasta el viento ha contenido el aliento cuando ha levantado los brazos y la camiseta ha dejado al descubierto su piel dorada.

—Cierto, pero vamos a ir en mi moto —responde, sentándose a horcajadas sobre ella y arrancándonos un suspiro bajito al viento y a mí.

Tengo clarísimo que podría ponerme pesada con este tema e insistir e insistir hasta salirme con la mía, pero ya he cometido la soberana idiotez de cargarme *la apuesta* con sus besos lascivos y sus agarres posesivos, y no pienso ser más estirada de lo que ya soy y negarme la oportunidad de rodear esa cintura de mármol esculpido que ya quisiera para sí la mejor obra de arte.

Breen va a matarme cuando se lo cuente. Yo misma quiero matarme. Matarme o poder retroceder en el tiempo para cargarme ese momento de estupidez suprema en el que la pusimos en marcha, porque, seamos sinceros, voy a caer. Lo sé yo, lo sabe él, lo saben mis amigas y lo sabría la señora Larsen si se lo hubiera contado. Y todo esto es un martirio innecesario.

Tras ponerme el casco, subo a su moto mientras me maldigo mucho. Porque estirada se nace, no se hace, y yo nací estirada y moriré más estirada todavía, porque, con los años, todo se acrecienta y, si no, que me lo digan a mí, que acabo de apoyar las manos sobre mis piernas para no rodear su cintura con ellas.

Y en mi imaginación veo a mis hormonas tirarse del pelo desquiciadas.

—¿A dónde vamos? —le pregunto mientras la errónea sensación de estar en el lugar correcto llega para asentarse en mi pecho cuando mi cuerpo percibe la cercanía del suyo. Solo que no viene sola, porque con ella llega otra de bienestar que es tan errónea como la primera.

Capítulo 16



MARCO

—Ya lo verás —le digo, cogiendo sus manos para hacer que me rodee la cintura con ellas de una puta vez. Y con su abrazo siento que algo se suelta en mi pecho, como si hubiera estado oprimido todo el día sin que me diera cuenta.

Y no solo ha estado apretando, sino que me ha tenido jodidamente desquiciado, porque nunca he tenido que esperar tanto para acostarme con una mujer y Silje parece empeñada en resistirse a algo que va a terminar sucediendo. Aprieto la mandíbula con fuerza, muy dispuesto a ir hasta Svolvær si hace falta con tal de que sus brazos sigan rodeando mi cintura el mayor tiempo posible.

Le doy gas a la moto cuando salimos del pueblo para disfrutar de la velocidad, de su cuerpo pegado al mío y de estas vistas, que crean adicción y me dejan sin aliento continuamente. Como ella, que también me deja sin aliento sin saberlo. Porque no solo me alucina su cuerpo, sino también cómo es, hablar con ella. Joder, me encanta

provocarla, conseguir que se ría cuando sé que no quiere hacerlo o ver cómo esos ojos azules, repletos de hielo, se llenan de fuego. Fuego en los ojos y hielo en la voz. Y aprieto más la mandíbula, deseando ver ese fuego derretir el hielo con sus gemidos.

Y creo que nunca he deseado algo tanto.

El día que la conocí era puro fuego. Durante unos instantes retrocedo a esa noche, y de nuevo la veo contonear las caderas, veo sus sonrisas y cada una de sus miradas, que fueron muchas. Esa noche me cegó por completo y perdí la cuenta de las veces que la imaginé desnuda, que sigo imaginándola desnuda, en realidad, porque no consigo quitármela de la cabeza. Y esa misma noche recuperé de pronto el interés que había perdido por las mujeres.

Con ese recuerdo, conecto con esa sensación de apatía y desinterés con la que llegué a estas islas. De hecho, vine deseando estar solo una temporada, pero, en cuanto la vi, algo se agitó en mi interior. Y no solo se agitó, sino que mi corazón dio un golpe seco en mi pecho.

Y justo ahí es donde radica el problema, porque esto va a ser solo sexo y no quiero confundirme con historias que no van conmigo o pueden cambiar mi vida si lo permito.



—Si estuviéramos en Roma, nos habríamos fundido todos estos folletos en una sola calle —le cuento cuando salimos de la tienda Hogar, dulce hogar, en la que hemos dejado unos cuantos para que la dependienta los reparta entre sus clientes.

—Háblame de Roma —me pide mientras nos dirigimos hacia la tienda situada justo enfrente. Y esto es la hostia de raro, porque este pueblo es minúsculo e incluso tiene una entidad bancaria, y todo en la misma calle.

—Es completamente distinta a estas islas, hasta en las pequeñas cosas —le digo, deteniendo mis pasos para observarlo todo con atención—. Fíjate en esta calle *principal*, ni siquiera tiene aceras, y es la propia carretera secundaria que te trae aquí la que hace esa función —constato, percatándome de que la hierba que la bordea está perfectamente recortada donde hay viviendas y que, en cambio, crece un poco más alta y con flores donde no las hay—. En Roma, por norma general, los edificios no están alejados unos de otros, sino que están pegados. No son de madera, sino de ladrillo y hormigón, y la gente suele vivir en apartamentos, no en casitas de cuento como estas —añado con sorna, girándome para mirarla y encontrándome con el azul claro de sus ojos—. Y luego está este silencio que puedes escuchar —suelto, viendo cómo una sonrisa se adueña poco a poco de su rostro, dejándome sin habla durante unos segundos, porque, cuando sonríe, el hielo también desaparece. Alejo mi mirada de la suya para detenerla en las montañas que se ven a lo lejos—. En Roma, no vas a ver montañas como estas ni agua por todas partes, pero viajarás al pasado con sus ruinas y con sus monumentos.

»Allí no verás tanto el color verde como lo ves aquí, pero, aun así, lo verás, y también descubrirás la belleza del mármol y de la piedra. Comerás la mejor pasta del mundo, beberás limoncello, subirás en Vespa y descubrirás callejuelas adoquinadas, jardines y mercados donde no esperarás encontrarlos, plazas que te quitarán el aliento con su magnificencia y tantas iglesias que llegarás a perder la cuenta. Roma es una ciudad viva que te atrapa con su historia y

donde siempre hay algo que ver o hacer —le cuento con la pasión dominando mi voz, adelantando un par de pasos para acercarme más a ella, a mi canto de sirena, completamente seguro de que, cuando estemos juntos, será otro tipo de pasión la que me dominará y también la que me cegará.

»Allí no vas a escuchar el sonido del silencio, pero sí la voz del pasado cuando entres en el Coliseo y los gladiadores te susurren "Los que van a morir te saludan"; cuando te pasees por el Foro Romano y sus ruinas de templos, basílicas y arcos de triunfo te lleven a recorrer esa vida, que ya no existe; cuando entres en la Piazza del Popolo y veas, en tu imaginación, a los antiguos romanos acceder a la ciudad montados a caballo, o cuando, desde lo alto de cualquier mirador, veas las imponentes columnas de mármol, con los carros tirados por caballos de bronce del monumento a Vittorio Emanuele II, compitiendo con las cúpulas de la basílica de San Pedro o la del Panteón...

»En Roma, no vas a encontrar calles solitarias como esta, sino que te volverás loca con el tráfico o cuando no puedas seguir caminando porque una masa de turistas, capitaneada por una guía con un paraguas en lo alto, bloquea tus pasos —le explico, provocando su sonrisa y la mía, frenándome, como nunca, para no acercarme más y hundir los dedos en su pelo, atrapar su nuca y sentir su pecho pegado al mío, porque ha cometido la desfachatez de cargarse *la apuesta*, y voy a tenerla toda la jodida tarde maldiciendo ese momento. Solo que no será la única en hacerlo, porque torturarla a ella es torturarme a mí también y tengo claro que voy a pasarlas putas.

»Roma tiene un tipo de belleza imposible de encontrar en otro lugar porque representa la magnificencia, el poder y también la decadencia del pasado —añado bajando el tono de voz, sin poder

alejar mis ojos de los suyos—. Es como una obra de arte viva, al alcance de todo aquel que quiera verla. Como tú, que eres otra obra de arte —añado, guiñándole un ojo y consiguiendo que el sonrojo se adueñe de su rostro. Y, cuando eso sucede, el hielo también desaparece y es todavía más alucinante—. Lo podrás comprobar por ti misma cuando vayamos juntos —le suelto con sorna, alejándome de ella no sin esfuerzo, para echar a andar hacia esta tienda en la que venden de todo, al tiempo que siento algo agitarse en mi interior. Y ese «algo» reclama su piel y también sus labios.

—¿Hace falta que te conteste? —oigo que me plantea a mi espalda, y me giro para mirarla, enarcando una ceja.

—Por favor, estoy deseando escuchar lo que tengas que decir —contesto, divertido, deteniendo mis pasos para permitir que me dé alcance.

—¿Aunque sea una obviedad? —inquiere, clavando el azul de sus ojos en los míos. Y es un azul hielo que me alucina tanto como ella.

—Estoy dispuesto incluso a rogarte.

—¿De rodillas? —me pregunta, enarcando una ceja y excitándome la hostia, porque de rodillas va a estar ella.

—*Principessa*, por ti, hago lo que sea —le digo con mucha guasa. Solo que, escondida entre mis palabras, hay más verdad de la que me gustaría reconocer. Porque, por ella, he engatusado a mis colegas para que el sábado toquen en su cafetería; por ella, me rompí la cabeza diseñando el puto folleto, y, por ella, me comí la hostia de kilómetros hasta que di con una tienda que me los imprimiera... Y no solo eso: por ella, me estoy volviendo un cursi de cuidado, porque todos los días le regalo una flor, algo que no había hecho en mi vida.

—No pienso ir a Roma, ni contigo ni sin ti —me asegura, convencida.

—¿Es el título de alguna película? —inquiero, haciéndome el tonto.

—Es lo que va a pasar.

—*Principessa*, me rompes el corazón —añado con socarronería, llevándome la mano al pecho.

—Sí, me parece que eres de esos —me replica entre risas, y echa a andar hacia la puerta, dándome la espalda y permitiendo que me regodee en ese trasero perfecto y en esas largas piernas, que están convirtiéndose en una jodida obsesión.

Capítulo 17



SILJE

—Sabes que es bastante improbable que la gente de Henningsvær se coma una hora de coche para venir a mi cafetería, ¿verdad? —le pregunto mientras me bajo de la moto cuando estaciona en la calle principal, fingiendo un fastidio con el que pretendo ocultar lo mucho que he disfrutado con este paseo y lo muchísimo que me ha excitado cada vez que ha posado la mano en mi pierna y la ha apretado contra su cuerpo.

—Sabes que no hemos venido a dejar ningún folleto aquí, ¿verdad? —me pregunta a su vez, valiéndose del espejo retrovisor para arreglarse ese tupé que ni el casco consigue despeinar.

Por favor.

—Ah, ¿no? Y, entonces, ¿qué hacemos aquí? —inquiero, admirándolo en silencio cuando baja de la moto con un movimiento fluido, momento en el que le ofrezco el casco para que lo guarde junto al suyo.

Y esto no tengo intención de decírselo, pero, por muchos monumentos que tenga Roma, que no lo dudo, estoy segura de que ninguno será comparable a él.

—¿Hace falta que conteste? —me parafrasea, porque es justo lo mismo que le he soltado yo antes.

—Por favor, estoy deseando escuchar lo que tengas que decir —le sigo el juego, sintiendo cómo la sonrisa se adueña de mi rostro sin que pueda hacer nada para frenarla.

—Hemos venido hasta aquí porque tenía que darte una excusa lo suficientemente buena para que pudieras manosearme todo lo que quisieras ahora que te has cargado *la apuesta*.

—¡¿Perdona?! —exclamo, sin poder dar crédito.

—Y ahora dirás que me lo he imaginado todo —me suelta, siendo todo lo vacilón, fanfarrón e idiota que puede llegar a ser.

—¡Es que te lo has imaginado todo! ¡Pero si has sido tú el que me ha manoseado durante casi todo el trayecto! —Exasperada, me acerco a él y clavo el dedo índice en la roca de su pecho—. ¿Te recuerdo cada una de las veces en las que has puesto la mano en mi pierna y la has apretado contra tu cuerpo?

—¿Te recuerdo cada una de las veces que me has pegado las tetas a la espalda o tus manos han subido más de la cuenta?

—¡Frenabas en seco!

—Y ahora la excusa será esa —me responde con muchísima condescendencia—. No te ha quedado ningún abdominal por tocar —musita, bajando la mirada de mis ojos hasta mis labios y consiguiendo que el ambiente cambie en torno a nosotros hasta convertirse en algo electrizante.

—En realidad, sí —se me escapa, provocando su ronca y sexy carcajada.

—Puedes tocarlos ahora —susurra, borrando la sonrisa de su rostro mientras avanza los mismos pasos que retrocedo yo—. Sabes que lo estás deseando y, ahora que te has cargado *la apuesta*, no tenemos por qué esperar al sábado.

Y en esto mis hormonas no pueden estar más de acuerdo.

—¿Y que te creas que estoy loca por ti? No, gracias.

«Estirada, estirada, estirada...», oigo que tararean por lo bajo.

—Oye, ya sé que no estás loca por mí, *principessa*, pero me deseas tanto como te deseo yo —murmura, acercando los labios a mi cuello, dejándolos a un aliento de distancia y robándome el mío con su cercanía—. Pero como tú quieras —añade, y se aleja de sopetón, consiguiendo que lo mire con los ojos muy abiertos—. ¿Me enseñas este pueblo? —me pide como si nada, dejándome noqueada.

—¿Cómo? ¿No pretenderás que te haga de guía turística? —le pregunto cuando logro atrapar las palabras que se habían esfumado con las suyas.

—Pero sin levantar un paraguas, por favor; no hace falta que todo el mundo nos mire —me responde con guasa, provocando mi sonrisa.

—A ti te van a mirar igual.

—Lo sé, estoy buenísimo —me suelta, echando a andar.

—Y tu ego no cabe dentro de ti —le digo alzando la voz.

—Oye, constatar un hecho no es ser egocéntrico —replica, girándose para mirarme y provocando mi carcajada, que va tan por libre como mi sonrisa.

—Lo decía por tu tupé. Cuando quieras, te lo bajas —me meto con él, sintiendo mi interior completamente revolucionado. Porque sigo excitada, frustrada y descolocada y, al mismo tiempo, me divierte

muchísimo hablar con él. Y, cuando sucede todo al mismo tiempo, es complicado saber cómo te sientes exactamente.

—¿Vamos a hablar de lo que sube y baja? —me pregunta con sorna, provocando de nuevo mi carcajada—. Aunque casi mejor si te hago una demostración visual, ¿no te parece?

—Esto es la calle principal —empiezo a explicarle, pasando de lo último que ha dicho mientras mi sonrisa parece empeñada en dominar mi rostro.

—No tengo ningún problema en estar en la calle principal. ¿Quieres que te haga la demostración aquí? Eso sí, igual me miran todavía más, porque voy a tener que quitarme la ropa —me suelta, y no puedo evitar romper a reír otra vez.

—Tu idiotez no tiene límites. Querías ver el pueblo, ¿no? Pues venga. Estamos en la calle principal; como verás, tienes tiendas y restaurantes para aburrir —le digo, echando a andar.

—Hombre, tanto como para aburrir... —se mete conmigo, y de nuevo se me escapa la risa—. Pero, al menos, si necesito una botella de agua, no moriré deshidratado yendo en su busca —oigo que añade a mi espalda.

—Mira que eres exagerado —me quejo, intentando ponerme seria —. Fíjate, hasta puedes comprarme un ramo —me burlo cuando paso por delante de una pequeña floristería—. Y ahí tienes una galería de arte... Esto sí que no te lo esperabas, ¿verdad? —le planteo y, cuando me giro para mirarlo, me encuentro con su sonrisa de alucine.

Maldita sea, es guapísimo.

—Tú sí que no te esperabas encontrarte conmigo —replica guiñándome un ojo, y mi vientre se contrae con suavidad.

—¿Te gusta el fútbol? —le pregunto cambiando de tema, porque es cierto que no estoy loca por él, pero, cuando me mira así, tiendo

a olvidarlo con suma facilidad.

—Sí, ¿por qué? —quiere saber, poniéndose a mi altura.

—Porque en este pueblo hay un campo de fútbol inmenso —le cuento, manteniendo la vista al frente.

—Ya lo sé, lo he visto en fotografías.

—Pues es el momento de verlo en persona. Venga, vamos a estirar las piernas, romano —le suelto con guasa, sintiendo que recupero el control de mis hormonas, algo realmente complicado cuando él está cerca.

Y agitarme así es algo que solo me ha sucedido estando con él.

—¿Te gusta a ti? —oigo que me pregunta, rescatándome de esos recuerdos que habían sacado manos y brazos para empezar a atraparme.

—No soy de las que se vuelven locas, pero, si lo veo, lo disfruto.

—¿Y con qué te vuelves tú loca?

—Con los italianos fanfarrones que se creen el centro del universo —le respondo, sonriendo muchísimo y provocando su sexy carcajada.

—*Principessa*, eso lo tengo claro —me contesta con ese tono vacilón y condescendiente que no puedo evitar que me haga gracia y que me excite al mismo tiempo.

—Cerca de aquí está Rørvik, una playa de arena blanca que es un alucine.

—¿Alguna vez te has bañado desnuda? —curiosea, arrancándome una risotada que me sorprende tanto como sus palabras.

—¿Solo se te ocurre preguntarme eso? —le digo cuando consigo dejar de carcajearme.

—¿Algún problema?

—No, ninguno —le respondo entre risas.

—Pues contesta.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí, muchas veces. Me encanta hacer nudismo, pero siempre en playas donde no haya apenas gente.

—Ahora resulta que serás vergonzoso —me burlo, mirándolo de reojo, y veo que la sonrisa se adueña de su perfil.

—Eso es justo lo que no soy —afirma, provocando de nuevo mis risas.

—Ya me lo parecía. Y, entonces..., ¿qué sucede?, ¿que este cuerpo está reservado exclusivamente para ojos privilegiados?

—Exacto, tú lo has dicho. Y tus ojos son unos de ellos.

—Y, de nuevo, parece que lo estés deseando.

—¿Acaso tú no?

—No tanto como tú.

—Haré como si te creyera —me replica, manteniendo la sonrisa pegada en mi cara. Y no sabría decir en qué momento he empezado a sonreír.

—¡Es la verdad!

—¿Te recuerdo cómo me has manoseado antes?

—¿Te recuerdo cómo lo has hecho tú? —le pregunto, sonriendo todavía más, muy a mi pesar.

—Entonces, ¿reconoces que lo has hecho?

—Cuando te manosee, te enterarás —le respondo siguiéndole el juego, y me río con ganas cuando suelta un silbido de admiración.

—Joder, estoy deseando enterarme. ¿Puedes hacerme una pequeña demostración?

—¿Aquí? ¿A la vista de todos? —inquiero, enarcando una ceja.

—No hay nadie. Y, además, he dicho «pequeña demostración», no que me folles.

Ay, Diossss.

—¿Sin que te lo creas? —susurro, sintiendo mi vientre contraerse muy muy fuerte al tiempo que la electricidad llega para envolvernos.

—Te lo contestaré luego, *principessa* —musita con voz ronca, con la mirada de repente ardiendo.

—Sin que te lo creas —le ordeno, atrapando sus ojos con los míos mientras doy un par de pasos para acercarme más a él siendo todo lo suicida que puedo llegar a ser, porque esto va a ser como tirarse al vacío sin paracaídas.

—Empieza —me ordena a su vez, consiguiendo que solo lo vea a él y que sienta que de nuevo el viento está conteniendo el aliento. Como yo, que también lo estoy haciendo.

—Pareces un poco ansioso —murmuro, y me muerdo el labio inferior mientras miro el suyo, sintiendo que mi corazón comienza a latir fuerte en mi pecho.

Mi corazón y también el deseo, que ha llegado de la nada para barrer mi sentido común, cargándose con una potencia demoledora a mi parte estirada: si quiere jugar, vamos a jugar.

—Lo estoy —me confiesa con voz ronca mientras yo llevo las manos a la cinturilla de sus vaqueros y cuelo los dedos por dentro, lo justo como para sentir la tibieza y descubrir el tacto de su piel. Primero, con cierta timidez, y, luego, con esa decisión que llega con la avaricia y con las ganas de tocar y descubrir mientras mi mirada y la suya no pierden de vista el lento recorrido de mis dedos.

Guiada por esa avaricia y por esas ganas, doy un pequeño paso hacia delante para pegarme más a su cuerpo al tiempo que abro las palmas de las manos para empezar a acariciar esos oblicuos que no son roca, sino puro acero, para después escalar la montaña rocosa de su cuerpo hasta llegar a sus abdominales, donde me quedo.

Dios. Siento mi sexo humedecerse cuando percibo la dureza del suyo.

—¿Te gusta lo que estás tocando?

—No está mal —susurro alzando la mirada para encontrarme con la intensidad de la suya mientras siento los bultitos en las yemas de los dedos y la avaricia dominarme por completo, porque ahora no puedo parar.

—No está mal —repite, y suelta una carcajada ronca, echando la cabeza hacia atrás en el mismo instante en que mis dedos suben hasta sus pectorales.

Sé que está excitado, pero, maldita sea, yo lo estoy más.

Llevo una mano hasta su espalda, sintiendo la tibieza y la suavidad de su piel en las yemas de los dedos y en las palmas de las manos. Con el deseo barriéndome por dentro, bajo por su columna vertebral hasta llegar de nuevo a la cinturilla de sus pantalones, tan pegada a él que tengo los labios rozando su cuello mientras sigo mi exploración hacia abajo para tocar por primera vez su trasero, sintiendo su respiración tan agitada como la mía.

—Esto es manosearte, lo otro son solo imaginaciones tuyas —le digo, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios a la vez que le aprieto el trasero con una mano y le acaricio un pezón con la otra. Cuando la necesidad de bajar la mano hasta su erección llega para instarme a hacerlo, me separo de golpe.

—Puedes seguir.

—Sí, eso te gustaría bastante —le digo, echando a andar y tomando una larga bocanada de aire, porque necesito tranquilizarme.

Dios, he estado a punto de tocarle la entrepierna y en estos momentos tengo el fuego ardiendo en mi cara y en mi vientre.

—¿A ti no? —me pregunta, siguiéndome.

—Puede ser, pero no aquí —contesto, sin detenerme y sin girarme, acelerando incluso mis pasos, como si quisiera huir de él y de esta

situación que siento que no puedo controlar, mientras mi parte suicida, la que tiene por capitana a mi sonrisa y está formada por mis hormonas, me grita que me dé la vuelta de inmediato y lleve la mano a donde quiero llevarla de verdad.

—Joder, pues larguémonos —me pide con sequedad, y aferra mi brazo para hacer que me dé la vuelta, dejándome sin habla cuando me encuentro con la fuerza y la determinación que dominan su mirada—. Solo sexo, sin complicaciones que puedan joderlo todo. ¿Qué me dices? —me propone, sin permitir que me suelte de sus ojos.

—Y entiendo que complicaciones son sentimientos, ¿estoy en lo cierto? —inquiero, enarcando una ceja, viendo la sombra alargada de mi pasado llegar para colocarse a mi lado.

—Me largo en unos meses. ¿Qué sentido tendría que te pillaras por mí? —me pregunta con seriedad, sin soltar mi brazo, que apresa con fuerza.

—Claro, porque tú no puedes pillarte por mí —le recrimino, esbozando una sonrisa, porque ni se le ha ocurrido contemplar tal posibilidad. Y veo que enarca una ceja, dándole más peso a mi pensamiento—. ¿Es una condición? —añado retomando el tema, sintiendo cómo el deseo llega para dominar mis palabras y también mi cuerpo, porque acabo de avanzar un paso hacia él.

—La única que tendrás —me contesta, acariciándome con la mirada y quemándome también con ella.

—Y la única que tendrás tú también. Solo sexo, Marco, sin demostraciones públicas ni tonterías que puedan complicarlo todo —le exijo empleando una seriedad que me asombra al tiempo que siento el alivio recorrer mi cuerpo como una ola recorre el mar hasta romper en la orilla. Porque las demostraciones públicas traen consigo las explicaciones cuando todo termina, y estás bien jodida.

Yo ya di todas las que tenía que dar en su día y no pienso repetir la experiencia, sobre todo cuando está más que claro que no hay un invierno para nosotros.

—Nos largamos —masculla, dándose la vuelta para retroceder sobre sus pasos.

—Entiendo que ya no quieres ver el campo de fútbol, el pueblo o esa playa que tanto me gusta —bromeo siguiéndolo a toda prisa, sintiendo la excitación dominar mis pies. Cuando me subo a su moto, cuelo las manos por debajo de su ropa sin contemplaciones para acariciar de nuevo esos abdominales que voy a lamer muchísimo cuando estemos a solas—. Ahora te estoy manoseando, solo para aclararlo —le digo, sintiendo cómo su cuerpo se tensa ante mi contacto.

Capítulo 18



MARCO

—Me queda claro —mascullo, sintiendo sus tetas apretadas en mi espalda mientras maldigo la jodida idea que he tenido de venir a tomar por culo para sentirla más, porque ahora voy a tener que esperar la hostia para sentirla de verdad.

Joder, no puedo creer que vayamos a follar de una vez. Le doy gas a la moto cuando salgo de este pueblo, del que no he visto apenas nada pero que no voy a olvidar jamás porque aquí, entre secaderos vacíos de bacalao, he visto el hielo derretirse con la llegada del fuego. Y es el mismo fuego que está guiando sus manos hasta mi entrepierna y que me está volviendo loco.

No me jodas. Y acelero más, tan cegado con lo que me está haciendo que, como siga así, soy capaz de detener la puta moto en cualquier camino y follármela sobre ella. Cuando ejerce un poco de presión con la mano sobre mi sexo, arrancándome un gruñido, empiezo a valorarlo realmente, solo que follármela sobre la moto la

primera vez es tan mala idea como la que he tenido de venir a este puto pueblo.



—Eres una maldita suicida —le recrimino, quitándome el casco cuando estaciono frente a su casa.

—No he sido yo la que ha llevado la moto al límite —me replica mientras se baja del aparato para encararme, permitiéndome ver el fuego que brilla en el azul hielo de sus ojos.

Joder, qué puta pasada.

—Es cierto, porque me has llevado a mí, que es peor. O entramos en tu casa, o te juro que te follo aquí mismo —mascullo con rudeza, atrapando su nuca con la mano para acercar su rostro al mío, y dejo sus labios tan cerca de los míos que los estoy rozando.

—Suéltame y entraré —me contesta con sequedad, llevando la mano a mi trasero para darle un apretón, consiguiendo que mi polla dé un respingo dentro de mis pantalones.

—Suéltame tú primero —siseo entre dientes, rozando ya sus labios, tan excitado que no puedo pensar—. Te hubiera follado sobre la puta moto —le confieso con voz ronca, enredando los dedos en su pelo y pegando su frente a la mía.

—Quería que lo hicieras —me confiesa a su vez, atrapando mi mirada con la suya.

—¿Y ahora? —le pregunto, sintiendo todas las formas de su cuerpo en el mío.

—Ahora tenemos una cama —me contesta, guiñándome un ojo.

—Pues, como no entremos de una jodida vez, te aseguro que la primera vez será sobre esta moto —gruño soltándola para alejarme de ella, porque, como sigamos así, voy a terminar cumpliendo mi palabra, y no es de esta manera como quiero que sea. Aunque, qué coño, nada está siendo como esperaba.

Veo cómo me rebasa con premura, y la sigo pisoteando mis pensamientos, dejándome arrastrar por mi canto de sirena.

—Arriba —oigo que me dice empezando a subir las escaleras, y lo hago yo también, teniendo clarísimo que, en estos momentos, iría donde fuera Silje.

—¿Esta es tu habitación? —inquiero cuando entramos en un cuarto floreado la hostia de cursi.

—Espero que no quieras hablar de decoración —me contesta quitándose la chaqueta mientras yo recorro su cuerpo con la mirada.

—Hablar de decoración es lo último que tengo en mente —sentencio, dando un par de pasos hacia delante para acercarme a ella. Por fin llevo la mano de una jodida vez a uno de sus pechos, para atraparlo por encima de la tela de su camiseta, y veo la reacción instantánea de su pezón al marcarse a través de la prenda —. Quiero que grites, ¿me oyes? Quiero oírte gritar —le exijo con sequedad, rozando sus labios con los míos y clavando la mirada en sus ojos, deseando besarla con cada una de las células de mi cuerpo, y conteniéndome para no hacerlo.

—*Mamihlapinatapai* es una palabra que proviene del yagán —musita sin alejar su mirada de la mía, alzando su mano para hundirla en mi pelo mientras yo llevo la mía a su nuca.

—¿Y qué significa? —farfullo entre dientes, dando un par de pasos más hasta sentir sus pechos contra mi cuerpo.

—Describe una mirada entre dos personas que desean lo mismo, pero que ninguno de los dos se atreve a iniciar.

—¿Y puedo saber qué deseas tú? —le pregunto, cerrando los dedos y atrapando su pelo entre ellos.

—Quiero besarte —admite en voz baja, sosteniéndome la mirada —, quiero quitarte la ropa —susurra, apoyando su frente en la mía y dejando sus labios a un aliento de distancia de los míos, y consiguiendo que, por primera vez en toda mi condenada vida, la necesidad de estar con alguien sea tan cruda y real que hasta me duela—, quiero acostarme contigo y escuchar tus gemidos —añade, permitiéndome ver el deseo arder en el hielo de sus ojos, llevándome al puto infierno con sus palabras y su mirada—. ¿Y tú? —añade bajando la mirada hasta mis labios—. ¿Qué quieres tú?

—Quiero quitarte la ropa, abrirte las piernas y follarte muy fuerte —le digo, pegando mi polla a su sexo con toda la intención—; quiero beberme tus gemidos y escuchar tus gritos. ¿Tienes alguna palabra para eso? —le pregunto, ejerciendo más presión con la mano para acercarla más a mí y que me sienta más.

—Demasiadas cosas para una sola palabra. ¿Qué tal si me haces una pequeña demostración? —me pide, esbozando una casi imperceptible sonrisa.

—No hay pequeñas demostraciones para todo lo que tengo en mente —mascullo, y me dejo de historias para atrapar sus labios de una maldita vez, sintiendo que todo mi interior ruge con fuerza cuando meto la lengua en su boca y encuentro la suya.

Pierdo la cabeza cuando enreda su lengua con la mía y ejerce más presión con la mano para acercar mi boca más a la suya, siendo tan ruda y exigente como yo, al tiempo que algo imposible de controlar llega para adueñarse de mi voluntad —y quizá también de la suya— e impedirme ir despacio.

Dejándome arrastrar por este deseo que está nublando mi cabeza, oigo nuestros dientes chocar y nuestros gemidos cargarse el silencio

de la habitación mientras nuestras manos cobran vida propia y nuestros cuerpos exigen tocar y marcar, porque es justo lo que estamos haciendo.

Sin dejar de besarla y sin soltarla, echo a andar obligándola a caminar de espaldas hasta llegar a la cama, donde la cubro con mi cuerpo, percatándome de que, arrastrados por esa puta necesidad, nos hemos librado de la parte de arriba sin que, al menos yo, haya sido del todo consciente de ello. Y no es eso lo único de lo que no he sido consciente, solo que no es el momento de comerme la cabeza; ha ocurrido y punto.

—Espera, necesito verte. Joder, espera —le pido, zafándome de sus brazos para incorporarme y admirar estos pechos llenos y tersos que he imaginado cientos de veces, para luego bajar la vista por su vientre plano y su cintura estrecha, al tiempo que siento la admiración adueñarse de mi mirada y de todo mi jodido ser. Porque es perfecta, o, al menos, es perfecta para mí.

Intento tranquilizarme y recuperar el control, para memorizar este momento, mientras mastico y echo garganta abajo todas las palabras de admiración que siento creciendo descontroladas en la punta de mi lengua. Y no porque no me guste piropear a las mujeres, sino porque esto es lo que es y, cuantas menos palabras utilicemos, mejor.

Amparado por mi silencio, empiezo a bajarle los pantalones despacio, como si una parte de mí necesitara alargar este momento al máximo, deteniendo la mirada en el tanga, quedándome sin habla cuando lo retiro y su sexo queda frente a mí.

Hostia puta.

—Marco —gime, moviendo las caderas con suavidad, invitándome a seguir—. ¿Voy a tener que suplicarte que me toques? —me

pregunta con voz entrecortada mientras yo muevo la mano torpemente para deslizarla por sus húmedos pliegues.

Joder, ni la primera vez que estuve con una mujer me sentí tan abrumado.

Con la polla doliéndome ante la perfección que tengo frente a mí, soy yo el que cae de rodillas frente a ella.

—Hazlo, suplícame que te toque —le pido con sequedad, abriendo sus piernas y sintiendo que el aire escapa de mis pulmones.

—Tócame, por favor. Marco, tócame —gime, arqueándose ligeramente y convirtiendo mi fantasía en realidad, porque estoy viendo el hielo convertirse en fuego.

Ella, que supo contenerse tan bien cuando la provocaba. Ella, mi puto canto de sirena y la mujer por la que estrellaría mi barco si hiciera falta.

—Quiero oírte gritar —mascullo, acercando la cara a su sexo, pisoteando ese último pensamiento, que es una completa ida de olla ante un momento que he imaginado cientos de veces.

Solo que está siendo jodidamente mejor.

Acerco los labios a sus pliegues suaves y mojados mientras llevo las manos a sus piernas para mantenerlas abiertas, sintiendo cómo esa fuerza y esa necesidad de antes llegan para llevarme por delante cuando barro su sexo con mi lengua. Joder, podría pasarme la vida aquí, chupando su sexo y escuchándola gemir.

Succiono su clítoris, empleándome a fondo, para luego dar otra pasada con la lengua por sus labios sonrosados, oyendo sus gemidos mientras, arrodillado frente a ella, siento que pierdo la puta cabeza.

Capítulo 19



SILJE

Aferro la colcha, que enredo entre los dedos, mientras su boca me lleva a la locura más extrema, aunque creo que llevo metida en esa locura desde que me he subido a su moto y mis manos han cobrado vida propia. Muevo las caderas mientras su lengua y sus labios me siguen el ritmo sin problema, como si supiera exactamente qué es lo que me gusta o qué es lo que quiero o necesito en cada segundo.

—Sí... sí... sí —susurro con voz entrecortada, percibiendo la fuerza con la que me está abriendo las piernas y excitándome todavía más —. Diossss, sí... Por fin —musito entre gemidos, disfrutando de este momento. Y gimo más cuando mete un dedo en mi interior sin dejar de chuparme—. ¡Por todos los dioses! —musito entre gritos y gemidos, excitándome muchísimo más cuando bajo la mirada y veo su boca completamente hundida en mi sexo, las pasadas con las que su lengua barre mis pliegues, cómo mete sus dedos y cómo succiona o le da pequeños toquecitos a mi clítoris.

Por fin. Por fin. Qué harta estaba de los juguetitos y qué ganas tenía de estar con un hombre de una vez. Un hombre que encima está buenísimo y que sabe lo que se hace. Y durante un instante detengo la mirada en sus brazos musculosos y en cómo sus dedos se hunden en mi carne. Ni en sueños habría imaginado algo así.

Derretida de placer, suelto la colcha para hundir los dedos en la espesura de su pelo y pegar su boca más a mi sexo, sintiendo el orgasmo empezar a arremolinarse, ardiente, en mis entrañas para llevarme de manera fulminante y entre gemidos a ese punto de no retorno, donde por primera vez en años me rompo en mil pedazos entre gritos y gemidos.

—Ahora sí que vas a gritar —me asegura, incorporándose, librándose de los pantalones y de los *slips* y dejándome sin habla ante lo que estoy viendo, porque, si vestido es un espectáculo, desnudo lo es todavía más.

Recorro su cuerpo con la mirada, admirando su piel bronceada y esos músculos que he memorizado con la yema de los dedos y que ahora estoy memorizando con los ojos, y dejo de respirar momentáneamente cuando detengo la vista en su miembro erecto.

Por todos los dioses.

—Ya te pondrás de rodillas luego, no voy a esperar más —masculla entre dientes, enfundándose un preservativo. Y subiendo a la cama hasta quedar sobre mí—. Quiero que me dejes sordo con tus gritos, ¿está claro? —me pregunta con seriedad mientras yo repto por la cama hasta quedar en el centro, con él moviéndose conmigo.

—Clarísimo —consigo decir a duras penas, sintiéndome intimidada de pronto ante su mirada y ante lo que sea que tenga en mente, porque hace demasiado tiempo que no estoy con un hombre y me parece que este no es uno cualquiera.

Gimo suavemente cuando percibo la punta de su sexo rozar la entrada del mío mientras veo de reojo cómo sus brazos y sus músculos se convierten en la prisión perfecta de mi cuerpo porque no puedo alejar la mirada de la suya. Siento cómo la avaricia, que he sentido antes, llega para adueñarse de mi voluntad e instalarse en mi torrente sanguíneo, porque no hay nada que desee más que esto ni nadie a quien desee más que a él.

Contengo el aliento de manera involuntaria cuando, de un empellón, se inserta por completo en mi interior, tan rudo como ya intuía que sería.

—¿Qué parte de «quiero oírte gritar» no has entendido? —me pregunta con sequedad, completamente encajado en mi interior.

—Todavía no has hecho nada para que grite —le contesto empleando esa misma sequedad, sintiendo el deseo arder en mis entrañas por el tono que ha empleado y por la intensidad que está dominando su mirada—. De nuevo, estás siendo demasiado básico —lo reto, y veo cómo una sonrisa se perfila lentamente en su rostro.

Y es una sonrisa que igual debería temer.

—Básico, ¿eh? —me contesta, retirándose poco a poco y de manera agónica, para acceder de nuevo con una rudeza que me pone los ojos del revés.

—Muy básico —le replico, ahogando como puedo mis gemidos, necesitando mucho de esto.

—Vas a ver lo básico que soy —me responde entre dientes, retirándose de nuevo despacio mientras desliza la lengua por mi cuello y lleva una mano a mi clítoris para acariciarlo, consiguiendo que todo mi cuerpo se estremezca y grite por él.

¡Por todos los dioses!

Silencio mis gemidos a duras penas cuando de nuevo se clava en mi interior con una rudeza que me roba el aliento mientras sus

dedos siguen acariciando mi clítoris y su lengua me da otra pasada en el cuello. Ay, por favor, que me está haciendo lo mismo que antes, solo que antes el receptor era mi sexo y ahora es mi cuello.

Siento latigazos de fuego recorrerme por completo mientras él se emplea a fondo en mi cuello y en mi sexo, arrancándome un gemido que ya no consigo frenar mientras mis caderas toman el control para moverse al ritmo de las suyas.

—Sí, síííí, síííííí —gimo, enardecida, y mi piel se eriza cuando lo oigo gemir, con sus labios rozando mi oreja mientras sus dedos siguen sin darme tregua.

Por Dios. Le ofrezco mi cuello y todo mi cuerpo, sintiéndome completamente abrumada ante este deseo y esta necesidad que lo está arrasando todo. Y me muevo para quedar encima de él, notando su sexo en cada fibra de mi ser con esta postura.

—Muévete, joder —me exige, impulsando sus caderas hacia arriba. Y lo hago, me muevo con esa desesperación que llega cuando el deseo lo barre todo, cuando se anuda en tu vientre, tensándolo, y cuando convierte tu respiración en una sucesión de gemidos que hablan por ti mientras una de sus manos regresa a mi clítoris y la otra sube a uno de mis pechos, convirtiendo mi cuerpo en un amasijo de sensaciones—. Sí, así, nena. —Y bajo la mirada para ver nuestros sexos encajados, para admirarlo en silencio y para regodearme en este momento, antes de que el orgasmo llegue, fulminante, y me arranque un grito repleto de admiración—. Ahora me toca a mí —masculla, cogiéndome por las caderas para darme la vuelta y ponerme de rodillas. Seguidamente, se inserta de nuevo en mi interior con una potencia con la que consigue que el aire escape de mis pulmones.

¡Por Dios!

Gimo aferrándome de nuevo a la colcha mientras él comienza a bombear con fuerza... dos, tres, cinco, seis, ocho, diez...

—No te pares, no te pares —grito, enardecida, como si hubiera una mínima posibilidad de que fuera a hacerlo, echando la cabeza hacia atrás con la necesidad de librarme de estos nudos que percibo atándome por dentro.

Nunca, jamás, me había sentido así, tan a merced de otra persona, tan a punto de explotar de placer, tan adicta a algo, porque aún no ha terminado y ya quiero más.

Suelto un grito, que nace del fuego que me está inyectando, cuando el orgasmo llega de nuevo con la fuerza del suyo.

—Sigo pensando que eres demasiado básico —musito, esbozando una sonrisa cuando se deja caer a mi lado, de espaldas, y me giro para encontrarme con su ceja enarcada y su sonrisa.

—Igual necesito que me expliques cómo no serlo —me contesta con socarronería, y ensancho la mía, porque es justo lo que quería que dijera y la excusa que necesitaba para seguir aprovechándome de su cuerpo.

—Sí, me parece que voy a tener que hacerlo —susurro, deteniendo la mirada en sus labios, y me percato de que apenas he disfrutado del beso de antes porque, más que besarnos, nos hemos devorado los labios.

—¿El baño? —me pregunta, sentándose y poniendo distancia entre ambos.

—La puerta de enfrente —le indico, viendo cómo se levanta y desaparece de la habitación tal y como Dios lo trajo al mundo.

Menudo espectáculo de hombre.

Clavo la mirada en el techo, sin poder dejar de sonreír, más que dispuesta a disfrutar de este espectáculo todo lo que pueda antes de que regrese a Roma o a donde quiera irse.

Y me levanto yo también, para luego cubrir mi cuerpo con una bata corta y dirigirme al baño de la planta baja.



—¿Te quedas a cenar? —le pregunto cuando lo veo bajar completamente vestido.

—Depende: si es pizza o las sobras de la cafetería, paso —me responde, acercándose a mí sin quitarme la mirada de encima, con esa manera de caminar tan segura y arrogante que va tan de la mano con él.

—¿Un sándwich te vale? —le ofrezco cuando lo tengo frente a mí, percibiendo el ambiente tornarse electrizante en torno a nosotros.

Por supuesto que esto va a crearme adicción.

Sin poder alejar la mirada de la intensidad que desprende la suya, siento cómo la necesidad de tocarlo se instala en las yemas de mis dedos y cómo mi cuerpo reconoce y exige la cercanía del suyo. Como si no hubiera otra opción para mí que no fuera sentirlo de todas las formas posibles.

—No, no me vale —me responde con voz rasposa, colando su mano por el interior de mi bata para recorrer mi piel tortuosamente despacio con sus largos dedos.

Por favor, que no se vaya.

Y en mi interior me maldigo muchísimo por no tener un reno entero metido en la nevera o la habilidad de mi hermano o de Sonia para cocinar cualquier cosa con apenas ingredientes.

—Si te vistes, te invito a cenar. ¿Qué me dices? —me propone, atrapando mi mirada con la suya, soltando mi pecho con sus

palabras porque, de repente, la posibilidad de que se fuera lo había contraído sin que me diera cuenta.

Y, de nuevo, es una sensación o una emoción errónea que no debería estar ahí.

—Dame cinco minutos —musito reacondicionando mis pensamientos, porque, en realidad, lo que me sucede es que llevo dos años valiéndome de mis dedos y de juguetitos para darme placer, y ahora que puedo tener sexo de verdad con un hombre, que, además, está buenísimo y en la cama es una bestia, no me apetece limitar el asunto a una vez por día.

Y en este asunto no puedo estar más en sintonía con mis hormonas, que, en estos momentos, estarían más que dispuestas a ir al mismísimo infierno con tal de volver a acostarse con él.

Cierro los ojos y suelto un suspiro cuando su mano llega hasta mi pezón, donde se demora, erizando la piel de mis brazos de puro placer y diluyendo mis pensamientos ante la llegada del deseo que está empezando a arder en mi vientre.

—Dame cinco minutos tú a mí —me pide con voz ronca, dando pequeñas pasadas con su pulgar mientras yo me muevo por inercia para pegarme más a su cuerpo, echando la cabeza hacia atrás cuando acerca sus labios a mi cuello para comenzar a besarlo.

Por favor, que no pare. Por favor, que siga besándome así.

Me froto suavemente contra su erección y me muevo un poquito más en busca de esa fricción que está convirtiendo mi interior en lava.

—Nena... Joder —masculla entre dientes, abriendo mi bata con rudeza mientras yo le desabrocho los pantalones con premura, deseando abrazar su potente erección—. A la mierda la cena —sisea, cogiéndome en volandas para llevarme hasta el sofá.

—Todo esto nos sobra —musito, librándolo de la camiseta cuando me deposita en el suelo.

Con la necesidad de acariciar y lamer la montaña rocosa de su pecho, deslizo la lengua por este torso definido en el que me instalaría mientras acaricio sus abdominales para seguir bajando la mano hasta perderla en el interior de sus pantalones, donde rodeo su erección con los dedos, provocando su gemido ronco.

—Ponte de rodillas —me ordena entre dientes.

—Ya quisieras —le contesto, esbozando una imperceptible sonrisa y atrapando su mirada con la mía, para seguidamente bajarla hasta sus labios al recordar cómo nos hemos besado antes.

—Mejor sin besos —me dice endureciendo el tono, y alzo la mirada para encontrarme con la decisión de la suya.

—Quítate los pantalones —le exijo, ejerciendo presión con la mano mientras bloqueo la llegada de cualquier pensamiento que pueda arruinarme el momento, porque, si esto va a ser solo sexo, mejor que sea sin besos que puedan confundirnos. Solo que no sé muy bien cómo me siento ante eso, porque me parece bien, pero no.

—Me encanta que las mujeres me deis órdenes —me suelta, socarrón, mientras se desnuda, y se convierte en un auténtico espectáculo para la vista cuando se sienta en el sofá con las piernas abiertas y los brazos extendidos por encima del respaldo—. Chúpamela —me manda sin contemplaciones.

—Y yo pensando que era la que iba a dar órdenes —le recrimino yendo hasta el sofá, donde me coloco a su lado, de rodillas—. No estoy frente a ti —le aclaro antes de inclinarme sobre su sexo y acariciar sus testículos con mis manos, venerando el obelisco romano que tengo delante.

—Pero lo estarás. Joder si lo estarás —masculla, entendiéndome a la perfección, y me rodea el cuello con una mano para hacer que

baje la cabeza hasta su enormidad.

—No creo —murmuro antes de darle una pasada con la lengua. Y oigo su suspiro retumbar en el silencio en el que, de repente, se ha sumido el salón.

Y por supuesto que esto va a crearme adicción.

Le doy otra pasada mientras sigo acariciando sus testículos. Me demoro en la punta para volver a recorrer su miembro con la lengua, sintiéndome estúpidamente afortunada por poder chupársela.

—Póntela toda en la boca —me ordena entre dientes, aferrando mi nuca con fuerza para impedir que suba la cabeza, tan rudo y dominante como antes. Y empiezo a masturbarlo, sintiendo mi centro mojarse ante esta rudeza que nunca había experimentado en la cama y que estoy descubriendo que me gusta—. Joder, sí... —gruñe impulsando las caderas hacia arriba, metiéndomela hasta la garganta mientras la sensación de corrección o de encajar llega para confundirme, como si hubiera estado fuera de órbita toda mi vida y, de repente, entrara en ella, o como esas piezas de un puzle o de un juego que, de pronto, encajan y su borde se llena de luz momentáneamente. Y menuda estupidez. Confundida, hago ese pensamiento a un lado mientras él me folla la boca sin delicadeza—. Para, para... —me pide con la voz entrecortada, alejando mi boca de su sexo—. Fóllame.

—«Chúpamela, para, fóllame...». ¿Puedes callarte un rato? —le pido yo, intentando dejar mi cabeza vacía de pensamientos mientras me siento a horcajadas sobre sus piernas, no para insertarlo en mi interior, sino para frotarme suavemente contra su erección.

—Puedo hacer lo que tú quieras —musita mientras yo me restriego contra su miembro, solo para disfrutar de este momento, para alargarlo incluso.

Poso la mirada en sus labios entreabiertos, necesitando besarlo y sentir su lengua enredada con la mía. Y es una necesidad tan real, tan abrumadora, que, durante unos segundos, estoy tentada de pasar por encima de sus palabras y besarlo, tal y como hemos hecho antes, porque es tan intensa y está tirando tan fuerte de mí que siento que hasta me ciega.

Sin poder alejar la mirada de su boca, me acerco a ella, tanto que noto su aliento entrecortado acariciar mis labios. Solo que, cuando estoy a punto de sucumbir, cambio la dirección de mi intención para empezar a besar su cuello como besaría su boca, con esa desesperación, con ese calor y con esa lascivia que siento nublando mi juicio, y suelto un gemido cuando me aferra las caderas con fuerza para pegarme a su erección.

—Como tardes mucho, igual me corro sin haberte follado —oigo que me dice entre dientes.

Y no sería el único.

—Ponte el condón —le ordeno, moviéndome para que pueda coger sus pantalones, que han terminado por los suelos, y hacerse con el preservativo, que se enfunda con una rapidez sorprendente.

—Años de práctica —me suelta con socarronería, provocando mi sonrisa.

—¿Por qué será que no lo dudo? —le pregunto, sentándome de nuevo a horcajadas sobre sus piernas. Y, esta vez sí, llevo la punta de su miembro a mi empapada abertura.

—Entonces, dices que te ha parecido muy básica la forma que he tenido de regarte las plantas, ¿no es así? —quiere saber, arrancándome una carcajada, que se funde con mi gemido mientras bajo poco a poco por su obelisco, sintiéndome otra vez profundamente agradecida por tener la oportunidad de estar con él. Y no he dicho «de acostarme con un hombre», que sería el

pensamiento correcto. No. He dicho «de estar con él». Y de nuevo es un pensamiento completamente erróneo que se suma a los muchos que llegan cuando estoy a su lado.

—Para alguien que alardea de tener tanta experiencia, has sido bastante básico, sí —le miento, sintiendo mi piel erizarse y mi interior adaptarse a él.

Gracias. Gracias. Gracias.

—Igual necesito que me des unas cuantas clases —masculla, despegando la espalda del sofá para pegar su torso a mi pecho y empezar a besar mi cuello, tal y como he hecho yo antes, instalando el fuego en mi piel, que de repente arde por él. Y no solo arde mi piel: arden mis palabras, que una a una están muriendo calcinadas por estas llamas que nunca se apagan y que convierten los gemidos en sus perfectas sustitutas.

Y, si pudiera pedir un deseo, pediría alargar este momento, que siento perfecto.

Y, de nuevo, siento cómo esa sensación de corrección, de encajar y también de estar en el lugar correcto con la persona adecuada, llega para confundirme, porque son sensaciones completamente equivocadas que no tienen ningún sentido.

Alejo el cuello de sus labios para convertir esto en lo que es, en sexo puro y duro, donde las emociones erróneas no tienen cabida. Y les cierro la puerta para empezar a moverme en serio, sin soltar su cuello, mientras sus manos siguen aferrando mis caderas, moviéndome a su antojo, a pesar de que soy yo la que está encima y la que debería marcar el ritmo, por lo que me detengo en seco para mirarlo, enarcando una ceja.

—¿Hace falta que te lo explique? —le pregunto a duras penas, provocando su carcajada sexy y entrecortada.

—Perdona, *principessa* —me contesta, entendiéndome a la perfección y premiándome con su sonrisa más presuntuosa—. Cuando quieras —añade, dejándose caer en el sofá y subiendo los brazos al respaldo, tal y como los tenía antes, destilando arrogancia por todos los poros de su piel y regalándome la visión alucinante de su cuerpo.

—Espero no tener que volver a recordártelo —le digo, y me muevo de nuevo, haciendo pequeños círculos con las caderas y subiendo y bajando sobre su enormidad, con los gemidos saliendo atropellados de mis labios.

Gimo echando la cabeza hacia atrás, completamente desinhibida, con los pechos balanceándose al ritmo de mis movimientos, mientras siento el orgasmo crecer, arremolinarse en mis entrañas, lleno de un fuego luminoso que me impulsa, que se adueña de mi voluntad y que me insta a moverme más rápido, a gemir más, a gritar incluso.

—Nena, no tardes —oigo que me dice entre dientes, y bajo la mirada para encontrarme con el fuego que brilla en la suya y que es el mismo que siento recorrerme entera—. Joder, Silje, no puedo más —masculla, echando la cabeza hacia atrás.

Y el orgasmo llega para arrastrarnos a ambos con su fuerza.

Capítulo 20



MARCO

La hostia. Respirando fatigosamente, clavo la mirada en el techo mientras la visión de sus tetas balanceándose, de su melena rubia cayendo por su espalda y la de mi polla hundida en su sexo llega para reproducirse en mi cabeza a todo color. Y es una imagen que se ha grabado a fuego en mi retina y que voy a tardar toda mi vida en olvidar. Sin alejar la mirada del techo, aferro con más ímpetu la tela del sofá, para evitar hacer cualquier estupidez de la que pueda arrepentirme luego, mientras siento sus pechos pegados a mi cuerpo y su respiración desordenada caldeando ese punto exacto donde sus labios me han vuelto loco.

Me ha jodido vivo cuando ha empezado a besarme el cuello... Quería besarla, joder. Quería comerme su boca y beberme sus gemidos, y lo deseaba tanto que, si ella hubiera dado el paso, no me habría alejado y habría sido una completa metedura de pata, porque los besos pueden ser sexo, pero también traen consigo la ternura

cuando la locura termina, cuando llegan los abrazos y las palabras susurradas al oído... y te confunden... y tanto que te confunden, como todo lo otro.

—Tengo que ir al baño —le digo, necesitando terminar con este momento cuanto antes, bajando la mirada hasta la suya e intentando leer en ella sin llegar a hacerlo, porque, de nuevo, el hielo brilla en el azul de sus ojos.

—Claro —responde, descendiendo de mis piernas—, puedes ir al de abajo, lo tienes justo en la entrada —prosigue, cubriéndose el cuerpo con la bata mientras yo me quito el preservativo, que anudo a toda prisa.

—¿Te importa si dejamos la cena para otro día? Estoy cansado y no tengo mucha hambre —le miento mientras recojo la ropa del suelo, evitando su mirada.

—Iba a proponértelo yo también. Lo último que me apetece ahora es vestirme y salir de casa.

—De coña —le digo, encaminando mis pasos hacia el baño, con el deseo de largarme cuanto antes.

Capítulo 21



SILJE

A la mañana siguiente llego a la cafetería metida en el mismo bucle en el que entré ayer cuando huyó despavorido de mi casa, porque es justo lo que hizo. Me invitó a cenar y luego se largó como alma que lleva el diablo.

Necesito ponerme a trabajar de una vez para dejar de pensar en él o me estallará la cabeza. Y quiero que quede claro que no pienso en Marco de manera romántica, porque no va por ahí el tema, para nada, sino porque estoy completamente segura de que lo disfrutó tanto como yo, y no entiendo a qué vino la espantada de después.

Obligándome a mantener la vista al frente y no desviarla ni un poquito hacia las ventanas del DIGG, cruzo la terraza a toda prisa, sin molestarme en mirar el suelo por si ha dejado una flor y sintiendo el enfado empezar a bullir en mi pecho.

Menudo idiota de manual.

—Buenos días —saludo a Loki cuando accedo a la cocina, percibiendo cómo ese enfado se diluye un poco cuando la calidez me abraza y el olor dulce inunda mis fosas nasales. Y no sé si es por lo bien que huele, por lo bien que me siento cada vez que entro en esta cocina o porque aquí está mi hermano.

—¿A dónde vas tan temprano?

—No podía dormir más y no me apetecía tomarme el café sola. ¿Cómo vas? —le pregunto, dejando mis cosas en el perchero para seguidamente acercarme a él.

—Con dos cafés ya en el cuerpo y con todo esto marchando a la perfección. ¿Y tú?

—Bien, como siempre. ¿Te apetece que te prepare algo? —le ofrezco al tiempo que encamino mis pasos hacia la puerta y valoro seriamente prepararme un café triple, como los que le preparo a Breen, deseando con todas mis fuerzas que hoy también vengan mis amigas, porque no me veo capaz de aguantar todo el día con esto reconcomiéndome por dentro sin sacarlo fuera en algún momento.

—Con dos cafés voy más que sobrado —oigo que me dice de fondo, solo que yo estoy muy lejos porque he regresado, de cabeza, a anoche.

¿Le molestaría que estuviera a punto de besarlo? ¿Se daría cuenta? Frunzo el ceño mientras la cafetera tritura los granos de café. Siempre ha mantenido las distancias conmigo y, a pesar de sus comentarios insolentes y sus bravuconerías, ha sabido medir muy bien sus pasos. Y sigue haciéndolo ahora, porque ha vetado los besos y le falta tiempo para poner distancia entre nosotros cuando todo termina.

Ni que fuera a enamorarme de él. Y, si es eso, no puede estar más equivocado.

Sumida en mis reflexiones, veo cómo el líquido oscuro comienza a llenar la taza al mismo tiempo que el enfado va llenando mi pecho. Porque no es que yo sea excesivamente cariñosa, pero, si al sexo le quitas los besos y la complicidad, lo dejas en una película porno. La que rodamos, sin cámaras, nosotros ayer. Seguro que se largó por eso, porque intuyó que quería besarlo... y que me abrazara después. Eso también. Y, durante unos instantes, recuerdo cómo mantuvo los brazos sobre el respaldo. Quería que me abrazara, que me besara y quedarme como estaba un poco más, pero eso no significa que vaya a pillarme por él, porque no es mi tipo para nada y solo me estoy valiendo de esta tontería para no entrar en bucle con los pocos clientes que tenemos. Y ahora voy y entro en bucle con él.

—Hay que ser idiota —murmuro bajito, sin saber si el idiota es Marco o yo.

Cojo la taza y me dirijo de nuevo a la cocina, donde tomo asiento en uno de los taburetes.

—¿Me lo cuentas? —oigo que me pide mi hermano.

—¿Cómo?

—No sé, lo que sea que esté rondando por tu cabeza.

—¿Crees que debería contratar a más camareros para el sábado? —le pregunto, cayendo en la cuenta de repente—. No es que espere que esto vaya a llenarse, pero a ver si va a suceder y me va a pillar desprevenida. ¿Qué vas a preparar? Mierda, no me estoy tomando esto en serio —me quejo en voz alta, llevándome las manos a la frente, porque Marco está cumpliendo su función a la perfección y me tiene totalmente despistada. Bueno, y porque tampoco es que confíe mucho en sus planes ni crea que esto vaya a llenarse realmente. Y qué mal, pero es la verdad.

—Ayer, cuando fui al DIGG, estuve hablando con Thea... y va a prestarnos a tres de sus chicos.

—«Prestar» suena fatal —lo riño sonriendo.

—Bueno, pero me has entendido —me contesta sonriendo conmigo mientras prepara su salsa de tomate, que algún día será famosa en todas las islas, estoy segura—. ¿Era eso lo que estabas pensando, en serio? —añade, y yo asiento con la cabeza antes de darle un sorbo a mi café—. ¿Cómo vas con Marco?

—Ayer nos acostamos —le suelto a bocajarro, porque no puedo esperar a que lleguen mis amigas, en el caso de que lo hagan, y porque prefiero que se entere por mí antes de que se lo cuente él, en el caso de que lo haga.

—Sabía que terminaríais así. ¿Y cómo fue?

—No pienso decírtelo.

—Es verdad, para eso ya están Breen y Liv —me contesta, divertido, ensanchando mi sonrisa—. Entonces, ¿te gusta?

—Sí, pero no en plan romántico. Quiero decir: está buenísimo, me hace gracia su idiotez, me viene bien para pasar este trago y...

—Este trago es tu sueño, y me cabrea bastante tener que recordártelo continuamente.

—Ya, lo que pasa es que yo no lo estoy viviendo como tú y me agobia bastante no saber si podré pagarte o si podré sacar esto adelante como las pérdidas sigan superando las ganancias mucho tiempo —le suelto también a bocajarro, percibiendo cómo mi pecho se libera con mis palabras, porque menudo agobio llevo con este tema y necesito hablarlo con él—. Tengo la cabeza machacada con los números, incluso sueño con ellos, y Marco me sirve para olvidarme un poco de todo. Y no hace falta que me repitas que estamos empezando, que le dé tiempo a mi sueño y todo lo que ya sé, porque ¡de verdad que lo sé! Te prometo que algo dentro de mí me dice que terminará funcionando, pero eso es el futuro y yo ahora

estoy en el presente, cuando no funciona —añado, sin apenas coger aire.

Tengo clarísimo que me estoy valiendo de la cafetería para abrirles la puerta a mi frustración y a mi enfado, que poco tienen que ver con esto y mucho con él. Y, si lo piensas bien, tiene su parte de gracia, porque mi vía de escape me está agobiando tanto como mi falta de ingresos.

—Sé que no vas a pagarme este mes —me dice, dejándome con la boca abierta—, y que es posible que tampoco puedas pagarme el mes que viene. Yo también estoy haciendo números y no salen... pero saldrán, Silje, estoy convencido de ello. Nunca he sido tan fantasioso como tú...

—Fantasiosa es justo lo que no soy —lo corto, enarcando una ceja.

—Pero sí tus expectativas —matiza, dando en el clavo—. Cuando acepté hacerme cargo de tu cocina, tuve claro que esto iba a suceder, pero también sé que algún día este lugar volverá a ser un referente en las islas. Solo necesitamos tiempo y aguantar el chaparrón como podamos. Yo tengo ahorros y puedo prestarte dinero si lo necesitas, así que tranquila, ¿vale?

—Solo faltaría que me dejaras pasta —me quejo, sintiendo el alivio flotar en mi pecho, como una balsa en un lago tranquilo, ahora que el agobio ha dejado de apretar tanto—. Te pagaré todo lo que te deba con intereses.

—De eso nada, ¿está claro? Me pagarás cuando puedas y, mientras tanto, iremos tirando; no llevamos ni una semana...

—Y, con lo que hemos ganado, no cubrimos costes ni de coña —le confieso, sintiendo cómo ese agobio vuelve a sentarse sobre mi pecho. Y pesa tanto como una tonelada de elefantes.

—Ya lo sé, por eso tengo claro que este mes no vas a pagarme, pero lo harás, estoy seguro. Confía en mí, por favor —me pide mientras yo siento las lágrimas comenzar a latirme en la garganta.

—Gracias —musito con voz entrecortada, rodeando la isla de trabajo para ir a abrazarlo—. Gracias por ser mi hermano, por ser tan generoso y por ser mi apoyo en todo esto.

—Tú también fuiste muy generosa al permitir que diseñara la cocina de mis sueños —me dice, acariciándome la espalda mientras yo inspiro la fragancia de su colonia, que siempre es la misma y que es tan fresca como la brisa procedente del mar—. Sé que esta cocina disparó el presupuesto y, aun así, no te negaste a nada, así que una cosa por la otra. Además, no olvides que el sábado esto va a estar hasta arriba de gente y que vamos a llenarnos los bolsillos.

—¿Qué tienes en mente? —le pregunto, deseando abofetearme por mi falta de interés con todo este tema de la inauguración.

Creo que es la primera vez en toda mi vida que mi imaginación desbordante y mis expectativas no se han ido por las nubes, sino que más bien están tiradas por los suelos y pasan tanto como yo de este asunto.

—Ya te he dicho que ayer estuve hablando con Thea sobre esto, pero Marco también intervino y me dio muy buenas ideas —me cuenta mientras yo regreso a mi taburete y lo miro con los ojos muy abiertos. Mira qué bien.

—¿No me digas? ¿Y qué ideas te dio? —indago, sintiéndome de repente molesta porque estuvo conmigo el resto de la tarde y no se molestó en mencionarme nada.

—El grupo empezará a tocar a las siete.

—Sí, eso ya lo sé.

—Marco y unos cuantos colegas suyos montarán un pequeño escenario en la terraza y también pondrán guirnaldas con luces. Por

suerte, he consultado el tiempo y no marca lluvia. Serviremos pizzas, refrescos y cruasanes rellenos gratis, pero el resto de la comida estará en el mostrador y tendrán que pagar por ella, y también si quieren un café, vino o cerveza —me cuenta mientras yo inspiro profundamente muchas veces porque me repatea bastante todo esto. Y no es solo que me repatee, es que me jode tanto que estoy por cancelarlo—. Si te parece bien, por supuesto.

—Y este «si te parece bien, por supuesto» lo dices porque acabas de darte cuenta de que lo has planificado todo sin contar conmigo, ¿no? —le pregunto, fulminándolo con la mirada.

—Para nada, simplemente salió el tema y empezaron a darme ideas, que me parecieron buenísimas. Nadie ha pretendido pasar por encima de ti, es solo que tú todavía estabas trabajando aquí y, además, hoy íbamos a vernos y podíamos hablar de ello —razona conmigo, como cuando éramos adolescentes y mi cabreo subía tan alto como lo hacían mis expectativas.

—¿De qué quieres que hablemos si ya está todo cerrado?

—No hay nada cerrado, solo son ideas que tenemos que valorar nosotros. Marco se ha prestado a ayudarnos y Thea, a cedernos a unos cuantos de sus camareros durante unas horas y poco más, pero si algo no te gusta puedes cambiarlo, faltaría más.

—Ya...

—Ese «ya», suena bastante mal, lo sabes, ¿verdad?

—Es que me molesta que Marco ni siquiera me lo mencionara ayer.

—¿Entre polvo y polvo? —suelta divertido.

—¿Quizá antes de entre polvo y polvo? —le replico, omitiendo añadir «después», porque después salió despavorido de mi casa.

—¿No se te ha ocurrido pensar que igual prefería que te lo contara yo?

—Es posible.

—Estás un poco irascible, ¿no te parece? ¿No se supone que debería brillarte la piel y todas esas chorradas que decís las mujeres?

—¿Qué tontería es esa?

—¿Acaso no fue bien?

—No pienso hablar de eso contigo —le digo sonriendo finalmente.

—No te cabrees con él, ¿vale? Demasiado se está implicando con este tema, piensa eso —me sermonea con seriedad.

¡Venga ya!

—¿El qué tengo que pensar? —le pregunto, poniéndome a la defensiva.

—¡Todo! Fue idea suya la inauguración, fue él quien nos consiguió a ese grupo, el que diseñó los folletos, el que los imprimió, el que los está repartiendo y el que no deja de aportar ideas.

—Los está repartiendo conmigo y las ideas las aporta estando solo contigo.

—Porque contigo hace otras cosas; en serio, no te mosquees con él.

—Voy a sacar la comida fuera —le digo, levantándome para ponerme a trabajar de una vez, porque no me gusta nada la dirección que están tomando mis pensamientos y mejor me pongo a currar antes que verbalizarlo y luego sentirme mal por ello. Porque una cosa tengo clara: estoy siendo injusta, solo que no puedo frenarlo.

Capítulo 22



SILJE

Lleno el mostrador, me tomo un segundo café, abro el establecimiento al público y espero a ese público con un tercero entre las manos. Suerte que no me lo he hecho triple de entrada, porque ahora estaría incluso con palpitaciones. Sonrío de oreja a oreja cuando veo a mi amiga Liv cruzar la terraza, seguida por Breen.

—¡Buenos días! —las saludo, contenta.

—Uno triple con un rollito y un cuchillo carnicero —me pide Breen, dejándose caer en el sofá que se encuentra junto a la ventana, ante las risas de Liv.

—¿Y puedo saber para qué quieres un cuchillo de esos? —le pregunto, divertida, alzando la voz mientras empiezo a prepararles el desayuno—. Liv, lo de siempre, ¿verdad?

—¡Sí, por favor!

—Para cargarme al tío más insoportable que hayas conocido en tu vida. Acaba de llegar y ya se cree el más listo de todas las islas.

—Es juez —oigo que le dice Liv con mucha condescendencia.

—Ni que fuera el presidente del Tribunal Supremo, ¡será imbécil! —masculla, cabreada, al tiempo que me acerco a ellas cargada con la bandeja.

—Me he acostado con Marco —anuncio, dejándola sobre la mesa.

—Lo que me faltaba por oír —me suelta entre dientes.

Y está tan sumamente enfadada que, sin saber lo que le ha sucedido, estoy segura de que es mucho peor que lo mío.

—Si quieres, no te lo cuento —le digo sonriendo.

—De eso nada, queremos saberlo todo, ¡¿verdad?! —le pregunta Liv a Breen, que sigue bufando.

—Solo si luego puedo matarte a ti también.

—No todo es bueno, así que relájate, ¿quieres? —le pido disponiéndolo todo frente a ellas.

—¿No me digas que no tiene una manguera en condiciones y que no te ha regado bien las plantas? —me plantea, olvidándose de su mosqueo. Y menos mal, porque una Breen cabreada es lo peor que puedes presenciar sin importar la hora que sea.

—No tiene una manguera, tiene un obelisco enorme, y riega las plantas que te mueres —les cuento tomando asiento al lado de Liv.

—Pero ¿es de los tiernos o de los que te tiran del pelo? —inicia su interrogatorio, tan centrada en esto que me parece que se ha olvidado por completo de lo suyo.

—De los que te tiran del pelo, de los que no te besan y de los que salen disparados de la cama y de tu casa antes de que te pongas tonta, más o menos.

—Perfecto, sexo puro y duro y luego cada uno a su casa. ¿Dónde ves el problema? —me pregunta Breen siendo tan Breen.

—¿Cómo que dónde ve el problema? —interviene Liv siendo tan Liv.

—Llegados a este punto, prefiero a un tío que me lo deje claro de entrada a los que te dan besos, te acarician la espalda y luego te sueltan que no quieren compromisos —nos dice mientras yo vuelvo a la carga con ese pensamiento que llevo casi una hora intentando silenciar sin demasiado éxito.

—Por la tarde estuvo con Loki, dándole ideas de lo que podía hacer para la inauguración, pero luego, cuando estuvo conmigo, no me dijo nada. Es una tontería esto que voy a decir, porque posiblemente no sea así y no tenga razón, pero siento que conmigo se acuesta y con Loki habla de los temas importantes, a pesar de que la dueña de todo esto soy yo, no él. Repito: es una tontería y no tengo razón.

—¡La dueña de todo esto! —exclama Breen, burlándose de mí—. Eso ha quedado tan territorial, tan... ¡aquí mando yo! ¿No te habrás puesto de rodillas? —cae en la cuenta de repente.

—¡¿Me estás escuchando?!

—Es una bobada. Tu hermano se pasa la mitad de la tarde en el DIGG y él está allí. El tema debió de salir a colación y de algo tenían que hablar. Mejor que hablen de eso a que lo hagan de tus tetas o de las ganas que tenía de follar contigo.

—Opino igual que Breen, pero sin ser tan bestia.

—No soy bestia, es solo que tú eres demasiado dulce y tú eres una estirada que ahora estará cabreada con él, seguro —nos suelta, repartiendo a diestro y siniestro sin que le tiemble el pulso.

—No me extraña que no puedas con ese juez; seguro que te habrás puesto en este plan y él te habrá puesto a ti en tu sitio. Pobre, no sabe el lío en el que se ha metido —replico, repartiendo yo también, porque no vamos a recibir siempre Liv y yo.

—Paso de contestarte. Retomemos el tema.

—Estoy cabreada con él.

—¡Lo sabía! ¡Si es que no se puede ser más estirada! —exclama con aire triunfal en el mismo instante en el que los Jensen aparecen por la puerta.

—Ahora vengo —les digo levantándome para dirigirme hacia el mostrador, tomando nota mental de todo lo que quiero decirle luego, porque yo seré una estirada, pero ella es una tocapelotas de cuidado que siempre cree que tiene la razón.

—¡Buenos días! ¿Qué les pongo? —les pregunto, haciendo a un lado esos pensamientos para centrarme en este matrimonio, que siempre, suceda lo que suceda, recordaré con muchísimo cariño. Porque, junto a mis amigas, Sven y el DIGG, se han convertido en mis primeros clientes fieles de estas islas. Mis primeros clientes y los únicos que tengo, exceptuando algunos ocasionales que entran, casi por equivocación, o esas chicas españolas, que creo que se iban hoy.

—Yo quiero un café con leche y una porción de tarta de manzana —me indica la señora Jensen—. Y, para llevar, nos pones dos *muffins* de manzana y canela y dos porciones de tarta de chocolate. ¿Qué opinas? —le pregunta con cariño a su marido.

—Lo que elijas estará bien —le responde, devolviéndole la sonrisa y provocando la mía.

Hay que ser bonitos. Menuda envidia sana, porque la relación más larga que he tenido duró menos de tres años y terminó como terminó; en cambio, ellos llevan toda la vida juntos, desde que eran unos críos, y siguen hablándose con cariño y sonriéndose.

—¿Y a usted qué le pongo, señor Jensen?

Y ahora estoy con un tío que no quiere que nos besemos y al que le faltan piernas para echar a correr cuando todo acaba.

—Un café con un rollito de canela, por favor —me pide en el mismo instante en el que entra Sven con mi padre.

—¡Hola! —los saludo, obligándome a no pensar más en él. Que le den.

—Hola, hija.

—Buenos días, muchacha —me contesta Sven, sonriéndome con la mirada.

Y ensancho mi sonrisa, porque están haciendo cola. Y no es que quiera que la hagan —porque podrían entrar en la cocina y servirse ellos mismos si les apeteciera, algo que no harán, estoy segura—, pero ver esta cola es mi sueño, no él.

Por favor, ¿puedo dejar de pensar en Marco de una maldita vez?

«Céntrate en esto. En tu sueño. Esto es lo importante. Y esta cola que algún día llegará hasta la puerta».

Cuando su sonrisa arrogante se cuela de nuevo en mis pensamientos, le doy una patada en el trasero. Y ya quisiera dársela a él, y también a mi amiga, en muchas ocasiones.

—Espero que les guste mucho —les digo a los Jensen tras cobrarles el pedido, y veo cómo se encaminan hacia esa mesa que también han hecho suya—. ¡Hola! ¿Qué os pongo?

—Un café con un trozo de tarta de queso —me dice Sven.

Lo miro sintiendo el afecto desbordarse en mi interior, porque sé que desayuna todos los días en casa de Sonia e intuyo que luego viene aquí para que esto no esté tan vacío. Con ese pensamiento siento el latido de la emoción instalarse en mi garganta, porque, conociendo a Sonia y lo exagerada que es con la comida, seguro que hambre es lo último que tiene; en cambio, se ha pedido un trozo de tarta, como hace todos los días desde que he abierto.

—Yo quiero lo mismo —se anticipa mi padre a mi pregunta—. Voy a saludar a Loki mientras lo preparas.

—Puedes ir a sentarte, Sven. Yo te lo llevo —le digo, pasando del billete que acaba de dejar sobre el mostrador.

—Muchacha, o te pagamos, o no volvemos. Cóbrate lo de los dos —me advierte con ese vozarrón que sería capaz de detectar entre millones de voces.

—¡Está bien! —me quejo, resignada, cogiéndolo, y le devuelvo el cambio, viendo de reojo cómo mi padre sale de la cocina riendo con mi hermano.

—¡Hola, Sven! ¿Te veremos el sábado? —le pregunta Loki con jovialidad.

Y caigo en la cuenta de que en ningún momento se me ha ocurrido mencionárselo a los pocos clientes que tenemos. Y qué mal, de verdad. Luego quiero que me salgan las cuentas.

—Por supuesto, y a Sonia también, aunque tenga que traerla a rastras.

—Que será lo más probable. Papá, mamá y tú también vendréis, ¿verdad? —le pregunto, disponiéndolo todo en una bandeja.

—La duda ofende. Déjalo, podemos llevarlo nosotros.

—Ya lo sé, pero prefiero llevároslo yo. ¿Dónde os apetece sentaros?

—Donde quieras, muchacha —me dice Sven.

Y opto por ponerlos lo más lejos que puedo de mis amigas, porque paso de que nos oigan hablar y de que luego mi padre le vaya con el chisme a mi madre. O, lo que es peor, que Sven se lo cuente a Sonia. Y esbozo una discreta sonrisa al tiempo que voy disponiéndolo todo sobre la mesa que he elegido para ellos.

—El sábado por la tarde, a partir de las siete, vamos a inaugurar esta cafetería —les explico al señor y a la señora Jensen cuando paso frente a ellos—. Vendrá un grupo a tocar y serviremos comida y refrescos gratis. Si les apetece, están más que invitados.

—He visto varios folletos anunciándolo —me cuenta la señora Jensen—. Cuenta con nosotros, Silje. Aunque, si no te importa, estaremos sentados; estos cuerpos ya no son lo que eran.

—Pero ¿qué dices, cariño? ¡Si estamos estupendamente! Yo voy a bailar y tú también —replica el señor Jensen, provocando mi carcajada.

—¡Así se habla, George! ¡Que la edad no pueda con nosotros! —interviene mi padre, tomando asiento, para seguidamente empezar a rememorar viejos tiempos con Sven y los Jensen mientras yo regreso a la mesa de mis amigas.

Qué poquito me ha durado la cola.

—¿Por dónde íbamos? —les pregunto, comenzando a regodearme con todo lo que quiero decirle a mi amiga.

—A buenas horas, ese tema ya ha prescrito. Estamos hablando de Liv y de su trabajo. Dile que lo deje y que se lo monte por su cuenta.

—¿Eres consciente de que te encanta decirle a la gente lo que tiene que hacer? Como ese juez se descuide, eres capaz de dictar sentencia por él. Se dice así, ¿verdad? —suelto entre risas—. Venga, cuéntanos cómo te lo ha explicado. Porque lo ha hecho, ¿no? —prosigo, empezando a disfrutar—. Lo que habría dado por verlo. ¿Qué edad tiene? ¿Está bueno? —añado, cayendo en la cuenta de repente, porque no es lo mismo que te saque de quicio un juez setentón que uno que esté tan bueno como Marco.

¿Perdona? ¿Qué puñetas hago usándolo como comparativa? ¡Venga ya!

—Es insoportable y un imbécil, ¿qué más da la edad que tenga o si está bueno?

—Vale. Está bueno —me dice Liv, provocando mi carcajada.

—Y se lo ha explicado, pero bien —me regodeo sin dejar de reírme, teniendo su tupé tan presente como lo tuve ayer mientras me movía encima de él. Y tanto que da. Y recuerdo el tacto de su pelo entre mis dedos, el acero que tiene por abdominales y la montaña rocosa de su pecho.

—Ahí os quedáis —nos suelta, levantándose—. Hoy te toca pagar a ti —le recuerda a Liv, de camino a la puerta, seguida por su genio.

—¡Te espero mañana!

—Invita al juez ese, así lo conocemos —le pide Liv alzando la voz.

Miro de reojo hacia mi padre y Sven, que siguen charlando animadamente con los Jensen, a pesar de que hay unas cuantas mesas de separación entre ellos. Supongo que eso es lo único bueno de que no haya nadie... Y durante un instante imagino la cafetería llena, la cola llegando hasta la puerta y yo tras el mostrador, con alguien a mi lado, trabajando codo con codo conmigo, como en el pasado hicimos la señora Anette y yo.

Y, por favor, que se haga realidad.

—¿Qué pasa en el trabajo? —le pregunto a mi amiga, con la necesidad de centrarme en ella para no empezar a agobiarme con lo otro.

—Demasiados jefes, tía. El otro día hubo un problema gordo y, no sé cómo, pero fueron pasándose la pelota los unos a los otros y terminó siendo responsabilidad mía algo que era competencia del jefe de Marketing. Sigo alucinando con la que me cayó.

—¿Y no has pensado en cambiar de editorial?

—¿Cuántas crees que hay en las Lofoten? Estoy en la mejor de todas las islas.

—La mejor editorial será la que sea mejor para ti. Piénsalo. En una más pequeña, no tendrás tantos jefes, y trabajando para ti, no tendrás ninguno. Igual deberías darle una vuelta.

—Me da miedo marcharme, que las cosas no salgan bien y arrepentirme luego.

—Cuando no estás bien en un sitio, lo mejor que puedes hacer es irte, aunque te dé miedo y no sepas lo que va a pasar. Créeme, siempre será mejor darte una oportunidad que quedarte en el mismo lugar por temor a que salga mal. Y esto te lo digo por experiencia. Solo tienes que ver dónde estaba yo hace unos años y dónde estoy ahora.

—Menudo cambio has hecho a todos los niveles.

—¿Y crees que no me dio miedo presentar mi renuncia? Era la jefa, tía, la que hacía y deshacía; no tenía deudas, al contrario, solo ingresos, y muchos, puestos a matizar, y, de repente, sucedió lo que sucedió y un día me vi presentando mi renuncia, haciendo las maletas y regresando a casa de mis padres —musito con la voz quebrada, sintiendo las lágrimas latirme fuerte en la garganta antes de iniciar su ascenso hasta mis ojos, donde las retengo a base de mucha práctica.

—Y sigue doliéndote.

—A pesar de que hice lo correcto, sí, sigue doliéndome. ¿Sabes de lo que me di cuenta esos días? De que la traición duele, pero duele más traicionar tus principios y a quien eres. Y no es orgullo, qué va, es respeto hacia ti misma. Por eso presenté mi renuncia, hice las maletas y me fui —comento, esbozando una sonrisa atestada de añoranza. Porque siempre echaré de menos esos años en los que fui tan feliz y en los que creí, erróneamente, tenerlo todo, cuando me faltaba lo más importante—. Y ahora soy la dueña de una cafetería, en la que no entra nadie, y estoy hasta arriba de deudas. Si lo ves desde fuera, estaba mucho mejor antes; pero, si lo ves conociendo toda la historia, estoy mucho mejor ahora. Solo tú sabes lo que hay en tu vida y solo tú puedes tomar la decisión correcta —concluyo,

posando mi mano sobre la suya, sintiendo el lento recorrido de una lágrima deslizarse por mi mejilla. Porque hay lágrimas que no puedes frenar y traiciones que siempre dolerán, por mucho tiempo que pase.

—Lo pensaré, gracias por el consejo —me dice, secándome esa lágrima con cariño en el mismo instante en el que suenan las campanitas de la puerta al abrirse.

—Mira quién está aquí —susurro, intentando echar garganta abajo ese sentimiento de traición junto con ese dolor que, a pesar de los años que han pasado, siguen ahí—. ¡Hola, Jakob! ¡Al fin te dignas a hacerme una visita! —lo saludo con jovialidad, levantándome para dirigirme al mostrador mientras veo cómo le dedica una mirada fugaz a Liv, que literalmente tiene el rostro ardiendo.

—Hola, Liv —la saluda, pasando de largo—. Buenos días —le dice a mi padre, ofreciéndole la mano—. ¿Cómo estamos? —les pregunta, sonriendo de oreja a oreja, alargando seguidamente la mano hacia Sven, que este acepta con otra sonrisa.

Qué distinta está siendo su actitud con ellos a la que ha tenido con Liv, y eso que son amigos desde siempre. Aunque, más que amigos, yo diría que son conocidos de esos que se miran mucho.

—Buenos días, muchacho. ¿Cómo está Hans? Hace mucho tiempo que no veo a tu padre.

—Como siempre. De vez en cuando se pasa por la tienda para decirme lo que tengo que hacer o para echarme el sermón, pero bien —suelta, provocando mi sonrisa.

—Es una costumbre que me parece que tienen todos los padres —añado desde mi puesto.

—Y es costumbre de los hijos no hacernos caso —interviene Sven con su vozarrón mientras observo de reojo cómo Liv le hace un repaso a Jakob en toda regla.

Porque mi amiga lleva loca por él desde la adolescencia, solo que, al igual que en su trabajo, no se atreve a dar el paso. Quizá porque él nunca le ha dado pie a nada y siempre ha pasado bastante de ella. Al menos en apariencia, porque no se pasa realmente de alguien a quien miras mucho. Y él mira mucho a Liv, aunque ella no se dé cuenta.

—Pero porque queréis que vivamos nuestra vida como vosotros habéis vivido la vuestra, y no puede ser —replico viendo cómo Jakob se acerca al mostrador, sin borrar la sonrisa de su rostro—. ¿Qué te pongo, surfista? —le pregunto, guiñándole un ojo, pasando de mi padre y de Sven, que siguen a lo suyo.

Porque mi padre todavía no entiende que Loki y yo no le diéramos continuidad a su negocio, y para Sven no hay un lugar mejor para vivir que estas islas y no concibe que a Aksel pueda gustarle vivir en Nueva York o donde sea que decida instalarse, que han sido muchos sitios distintos desde que se marchó al cumplir los dieciocho, la verdad.

—Ayer mi madre trajo a casa unas pizzas que estaban increíbles; quiero todas las que tengas —bromea, provocando mi risa.

—Ya quisiera yo que te las llevaras todas —le digo, haciéndome con la bandeja de las pizzas para empezar a envolver en papel más trozos que menos—. Avísame cuando quieras que pare —añado, encantada de la vida, porque Jakob va a arreglarme la mañana. Puede que incluso el día. Sonrío un poco más cuando veo a Liv acercarse titubeante a nosotros.

Y mi sonrisa poco tiene que ver ahora con todo lo que va a llevarse y mucho que ver con ellos.

—Me marcho ya, ¿nos vemos mañana? —me pregunta, fijando su atención en mí y perdiéndose la mirada fugaz que le ha dedicado Jakob.

—Claro, estaré aquí prácticamente todo el día, así que pásate cuando quieras. Jakob, no sé si te has enterado, pero mañana inauguramos oficialmente la cafetería, y estás más que invitado si te apetece venir. Empezará a las siete de la tarde, pero, al igual que Liv, puedes pasarte cuando quieras. Serviremos pizzas como estas, totalmente gratis, además de refrescos y unos cruasanes rellenos que te gustarán tanto que ya te veo el lunes aquí pidiéndomelos todos —le suelto entre risas, porque come tanto como su padre, sin tener su tamaño y sin engordar un gramo. Supongo que es lo que tiene hacer mucho ejercicio.

—Sí, ya lo sé. Loki me dejó el otro día unos cuantos folletos en la tienda para que los repartiera entre los alumnos y los clientes. He visto que toca Alquimia; me gusta mucho ese grupo —me cuenta mientras mi amiga farfulla un «Hasta luego», para después largarse con las mismas prisas con las que se marcharon anoche Marco y su tupé de mi casa. Tuerzo el gesto, no solo ante la llegada de ese pensamiento, sino también por Liv, porque ella es muy fan de ese grupo y ahora tenía la excusa perfecta para entablar una conversación con él.

A esta la emborracho yo mañana. Ostras, tengo que hablarlo con Breen.

—¿Sigo? —le pregunto, sonriendo para mis adentros con lo que mi cabeza fantasiosa ya está empezando a maquinar, viendo el montoncito de pizzas que tengo listas y sonriendo mucho más. Y no por esto, sino por lo otro.

—Ponme unas cuantas más —me pide, y yo cojo las pocas que quedan en la bandeja para ponérselas. Y mira por dónde que no estaba equivocado cuando me ha dicho que las quería todas. ¡Qué barbaridad!

—¡Listo! —exclamo, cogiendo una bolsa de papel, para ir metiéndolas con cuidado—. Dentro tengo más. Si te quedas con hambre, ya sabes; estamos aquí para servirte —añado, divertida, mientras oigo a los Jensen despedirse de mi padre y de Sven, que también se han levantado para marcharse.

—Tomo nota —me dice Jakob, abonándome el pedido.

—Nos vamos —se despide mi padre.

Y me limito a dedicarles una sonrisa al tiempo que veo cómo Sven le pasa un brazo por los hombros a Jakob con cariño mientras se encaminan juntos hacia la puerta, charlando entre ellos.

Sola. De nuevo sola.

Capítulo 23



SILJE

Cierro la cafetería finalmente a las seis y media, tras estar un rato charlando con la señora Larsen sobre la inauguración de mañana y de lo sucio que quedará todo —en el caso de que se llene, claro está —, de que el domingo se pasará para limpiar, de la visita de su hijo y de la cantidad de pizzas que se ha llevado. Lo único relevante que ha sucedido hoy. Y de verdad, qué frustrante es todo esto: que te esfuerces, que des lo mejor de ti y que no salga; que la gente que antaño frecuentó este lugar a diario no regrese ni por curiosidad, y que él no aparezca sin que haya una explicación de por medio.

Si no llega a ser por los Jensen, por Jakob y por la gente de mi entorno, hoy nos habría sobrado casi todo. Cabizbaja, cruzo la terraza cargada con toda la comida que pueda estropearse para llevársela a mis padres, que deben de estar hartos de comer siempre lo mismo; a Sonia, que debe de tener a sus clientes más encantados de lo que ya suele tenerlos, con todos estos extras, y a quien quiera

apiadarse de mí y liberarme de tantos cruasanes rellenos, pizzas y *muffins*, que ya sobraron ayer.

Vaya mierda. Y durante unos instantes, echo la vista atrás para recordar esos años en los que dirigía una cafetería tres veces mayor que la mía y que nunca tuvo este problema mientras finjo rebuscar algo en mi bolso para darle unos minutos más de margen y que pueda hacer acto de presencia. Solo que me quedo con las ganas, porque ni él ni su tupé se dejan ver.

Subo a mi coche sin saber muy bien si estoy confusa, enfadada, muy enfadada o sumamente cabreada. Y mira, es esto último, porque puedo entender que la gente prefiera ir a otros lugares y que se haya olvidado de la señora Anette y de este lugar que es tan especial para mí, pero lo que no puedo entender es a los hombres que van tras de ti de manera insistente, que te regalan flores, que te hacen reír y que son unos idiotas encantadores, y que luego desaparecen cuando ya se han acostado contigo. Igual es eso, puede que yo fuera una especie de reto que ya ha superado.

Triste y decepcionada, tomo el desvío para ir a casa de mis padres, intentando sacarlo de mi cabeza, sin demasiado éxito.



Llego a la mía una hora después, con la esperanza de encontrarlo con un ramo de flores y unas hamburguesas del DIGG, tal y como hizo el otro día. Solo que ni lo encuentro a él ni al ramo ni a las hamburguesas, y siento cómo la decepción toma asiento en mi pecho, poniéndose incluso cómoda. Y, de nuevo, es un sentimiento completamente erróneo, porque no debería echarlo de menos para

nada. Ni tampoco debería olvidar que esto era solo una tontería con la que lo pasaba bien, NADA MÁS.

Y, sí, tengo muy presente que he puesto el verbo en pasado.

Ensombrezco el gesto al tiempo que detengo la mirada en esta vivienda que me vio crecer y que el primer año de reformas me superó tanto como lo está haciendo ahora la cafetería, porque, cuando no había que reparar una cosa, había que reparar otra. Ahora, en cambio, todo funciona a la perfección y se ha convertido en el hogar de mis sueños. Como sucederá con mi negocio. Irá bien. Tiene que ir bien...

Aferrándome a ese pensamiento, me bajo del coche para luego encaminar mis pasos hacia el interior de la vivienda mientras sueño con un baño de agua caliente y una copa de vino.



Me doy ese baño, me pongo el pijama y luego me sirvo una copa de vino mientras «Dancing in the Dark», de Bruce Springsteen, me levanta el ánimo, como siempre sucede cuando la escucho. Dejándome llevar por el buen rollo que me transmite, me pongo a bailar en medio del salón, sonriendo y uniendo mi voz a la de Bruce, incluso dándolo todo. Cuando veo de reojo a alguien observarme a través de la enorme cristalera que da al fiordo, doy un respingo.

—¡Joder! —exclamo, sintiendo el corazón aporrearme con fuerza en el pecho—. ¡Me has dado un susto de muerte! —le grito, abriendo la puerta de malas formas—. ¿Qué haces espiándome? ¿Nunca te han dicho que está prohibido entrar en propiedades ajenas?

Es cierto que le estoy gritando y que sigo asustada, pero hay una parte de mí —la que está capitaneada por mi sonrisa y que está formada por mis hormonas— que acaba de respirar con alivio. Y ya ves tú qué pensamiento más estúpido.

—Eso solo es aplicable para alguien que tenga malas intenciones, que no es mi caso. A no ser, claro está, que acostarse con la dueña ahora esté penado —me suelta Marco, apoyando la mano en el quicio de la puerta, en una postura chulesca, y esbozando una media sonrisa al tiempo que yo intento hilar una frase sin llegar a conseguirlo, porque creo que me he quedado en *shock* o vete tú a saber—. Por cierto, puedes empezar a desnudarte cuando quieras. No, mejor espera a que me ponga cómodo —prosigue, descalzándose a toda prisa, para a continuación acceder al salón seguido por toda su insolencia y desbordante arrogancia para sentarse junto a ellas en el sofá—. Ahora sí, ya puedes ponerte a bailar —me ordena mientras la voz de Bruce Springsteen es sustituida por la de Belinda Carlisle y su «Heaven is a Place on Earth».

Y siento cómo el cabreo crece descontrolado en mi interior, trayendo consigo todas las palabras que habían desaparecido con su presencia.

—Por partes: no te he invitado a entrar. Es más, ni siquiera te he invitado a venir.

—Oye, ya sé que hoy no te he regalado una flor, pero tampoco es para que te pongas así. Si quieres, luego salgo y te corto un par —me suelta, esbozando una sonrisa socarrona que me cabrea aún más.

—¿De verdad te crees que estoy esperando tu flor? —le pregunto entre dientes, sintiendo deseos de gritar, porque no es normal este nivel de imbecilidad.

—En realidad, lo que estás esperando es mi polla, pero no quería ser tan explícito —me responde, guiñándome un ojo, mientras yo lo miro sin dar crédito, sintiendo la rabia burbujeando en mi pecho, porque posiblemente en él sí que sea normal tanta imbecilidad junta.

—Se acabó. Por favor, cuando quieras —le digo con frialdad, haciendo acopio de todo mi autocontrol mientras abro la puerta, que no sé por qué hostias he cerrado cuando tendría que haberla dejado abierta, mientras él me observa divertido, completamente repantigado en el sofá.

—*Principessa*, te he dicho muchas veces que no puedes ser tan evidente o esto pierde su gracia.

—¿Evidente? ¡Evidente serás tú! —vocifero, cerrando de malas maneras. Porque, mira, a la mierda la educación y las buenas formas —. ¿Qué pasa? ¿Que ya no te da miedo que me enamore de ti, que te pida una cita o, lo que es peor, ¡que te pida matrimonio!? —le pregunto, abriendo las compuertas de mi pecho para que la rabia fluya con libertad, provocando su carcajada.

«Vale, respira, respira, respira».

Y dejo la copa de vino suavemente sobre la mesa, porque estoy a nada de tirárselo a la cara. Eso o matarlo, las dos cosas me van bien en estos momentos.

—No sé de qué me hablas —me suelta, sin poder dejar de reírse.

Hay que ser idiota.

—¿Que no sabes de qué te hablo? Claro que sí, lo que tú digas —mascullo, cruzándome de brazos, decidida a poner las cartas sobre la mesa. Porque no me gusta sentirme tan perdida con un hombre y porque no olvidemos que esto ni siquiera es una relación—. Te acojonaste, venga, reconócelo, y ahora estás fingiendo que no sabes

de qué te hablo porque te avergüenza la reacción de crío que tuviste.

—¿Todo esto es porque no te llevé a cenar? —me plantea, enarcando una ceja.

—¡Eres increíble! —exclamo, soltando los brazos—. ¡Porque no te llevé a cenar...! ¡Como si yo necesitara que me llevases a algún sitio!

—¿Te recuerdo lo que me dijiste tú? —me pregunta, esta vez con seriedad, levantándose para acercarse a mí e intimidándome con el tono de voz que ha empleado—. Porque, si no recuerdo mal, creo que fue algo así como que no te apetecía vestirte y que tampoco tenías hambre.

—Y, si no recuerdo mal, a ti te vino de coña. ¡Es más!, te faltaron piernas para salir corriendo. Lo que todavía no sé es cómo perdiste el tiempo vistiéndote.

—Te habría gustado verme sobre la moto desnudo. ¿Qué pasa?, ¿acaso es una fantasía? —replica, bajando el tono de voz y esbozando una imperceptible sonrisa.

—La única fantasía que tengo contigo en estos momentos pasa por ti saliendo por esta puerta y desapareciendo para siempre —le aseguro con frialdad.

Y cada maldita palabra la ha verbalizado mi sentido común, el que sabe lo que me conviene y el que no le aguanta las tonterías a nadie. Solo que luego están mis hormonas para echarlo todo por tierra.

—*Principessa*, ¿nunca te han dicho que mientes fatal? —me pregunta empleando un tono de voz ronco y rasposo que las pone a dar saltitos en mi vientre.

Por favor, no se puede ser tan floja.

—¿Y a ti nunca te han dicho que eres un inmaduro? —le rebato, negándome en redondo a caer. Porque no olvidemos que estirada se

nace, no se hace.

—No, es algo que nunca me han dicho, y eso que me han dicho muchas cosas —me replica con arrogancia, sonriendo finalmente.

—Y seguro que estás orgullosísimo de todas ellas.

—La verdad es que sí. Y, ahora, cuéntame por qué estás cabreada. ¿Es porque me marché y no te llevé a cenar? ¿Es por eso? —me pregunta, sin borrar la sonrisa de su rostro.

Y que se lo esté pasando de coña con todo esto es algo que me cabrea que no veas.

—Eres tan imbécil que ni siquiera voy a molestarme en aclarártelo.

—¿O es porque me largué y no me quedé a dormir contigo?

—¡Qué imbécil eres! —exclamo, exasperada.

—Eso ya me lo has dicho, pero todavía no sé a qué viene todo esto —me comenta, esta vez con seriedad, enarcando una ceja.

—Cuando tú me expliques a qué vino lo tuyo.

—¿Lo mío? Te juro que no sé de qué me hablas.

—Espera, que te lo voy a aclarar. Pero presta atención, porque solo te lo voy a decir una vez: no voy a enamorarme de ti, aunque quiera besarte cuando estemos follando o luego vayamos a cenar. Porque no eres mi tipo, para nada, y porque lo último que me apetece es meterme ahora en una relación con un tío que se asusta, por vete tú a saber qué, y sale escopetado de mi casa.

Y todo esto está claro; sin embargo, hay algo en mi discurso que me falla, porque es verdad que lo último que quiero ahora es meterme en una relación, pero porque mi cafetería debería estar primero... solo que, de manera inconsciente, lo he colocado a él en primer lugar.

—Ni me asusté ni salí escopetado —masculla entre dientes, sacándome de mis cavilaciones.

—Un poco más y ni te molestas en vestirte. Y, ahora que hemos aclarado todos los puntos, cuando quieras —insisto, abriendo la puerta de nuevo—. Por cierto, puede que mi hermano siga en el DIGG y esté esperándote para que lo premies con tus ideas.

—Pues sí que tenías cosas que echarme en cara. ¿Cómo no te has pasado por el restaurante para recriminármelas? —suelta con sequedad, atrapando mi mirada con la seriedad que anida en la suya —. Y solo para que te quede claro: tu hermano hace horas que se ha largado del DIGG.

—¿Eso es lo único que vas a aclararme?

—Todo lo demás son estupideces que no necesitan aclaración. No beso cuando follo ni después. No hay más.

—¿Estás aclarándome cosas? Porque igual he alucinado, pero acabo de oír que hay estupideces que no necesitan aclaración.

—Igual tú sí que necesitas que te las aclaren. Me da igual que vayas o no a enamorarte de mí; eso, en todo caso, será problema tuyo. Pero, si no estoy metido en una relación, los besos, los abrazos y los momentos de después me los evito, más que nada para evitarme también confusiones innecesarias. No salí corriendo de tu casa, tan solo me di cuenta de que ya no tenía hambre y no tenía sentido que me quedara. ¿Qué más me has dicho? Ah, sí, has dejado caer que contigo me acuesto y que con tu hermano trato los temas importantes, porque entiendo que la inauguración debe de ser importante para ti, aunque no lo estés demostrando mucho. Pues déjame decirte que te equivocas. Simplemente él se interesa, saca el tema, se preocupa y, a cambio, encuentra propuestas. Aclarado esto, me largo —me suelta, saliendo por la puerta y dejándome con un palmo de narices, porque esto sí que no me lo esperaba.

Capítulo 24



MARCO

A la mierda. Le doy gas a la moto, apretando la mandíbula con tanta fuerza que, como siga así, voy a partirme los putos dientes. No te jode, lo que hay que oír. Siento el cabreo nublar mi visión cuando reproduzco en mi mente la conversación que acabamos de mantener, valorando seriamente dar media vuelta para seguir dejándole las cosas claras y descartándolo en el acto, acelerando hasta lo suicida, porque dar media vuelta es lo último que tengo intención de hacer.

Reduzco la velocidad para luego tomar un desvío que me lleva a una pequeña playa, completamente desierta, porque, como siga así, al final me daré la hostia de mi vida.

«Si es que no me la he dado ya».

Con ese pensamiento retumbando en mi cabeza, me bajo del vehículo para encaminarme hacia la orilla, destilando frustración por todos los poros de mi piel, muy seguro de que lo estoy manejando

de puta pena y de que se me está yendo de las manos. Porque, por primera vez en toda mi vida, no controlo la situación y es la situación la que me controla a mí, y no ahora, sino desde el primer momento.

Clavo la vista en el agua en calma, antes de ponerme en cuclillas para coger un puñado de arena y sentirla, fría, entre mis dedos. Tan fría como ella.

Joder, he vivido situaciones como esta la hostia de veces a lo largo de mi vida y me he enfrentado a mujeres cabreadas las mismas veces y siempre hemos terminado follando, y hoy, en cambio, lo último que me apetecía era hacerlo, a pesar de lo mucho que la deseaba.

Y, durante un instante, dejo de ver lo que tengo frente a mí para verla solo a ella. Ella, bailando con la copa en la mano, con ese pijama que le marcaba cada una de sus formas. Ella, la mujer que ayer consiguió que me temblara el pulso cuando la tuve desnuda frente a mí. Ella, a la que no me quito de la puta cabeza y a la que he querido besar más veces de las que mi orgullo está dispuesto a reconocer.

Hoy he querido besarla... y lo peor de todo es que no ha sido solo hoy, sino cada jodido día desde que la he conocido; de hecho, una de mis apuestas terminaba con un beso. Y cuando quieres algo que puede complicarse mucho y que sabes que no te conviene, lo mejor que puedes hacer es largarte o cortar por lo sano.

Me levanto ensombreciendo el gesto, porque tengo claro que no pienso largarme todavía de aquí, así que me queda una única opción, solo que el mero hecho de contemplarla está resquebrajando algo dentro de mí.

Y menuda estupidez, hostia.

Le doy un puntapié a una piedra con toda la rabia que ha llegado de la nada. Y lo peor de todo es que no debería sentir rabia, sino

alivio, joder.

Capítulo 25



SILJE

Llego a la cafetería, a la mañana siguiente, perfectamente maquillada, con la melena impecable y tarareando en mi cabeza «Dancing in the Dark», la canción que hoy ha sonado en bucle en mi casa. Y tengo que admitir que voy demasiado arreglada; de hecho, he tardado más en hacerlo que un sábado por la noche, pero porque la venganza se sirve con el maquillaje perfecto, los pantalones que mejor culo te hacen y una sonrisa.

Dios, sigo alucinada con todo lo que viví ayer y lo que me parece más increíble es que encima el ofendido sea él. Manda narices.

Tuerzo el gesto cuando me doy cuenta de que, de nuevo, lo estoy poniendo por delante cuando por delante solo está esto y la respuesta correcta era que si voy tan arreglada es porque hoy es la inauguración y quiero mostrar mi mejor cara, que también. Solo que él ha pesado más. Pongo los ojos en blanco cuando llego a la puerta y bajo la mirada al suelo para ver si hay una flor.

Necesito que vuelva la Silje de siempre.

Frustrada, accedo al local, muy decidida a encontrarla de una vez. Maldito italiano arrogante y fanfarrón que me tiene totalmente despistada.

—¡Buenos días! —saludo a Loki cuando entro en la cocina y el olor a tomate frito inunda mis fosas nasales.

—Joder, ¡qué guapa te has puesto! —me halaga mientras yo encamino mis pasos hacia el perchero para dejar mis cosas.

—Gracias. ¿Necesitas ayuda? —le ofrezco, centrándome de golpe ante este caos organizado en el que mi hermano parece manejarse a la perfección.

—No hace falta, lo tengo todo controlado —me dice esbozando una sonrisa, tan tranquilo como siempre, mientras prepara el relleno de los cruasanes.

Y tengo que decir que esto es algo que admiro profundamente en él, porque otra persona estaría de los nervios y a Loki, en cambio, parecen relajarle las situaciones estresantes.

—¿A qué hora va a venir Marco con sus colegas para montar el escenario? —le pregunto, maldiciéndome al segundo, porque ya me dirás tú qué necesidad había de nombrarlo.

—¿Tan ocupados estáis que no habéis podido hablar de esto? —bromea, divertido.

—No estamos tan ocupados como piensas; ayer discutimos y creo que se ha terminado —le cuento, intentando dotar a mi voz de indiferencia cuando indiferencia es justo lo que no siento.

—¿Crees? —inquiere, sorprendido, mientras yo me encojo de hombros, porque la respuesta debería estar clara, y no por él, sino por mí.

Yo debería tenerlo claro. Yo debería ser la única ofendida aquí. Y yo debería haber sido la que lo dejara con un palmo de narices, no

al revés.

—La verdad es que voy bastante perdida con él —reconozco finalmente.

—Esto sí que no me lo esperaba.

—No eres el único... —asumo, necesitando sacar fuera lo que lleva reconcomiéndome desde que se marchó de mi casa—. ¿Sabes lo que pasa? Que yo siempre he tenido relaciones, nunca ha sido solo sexo, y si he estado con alguien ha sido porque me gustaba o porque estaba enamorada de él. Pero Marco me plantea una situación que nunca he vivido y en la que voy perdida. ¿Te puedes creer que no quiere que nos besemos ni siquiera cuando nos estamos acostando? ¿Qué es entonces, una película porno?

—No sé si quiero que me lo cuentes —musita, evitando mi mirada y esbozando una media sonrisa.

—Pues no haber preguntado. Necesito el consejo de una persona sensata, tú, en este caso —le digo, cruzándome de brazos.

—La respuesta correcta, siempre, será que hagas y digas lo que sientes en cada momento. Si necesitas besarlo cuando estáis juntos, díselo. Si te gusta, díselo. La sinceridad es fundamental en todo; de lo contrario, con el tiempo, llegarán las grietas y las fracturas. Sé sincera contigo y también con él, ese es el único consejo que puedo darte —me apunta con seriedad mientras alza la mirada para posarla sobre la mía, consiguiendo que vea en sus ojos a esas personas que tanto daño le hicieron en el pasado.

—Bueno, en todo caso, creo que este consejo llega tarde, pero lo tendré en cuenta para un futuro —le digo, sintiendo su dolor llegar para encontrarse con el mío. Porque acabo de darme cuenta de que me duele; me duele que ayer se largara; me duele que dijera que, como ya no tenía hambre, no tenía sentido que se quedara; me duele, y mucho, la posibilidad de que se haya terminado... Y, no, no

es eso. Es solo que me jode que encima el ofendido fuera él y que fuera él quien se largara, y no yo la que lo echase. Es eso.

—No creo que se haya terminado —oigo que me dice mi hermano, instalando la esperanza de golpe y sopetón en mi pecho.

¿Perdona? ¿Qué esperanza?

—¿Por qué dices eso? —le planteo, con más interés del que debería mostrar por algo que no tiene ninguna importancia y que solo es mi vía de escape. Solo eso.

—Porque no te pides un día libre en el trabajo ni te implicas tanto en algo, como ha hecho él con la inauguración, si solo quieres sexo.

—En todo caso, me da igual —le miento, forzando a la Silje que siempre he sido a hacer acto de presencia de una vez—. Voy a ir llenando el mostrador.

—Si te diera igual, no habrías venido tan arreglada. Es solo una matización —me aclara, prudente, esbozando una media sonrisa.

—Voy tan arreglada porque hoy es la inauguración.

—Cierto, pero es a las siete de la tarde, no ahora. Hoy es un día como cualquier otro, con la excepción de que vas a tenerlo por aquí montando el escenario, entrando y saliendo y encontrándose contigo todo el tiempo... Y ahí lo dejo.

—Sí, será lo mejor —secundo, cerrando el tema.

Porque paso de confesarle que si voy tan arreglada es para que vea lo que se ha perdido. Y porque, como he dicho antes, la venganza se sirve con el maquillaje impecable, unos vaqueros ajustados y mostrando tu mejor cara, faltaría más.



Me tomo mi primer café una vez que tengo lleno el mostrador, y me tomo el segundo cuando ya he abierto el establecimiento al público, con el corazón aporreándome en el pecho con fuerza en plan bestia, y no precisamente por la cafeína que circula por mis venas ni por la inauguración, sino porque sé que, en cualquier momento, él y su tupé harán acto de presencia. Y lleno mis pulmones con una profunda inspiración en un vano intento por calmarme, sin entender a qué vienen estos nervios descontrolados, que son tan erróneos como echarlo de menos o como todos esos sentimientos que estos días han llegado para confundirme.

Me da igual. Al final esto ha sido una tontería con la que me lo he pasado bien, pero ya está. Solo que no es verdad, porque, si lo fuera, ahora mismo no estaría sintiendo algo rebelarse ante ese «y ya está», porque, en realidad, no quiero que acabe, y no porque me haya pillado por él, que no es el caso, sino porque el sexo con Marco es otro nivel y, además, me divertían sus idioteces. Maldita sea mi mala suerte con los hombres, porque incluso cuando no hay sentimientos de por medio no consigo que funcione. Ni eso ni esto. Ojalá los Jensen no tarden en llegar... o mis amigas, o Sven, o quien sea, para que esto deje de estar tan dolorosamente vacío.

Nunca he querido regresar. Y me evado un momento para empezar a vagar por mis recuerdos. A pesar de las muchas llamadas que recibí, nunca quise regresar, pero porque se me encogía el pecho ante la posibilidad de volver a verlo. Así que me centré en esto, en reformar este lugar, y todos los días me repetía que todo sucede por un motivo, que algo bueno me estaba esperando y que todo ese sufrimiento, todo ese dolor, era la entrada a algo mejor. Porque mi sitio hacía tiempo que ya no estaba allí, y eso que me había sucedido era el universo cogiéndome de los pelos para sacarme de un lugar en el que ya no tenía que estar... Cuántas cosas

me dije, cuántas esperanzas puse en esta cafetería y qué hostia me estoy dando.

Con esos recuerdos todavía flotando en mi mente recorro con la mirada las mesas vacías, las velas encendidas, la comida esperando en el mostrador, las jarras llenas de agua, las servilletas, los azucarillos y las cucharillas en la mesa de servicio. Todo listo a la espera de que entre alguien... que no entra. Y siento cómo la tristeza y la decepción laten pesadas en mi pecho.

Solo que no laten únicamente la tristeza y la decepción, sino también la humillación. Y esto último no es nada fácil de digerir, porque se hace bola y se queda atascada en algún punto indefinido de tu garganta. Solo espero que no entre ahora y me encuentre sola esperando su rescate.

Por suerte, los dioses se apiadan de mí, y pronto llegan los Jensen y luego mis amigas, y no es que sea gran cosa, pero, al menos, ya no estoy sola con todas las mesas vacías.

Cuando entra un chaval nuevo, que me pide un café para llevar y un rollito de canela, siento cómo, poco a poco, el pecho deja de apretarme tanto porque la tristeza, la decepción y la humillación pesan. Y mucho, además. Un peso que se volatiliza por completo cuando lo veo cruzar la terraza con dos chicos que no conozco de nada.

—Aquí tienes —le digo, obligándome a centrar toda mi atención en mi cliente para no mirar hacia la puerta, por donde está entrando. Y, sin verlo, lo estoy viendo—. Esta tarde inauguramos la cafetería y Alquimia tocará en directo en la terraza; si te apetece pasarte, estás invitado —añado con simpatía, sintiendo mi corazón volverse loco hasta el punto de latirme en la cabeza.

Por favor.

—Sí, he visto los folletos —me cuenta, esbozando una sonrisa. Mientras, de reojo, veo llegar a Marco al mostrador, con esos andares arrogantes que me sacan de quicio y que, para frustración mía, parecen haberse adueñado de mi corazón para hacer que lata de manera distinta. Y no son sus andares, sino su mera presencia, porque están latiendo con ilusión... con la ilusión de joderlo. Mucho, además—. Intentaré pasarme.

—Aquí te espero —le digo, dedicándole una sonrisa.

—De coña, nos vemos esta tarde —me contesta, antes de darse media vuelta y marcharse.

—Un café —oigo que me pide con sequedad, y me giro para encararlo.

—No estás en tu casa. La próxima vez, si no te importa, ponte en la cola —lo reprendo empleando la misma sequedad que ha empleado él conmigo, viendo cómo sus amigos se colocan a su lado.

—Ya se iba —masculla entre dientes, fulminándome con la mirada.

—Cierto, pero todavía no lo había hecho. ¿Para llevar? —le pregunto, yendo hacia la máquina de café.

—*Principessa*, si me lo llevo, no te voy a poder montar el escenario —me contesta con mucha condescendencia, como si me estuviera haciendo el favor de mi vida.

—Sobre ese tema quería hablar contigo: te pagaré lo mismo que te paga Thea, y lo mismo a los camareros del DIGG que trabajen hoy aquí, o a vosotros dos, chicos —les digo, dirigiéndome a ellos, porque me niego en redondo a deberle nada a nadie, sobre todo a él. Ya me siento lo bastante en deuda como para, encima, añadirle más cosas—. Luego, cuando terminéis, quiero que me digáis lo que os debo —añado, pasando muchísimo de él, a pesar de lo mucho que deseo no hacerlo.

Y esto es tan erróneo como la ilusión que he sentido antes, y no por joderlo, precisamente, o como esa necesidad que parece tirar de mí. Incluso mi comportamiento de ahora es equivocado, porque, en lugar de estar tan cabreada, tendría que darme igual, solo que no me da.

Vale, estoy hecha un lío.

—No íbamos a cobrarte, favor por favor —me dice uno de ellos, para seguidamente volverse hacia Marco mientras yo continúo con la vista puesta en el que me ha hablado.

—Ya le devolveréis el favor de otra forma que solo le ataña a él —me anticipo a cualquier comentario que pueda venir de su parte—. Y, ahora, decidme qué os pongo —añado con altivez, zanjando el tema y siendo todo lo estirada que puedo llegar a ser. Estirada y orgullosa.

—Yo quiero un café solo —me dice uno de los dos mientras yo veo de reojo a mis amigas mirarlos descaradamente desde su mesa.

—Yo también, pero con un rollito de canela y un trozo de tarta de chocolate —me pide el otro, observando el mostrador con glotonería —. Joder, qué pinta tiene todo —dice, más para sí que para el resto, mientras yo veo a mi amiga Breen aproximarse. Ya estaba tardando. Y guardo la sonrisa para mí.

—Me marcho —me anuncia, y la miro divertida, porque está más que claro para qué se ha acercado.

—Te veo esta tarde.

—¿Necesitas que venga a echarte una mano? —me pregunta, como si de verdad estuviera dispuesta a hacerlo.

Durante un segundo, valoro decirle que sí y tocarle un poco las narices.

—Tengo a gente de sobra, así que pásate cuando quieras —contesto finalmente, porque paso de que venga y los entretenga a todos.

—Y esa gente de sobra de la que hablas, ¿son ellos? —adivina, girándose para mirarlos con descaro, para a continuación posar su mirada en Marco—. Hola, ¿te acuerdas de mí?

—Breen, la abogada que quería ir en busca de mi tesoro. Sí, me acuerdo bastante de ti —le responde con socarronería.

¿Bastante de ti? ¿PERDONA?

—Pues no se ha notado mucho. Pero, claro, me parece que has estado ocupado, ¿cierto?

—Por suerte para ti, he dejado de estarlo.

Será imbécil.

—La suerte sería tuya en todo caso. De todas maneras, no me gusta tocar lo que mi amiga ha tocado antes —le contesta con altivez mientras yo preparo los cafés, tan tranquila como si esta conversación no fuera conmigo.

—A mí no me ha tocado nadie; de hecho, soy hasta virgen —oigo que le suelta uno de ellos.

—Tienes tú mucha cara de virgen —le replica mi amiga, provocando finalmente mi sonrisa al tiempo que lo dispongo todo sobre una bandeja.

—Aquí tenéis, y también la cuenta —añado, porque, si yo voy a pagarles, lo justo es que ellos también lo hagan—. ¿Cómo va tu juez, amiga?

—Vivo... de momento. Como cierto italiano insufrible.

—¿Y el italiano insufrible soy yo? —oigo que le pregunta con sequedad mientras mi amiga lo mira con desdén.

—Ni que fueras el único italiano de estas islas. Te veo esta tarde, Silje. Ve preparando el vino —me suelta, guiñándome un ojo, para luego darse media vuelta y regresar junto a Liv, pavoneándose todo lo que puede por el camino.

—Joder con la pelirroja, ¿tiene pareja? —me pregunta el que dice ser virgen.

—A ti te lo contaré. Podéis elegir la mesa que queráis —les digo, pasando de él, y veo que el otro se hace con la bandeja para largarse seguido por su amigo mientras Marco se mantiene en su sitio, sin quitarme la mirada de encima.

Capítulo 26



MARCO

—Cóbrate —le pido con sequedad, dejando un billete sobre el mostrador, tan cabreado como lo estaba ayer cuando me largué de su casa. Y no precisamente por lo que sucedió, que también, sino porque me está jodiendo la hostia que esté pasando así de mí, de una manera tan descarada. Y, encima, ha tonteado con ese niñato en toda mi cara.

—Tu cambio —me contesta, dejando unas monedas sobre el mostrador sin molestarse en mirarme.

—Quédatelo de propina —mascullo, sin quitarle la mirada de encima, deseando captar su atención, pero sin llegar a conseguirlo.

—Como quieras —me dice, dirigiendo la mirada hacia la puerta cuando suenan las putas campanitas. Me giro y veo entrar a ese señor que viene todos los días a desayunar; Sven, creo que se llama. De puta madre, más interrupciones—. Oye, no quiero parecer borde, pero esto no es una barra, así que, si no vas a coger el cambio,

deberías dejar el mostrador libre. Además, te has pedido un café, que se te estará enfriando.

—¿Ahora te preocupa que me beba el café frío? —le pregunto, enarcando una ceja, deseando darme un par de hostias por no estar sentado con mis colegas y seguir aquí.

—En realidad, me da bastante igual, pero me valía como excusa para que te marcharas; cuando quieras —replica con altivez, siendo tan fría como lo era al principio, solo que entonces me divertía y ahora me está tocando mucho las pelotas.

Lo cierto es que hay muchas cosas que me están tocando las pelotas.

—Muchacho —me saluda ese tipo cuando llega al mostrador.

Me limito a asentir con la cabeza antes de largarme a la mesa, que es lo que tendría que haber hecho desde el principio.

—Buenos días —oigo el tono alegre de su voz mientras la imagino dedicándole la sonrisa que me ha negado a mí.

A la mierda.

Y, con todo mi cabreo, me pongo de espaldas a ella para no tener que verla.

—¿Os pasa algo? —me pregunta Luca, un colega, también italiano, que este año ha empezado a trabajar en las islas.

—¿A quién? —farfullo entre dientes, como si no lo supiera de sobra.

—A la rubia y a ti, ¿a quién va a ser? —se mete por medio Andrea, su hermano.

—No sabía que eras virgen —le suelto, socarrón, pasando del tema. Porque no pienso aclarar algo que no necesita aclaración.

—Ni se acuerda de lo que es eso.

—Por esa pelirroja, me hago virgen y santo si hace falta —bromea, provocando mi sonrisa.

—Venga, date prisa, que tenemos bastante curro —le indico, viendo de reojo cómo Sven toma asiento en una de las mesas vacías.

Al menos hay alguien. Echo un vistazo rápido por la cafetería, alegrándome por ella, porque sé que este tema la tiene bastante agobiada. A ella le agobia esto y a mí me agobia ella o, más bien, esta situación de mierda que, en mi caso, es algo nuevo. Porque tengo claro que no es amor, pero tampoco es solo sexo. En realidad, nunca lo ha sido. Y me doy la vuelta ligeramente para ver cómo limpia la mesa que ha quedado vacía.

Me gusta. Ese es el problema: que me gusta la hostia. Resignado, observo su trasero, recordándolo libre de ropa y sintiendo cómo mi polla reacciona ante ese recuerdo, que viene acompañado de muchos otros. Por eso no he dejado de hacer el gilipollas desde que la he conocido y por eso estoy tan cabreado, frustrado y tan jodidamente ansioso, porque me gusta más de lo que debería gustarme o más de lo que puedo manejar.

Y, cuando una tía te gusta así, hasta el punto de no poder quitártela de la cabeza, estás jodido, porque lo siguiente ya son tus pelotas sobre una bandeja de plata y paso...

Paso, pero aquí estoy.

Y vuelvo la vista al frente, apretando la mandíbula con fuerza.

Mierda.

Capítulo 27



SILJE

Paso el resto de la mañana fingiendo indiferencia y sin poder quitarle la mirada de encima —muy a mi pesar— a través de las ventanas y la puerta acristalada mientras ellos retiran todas las mesas y las sillas de la terraza y empiezan a montar el pequeño escenario, algo que no es tan sencillo como yo pensaba inicialmente y que, por suerte, ellos parecen controlar a la perfección.

Me muerdo el labio inferior mientras no pierdo detalle de lo que hacen para, finalmente, salir del mostrador y acercarme a una de las ventanas y verlo mejor.

Dios, tengo un problema importante cuando hasta sudado me parece lo más sexy que he visto en mi vida. Babeo un poquito cuando levanta algo que tiene pinta de pesar mucho y la tela de su camiseta se tensa en torno a los músculos de sus brazos. Y babeo un poquito más cuando oigo su carcajada mientras mis hormonas lo

reproducen, a todo color, sentado desnudo en el sofá de mi casa, con los brazos apoyados en el respaldo y las piernas abiertas.

Maldita sea, no es justo que sea tan imbécil estando tan bueno y follando tan bien.

Cuando me llega de nuevo su carcajada, me relamo con ese sonido. Sí, he dicho «me relamo», soy consciente de ello, como también soy consciente de que me muero por salir de una vez y ver lo que están haciendo.

Vamos a ver, soy la dueña, y mi obligación como tal es comprobar que todo marcha a la perfección, no hay más.

Encamino mis pasos de vuelta al mostrador para hacerme con tres botellines de cerveza para ir a ofrecérselos, porque llevan horas sin parar y deben de estar sedientos y cansados, y porque al final es verdad y, como propietaria, soy responsable de todo esto y mi deber es asegurarme de que todo va bien en lugar de estar escondida aquí dentro, que es lo que parece que esté haciendo.

Cuando abro la puerta, siento cómo los latidos de mi corazón aporrean con fuerza mi pecho. Y esto, que mi corazón lata así, es tan erróneo como todo lo que he sentido a lo largo de estos días.

—Chicos, ¿os apetece una cerveza? —les pregunto, dedicándoles una sonrisa a sus amigos y sin molestarme en echarle siquiera un vistazo a él mientras mi corazón abandona mi tórax para instalarse en mi garganta y en mi cabeza, como si se hubiera desdoblado.

—Y tanto, gracias —me contesta uno de ellos, acercándose a mí al tiempo que se seca el sudor de la frente con el bajo de la camiseta sin que nada se remueva en mi interior. En cambio, si lo hubiera hecho él, habría puesto a mis hormonas a gritar.

Y justo ahí está la diferencia, que todo lo que tiene relación con Marco me parece tremendamente sexy... y erróneo. Eso también.

—Muchas gracias —me agradece el otro mientras yo siento sus ojos sobre mí.

Y, sin mirarlo, sé que está tan cabreado como lo estaba esta mañana o anoche. Y hay que tener valor.

—Toma —le digo con altivez, girándome hacia la furia que anida en su mirada.

—¿Hablas conmigo?

—No, con tu tupé —le suelto con desdén—. ¿Cómo vais? —añado, cruzándome de brazos.

—¿Te estás interesando? Joder, menuda novedad —me replica con sequedad, y oigo un silbido por lo bajo procedente de uno de sus amigos.

—La novedad sería que tú dejaras de ser tan imbécil, pero no creo que tenga tanta suerte —le contesto, y me llega otro silbido.

—Parad —les ordena entre dientes, fulminándolos con la mirada.

—Chicos, ¿va todo bien? ¿Necesitáis que os ayude en algo? —me dirijo a ellos, pasando de él. Porque está claro que no está por la labor, y yo no pienso dar mi brazo a torcer si él no lo hace primero.

—Podrías ir colocando los ganchos para poner las guirnaldas —me propone uno de ellos.

—No es necesario —sisea Marco entre dientes.

—Es mi cafetería, por supuesto que es necesario.

—Creía que tenías a gente de sobra.

—Bébete la cerveza y atragántate con ella —le suelto, dedicándole una sonrisa y provocando las risotadas de sus colegas—. ¿Dónde tenéis pensado ponerlas? —le planteo al moreno bajito mientras siento su mirada taladrándome la espalda.

—Yo te ayudaré —oigo que me dice Marco. Y, con su ofrecimiento, mis hormonas comienzan a dar saltitos de alegría. Por favor, que alguien las mate. Alguien que va a ser mi sentido común, seguro—.

Para no tener que hacer agujeros, hemos traído estos ganchos adhesivos de exterior —me explica, dejando la cerveza en un rincón para ir a por ellos—. Primero los ponemos y, luego, las colgamos —prosigue, dejándolos en el suelo, para seguidamente coger una escalera—. Sube, yo la sujeto —masculla, cabreado.

Y cojo unos cuantos ganchos, para luego empezar a subir los escalones sintiendo el regocijo llenarme por dentro. Porque, amigas, la venganza en grado sumo viene ahora, cuando le estoy ofreciendo una visión perfecta de mi trasero enfundado en los vaqueros ajustados que mejor me sientan.

—¿Aquí va bien? —le pregunto, bajando la mirada, y veo que él alza la suya para que no lo pille mirándome el culo, solo que no ha sido lo bastante rápido. Y guardo la sonrisa para mí, porque esto va a ser divertido.

—Pon varios con unos cuantos centímetros de separación —masculla, bajando la vista al suelo y soltando un resoplido, y yo comienzo a colocarlos.

—Vale, ya está.

—Pues baja —sisea aferrando la escalera con ambas manos mientras yo comienzo a descender por ella acercando mi trasero peligrosamente a su cara, teniendo muy claro que es problema suyo si decide no apartarse. Percibo la cercanía de su cuerpo e incluso su calor cuando mis pies tocan el suelo y su pecho se pega a mi espalda—. Podrías ayudar a tu hermano —susurra, aprisionándome con sus brazos y acercando sus labios a mi oreja, anudando mi vientre con fuerza.

—Mi hermano lo tiene todo controlado, no como tú —replico, girando ligeramente mi rostro hacia el suyo.

—Yo también lo tengo todo controlado —me rebate con sequedad, con ese acento italiano que me parece tan sexy como él.

—Pues no lo parece. ¿Seguimos? —inquiero con frialdad, volviendo mi rostro un poco más hasta dejar mis labios a un aliento de distancia de los suyos.

Dios.

—Solo para que te quede claro: estás echándonos una mano porque ahora te ha dado por implicarte y me parece bien, no porque lo necesitemos realmente. Sigamos —masculla, soltando la escalera y liberándome de la prisión que había creado con sus brazos.

Una prisión con la que no solo me había apresado, sino con la que lo había insonorizado todo, porque durante esos escasos minutos en los que he estado presa entre ellos el mundo ha enmudecido. Tanto como enmudecemos nosotros luego, porque ya no volvemos a dirigirnos la palabra.

—Con estos dos, creo que ya estaría —oigo que me dice mientras yo termino de colocar el último, y suelto una exclamación ahogada cuando noto que el escalón cede o se rompe o qué sé yo, y me desplomo hacia abajo, percibiendo al instante cómo sus manos me sujetan con fuerza—. Te tengo, te tengo. Tranquila, te tengo —me dice mientras yo evito mirar hacia abajo y me sujeto a la escalera como si me fuera la vida en ello, al tiempo que me llegan de fondo las voces de sus amigos y la retahíla de tacos que ha empezado a soltar en italiano, aunque tampoco es que lo tenga muy claro. Maldita escalera.

—Estoy bien, puedes soltarme —le pido finalmente, comenzando a bajar con piernas temblorosas mientras sus manos no me sueltan; supongo que porque ya no las tiene todas consigo. Como yo, que tampoco me fío un pelo de esta escalera.

—¿Qué ha pasado? —se interesa el que creo que se llama Andrea.

—Se ha roto un escalón —les explica, sin quitarme los ojos de encima, mientras yo muevo el brazo para ver dónde me duele y veo

el roto que tengo en la camiseta. Mierda, ahora voy y me hago daño —. ¿Esto es sangre? —me pregunta, cogiéndome el brazo para comprobarlo por sí mismo.

—No, es cerveza. ¿De dónde habéis sacado esta escalera? —lo reprendo, todavía asustada, alzando la mirada para encontrarme con la preocupación que anida en la suya.

—Nos la ha prestado Thea. Lo siento mucho. ¿Tienes botiquín o vamos al DIGG?

—Por supuesto que tengo botiquín —le contesto de malas maneras, soltándome de su agarre.

Entro en la cafetería y me dirijo como una exhalación al baño que tenemos dentro de la cocina, porque soy una inútil completa con el tema de la sangre y me pongo mala de tan solo verla.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mi hermano, sin entender nada, cuando paso por su lado librándome de la camiseta, quedándome únicamente con el sujetador.

—Ni se os ocurra entrar —oigo que Marco les ordena a sus colegas mientras yo paso de todos y me meto en el baño—. Yo me encargo —le dice a Loki siguiéndome muy de cerca.

—No hace falta —mascullo sin mirarlo, felicitándome mentalmente por haberme puesto este sujetador de encaje.

—Y tanto que hace falta: te has puesto blanca, hostia. Déjame ver —gruñe, aferrando mi brazo para observar la herida—. Suerte que llevabas la camiseta de manga larga —añade abriendo el grifo para, sin soltarme, hacer que meta el antebrazo debajo del chorro—. No sabía que te impresionara tanto la sangre —me comenta esbozando una sonrisa, y yo evito mirar mi brazo preguntándome todavía cómo leches me he hecho semejante raspadura—. No es nada, apenas te sale ya.

—Genial, menuda suerte —farfullo mientras él cierra el grifo y me seca con cuidado la herida.

—Aunque no lo creas, has tenido suerte. ¿Dónde tienes el botiquín? —me pregunta, y yo tomo asiento en la tapa del inodoro, porque me tiemblan las piernas de nuevo.

—Aquí —oigo que le señala Loki, ofreciéndoselo—. ¿Estás bien? —se interesa, preocupado.

—Sí, ha sido solo un arañazo —le cuento viendo de reojo cómo Marco empapa un trozo de algodón con desinfectante.

—Estoy fuera si necesitas algo —me dice Loki con seriedad.

Y me limito a asentir con la cabeza e inspirar con fuerza, y no solo por la herida, cuando se acerca a mí y se pone en cuclillas a mi lado.

—Déjame ver —me pide Marco mientras mi hermano cierra la puerta, dejándonos solos—. Igual te escuece un poco —me advierte, pasando con suavidad el algodón por la herida mientras yo aprieto los dientes—. Lo siento de nuevo... Esto y lo de ayer —añade, alzando la mirada para encontrarse con la mía.

—Ayer dijiste muchas estupideces. ¿Qué es lo que sientes exactamente?

—Lo que fuera que te molestara, aunque yo lo sienta así —me responde con gravedad, cogiendo una venda para seguidamente cubrir la herida con ella.

Y está claro que esto se le da muchísimo mejor que a mí, que habría sido incapaz de acercarme a él si hubiera sido al revés, y no porque no hubiese querido ayudarlo, sino porque la sangre me bloquea.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, haciendo esos pensamientos a un lado.

—Que no busco ni quiero una relación. Para mí esto es sexo, solo eso, y siento ser tan directo, pero prefiero serlo ahora para evitarme

conflictos innecesarios —me contesta, levantándose, supongo que para tomar distancia conmigo.

—Ya, el tema es que eres bastante contradictorio.

—¿Cuándo he sido contradictorio? —inquiere frunciendo el ceño.

—¿Te recuerdo la apuesta que hicimos para hoy? —replico, poniéndome de pie yo también para encararlo—. Fue idea tuya y, si mal no recuerdo, va a terminar con un beso sin que importe quién gane. ¿Por qué un beso si tú no besas? —me intereso, acercándome a él. Y, al atrapar su mirada con la mía, veo cómo la seriedad que brillaba en sus ojos es sustituida por un punto divertido que no entiendo.

—*Principessa*, que no quiera vivir en un sitio donde la nieve lo cubra todo no significa que no vaya a la nieve de vez en cuando —me responde con voz ronca, y desliza la mirada lentamente desde mis ojos hasta mis pechos, donde la deja unos segundos, instalando de golpe y sopetón la necesidad en mi piel y en mi interior—. Te lo dije ayer: los besos y los abrazos pueden crear confusión si se dan de continuo, pero no de vez en cuando.

—Entonces, deberías pasarme un listado de cuándo sí y cuándo no, más que nada para evitar que salgas corriendo despavorido de mi casa —contesto, percibiendo cómo mi piel grita su nombre. Y tremenda estupidez.

—Te repito que no salí corriendo, simplemente ya no tenía sentido que me quedara.

—¡Claro, porque ya no te apetecía follar más! —exclamo, molesta, y veo cómo enarca una ceja—. Déjalo, paso de explicártelo.

—Si querías que me quedara, solo tenías que habérmelo pedido.

Y, con sus palabras, recuerdo las de mi hermano.

—¿Cuando estaba claro que querías irte? No, gracias.

—Siento si te di esa impresión. ¿Empezamos de nuevo? —me propone, alzando la mano para acariciarme el costado con los dedos.

—No.

—¿Siempre eres tan orgullosa? —me pregunta, esbozando una media sonrisa.

—¿Soy orgullosa?

—Orgullosa y tozuda. Dime, ¿hay algo más por lo que tenga que flagelarme para lograr tu perdón?

—Me encantaría ver eso —suelto, dándole un manotazo para apartarle la mano de mi piel, y al segundo oigo a mis hormonas entonar un mantra compuesto por la palabra «estirada».

—Lo tengo claro... Ahora en serio: puedes besarme si te apetece en algún momento y...

—¡Hombre, gracias! ¡Menuda suerte la mía!

—Y, si algún día quieres que me quede, solo tienes que decirlo.

—¿Y si quiero que te marches?

—Lo mismo.

—Pues quiero que te marches.

Y no es verdad, no quiero que se marche —creo que eso es lo último que quiero—, pero estaba claro que mi parte estirada y mi sentido común iban a ganar la partida.

—Si cambias de opinión, estaré fuera —me responde, atándome a su mirada oscura durante unos segundos antes de salir del baño y dejarme sola.

Sola, la palabra que mejor me define porque, haga lo que haga, siempre termino así. Y no es que esté mal, porque he aprendido a estar conmigo misma y no me importa, incluso lo disfruto, pero, cuando alguien me gusta, prefiero estar con ese alguien. Y ese alguien es Marco.

Vuelvo mi rostro hacia el espejo para verme reflejada en él mientras sigo hurgando en mi interior, como quien escarba en la tierra llenándose las manos de barro, cuando yo me las estoy llenando de verdad, o, al menos, intentándolo. El problema es que está empezando a gustarme mucho, a pesar de lo imbécil que puede llegar a ser, por eso me cabreé tanto ayer y por eso no les he dado ni una mísera oportunidad a mis hormonas, no porque sea orgullosa o tozuda, sino porque me da miedo conocerlo mejor y que lo que siento vaya a más cuando está claro que él no siente nada por mí.

Y, cuando dos personas no sienten lo mismo, lo mejor es cortarlo antes de que una de ellas termine llorando. Yo, en este caso. Y veo cómo la tristeza llega de la nada para cubrir mi rostro con su manto tupido, porque, aunque mi sentido común lo tiene claro, hay una parte de mí —que no tiene nada que ver con mis hormonas— que quiere seguir viviéndolo, a pesar de todo.

—¿Estás bien? —oigo la voz de mi hermano cuando salgo del baño y me dirijo hacia el pequeño mueble donde, en uno de sus cajones, guardamos todo el textil y donde, gracias a Dios, tengo más camisetas de la cafetería, tanto de su talla como de la mía.

—Sí, no ha sido nada, pero ya sabes cómo me impresiona la sangre —le cuento al tiempo que me pongo la camiseta.

—Me refería a lo tuyo con Marco. Me ha parecido que estaba bastante serio cuando se ha marchado.

—Ya... Bueno... He decidido cortar con lo que sea que tuviéramos —le explico con voz neutra tomando asiento en uno de los taburetes, porque necesito unos minutos antes de salir y verlo de nuevo, aunque sea desde la distancia—. Es lo mejor.

—Yo diría que lo mejor es lo que te hace feliz.

—O lo que me proteja —replico atrapando su mirada con la mía, sintiendo cómo mi pasado se sienta sobre mi pecho con todo el peso

del dolor.

—No puedes vivir protegiéndote de todo, la vida no es eso —me reprende con cariño.

—La vida es lo que cada uno quiera que sea —le rebato con seriedad. Porque él, mejor que nadie, debería entender mi postura.

—Creía que te divertía estar con él, que te gustaba y que era tu vía de escape.

—Y mi vía de escape está comenzando a agobiarme tanto como esto. Ahora puedo superarlo; me da pena, pero puedo seguir. Luego no sé cómo lo gestionaría, y paso.

—Esa postura es un poco cobarde por tu parte, ¿no te parece? —me recrimina, alzando la mirada unos segundos de la masa que está preparando para observarme con gravedad.

—Puede ser, pero prefiero ser cobarde a volver a vivir la experiencia —le digo, optando por dejarlo ahí, porque mi hermano sabe perfectamente de lo que hablo y no me apetece ahondar en el tema.

—¿Puedo darte un consejo? —me pregunta reanudando su labor.

—Solo si te lo estás aplicando —le respondo esbozando una sonrisa, porque tengo claro que no es el caso.

—Me lo aplicaré cuando entre por esta puerta una mujer que me haga reír como Marco te hace reír a ti —me rebate con seriedad, atrapando mi mirada con la suya—; que me saque de quicio, como él te saca de quicio a ti, y que, al mismo tiempo, consiga que mis ojos brillen con la misma ilusión con la que brillan los tuyos cuando lo tienes cerca, cuando te regala una flor o cuando te escribe una nota. Esa mujer no ha aparecido en mi vida todavía, pero, si alguna vez lo hace, espero no estar tan ciego como para no darme cuenta.

—¿Y qué pasaría si esa mujer solo quisiera sexo?

—¿Puedes dejar de ser tan tú al menos una vez en tu vida? —me suelta, de repente divertido, mientras yo lo miro molesta.

—¿Perdona?

—¿No te das cuenta? ¡Eres muy cuadriculada! Cuando quieres algo, lo quieres ya, y eres incapaz de disfrutar de las cosas si no suceden tal y como esperas. Solo tienes que ver cómo estás viviendo esto: como no tienes a los clientes haciendo cola, ya es una mierda. Y con el asunto de Marco estás haciendo lo mismo. Contéstame una pregunta: ¿lo habrías dejado si te hubiera propuesto una relación al uso?

—Y, cuando dices una relación «al uso», entiendo que te refieres a una relación en la que dos personas están enamoradas, tienen proyectos en común y todo eso, ¿cierto?

—Cierto.

—No, no lo habría dejado. —Y es tan obvia la respuesta que no entiendo a dónde quiere ir a parar.

—¿Por qué? Si lo piensas bien, ahí es cuando deberías echar a correr. Recuerda que tuviste todo eso con otra persona y que salió tan mal que todavía sigue doliéndote... ¿Para qué ibas a querer repetir la experiencia?

—¡Le estás dando la vuelta!

—¡No es verdad! Tú quieres protegerte, y qué mejor forma de hacerlo que no repitiendo los errores del pasado.

—No fui yo la que cometió el error.

—Ni yo, pero seguimos llorándolo —afirma, colocando una pelota de tenis en mi garganta.

—Entonces, ¿me cierro al amor?

—No creo que la solución sea cerrarte puertas, sino abrirlas todas de par en par. Si Marco te propone sexo y te gusta, adelante: disfrútalo y sigue divirtiéndote como has hecho hasta ahora, sin

pensar en lo que sucederá mañana. Y lo mismo con esto. Si lo piensas bien, tanto la cafetería como Marco tienen mucho que ver con vivir el presente sin preocuparte tanto por el futuro.

—La cuestión es que yo no lo veo como tú.

—Eso lo tengo claro. Por eso has salido con esa cara larga del baño... cuando podrías haber echado el pestillo —añade, sonriendo y guiñándome un ojo.

—¿Contigo aquí, oyéndonos?

—¿Tanto gritáis?

—Por favor, paso de contestarte —le digo, sonriendo yo también y poniendo los ojos en blanco.

—Me habría hecho el tonto y ahora tú tendrías una sonrisa de oreja a oreja dominando tu cara.

—Y dentro de unos meses, ¿crees que tendría la misma sonrisa?

—¿Me ves dotes de adivino? No lo sé, depende de muchas cosas. Pero, si me das a elegir entre vivirlo o preguntarme qué habría sucedido, me quedo con lo primero. Siempre.

—Nunca he tenido solo sexo.

—Y nunca habías sido dueña de una cafetería, y no por ello te he visto desistir... Creo que vale la pena arriesgarse, ¿no te parece?

—Lo pensaré —acepto, levantándome para ir a ocupar mi puesto tras el mostrador, aunque no haya nadie.

Nadie y sola.

Veo cómo Marco y sus colegas se dirigen hacia el DIGG, supongo que para almorzar, cuando podrían hacerlo aquí, solo que me parece que él no está muy por la labor. Y detengo la mirada en las mesas que están tan dolorosamente vacías como siento mi interior.

Capítulo 28



SILJE

—¡Hola! ¡Espero que tengas muchas botellas de vino preparadas, porque vengo dispuesta a darlo todo! —oigo la alegre voz de Breen a mi espalda mientras Loki y yo estamos reorganizando las mesas aquí dentro, porque quiero que la gente de cierta edad, como los Jensen, puedan sentarse si lo necesitan y, al mismo tiempo, que haya espacio de sobra para moverse en el extrañísimo caso de que no quepan en la terraza.

Y de verdad que no quiero ser pesimista, pero, como esto siga así, tiene pinta de que vamos a estar comiendo pizzas y cruasanes rellenos el resto de nuestras vidas porque, además, hoy ha ido tan mal como el primer día, cuando abrimos, y va a ser realmente humillante como no venga nadie. Dios, me ahogo de imaginar al grupo tocando solo para mi familia y para mis amigas.

Ay, por favor, que no pase eso, que no pase eso, que no pase eso, que no pase eso...

—¡No me fastidies! ¿Estás nerviosa? —me pregunta mi amiga entre risas, sacándome de esta espiral negativa en la que entro con relativa facilidad y de la que me cuesta un mundo salir.

—¿Y si no viene nadie? —susurro imaginando de nuevo la situación y deseando la muerte inmediata.

—Tía, ¿cómo no va a venir nadie? Te recuerdo que Alquimia va a tocar en tu terraza y que van a poder beber y comer gratis, ¿qué insensato no vendría? Lo que tendrías que hacer es estar acojonada, porque esto va a llenarse tanto que van a dejártelo hecho un desastre.

—Sí, claro, ojalá.

—Te lo digo en serio. La cestita esa que tienes en la entrada con las mantas, fuera; los libros e incluso la estantería, fuera; sillas, las justas, y todo lo que pueda romperse, fuera —enumera mientras recorre la cafetería con la mirada.

—Ya quisiera yo que sucediera eso.

—Sucederá, y querrás matarlo por liártela así. Venga, vamos a ir quitando los libros —me suelta mientras yo la miro divertida, porque dudo mucho que lleguemos a ese punto, pero tampoco pasa nada por ser precavida. Y empiezo a quitarlos yo también—. Por cierto, ¿cómo ha ido todo por aquí? —me plantea dedicándome una sonrisa cómplice mientras nos dirigimos hacia la cocina cargadas con las novelas que, en cierto modo, marcaron mi vida mientras veo a Loki charlar animadamente con los camareros que nos ha cedido Thea y que estarán conmigo tras el mostrador o atendiendo la mesa donde estarán la comida y la bebida gratis.

Y, solo por la que hay organizada, espero que se llene.

—Genial, mejor que nunca: me he lesionado cuando he querido echarles una mano, lo he dejado con Marco y no ha venido nadie.

Estoy segura de que a ti, por muy mal que te haya ido con tu juez, te ha ido mejor que a mí.

—No es mi juez, y lo odio a muerte —farfulla entre dientes, dejando los libros en la zona destinada al descanso—. ¿Dónde te has lesionado? Porque yo te veo estupenda.

—Nada, una raspadura en el brazo, pero menudo susto, ¿sabes?

—Lo único que sé es que si lo has dejado significa que no hay posibilidad de que te arrodilles frente a él y va a terminar bailando desnudo para nosotras. Ni se te ocurra sumarte a la fiesta —me dice, sonriendo muchísimo mientras yo la miro torciendo el gesto.

—No va a bailar desnudo para vosotras —le contesto, molesta porque no había caído en eso.

—¿Por qué? ¿Os habéis cargado esa apuesta?

—No.

—Pues, entonces, sigue en pie. Y ahora, amiga, como lo has dejado, es nuestro. Creo que voy a ir a saludar a Roma y a su pasta —me dice, encantada de la vida, antes de girar sobre sus talones y echar a andar.

—¡No serás capaz! —exclamo, y un sentimiento de posesión, totalmente fuera de lugar, llega para dominar los latidos de mi corazón y adueñarse de mi voz.

—Oye, que no fui yo quien puso esa apuesta en marcha. Al final, solo soy la pringada que va a tener que hacerle frente con resignación.

—Sí, sobre todo con resignación —mascullo, sintiendo los celos llegar para sumarse a las muchas emociones equivocadas que llevo acumuladas, que no son pocas.

—¡Necesito contárselo a Liv! ¿Sabes a qué hora va a venir? —me pregunta, entusiasmada, saliendo de la cocina seguida por mí y por estos celos desatados que no sé qué pintan en todo esto.

—Ni idea —respondo, viéndolo a través del cristal de la puerta.

—Dios, está buenísimo, menudo cuerpo tiene el tío —musita babeando, sin poder quitarle la mirada de encima, mientras yo la miro queriendo matarla y sin tener nada que lo justifique. Porque no olvidemos que la apuesta fue idea mía y que quien lo ha dejado he sido yo—. Oye, cambia esa cara, ¿quieres? —me pide cuando se gira hacia mí—. Le has ganado la apuesta y a nosotras nos has alegrado la vida, así que todos contentos —resuelve, husmeando en mi mirada, para luego fulminarme con la suya—. No me fastidies que te has enamorado de él, ¿no te dije que no lo hicieras? —me riñe por lo bajo, cogiéndome del brazo para acercarme a ella.

—Ya quisiera él.

—Entonces, ¿qué es? Venga, jódeme la vida. ¿Por qué lo has dejado?

—Porque soy una estirada cuadriculada que necesita tenerlo todo bajo control, y tener solo sexo con un tío que no besa y que sale por patas cuando todo termina no va conmigo.

Y aquí está solo la primera parte.

—Y porque te gusta muchísimo y temes enamorarte, que salga mal y no hace falta que siga, ¿verdad? Ay, ¡qué pesada eres!

Y aquí está la segunda y también la tercera parte. O, más bien, mi pasado no superado.

—Gracias.

—Voy a odiarme mucho por esto, lo sé... Vaya mierda esto de ser buena amiga —gruñe entre dientes, empezando a soltar tacos por lo bajo mientras yo la miro, divertida, cruzándome de brazos—. Quiero que salgas y que le digas que te lo has pensado mejor y que te mueres por seguir descubriendo Roma y comiéndole la pasta. Tú ya me entiendes.

—No voy a hacer eso.

—Porque te encanta ir de digna por la vida y eres una estirada, pero luego no quieres que otras descubran Roma o le coman la pasta. No puedes ser así, amiga. O eliges la opción A, o eliges la B, pero no puedes quedarte con las dos a la vez. Venga, decídete.

—¿Y la C?

—No está disponible... Oye, vamos a ponernos serias. Ya sé que lo que te sucedió fue una putada que marcaría a cualquiera, pero eso pasó, y ha llegado el momento de disfrutar de la vida, de verdad. Hazlo. Pásalo bien, por todas las veces que lo pasaste mal. Disfruta del sexo, por todas las noches que te quedaste sola en tu habitación esperándolo, y de todo lo que tienes ahora, por todas las veces que lloraste sin saber qué iba a suceder —me dice, instalando el doloroso latido de los recuerdos en mi garganta, como siempre cuando echo la vista atrás. Porque es cierto que eso ocurrió y que lo superé, pero las raíces de esos años siguen arraigadas dentro de mí—. ¿Recuerdas cuando te dije que podrías con todo? —me pregunta, y me limito a asentir con la cabeza, porque tengo la garganta tan cerrada que no puedo hablar—. Pues lo hiciste y, además, has abierto esta cafetería, así que ahora solo te queda darle en toda la cara acostándote muchas veces con un tío como Marco. Aunque sea solo por joderlo, hazlo.

—Aunque lo haga, no va a enterarse.

—Los tíos como él siempre terminan enterándose y volviendo, no porque te quiera, esté arrepentido y te eche de menos, sino por su ego, por su asqueroso y enorme ego —me asegura con desprecio.

—Pues espero que no lo haga —musito con un hilo de voz, porque todavía no me siento preparada para hacerle frente y porque hay una pequeñísima parte de mí que teme caer y volver con él, a pesar de todo.

Y a esa pequeñísima parte alguien debería matarla.

—En cambio, yo estoy deseando que regrese, y te necesito recuperada para que puedas decirle, sin que te tiemble la voz, como te ha sucedido ahora, que es un pedazo de mierda y que, sin saberlo, te hizo el favor de tu vida. Así que aprovéchate de este regalo que ha llegado con Marco para curarte, de verdad, y luego ve a buscarlo para pavonearte y mostrarle lo que nunca volverá a tener. ¿Estamos? —añade, sosteniéndome la mirada con la misma decisión con la que está sosteniendo mis manos o me sostuvo entonces, cuando yo no tenía fuerzas para hacerlo—. No vas a enamorarte de él, tranquila, sois demasiado distintos. Será como ir a terapia sin tener que pagar y, encima, con orgasmos incluidos —prosigue, pulsando las teclas correctas. Como ese pianista que sabe qué teclas tocar para que su obra llegue al corazón del oyente. Como sus palabras, que están llegando al mío—. O sales tú, o salgo yo y le pido que cumpla la apuesta. Tú decides: A o B.

Y, con esta última frase, pulsa la tecla definitiva para hacerme reaccionar. Porque Dios sabe que necesito superar, de una vez y para siempre, ese pasado que marcó mi vida con lágrimas y desesperación. Además, tiene razón, y es imposible que me enamore de él, con lo distintos que somos a todos los niveles.

—A, pero se lo digo luego.

—¿Luego cuándo? Porque te aseguro que no voy a permitir que otra que no sea alguna de nosotras se vaya de excursión a por los tesoros de Roma —me dice por lo bajo mientras mi mirada se encuentra con la suya a través del cristal de la puerta. Y es una mirada que anuda mi interior e instala cientos de hogueras en mi vientre.

—Luego —le repito, soltándome de sus ojos y sintiendo el vértigo crear una especie de vacío dentro de mí—, te lo prometo —añado

justo cuando una furgoneta se detiene frente a la terraza, captando mi atención.

—Más te vale, o dejaré de ser una buena amiga para convertirme en una zorrona —me suelta, provocando mi sonrisa. Una sonrisa que ensancho cuando veo a los miembros del grupo descender del vehículo.

—¡Ya están aquí! —exclamo viendo cómo Marco y sus colegas se acercan para saludarlos y echarles una mano mientras mi otra amiga llega por la acera—. Y también Liv —comento mientras veo cómo se detiene para empezar a babear. Y tengo claro que, si hay alguien megafeliz en estos momentos, esa es mi amiga—. ¡Casi lo olvido! Tenemos que emborracharla —le cuento en un murmullo, sonriendo muchísimo, sin poder dejar de mirarla.

—¿A quién? ¿A Liv? ¿Por qué?

—Porque es muy probable que Jakob venga, y necesito que se suelte —le respondo, pasando de lo que está sucediendo fuera para centrarme en Breen, que está sonriendo tanto como yo.

—Tanto como tienes que soltarte tú para ir en busca del tesoro.

—Cierto. Pero ella más, ya sabes lo tímida que es.

—Lo tuyo es peor, que eres una estirada de cuidado.

—¿Puedes dejarme en paz? Mi tema ya está claro.

—Imposible, no dejo de recordar la estupidez que acabo de hacer. O no, si no te arrodillas frente a él. Dime que no vas a hacerlo... Tía, no me jodas, que yo también necesito ir a terapia por culpa del puto juez. Además, yo he sido buena amiga, ahora te toca a ti serlo. No olvides que lo tuyo es mío y lo mío es mío —me suelta, provocando mi risotada, porque no puede ser más cierto.

—Ya veremos —pronuncio antes de salir, oyendo sus quejas de fondo mientras yo sigo carcajeándome, muy decidida a disfrutar todo lo que pueda de lo que la vida me tenga reservado.

Y me dirijo hacia Liv, pasando de Marco, sin hacerlo en realidad, porque sigo pensando que mi cuerpo tiene una especie de radar para detectar el suyo, incluso su mirada, que en estos momentos siento dentro de mí, algo que nunca me sucedió con él, posiblemente porque nunca me miró de verdad.

—Amiga, ¿necesitas que te limpie las babas? —le ofrezco a Liv, rodeándole la cintura con un brazo, sintiendo la ilusión y la felicidad pasearse por mi pecho, incluso marcarse un bailecito. Y podría etiquetarlas como emociones erróneas, porque está claro que tienen mucho que ver con la opción A, solo que no voy a hacerlo. Voy a dejar que fluya, porque supongo que ir a terapia es eso: aceptar lo que estás sintiendo en cada momento siendo sincera contigo misma.

—¿Has hablado con ellos? —me pregunta, sin quitarles la vista de encima, rescatándome de mis pensamientos.

—No, estaba dentro, pero podemos ir a saludarlos ahora si quieres. No olvidemos que soy la dueña y que tengo que ser simpática y todo eso, y tú eres mi amiga y tienes que ser tan simpática como yo —contesto, guiñándole un ojo.

—Si no me muero de vergüenza antes.

—Si no lo hiciste ayer, con Jakob, no vas a morirte ahora —replico, divertida.

—¿Qué dices? —susurra con el sonrojo adueñándose de su bonito rostro.

—La verdad. Venga, vamos —la apremio, y veo salir a Breen de la cafetería para unirse a nosotras, que ya hemos empezado a acercarnos al grupo—. ¡Hola, chicos! Muchas gracias por tocar aquí esta tarde. Soy Silje, la dueña de la cafetería, y ella es mi amiga Liv —los saludo, ofreciéndole la mano al vocalista mientras el batería se acerca a nosotras seguido por el guitarrista y otro chico de pelo

largo, que no sé quién es, porque no soy tan fan de ellos como mi amiga.

—Estamos felices de poder tocar aquí —me contesta con simpatía, correspondiendo a mi saludo mientras mi amiga enmudece por completo.

Y tanto que vamos a emborracharla.

—Hola, soy Silje —voy saludando al resto—. ¿Os apetece comer o beber algo? Tenemos un montón de comida ahí dentro.

Con la que vamos a indigestarnos como esto no se llene.

—Agua... si es posible —me contesta el del pelo largo.

—¡Ey, hola! —interviene Breen con todo su aplomo, que es muchísimo. Pobre juez—. Soy superfán vuestra. Me encanta el último tema que habéis sacado, ¡es una pasada! —los halaga, adueñándose de la conversación, mientras Liv sigue sin articular palabra.

—Liv también es superfán vuestra, ¿verdad? —meto baza, y veo cómo les ofrece la mano con toda la vergüenza del mundo.

—Encantada. Todo el álbum es increíble —oigo que les dice muy bajito mientras un grupo de chicas se acerca por la calle sin quitarles los ojos de encima.

Estas vienen aquí, seguro. Y estoy a nada de ir a abrazarlas y darles las gracias muy fervientemente por honrarnos con su presencia. Y, no, no estoy siendo nada exagerada; solo estoy siendo agradecida. Porque no olvidemos que tengo pizzas y cruasanes rellenos para alimentar a todas estas islas durante una semana entera, y Dios sabe que mi familia y yo estamos hasta las narices de comer las sobras, que serán muchas si no viene nadie o esto no se llena. Mucho, además.

—Voy a por el agua —les digo sintiendo cómo una sonrisa se instala en mi rostro.

Una sonrisa que ya no borro en ningún instante, porque tras esas chicas llega otro grupo de gente joven, más otro, más otro, más Jakob y sus amigos, además de mi familia, de los Jensen y muchísimos de los clientes que antaño frecuentaron la cafetería y que todavía no se habían decidido a venir.

Dios mío de mi vida. Con la sorpresa y la admiración colmándome por dentro, detengo la mirada en la terraza y en la ancha acera, atestada de personas, que entonan y bailan la canción que el grupo está tocando. Y todas ellas han entrado previamente a la cafetería y han asaltado la mesa de la comida hasta el punto de que hemos llegado a estar hasta tres personas atendiéndola, y no solo eso, sino que siguen entrando a por más.

Suerte que no he intervenido demasiado en los planes de Loki en lo que respecta a las cantidades porque, con las pocas esperanzas que tenía puestas en esta inauguración, me habría quedado sin nada a los pocos minutos. Esbozo una sonrisa luminosa cuando me giro hacia el interior y veo a un montón de gente haciendo cola frente al mostrador, donde hay que pagar. Me parece que hoy, por fin, los ingresos igualarán los gastos. O incluso puede que los superen como esto siga así. Y sonrío mucho más.

—De nada —me dice Marco, colocándose a mi lado y manteniendo mi sonrisa en mi rostro.

—Perdona, acabo de tomarme un respiro. Qué barbaridad la cantidad de gente que ha venido —le comento, percibiendo la sensación de corrección llegar para instalarse en mi interior. Solo que esta vez no la catalogo como errónea, sino que la acepto sin ponerle ningún tipo de cartelito, como tantas veces me ha aconsejado Sonia que haga. Y detengo mi mirada en ella, que está riéndose junto a mis padres y Sven. Va a durar aquí lo mismo que la comida en la mesa. Sonrío para mis adentros ante la llegada de ese pensamiento.

—Sigo sin oírlo —murmura cerca de mi oreja, consiguiendo que la sonrisa regrese a mi rostro. Por todo.

—Gracias. La verdad es que has superado todas mis expectativas —reconozco con total sinceridad.

Y es cierto que mis expectativas estaban por los suelos, pero, si no hubiera sido el caso y las hubiera tenido por las nubes, donde acostumbran a estar, también las habría superado.

—De nada. ¿Estás mejor del brazo? —me pregunta mientras yo abrazo este momento que siento perfecto: las lucecitas de las guirnaldas iluminando la terraza, el grupo tocando, mis amigas cantando a voz en grito en primera fila, la gente bailando, el sol todavía brillando y su cuerpo casi pegado al mío. Y si lo siento perfecto es por él.

—Sí, ha sido más el susto y lo que me impresiona la sangre que el arañazo en sí —le contesto, girándome para mirarlo y perdiéndome en el color oscuro de sus ojos durante unos instantes—. Es verdad lo que has dicho antes —añado, incapaz de poder frenarlo.

—¿El qué de todo? —me cuestiona con seriedad, sosteniéndome la mirada e insonorizando mi mundo, tal y como ha hecho hace unas horas.

—Que no me he implicado de verdad en esto.

—¿Con «esto» te refieres a la inauguración? —inquiere, enarcando una ceja, con un amago de sonrisa bailando en sus labios.

—¿Hay más? —le pregunto, sonriendo por los dos.

—Siempre hay más, *principessa* —me responde con condescendencia.

—No en este caso... Y, sí, me refiero a la inauguración —le aclaro, alejándome de su mirada para posarla en el grupo, sintiendo la necesidad de gritar en mi piel.

Necesidad de acercarme más, de cargarme lo dicho ahora mismo, de pegarme a su cuerpo y sentirlo en el mío. Y es una necesidad tan cruda y real que, aunque no hubiera hablado previamente con mi hermano o con Breen, la habría sentido de igual forma.

—¿Por qué si la cafetería es tan importante para ti? —me susurra, erizándome la piel cuando sus labios me rozan la oreja durante unos breves segundos.

—Ven, aquí hay demasiado ruido —le digo, cogiéndolo del brazo antes de bordear la terraza y dirigirme hacia el patio trasero, donde hemos dejado todas las mesas y las sillas que suelen estar en la terraza.

Capítulo 29



SILJE

—Si te lo cuento, no puedes enfadarte —le advierto, soltándolo y echando inmediatamente de menos el calor de su piel en la palma de mi mano.

—Esa frase suele ser el preludio de una discusión, *principessa* —pronostica, enarcando una ceja y emanando masculinidad por todos los poros de su piel.

—No tiene por qué —le rebato, obligándome a centrarme.

—Suéltalo.

—Supongo que no confiaba demasiado en ti ni en tu capacidad para atraer a la gente —le confieso, sosteniéndole la mirada, tan cerrada como una noche sin estrellas.

—Muchas gracias.

—No me malinterpretes. Lo que sucede es que, por regla general, nadie suele cumplir mis expectativas. Sin olvidar que hemos pasado una semana de pena en la que hemos conseguido fidelizar a muy

pocos clientes, y ni eso, porque ni la familia ni los amigos deberían contar... Supongo que no quería ilusionarme para no llevarme otro chasco e, inconscientemente, he preferido desentenderme un poco del tema y dejarlo en tus manos y en las de mi hermano para no sentir más el peso del fracaso sobre mis hombros —le respondo con total sinceridad.

En otras circunstancias, admitir esto me habría costado la vida y habría necesitado cientos de batallones para empujar cada palabra, pero llevo tantas decepciones acumuladas durante esta semana y he verbalizado tantas veces que no está funcionando como esperaba que me he acostumbrado a decirlo sin que me cueste tanto, a pesar de que sigue doliéndome igual o más que el primer día.

—No has fracasado. Acabas de abrir, y esta cafetería no es que esté situada precisamente en la Piazza Navona; está en un pueblucho que apenas tiene habitantes.

—Gracias por lo de pueblucho.

—Oye, me encanta este pueblucho y me encantas tú, aunque me hayas dejado —musita con voz ronca, dando un par de pasos para acercarse más a mí mientras yo me muevo hasta quedar apoyada en la pared.

—Seguro —susurro sonriendo, sintiendo el ambiente tornarse electrizante y la necesidad regresar de donde fuera que estuviera para gritar en mi piel y tensar mi vientre con fuerza.

—Por cierto, aunque me hayas dejado, tenemos una apuesta que hay que cumplir... si no recuerdo mal.

—Y, si no recuerdo mal, tú no besas —replico, sin poder alejar mi mirada de la suya, con el deseo batiendo sus alas en mi vientre.

—*Principessa*, no puedo estar repitiéndotelo todo tantas veces: que no quiera vivir en el mundo de las nieves no significa que no me guste ir a la nieve de vez en cuando.

—Y el mundo de las nieves sería algo así como normalizar los besos, ¿cierto? —le pregunto, antes de soltar una carcajada que aligera momentáneamente el ambiente.

—Cierto... Y ahora, ¿me recuerdas la apuesta?

—Si no se llenaba, me besarías para consolarme, o algo así. Y, si se llenaba, yo te daría las gracias, o algo así.

—¿Y cómo tienes pensado darme las gracias, exactamente? —quiere saber, apoyando la palma de la mano en la pared, justo al lado de mi oreja, mientras acaricia mi costado con un dedo.

—Con un simple «gracias» creo que es suficiente —contesto, intentando que mi voz suene lo más firme posible y que no me intimide el magnetismo que desprende.

—Hay tanta gente que no caben en la terraza ni en la explanada de al lado, y muchos de ellos están ocupando la acera y la calzada. La suerte que tienes es que no hay tráfico. Un simple «gracias» no es suficiente. Además, creo que no iba por ahí —remarca con la voz cargada de intensidad, dejando de acariciar mi costado para aferrar mi cintura con posesión.

—El tema es que no quiero que te confundas y te creas lo que no es.

—Tranquila, no soy de los que se confunden. Cuando quieras, estoy esperando —musita, sin alejar la mirada de mis labios, atando mi vientre con cientos de nudos.

—¿No me digas que estás deseando ir a la nieve?

—Y quedarme un fin de semana entero —añade, esbozando la sonrisa más arrogante que le he visto hasta ahora. Y no solo es su sonrisa, es todo en su conjunto, porque no sé si es consciente de ello, pero desprende arrogancia por todos los poros de su piel.

—Mucho tiempo para no gustarte, ¿no te parece? —inquiero siguiéndole el juego, como siempre.

—No, cuando no tengo intención de salir de la habitación.

—Ir a la nieve y no hundir los pies en ella es una estupidez.

—La estupidez es lo que estás tardando en besarme —masculla mientras yo separo la espalda de la pared para arrimarme a su cuerpo.

Por fin. Siento cómo la sensación de estar en el lugar correcto llega para sumarse a las muchas sensaciones que aparecen cuando estoy a su lado mientras mis formas se adaptan a las suyas y el deseo nubla mi cabeza, porque en estos momentos solo puedo pensar en esto. Y acerco lentamente mis labios a los suyos, decidida a disfrutar de este beso que puede que sea el último.

Cierro los ojos y hundo los dedos en su pelo al tiempo que me pego a su erección, percibiendo mi respiración acelerada encontrarse con la suya; su mano en mi nuca, presionando; su otra mano aferrando mi cintura con fuerza, y la música llegando distorsionada a mis oídos mientras acerco poco a poco mis labios a los suyos, disfrutando de ese momento previo que solo es el preludio de lo que vendrá después. Rozo sus labios, quedándome en ellos, respirando el mismo aire que respira él, notando la fuerza con la que está sujetándome, como si temiera que pudiera echarme atrás.

—Tómate el tiempo que necesites —me dice con sorna, sonriendo en mis labios y consiguiendo que sonría en los suyos.

—Ya te estoy besando.

—Seguro que puedes hacerlo mejor, recuerda la cantidad de gente que ha venido —musita con voz ronca, acariciando mis labios al hablar, ejerciendo más presión en mi cuello para pegar mi boca más a la suya, y freno como puedo el gemido que casi escapa de mi garganta.

—Es verdad —susurro, y finalmente atrapo sus labios con los míos.

Me fundo con su cuerpo y dejo de frenarme para gemir y frotarme contra su erección, con mi lengua yendo al encuentro de la suya y nuestros labios descubriéndose de nuevo. Y esta vez soy yo la que ejerce presión con la mano para pegarlo más a mi boca, siendo tan avariciosa y exigente como lo está siendo él. Cuando me alza y apoya mi espalda contra la pared, enredo mis piernas en torno a su cintura mientras mis caderas lo buscan y lo encuentran y mis gemidos se entremezclan con los suyos.

—Necesito follarte ahora —masculla sin alejar sus labios de los míos.

—Se suponía que solo era un beso.

—Y tú suponías que no iba a venir nadie —me rebate, impulsando las caderas hacia delante y hacia atrás como si me estuviera follando, sin alejar sus labios de los míos y convirtiendo mi sangre en lava.

—No podemos, nos puede ver alguien —musito, buscando mi placer a pesar de la ropa que separa nuestra piel.

—Me importa una puta mierda —sisea metiendo la mano por dentro de mi camiseta para buscar mi pecho, siguiéndome el ritmo con las caderas, sin alejar sus labios de los míos.

—Mi familia, mis amigos y mis clientes están a unos pasos de nosotros.

—¿Y crees que van a venir a por una mesa o una silla cuando las tienen dentro? —me pregunta con sequedad, deteniéndose e instalando el anhelo, e incluso la añoranza, en cada célula de mi cuerpo.

—No, no creo —susurro moviendo las caderas suavemente, incitándolo, buscándolo, queriendo que siga, que no se detenga.

—Todo dicho, entonces —farfulla entre dientes, bajándome al suelo.

Saca un preservativo del bolsillo trasero de sus pantalones mientras yo se los desabrocho y le bajo la cremallera, para acabar acariciando su erección por encima de la tela de sus *slips* y sintiéndome tremendamente afortunada de poder vivir esto de nuevo con él.

Y, sí, la palabra es *afortunada*, soy consciente de ello.

—Este pantalón te sienta de la hostia y me has tenido todo el puto día mirándote el culo, pero con él puesto no creo que podamos follar —me dice, esbozando una sonrisa que licua mis huesos e instala el fuego en mi vientre—. Quítatelo ya —me ordena con seriedad.

—Esto es una locura —musito mirando hacia los lados, con el temor de que pueda aparecer alguien y pillarnos.

—Las mejores cosas suelen serlo, no voy a repetírtelo —masculla con seriedad, llevando la mano a mi pecho para empezar a acariciar mi pezón mientras la música y el griterío de la gente llegan de nuevo hasta mis oídos ahora que la sensatez está regresando de puntillas.

—Aquí no, ven —le pido, cogiendo su mano para llevarlo hasta la pequeña casita de madera donde solemos guardar un poco de todo, como los enseres de la terraza que no pueden mojarse, las herramientas o cualquier cosa que no encuentre su lugar, que son muchas.

—Joder, esto es minúsculo y está hasta arriba de trastos. ¿Dónde se supone que vamos a follar? —me dice cuando accede a ella.

—Seguro que conseguimos encontrar un hueco y aquí nadie puede vernos —musito, llevando mi mano hasta mi pecho para acariciar mi pezón, deseando que se centre en mí y retomarlo donde lo habíamos dejado.

—Quítate toda la ropa.

—¿Toda?

—¿Estás sorda?

—Quítatela tú también.

—Solo si cambias de idea —me suelta con seriedad, atrapando mi mirada con la suya, completamente impasible, mientras que yo estoy al borde del orgasmo.

—¿Referente a qué? —le pregunto, perdida y tan excitada que incluso me duele el cuerpo.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé, ¿puedes aclarármelo? —inquiero, y esta vez soy yo la que se come la distancia que nos separa para colar la mano por dentro de su camiseta y acariciar su piel.

—¿Sigues queriendo que me marche? —me dice sin tocarme, sin moverse, sin alejar sus ojos de los míos.

—Acabo de pedirte que te quites la ropa.

—Ahora, ¿y luego?

—¿Vas a quedarte en la nieve? —le pregunto, arrancándole una carcajada.

—¿Es tu condición?

—Pero solo cuando follemos.

—Ni antes ni después.

—Le tienes bastante miedo al después, ¿no? —musito sonriendo, subiendo mi mano hasta su pecho para acariciar su pezón, y veo cómo su respiración se altera ligeramente.

—¿Eso piensas?

—Sí, eso pienso.

—Pues, entonces, ya sabes lo que hay.

—¿Te quedas en la nieve o no? —lo presiono, viendo la duda en sus ojos.

Y es una duda que baila en sus ojos y que presiona mi pecho durante los breves segundos en los que se mantiene en silencio.

—Me quedo —afirma finalmente, aligerando esa presión y provocando mi sonrisa. Porque me encanta la nieve, sobre todo la que tiene que ver con él.

—Perfecto, pues entonces no te marches —contesto, dando un par de pasos hacia atrás para seguidamente quitarme la camiseta mientras él no aparta la mirada de mí—. La tuya —le digo, y veo cómo se la pasa por encima de la cabeza, premiándome con su montaña rocosa.

—Sigue —me ordena, devorándome los pechos con la mirada, y me deshago del sujetador, dejando mis pechos libres—. Pedazo de tetas tienes.

—Qué bonito, parece que tengas quince años —me meto con él, que adelanta los pasos que yo he retrocedido para acercarse a mí y atrapar uno de mis pechos con su mano.

—Los críos de quince años no tienen ni puta idea de qué va esto, por muy listos que se crean. Los pantalones.

—Los tuyos —musito, sintiendo mi centro completamente líquido y el deseo enroscarse caliente en mi vientre mientras hago lo que me pide, sin poder quitarle la mirada de encima.

Por Dios. Lo admiro cuando lo tengo desnudo frente a mí. Por supuesto que esto va a ser como ir a terapia. Y menuda terapia. Me relamo mientras se enfunda el preservativo, y siento cómo mi vientre se contrae muy fuerte cuando alza la mirada y se encuentra con la mía con toda su magnificencia.

—Nada de gemidos por lo bajo, te quiero gritando, ¿está claro? —masculla, cogiéndome en volandas para llevarme hasta el único trozo de pared que queda libre y apoyar mi espalda en ella.

—Y yo quiero que me folles muy fuerte, ¿está claro? —le pregunto, cogiendo su miembro para guiarlo hasta mi mojada abertura.

—Joder, está clarísimo —farfulla, y se inserta hasta el fondo de un empellón, arrancándome un gemido, que atrapa con sus labios—. Nena, eres una puta pasada —ruge, empezando a moverse mientras me aferra con la misma potencia con la que entra y sale de mi interior, y yo rodeo su cuello con mis manos, sin alejar mis labios de los suyos, sintiéndome completamente llena de él—. No te estoy oyendo. Te he dicho que grites —me exige entre dientes, bombeando con ferocidad a un ritmo vertiginoso, incluso febril, que llena de fuego mi vientre y convierte mi cuerpo en un amasijo de sensaciones. Y echo la cabeza hacia atrás en busca de un poco de aire mientras mis gemidos se solapan los unos con los otros.

—¡Sí, sí, sí...! ¡Dios... sí! —grito, sintiendo el placer recorrer mi cuerpo en oleadas ardientes mientras el mundo se desdibuja a mi alrededor.

«Que no acabe, que no acabe, que no acabe nunca...».

Nos besamos con voracidad, con nuestros dientes chocando, nuestras manos marcando y mis pechos balanceándose frente a él.

El calor quemando, el deseo engulléndonos, mis gemidos, los suyos, el orgasmo explotando. El mundo regresando.

—Dame un segundo, necesito que mis piernas recuperen la fuerza —le pido, temiendo que me suelte y caerme.

—Dame un segundo tú a mí —me pide él, apoyándose en mi pecho, con la respiración tan agitada como siento yo la mía—. Joder, *principessa*, me tenías ganas, ¿eh? —me suelta con insolencia, provocando mi sonrisa mientras mi pecho sube y baja al mismo ritmo que el suyo.

—Las ganas me las tenías tú a mí, ya puedes soltarme —le indico, decidida a ser yo la que enfrente siempre el después.

Y ahora en serio: no sé a qué ha venido la rayada de estos días cuando está claro que, por mucho que me guste, no voy a

enamorarme de él. Porque el amor es otra cosa, no solo una cara de anuncio, un cuerpo de infarto o buen sexo. El amor es complicidad, es conexión, entenderse con una mirada, amar con todas las fibras de tu ser y sentir que todo es mejor cuando estás al lado de esa persona. Es saber que es él y que lo quieres todo con él, no hay más. Y, sinceramente, dudo mucho que llegue a sentir todo eso por Marco cuando en mi interior todavía perduran unas raíces que no son las suyas.

—Seguro, llevas todo el día mirándome de reojo —me suelta, divertido, saliendo de mi interior para a continuación depositarme en el suelo.

—Eso es lo que te habría gustado —le rebato, sonriendo muchísimo mientras veo cómo se quita el preservativo. Menudo espectáculo para la vista—. Toma —añado, ofreciéndole unas cuantas servilletas de papel para que se limpie.

—No estás cayendo en la cuenta de que, si te he pillado mirándome, ha sido porque yo también lo estaba haciendo —remarca, alzando su mirada para atrapar la mía.

—¿No irás a ponerte en plan romántico? —le pregunto, arrancándole una carcajada profunda.

—No creo que llegue a tanto el asunto. En realidad, lo que quería era mirar tu culo.

—Vuelves a tener quince años —lo reprendo, divertida, empezando a vestirme, y me doy una colleja mental por haberme planteado siquiera la mera posibilidad de enamorarme de él. Por favor.

—Un crío de quince años no te hubiera hecho gritar como has gritado conmigo —me suelta, poniéndose los *slips* y protagonizando un anuncio que solo puedo ver yo.

Bendita sea Roma y sus romanos.

—¿Qué pasa, que tú con quince años todavía no sabías dónde la tenías? —replico entre risas, terminando de vestirme.

—Mejor no te digo lo que hacía ya con quince años.

—Sí, mejor no me lo digas. Cierra cuando te marches —le pido, escabulléndome y saliendo a toda prisa, porque llevo bastante rato desaparecida y pueden haberme necesitado.



—Tú y yo tenemos un trabajito que no estamos haciendo —le digo al oído a mi amiga Breen mientras ella se gira hacia mí a toda prisa.

—¿Huelo a sexo?

—¿Acaso te has convertido en perro?

—¿No me digas que has empezado a ir a terapia?

—Acabo de tener mi primera sesión.

—¿Y cómo ha ido?

—De maravilla: me gusta mi terapeuta, sabe lo que se hace y he terminado bastante satisfecha con nuestra sesión.

—Cabrona, ni se te ocurra arrodillarte.

—Tranquila, lo tengo en cuenta. Venga, vamos a lo importante, que tengo que entrar a ver cómo va todo.

—Es verdad, que llevas un rato dándole que te pego... A la lengua, digo —me suelta, provocando mis risas, mientras Liv canta a voz en grito la canción que está sonando, completamente feliz y ajena a lo que Breen y yo tenemos en mente.

—¿Dónde tenemos al otro terapeuta?

—¿Te refieres a Jakob?

—No, a Sven. ¿Puedes no decir su nombre en voz alta?

—Perdona, la falta de carbohidratos me tiene lenta de reflejos. Igual podríamos compartir la pasta que te estás comiendo, ¿no te parece? ¿Dónde lo habéis hecho?, ¿en el baño? Ah, no, espera... En la casita de atrás, ¿verdad?

—¿Quieres callarte? ¿Qué está bebiendo? —le pregunto, moviéndome para ver el botellín que debe llevar horas en la mano de mi amiga, porque a Liv la cerveza no es que le vaya mucho—. Necesitamos vino.

—Venga, sácale una copita.

—Mejor saco la botella y os lo bebéis a morro —bromeo, divertida.

—Todo sea por la amistad, pero tú también bebes.

—Soy la dueña; no puedo beber directamente de la botella, quedaría fatal. Además, era broma, idiota —le digo entre risas, antes de echar a andar hacia el interior de la cafetería, viéndolo de reojo y sintiendo que algo muy parecido a la ilusión aletea en mi pecho.

Capítulo 30



MARCO

La observo salir de la cafetería cargada con un par de vasos, que les ofrece a sus amigas, para luego quedarse con ellas y comenzar a bailar mientras yo no puedo quitarle la mirada de encima. Tal y como me ha sucedido a lo largo de todo el jodido día. Y, durante unos instantes, recuerdo cómo mi corazón se ha detenido en seco y mi voz se ha quedado atascada en mi garganta cuando el escalón en el que estaba se ha roto y he oído su grito, el alivio que he sentido al tenerla entre mis brazos y el acojone que ha llegado luego, cuando le he visto la sangre. Por suerte, no ha sido nada, pero podría haber sido mucho si yo no hubiera estado sujetando la escalera.

Puta escalera y puto día de mierda que he llevado hasta que he decidido quedarme en la nieve.

Detengo la mirada en su melena rubia, que sobresale entre el resto de las cabezas, para luego seguir mi recorrido visual por las

muchísimas personas que bailan al son de la canción que suena, la tararean y se lo pasan bien, mientras que yo no tengo muy claro cómo me siento ante esta situación que me tiene bastante desquiciado, porque mi sentido común me dice que haga una cosa, y luego voy y hago otra completamente distinta.

Agobiado de repente con todo esto que no sé muy bien cómo gestionar, empiezo a sortear a la gente para largarme de una vez, porque llevo todo el jodido día aquí metido y necesito estar un rato a solas.

Por fin. Respiro con cierto alivio cuando los dejo atrás y veo la moto esperándome.

—¿Te marchas sin despedirte? Qué feo está eso —oigo su voz a mi espalda y sonrío.

—*Principessa*, te lo he dicho muchas veces: no puedes seguirme allá donde vaya, porque entonces le restas emoción al asunto —fanfarroneo, girándome para mirarla, sin borrar la sonrisa de mi rostro.

—Creía que el asunto era tú y yo desnudos después de currármelo mucho. Algo que no he tenido que hacer, si me permites decirlo, porque ha sido bastante fácil dejarte en pelotas. Hace nada, sin ir más lejos —me recuerda con insolencia, arrancándome una carcajada mientras la veo acercarse lentamente a mí, sin quitarme la mirada de encima.

—Cierto... Y si quieres podemos repetir ahora mismo, solo tenemos que cruzar la acera y subir hasta mi habitación —le propongo, modificando mis planes, antes de alargar la mano para aferrar la cinturilla de sus vaqueros y tirar de ella para acercarla de una vez a mí.

—No puedo, pero gracias por el ofrecimiento —contesta, y yo niego con la cabeza mientras suelto la prenda para subirme a la

moto—. Solo quería agradecerte todo lo que has hecho.

—Sigues siendo demasiado evidente; eso ya me lo has dicho antes —le comento, guiñándole un ojo, deseando pedirle que se venga conmigo, pero silenciando cada palabra. Porque su lugar ahora está en su cafetería y yo necesito estar un rato a solas.

—De todas formas, quiero agradecértelo de nuevo. Esto no habría salido tan bien si tú no te hubieras implicado tanto, así que muchas gracias.

—Recuerda que tu vida estaba en juego, *principessa*, así que no me quedaba otra que esforzarme más de la cuenta —le digo, citando sus palabras.

—Creía que mi vida era algo más que esta cafetería —me recuerda esta vez las mías.

—Y lo es, por eso estás aquí y no allí. Nos vemos, nena. Pásatelo bien, te lo mereces —añado, guiñándole un ojo, antes de ponerme el casco y largarme en busca de velocidad y de silencio.

Capítulo 31



SILJE

Me quedo de pie en la acera, viendo cómo se aleja hasta desaparecer por completo de mi campo de visión y, aunque es cierto que nunca me dijo que fuera a quedarse hasta el final, me habría gustado que lo hubiera hecho.

Sumida en mis pensamientos, me giro hacia la muchísima gente que abarrota la acera y parte de la calle y que hoy se ha enterado, por fin, de dónde estamos y ha probado nuestra comida. Y ha sido gracias a Marco y a mi hermano, que se han implicado, de verdad, en esta inauguración. Y en algún punto indeterminado de mi pecho, siento el pellizquito de la culpabilidad, porque yo me he implicado más bien poco.

Y, a pesar de no haberlo hecho, ha sido un completo éxito. Menuda dosis de humildad, porque siempre he creído que las cosas salían mejor si pasaban por mí y, por primera vez, han salido increíblemente bien sin que yo haya tenido que mover apenas un

dedo. Y echo a andar hacia el griterío mientras recuerdo el momento en el que le he dejado caer que mi vida era algo más que esta cafetería, cuando, en realidad, no es cierto.

Esto es mi vida, lo que me impulsa a levantarme cada día y lo que me ayudó a seguir adelante cuando mi mundo se cayó, porque lo sentí así, desplomado en el suelo, donde estaba yo. Detengo mis pasos para permitir que los recuerdos me alcancen. Y me veo de nuevo acostada en la cama, sin fuerzas para levantarme; las lágrimas que nunca se secaban; el sentimiento de traición junto con la desesperación que me robaba el aliento; mis intentos por disimular frente a mi familia y hacerles creer que lo iba superando, cuando nada más lejos de la realidad; esa noche, en la cocina, cuando mi madre me propuso reabrir la cafetería de la señora Anette, y cómo hice de ese plan el motor de mi vida.

Esa noche, tras hablar mucho con ella, me prometí que iba a superarlo de una vez por todas, costara lo que costase, y cuando oía las pisadas de la tristeza acercarse, me las ingeniaba para esconderme de ella buscando la ilusión en todo lo que tenía entre manos o cargándome con más trabajo. Supongo que superé mi dolor dejándome la piel en el curro, en la reapertura de este negocio y en la reforma de la casa de mis abuelos porque temía detenerme, concederme un poco de tiempo libre y que los recuerdos y la añoranza me asaltaran. Porque, aunque suene contradictorio, a veces se añora lo que te ha hecho daño, lo que te ha roto e incluso lo que ha desdibujado quién eres, quizá porque fuiste muy feliz durante ese tiempo en el que viviste engañada... Por eso mi cafetería es mi vida, porque es lo que me permitió seguir adelante cuando abrí los ojos y me quedé a oscuras en el centro del derrumbe.

Alzo la mirada del suelo mientras el presente se dibuja lentamente frente a mí, solo que el dolor ha conseguido escabullirse y, en lugar de quedarse en el recuerdo de esos días, ahora lo tengo palpitando muy fuerte en mi garganta, como siempre, porque mi pasado siempre será esa sombra alargada que ensombrecerá, en mayor o menor medida, lo que sea que esté viviendo. Y me obligo a cerrarles la puerta a los recuerdos y a su rostro, al tiempo que reanudo mi camino hacia mi sueño, viendo a mis amigas seguir dándolo todo, tan en primerísima fila que, en cualquier momento, terminarán encima del escenario; a Jakob, unas filas por detrás con sus colegas, y las miradas furtivas de Liv, que cada vez va más achispada, cortesía de Breen, que ha pasado del vaso y lleva la botella en la mano. Ellas también fueron apoyo y consuelo, y a ellas les debo tanto como a mi familia.

—Te estábamos buscando, hija. Nosotros nos vamos ya —me dice mi madre, saliendo a mi encuentro junto con Sonia, mientras mi padre y Sven las siguen unos pasos por detrás.

—¿No os quedáis hasta que terminen?

—Nosotros ya no estamos para ir dando saltos y preferimos los planes más tranquilos. Vamos a ir a tomarnos un vino a casa —me cuenta, dándome un abrazo en el que me quedo un ratito. Porque, ahora que la tristeza ha llegado, necesito unos minutos para poder librarme de ella.

—Me parece que hoy no va a sobrarte comida, cielo —me comenta Sonia con complicidad cuando paso de los brazos de mi madre a los suyos. Y esto es algo que también hice muchas veces en el pasado.

—Por fin —musito, sintiendo ese latido doloroso perder fuerza en mi garganta.

—Enhorabuena, muchacha —me felicita Sven, sonriéndome con la mirada, mientras yo sigo en los brazos de Sonia y siento cómo la garganta deja de dolerme poco a poco. Porque es cierto que, cuando el pasado regresa, el presente desaparece, pero también es verdad que, cuando el amor llega, la tristeza se va, aunque sea muy despacio.

—Me parece que hoy vamos a librarnos de comer pizza —suelta mi padre con jovialidad cuando voy a abrazarlo.

—¡Papá!

—Hija, ¿qué quieres? Tu madre se aprovecha de que traes comida de sobra para no cocinar, y yo estoy harto de comer pizzas y cruasanes rellenos, por muy buenos que estén —me confiesa, divertido, provocando las carcajadas de mi madre.

Qué bonito debe ser llevar casados tantos años y seguir siendo tan felices y cómplices. Y los miro con ternura y admiración, porque sé que no siempre fue fácil y, aun así, lograron superar todas las adversidades. Como Sonia, que no pudo cumplir su sueño de ser madre y luego perdió a Oskar, su marido; o como Sven, que se quedó viudo cuando Aksel apenas tenía dos años; o como yo... Y todos hemos sido familia, todos nos hemos ayudado, incluso a veces sin ser conscientes de que estábamos haciéndolo. Y todos estamos aquí, en esta acera, riendo, cuando en el pasado lloramos tanto, y es que, como dice mi madre, la vida sigue y todo pasa... Todo, incluso lo que más duele.

—Algún día, esas pizzas y esos cruasanes que tu padre está harto de comer serán un reclamo para la gente del pueblo o los turistas, ya lo verás, cielo. Fíjate la cantidad de gente que ha venido, y a todos les ha gustado la comida.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto para cerciorarme. Porque yo también he tenido esa percepción, pero temo que la ilusión me haya

jugado una mala pasada y, además, Sonia es toda una experta en esto de juzgar las reacciones de la gente.

—Porque, desde que he llegado, me he estado fijando en lo que decían o en los gestos que hacían, y a todos les ha gustado. Es más, muchos han repetido varias veces y han hecho varios viajes al mostrador, no a la mesa de las pizzas.

—Sí, ya lo sé —le respondo, contenta.

—Muchacha, ¿vas a necesitar ayuda para desmontar el escenario y volver a montar la terraza?

—No, tranquilo. Mañana vendrán los mismos chicos que la han montado hoy y lo dejarán listo para que el lunes podamos abrir sin problemas.

—Perfecto, entonces. Si necesitas algo, nos llamas —me dice mi padre, y echa a andar, seguido por Sven.

—¡Pasadlo bien!

—Tú también, cariño —me contesta mi madre, ensanchando la sonrisa que ya dominaba mi rostro.

Por supuesto que voy a pasarlo bien. Y encamino mis pasos hacia esas personas que espero que, en un futuro, sean clientes asiduos de la cafetería, para seguidamente dirigirme a la cocina y ver cómo va todo. Porque, así, a lo tonto, llevo más de media hora desaparecida.

—¡Hola! ¿Cómo vas por aquí? ¿Necesitas un poco de ayuda?

—¿Queda mucho para que termine? —me dice mi hermano, entre divertido y agobiado.

—No tengo ni idea, pero no creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque empezamos a estar bajo mínimos, y eso que había preparado cantidades industriales de todo. Pero, joder, está volando. Al mismo ritmo que lo sacan, se termina.

—Qué maravilla. Espero que eso nos pase muchas veces a partir de ahora —le comento entre risas mientras él rellena a toda prisa más cruasanes—. ¿Quieres que le pida a Leif que entre y te eche una mano? —le sugiero, haciendo referencia a uno de los camareros del DIGG.

—Déjalo, suficiente gente tengo hoy por aquí entrando y saliendo como para añadirle más. Te juro que esta noche voy a tener pesadillas con este relleno. ¿Tú qué tal por ahí fuera?

—Flipando con todo. ¿Has visto la barbaridad de gente que ha venido?

—Y tú, temiendo que no viniera nadie.

—No sabes las veces que me he felicitado, a lo largo de la tarde, por no haber intervenido en la cantidad de comida que tenías que preparar, porque ¡cómo la habría fastidiado!

—Si me permites decirlo, con Marco la has fastidiado bastante.

—Ya no —replico, sintiendo cómo la sonrisa se adueña por completo de mi rostro.

—¿Volvéis a estar juntos?

—Sí, bueno, pero ya sabes... solo sexo, aunque con la excepci...

—¡No me lo cuentes! —me corta entre risas—. ¡Fuera de mi cocina! —me pide mientras yo siento la felicidad bailar en mi pecho al ritmo de mis sueños.

Y no solo baila la felicidad, sino que está bailando todo el mundo. O, más bien, saltando. Y sonrío feliz, viendo a la gente darlo todo, para seguidamente detener la mirada en Holger, que está atendiendo tras el mostrador; en Tom, el encargado de la mesa de las pizzas, y en Leif, que va reponiendo en ambos sitios y echando una mano donde se lo necesita. Y justo eso es lo que va a pasar, que tendré camareros trabajando para mí, que la gente no dejará de entrar y que algún día, tras este mostrador, podré decirle sin que me

tiemble la voz que fue un pedazo de mierda que me hizo el regalo de mi vida, porque, gracias a eso, tengo esto. Y siento que esa certeza llega para brillar en mi interior, como una estrella en el universo.

«No importa lo que te hagan, cielo, sino lo que hagas tú. Sé buena persona y no busques la venganza, porque para eso ya está la vida y te aseguro que no hay nadie más justo que ella», rememoro las palabras que tantas veces oí en boca de Sonia.

Yo podía haberle jodido mucho la vida, pero no lo hice: presenté mi renuncia, preparé mi equipaje y, sin decirle ni una sola palabra a nadie, regresé a mi casa. Y en mi casa, con mi familia, mi vida tomó otro rumbo completamente distinto, que hoy me ha traído aquí. Y voy a disfrutarlo tanto como pueda, por las muchas veces que no pude levantarme de la cama.

—¿Cómo va nuestro plan? —le pregunto a Breen por lo bajo.

—Si nuestro plan consistía solo en emborracharla, va de coña. Si pretendías que hiciera algo con Jakob, hemos fracasado estrepitosamente.

—¿Hemos? Querrás decir «he». Tú, en este caso —matizo, divertida, cogiendo la botella para darle un trago.

—Qué mal. Si yo fuera la jefa, te despediría ahora mismo. Escaqueándote del trabajo y bebiendo alcohol. Menudo ejemplo estás dando a tus empleados —me suelta, haciéndose con la botella de nuevo.

—Por suerte, no lo eres. Además, ni que me la hubiera bebido entera —le replico, viendo a Liv con una sonrisa de oreja a oreja cantar a voz en grito la canción que está sonando—. Pásale la botella a ella, que eres una acaparadora, y mira a ver cómo lo haces, pero quiero a Jakob aquí, a su lado.

—Y yo quiero que envíen a trabajar al Amazonas al juez más odioso del planeta, y en cambio lo tengo aquí, jodiéndome la vida. Te aseguro que yo necesito la botella más que Liv. Mírala, qué feliz está, y encima viviendo con su madre y con su abuela —remata, como si esto último fuera lo más descabellado del mundo cuando para mi amiga no hay nada mejor que vivir con ellas.

—Oye, que no te estoy pidiendo que se acuesten. Solo que hablen un poquito, que él la lleve a casa, que la ayude a subir las escaleras... Ya sabes, lo típico.

—Estamos hablando de Liv, no de ti ni de mí. ¿Puedes centrarte y dejar de pedirme imposibles?

—Tú emborráchala bien y verás cómo todo sale solo. Jakob es un buen tío y no permitirá que le pase nada, y mucho menos va a dejarla tirada si tú desapareces.

—Y luego la cabrona soy yo.

—Oye, que vas a dejarla con Jakob, no con el primero que pase, y él cuidará bien de ella. Venga, seguro que, si te esfuerzas un poquito, lo consigues. Además, estamos hablando de Liv, de la persona más inútil del mundo para beber vino. Dos sorbos más y lo tienes —le suelto, divertida, guiñándole un ojo, antes de girar sobre mis talones. Y me dirijo al interior de la cafetería, de donde ya no salgo hasta muchas horas después, cuando echo el cierre junto con mi hermano, completamente molidos y con una enorme sonrisa en el rostro.

—¿Ha podido ser más bestia lo que ha sucedido hoy? —comenta, tan alucinado como lo estoy yo. Y es que, por mucho que diga, me juego el cuello a que no se esperaba la cantidad de gente que ha venido.

—¿Sabes que hoy, por fin, los ingresos han superado a los gastos, y con diferencia?

—¿No me digas que vas a poder pagarme? —me pregunta, provocando mi carcajada.

—Eso depende de lo que suceda a partir del lunes —le digo, sintiendo los nervios llegar de repente para dominar los latidos de mi corazón. Porque ahora ya saben dónde estamos y han probado nuestra comida y, si no vienen, va a ser una...

Sí que vendrán. Por supuesto que lo harán.

Capítulo 32



SILJE

Conduzco de regreso a mi casa con una enorme sonrisa pintada en el rostro mientras el sol sigue brillando en el cielo, como si se resistiera a cederle su espacio a la noche. Como yo, que tampoco quiero que termine este día, porque ha sido demasiado increíble y no creo que pueda conciliar el sueño, a pesar de lo cansadísima que estoy. Y siento cómo mi corazón se salta un par de latidos cuando veo su moto estacionada donde suelo dejar mi coche, para seguidamente comenzar a latir a toda prisa cuando lo veo bordear mi casa con un ramillete de flores recién cortadas.

—¿Qué pasa, que me echabas de menos? —me pregunta con insolencia cuando me apeo del vehículo.

—No soy yo la que está esperándote en tu casa con flores —le respondo, yendo a su encuentro, sin poder borrar la sonrisa. Y es tan resplandeciente como sigue siéndolo el sol.

—Cierto, porque mi casa está en Roma, no aquí —me replica con voz rasposa, recorriendo mi cuerpo con la mirada y electrizándolo con ella.

—¿Quién es ahora el evidente? —bromeo, deteniéndome frente a él. Y, de pronto, me doy cuenta de que lo he echado de menos, solo que me ha pasado desapercibido entre tantas emociones.

—¿Acaso lo dudas? Oye, no puedes sonreír tanto cuando me ves, porque entonces vas a conseguir que me lo crea más —me suelta con fanfarronería, aferrando mi cintura con su otra mano para pegarme a su cuerpo, al tiempo que acerca su cara a mi cuello para empezar a besarlo, desordenando mi respiración al instante.

Y esto es como si la mismísima Roma, con su pasado y su magnificencia, viniera a mi encuentro para postrarse a mis pies.

—Y eso que ya te lo crees mucho —musito con voz entrecortada, echando ligeramente la cabeza hacia atrás para darle vía libre a todo lo que tenga en mente mientras en la mía resuena un «Gracias» enorme. Porque, cuando Roma echa a andar hacia ti y te convierte en el centro de sus atenciones, no puedes hacer otra cosa más que mostrarte sumamente agradecida.

—¿Tú crees? —me pregunta antes de darme un mordisquito, que es calmado por otro beso. Y me pego un poquito más a él, hundiendo una mano en su pelo para sentir su espesura entre mis dedos.

—Sin ninguna duda —susurro, sintiendo el deseo aletear con fuerza en mi vientre mientras su mano baja hasta mi trasero para hundir su palma en él al tiempo que besa mi cuello con una lascivia que pone mis ojos del revés—. ¿Qué haces aquí?

—He venido para que me digas si estás satisfecha con mi trabajo. No olvides que me has contratado y todavía no me has pagado —me dice, atrapando mi mirada con la oscuridad que brilla en la suya

mientras la piel de mi cuello reclama a voz en grito sus labios de la misma forma en que lo hacen los míos. Porque quiero sentir su lengua enredada con la mía y que volvamos a besarnos como hemos hecho antes.

—No haberte ido tan pronto —le recrimino, pegándome más a su erección, soltando un suspiro—. Les he pagado a todos menos a ti —murmuro, recordando lo cabreada que estaba anoche con él y lo confusa que estaba esta mañana, hasta el punto de dejarlo, cuando ahora nada de eso tiene importancia.

—Perfecto, prefiero cobrar con sexo.

—Ibas a tener sexo de todas formas —susurro, enarcando una ceja, al tiempo que una sonrisa se adueña de mi rostro.

—Qué facilona eres, joder. —Y suelta una carcajada ronca al tiempo que ejerce un poco más de presión con la mano para pegarme más a su erección.

—Facilón tú, que estás aquí de nuevo y, encima, con flores. ¿Son para mí? —le pregunto, bajando la mano hasta llegar a su magnífico trasero.

—No, qué va, son para la vecina de enfrente —me contesta con sorna, consiguiendo que la sonrisa me llegue de oreja a oreja.

—Teniendo en cuenta que no tengo vecinas, gracias, me gusta que te lo curres mucho —le digo, haciéndome con el ramo.

—Solo te estoy enseñando cómo hacerlo para ver si aprendes de una vez.

—El que tiene que aprender eres tú, que eres demasiado básico —me meto con él, encaminando mis pasos hacia el porche, y suelto un grito cuando me carga sobre un hombro—. ¡¿Qué haces?! —exclamo entre risas mientras él se dirige hacia mi casa como si nada.

—Mejorar tu día, *principessa* —me responde mientras la sonrisa se convierte en la dueña y señora de mi cara.

—Ya quisieras —le miento al tiempo que él se descalza sin soltarme.

—¿Abierta? —me pregunta con sequedad cuando comprueba que no tengo la puerta cerrada con llave—. Luego hablaremos sobre esto —masculla entre dientes, para después empezar a subir las escaleras mientras yo siento que la corrección y la plenitud llegan para dominar mi pecho. Y menuda estupidez, porque para nada y porque, además, se suponía que no iba a ponerle etiquetas a lo que sintiera.

—Oye, parece mentira que hayas venido tantas veces a estas islas y sigas con esto —le recrimino empleando el mismo tono cuando me deja en el suelo. Y no por el tema en sí, que me da bastante igual, sino por lo otro, por lo que he sentido antes. Siento, mejor dicho—. En casa de mis padres no hay ni cerradura —le cuento, dejando el ramo sobre la consola, viendo la seriedad dominar sus facciones—. ¿No estarás preocupado? —le planteo, haciendo a un lado mis pensamientos para sonreír por los dos, porque menuda tontería.

—¿Sucedería algo si lo estuviera? —susurra, atrapando mi cintura para pegarme a él con posesión.

—Que no tendría sentido —respondo, relamiéndome ante lo que viene ahora.

—¿El qué, mi preocupación o que quiera que cierres con llave?

—Ambas cosas —musito, y suelto un gemido de pura anticipación cuando acerca los labios a ese punto justo, de mi cuello, donde me late la vida.

—Permíteme que no esté de acuerdo —murmura, antes de besarlo como besaría mis labios, al tiempo que cuela una mano por dentro de mi camiseta para empezar a acariciar mi pecho, arrancándome un gemido entrecortado.

—Necesito darme una ducha.

—Cuando me marche, podrás darte todas las que quieras —murmura con voz ronca, subiendo sus labios hasta mi clavícula para luego seguir su tortuoso recorrido hasta llegar al lóbulo de mi oreja, que atrapa con cuidado entre los dientes.

—¿Ansioso? —inquiero, metiendo una mano por debajo de su camiseta para acariciar sus abdominales.

Bendita sea Roma y sus romanos.

—Mucho, ¿tú no? —me pregunta, acariciando mi pezón, mientras yo me froto suavemente contra su erección.

Dios.

—Muchísimo —le confieso, atrapando su mirada con la mía al tiempo que acaricio su miembro por encima de la tela de sus vaqueros.

—Pues que se note —masculla, dejándose de historias para empezar a desnudarme mientras yo lo desnudo a él, admirándolo con la mirada y con mis manos, que se han vuelto codiciosas de repente y solo desean acariciar su piel broncínea sin dejarse un maldito centímetro por tocar.

—Acuéstate —le ordeno cuando lo tengo completamente desnudo.

—Lo que quieras, *principessa* —me dice, tumbándose en el centro de la cama y mejorando mi fantasía. Y sin dudarlo me siento a horcajadas sobre sus piernas, necesitando besarlo, lamerlo y no dejarme nada.

Y, aunque mi deseo inicial pasaba por perderme en su boca, lo hago a un lado para iniciar mi recorrido por su cuello, que lamo como haría con un helado, para seguidamente comenzar a bajar hasta llegar a su torso, donde mi lengua juguetea con su pezón a la vez que una de mis manos acaricia su miembro, mientras él permanece con los brazos extendidos, ofreciéndome su cuerpo sin reservas y yo lo convierto en mi lugar de peregrinaje y adoración,

explorando, lamiendo y venerando cada centímetro, gimiendo con él cuando mis labios llegan a su magnífica erección para chuparla, lamerla y morir en ella, al tiempo que acaricio sus testículos y mis labios suben y bajan por el obelisco que tiene entre las piernas.

Dios, Dios, Dios, gracias.

Y, de nuevo, me siento tremendamente afortunada por poder chupársela. Y soy consciente de que pensar esto en circunstancias normales en las que el riego llega a mi cerebro sería para abofetearme, solo que no es el caso. Y le doy un lametazo para volver a metérmela en la boca, sintiendo mi centro completamente empapado de tan solo oír sus gemidos.

—Nena, joder —masculla, impulsando las caderas hacia arriba, arrancándome un gemido que se une al suyo. Solo que, antes de que se corra, alejo los labios de su miembro para sentarme de nuevo a horcajadas y seguir masturbándolo, pero con mi sexo—. Hostia, joder —gime, llevando las manos a mi trasero para pegarme más a su tremenda erección, mientras yo sigo moviéndome sobre él, deslizándome hacia delante y hacia atrás, sintiendo cómo mis fluidos empapan su piel y el deseo anuda mi vientre, adueñándose de mis gemidos—. Como sigas así, voy a correrme sin habértela metido —murmura entre dientes, aferrando mis caderas con fuerza para moverme a su antojo y marcar él el ritmo con fiereza.

—Sí, sí... ¡sí! —grito mientras nos movemos como si estuviéramos follando, y el orgasmo se prende caliente en mis entrañas—. Tomo la píldora —le digo entre gemidos, necesitando sentirlo dentro de mí pero como estamos ahora, sin nada que separe nuestra piel.

—Estoy limpio —gime conmigo, atándome a su mirada desbordada de deseo.

—Y yo —musito, moviéndome para llevar la punta de su miembro a mi empapada abertura, para luego empezar a bajar por ella,

muriendo lentamente en mi descenso.

—Joder, me estás matando.

—Ya... lo mismo te digo —gimo, sintiendo la piel erizada, porque había olvidado la increíble sensación de sentir la piel del otro. Y rodeo su cuello cuando se incorpora hasta quedar sentado, con nuestros sexos completamente encajados y nuestros pechos pegados.

Sin moverme, con la respiración tan agitada como la suya, detengo unos segundos la mirada en sus labios, deseando besarlo y que me bese de una vez.

—*Mamihlapinatapai* —pronuncia sorprendiéndome, porque lo último que esperaba era que recordara esa palabra—. Cuando quieras, *principessa*. Tienes vía libre —añade, atándome a sus ojos oscuros mientras lo siento copándome por completo.

—¿Para qué? —le pregunto, como si no lo supiera de sobra. Porque me fastidia bastante que tenga que darme permiso para algo tan básico como es besarnos y porque tengo clarísimo que no pienso dar el paso si no lo da él primero.

—Lo sabes de sobra, joder —masculla, llevando la mano a mi nuca para acercar mis labios a los suyos y atraparlos con rudeza, consiguiendo que caiga al vacío cuando nuestras lenguas se encuentran.

Casa. Donde me quiero quedar. Siempre.

Y empiezo a moverme de nuevo, tan pegada a su cuerpo y a su boca que podríamos pasar por un único cuerpo, sintiendo que ardo entre sus brazos, con nuestros labios desdibujándose en los del otro, tan ansiosos como lo está el sediento de bebida o el hambriento de comida y tan desesperados como lo está el náufrago por ser encontrado.

Me bebo sus gemidos, me como sus ganas y me fundo en su placer, soltando un grito que se entremezcla con su rugido cuando el orgasmo llega fulminante para pasar por encima de nosotros y dejarnos hechos polvo.

—Tienes que repetir lo de esta tarde —me dice, dejándose caer sobre la cama, mientras yo lo miro desde arriba, temiendo apoyarme en su cuerpo y que se crea lo que no es.

—¿Cómo? —inquiero sin saber por dónde va, sacándolo de mi interior para acostarme a su lado, porque no me veo con fuerzas para levantarme todavía, básicamente porque me tiemblan las piernas.

—Iba a comentártelo mientras follábamos, para que no te creas la estupidez esa de que contigo solo follo y con tu hermano hablo de las cosas importantes, pero estabas tan ocupada besándome que no he querido interrumpirte.

—¿Perdona? —le pregunto sin dar crédito, girándome para mirarlo —. Eres tú el que ha empezado a besarme.

—Y tú la que luego se ha pegado a mis labios con saña.

—¡Serás imbécil!

—Espera, que tengo la boca dormida. Te contesto luego —me suelta, esbozando una sonrisa socarrona, mientras yo freno mis instintos asesinos.

—Paso de contestarte, me voy a la ducha —le digo, sintiendo cómo la realidad y la cordura llegan para poner en orden mis pensamientos. Y gracias, porque menuda estupidez he pensado antes: casa y querer quedarme en ella siempre, ni más ni menos. Menuda tortura tener que aguantar su idiotez a todas horas.

—Te lo digo en serio: tienes que repetir lo de esta tarde —me comenta, siguiéndome.

—Qué pronto se te ha despertado la boca.

—Tu trasero es capaz de despertar incluso a un muerto.

—De verdad, siempre termino con los más idiotas —me quejo, disgustada, entrando en la ducha y pasando de él.

—Pues este idiota te ha llenado la cafetería —oigo que me replica mientras yo me relajo bajo el chorro del agua caliente, deseando que se calle de una vez para disfrutar de este momento en silencio.

—Has tenido una buena idea, tampoco es para que te vengas tan arriba —le contesto, haciendo a un lado mis intenciones iniciales para girarme hacia su estupidez, y empezar a babear cuando lo veo limpiándose. Y hasta en esto me parece el tío más sexy del planeta.

Vale, está claro que el sexo y todo lo que tenga relación con el intercambio de fluidos me confunde. Ya está, no hay nada malo en reconocerlo. Por suerte, luego recupero la cordura y vuelvo a ser yo. Y menos mal, porque tiene tela que me sienta afortunada de poder chupársela. Tiene mucha tela.

—Todavía tengo que pagarte, dime a cuánto cobras la hora.

—Repite muchas veces lo de hoy y estaremos en paz.

—Hablo en serio.

—Y yo —me contesta antes de salir del baño, y suelto el aire con fuerza, porque no hay nada que me moleste más que sentir que le debo algo a alguien. Y me doy prisa por terminar, porque para mí es importante aclarar esto.

—Una cosa es el sexo y otra bien distinta es el trabajo —le digo, saliendo de la ducha y alzando la voz para hacerme oír mientras envuelvo mi cuerpo con una toalla, sintiendo que mi sentido común se va a la mierda o se postra a sus pies, lo mismo da, cuando regresa al baño solo con los *slips*.

—Y una cosa es lo que tú quieras y otra, lo que quiera yo —me rebate, quitándome la toalla de un tirón—. Creo que te debo algo —añade, colando la mano entre mis piernas para acariciar mi sexo—.

Joder, te gusta el agua caliente, *principessa*, esto está hirviendo. Fíjate, se hace así —musita, atrapando mi mirada con la suya, para luego caer de rodillas frente a mí— y luego sigues así —añade, abriendo ligeramente mis piernas, para después hundir su boca en mi sexo y arrancarme un grito de placer cuando su lengua barre mi centro y sus manos se anclan en mis caderas.

POR TODOS LOS DIOSES.

Hundo las manos en su pelo, sin poder alejar la mirada de su cara, de cómo sus labios se adueñan de los míos y de cómo su lengua lame mi centro o succiona mi clítoris, convirtiendo mi respiración en un caos descontrolado en el que mis gemidos salen a trompicones, pisoteándose los unos a los otros, al tiempo que mis caderas cobran vida propia para empezar a moverse en busca de este placer líquido que siento anudado en mi vientre.

—Sí, sí... —gimo, sintiéndome de nuevo tremendamente afortunada por tenerlo entre mis piernas y pasando de si es correcto o no, porque ahora lo único que quiero es que no pare nunca y se instale en mi sexo para siempre—. Sí, Marco, síííí, síííííí —gimoteo, moviéndome sobre su boca como antes me he movido sobre su sexo. Siento el orgasmo crecer caliente e imparable, para casi al instante llevarme por delante con la fuerza de un tsunami, consiguiendo que las piernas se me doblen por la mitad y caiga frente a él—. Debería pagarte también por esto —bromeo con voz entrecortada, apoyándome en su pecho mientras él se mueve por los dos para sentarme a horcajadas sobre sus piernas.

—¿Te quedan fuerzas para follarme? —me pregunta con insolencia, liberando su sexo de los *slips* para llevar la punta a mi empapada abertura—. ¿O prefieres que lo haga yo?

—Ni que hubiera sido para tanto —le miento, llevando la mano a su miembro para terminar de encajármelo, deseándolo tanto que no

puedo pensar en otra cosa que no sea en tenerlo muy adentro—. Recuerda que sigues siendo demasiado básico.

—Y tú, sin serlo, todavía no has sabido cómo arrodillarte —me rebate con sequedad, al tiempo que yo hago de su cuello mi punto de anclaje, para empezar a moverme mientras las palabras se derriten con este fuego que está calcinándome por dentro—. ¿Qué te parece mi idea?

—¿Perdona? —le pregunto, deteniéndome, sin soltar su cuello.

—Sobre lo que te he dicho antes de repetir lo de esta tarde —me aclara, impulsando las caderas hacia arriba—. No te pares.

—¿Te refieres al concierto? —inquiero, sintiendo que me resulta difícil poner mi mente en funcionamiento.

—Joder, cómo te cuesta —me contesta, divertido, anclando las manos en mi trasero.

—Imbécil —le dedico, comenzando a moverme de nuevo, percibiendo su aliento en mis labios y frenándome para no besarlo—. Además, ¿es necesario hablar ahora? —le pregunto, rozándolos sin querer y sintiendo cómo tiran de mí.

—Por supuesto, no quiero que pienses que contigo solo follo —me suelta, arrancándome una carcajada, que se solapa con un gemido cuando impulsa las caderas hacia arriba.

—Es lo que haces.

—Por eso tenemos que hablar —me dice, llevando dos dedos hasta mi clítoris para matarme un poco más.

—Claro, porque, si hablamos luego, me enamoraré de ti —me burlo, echando la cabeza hacia atrás, y gimo cuando atrapa mi pezón con sus labios—. ¡Joder! ¡Síííííííí! —grito, sintiendo el placer llegar a todas las células de mi cuerpo, instándome a moverme más rápido.

—Lo sé, nena, soy la hostia. Una vez al mes estaría bien —prosigue, para luego darme un lametazo en el pecho.

—Con una vez al mes, no tendrías suficiente —consigo decir a duras penas.

—Ni tú, y no hablo de esto —masculla, antes de gemir conmigo.

—¿Querrían?

—¿Unirse a nosotros? Aunque quisieran, no los dejaría —me suelta, arrancándome una risotada que se queda a medias cuando el gemido le pasa por encima.

—¿Qué sucede?, ¿no te van las orgías? —le pregunto, incrementando el ritmo al sentir que el orgasmo empieza a formarse en mis entrañas.

—No me gusta compartir. En la cama, la tía es solo mía.

—La tía, qué feo —le recrimino, y suelto un grito al romperme en mil pedazos entre sus brazos, con sus rugidos siguiéndome de cerca cuando se corre conmigo.

D-I-O-S M-Í-O.

Y me apoyo en su pecho, sintiendo mi cuerpo completamente desmadejado.

—He olvidado lo que me estabas diciendo.

—Lo que es admirable es que puedas follar, pensar y hablar al mismo tiempo teniendo en cuenta lo idiota que eres.

—Podría decir lo mismo de ti, con lo que te cuesta pillar las cosas.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que paso de pillarlas? Lo que me interesa no se me escapa —replico esbozando una sonrisa, que ensancho cuando sonríe conmigo.

—¿Y puedo saber qué te interesa?

—Tú no —asevero, levantándome. Porque tampoco seré yo la que alargue el momento.

—Y que me hayas puesto por delante se carga un poco tu negación.

—Lo que tú digas. El último viernes de cada mes, ¿qué te parece? —le pregunto, metiéndome en la ducha de nuevo para lavarme.

—Podríamos planteárselo, pero, si aceptan, dejamos el escenario. Paso de estar montando y desmontando —razona, entrando en la ducha conmigo para lavarse él también.

—¡Oye! ¡Búscate otro baño! —exclamo cuando se hace con el monomando.

—¿Estando ya en uno?

—Eres un temerario. Meterte en la ducha conmigo después de tener sexo... Como tardes mucho en salir, voy a enamorarme de ti y a pedirte matrimonio —me burlo, viendo cómo una sonrisa alucinantemente sexy se perfila en su rostro.

—Y luego el imbécil soy yo.

—Lo eres —afirmo, saliendo de la ducha. Porque paso de quedarme más tiempo del necesario y terminar de rodillas frente a él —. También podríamos buscar otros grupos o solistas que estén empezando, como ellos, y quieran darse a conocer. ¿Qué opinas? —le sugiero empezando a secarme, y me percato de que estoy incluyéndolo en mis planes.

—Los viernes con Silje y su música.

—¿Es el título? —le pregunto, sintiendo que mi vida va tomando un rumbo que me encanta.

—Podría serlo, ¿qué me dices? —inquiere, saliendo de la ducha al tiempo que yo regreso a mi habitación para vestirme.

—Me gusta, y tenemos espacio de sobra en la terraza para dejar el escenario. Total, tampoco es tan grande y nadie suele sentarse fuera —comento alzando la voz para hacerme oír. Y me giro hacia él cuando entra en mi cuarto, ya con los *slips* puestos. Y ahora en

serio: por muchos monumentos que tenga Roma, que no lo dudo, estoy segura de que ninguno de ellos estará a su altura—. ¿Tengo que pagar algún tipo de alquiler por quedármelo o también es de unos colegas que te lo prestan gratis? —inquiero divertida.

—Déjame que lo gestione y te digo algo —me responde guiñándome un ojo, para seguidamente hacerse con sus pantalones y ponérselos—. Nos comemos un poco de la acera, pero mientras no te digan nada... —prosigue mientras mi sentido común, mis hormonas y yo lo miramos como quien mira una verdadera obra de arte al alcance de solo unos pocos privilegiados.

—Tampoco nos comemos tanto.

—Cierto. Tú y yo nos comemos más, y no nos hemos quejado —me suelta con socarronería, provocando mi sonrisa.

—Ni se me ha ocurrido.

—Ni a mí —bromea, consiguiendo que la enorme sonrisa que domina mi rostro se quede instalada en él—. Me largo, intenta no pensar demasiado en mí.

—Ya quisieras —le miento, saliendo de mi cuarto seguida por él.

—Sé dónde está la puerta —pronuncia con sorna, siguiéndome escaleras abajo.

—Bien por ti —contesto, provocando su carcajada mientras yo silencio mi risa—. Buenas noches —me despido sin molestarme en mirarlo, encaminando mis pasos hacia la cocina mientras él se dirige hacia la salida.

—Buenas noches, *principessa* —oigo su voz antes de cerrar la puerta. Y solo entonces mi sonrisa y yo nos giramos hacia ella, a pesar de que ya se ha marchado.

Sí, me encanta el rumbo que está tomando mi vida.

Me sirvo una copa de vino blanco mientras rememoro el día de hoy, sintiéndome exultantemente feliz porque, por fin, he visto la

cafetería como quería: llena hasta los topes. Y echo la vista atrás para ver de nuevo la enorme cola tras el mostrador y la mesa de las pizzas; la gente entrando y saliendo, charlando entre ella y saludándose con afecto si hacía mucho que no se veía; la rapidez con la que se terminaba todo, a pesar de la rapidez con la que se reponía, o ese momento de agobio en el que casi nos hemos quedado sin cervezas.

Me llevo la copa a los labios al tiempo que detengo la mirada en este atardecer eterno que parece resistirse en dar por finalizado el día, como yo, que tampoco quiero que termine, porque ha sido demasiado increíble. Y regreso con mis recuerdos para quedarme en ese momento exacto en el que los Thorsen se han empeñado en entrar en la cocina para felicitar a Loki por lo bueno que estaba todo.

Y no solo lo han felicitado los Thorsen, sino también un montón de gente, porque es verdad y estaba todo buenísimo, pero eso yo ya lo sabía, porque Loki es el mejor cocinero de estas islas, solo faltaba que se enteraran ellos y hoy lo han hecho. Y ensancho mi sonrisa al recordar cuando Kindra y su hermana, Kristel, me han prometido convertirse en nuestras clientas más fieles.

Cuánta gente ha venido hoy, tanta que han ocupado la acera, el pequeño descampado situado al lado de la cafetería e incluso parte de la calzada.

Abrazando mi felicidad, envuelvo mi cuerpo con la fina manta que tengo en el sofá, para seguidamente dirigirme a la terraza, donde tomo asiento en la tumbona para disfrutar del atardecer y de estas vistas, que son otro regalo de los muchos que he tenido hoy, solo que, sin darme cuenta, retrocedo de nuevo en mis recuerdos para quedarme esta vez con él. Aunque, en realidad, lleva conmigo todo el tiempo. Porque, mientras recordaba lo vivido, su rostro se ha

mantenido perenne en un segundo plano, como un recuerdo difuso o una imagen de fondo, tal y como ha sucedido hoy a lo largo del día, porque, incluso cuando no lo estaba viendo, lo sentía cerca.

Él ha sido como esa presencia segura que te da tranquilidad, a la que puedes recurrir si lo necesitas y que sabes que intervendrá si sucede cualquier cosa. Y, gracias a eso, yo he podido disfrutar de cada momento y charlar con unos y con otros sin tener que preocuparme por nada, porque, de alguna forma, sabía que Marco iba a hacerse cargo si había algún contratiempo. Me muerdo el labio inferior al recordar la seguridad que he sentido cuando la escalera se ha roto y sus manos me han sujetado con fuerza.

Y ahora hemos vuelto, aunque sea solo sexo, y va a formar parte de mi vida y, en cierto modo, también de la cafetería porque sigue implicándose, aunque no vaya con él, marque las distancias, no me bese o se largue cuando todo termina, y esto es algo nuevo para mí y con lo que no contaba.

Durante unos instantes, detengo la mirada en el color verde que pinta de nuevo nuestras islas. Él es un poco como este color, como los atardeceres eternos o como esta luz dorada y preciosa que llega con el verano: algo que tiene los días contados, que terminará cuando llegue el otoño y que será solo un recuerdo cuando llegue el crepúsculo azul. Y voy a disfrutarlo tanto como disfruto de este sol de medianoche, sin preocuparme de lo que vendrá después, porque ¿de qué sirve preocuparse por el mañana o hacer planes ilusionantes si luego la vida puede cargárselos cuando menos te lo esperas? Y cierro la puerta a los recuerdos dolorosos cuando oigo sus silenciosas pisadas acercarse.

Solo esto. Solo lo que estoy viviendo. Y, aunque intento bloquear su rostro, fracaso estrepitosamente, porque siempre encuentra la

manera de colarse en mi cabeza, de plantarse frente a mí y de aplastarme. Porque, cuando su recuerdo llega, yo empequeñezco.

Capítulo 33



SILJE

Abro los ojos de golpe cuando capto sonidos provenientes de la planta inferior. Con la mirada fija en el techo y con todos mis sentidos en alerta, agudizo el oído en busca de algún ruido fuera de lo normal, sin que me llegue nada más que el graznido de las aves desde fuera. Lo habré imaginado. Y relajo mi cuerpo, cerrando los ojos de nuevo, muy dispuesta a seguir durmiendo durante horas porque hoy no trabajo y anoche me acosté tardísimo. Y porque levantarse tarde es uno de esos placeres de la vida por los que no tienes que pagar. Feliz, siento los brazos de Morfeo llegar para acunarme otra vez, pero me sueltan de sopetón y sin contemplaciones cuando vuelvo a percibir ruidos provenientes de abajo.

Sin dudarlo y completamente espabilada, hago la colcha a un lado para luego correr escaleras abajo y enfrentarme a quien sea que haya osado entrar en mi casa sin mi permiso, quedándome sin habla

cuando llego a la cocina y lo veo preparándose un café como si nada.

—¿Qué haces aquí? —le gruño cuando consigo hacerme con las palabras al tiempo que me llevo la mano al pecho, como si con ese gesto pudiera calmar los latidos apresurados de mi corazón.

—Demostrarte lo que puede pasarte si no cierras con llave: que cualquiera puede colarse en tu casa —me suelta tan tranquilo.

Y apoyo la espalda en la pared, porque siento que me fallan las piernas ahora que la adrenalina se ha largado por la puerta de atrás.

—Sí, eso de «cualquiera» te define bastante —gruño de nuevo, provocando su sonrisa—. Me has dado un susto de muerte —le confieso con un hilo de voz mientras su mirada se desliza con lentitud por mi cuerpo, despertándolo de una manera distinta a su paso.

—No me hagas repetirme, *principessa* —me replica con mucha condescendencia, empezando a acercarse a mí mientras yo detengo la mirada en su tupé, perfectamente repeinado hacia atrás; en su barba recortada; en su sonrisa incipiente; en el suéter, que se ajusta escandalosamente bien a sus formas... Huele a jabón y también a colonia, y yo estoy hecha un desastre.

—Dame un segundo —le pido, incorporándome a toda prisa, prácticamente huyendo de él, y subiendo las escaleras con premura para encerrarme en mi habitación, junto con los nervios y la ilusión, que han entrado conmigo para comenzar a dominar los latidos de mi corazón y adueñarse de mi sonrisa—. Céntrate, haz el favor —me riño, intentando poner orden en todo este batiburrillo de emociones, que son tan erróneas como el hecho de que haya entrado en mi casa sin haber sido invitado.

Y me obligo a ponerme seria, sin llegar a conseguirlo, al tiempo que me enfundo unos vaqueros azul oscuro y un suéter verde

bosque, para después dirigirme al baño, donde me maquillo ligeramente y peino mi larga melena rubia.

Vale, ya estoy lista.

Observo mi reflejo en el espejo. Me brillan los ojos y no puedo dejar de sonreír, y no es porque sea domingo y tenga el día libre, sino porque está abajo, esperándome. Vale, ya lo he dicho. Y, además, me gusta y estoy ilusionada, y no pasa nada por sentir eso. Siempre y cuando el vaso no se desborde y todo esto no crezca, sino que se quede ahí, como algo puntual. Como esa película que, tras una larga espera, vas a ver, o como ese libro que por fin ha salido publicado.

Mantener la ilusión y los sentimientos a raya y, sobre todo, no confundirme, de esto se trata. Y giro sobre mis talones para ir en busca de su tupé. Y también de él.

—Hola de nuevo —lo saludo cuando lo encuentro frente al ventanal que da al fiordo.

Y ambas vistas son espectaculares.

Siento que algo dentro de mí se agita cuando se da la vuelta y su mirada se encuentra con la mía.

—Creo que me gustabas más antes, despeinada, con el pijama y esos calcetines que parecían dos sacos de dormir —me suelta con guasa, para después encaminar sus pasos hacia la cocina.

Hay que ser idiota.

—Te contestaría si tu opinión me importara un poco, solo que no es el caso. ¿Puedo saber qué haces aquí? Y no me pongas como excusa que estaba pensando en ti, porque estaba durmiendo —le aclaro, recordando el pretexto que usó la primera vez que vino a mi casa.

—Lo sé, pero hasta en sueños piensas en mí y al final no me ha quedado otra que venir para despertarte. Joder, es que me agobia la

hostia que las mujeres os obsesionéis tanto conmigo —se queja mientras se prepara otro café, y yo lo miro deseando coger la puñetera cafetera y abrirle la cabeza con ella.

—Necesito mucha cafeína para rebatir tanta estupidez —mascullo, haciéndome con la taza mientras él me mira con una sonrisa estúpidamente irresistible en la cara.

Y soy muy consciente de que he entrado en repetición con lo de estúpido, pero es que necesito estar bien despierta para poner mi cabeza en funcionamiento. Y, ya puestos a exponer necesidades, necesito conocer por fin a un hombre que, cuando hable, me deje babeando por su inteligencia, locuacidad y cultura, no solo porque esté bueno y folle bien, que también, algo que, sinceramente, parece un imposible en mi vida, visto lo visto.

—Y ahora me dirás que estoy mintiendo.

—Piensa lo que quieras —resuelvo antes de darle un sorbito al café, sintiendo que el líquido caliente me reconforta. La vida siempre será mejor con café, qué duda cabe—. Por cierto, ¿tienes por costumbre colarte en las casas ajenas mientras los dueños duermen?

—Solo en las casas de las mujeres con las que me acuesto —me suelta, guiñándome un ojo, mientras yo me dirijo hacia la terraza para no terminar sonriendo o babeando, o ambas cosas—. Si cerraras con llave, eso no te sucedería —vuelve a la carga, y siento deseos de abofetearme por terminar siempre con los tíos más idiotas de la zona. Pero lo peor no es eso, qué va. Lo peor es que, a pesar de saberlo, ahí sigo y encima riéndole las gracias. Si es que al final mi madre tiene razón y todos tenemos lo que nos merecemos.

—Y, si tú llamaras a la puerta, tampoco —le replico, tomando asiento en la tumbona, y recuerdo cómo anoche me quedé dormitando en ella.

—Es posible —me contesta, escueto, acercándose al borde de la terraza, dándome la espalda y marcando las distancias, tal y como hace más veces de las que me gustaría. Y detengo la mirada en su trasero prieto y en esas piernas que conozco ya tan bien.

Y esto es algo que me produce muchísima curiosidad, si es que puede definirse así. Porque es un fanfarrón, un idiota de manual, un vacilón y la persona más segura y pagada de sí misma que he conocido en mi vida. Pero luego tiene una parte que me intriga, esa que no suele mostrar y la que lo lleva a marcar las distancias cuando no hay sexo de por medio, a marcharse cuando es el momento de pasarlo bien, como hizo ayer, o a implicarse en temas que no van con él, como hace con la cafetería.

—Te encantaría si lo vieras en invierno —comento, haciendo a un lado mis pensamientos mientras siento la caricia del sol en mis mejillas y disfruto con ella. Y es una caricia imperceptible, pero que ya trae el calor consigo.

—¿El qué? —me pregunta, girándose para mirarme.

Y dejo de prestarle atención para observar el mar, pintado hoy de azul turquesa, abrirse infinito frente a nosotros con las montañas a lo lejos, unas más altas y otras más bajas, como emergiendo de él.

—Este paisaje... en invierno cambia por completo.

—¿Intentando convencerme para que me quede? —me pregunta, divertido, enarcando una ceja.

Y ahí está ese cambio de actitud que hasta ahora me había pasado desapercibido y que en estos momentos puedo detectar con claridad, como si dentro de él hubiera dos Marcos completamente distintos: el que suele mostrar y con el que se maneja a la perfección, y luego otro, el que me parece que está al alcance de muy pocos.

—Para nada, solo estoy constatando un hecho. Si estas islas te gustan tanto como dices, deberías quedarte hasta el crepúsculo azul, aunque fuera solo una vez en tu vida, porque hay lugares que se merecen la experiencia completa.

—Y este es uno de ellos, ¿verdad? —me plantea, sin permitir que me suelte de sus ojos.

—Totalmente. Tú llegas en verano, cuando la nieve ha desaparecido, cuando el sol brilla y el verde lo domina todo, y te marchas antes de que llegue el otoño, con sus tonos ocres y naranjas. Con tu marcha, te quedas sin ver ese cambio paulatino de color hasta llegar a la luz fría y azulada del invierno. Y no solo eso, sino que te pierdes las auroras en su máximo esplendor o ver los bacalaos cubiertos de nieve llenando los secaderos. Es como ver una película cuando está a punto de terminar y lo interesante ya ha pasado.

—Puede que para mí lo interesante sea el final y no lo que sucede al principio o entremedias —me rebate, tomando asiento en la otra tumbona mientras algo dentro de mí anhela su contacto, sentirlo cerca y descubrir a ese Marco que, de momento, tengo vetado.

—No te creo —le digo bajando el tono, sin poder alejar mi mirada de la suya, sintiéndolo de repente muy cerca, a pesar de que está en el otro extremo.

—¿Por qué, cuando el final es lo que importa y no lo que sucede antes?

—Porque lo que sucede antes determinará lo que sucederá después.

Y no sé en qué momento he dejado de hablar de estas islas para empezar a hablar de nosotros.

—Cierto, por eso tienes que cerrar con llave —me suelta, arrancándome una carcajada.

Y, a pesar de que estoy riéndome, soy plenamente consciente de que ha vuelto a hacerlo: se ha ocultado cuando estaba empezando a mostrarse.

—Dios, qué pesado eres —protesto, divertida, antes de terminarme el café—. ¿Y puedo saber qué haces aquí? ¿Acaso hoy no trabajas?

—Tengo la mañana libre, ¿y tú? —me pregunta, apoyando los antebrazos en sus piernas, sin alejar su mirada de mí.

—Mejor: vivo aquí y tengo el día libre —respondo, guiñándole un ojo, tal y como él suele hacer.

—Pues, entonces, pasa la mañana conmigo. ¿Qué me dices? —me propone esbozando una media sonrisa, con la que consigue que mi corazón se detenga durante unos segundos.

—Que ya me has despertado y, total, no tengo nada que hacer —le contesto con fingida indiferencia, encogiéndome de hombros.

—De coña. ¿Nos vamos? —inquiere, levantándose.

Capítulo 34



MARCO

Rodea mi cintura en cuanto sube a la moto y, con ella pegada a mi cuerpo, me incorporo a la carretera principal. Acelero y veo cómo el paisaje pasa veloz frente a mis ojos mientras disfruto de este momento del que nunca parezco tener suficiente: la carretera completamente desierta; el cielo libre de nubes; las montañas custodiándonos, y el agua, que es ese espejo perfecto que parece reflejarlo todo, además de nuestra compañera de viaje porque está por todas partes... Tan distinto a Roma... Como ella, que es totalmente distinta al resto de las mujeres con las que he estado. Y, durante un instante, me permito ahondar en esta necesidad brutal que no me deja vivir, y que me lleva de vuelta una y otra vez a su lado, como si fuera mi canto de sirena particular, o en cómo mi interior se calma cuando la tengo cerca.

Ayer, cuando me marché de la cafetería, no tenía en mente ir luego a su casa, pero fue allí donde terminé, tan ansioso mientras la

esperaba que me costaba hasta reconocerme, porque incluso llamé al DIGG para comprobar que no habían decidido alargar la noche allí. Y hoy, en cuanto he abierto los ojos, no se me ha ocurrido un lugar mejor al que ir; de hecho, he sido yo el que ha soñado con ella. Y, durante unos segundos, recuerdo el pacto al que he llegado conmigo mismo de no seguir dándole vueltas al tema y disfrutarlo todo lo que pueda hasta el momento de mi marcha. Porque si algo tengo claro, y creo que es lo único que sé con certeza, es que paso de vivir la experiencia completa. «Y no me refiero solo al invierno en estas islas». Tenso mi cuerpo sin darme cuenta ante la llegada de ese pensamiento al tiempo que aminoro la velocidad cuando veo a un grupito de ovejas bordeando la calzada.

Hostia, estas cosas solo puedes verlas aquí. Y sonrío, relajándome de nuevo, antes de tomar el desvío que nos llevará a un lugar que descubrí el otro día y que quiero compartir con ella.

—¿Sabes por qué me gustan tanto estas islas? —le pregunto cuando estaciono la moto.

—Porque son el lugar más bonito del mundo —me asegura, convencida, apeándose del vehículo y dejando el casco en el suelo para después alejarse unos cuantos pasos de mí, supongo que para disfrutar mejor de estas vistas, que son tan alucinantes como lo es ella. Y siento cómo mi cuerpo echa de menos la cercanía del suyo—. Porque vayas donde vayas siempre vas a encontrar un lugar increíble, en el que vas a querer detenerte unos minutos para poder contemplarlo mejor, como este —añade, girándose para mirarme y provocando mi sonrisa, porque no puedo estar más de acuerdo—. Porque aquí la luz tiene un color que no verás en otro sitio, ni siquiera en Roma —prosigue, guiñándome un ojo mientras se acerca de nuevo a mí, y alargo la mano para pegarla otra vez a mi cuerpo —. Porque no necesitamos cerrar con llave y porque en ningún otro

sitio te vas a sentir más seguro y acompañado, aun estando solo, que en estas islas. Por eso vienes una y otra vez, porque ni siquiera en tu ciudad, con su historia y sus ruinas, vas a encontrar esto —sentencia, rodeando mi cuello con los brazos mientras yo detengo la mirada en sus labios.

—Y porque aquí la naturaleza te pasa por encima y no te queda otra que rendirte ante ella. —«Como yo contigo». Y esto último he conseguido frenarlo a duras penas.

Joder, y tanto que esto se me está yendo de madre y menudo acojone, porque, además, por mucho que intento marcar las distancias, cada vez están más desdibujadas. Y las desdibujo todavía más cuando la cojo en volandas para sentarla a horcajadas sobre mis piernas en la moto.

—Aquí mucho mejor, ¿no te parece? —le pregunto, sintiendo cómo mi sexo despierta.

—Sin ninguna duda —musita, descansando su frente en la mía mientras sus labios me llaman a gritos.

A la mierda.

—Voy a besarte.

—¿Aquí, a la vista de todos y con la ropa puesta? No me lo puedo creer —bromea, divertida, provocando un amago de mi sonrisa.

—Cállate —mascullo, antes de adueñarme de sus labios, sintiendo cómo mi interior ruge y se calma al mismo tiempo, tan contradictorio como lo soy yo, porque sé que besarla va a joderlo todo más y, aun así, no veo la manera de pararlo. Y la pego todo lo que puedo a mi cuerpo.

Hostia, llevo necesitando esto desde que la he visto en pijama.

Me adueño de sus gemidos, de su lengua y de sus labios mientras la beso con dureza y lascivia, incluso con desesperación, y suelto un

rugido por lo bajo cuando se frota sobre mi erección. La puta madre. Y poso las manos en su trasero para ser yo el que marque el ritmo.

—Creía que no íbamos a besarnos en público —jadea al separarse de mis labios.

—¿Ves a alguien? —le pregunto, arrimándola más a mi polla y arrancándole un gemido.

—Ahora no, pero podrían aparecer en cualquier momento —me rebate, moviéndose sobre ella.

—Pues, entonces, no deberías hacer esto —mascullo, sintiendo el deseo nublar por completo mi razón.

—¿El qué? —inquiere, atándome al mar embravecido que anida en sus ojos al tiempo que se mueve descaradamente sobre mi sexo.

—Joder, ¿tú qué crees? —murmuro, e impulso mis caderas hacia arriba, arrancándole otro gemido que no se molesta en disimular—. Tendríamos que habernos quedado en tu casa; de hecho, ni siquiera tendrías que haberte vestido —le recrimino, rodeándole el cuello con una mano para pegar de nuevo su boca a la mía, sin que me importe una mierda, porque sus labios me crean tanta adicción como su cuerpo y porque ya la he jodido, qué coño, cuando no me la quito de la cabeza.

—Diooos —gime, echando la cabeza ligeramente hacia atrás y moviéndose con lujuria sobre mi miembro mientras yo contemplo completamente cautivado cómo va en busca de su placer. Porque eso es lo que está haciendo y es una jodida pasada ver el fuego llenar su mirada, sus labios entreabiertos, hinchados por mis besos, el pelo cayéndole desordenado por la cara mientras mi cuello se convierte en su punto de agarre y mis piernas, las columnas que sujetan la moto y a nosotros.

Y me como su grito cuando llega al orgasmo.

—Me siento usado —bromeo cuando se apoya en mi pecho, tan fascinado con lo que acabo de presenciar que ni siquiera me importa que me duelan los huevos de pura frustración.

—Lo siento —me dice entre risas, todavía con la respiración agitada.

—Y eso que ni siquiera nos hemos quitado la ropa.

—Lo tengo claro —susurra, hundiendo el rostro en mi pecho, y lo alzo para atrapar su mirada con la mía.

—Ha sido una jodida pasada verte —le confieso, sabiendo que voy a recordar este momento toda mi vida, entre muchos otros.

—Tenías razón: habría sido mejor que nos hubiéramos quedado en mi casa —me dice sonriendo, con el sonrojo cubriendo su rostro.

—¿Te da vergüenza haberte corrido así?

—Así, ¿cómo? ¿Entre gritos, vestida y sobre tu moto a la vista de quien haya querido vernos? —me pregunta mientras yo la miro sintiendo demasiadas cosas apretarme el pecho, entre ellas la ternura y algo abrumador para lo que no tengo todavía una definición concreta que no me acojone.

—Solo te han visto las montañas, esta pequeña catarata, el río y yo, y te aseguro que todos lo hemos disfrutado y ninguno tiene queja alguna —contesto guiñándole un ojo.

—¿Ni siquiera tú?

—Ni siquiera yo. Es más, quiero ver esto muchas veces —le confieso en voz baja, atrapando de nuevo su nuca para pegar su frente a la mía.

—Tomo nota —musita abrazándome, apoyándose en mi pecho y robándome la respiración durante unos segundos, porque no hay nada que me acojone más que el momento de después, sobre todo si viene cargado de ternura.

—¿Nos vamos? Me muero de hambre —le miento, necesitando romperlo cuanto antes.

—Y yo —susurra mientras se baja de la moto, evitando mi mirada, para colocarse el casco y volver a subir en ella.

Y juro que soy capaz de manejarme con todas sus versiones, incluso con la Silje cabreada, menos con esta: cuando me muestra su lado tierno, cuando me abraza, como ahora, o cuando se pone cariñosa. Ahí no es que me abrume o me robe la respiración: es que me acojona más que el momento de después.

Capítulo 35



SILJE

Maldita sea, no puedo creer lo que acaba de pasar. Siento la vergüenza arder en mis mejillas mientras mis brazos vuelven a envolver su cintura y él se incorpora a la carretera principal. Y tanto que lo he usado, y no solo eso, sino que luego lo he abrazado como si fuéramos algo. Y lo peor de todo es que he sentido que lo éramos, que algo fuerte nos unía, por eso he bajado la guardia sin darme cuenta, me he cobijado en su pecho y ahora estoy sintiendo el calor deslizándose por mi espalda en forma de gotitas de sudor, y no tanto por lo que ha sucedido a la vista de cualquiera, sino por lo que está sucediendo solo ante mis ojos. El vaso casi lleno y lo que siento creciendo sin control, justo lo contrario a lo que se suponía que tenía que suceder.

Dios, no puedo creerme que esté empezando a sentir algo serio por él, por el tío más fanfarrón, idiota, vacilón, fascinante,

carismático y sexy que he conocido en mi vida. Y es un error, un tremendísimo error que va a terminar fatal.

Vale, puedo hacer dos cosas: cortar por lo sano antes de que el vaso se desborde o fingir que sigue siendo solo sexo y arriesgarme a pasarlo mal cuando se marche. Y ensombrezco el gesto al tiempo que empiezo a valorar ambas opciones, sintiendo cómo ese calor que me llenaba por dentro desaparece paulatinamente para dar paso a la nada cuando sopeso la primera opción, porque no quiero dejarlo ni quiero dejar de vivir esto. Además, yo ya no soy la Silje de hace unos años y ahora sé lo que hay, algo fundamental si se me permite decirlo. Sé que va a marcharse y que esto acabará antes de que llegue el invierno, y no es lo mismo enfrentar una ruptura que no te esperas para nada que otra que sabes que llegará desde el primer momento. Y siento cómo mi pecho se suelta ligeramente ante la aparición de estos pensamientos, que traen consigo la respuesta a mi dilema, mientras él se dirige hacia Reine, poniendo la moto al límite.

Y algo me dice que así es como se habría largado, de haber podido, cuando lo he abrazado, seguro. Y siento cómo el calor regresa de golpe.

—¿Sabes que me encanta este pueblo? —le digo cuando estaciona frente a Bringen Kaffebar al tiempo que me apeo de la moto—. Y esta cafetería no está nada mal. No es la mía, por supuesto, pero no está mal —me repito al tiempo que guardo el casco en el baúl, sintiéndome incómoda de repente mientras él se arregla el tupé sin alejar la mirada del reflejo que le devuelve el espejo retrovisor.

Fanfarrón, idiota, vacilón y, además, presumido. Y ahora voy y empiezo a sentir algo por él, cuando ayer mismo estaba absolutamente convencida de que tal absurdez nunca sucedería. Maldiciendo y refunfuñando para mis adentros, frunzo el ceño al

tiempo que encamino mis pasos hacia la puerta. Y me sorprendo muchísimo cuando la abro y veo a Aksel sentado en una de las mesas junto a Jakob.

¿En serio? ¡No me lo puedo creer!

—¿Aksel? —exclamo sin dar crédito.

—¡Ey, hola! —me saluda con afecto, levantándose para venir a mi encuentro y abrazarme con el mismo cariño con el que lo haría un hermano.

—¿Qué pasa, te has perdido? —le pregunto, feliz, deteniendo la mirada en sus brillantes ojos azules.

—Más o menos. Ya sabes que vengo de vez en cuando para que no os olvidéis de mí.

—Muy muy de vez en cuando, es verdad —remarco, contenta, sintiendo cómo Marco se acerca a nosotros, como si mi cuerpo fuera capaz de detectar su presencia y de activarse con ella.

—Hola —oigo su voz a mi lado.

Me giro para mirarlo, sintiéndolo de repente lejos de mí, y puede que sea una tontería o imaginaciones mías... O no, porque sé lo que piensa sobre los besos y sobre el momento de después y hoy hemos tenido el *pack* completo, sin olvidar lo frustrado que se habrá sentido por no haber podido llegar hasta el final. Al menos él. Dios, no sé si el tema me divierte, me avergüenza, me agobia o todo al mismo tiempo.

—Hola, soy Aksel —lo saluda mi amigo, ofreciéndole la mano.

—Marco. Silje me ha hablado bastante de ti —le cuenta, esbozando esa sonrisa con la que se gana a todos.

—Italiano, ¿verdad? —le pregunta, y él se limita a asentir con la cabeza.

—Trabaja en el DIGG, justo enfrente de mi cafetería —intervengo, deseando contárselo todo, porque la última vez que vino yo todavía

estaba planeando la reforma y hoy ya es una realidad.

—Aksel, yo me marcho ya —oigo que le dice Jakob, y solo entonces recuerdo lo que sucedió ayer.

—¿Al final llevaste tú a Liv a casa? —indago, y veo la sonrisa dibujarse en el rostro de mi amigo. La llevó y se lo ha contado, seguro.

—Sí, Breen tenía que largarse y, bueno, la llevé yo —contesta atusándose el pelo, tan incómodo que me hace hasta gracia—. Enhorabuena por lo de ayer, estuvo genial.

—Gracias. Por favor, dime que Liv no te lo puso muy difícil.

—Claro que no. Bueno, me marcho. Nos vemos, tío. Pásate por la tienda.

—Cuenta con ello —le asegura Aksel sonriendo, chocando su puño con el suyo.

—Tú no vas a irte, quiero saberlo todo —le advierto, tomando asiento y pasando de Marco tanto como él está pasando de mí. No de manera descarada, pero, vamos, que se nota cuando hay distancia aun estando al lado.

—Acabo de llegar, poco puedo contarte —me dice, sentándose frente a mí.

Sigue como siempre: con el flequillo rubio cayéndole desordenado sobre la frente, con esa actitud resuelta que ya tenía de crío y que se ha acrecentado con el paso de los años, con ese brillo que llena su mirada, como si tuviera el sol dentro, y *tan* guapísimo y relajado como lo recordaba.

—¿Y cuándo has llegado? No sabía que venías, y eso que tu padre es uno de mis clientes más fieles y todos los días hablo con él. Un café con un rollito de canela, por favor —le pido a la camarera cuando se acerca para tomarnos nota.

—Anoche, casi a las doce. Era una sorpresa, nadie sabía que venía —me explica mientras oigo que Marco se pide un café y un trozo de tarta de manzana.

—Lleva fatal que vivas fuera.

—Dime algo que no sepa —replica repantigándose en el asiento.

—Vives en Nueva York, ¿verdad? —interviene Marco mientras yo me obligo a mantener la mirada fija en mi amigo.

—Sí, ¿has estado alguna vez?

—Hace un par de años —le cuenta, y me giro finalmente para mirarlo, deseando saberlo todo.

—¿Y te gustó? —planteo con curiosidad.

—Sí, pero no para vivir, me van más otros sitios.

—Está claro cuando estás aquí —remarca Aksel, provocando su sonrisa y la mía.

—Me encantan estas islas —le dice, recostándose en la silla, mientras yo tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no deslizar la mirada por su cuerpo hasta quedarme en sus piernas. En esas piernas que son como dos columnas de mármol y en las que he estado sentada hace nada. Y siento cómo mi vientre se tensa suavemente ante la llegada de ese recuerdo.

—Matiza: te encantan estas islas solo en verano —concreto, atrapando su mirada con la mía. Y, cuando nuestros ojos se encuentran, siento que lo que fuera que nos sucedía ya no está presente.

—Cierto —coincide, sonriendo sin alejar sus ojos de los míos, consiguiendo que me olvide de todo y que solo pueda verlo a él.

—Y vosotros dos, ¿estáis juntos? —oigo que nos pregunta Aksel, tan directo como siempre.

—Nos llevamos bien... Me regala flores, se presenta en mi casa sin avisarme, ha organizado la inauguración que te perdiste ayer... Ya

sabes, lo típico —le digo intentando aligerar el ambiente, que, de repente, he sentido demasiado electrizante.

—Ya veo.

—¿Y tú? ¿Cómo te va por Nueva York? —le pregunto, centrando toda mi atención en él al tiempo que la camarera llega con nuestro pedido.

Y, mientras ella va disponiéndolo todo sobre la mesa, yo me dedico a observar con ojo crítico esta cafetería a la que hacía tanto tiempo que no venía: los dos sillones del rincón; las lámparas de cristal que cuelgan del techo; la madera oscura que cubre el suelo; las mesas y las sillas lacadas en blanco; la estantería que ocupa casi una pared entera, pintada también de blanco y repleta con los artículos que tienen a la venta, como vasos, velas, platos o tazas; el espejo que domina la pared de enfrente; las plantitas que decoran todas las mesas, y las velas encendidas que tienen en los alféizares de las ventanas, como si fuera un saloncito. Un saloncito que tienen casi lleno. Y siento cómo mi interior se aprieta con esta preocupación que no me deja vivir.

—Bien, como siempre —oigo a Aksel, y me obligo a prestarle atención.

—No te explayes tanto, por favor —suelto irónica—. Ni que nos hubiéramos visto ayer —me quejo, intentando barrer mi preocupación para poder disfrutar de mi amigo y también de mi día libre.

—Es que no tengo nada que contar, no como tú. Ya me ha dicho Jakob que ayer lo liasteis bien con Liv —me recrimina, divertido, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Y yo pensando que ibas a felicitarme por la apertura de la cafetería y me sales con esto —lo reprendo, esbozando una sonrisa, mientras él me mira frenando la suya—. No sé lo que te habrá

contado, pero, sea lo que sea, no es verdad —le miento con aplomo, porque estoy segura de que no fuimos tan evidentes.

—Felicidades, me alegro mucho por Loki y por ti —pronuncia, sonriéndome finalmente—. Y, sobre lo de Liv, no cuela. Como si no os conociera. Es más, me juego el cuello a que fue idea tuya —adivina, provocando la carcajada de Marco.

Sexy, oscura y profunda.

—Sí, claro, para eso estaba yo con todo lo que tenía entre manos —me defiendo con seriedad, intentando ser lo más convincente posible con una persona que se ha criado conmigo, que aprendió a besar conmigo y que me conoce casi tanto como me conozco yo.

—Voy a fingir que me lo estoy tragando.

—Piensa lo que quieras —concluyo, cogiendo la taza para darle un sorbito. Bendito café.

—Es lo que suelo hacer. ¿Y tú qué, macho? ¿Cómo te va por aquí?

Durante unos minutos los observo charlar entre ellos, interviniendo solo lo justo, porque no sé qué me gusta más, si escuchar a mi amigo hablar sobre su vida en la Gran Manzana o escucharlo a él hablar de lo que sea.



—Si algún día te apetece hacer surf, ya sabes —le propone Aksel, ya en la puerta, mientras yo detengo la mirada en las nubes grises que están empezando a cubrir el cielo.

Huele a lluvia. Y maldigo la idea que hemos tenido de venir en moto al tiempo que echo un vistazo a nuestro atuendo y nos

maldigo mucho más porque, como empiece a descargar, vamos a empaparnos, pero bien.

—Y si algún día te apetece venir a tomarte una cerveza al DIGG, ya sabes tú también. Me ha gustado conocerte, tío —le dice, completamente ajeno a lo que nos viene, ofreciéndole la mano, que mi amigo acepta con una sonrisa.

—Y a mí. Cuídala bien.

—Sé cuidarme sola —intervengo con sequedad, cogiendo el casco. Veo de reojo cómo Marco me mira con una ceja enarcada y me giro hacia él al tiempo que las palabras escapan de mis labios—: Ni se te ocurra decir nada —le advierto antes de que ose mencionar que vivo alejada de todos, que no cierro con llave o lo que sea que le venga a la cabeza.

—Sabe cuidarse sola —le suelta a Aksel con mucho retintín.

Venga ya.

—Lo sé, créeme —le responde el otro, provocando mi sonrisa, porque, cuando éramos pequeños y nos peleábamos, era él quien solía terminar llorando en el suelo—. Pero que sepas cuidarte sola no significa que no puedan cuidarte —me rebate, esta vez con seriedad, siendo tan Aksel, mientras yo me limito a negar con la cabeza, siendo tan yo, porque tengo un montón de cosas que echan por tierra su argumento y poco tiempo para hacerlo. Y detengo la mirada de nuevo en las nubes cargadas de agua que están comenzando a dominar el cielo—. Mañana me pasaré por la cafetería. Nos vemos —se despide de nosotros.

—Por la cuenta que te trae —le advierto alzando la voz para hacerme oír mientras Marco sube a la moto. Y, durante unos segundos, lo observo sentado a horcajadas sobre ella, percibiendo cómo el deseo regresa para tensar mi vientre suavemente. De nuevo

—. ¿A qué hora entras a trabajar? —le pregunto, deteniendo la mirada en sus labios.

—¿Me estás invitando a ir a tu casa? —sugiere con voz ronca, deteniendo la suya en los míos.

—Como si necesitaras invitación —le respondo, sintiendo cómo el ambiente se vuelve electrizante en torno a nosotros.

Electrizante, caliente y atestado de deseo.

—Sube ya —me ordena tajante, poniendo el motor en marcha, mientras comienzan a caer las primeras gotas, que son el preludio de una tormenta que convierte las gotas de lluvia en una cortina de agua que es movida por las fuertes ráfagas de viento.



—¡Corre! —grito cuando llegamos finalmente a mi casa.

—La puta madre, ¿qué mierdas está pasando? —pregunta entre risas, corriendo tras de mí hasta llegar al porche.

—Parece mentira que no sepas que el tiempo aquí es así de cambiante —le digo, comenzando a tiritar al tiempo que me libro de las botas —. Estoy helada —me quejo entrando en casa, deseando quitarme esta ropa empapada cuanto antes.

—Y yo, ven —me pide, aferrando mi mano para dirigirse escaleras arriba a toda prisa, mientras yo siento cómo el frío se adentra en mi interior. Voy a coger una pulmonía, seguro—. ¿Qué haces? —inquiero soltando una carcajada cuando accedemos al baño y me hace meterme en la ducha con él, completamente vestidos.

—No podemos estar más mojados y helados, necesitamos entrar en calor cuanto antes o vamos a pillar un resfriado de cojones —me

responde, abriendo el grifo para luego abrazarme con fuerza, pegándome todo lo que puede a su cuerpo mientras el agua caliente cae sobre nuestras cabezas.

—Desnudos sería más eficaz —le propongo, disfrutando de este abrazo, que es el primero que nos damos. Y oculto mi sonrisa en su pecho al tiempo que siento cómo mi cuerpo empieza a reaccionar con el agua caliente y su cercanía.

—Si estuviéramos desnudos, ya estaríamos follando, y lo que necesitamos ahora es esto —replica con seriedad mientras yo cierro los ojos, sintiendo cómo los latidos de mi corazón se encuentran por primera vez con los suyos en este silencio, roto únicamente por el sonido del agua y las gotas de la lluvia, que se estrellan con furia contra el cristal de la ventana mientras aquí dentro el agua caliente y sus brazos se convierten en mi refugio perfecto, uno en el que no me importaría quedarme. Sin detenerme a pensarlo, deslizo lentamente la mano por su espalda para acariciársela.

—¿Mejor? —me pregunta unos minutos después.

—Mucho mejor —musito, alzando el rostro para encontrarme con su mirada rebosante de demasiadas cosas, tantas que son imposibles de desgranar—. ¿Y tú? —añado sin poder despegar mis ojos de los suyos al tiempo que siento que algo cambia entre nosotros de una manera sutil.

—Mucho mejor también —me dice, deslizando la mirada por mi cuerpo—. Creo que ya podemos quitarnos todo esto.

—Estoy de acuerdo —susurro, necesitando sentir su piel junto a la mía y que los latidos de mi corazón se encuentren con los suyos, sin que haya ropa de por medio que pueda dificultar ese encuentro.

Y suelto una carcajada cuando, mientras nos libramos de la ropa, me doy cuenta de que no puedo quitarme los pantalones porque los tengo prácticamente pegados a las caderas.

—Deben de haber encogido con el agua caliente —bromea, tirando de ellos sin demasiado éxito—. ¿Tienes unas tijeras?

—No vas a cortarlos, me encantan estos pantalones —le digo, divertida, poniendo todo mi empeño en bajármelos. Y finalmente, con su ayuda, consigo que la prenda se deslice, no sin dificultad, por mis piernas—. Por fin —musito, sintiendo cómo mi piel se eriza cuando entra en contacto directo con el agua y su mirada, que se ha quedado atrapada en mi tanga de encaje negro.

—No me habías dicho que el premio estaba escondido aquí —pronuncia con voz ronca.

—Puede que yo tenga el premio, pero no olvides que tú tienes el tesoro —bromeo, y suelto un gemido repentino cuando da una pasada con su lengua por mi sexo, por encima de la tela.

—No sabría qué decirte —me rebate, alzando la mirada y robándome momentáneamente la respiración con ella.

Y no por el deseo que nos envuelve como el vapor del agua, sino por lo que provoca en mi interior: algo cálido que me agita y me calma al mismo tiempo y que consigue que me olvide de todo lo que me rodea para verlo solo a él. Mi vía de escape, como lo definí al principio. El vaso casi lleno, como lo estoy definiendo ahora. Y siento cómo mi respiración se desordena cuando, sin alejar sus ojos de los míos, hace la tela a un lado para seguidamente estrellar sus labios en mi sexo.

Suelto un gemido que nace de mis entrañas cuando comienza a succionar mi clítoris, consiguiendo que el deseo crezca, espeso y caliente, en mi vientre cuando me da otra pasada con la lengua, mientras que yo no puedo alejar la mirada de sus gestos, por mínimos que sean, y de su cuerpo. Tan magnífico, tan increíble y apabullante que, a su lado, Roma, con toda su magnificencia,

empequeñecerá seguro. Gimo bajito cuando cuela los dedos por la cinturilla de mi tanga para empezar a bajarlo por mis piernas.

Y durante un instante fugaz siento que acabo de caer de rodillas frente a él, a pesar de ser él quien está de rodillas frente a mí.

—Marco —musito con voz entrecortada cuando lo veo encajarse mejor entre mis piernas.

—¿Alguna sugerencia para que deje de ser tan básico? —me pregunta con socarronería, alzando la mirada para encontrarse con la confusión que debe de llenar la mía, porque no solo acabo de caer de rodillas frente a él, sino que me he enamorado de él—. Si te he dejado sin palabras, entonces es que voy bien —añade bravucón, antes de clavar la mirada en mi sexo mientras yo siento que me he quedado atrapada ante tal revelación.

Porque no me he pillado, no me gusta, no estoy comenzando a sentir algo por él, no se trata del vaso casi lleno... sino del vaso completamente desbordado, como todo esto que estoy sintiendo desbordarme por dentro. Enamorada... otra vez.

Cuando barre mi centro con su lengua, siento que el deseo arrasa con mis pensamientos. Un deseo caliente, espeso y arrollador que instala el fuego en mi sangre y que me insta a tomar a manos llenas con la misma avaricia que siento cada vez que estoy con él. Y comienzo a mover las caderas suavemente sobre su boca.

Roma, de rodillas frente a mí. Y la vida mostrándome un camino que, justo ayer, creí que sería algo impensable. Un camino que estoy decidida a tomar.

—Marco —gimo, percibiendo cómo el deseo crea una bruma espesa que me aleja de todo lo que estoy sintiendo, de todo lo que estoy pensando, incluso de todo lo que soy para llevarme por el caudal de la lava, la lascivia y la lujuria. Un caudal que me quema de dentro hacia fuera, que me convierte en volcán, en llama y explosión

al mismo tiempo, y que me rompe en mil pedazos cuando el orgasmo llega fulminante para llevarme por delante con su potencia arrolladora.

—Por Dios —musito con admiración, sintiendo que se me doblan las piernas, cayendo, esta vez sí, de rodillas ante él—. Te mereces un monumento por esto —le digo con voz entrecortada, encontrándome con sus ojos y con su sonrisa insolente, que ensancha antes de levantarse.

—Chúpamela —me ordena, aferrando mi cabeza para acercarla a su miembro—. Ahora —matiza, cogiendo su sexo con su otra mano para metérmelo en la boca.

Y la abro, dándole la bienvenida, muy consciente de que acabo de perder la apuesta.

Capítulo 36



MARCO

—Que no hables de ello no significa que no haya sucedido —remarco con guasa, siguiéndola escaleras abajo, sin poder alejar la mirada de su cuerpo, cubierto por una fina bata que es tan suave como su piel, y siento que mi sexo despierta ante el recuerdo de ella, desnuda, cargando la secadora con mi ropa, algo que no me importaría ver miles de veces.

—No sé de qué me hablas. Si te invito a una copa de vino antes de que te marches, ¿me arriesgo a que temas que voy a pedirte matrimonio? —me pregunta con esa mezcla de altivez, frialdad y diversión tan propia en ella.

—Tú, de rodillas frente a mí, chupándomela... ¿lo asocias con algo? —le comento con sorna, y veo cómo se dirige hacia la cocina, pasando de contestarme.

—Fíjate, ¡está despejando!

—Y que te des cuenta de eso ahora solo significa que no soy tan básico como te empeñas en afirmar —destaco con orgullo, sentándome en uno de los taburetes y desentendiéndome del paisaje de alucine que se divisa a través del ventanal, para centrar mi atención en el paisaje que es ella y que me alucina muchísimo más.

Durante unos instantes, rememoro lo que he sentido cuando le he metido la polla en la boca. Y he sido yo con toda mi puta intención, porque, qué coño, quiero seguir viéndola cuando me largue de aquí. Y, en mi imaginación, visualizo mis pelotas perfectamente colocadas sobre una bandeja de plata.

—Veo que ese tema te preocupa bastante —me dice esbozando una sonrisa burlona.

Mientras saca del frigorífico una botella de vino blanco, yo regreso durante unos segundos a ese momento en la ducha en el que la he abrazado y que ha sido el detonante de todo, como ese botón que desencadena una demolición o como esa chispa que prende un fuego que, en mi caso, está comenzando a estar descontrolado. Y recuerdo la sensación de sus pechos pegados a mi cuerpo, la fuerza con la que la abrazaba o cómo el agua rompía sobre mi cabeza de la misma manera en que todo se rompía dentro de mí.

Y lo peor de todo es que no ha empezado a romperse hoy, sino que lleva resquebrajándose desde el día que la conocí. Por eso mi mente me dice una cosa y luego termino haciendo otra completamente distinta, como pedir un beso de la dueña el primer día que fui a la cafetería. Yo, que no beso. Esa fue la primera señal, o, más bien, la primera cagada de las muchas que he ido acumulando y que me he encargado de ignorar o pisotear.

—Me encanta que pasen tanto de mí —oigo que me dice, trayéndome de vuelta.

—Perdona, ¿me estabas diciendo algo? —le pregunto, esbozando una sonrisa a modo de disculpa.

—Que si te apetecía algo para picar. Tengo queso, picos, moras, nueces... —enumera, y abre la puerta de la despensa para ver qué más tiene en ella—. Por suerte, no me quedan pizzas —añade, provocando mi sonrisa de nuevo.

—Por suerte, me vale con lo que has dicho antes. ¿Te echo una mano?

—Por supuesto. Aquí tienes el queso; ve cortándolo, a ver si se te da tan bien como servir el vino.

—*Principessa*, a mí todo se me da bien —afirmo con chulería, levantándome para acercarme a ella y empezar a cortar el queso.

—Vale, veo que no hay riesgo de que te rebanes un dedo. Voy a ponerme algo más de ropa y lo tomamos fuera, en la playa —resuelve, y se va escaleras arriba.

Clavo la mirada al frente, soltando todo el aire de golpe una vez que estoy a solas, porque, en lugar de largarme, como acostumbro a hacer siempre, estoy aquí, cortando queso. Una cagada más.



—¿Es necesaria tanta historia para tomarse un vino? Joder, si lo llego a saber, nos largamos al DIGG —le planteo, de repente molesto.

—¿No pretenderás que nos sentemos en la arena empapada? —replica girándose para mirarme, cargada con una cesta en la que lleva el vino, las copas, el queso y todas las mierdas que me he encargado de preparar, mientras que yo llevo las dos putas sillas plegables y una especie de minimesa en la que poder dejarlo todo.

Y que me maten ahora mismo si esto no es una jodida cita.

—¿En qué momento ha dejado de ser un simple vino y ha empezado a parecerse a una cita? —le pregunto, necesitando sacarlo fuera y, sobre todo, dejar bien claro que no estamos avanzando; que esto, a los ojos de quien sea, sigue siendo solo sexo; que no hay sentimientos de por medio y toda esa mierda. Porque yo puedo sentir que la estoy jodiendo, que mis pelotas están sobre una puta bandeja de plata y todas las hostias que se me ocurran, pero que lo piense ella es otra historia, básicamente porque yo puedo manejar el después y por eso sigo aquí, pero ella no lo tengo tan claro.

—¿En qué momento has empezado a agobiarte? —adivina con seriedad, deteniendo sus pasos para atarme al azul de sus ojos.

«Casi desde el primer momento». Solo que omito decírselo.

—No estoy agobiado, es solo que no quiero confundirte o que te confundas. Un vino con queso antes de largarme estaba bien, toda esta parafernalia que has montado es otra cosa —sentencio con sequedad.

—¿Te agobiarías o pensarías eso si este plan te lo hubiera propuesto un colega tuyo?

—No me acuesto con mis colegas ni mis colegas pueden pillarse por mí.

—¿Y yo sí? —replica con frialdad, manteniéndome la mirada.

—Sí —le respondo sin titubear y con total sinceridad.

—¿Sabes? Me jode bastante que en ningún momento te plantees la posibilidad de que pueda ser a la inversa: que yo te vea como a un tío que folla bien y con el que me divierto, sin más, y puedas ser tú el que termine pillado por mí. No voy a enamorarme de ti, Marco, y esto que te he propuesto se lo habría propuesto a Breen, a Liv, a Aksel o a quien fuera que estuviera en mi casa. De hecho, he

tomado vino con queso infinidad de veces con Sven y nunca ha temido que me enamorara de él.

Y será lo mismo, joder.

—Que yo sepa, nunca te has acostado con Sven —le respondo con mucha condescendencia, porque los ejemplos que me ha puesto no son comparables a la situación que tenemos nosotros—. Lo único que quiero es no hacerte daño, ¿tan malo es? —añado, necesitando que lo entienda sin que entremos en conflictos.

—Lo malo es que no pueda proponerte nada después de habernos acostado por temor a que pienses lo que no va a ocurrir. Y que, en cambio, no te importe compartir cualquier tipo de plan conmigo cuando todavía no lo hemos hecho. ¿Ahí no temes que me confunda? —me cuestiona con seriedad, y soy incapaz de rebatirle nada, porque es la pura verdad—. Me caes bien, me divierto contigo y disfruto con tu compañía y, si no fuera porque follamos, eso es lo que sucede cuando dos personas se hacen amigas. Si quieres solo sexo, igual deberías ir a buscarlo a otro sitio, como en esos lugares donde lo ofrecen a cambio de dinero... Si quieres ambas cosas, estás en el lugar correcto.

Y daría un huevo por saber si miente o está siendo tan sincera como parece.

Capítulo 37



SILJE

—Y puestos a poner los puntos sobre las íes, te diré que has sido tú el que ha aprovechado que yo estaba de rodillas para levantarse y meterme la polla en la boca —remarco con frialdad, necesitando que me crea, aunque le esté mintiendo, y atacarlo... Eso también, porque me está doliendo su actitud, porque, hasta donde yo sé, no le he pedido nada—. ¿Por qué lo has hecho si para ti solo es sexo? —añado en tono seco mientras él se mantiene cuidadosamente inexpresivo—. Dime, ¿para qué quieres que vaya a Roma contigo? ¿Acaso no hay mujeres allí con las que puedas acostarte? —prosigo mi batería de preguntas sin permitir que se suelte de mis ojos—. Igual deberías pensarlo, ¿no te parece?

—El tema es que no me gusta perder las apuestas, por eso lo he hecho —me suelta con indiferencia, echando a andar—. Me parece de coña que no vayas a enamorarte de mí, eso es lo que quiero, así que, si lo tienes tan claro, vamos con ese vino —añade,

rebasándome con esos andares pasotas que en estos momentos me están cabreando tanto como sus palabras y su actitud.

—¿Siempre eres tan imbécil? —inquiero, sintiendo el cabreo bullir dentro de mí.

—Y ahora a dejar las cosas claras se le llama ser imbécil. ¿Vienes o no? —insiste, girándose para mirarme.

—En estos momentos me están entrando ganas de decirte que no. ¿Por qué tienes que arruinar los buenos momentos? —le recrimino, necesitando discutir para sacar fuera todas las palabras que me queman.

—¿Hago eso?

—Acabas de hacerlo —sentencio, sin moverme de mi sitio.

—Siento que lo veas así, porque yo lo veo de un modo completamente distinto —me responde con una tranquilidad pasmosa, que me cabrea todavía más.

—¿No me digas? ¿Y cómo lo ves tú? —gruño entre dientes, sin poder creer que me haya enamorado de semejante imbécil insensible que se acojona por un plan tan sencillo como este.

—Simplemente te estoy advirtiendo de que esta escalera está rota y puedes caerte si te subes a ella —contesta, dejándome sin habla durante unos instantes, porque no me había planteado que tuviera un pasado traumático como el mío.

—¿Estás roto? ¿Te ha sucedido algo? —indago, preocupada, acercándome a él.

—No, joder. Es solo que sabes que voy a largarme, y no quiero que te enamores de mí y que lo pases mal. Y eso, para que te enteres, es algo que también haría un amigo —me dice bajando el tono de voz, sin apartar su mirada de la mía—. Solo estoy cuidando de ti.

Venga ya.

—Sé cuidarme sola.

—Es la segunda vez que lo oigo hoy —farfulla con fastidio, echando a andar hacia la pequeña playa que hay detrás de mi casa —. ¿Aquí va bien o prefieres más hacia la derecha o hacia la izquierda? ¿Quizá más hacia la orilla o más alejado? —me pregunta con sorna mientras yo lo miro valorando mandarlo a la mierda.

—Muy gracioso. Pon las sillas donde quieras —mascullo, tragándome cada palabra, porque, por muy imbécil que sea, que lo es, no quiero que se marche todavía.

Maldita sea este don mío que me lleva a enamorarme de los más idiotas.

—Y, ahora que hemos empezado a sincerarnos, no estaría mal que me contaras eso que te sucedió —me dice como si nada, desplegando la pequeña mesa para colocarla entre las dos sillas.

Sí, claro.

—No somos tan amigos como para que te lo cuente —le contesto, abriendo la cesta para sacar las copas y la comida que ha preparado.

—¿Cómo que no? Follamos y hacemos planes acojonantes como este, yo diría que somos los mejores amigos, y los mejores amigos se lo cuentan todo. Venga, suéltalo —me insta, acomodándose en su silla, mientras yo comienzo a descorchar la botella.

—¿Y qué vas a contarme tú a cambio?

Y no es que me lo esté planteando: es que quiero saber si hay algo más tras esa pose vacilona, chulesca e indiferente que parece empeñado en transmitir todo el tiempo, como si los sentimientos no fueran con él o como si fuera inmune a ellos.

—Lo que quieras, no tengo secretos —me responde, repantigándose en la silla, tan cómodo como si estuviera en el sofá de su casa, a pesar de que su casa está a miles de kilómetros de aquí.

—No es verdad —le digo, empezando a servir el vino en sendas copas.

—Por supuesto que lo es —me asegura, mirándome directamente a los ojos.

—¿Nunca has llorado por amor? ¿Nunca te han hecho daño o has tenido un desengaño de esos que te marcan? No me lo creo —me reafirmo, ofreciéndole su copa para luego tomar asiento a su lado.

—¿Por qué? —me pregunta como si en realidad lo descabellado fuera lo que yo le estoy preguntando.

—Porque todos hemos llorado o sufrido en algún momento por alguien. A no ser que seas un insensible al que no le afecte nada y termines las relaciones, incluso las de amistad, entre las que me incluyo, con la misma emoción con la que ves pasar las nubes —lo riño, imaginándonos dentro de unos meses, cuando termine el verano: yo al borde del llanto, que lo estaré, y él mirándome con la misma sonrisa socarrona con la que me está mirando ahora y soltándome alguna tontería de las suyas—. ¿Eres de ese tipo de persona?

—Más o menos —reconoce como si nada, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla, y me mira de reojo con una sonrisa, para seguidamente volver la vista al frente y detener la mirada en el mar, mientras que yo no puedo alejar la mirada de su perfil—. Creo que todo tiene un principio y un final, aunque no lo quieras —señala, esta vez con seriedad, volviéndose para mirarme— y que es un error intentar retener a alguien que quiere marcharse. Lo mejor es llevarte bien con todo el mundo, aceptar cuando las cosas se acaban y seguir con tu vida.

—¿Así de fácil? —inquiero, atando su mirada a la mía.

—Así de fácil. Puedes intentar retener a alguien con todo tu empeño, pero, si esa persona ya no desea formar parte de tu vida,

al final se largará, haciéndote incluso más daño —me asegura mientras yo siento la tristeza latirme muy rápido en la garganta—.Tú y yo ahora nos estamos acostando, pero, si mañana entrara en la cafetería el amor de tu vida, no intentaría retenerte; al contrario: te daría un abrazo, a él le daría la mano, le diría que se lleva a una buena tía y luego seguiría con mi vida —prosigue, consiguiendo que la tristeza se agrande en mi garganta y baje por ella hasta llegar a mi corazón, donde se queda, porque que diga eso significa que yo le importo más bien poco. Y dirijo la mirada al frente, para que no pueda ver nada en mis ojos que me delate—. Nunca me he enamorado de nadie ni tampoco soy de los que fuerzan o buscan ese sentimiento. De hecho, creo que se dice muy a la ligera «te quiero» y que en el fondo no es verdad porque el amor es otra cosa...

—No lo sabes, nunca te has enamorado —lo corto con voz neutra, sin apartar la mirada del mar.

—Cierto, pero estoy seguro de que el amor tiene que ser un sentimiento tan fuerte que no te importe hacer sacrificios por esa persona. Por eso pienso que la gente suele decir «te quiero» sin detenerse a pensar en lo que significa realmente y en cómo lo recibe la otra persona. Te aseguro que prefiero cientos de veces no decir nada y parecer un insensible a soltar la tontería esa de «te quiero» sin sentirlo de verdad —añade, mientras yo le doy un sorbo al vino con el que poder echar garganta abajo el golpe de realidad que está llegando con sus palabras.

—Y por eso no besas y te largas en cuanto todo termina —comento, obligándome a sonreír.

—¡No es cierto! —exclama, divertido, abriendo los brazos.

—No te olvides del momento de pánico que has vivido viniendo hacia aquí —le recuerdo, ensanchando la sonrisa cuando veo la suya

dominar su rostro.

—Joder, porque, de repente, me he sentido como un respetable hombre de familia cargado con las sillas y la mesa plegable mientras mi adorable mujercita llevaba el pícnic en la cesta de mimbre.

—¿Tienes algo en contra de los respetables hombres de familia que tienen adorables mujercitas? —le planteo, intentando olvidarme de esta tristeza que sigue latiendo en mi interior.

—Que me acojono solo de pensarlo. Ni se te ocurra mirarme con esos ojos, prefiero que pienses de mí que soy un cabronazo insensible a que pienses eso —me responde, provocando mi carcajada.

—Vale, lo tendré en cuenta.

—Y, ahora que ya hemos hablado de mí... vamos contigo: te enamoraste y sufriste por amor —sentencia, convencido.

—¿Y lo sabes por...? —digo enarcando una ceja.

—Por tus gestos, por tus silencios, por tu forma de generalizar. Se ve a la legua cuando alguien lo ha pasado mal por otra persona, porque vais dejando pistas sin daros cuenta.

—¡¿Cuándo he hecho yo eso?! —exclamo sin dar crédito.

—Muchísimas veces, incluso cuando no dices nada. ¿Qué sucedió? ¿Te dejó? —me pregunta. Y, sin pretenderlo, esbozo una sonrisa tan amarga como la bilis. Mierda, y tanto que he ido dejando pistas—. Oye, somos amigos y sé guardar un secreto —añade bajando el tono de voz mientras yo detengo la mirada en las montañas que tengo frente a mí y que me han visto llorar tantas veces; en ocasiones pintadas de verde, como lo están ahora, con los tonos ocres del otoño o cubiertas de nieve. Y en todas las estaciones han estado presentes mis lágrimas.

—No es un secreto. Es solo que, cuando hablas de tu pasado, en cierto modo, le insuflas vida, y hay pasados que es mejor dejar

morir —musito, escuchando el sonido tranquilizador del agua entremezclarse con el graznido ocasional de las aves.

—Y lo que no verbalizas se encalla y duele más. En cambio, hablar de lo que sientes, de lo que sigue doliéndote, es una forma de sanar.

—Y lo dice alguien que nunca ha sufrido por amor —le rebato con mucho retintín, girándome hacia él para enfrentarlo, porque ¿qué sabrá él?

—No es necesario haberte enamorado de alguien para que algo se encalle dentro de ti; puede ocurrir durante una discusión con un familiar, con un amigo o incluso con un compañero de trabajo. ¿Sabes una cosa que me repetía mucho una mujer que conocí en España?

—Lo sorprendente es que te acuerdes de que era de España —le suelto, molesta, provocando su risotada—. Cuando quieras, soy toda oídos.

—Se llama Carmen, vive en Valencia y hace la mejor paella que he probado en mi vida. Ahora tendrá unos setenta años y tiene cuatro nietos, al menos la última vez que hablé con ella —me aclara con sorna mientras yo me maldigo en silencio.

—¿Y qué decía la tal Carmen?

—Que es mucho mejor sentir la vergüenza arderte en la cara por decir lo que piensas que sentir dolor en el corazón por callar. *Més val vergonya en la cara que dolor en el cor* —me cuenta, divertido, esbozando una sonrisa atestada de cariño, como si hablar de esa mujer le provocara buenos recuerdos, que seguro.

—No he entendido nada de esto último... —admito, sonriendo con él.

—Te he dicho más o menos lo mismo, pero en valenciano... Por eso digo lo que siento y lo que quiero, aunque, en ocasiones, no sea del todo correcto o vaya en contra de todo el mundo. Porque,

cuando callas, las palabras te pesan dentro, que es lo que te sucede a ti, y no solo te pesan, sino que te duelen. Venga, suéltalo —insiste mientras yo bajo la mirada hasta la arena blanca, todavía mojada por la lluvia.

—No es tanto lo que me hizo él, sino lo que hice yo —musito, sintiendo la caricia del sol en las mejillas, otra forma de consuelo como lo es también este paisaje, el arrullo del mar o el graznido de las aves.

—¿Lo dejaste tú? —oigo que me pregunta mientras yo me pierdo un instante en mis recuerdos, sin tener muy claro si quiero abrirle esa puerta de mi pasado.

—No, eso es algo que nunca habría hecho —susurro, alzando la mirada para encontrarme con la comprensión que anida en la suya.

Y, aunque no tenía planeado contárselo nunca, es cierto lo que ha dicho, y Dios sabe que necesito librarme de estas raíces de una vez y cargarme todo esto que sigue encallado dentro de mí, posiblemente porque me avergüenza o porque, en el fondo, no lo he superado.

—¿Entonces? —me plantea con curiosidad mientras yo trago saliva, volviendo de nuevo la vista al frente.

Capítulo 38



SILJE

—Pasó hace unos años. Yo trabajaba y vivía en Svolvær, dirigiendo la cafetería del hotel más importante de la ciudad, y era la pareja, en secreto, de uno de los directivos de esa cadena hotelera. Me iba muy bien en el trabajo, él era el hombre perfecto, teníamos planes juntos...

—¿Por qué en secreto? —me corta endureciendo el tono.

—Porque es norma de la empresa que los empleados no tengan relaciones personales entre ellos. Si lo hubieran descubierto, a la que hubieran despedido habría sido a mí, así que lo mantuvimos en secreto.

—¿Y qué sucedió?

—Hubo una convención de directivos de la cadena en mi hotel y él, por supuesto, también estuvo presente. Esa noche nos vimos y me pidió que diéramos un paso más en nuestra relación y que nos fuéramos a vivir juntos, sin que nadie de nuestro trabajo lo supiera,

obviamente. La idea era que yo pidiera un traslado al hotel que la cadena tiene en Bodø; él vive allí y, al ser una ciudad mucho más grande, podríamos pasar más desapercibidos.

—¡¿Tú, saliendo de estas islas?! ¡Espero que le dijeras que no! —exclama con sorna, intentando hacerme sonreír, sin llegar a conseguirlo.

—Le dije que sí, sin dudarlo un instante —le cuento, recordando cómo la felicidad me explotaba en el pecho. Ese tipo de felicidad plena y apabullante que no he vuelto a sentir. Durante unos segundos, rememoro esa noche, viéndonos de nuevo juntos, desnudos en la cama: yo apoyada en su pecho, sus brazos envolviendo mi cuerpo, nuestras piernas enredadas. Tan increíble que me costaba creerlo—. Era el hombre perfecto: cariñoso, atento, educado, respetuoso...

—Joder, qué coñazo —me corta de nuevo, repantigándose en la silla.

—¿Por qué? —le pregunto, girándome para mirarlo.

—Porque nadie es tan perfecto, *principessa*. Cuando conozcas a un tío así, lárgate corriendo.

—A buenas horas llega el consejo.

—¿Y qué pasó con don perfecto?

—Que no lo era tanto. Don perfecto tenía una doble vida: estaba conmigo y también con otra, que además era directiva como él.

—¡Joder! Lo tenía organizado de coña, ¡todas calladas! —exclama, y suelta una carcajada.

—No tiene gracia.

—Cierto, no la tiene, pero no me dirás que no era listo, el tío: se buscó a dos mujeres que no podían decir que estaban con él. ¿Y puedo saber cómo te enteraste? —me pregunta mientras yo siento las lágrimas arremolinarse calientes en mis ojos.

—Al día siguiente apenas coincidimos y por la noche no me llamó ni tampoco vino a mi casa. Yo estaba emocionada y solo quería verlo, estar un poco más con él antes de que regresara a Bodø, y cometí la estupidez de colarme en su habitación sin habérselo notificado antes.

—Espera, espera... ¿No podías verlo si no se lo notificabas antes? ¿Acaso tenía que anotarte en su agenda como si fueras una reunión de trabajo? —me plantea sin dar crédito—. De diez a doce estar con Silje... ¡No me jodas!

—Pues sí. Eso que haces tú de venir a mi casa cuando te da la gana es algo que Fredrick nunca habría hecho.

—Nunca deberías haber salido con alguien que se llamase así —me suelta, haciéndome sonreír finalmente—, ni tampoco permitir que te tratasen como si fueras una reunión de negocios.

—¡No era eso! El caso es que Fredrick era un hombre muy ocupado y...

—¡Y tanto que estaba ocupado! ¿Por qué lo defiendes?

—No es que lo defienda, es que es la verdad. Él tiene... o tenía una agenda complicada, y cuadrar horarios no siempre era fácil.

—No me extraña, saliendo con dos mujeres a la vez. ¿Nunca te llamó con el nombre de la otra?

—No solía llamarme por mi nombre —musito, y veo que esboza una más que significativa sonrisa.

—Es verdad, te llamaría amor, cielo, tesoro o cualquier apelativo cariñoso que le valiera para ambas. Y eso que era educado, respetuoso y toda esa mierda que me has soltado antes —masculla con sequedad.

—La cabreada debería ser yo, ¿no te parece?

—No estoy cabreado, pero es que me joden mucho los tíos así y las mujeres que los defienden.

—Qué me vas a decir a mí —susurro con un hilo de voz, volviendo la vista al frente.

—Sigue... Te colaste en su habitación y, en lugar de darle una sorpresa, fuiste tú quien se la llevó porque estaba con la otra. ¿Estoy en lo cierto? —adivina mientras yo retrocedo a través de mis recuerdos para abrir de nuevo esa puerta y sentir ese batiburrillo de emociones que me llenaba el pecho: la excitación ante lo que venía, la emoción, la ilusión y el amor desbordante entremezclado con la felicidad más absoluta. Y todo se cayó al suelo cuando la abrí y los vi desnudos en la cama.

—Estaban acostándose... Ella estaba encima de él, y me quedé ahí, sin poder moverme —musito, viéndolos de nuevo, sintiendo el dolor hecho bola ocupando toda mi garganta al tiempo que rememoro cómo me quedé contemplando la escena casi en estado de *shock*.

—¿Y qué pasó?

—Que él me trató como si yo fuera una empleada cualquiera del hotel que se hubiera colado en su habitación sin pedir permiso, incluso me amenazó con despedirme mientras ella gritaba y se cubría a toda prisa.

—Es coña —suelta, alucinado.

—No, no lo es —susurro a duras penas, haciendo verdaderos esfuerzos por mantener las lágrimas presas en mis ojos.

—¿Y qué hiciste?

—Nada... Les pedí disculpas, les dije que me había confundido y me largué —le confieso tras unos segundos de silencio.

—No voy a decirte lo que pienso —pronuncia con la seriedad dominando sus palabras.

—Sí, mejor no lo hagas, ya me lo he dicho yo bastante a lo largo de estos años.

—¿Por qué hiciste eso? —inquiere, atrapando con suavidad mi barbilla para hacer que me vuelva hacia él.

—Porque quise protegerlo —admito, encogiéndome de hombros.

—¿Y quién te protegió a ti de semejante cretino? Joder... ¿Qué me estás contando? —me pregunta con voz contenida, sin soltar mi barbilla.

—Y no solo eso: cuando vino a buscarme al día siguiente, le dije que entendía que había cometido un error, que todos podíamos equivocarnos y que lo perdonaba —rememoro en un susurro, sintiendo el pulso del dolor latir en cada célula de mi cuerpo. Y no por lo que me hizo, sino por mis palabras, por pisotearme como lo hice.

—Muy comprensiva —masculla con sequedad, atándome a su mirada furiosa.

—Comprensiva e imbécil. Estaba tan enamorada de él que lo puse por delante de mí —reconozco, retirando su mano de mi barbilla.

—Entonces, ¿te dejó él?

—Sí. Me engañó, me humilló y me dejó —le respondo, dándome cuenta, creo que por primera vez, de la clase de persona con la que estaba—. Lo quería tanto que me olvidé de quererme a mí. Fíjate si lo quería y tenía miedo de perderlo que ni siquiera se lo eché en cara y lo perdoné antes de que me pidiera disculpas —le explico, percibiendo cómo una lágrima recorre lentamente mi mejilla.

—Bueno, hay quien perdona infidelidades —comenta, secándomela con cariño.

—Eso no era una infidelidad de una noche: era una falta de respeto y una deslealtad llevada al máximo nivel. ¿Qué clase de persona puede estar con dos mujeres a la vez y haciendo planes de futuro al mismo tiempo con ambas? ¿Cómo podía mirarnos a la cara

o decirnos que nos quería sin sentirse mal por ello? —le pregunto, con el dolor rasgando mi garganta con su punta afilada.

—¿Cómo te enteraste de que estaba con las dos?

—Me lo contó él ese mismo día. Me dijo que había estado muy confundido, que nos quería a ambas y que lo sentía mucho, pero que se quedaba con ella. Luego se fue, y no he vuelto a verlo... Ahora, con la claridad que llega con el paso del tiempo, me doy cuenta de lo equivocada que estaba y de lo mal que lo hice, porque no tendría que haberlo protegido, sino que tendría que haberle explicado a la que hoy es su mujer ante los ojos de todo el mundo que yo era su pareja y que íbamos a vivir juntos, en lugar de mirarle el pie y largarme con la cabeza gacha.

—¿Le miraste el pie?

—Sí, concretamente el dedo gordo. Mientras ella gritaba y él amenazaba con despedirme, yo le miraba el dedo gordo del pie —le cuento, esbozando una sonrisa que se une a la suya. La mía, cargada de tristeza; la suya, atestada de cariño o comprensión, no sabría decir, solo sé que me está haciendo sentir bien y con eso me basta.

—Mejor recordar eso que otra cosa.

—Ya, el tema es que yo lo recuerdo todo —admito, torciendo el gesto.

—Incluso el dedo gordo del pie.

—Sí, incluso el dedo gordo del pie —musito con tristeza.

—Lo que no entiendo es cómo se han casado si los empleados no pueden tener relaciones personales entre ellos, ¿acaso ha cambiado la política de la empresa?

—No, ella cambió de trabajo.

—Claro... Y así él puede seguir acostándose con todas las mujeres que quiera de su curro, porque ninguna dirá nada. Tienes razón,

principessa, es el tío perfecto.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que yo estaba dispuesta a hacer como si no hubiera sucedido nada, como si no me hubiera roto el corazón, y habría seguido a su lado, aceptando sus migajas, porque eso era lo que me daba.

Y decir esto en voz alta, aceptarlo, duele tanto como todo lo que me hizo.

—¿Y qué hiciste?

—Nada. Presenté mi renuncia, hice las maletas y, sin hacer ruido, regresé a casa de mis padres.

—¿Y no le dijiste que era un cabronazo hijo de puta antes?

—No, volví a casa y me obligué a seguir adelante con mi vida —susurro, sincerándome como nunca pensé que haría con él—. Nunca he estado tan triste como entonces... Recuerdo que estaba trabajando y que contaba las horas que me faltaban para poder regresar a casa y llorar... «Me queda una hora. Media. Venga, ya solo un cuarto de hora», me decía... y luego me encerraba en mi habitación, en el baño o donde mis padres no pudieran verme y lloraba y lloraba sin parar.

»Fue entonces cuando me di cuenta de que no importa lo bien peinada o maquillada que vayas, porque la tristeza siempre encontrará la forma de colarse en tu mirada, de manifestarse en tus facciones o de dominar tu sonrisa —le cuento, sintiendo cómo las lágrimas ruedan ya por mis mejillas sin control, tal y como lo hicieron entonces—. Tardé meses en superarlo y, si lo hice, fue gracias a mi madre, a Sonia y a mis amigas... Mi hermano vivía entonces fuera, y mi padre estaba un poco perdido conmigo y no sabía qué decirme —le confieso, encogiéndome de hombros.

—A veces, no quieres que te digan nada.

—Cierto. Pero, cuando pasa el tiempo, necesitas que te lo digan todo y que te abran los ojos de una vez. Recuerdo que una noche estábamos en la cocina y, de repente, mi madre me soltó que estaba harta de verme así y que lo que necesitaba era encontrar un proyecto lo suficientemente ilusionante como para que pudiera cargarse esa tristeza que iba conmigo a todas partes. Fue ella la que me propuso reabrir la cafetería que la señora Anette, mi antigua jefa, me había dejado en herencia cuando falleció.

—No sabía que la habías heredado.

—Crecí en esa cafetería: primero, como clienta y, más tarde, como su empleada. Ella no tenía hijos ni sobrinos y me la dejó a mí, a su chica, como solía llamarme.

—Y la abriste.

—Primero, la reformé con la ayuda de mi padre y de Sven. Tener esa ilusión, un motivo por el que levantarme cada día, fue lo que me salvó de mi tristeza. Porque llegué a sentir que no tenía nada a lo que aferrarme o que valiera la pena, y no se me ocurrió pensar que yo era ese motivo por el que seguir y lo más importante de mi vida, algo que nunca más voy a olvidar —afirmo con seriedad, sintiendo las lágrimas secarse en mis ojos.

—¿Y no has vuelto a verlo?

—No. Sé que se casó con ella, que lo han ascendido y que le va bien, pero nunca hemos vuelto a encontrarnos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque Loki vivía en Bodø y él solía frecuentar el restaurante en el que trabajaba mi hermano, además de ser muy amigo de uno de los camareros.

—¿Y sabía quién era el cocinero?

—No me extrañaría, porque Fredrick lo sabía todo.

—Da un poco de miedo ese tío, ¿no te parece?

—No sé... ¿Puedo decirte una cosa sin que me juzgues?

—Puedes contarme lo que quieras, lo otro no lo tengo tan claro si tiene que ver con ese gilipollas.

—Siempre voy a quererlo.

—No me jodas.

—Nunca volvería con él, eso lo tengo claro. Pero sigo viendo nuestras fotografías, sigo queriendo saber de él y echo de menos formar parte de su vida y ese tiempo que estuvimos juntos.

—¿Sabes por qué te pasa eso?

—¿Porque tengo el síndrome de Estocolmo?

—No, te pasa eso porque te dejó él, aunque los motivos para dejarlo los tuvieras tú... No sé cómo explicártelo para que lo veas... Cuando te dejan, y no importa si es una relación de amor, de familia o de amistad, y te hacen sufrir con esa ruptura, en cierto modo te ponen como una venda en los ojos que te impide ver con claridad la clase de personas que son, porque tú solo ves que te han dejado, que ya no te quieren o que ya no te quieren en su vida cuando tú todavía los quieres. Es como si tus sentimientos se quedaran atascados en ese momento de la ruptura y, aunque tú avances o aunque tu vida siga, ellos no lo hacen. Por eso sigues añorando a esas personas y lo que viviste con ellas, olvidando lo que te hicieron y lo gilipollas que son —sentencia, endureciendo el tono.

—¿Te ha pasado eso?

—Con el que fue mi mejor amigo.

—¿Qué sucedió? ¿También se acostó con tu pareja?

—Ya hubiera querido él —me dice, esbozando una sonrisa, que borra lentamente con la llegada de sus recuerdos—. Hay una enfermedad que no tiene cura, y son los celos cuando no puedes manejarlos. Si en lugar de irme bien me hubiera ido mal, ahora seguiríamos siendo amigos. Porque es más fácil estar a las malas

que a las buenas, cuando todo te va cojonudo, cuando eres feliz y encima se te nota.

—¿A él no le iba bien?

—No tanto como a mí.

—Pero ¿de qué te tenía celos?

—De mi libertad, de mi forma de vivir la vida, no sabría decirte... O sí, porque él se casó y la cagó.

—¿Por eso tú no quieres tener relaciones? ¿Para que no te suceda lo mismo? —le pregunto, divertida, arrancándole una carcajada.

—¿Acaso lo dudas? —me responde entre risas.

—Sabes de sobra que no tiene por qué sucederte lo mismo.

—Lo tengo claro... Para el caso, con el tiempo empezó a alejarse, a no contestar a mis llamadas ni a mis mensajes, y un día me soltó que nuestras vidas no eran compatibles o una memez de esas. Para mí era como mi hermano, y él no tenía ni cinco putos minutos para tomarse una cerveza conmigo, pero sí para cenar o lo que fuera con los amigos de su mujer.

—Y te dolió.

—Mucho.

—¿Y qué hiciste?

—Nada, ya te he dicho que no tiene sentido intentar retener a quien no quiere quedarse, así que seguí con mi vida como hiciste tú. Pero, de alguna manera, entiendo cómo te sientes, porque yo también sigo echándolo de menos y sé que, si un día necesitara algo, ahí estaría yo para ayudarlo.

—Porque lo quieres.

—O porque quiero el recuerdo de lo que fuimos. Si yo lo hubiera conocido ya casado, siendo el tío que es ahora, posiblemente no habríamos encajado. Pero lo conocí siendo un crío y con él compartí media vida, hasta que conoció a esa mujer y nos dio a todos de

lado, incluso a su familia. Solo espero que le dure mucho, porque, si algún día eso se rompe, se va a ver muy solo.

—No creo, acabas de reconocer que estarías a su lado si te necesitara.

—Cierto, pero al final la amistad y el amor son como una casa: necesitan cuidados y que vivas en ella porque, de lo contrario, con el paso del tiempo, todo se estropea y luego requiere un sobreesfuerzo para que vuelva a ser habitable —musita, y luego guarda silencio durante unos segundos—. ¿Puedo darte un consejo?

—Claro.

—Si de verdad quieres pasar página, deshazte de todo lo que pueda recordarte a él, fotografías o chorradas de esas que guardáis las tías, y luego ve a buscarlo y descubre la clase de persona que es de verdad, no a quien tu mente recuerda y que ha adornado con el tiempo. Y, si luego sigues queriéndolo, ve al psicólogo —me suelta, arrancándome una carcajada liberadora.

—No guardo chorradas.

—Pero sí fotografías que sigues viendo. Rómpelas, *principessa*, o, mejor, quémalas —me recomienda, guiñándome un ojo y provocando mi sonrisa—. Me largo. ¿Tengo que comprarme una agenda para anotar la próxima vez que quiera follar contigo? —me pregunta, levantándose y provocando de nuevo mi risa.

—No, por favor, no sea que me equivoque y te llame Fredrick.

—Menudo repelús de nombre —me comenta, cogiendo su silla—. Te la dejo en la terraza.

—No es necesario.

—Por supuesto que lo es. Gracias por contármelo —susurra, y me da un beso en la cabeza antes de marcharse, dejándome con la sonrisa instalada en los labios.

Capítulo 39



SILJE

Observo las fotografías sentada en el sofá de mi casa, con el sol ya suspendido sobre el mar, como si hubiera una línea invisible que le impidiera seguir su descenso o como si solo se acercara al agua para beber o refrescarse antes de iniciar de nuevo su ascenso. Durante unos breves instantes, pierdo la vista al frente, disfrutando de este momento que es como un regalo tras un día agotador en la cafetería, porque fue tal el éxito de la inauguración que cada día tenemos más clientes... Y los que vendrán, porque Marco ha empezado a promocionar ya la actuación del viernes y está siendo una auténtica locura.

Los viernes con Silje y su música. Y sonrío sin proponérmelo al recordar el cartel promocional, donde aparece la cafetería con una imagen de la cantante que vendrá mañana y que esta vez hemos diseñado entre los dos. Y sonrío un poco más al recordar esa tarde: los nervios que llegaron de improviso antes de que me abriera la

puerta, esa curiosidad inicial que sentí mientras deslizaba discretamente la mirada por su habitación en busca de fotos o detalles que me hablaran más de él —y que, por cierto, no encontré, porque lo único que tenía a la vista era su ordenador y un poco de ropa perfectamente doblada en una de las sillas—, la risa que subió burbujeante por mi garganta ante sus comentarios insolentes y cómo diseñamos el panfleto en dos tandas porque entre medias me hizo probar su cama y lo cómoda que era.

Y tanto que está siendo una locura, una locura maravillosa que nunca pensé que viviría a su lado. Sobre todo al principio, cuando me sacaba tanto de quicio. Bajo la mirada hasta las fotografías que sostengo entre mis dedos y en las que Fredrick me mira sonriendo. Y con su sonrisa se borra la mía.

Hoy es el solsticio de verano y, como todos los años, lo celebraré con mis amigas: recogeremos flores, con las que decoraremos nuestro pelo; encenderemos velas blancas, con las que formaremos un círculo, y haremos una pequeña hoguera en el centro. En ella quemaremos lo que deseamos que desaparezca de nuestra vida e invocaremos lo que deseamos atraer. Quemar pasados, recuerdos y vivencias que han provocado nuestras lágrimas; quemar costumbres o hábitos que no nos gustan escritos en un papel, para luego abrir nuestro corazón con generosidad y sinceridad y verbalizar lo que deseamos que venga a nosotras. Y, de nuevo, bajo la mirada hasta las fotografías que sostengo entre mis dedos y que estos días he mirado más de la cuenta. Él, tan rubio, con los ojos tan azules, tan apuesto, bien vestido y perfecto... y luego yo, tan joven y enamorada, tan ciega, mirándolo con adoración mientras él aparece en todas las imágenes con la vista al frente.

Y, mientras estaba conmigo, también estaba con ella. Mientras me decía que me quería, también se lo decía a ella. Y, posiblemente,

mientras me proponía que viviéramos juntos, también se lo estaba proponiendo a ella. Y, en lugar de recordarlo y despreciarlo con cada fibra de mi ser, sigo queriéndolo y echándolo de menos, un sentimiento irracional que parece empeñado en persistir dentro de mí, porque, aunque nunca volvería con él —y eso lo tengo clarísimo —, no puedo dejar de quererlo. Como esas raíces que nunca volverán a convertirse en un árbol, pero que siguen arraigadas con fuerza a la tierra sin llegar a morir del todo.

Debería guardar lo único que me queda de él en lugar de quemarlo, porque, si lo quemo, no volveré a verlo ni tampoco a vernos juntos. Y justo por eso deberían arder en la hoguera todas estas fotografías y cada una de sus sonrisas, para poder seguir adelante de una vez. Solo que hay una parte de mí que se resiste a dejarlo ir.

Cuando oigo unos suaves toques en la puerta, me giro hacia ella para ver entrar a mis amigas entre risas, ataviadas con sendos vestidos blancos, largos y fluidos, y con el pelo suelto. Las tres diosas del fiordo. Y esbozo una sonrisa, haciendo a un lado el recuerdo de Fredrick para centrarme en ellas y en lo que vamos a hacer, nuestro ritual desde hace años.

—Las diosas del fuego y del aire invocan a la diosa del agua. Por favor, manifiéstate —oigo la voz burlona de Breen.

—La diosa del agua lleva un buen rato esperándoos. ¿Dónde estabais? —les pregunto, levantándome y observándolas: Breen, con la melena pelirroja y ligeramente ondulada resplandeciendo como lo haría el fuego; Liv, tan liviana como lo es el aire, y luego yo, con los ojos tan azules como el agua del mar. Fuego, aire y agua, siendo tierra las tres.

—No será para tanto. Además, llevas casi toda la semana rindiéndole tributo a Roma y pasando de nosotras, así que no está

de más que nos hagamos de rogar un poco para castigar tu desaire de estos días —me replica con aplomo Breen.

—Os he visto todos los días en la cafetería —le rebato, sonriendo muchísimo.

Aunque es cierto que nos hemos visto, apenas hemos podido hablar, porque se está llenando de tal forma, sobre todo a primera hora para los desayunos, que apenas tengo unos minutos libres para poder sentarme con ellas.

Y esto es algo que me hace tremendamente feliz: ver mi cafetería llena, que empiece a ser un lugar de encuentro entre los lugareños, como lo fue en el pasado, y al mismo tiempo un reclamo para los turistas que llegan a nuestras islas. Y está sucediendo, y todavía no puedo creerlo.

—¡Exacto! Visto, pero solo eso —me replica, cruzándose de brazos y sacándome de mis pensamientos—. Tienes un montón de cosas que contarnos.

—Y queremos saberlo todo, y esta vez sin prisas, así que olvídate de quedar luego con Marco, que esta noche eres nuestra —añade Liv, llegando hasta donde me encuentro, para seguidamente ensombrecer el gesto cuando ve las fotografías que están esparcidas sobre el sofá—. ¿Por qué las estás viendo?

—Porque va a quemarlas —adivina Breen, mirándome con seriedad.

Y a veces siento que puede leer en mi interior.

—¿De verdad vas a quemarlas?

—Esa es la idea, aunque siga valorándolo.

—No hay nada que valorar: ese tío es un impresentable que se merece arder en la hoguera.

—Ya lo sé.

—Quemar lo que no nos gusta de nuestra vida para dejar espacio a todo lo bueno que tiene que llegar. Marco, en este caso —apostilla Liv, esbozando una sonrisa.

—O Jakob, en el tuyo. Tú también tienes muchas cosas que contarme.

—Cosas que sabrías si hubieras tenido un hueco libre estos días para quedar con tus amigas. Roma debe ser alucinante, amiga, porque menudo enganche tienes —sentencia Breen, sentándose en el sofá.

—Te lo diré cuando vaya.

—¿Vas a ir a Roma? ¿Con él? —me pregunta Liv sin pillarlo, tomando asiento a su lado.

—No, con el idiota de Fredrick —le replica Breen, y suelta una risa, que se le corta en seco cuando suma dos más dos y llega a cuatro —. No te habrás arrodillado frente a él, ¿verdad? ¿No habrás sido tan mala amiga? —inquiere, fulminándome con la mirada, mientras yo me siento frente a ellas sin poder dejar de sonreír.

—No intencionadamente, estábamos de rodillas, se levantó y... fue más cosa suya que mía —me defiendo, ante la mirada asesina de mi amiga.

—¡Sí, claro, y ahora vamos y nos lo creemos! ¡Tía, no me jodas!

—No iba a bailar desnudo para nosotras, Breen. Puede que al principio sí, pero ya no —adivina con dulzura Liv.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú? —replica, molesta, mientras yo siento la sonrisa pegada en mi cara—. ¡Ay, mi madre! —exclama, volviéndose para mirarme y analizarme durante unos breves segundos—. ¡¿Te has enamorado de él?! —me riñe a voz en grito mientras yo me encojo de hombros sin poder dejar de sonreír. Porque es como si una diosa de verdad me estuviera echando la bronca y, bueno, porque estoy feliz, eso también—. Genial, pillarse

de un tío que está de paso y que tiene una pinta de golfo que tira para atrás es una gran idea, casi mejor que la que tuviste el día que te enamoraste del cabrón de Fredrick.

—Relájate, ¿quieres? Para Marco, sigue siendo solo sexo y no tiene ni idea de lo que siento, ni yo voy a decírselo tampoco. Esto es lo que es, y lo que yo sienta es cosa mía. ¡Ah! Y antes de que digas nada, no es lo mismo vivir una ruptura cuando no te la esperas, como me sucedió con Fredrick, que vivirla cuando desde el principio sabes lo que hay.

—Liv, ve preparando un buen arsenal de pañuelos para cuando Roma termine con la conquista de estas tierras y decida replegar tropas.

—No voy a llorar —afirmo—, o al menos no como lloré con lo de Fredrick —rectifico mientras mis amigas me miran sin creerse ni una sola de mis palabras—. En serio, no es lo mismo saber lo que hay a que te pille por sorpresa. Además, he decidido centrarme en lo positivo de todo esto.

—¿El sexo? —me plantea Breen.

—El sexo es bestial, pero no... ¿Recuerdas cuando me dijiste que Marco era el regalo que me estaba ofreciendo la vida para curarme y que sería como ir a terapia, pero sin pagar? Pues es justo eso.

—También te dije que no ibas a enamorarte de él.

—Bueno, ahí fallaste un poco. Voy a estar bien, de verdad. Ya no soy la misma de antes y no volveré a llorar por nadie como lloré por Fredrick, eso lo tengo clarísimo —les aseguro endureciendo el tono —. He decidido que voy a pasármelo bien con Marco estos meses, luego iremos juntos a Roma, conoceré esa ciudad, beberé vino y comeré más pasta, y lo que venga después ya se verá.

—Lo que viene después es el derrumbe, no hay que ser muy lista para saberlo —comenta Breen con gravedad.

—Y cuando has sido capaz de salir de los escombros una vez, ya eres capaz de escalarlos sin apenas esfuerzo. No voy a negarme esto por temor a lo que vaya a suceder, sobre todo cuando ya he vivido el después más bestia que se puede vivir y he sido capaz de seguir con mi vida. Voy a vivirlo y a pasármelo tan bien como pueda y luego, cuando se marche, seguiré a lo mío. Porque si hay algo que tengo claro es que nunca, jamás, voy a luchar por alguien que no se deja la piel por mí. Y no creo que sea el caso de Marco, así que tranquilas, que está todo controlado.

—Casi me lo he tragado —me dice Breen con seriedad.

—Pues trágatelo entero, porque es cierto.

—Te lo recordaré dentro de unos meses cuando se marche... Y, hablando de tragar, ¿estás tragando mucho? —me pregunta, esbozando una sonrisa cómplice, que dibuja otra en mi rostro.

—Imagínatelo.

—No puedo, hace mucho que no me meto una polla en la boca.

—No es necesario ser tan explícita —interviene Liv.

—Tú no lo has sido mucho con lo de Jakob, ¿puedes explayarte un poco?

—No se lo cuentes, que sufra por no tener tiempo para sus amigas.

—Que yo sepa, estoy con vosotras.

—Desde el sábado no has tenido ni media hora para estar con nosotras, y es jueves —me recrimina, enarcando una ceja y haciendo que recuerde al amigo de Marco y la definición que hizo sobre el amor y la amistad.

—Lo siento, tienes razón, pero por primera vez la cafetería se está llenando y, cuando echo el cierre, vosotras ya estáis a lo vuestro: tú, con tu juez, y Liv, con sus cosas.

—¡Y ahora será eso y no que tienes a Roma esperándote en la puerta! Por cierto, alguien me ha contado que se ha cambiado el horario para poder tener las tardes libres. ¿Por qué crees que habrá hecho eso?

—Alguien con el nombre de Thea —adivino entre risas—. ¿No dices nada sobre tu juez? —decido cambiar de tema.

—A los imbéciles mejor ni nombrarlos.

—Todavía no nos has dicho si está bueno —añade Liv sonriendo.

—Como si fuera algo relevante. Es imbécil, prepotente y me saca de quicio. De hecho, me molesta hasta que estemos hablando de él. Es como si se me llenara la boca de algo agrio. ¡Qué asco de tío! —exclama, estremeciéndose y provocando nuestras risas.

—¿Te imaginas que termina enamorándose de él? —le pregunto a Liv, mientras Breen finge tener arcadas.

—¿Podemos sacarlo de este salón y de nuestras cabezas? Antes enciendo una hoguera y me quemo en ella que permito que semejante prepotente insoportable me toque. ¡No puedo con él! Lo odio con todas mis fuerzas. Es más, creo que estoy teniendo problemas de acidez por su culpa, porque es como si me lo hubiera comido y me hubiese sentado fatal.

—Igual si le comes otras cosas...

—Antes me quemo o me ahogo, ¡qué asco, por favor! ¿Podemos cambiar de tema? Este me revuelve el estómago. Venga, Liv, cuéntale de una vez lo de Jakob.

—¿No tenía que hacerme sufrir? —suelto divertida.

—Pero, si para que tú sufras, tengo que sufrir yo, el asunto deja de tener gracia. Venga, cuéntaselo todo.

—No hay mucho que contar.

—¡No hace falta que lo jures!

—¡Tía!

—¿Qué? Son igual de pelmazos los dos.

—Venga, cuéntamelo... Te llevó a casa, ¿verdad?

—Ah, y tenemos que hablar de Aksel —nos corta Breen.

—El domingo Loki y yo vamos a cenar con él en casa de Sonia.

—Está buenísimo y sigue siendo guapísimo, ¿por qué no me gusta?

—Me siento ignorada.

—Porque no es tu tipo y porque a ti te van más los jueces prepotentes y cabrones. Ahora vamos con lo tuyo.

—Vuelvo a tener la boca agria.

—Pero es la verdad: Aksel es demasiado buen tío para ti.

—Y tanto.

—¿Acaso estáis insinuando que merezco un mal tío? ¡Gracias! Eso es lo que yo llamo tener buenas amigas.

—Silje tiene razón: Aksel y tú no congeniaríais como pareja, aunque quisierais. Él es demasiado tranquilo y tú eres un torbellino que no puede estar dos minutos callada. Además, él no quiere vivir aquí, y a ti ese plan nómada que lleva no te va, lo has dicho muchas veces.

—Ya, pero el tema es que está buenísimo y nunca me ha atraído, ¿por qué?

—Te lo he dicho: porque te van los jueces cabrones.

—Voy a vomitar.

—Venga, cuéntame lo de Jakob.

—La verdad es que no recuerdo demasiado. De repente, me vi sola, tú estabas superliada y me costaba caminar en línea recta. No sé, me muero de vergüenza cada vez que lo pienso. Solo me acuerdo de que, mientras buscaba a Breen, apareció él y se ofreció a llevarme a casa.

—¿Y tú dónde estabas? —le pregunto con fingida inocencia, y mi amiga me mira todo lo mal que puede.

—Me llamaron del trabajo y tuve que atender una urgencia.

—¿Un sábado por la tarde? ¿Acaso te llamó el juez cabrón?

—¡Qué imbécil eres!

—¿Queréis hacerme caso?

—Perdona, ¿y qué pasó?

—¿Tú qué crees, tía? Iba superborracha, todo me daba vueltas y era incapaz de hablar con él.

—En circunstancias normales, eres incapaz de hablar con él —le rebate Breen.

—Ya, pues imagínate yendo como iba. Fue superhumillante, porque encima fue tan amable que se empeñó en acompañarme a casa y...

—¿Estaban tu madre o tu abuela allí?

—Las dos.

—¿Quieres independizarte de una vez? ¿Cómo mierdas iba a meterte mano con tu madre y tu abuela en casa?

—¡No iba a meterme mano!

—¿Y tú qué sabes? ¡Tía, es que ni borracha te lanzas!

—¿Me quieres dejar en paz?

—Breen... para —le advierto.

—¡Es virgen, y a este paso seguirá siéndolo hasta el día de su muerte!

—Tú no lo eres tanto.

—Mira quién fue a hablar —me rebate mientras Liv nos mira con hartura.

—¿Podéis callaros de una vez?

—Perdona.

—Aunque mi madre y mi abuela no hubieran estado en casa, no me habría metido mano: primero, porque no le gusto y, segundo, porque no es de esa clase de chicos.

—Cierto, pero sí que es de esa clase de chicos a los que les gusta la misma música que a ti. No es que sea gran cosa, pero, al menos, es un comienzo. Tía, ¿no te das cuenta? Lo conoces desde hace años y nunca has hablado con él, igual si te lanzas descubres que coincidís en muchas más cosas.

—Me quedo sin palabras cuando él está cerca. Es como si cualquier cosa que pudiera decir no tuviera importancia o fuera una estupidez y mi cabeza se encargara de cargárselo antes de que llegue a pronunciarlo para evitarme el bochorno. Ya sé que tú no puedes entenderlo, porque eres la persona más extrovertida que conozco y, en lugar de faltarte palabras, a ti te sobran —le dice a Breen—, pero para mí es distinto. Yo no soy como tú, ni tampoco como tú —añade, volviéndose hacia mí—, que con una mirada tuviste suficiente para captar la atención de Marco. A mí no me gusta que me miren; prefiero pasar desapercibida y solo me siento cómoda con la gente de mi entorno, me muero si tengo que hablar en público y, si es posible, prefiero que nadie me pregunte o se interese por mí.

—Y justo por eso tus jefes se aprovechan y siempre terminas cargando con el muerto. Seguro que nunca te has enfrentado a ellos.

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a enfrentarme a mis jefes? —le pregunta como si fuera un total despropósito hacer tal cosa.

—Tus jefes son personas como tú y lo único que les diferencia de ti es un cargo, que hoy pueden tener y que mañana pueden perder. Si son injustos contigo, deberías decírselo y defenderte, aunque te

mueras de vergüenza. ¿Sabes lo que tienes que hacer? —prosigue Breen.

—No voy a enfrentarme a mis jefes.

—De momento... Ahora vas a apuntarte a clases de surf en la escuela de Jakob.

—Ni muerta.

—O te apuntas tú, o te apunto yo.

—¿Tú me escuchas cuando te hablo?

—Perfectamente, y tengo clarísimo que, o intervengo, o aquí no hay nada que hacer.

—¡Es que no hay nada que hacer! Además, yo me siento cómoda con mi vida, déjame en paz.

—Sentirse cómoda está bien, pero vivir la vida es alucinante —le rebate mientras yo las escucho guardando silencio.

—¿Te digo yo lo que tienes que hacer con tu juez?

—No es mi juez.

—Ni Jakob va a darme clases. No te metas, Breen, te lo digo en serio.

—Esto que estás haciendo es justo lo que tienes que hacer cuando tus jefes se aprovechen de ti o cuando te sientas preparada para hablar con Jakob. No eres ninguna tonta, Liv. De hecho, eres de las personas más inteligentes que conozco. Solo tienes que aprender a confiar en ti, porque te aseguro que no vas a decir ninguna estupidez, ¿vale? —intervengo, mirándola con cariño.

—Cuando me sienta preparada.

—¿Crees que lo estarás antes de llegar a la vejez? Mujer, más que nada, porque no será lo mismo follar con Jakob ahora, cuando es puro músculo, a hacerlo cuando sea un carcamal con todo colgando.

—Paso de contestarte.

—Mejor —sentencio, levantándome—. Es hora de encender la hoguera, ¿vamos?

—Vamos, es hora de quemar al cabrón de Fredrick de una vez —declara Breen mientras yo sonrío a Liv, la mejor de todas nosotras. Porque, además de ser dulce, creativa, familiar e inteligente, tiene un mundo interior tan bonito como lo es ella por fuera, solo tiene que darse cuenta.



Sumidas en nuestro silencio, preparándonos interiormente para el momento que vamos a vivir y abrazando los sonidos propios de la naturaleza, recogemos flores, que nos ponemos en el pelo, y encendemos velas y una pequeña hoguera mientras la suave brisa juguetea con nuestros vestidos y el mar se mantiene en calma, como expectante a lo que viene ahora, al tiempo que nos colocamos dentro del círculo, en torno al fuego.

—Fuego, aire y agua, siendo tierra las tres —empieza a hablar Breen, aferrando mi mano y la de Liv mientras yo hago lo propio con mis amigas.

—Fuego, aire y agua, siendo tierra las tres —prosigo, sintiendo el vello erizado ante este ritual con el que damos la bienvenida al verano y a nuestros nuevos propósitos. Porque en enero comienza un nuevo año, pero para nosotras hoy es otro comienzo, el de nuestro corazón—. Hoy nos fundimos con los elementos, de los que formamos parte: la tierra que hay en nuestros ojos reconocerá la tierra en todo lo que vemos, el aire que hay en nuestro interior captará lo que es aire, el agua lo que es agua y el fuego lo que es

fuego, porque solo se reconoce lo que se tiene dentro. Y, siendo una, somos un todo, y, siendo un todo, somos una.

—Y, siendo un todo, invocamos a nuestros ancestros, a nuestros guías espirituales y a nuestros ángeles guardianes. Siendo un todo, nos abrimos al mundo de lo invisible con confianza y fe, mostrando lo que llena nuestra alma: nuestros temores, nuestras ilusiones, lo que queremos atraer a nuestra vida y lo que queremos que desaparezca de ella. Yo, Liv.

—Yo, Breen.

—Yo, Silje.

—Y, siendo todas y solo una, nos abrimos sin reservas —decimos al unísono, alzando los brazos unos segundos mientras el viento mueve nuestro pelo, envolviendo nuestros cuerpos.

—Y, siendo todas y solo una, pido dejar mi pasado atrás, pido aceptar lo que venga sin miedo, pido fuerza para enfrentar el después y, sobre todo, pido poder convertirme en mi lugar feliz sin importar lo que suceda —invoco con decisión, para luego soltar sus manos y quemar mi pasado en la hoguera mientras el viento cesa por completo y el mundo parece observarme, como conteniendo el aliento, al tiempo que siento una extraña mezcla de orgullo y felicidad asentarse en mi pecho. Porque había que hacerlo y se ha hecho. Y aferro de nuevo las manos de mis amigas.

—Y, siendo todas y solo una, pido encontrar mi camino, pido orientación para dar los pasos correctos, pido fuerza y determinación sin que por ello se resienta mi yo más íntimo —declara Liv con voz alta y clara, para luego echar una carta al fuego, y le doy un apretoncito de cariño cuando aferro su mano de nuevo.

—Y, siendo todas y solo una, pido que trasladen al juez cabrón a la Antártida para que imparta justicia a los pingüinos —invoca Breen, y le doy un apretón, que en nada se parece al que le he dado a Liv,

para que se centre, porque esto es importante y las guasas no tienen cabida—. Siendo todas y solo una, pido que se alejen de mi vida las personas que me provocan acidez de estómago y que su lugar lo ocupen solo personas que me hagan feliz... Pido generosidad para dejar ir, fuerza para soltar y resistencia para no traer de vuelta. Pido volver a ser feliz, sentirme plena... y un aumento de sueldo —añade, provocando mi sonrisa, a pesar de las lágrimas que han subido fulgurantes hasta mis ojos, y observo cómo echa un sobre cerrado al fuego.

—Y, siendo todas y solo una, agradecemos a la madre luna y al padre sol cada día y cada noche; agradecemos el estar aquí y el habernos encontrado en este lugar y en este tiempo. Siendo todas y solo una, cerramos lo que se haya abierto para que todo siga su curso y siga fluyendo. Que así sea —concluyo, sintiendo cómo una lágrima se desliza lentamente por mi mejilla mientras contemplo el baile hipnótico del fuego, donde mi pasado ya es solo cenizas. Ahora, solo necesito que lo sea siempre en mi vida.

Capítulo 40



MARCO

Las observo desde la distancia, sin moverme, casi sin respirar: las tres vestidas de blanco, con el pelo suelto, cogidas de la mano en torno a una pequeña hoguera mientras el mundo se mantiene en silencio, porque hasta las aves han enmudecido y el mar ha frenado sus corrientes. Detengo la mirada en las llamas tintineantes de las velas blancas que han colocado en las rocas, las flores que decoran su pelo... Tan fascinante e hipnótico que no puedo alejar la mirada de ellas, sobre todo de Silje, porque es como ver a una sirena con cuerpo de mujer o como ver a una diosa. Y siento cómo mi corazón da un vuelco cuando alza los brazos y el rostro hacia el cielo.

Hostia, daría lo que fuera por escuchar lo que sea que estén diciendo. Me oculto mejor para que no me descubran, agudizando la mirada cuando la veo coger algo del suelo, que luego echa al fuego... Parecen fotografías. Y entonces recuerdo lo que me contó del imbécil de su ex, al tiempo que veo cómo Liv, y más tarde Breen,

repiten el proceso, quemando papeles, para luego volver a cogerse de las manos y cerrar los ojos.

Tan mágico y, al mismo tiempo, tan íntimo, porque siento que están abriendo su corazón y yo estoy siendo testigo de ello, pero, sobre todo, la estoy sintiendo en el mío, porque es cierto que son tres, pero yo solo tengo ojos para ella.

Me doy la vuelta para marcharme, porque está claro que hoy su tiempo es para sus amigas, y me parece correcto, más que nada porque llevamos varios días separándonos solo para lo justo y nos vendrá bien coger aire y relacionarnos con otras personas. Sobre todo a mí, que incluso me he cambiado el turno para poder estar más tiempo con ella.

Hay que tener huevos, joder. Hay que tenerlos bien gordos.

Capítulo 41



SILJE

—¿Cómo lo llevas? —le pregunto a Loki, entrando un momento en la cocina para comprobar si necesita ayuda.

—Bien. ¿Cómo vais por ahí fuera? Esa chica canta muy bien —me dice, sin cesar en su labor, y en mi interior me felicito por habernos impuesto un descanso de un par de horas a cada uno que, al menos a mí, me ha dado la vida.

—Sí. No es la locura del sábado pasado, pero creo que me gusta más, es como más íntimo y cercano —le cuento, viendo de reojo a las personas que hay esperando frente al mostrador—. Ven —lo llamo, haciéndole un gesto con la mano para que se acerque a donde me encuentro y desde donde se puede ver a Kindra y a su hermana Kristel charlando animadamente con un grupito de chicos mientras esperan a ser atendidos.

—¿Qué sucede? —inquiere echando un vistazo rápido a la cafetería y sin pillarlo.

—¡¿De verdad no lo ves?! —exclamo, feliz—. Tenemos cola, ¡hay gente haciendo cola!, y mira fuera, en la terraza: está casi llena —constato dando un par de pasos para verlo todo mejor: la cantante sentada en los escalones del pequeño escenario, entonando una balada; las velitas encendidas en las mesas que hemos vuelto a colocar, no todas, por supuesto, porque el escenario se come parte de la terraza, pero hemos conseguido organizarlo para encajar bastantes, y luego los clientes disfrutando de la música, que se cuela sin pudor por las puertas abiertas mientras la luz dorada de este atardecer eterno lo baña todo.

Y, si alguien hubiera rebuscado en mi interior para plasmar mi sueño en un dibujo, ni se habría acercado a esto. Porque yo solo pensaba en la gente haciendo cola, pero me olvidaba de la esencia, de lo que convierte un lugar en un sitio especial, y eso ha llegado con la música y también con Marco.

—Te dije que era cuestión de tiempo y, si lo piensas bien, no te ha costado tanto —oigo que me comenta Loki en voz baja.

—Yo diría que era más bien cuestión de una inauguración —bromeo, y mi corazón me da un golpe seco en el pecho cuando lo veo aparecer por la puerta, vestido con unos vaqueros oscuros y una sudadera a juego.

Y, en realidad, no importa cómo vaya vestido, lo que haga ni lo que diga, porque siempre consigue que solo tenga ojos para él, que mi sentido común caiga de rodillas a sus pies y que mis hormonas se pongan a dar saltos de alegría. Y ensancho mi sonrisa cuando mi mirada se encuentra con la suya.

—Menuda cara ponéis los dos cuando os veis. ¿De verdad seguís pensando que es solo sexo? —me pregunta Loki con mucha guasa, y me limito a negar con la cabeza, guardando mis sentimientos para mí.

—Por supuesto —le miento, y echo a andar hacia el mostrador mientras me llega su «Pues debe de ser brutal» y sonrío muchísimo más. Porque no es que sea brutal, es que es brutalísimo, y no solo eso, sino que me siento a punto de explotar de felicidad.

Y esto, sentirme así, tan feliz y plena, es algo que no me sucedía desde hace una eternidad, concretamente, desde que estuve con Fredrick. Y barro a toda prisa ese pensamiento, porque ayer quemé sus fotos y mi pasado con él, y quiero que siga siendo ceniza hasta el último día de mi vida.

—¡Hola, chicas! ¿Qué os pongo? —les pregunto, girándome un segundo hacia Marco, que está apoyado despreocupadamente en un extremo del mostrador, para dedicarle una sonrisa fugaz.

—Un empleo aquí, por favor. Cuando tengas que contratar a alguien, ni te lo pienses —me suelta Kristel con aplomo, atrapando mi atención y provocando mi sonrisa, porque tener que contratar a alguien sería dar un pasito más en mi sueño.

—Lo tendré en cuenta —le digo, guiñándole un ojo.

—Genial, ¿cuándo empiezo? —suelta, provocando mi risa—. Te hago falta, y lo sabes, sobre todo los viernes, con todo esto de los conciertos.

—Te prometo que serás mi primera candidata cuando tenga que contratar a alguien —resuelvo, dejándolo ahí a pesar de que, en mi interior, estoy empezando a valorarlo, al menos para los viernes. Porque hoy, cuando me he tomado mi descanso autoimpuesto, he sentido que dejaba la cafetería un poco coja, y tener a alguien en casos como este nos vendría genial. Además, conozco a Kristel desde siempre y es tan de confianza como lo es la señora Larsen.

—Eso espero. A mi favor diré que soy sociable, alegre, trabajadora y tengo experiencia, incluso podría ayudar a Loki en la cocina —se

vende con gracia mientras yo siento la penetrante mirada de Marco puesta en mí, licuando mis huesos.

—Te conoce y estamos haciendo que crezca la cola, ¿puedes pedir de una vez? —la apremia Kindra, observándome con complicidad, porque somos amigas desde que íbamos al colegio y Kristel, cuando era pequeña, era una pelmaza que siempre quería estar con nosotras. Y le devuelvo la sonrisa a mi amiga cuando los recuerdos llegan para colocarse a nuestro lado.

—Tener tanta variedad cuando en casa nos alimentamos a base de sándwiches de pepino me abruma —se burla, provocando de nuevo mi risa, porque su madre es un desastre confeso en la cocina.

—Yo quiero una cerveza y un sándwich de pollo y curry —me pide Kindra, tras echarle un vistazo rápido al mostrador, mientras Kristel ojea la carta que hay sobre él con las nuevas incorporaciones de Loki, que están siendo todo un éxito.

—¿Puedo pedir una hamburguesa o tenéis la cocina ya cerrada?

—Los viernes la cerramos más tarde, ¿qué hamburguesa quieres?

—¡Esta es nueva! Quiero la Loki's fisher burger con patatas y una Coca-Cola.

—Genial —les digo, sacándoles la cuenta—. Os lo llevo a la mesa en cuanto lo tengamos listo —añado una vez que la abonan.

—Te repetiría que necesitas una camarera, pero no quiero ser pesada.

—Eres la persona más plasta que conozco —la riñe con cariño su hermana—. Dame un grito y vengo a por todo si no puedes salir de aquí —me pide mi amiga antes de arrastrar a Kristel a la única mesa que queda libre en la terraza.

Menuda fantasía.

—Ya puedes gritar si quieres que te oiga —se burla Marco, entrando en el mostrador para coger la nota—. Esa chica tiene

razón: necesitas una camarera —me dice, antes de acceder a la cocina para entregársela a Loki, consiguiendo que sonría un poquito más por todo, que son muchas cosas, entre ellas, tenerlo aquí.

Con la sonrisa proclamada oficialmente reina y señora de mi rostro y con la felicidad bailando en mi pecho, comienzo a atender al grupito de chicos a los que también conozco; de hecho, los he visto crecer a todos. Y esto, que estén aquí en lugar de bebiendo cerveza a saber dónde, solo significa que vamos por el buen camino.

Y es un camino que me ha mostrado Marco.

Capítulo 42



MARCO

Sin saber cómo, termino sirviendo mesas y echándoles una mano en todo lo que puedo, porque está claro que van desbordados y porque soy incapaz de estar de brazos cruzados cuando sé de sobra cómo funciona todo esto.

Salgo a la terraza con dos hamburguesas con una pinta increíble, tomando nota mental de pedirme una igualita a esta, cargada hasta los topes, en cuanto esto se relaje, guardando la sonrisa para mí cuando veo que la nota diez pertenece a la mesa donde esperan Breen y Liv.

—¿Qué pasa, que mi amiga te ha contratado? —me pregunta la pelirroja con aplomo.

—Ya quisiera tenerme en su plantilla —respondo, guiñándole un ojo.

—Te tiene en otros sitios —me rebate con soltura, arrancándome una risotada.

—Cierto —contesto, disponiendo los platos frente a ellas.

—Y, por lo que sé, ella ha bajado a otros y se ha cargado la apuesta. Qué pena, me habría encantado verte bailar desnudo para nosotras.

Y suelto una tremenda carcajada. Joder.

—No creo que tengas muchos problemas para encontrar a alguien que baile desnudo para ti —le contesto mientras la otra permanece en silencio. Tan distintas como pueden ser la noche y el día, porque una es como un torbellino y creo que la otra solo se suelta si hay vino de por medio.

—Ni lo dudes —me asegura, divertida, antes de darle un sorbo a su cerveza—. Mira, Liv, por ahí viene Jakob —oigo que le dice cuando ya estoy largándome. No tengo ni idea del tipo de relación que ese tal Jakob pueda tener con ella, pero lo que sí sé es que, estando la pelirroja de por medio, ya puede andarse con cuidado. Y alzo la mirada para detenerla en mi chica, que sonríe feliz tras el mostrador mientras atiende a una pareja.

Un momento, ¿qué mierdas acabo de pensar? ¿Cómo que «mi chica»? Y me freno en seco, sintiendo cómo la sangre se me hiela momentáneamente en las venas.



—Te invito a una cerveza —me dice un par de horas después, ofreciéndome un botellín cuando me apoyo en la barra.

—Joder, quién diría que hace unas semanas aquí no entraba ni Dios. La hostia, me has dejado hecho polvo, *principessa* —le suelto, provocando su carcajada—. ¿Le queda mucho? Menudo repertorio

tiene la colega —añado, girándome hacia la terraza para ver a la cantante sentada de nuevo en los escalones mientras la gente sigue apoltronada en sus sillas, alargando la velada. Y no me extraña, porque menuda voz tiene esta chica.

—Venga, vamos fuera, nos merecemos un descanso los dos.

—Necesitas una camarera, al menos para los viernes.

—Con lo bien que se te da a ti —me suelta, saliendo del mostrador y guiñándome un ojo cuando pasa por mi lado. Y la sigo sin dudarlo, percatándome de repente de la sonrisa que domina mi rostro.

Joder conmigo.

—Se me dan mejor otras cosas. Por cierto, tu amiga ya sabe que bajas a ciertos lugares y que se ha quedado sin baile —le recrimino sin poder dejar de sonreír, saliendo a la terraza y apoyándome en una de las paredes, a su lado.

La puta madre, he pensado en ella como en «mi chica». Joder.

Detengo la mirada en la cantante, ensombreciendo el gesto sin darme cuenta, como cada vez que me he machacado con este tema a lo largo de la tarde.

—Es una bocazas que se ha quedado con las ganas de verte en pelotas —me confiesa, provocando mi carcajada repentina, porque me alucina cuando habla así, sin pelos en la lengua.

—Sí, me ha quedado claro.

—Gracias por habernos echado una mano, la verdad es que habría sido un follón de no haber estado tú —oigo que me dice.

—Deberías contratar a esa chica que se ha ofrecido, al menos para los viernes.

—Hablaré con Loki, a ver qué le parece.

Y, sin ser consciente de mis actos, paso el brazo por sus hombros para pegarla a mí y darle un beso en la frente. Hostia puta. Con los

labios todavía adheridos a su piel, me quedo congelado unos segundos, porque no tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir.

—Me largo, nos vemos —atino a pronunciar antes de salir despavorido, llevándome sin darme cuenta el botellín de cerveza y olvidándome por completo de la hamburguesa con la que llevo horas fantaseando. Porque acabo de medio abrazarla y besarle la frente delante de todos, he pensado en ella como en «mi chica» y acabo de darme cuenta de que no solo me gusta, sino que creo que me he enamorado de ella.

LA PUTA MADRE.

Capítulo 43



SILJE

Lo observo marcharse a toda prisa mientras siento cómo mi corazón late de un modo distinto. De hecho, lleva latiendo así desde que le conté mi pasado y me dio ese beso en la cabeza. Y hoy me lo ha dado en la frente y casi me ha abrazado. Porque ha sido «casi», como eso que haces sin darte cuenta y que frenas en seco cuando eres consciente de lo que estás haciendo. Que es justo lo que ha sucedido.

Por supuesto que ha dejado de ser únicamente sexo, y creo que ambos nos estamos dando cuenta, solo que preferimos callar y hacer como si no nos estuviéramos enterando. En mi caso, porque temo decirle lo que siento y que se largue más rápido de lo que se ha largado ahora y, en el suyo, a saber por qué. Quizá porque no quiere compromisos para poder ser tan libre como desea.
Y ensombrezco el gesto sin pretenderlo, porque siempre había pensado que el amor era algo fácil, que fluía de manera natural sin

tener que forzarlo ni tener que preocuparte, pero luego me sucedió lo de Fredrick y ahora lo he conocido a él. Y en lugar de permitir que fluya, siento que lo estoy frenando.

Regreso a este momento cuando veo cómo todos se levantan para ovacionar a la cantante, que se está despidiendo y dando las gracias, mientras mis pensamientos siguen dominando mi mente. Y, más que mis pensamientos, es Marco quien lo hace.

—Felicidades, ha sido todo un éxito —le digo cuando se acerca a mí.

—Muchísimas gracias por permitirme cantar en tu cafetería, no sabes lo complicado que es que te den una oportunidad y que te permitan mostrar tu trabajo.

—Soy yo la que tiene que agradecerte esta tarde tan increíble. Tengo cubierto hasta el segundo viernes de julio; a partir de esa fecha, si quieres repetir, ya sabes.

—¡Y tanto! ¿Concretamos fechas?

—Venga, vamos dentro y te invito a tomar algo mientras lo vemos. Debes de estar hambrienta y también sedienta —le digo, contenta, echando un vistazo rápido al DIGG, concretamente hacia la ventana de su habitación.

—Llevo tal subidón encima que dudo mucho que pueda comer algo.

—Eso es porque no has probado la comida de Loki. Espera a hacerlo, te entrará el hambre de golpe —le aseguro, guiñándole un ojo—. Kristel, pásate mañana y hablaremos de las condiciones para trabajar solo los viernes —resuelvo de repente cuando paso por su lado, viendo la sorpresa y la ilusión llegar de golpe para iluminar su mirada.

—¿En serio?

—En serio. Te veo mañana —concluyo, antes de entrar en la cafetería seguida por Amber, la cantante, que parece flotar en lugar de caminar.



Acuerdo con ella un calendario de actuaciones, siempre que el tiempo lo permita, hasta finales de agosto, cuando el frío empezará a imponerse sobre nuestros planes. El sábado llego a un acuerdo con Kristel para que nos eche una mano los viernes y el domingo ceno en casa de Sonia con Loki, Sven y Aksel. Y, aunque me gustaría incluir a Marco en alguno de esos momentos, no puedo hacerlo, porque llevo sin saber nada de él desde que se largó a toda prisa el viernes.

Cierro la cafetería sintiendo el enfado y la tristeza dominar mi pecho, porque, si lo nuestro ha terminado, tengo derecho a saberlo. Cuando veo su moto estacionada en el pequeño parking del DIGG, echo a andar hacia allí, muy dispuesta a aclarar las cosas de una vez.

Abro la puerta del restaurante con decisión, sintiendo cómo mi corazón deja de latir cuando mi mirada tropieza con la suya. Durante unos breves segundos, me quedo atrapada en ella, sin poder moverme, tal y como me sucedió la primera vez que lo vi. Y fue aquí y fue así.

—Hombre, qué sorpresa —me saluda como si nada mientras seca unas copas tras la barra, y me obligo a reaccionar de una vez y echar a andar hacia él.

—¿Trabajas ahora en turno de tarde? —le pregunto, intentando pasar por encima de mis nervios descontrolados y de todo lo que estoy sintiendo para emplear el mismo tono despreocupado que ha empleado él conmigo, al tiempo que tomo asiento en uno de los taburetes.

«Tranquila, solo se trata de él, del italiano idiota e insufrible que te sacaba de quicio al principio, el causante de que lleves machacándote sin piedad todos estos días... y también del hombre del que te has enamorado como una adolescente». Y durante unos instantes me fijo en su tupé perfectamente peinado hacia atrás, en cómo su sonrisa tira con suavidad de sus labios y en cómo la camisa se tensa ligeramente en su pecho y en los músculos de sus brazos. «Para». Y me obligo a mirarlo a los ojos para dejar de comérmelo con los míos.

—No, en realidad solo estoy haciéndole un favor a Thea. ¿Qué tal todo? —me contesta como si no lleváramos varios días sin vernos o como si yo fuera una clienta más.

—¿En serio? —inquiero, sintiendo cómo el enfado toma el control de mi voz.

Porque, haciendo a un lado lo que pueda sentir cada uno, que en su caso no tengo ni idea de lo que pueda ser, lo justo es dar una explicación a la otra persona si quieres dejar de verla, no desaparecer sin previo aviso, como ha hecho él.

—En serio, ¿qué?

Este tío es tonto.

—Tú dirás. Llevo sin saber nada de ti desde que te largaste casi corriendo el viernes... ¿y ahora me preguntas qué tal todo? ¿Qué pasa, que volviste a sentirte como un respetable hombre de familia o cualquier chorrada de esas? Lo que me extraña es que sigas aquí y no hayas cogido el primer vuelo que te lleve bien lejos de estas islas

—le suelto a bocajarro, atrapando toda la frialdad del Ártico con mis palabras.

—*Principessa*, te he dicho muchas veces que no puedes ser tan evidente, porque puedo creérmelo y agobiarme.

—Ay, Dios, había olvidado lo idiota que podías llegar a ser —me quejo, poniendo los ojos en blanco, y siento que algo dentro de mí se calma porque lidiar con su idiotez, de un modo enrevesado, es algo así como volver a estar con él o sentir que nada ha cambiado entre nosotros.

—Seguro, por eso has venido a buscarme —replica, esbozando la sonrisa más arrogante que le he visto hasta ahora, y eso que le he visto muchísimas.

—Ya quisieras. Solo he venido a aclarar las cosas si es que hay algo que aclarar, así que no te lo creas tanto.

—Te propongo un plan —me suelta, apoyando los antebrazos en la barra, acercándose ligeramente a mí e ignorando todo lo que le he dicho.

—¿Contigo? Paso.

—Sí, claro. *Principessa*, no me hagas repetirme —me advierte con mucha condescendencia, sin borrar la sonrisa de su rostro.

No puedo creerme que me haya enamorado de semejante imbécil y los tres días de mierda que llevo por su culpa.

—Ahí te quedas —resuelvo levantándome, y me maldigo de nuevo, pero por haber venido a buscarlo en lugar de haberme marchado a mi casa. Si es que no aprendo.

—En una hora paso a buscarte. Coge ropa de abrigo, saco de dormir si tienes y lo que necesites para pasar la noche fuera.

—¿Cómo? —le pregunto, girándome para mirarlo.

—Lo que has oído. Nos vamos de acampada, *principessa* —me cuenta con voz ronca, atrapando mi mirada con la suya. Y hay tanta

intensidad en ella que siento que, durante unos segundos, pierdo la capacidad del habla.

Por favor.

—No puedo, tengo una cafetería que atender.

—Acabas de cerrarla y mañana estarás de vuelta para abrirla. Búscate otra excusa.

—¿Y a dónde vamos a ir? —replico, como si el lugar fuera clave para tomar una decisión cuando la decisión está más que tomada. Básicamente porque ir de acampada juntos implica pasar la noche también juntos, y no creo que tenga tanta fuerza de voluntad como para resistirme a algo así, teniendo en cuenta lo mucho que lo he echado de menos y las incontables veces que he temido que esto se hubiera terminado.

Y esto último ha llenado mis ojos de lágrimas en más de una ocasión; lágrimas furtivas que me enfadaban y que secaba con rapidez, como si borrar su rastro de mis mejillas a toda prisa las hiciera menos reales o se cargara el hecho de que, durante unos segundos, se habían adueñado de ellas.

—A uno de mis sitios favoritos —me cuenta, guiñándome un ojo —. No quiero tener que esperarte —añade, sonriendo conmigo.

Y menudo error... todo: sonreír así, ser tan facilona, haberme enamorado de él, no poder sacármelo de la cabeza.

Y tanto que no aprendo.

—Te mereces que pase de ir —le digo mientras me cruzo de brazos, intentando cargarme mi sonrisa y fracasando estrepitosamente, porque creo que estoy sonriendo más.

—Pero no vas a hacerlo, porque quieres dormir conmigo.

—No ha sido idea mía ir de acampada. Y te equivocas: no voy a negarme porque quiero saber qué lugar es ese. Te espero en mi casa —resuelvo, antes de girar sobre mis talones, feliz de la vida, a

pesar de que mi sentido común está susurrándome algo que no consigo oír.

Capítulo 44



MARCO

Mis pelotas sobre una bandeja de plata, mi cuello en la guillotina y mis putas ganas ganándome la partida. Y durante unos segundos recuerdo los días de mierda que llevo a mi espalda, porque ha sido una putada tener que estar evitándola cuando quería justo lo contrario. Y ahora vamos a pasar la noche juntos y no imagino un plan mejor.

Detengo la moto frente a su casa y hago sonar el claxon, para que sepa que estoy fuera, y al segundo la veo salir de la vivienda ataviada con unas botas y unos pantalones de montaña, idénticos a los que llevo yo, y una chaqueta tres veces más gruesa que la mía. Joder, ni que nos fuéramos a la nieve. Siento algo agitarse en mi interior cuando alza la mirada y se encuentra con la mía.

Y tanto que he perdido la partida. Porque no iremos a la nieve, pero no hay nada que desee más que volver a estar en ella.

Enarco una ceja cuando veo el tamaño considerable de la mochila que carga a sus espaldas.

—Oye, que no vas a mudarte, es solo una noche —me burlo, esbozando una media sonrisa, sintiendo mi interior rugir de pura necesidad. Porque es una noche, sí, pero es una noche juntos y también la primera vez que no me largaré en cuanto todo acabe.

Y, a pesar de lo claro que lo tengo, no sé muy bien cómo me siento.

—Ja. Muy gracioso —replica, cogiendo su casco del maletín.

Y, sí, mierda, he dicho «su casco», porque ya es suyo. Y cabeceo al tiempo que me pregunto, como tantas veces he hecho a lo largo de estos días, en qué momento dejó de ser solo sexo para ser esto.

Y fue desde el principio, joder, desde que la vi en el DIGG y desde que me volvió loco con sus bailecitos y sus miradas. Por eso no he dejado de hacer el imbécil, no he querido cortarlo y ahora estoy en este punto.

—Sube —mascullo, deseando sentir sus brazos rodeando mi cintura y sus pechos pegados a mi espalda de una maldita vez. Y algo dentro de mí se suelta de golpe cuando lo hace, como si hubiera estado anudándose cada vez más fuerte, sin que me diera cuenta, a cada hora o a cada minuto que me obligaba a pasar alejado de ella.

Salgo a la carretera principal, donde veo el sol suspendido sobre el mar, algo que nunca me cansaré de contemplar, como nunca me cansaré de recorrer estas islas, de admirar estas playas infinitas de arena blanca con vetas plateadas y agua turquesa, y de descubrir estas montañas de picos puntiagudos, que parecen emerger de ella.

No, definitivamente nunca me cansaré de ver esto.

Rompo el silencio en el que está sumida la naturaleza con el rugido de mi moto. El mismo rugido que oigo en mi interior y que

solo se silenciará cuando la tenga entre mis brazos de una vez, porque necesito resarcirme de estos tres días de mierda en los que me he ofrecido a cubrir todos los turnos con tal de no terminar en su cafetería o en su casa.

Y he necesitado cada puta hora lejos de ella para asimilar que solo quiero estar con ella.

Le doy más gas a la moto, muy seguro de que, si no hubiera venido a buscarme, habría ido yo, porque era cuestión de tiempo, como es cuestión de tiempo que esto termine. Y aminoro paulatinamente la velocidad según vamos aproximándonos al camino que nos llevará a la playa, donde tengo montada la tienda de campaña.

—¿Tienes más lugares favoritos? —quiere saber cuando la detengo, y se apea.

—¿Por qué? —inquiero, bajando yo también—. Yo te la llevo. —Y le quito la mochila, que pesa lo suyo. Qué exagerada, hostia.

—Gracias... —musita girándose para mirarme y dedicándome una sonrisa, que le devuelvo—. Tus lugares favoritos, o al menos los que me has mostrado, son también los míos... Creo que sé a dónde vamos —me dice, echando a andar hacia el sendero de piedrecitas, bordeado de hierba y flores, que nos llevará a la playa donde he dormido estos últimos días, porque prefería dormir aquí a hacerlo en el DIGG, donde ella estaba tan presente. Y ni así he logrado quitármela de la cabeza.

—Vamos a ver si es verdad —le contesto siguiéndola, viendo cómo el viento parece acariciar su larga melena rubia. Y ahora lo hace el viento, pero luego lo haré yo.

—Lo sabía... Esa tienda es tuya, ¿verdad? —adivina, agilizando el paso cuando llegamos a la playa. Y lo hago yo también observando cómo el sol crea un camino dorado sobre el mar, modificando los

tonos del paisaje y tiñéndolo todo con su luz dorada—. ¿Cuándo la has montado? Hoy, no, no te ha dado tiempo —comenta, girándose para mirarme cuando llega a ella.

—Llevo unas cuantas noches durmiendo aquí —le cuento de camino hacia el *gapahuk*, una especie de tipi de madera, abierto por delante y destinado a las actividades al aire libre, situado a unos pocos metros de mi tienda, para encender una hoguera con la que calentarnos.

—Mis amigas y yo hemos venido muchísimas veces aquí, sobre todo en invierno, para hacer barbacoas y disfrutar de la hora azul.

—¿En invierno? ¿Cuando está todo nevado? —planteo extrañado, porque lo último que se me ocurriría sería hacer una barbacoa en una playa medio congelada y casi a oscuras.

—La nieve no es impedimento para nada, aunque tú lo creas. De hecho, la gente aquí hace surf en invierno. Tendrías que verlo cuando está nublado: la nieve cubriéndolo todo, incluso la arena, el color gris dominando el cielo y oscureciendo el mar y luego ellos, vestidos con los neoprenos, disfrutando de las olas. Es como ver un lienzo pintado en blanco y negro en movimiento.

—¿Y tú? —le pregunto, viendo cómo las llamas toman fuerza dentro del brasero—. Acércate, estarás mejor.

—Yo, ¿qué? —replica, sentándose frente al fuego, y tomo asiento a su lado, sintiendo de nuevo calmarse algo en mi interior con la cercanía de su cuerpo.

—Si haces surf.

—No, qué va. Nunca he aprendido, a pesar de las muchas veces que Aksel se ha ofrecido a enseñarme, sobre todo cuando éramos más jóvenes y él no pensaba en otra cosa —me cuenta risueña, enfundándose un gorro de lana mientras yo no pierdo de vista sus movimientos.

—Pues parece divertido.

—En cambio, a mí me parece mucho más divertido salir con mis amigas —me confiesa, provocando mi sonrisa—. ¿Qué has hecho estos días?

—Currar, estar aquí, hacer senderismo... —le explico, volviendo la vista al frente, porque sus labios son una tentación continua.

—No te imagino haciendo senderismo.

—¿Por qué? ¿Acaso no tengo pinta de montañero? —le planteo sonriendo y, finalmente, me rindo y me giro hacia ella.

—Ahora, vestido así y viendo esta tienda de campaña, sí, pero no cuando estás tras la barra del DIGG.

—Soy una caja de sorpresas, *principessa* —respondo guiñándole un ojo, y detengo la mirada unos segundos en sus labios, para seguidamente volver de nuevo la vista al frente—. He fotografiado la hostia de veces la playa de Kvalvika desde arriba. De hecho, creo que podría hacer la caminata de Ryten con los ojos cerrados.

—¿En serio? ¿Te has dado cuenta de que en el punto más alto hay una roca que, con la perspectiva correcta, te da la sensación de estar suspendido sobre el mar?

—Y tanto. ¿Te gusta hacer senderismo? —le pregunto, sorprendido, porque yo tampoco la imagino subiendo montañas.

—He crecido aquí.

—Pero no sabes hacer surf —le rebato, burlón.

—Cierto, pero me encanta perderme en las montañas.

—No sé por qué me extraña cuando vives alejada de todos —murmuro, observando cómo la sonrisa se adueña lentamente de sus labios.

—A Breen no le gusta nada y dice que Liv y yo la torturamos cada vez que la arrastramos montaña arriba, pero yo creo que en el fondo lo disfruta, sobre todo cuando llegamos a la cima.

—Y a ti, ¿qué te gusta? —indago, atrapando su mirada con la mía, con la necesidad de que mi nombre salga de sus labios con su respuesta.

Y es la primera vez que necesito esto.

—Mi trabajo, salir con mis amigas... Vivir aquí... Creo que hay pocos lugares en el mundo en los que puedas bañarte en playas completamente desiertas de agua cristalina y terminar el día como estamos tú y yo ahora, frente a una hoguera y vestidos con ropa de nieve... Sentir que todo esto es para ti —murmura, perdiendo la vista al frente, mientras que yo, por el contrario, solo tengo ojos para ella—, que el sonido del mar lo llene todo y que los colores sean tan nítidos que puedas diferenciar a lo lejos una minúscula piedra sobresaliendo de la hierba... un lugar donde el día le gane la partida a la noche durante unos meses y donde luego suceda a la inversa con la llegada de la noche polar. Pasear por playas heladas, sentir el ritmo de las olas y esa emoción que llega cuando los rayos del sol regresan de nuevo... —susurra, volviéndose para mirarme—. Eso solo ocurre aquí, en estas islas, donde aprendes a disfrutar de las pequeñas cosas. Sobre todo durante los meses de invierno, cuando las rachas de viento pueden obligarte a quedarte en casa o cuando un día soleado puede convertirse en una tormenta de nieve... —me cuenta.

Y entonces me percato de que me había quedado embobado mirándola y escuchándola.

Dejándome llevar por lo que siento y sin querer cuestionarlo, alargo la mano para hundirla en su cuello y atraerla hacia mí.

—¿Y qué más te gusta, aparte de estas islas? —insisto, rozando sus labios con los míos, y veo cómo cierra los ojos.

—¿Y a ti?

—Me interesa más lo que te gusta a ti.

—La nieve —me dice, abriéndolos para quedarse en los míos, robándome la respiración con su respuesta.

—Y a mí, joder —mascullo, cogiéndola por las caderas para sentarla a horcajadas sobre mis piernas y atrapar sus labios con los míos de una maldita vez, muriendo en ellos cuando mi lengua encuentra la suya y su suave jadeo se cuela en mi boca.

—Marco —gime, rodeando mi cuello con las manos al tiempo que mueve las caderas.

—Silje —gimo con ella, impulsando las mías hacia arriba.

Por fin, hostia.

Y la beso con todas las ganas que tengo acumuladas, que son muchas.

—Quiero estar contigo.

—Y yo contigo —musito, levantándome sin soltarla, con sus piernas rodeando mis caderas y mis labios desdibujando los suyos, porque soy incapaz de alejarlos de su boca—. Nada de esto estaba previsto —le confieso, depositándola con cuidado frente a la tienda, sintiéndome jodidamente perdido, y no porque no sepa lo que siento o el rumbo que están tomando las cosas, sino porque es la primera vez que me sucede algo así y no quiero estropearlo, al menos mientras lo estemos viviendo.

—Lo sé —me dice, sosteniéndome la mirada, antes de acuclillarse para descalzarse y abrir la tienda, y hago lo propio entrando tras ella —. Es minúscula —constata, girándose para mirarme.

—También lo sé —le contesto, uniendo mi mirada a la suya antes de atrapar sus labios de nuevo al tiempo que le quito la chaqueta y ella se deshace de la mía—. Nena —susurro, y suelto un gemido cuando su mano atrapa mi erección por encima de la ropa—. Joder —rujo por lo bajo, apoyando mi frente en la suya. Siento que me roba la respiración cuando se aleja ligeramente de mí para quitarse

el suéter, sonrío cuando llega a la camiseta térmica y suelto una carcajada cuando veo que lleva dos.

—¿Puedo saber cómo te vistes en invierno?

—Eso es algo que nunca sabrás —me responde, guiñándome un ojo, y deslizo la mirada hasta la piel erizada de sus brazos.

—Tienes frío.

—Pues haz que entre en calor.

—Dame un segundo —musito, antes de atrapar sus labios de nuevo, cubrir su cuerpo con el mío y pegar mi erección a su sexo.

—Marco —gime, echando la cabeza hacia atrás y ofreciéndome su cuello, donde dibujo un mapa con mis labios, trazando un recorrido que va de su boca hasta su mandíbula, para luego detenerme en ese punto donde le late la vida y que besé tantas veces al principio, cuando no quería besar sus labios.

Y, mientras recorro su piel con los míos, percibo cómo todo lo que siento crece y se desborda en mi interior. Y es algo que acojona que no veas.

Cuando se mueve para besarme y atrapar mi cuello con sus manos, suelto un gemido por lo bajo, sintiendo que me hundo en este beso como me hundo en las aguas agitadas de lo que siento, al tiempo que nos movemos como podemos para terminar de desnudarnos y meternos en mi saco, tan pegados como nos es posible, tan juntos como necesito.

—Silje —gruño cuando accedo finalmente a su interior.

Tan caliente, tan apretada, tan jodidamente perfecta. Y me inserto hasta el fondo entre jadeos y gemidos, escuchando los suyos unirse a los míos.

—Por fin —verbaliza por mí, empezando a moverse conmigo y llevándome al puto mejor lugar del mundo, uno donde mi corazón late acelerado, donde solo puedo verla a ella y donde todo adquiere

una dimensión distinta. Sin apartar mis labios de los suyos, incremento el ritmo, entrelazando mis dedos con los suyos, antes de que el orgasmo llegue para arrastrar su nombre con una fuerza desmedida—. Me he enamorado de ti —susurra muy bajito, deteniendo mi corazón y robándome las palabras con su confesión —. Perdona... No tenía que habértelo dicho, es solo que he sentido que... —farfulla, avergonzada, moviéndose para sacarme de su interior y salir del saco.

—¿Qué has sentido? —indago, impidiendo que se mueva un puto centímetro, atrapando su mirada con la firmeza de la mía.

—Nada, ha sido una tontería, de verdad que no quería...

—Oye, ya sé que estás loca por mí, *principessa*, no hace falta que me lo digas —le suelto con arrogancia, esbozando una sonrisa que es solo un reflejo de la puta felicidad que estoy sintiendo. Y es una jodida locura, pero me importa una mierda. Cubro sus labios con una mano cuando adivino la sarta de insultos que está a punto de soltarme—. Yo también me he enamorado de ti... o, al menos, eso creo, si enamorarse significa no dejar de pensar en esa persona y sentir que todo es mejor cuando estás a su lado —le confieso con seriedad, y, cuando veo que algo cambia en su mirada, retiro lentamente la mano de sus labios para acariciárselos con el pulgar—. Pero eso no va a cambiar nada. Tengo un billete de vuelta y voy a largarme. Me has preguntado antes qué he hecho estos días y, aparte de lo que te he dicho, que es cierto, he estado aquí, comiéndome la hostia la cabeza, intentando aclararme antes de volver a estar contigo —le confieso mientras ella se mantiene en silencio, sosteniéndome la mirada—. ¿Qué pasa, acaso te he dejado sin palabras?

—Me estoy ahogando —me suelta, antes de abrir el saco a toda prisa, moviéndose y obligándome a moverme, para luego sentarse a

horcajadas sobre mí—. Repíteme lo que has dicho.

—¿Qué de todo? —le pregunto sonriendo con ella, llevando mis manos a su trasero para pegarlo a mi sexo—. ¿Ya no tienes frío? —añado cuando compruebo que ya no tiene la piel erizada.

—Repítemelo —me ordena, atrapando mi barbilla con los dedos para hacer que la mire.

—Me he enamorado de ti, no puedo sacarte de mi cabeza, voy perdidísimo con todo esto... y voy a largarme. ¿Qué quieres que hagamos? —inquiero, sintiendo que con esta pregunta coloco mi corazón en la puta bandeja de plata, que no dejo de imaginar, junto con mis pelotas.

Y es una bandeja de plata que porta ella.

Capítulo 45



SILJE

—Vivirlo y afrontar el después lo mejor que podamos.

—Y no olvides que tenemos pendiente un viaje a Roma —me recuerda antes de guiñarme un ojo.

—Es verdad —susurro con voz entrecortada, sintiendo la felicidad aletear fuerte en mi pecho. Y es un tipo de felicidad brillante, de esa que es capaz de cegarte.

Comienzo a moverme sobre su miembro, frotando mi sexo empapado con el suyo y gimiendo con él, todavía asimilando el momento que acabo de vivir. Porque esto, que sienta lo mismo que yo, era lo último que esperaba. De hecho, he querido desaparecer del mundo cuando ese «Me he enamorado de ti» ha escapado de mis labios sin pedirme permiso.

—Necesito follarte otra vez —me dice con voz rasgada, sin alejar sus labios de los míos, ejerciendo presión con su mano para pegarme más a su erección.

—Creo que no te has dado cuenta, pero antes no me has follado: me has hecho el amor —musito, deteniéndome para solo mirarlo—. Cuando besas como tú me has besado —susurro, y empiezo a besarlo despacio, tal y como él ha hecho antes conmigo, suspirando bajito cuando sus manos suben por mi espalda para acariciar mi piel —, cuando acaricias con una mirada o como estás haciendo ahora, o cuando entrelazas tus dedos con los de la otra persona —añado, entrelazando los míos con los suyos, mientras la intensidad de su mirada habla por él—, no estás follando, estás haciendo el amor, y quiero que vuelvas a hacerlo —le pido, entendiendo, de repente, ese sentimiento de sentirme afortunada que me asaltaba tantas veces cuando estábamos juntos de manera íntima, y no era por el acto en sí, sino por estar con él, porque se trata de él y Fredrick no hubiera tenido nada que hacer de haber estado Marco presente. Y correspondo a su beso lento, sintiendo mi piel erizada, pero esta vez de emoción—. Ah, y cuando tú estás conmigo, también todo es mejor.

—Solo una cosa: sí que me he dado cuenta —replica antes de atrapar mis labios otra vez, ahora sin la dulzura de antes.

—Vale —gimo en su boca, moviendo mis caderas sobre su miembro y derritiéndome entre sus brazos.

—Luego te haré otra vez el amor, ahora quiero que me folles fuerte —me ordena, atrapando mi mirada con la suya y llenando de fuego mi interior con ella.

Y lo hago, me muevo con fiereza sobre su cuerpo y gimo y grito sin que me importe lo que pueda suceder fuera de esta pequeña tienda. Porque lo más importante está aquí dentro y lo único que quiero es esto: gemir entre sus brazos, que gima entre los míos, que nuestros labios atrapen los gritos del otro, sentirlo copando todo mi

interior y que mi cuerpo le dé la bienvenida a cada embestida. Gritar, besar, dar, recibir y explotar de placer.

—Te quiero —musito, enredando los dedos en su pelo, todavía con la respiración agitada.

—Lo sé —me suelta con arrogancia, provocando mi carcajada. Porque es idiota, pero es el idiota del que me he enamorado—. Mírame —me exige luego con seriedad, y obedezco sin poder dejar de reírme—. Yo también te quiero.

—Y eso que en ningún momento te planteabas la posibilidad de enamorarte de mí y siempre era yo la que podía terminar pillada por ti —le recuerdo con retintín, con la sonrisa pegada en el rostro.

—Que es justo lo que ha sucedido, que has terminado loca por mí —remarca, divertido, y atrapa mis labios con los suyos antes de que pueda rebatírselo o añadir otra cosa.

En la intimidad de esta tienda nos acariciamos, nos besamos y volvemos a hacer el amor, y bajo los rayos de este sol que no tiene fin y frente a la hoguera que hemos tenido que volver a encender, nos comemos unos bocadillos a la una de la madrugada, ya vestidos y tapados con mi saco.

—Antes, cuando me has preguntado qué me gustaba, he estado a punto de decirte que tú —le confieso, abrazando mis piernas, girándome para mirarlo y encontrándome con su cara de anuncio y su sonrisa de alucine—. Por eso te he hablado tanto de este lugar, porque temía que me sucediera lo que ha terminado sucediéndome después —añado con una sonrisa, encogiéndome de hombros.

—Te has muerto de vergüenza —adivina, divertido.

—Un poco. ¿Qué habrías hecho si no hubieras sentido lo mismo?

—Creo que en estos momentos estaría ya de camino a Italia, desnudo y mirando hacia atrás para comprobar que no me estabas

siguiendo —me suelta con sorna, consiguiendo que lo visualice y que la carcajada estalle en mi garganta, chispeante y llena de vida.

—Solo una cosa: nunca iría tras de ti —le digo cuando consigo silenciarla, con la sonrisa acompañando mis palabras.

—¿Y puedo saber cómo definirías lo que has hecho de venir a buscarme? —me pregunta, enarcando una ceja.

—No he ido a buscarte: he ido a aclarar las cosas, que es distinto —le cuento, borrando lentamente la sonrisa de mi rostro al tiempo que vuelvo la vista al frente, hacia el mar infinito—. Lo de Fredrick me cambió —musito ensombreciendo el gesto, y apoyo la barbilla en mis rodillas, abrazándome más fuerte—. Nunca lucharé por alguien que no se deja la piel por mí y que no quiere lo mismo que yo.

—Creo que en esa definición podría entrar yo —me señala. Y me giro hacia él para encontrarme con la seriedad que domina su expresión y su mirada—. Sabes que no hay un invierno para nosotros, ¿verdad? —me pregunta, nublando este día eterno con sus palabras.

—¿A pesar de estar en la nieve?

—A pesar de estar en la nieve... Aunque siempre cabe la posibilidad de que, cuando vengas a Roma, te enamores de mi ciudad tanto como lo estás de mí y decidas darnos una oportunidad.

—¿Hablas en serio?

—Nunca se sabe.

—De nuevo, estás sacándote de la ecuación. ¿Por qué no cabe la posibilidad de que tú decidas darle una oportunidad de verdad a la nieve? En tu caso, juegas con ventaja, porque ya estás enamorado de estas islas.

—Y de ti —remarca, trayendo de nuevo la luz con sus palabras.

—Prefería que lo dijeras tú —añado, divertida, sonriendo tanto como puedo a pesar de que mi sentido común está entonando un

mantra que no logro captar.

—Eso no pasará, *principessa*.

—Ya te has equivocado una vez, ¿qué te hace pensar que no habrá una segunda?

—Justo este lugar que es tan cambiante como el tiempo. Me gusta venir a estas islas en verano, descubrir sus montañas y disfrutar de sus playas, pero en invierno, sobre todo cuando llega la noche polar, este lugar se convierte en uno completamente distinto que no creo que me guste.

—Bueno, habrá partes de mí que tampoco te gustarán, y no por ello te estás largando. Nada es perfecto, Marco, ni las personas ni los sitios, pero, si les das una oportunidad y entiendes que tras la tormenta sale el sol, o que tras los días oscuros llegan los soleados, puedes aprender a disfrutarlo o a vivirlo de una manera distinta. Además, te encantan las auroras boreales, y cuando se ven es en otoño y en invierno, con la llegada de la noche.

—Las auroras boreales deben ser algo así como una compensación que os ha hecho el de ahí arriba por la putada de tener que verlo todo blanco y estar casi a oscuras durante casi un mes.

—Tenemos algo más que las auroras boreales como compensación.

—Lo dudo. Te propongo una cosa: vamos a disfrutarlo, luego nos largamos a Roma y ya se verá.

—Siempre y cuando tengas claro que no voy a quedarme en Roma.

—Siempre y cuando tengas claro que no voy a quedarme aquí —me contesta, antes de hundir la mano en mi nuca y acercarme a él para darme el beso más tierno que me ha dado hasta ahora.

Un beso que no tiene fin, porque somos incapaces de apartar nuestros labios de los del otro. Un beso lleno de palabras, de promesas, de ilusión y también de miedo, porque el miedo ha aparecido con ella. Miedo al después, a la despedida que llegará, porque algo me dice que ninguno de los dos está dispuesto a ceder; miedo a perder esto que estamos descubriendo, y miedo a perdernos. Y me prometo a mí misma que voy a disfrutarlo todo lo que pueda sin pensar en lo que sucederá cuando llegue ese invierno que lo alejará de mí, sin prestar atención a lo que mi sentido común sigue entonando, de momento demasiado bajito como para que pueda oírlo, y a este miedo que ha aparecido con nuestro querer.

Voy a vivirlo y lo que tenga que suceder, lo que tenga que vivir, ya lo enfrentaré cuando tenga que hacerlo.



Pasamos las siguientes semanas exprimiendo al máximo cada segundo. Alargamos la acampada en esta playa durante unos días más, nos bañamos desnudos en el mar entre risas y besos, que siempre son muchos, hacemos kayak y subimos todas esas montañas que tanto él como yo hemos descubierto primero por separado y que ahora recorremos de la mano. Y, mientras el tiempo va pasando a un ritmo vertiginoso, yo voy descubriendo a un Marco que me enamora todavía más. «Tanto que a veces pienso que no es posible querer así».

Detengo la mirada en la fachada del DIGG al tiempo que cruzamos la calle mientras oigo de fondo la voz de mi amiga Breen quejarse del juez, al que siento que casi conozco.

—Estaba deseando que fuera sábado. Qué semana más larga —me dice Liv por lo bajo mientras Breen continúa machacándonos sobre no sé qué putada que le ha hecho esta vez.

—Es que no puedo con él, me repatea hasta respirar el mismo aire que él. Es tan insufrible, tan creído, tan imbécil... Y, además, cuando me mira, es como si me estuviera haciendo un favor, el tío imbécil. Y me llama por mi apellido. ¡Breen, hostia, llámame Breen! Encima, se pone corbata. ¡Qué asco me da!

—¿Tienes algo en contra de las corbatas? —le pregunto, divertida, omitiendo matizar que va corta de insultos porque lo ha llamado dos veces imbécil.

—Todo lo que se ponga, todo lo que diga, hasta su manera de caminar o de hablar, me molesta y me va mal. ¿Podemos dejar de hablar de él? —casi nos implora, deteniéndose en seco frente a la puerta del restaurante.

—No te enfades, pero eres tú la que no deja de nombrarlo —remarca Liv con cariño mientras yo siento la impaciencia crecer con fuerza en mi pecho, porque estoy deseando verlo, a pesar de que hemos estado juntos hace solo un par de horas. Y siento mi vientre contraerse cuando los recuerdos de lo que ha sucedido en la ducha regresan para hacerme arder.

—¿Puedes dejar de mirar esa puerta como si lo mejor de tu vida estuviera dentro esperándote? —me riñe Breen con sequedad, tan enfadada que me hace hasta gracia.

—Es que lo mejor de su vida está ahí dentro esperándola, ¿verdad? —asegura Liv, sonriéndome con afecto.

—No. En realidad, lo mejor de mi vida siempre seré yo, pero ahora Marco es una parte fundamental de ella —remarco, y empiezo a subir los escalones del local sintiendo ese «ahora» rebotar un poquito más de la cuenta en mi pecho—. Y, amiga, Liv tiene razón y

eres tú la que no deja de nombrar al juez. Por mi parte, te prometo no mencionarlo —añado, intentando silenciar esa palabra que ha colocado una losa enorme sobre mi corazón y se ha cargado un poquito esta noche.

—Ni yo. Venga, olvídate de él y vamos a pasarlo bien, ¿vale? Hace mucho que no nos juntamos y echo de menos una noche las tres juntas.

—Desayunamos casi todas las mañanas juntas —gruñe por lo bajo Breen.

—Necesitas mucho vino, vamos —sentencio abriendo la puerta, con la sonrisa dominando ya mi rostro.

Una sonrisa que ensancho muchísimo cuando mi mirada se encuentra con la suya y echo a andar hacia él. Y, más que andar, creo que voy levitando.

—Estoy aquí —oigo la voz de Loki, y me giro para verlo sentado en uno de los taburetes, junto a Aksel.

—Y yo.

—Os he visto —les digo, sintiendo la excitación prenderse en mi vientre ante la mirada que me está dedicando—. Hola —lo saludo.

Me muerdo con suavidad el labio inferior mientras mi hermano dice algo que no consigo escuchar y que viene seguido de las carcajadas de Aksel. Que les den.

Y me pongo de puntillas para luego inclinarme ligeramente sobre la barra y acercarme a él cuando me hace un gesto con el dedo.

—Quiero quitarte ese vestido —me suelta en un susurro ronco, rozando mi oreja con sus labios—, después de follarte con él puesto —añade, hundiendo la mano en mi nuca para acercarme más a él—. Menuda puta tortura va a ser verte sin poder tocarte —masculla antes de darme un beso en los labios.

—Ya, vamos —oigo que se queja mi hermano, con cachondeo.

—¿Algún problema? —le rebate Marco mirándolo de reojo, sin soltar mi cuello, que aferra con posesión, y provocando mi sonrisa, que oculto tras el suyo.

Durante esos breves segundos, inspirando la fragancia de su piel y sintiendo la presión de sus dedos en la mía, me doy cuenta de lo mucho que perdí estando con Fredrick: me perdí una relación normal, que no me ocultaran, que me besaran en público y que incluso «defendieran» ese beso, como acaba de hacer Marco. Me perdí sentirme querida, pero de verdad, porque, cuando te ocultan, sea por el motivo que sea, ese querer pierde fuerza, como si empezara a transitar por el camino incorrecto. Y lo peor de todo es que lo sabes y finges no saberlo, lo justificas y aceptas las migajas que te dan creyendo que lo tienes todo cuando, en realidad, no tienes nada.

—Ninguno, macho. Seguid a lo vuestro —oigo que le contesta mi hermano al tiempo que enlazo mi mirada con la intensidad de la suya, y mi corazón late más esponjoso y lleno de amor, como cada vez que estamos juntos.

—Te dejo trabajar —musito, esbozando una sonrisa, para seguidamente dirigirme hacia la mesa donde están mis amigas, sintiendo su mirada clavada en mi espalda y excitándome con ella y con lo que vendrá después, cuando estemos a solas. Y no puedo esperar.

Percibo cómo su cuerpo tira del mío, a pesar de que mis pasos me alejan cada vez más del suyo.

—Me muero de envidia cada vez que os veo juntos y recuerdo que ya no va a bailar en pelotas para nosotras. ¿Le has pedido el vino? Necesito tres botellas enteras para mí.

—¿Se lo has contado a tus padres?

—Liv, no todo el mundo es como tú, que se lo cuentas a tu madre y a tu abuela cuando ni siquiera ha sucedido todavía.

—No le hagas ni caso —le digo, dándole una patada por lo bajo a la bruta de mi amiga—. Solo lo sabéis vosotras, mi hermano y ahora Aksel, porque...

—Nosotras, tu hermano, Aksel y todo el que esté en la cafetería cada vez que Roma entra por la puerta para conquistarla con una simple mirada —me rebate Breen con sorna, provocando mi sonrisa.

—Ya, bueno, el caso es que esto es algo que no tiene futuro. Él va a marcharse y yo no quiero tener que ir dando explicaciones luego. Ya di suficientes cuando me sucedió lo de Fredrick, y no me apetece repetir la experiencia.

—Pues siento decirte que vas a repetirla de igual forma —sentencia Breen, alzando su brazo para llamar a Thea.

—¿Por qué? —le pregunto, ensombreciendo el gesto, viéndola venir.

—Porque lo de Fredrick no va a ser nada comparado con lo que sucederá cuando él se marche. Tía, te estás pillando un montón, y ya sé que lo tienes claro y que piensas que conocer el final te hará sufrir menos, pero no es cierto, porque sufrirás de igual forma y hasta un ciego se dará cuenta de que te sucede algo. Y entonces llegarán las preguntas, tú dirás que no te sucede nada, no colará, te volverán a preguntar y un día, harta de que insistan, lo contarás todo entre lágrimas.

—O no... Te repito que ya no soy la que era. Además, tengo todo este tiempo para ir haciéndome a la idea, y todavía tenemos un viaje pendiente juntos y luego... Luego ya se verá —le contesto, recordando las palabras de Marco—. No quiero comenzar a agobiarme con algo que todavía no ha sucedido. Además, solo llevamos unas semanas juntos y es muy precipitado plantearnos un

futuro o preocuparnos por algo que todavía ni siquiera es —trato de convencerla, sintiendo mis palabras vacías y huecas, como si no tuvieran peso alguno.

—El tiempo no es determinante para nada y hay personas que sabes que son para ti en cuanto las ves.

—¿Crees que es el caso de Marco? —interviene Liv, que hasta ahora se había mantenido en silencio, como suele hacer siempre, porque mi amiga es más de escuchar que de hablar.

—Solo hay que verlos. Además, no olvidéis que soy un poco bruja para estas cosas y que las veo venir desde lejos. Es él y después de él no habrá otro —sentencia, dirigiéndose solo a mí y erizando mi piel con su afirmación.

Cuando Thea se acerca a nuestra mesa, me giro unos segundos para observarlo sonreír ante algo que le ha dicho Aksel.

Por supuesto que es él, porque es la primera vez que siento esta conexión con alguien. Y no es conexión, es unión; es ser uno siendo dos, como si nuestros corazones pudieran estar unidos o latir al unísono a pesar de estar separados; es sentirme plena, sin roturas ni fisuras, y es sentir que todo es tan fácil como siempre pensé que sería el amor, porque con Marco todo es sencillo y, cuando él está conmigo, todo es mejor. Y siento la tristeza pegarse un poquito más a mi garganta, porque puede que el tiempo no sea determinante para nada y, en cambio, es el que lo determinará todo; mi felicidad, en este caso.

—Tres botellas de tinto para mí —oigo que le pide mi amiga dramáticamente.

—Mejor una para las tres, ¿no te parece? —le planteo, intentando no prestarle demasiada atención a esta tristeza que llega más veces de las que me gustaría para ensombrecer mi día, pegarse a mi garganta y dominar los latidos de mi corazón.

—No, no, lo digo en serio, necesito las tres para mí —insiste, y la miro sin entender nada.

—Una de momento —resuelvo, ojeando la carta—. ¿Pedimos un plato para cada una o varios para picar?

—Yo prefiero picar un poco de cada.

—¿Breen?

—Paso de repetirme.

—Vale, tráenos aros de cebolla, patatas con queso y beicon, alitas de pollo, croquetas de pescado y rollitos de salmón ahumado con queso crema. ¿Algo más? —le pregunto a Liv, pasando de Breen, que parece enfadada con el mundo.

—Así está bien —resuelve mi amiga.

—Ahora te traigo el vino, Breen —le dice Thea, dedicándome una sonrisa cómplice, antes de marcharse con nuestra nota.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto cuando volvemos a estar a solas.

—Que en otra vida debí de ser muy cabrona y ahora estoy pagando las consecuencias —nos suelta con sequedad.

—Oye, supera ya lo de Marco, no iba a bailar desnudo para vosotras.

—Sí, ya te has encargado tú de que eso no suceda. Deberíamos odiarte a muerte, o, mejor, haber ido a otro sitio.

—¿Por qué? Siempre venimos aquí. Mira, por ahí viene tu vino —le señala Liv, sonriendo, mientras yo observo a Breen en silencio sin entender nada, muy segura de que hay algo que se nos está escapando.

Y deslizo lentamente la mirada por el local, deteniéndola unos segundos en un hombre moreno, de unos cuarenta años y bastante atractivo, cuando me percato de la mirada fugaz que acaba de dedicarle a mi amiga. Y me giro hacia ella para ver cómo se llena la copa hasta arriba y se la bebe de un trago.

Un momento... y detengo la mirada de nuevo en ese hombre que está charlando con otro, en la mesa del fondo, sin quitarle la mirada de encima a Breen.

—Por casualidad, el juez cabrón, ¿no tendrá el pelo castaño, los ojos... creo que marrones, unos cuarenta años y en estos momentos lleva puesto un suéter de lana negro? —le pregunto sonriendo muchísimo cuando mi amiga vuelve a rellenarse la copa hasta arriba.

—¡¿Está aquí?! —exclama Liv, girando el rostro hacia ambos lados para buscarlo y deteniendo la mirada en el portento de hombre que encaja con mi descripción—. ¡¿Ese de ahí es el juez cabrón?! —le pregunta casi a voz en grito—. ¡¿ESE PEDAZO DE TÍO?! —grita por lo bajo.

—¡Quieres callarte! ¿Os dais cuenta? Incluso en mis días libres tengo que soportar su asquerosa presencia, es que se me revuelve hasta el estómago.

—¿No vas a ir a saludarlo? —le pregunto con retintín en el mismo instante en el que empieza a llegar nuestra cena.

—Antes me ahogo con este vino o me atraganto con la comida. Que os quede claro: prefiero la muerte a tener que ser simpática con ese gilipollas —sentencia, y se mete un par de aros de cebolla en la boca.

—Tía, que es juez.

—¡Exacto! No es mi amigo, mi vecino ni nadie que me caiga mínimamente bien; es un gilipollas integral que, por circunstancias de la vida, ha terminado coincidiendo conmigo en el curro, pero fuera del trabajo no es nada mío, ¡y ni siquiera en él! Además, me habíais prometido no mencionarlo, y estamos hablando de él. ¿¿¿¿Por qué????

—Porque está bueno.

—Y porque es muy guapo.

—Y porque no deja de mirarte.

—Y porque igual está esperando una sonrisa tuya o que seas un poquito simpática, ¿quieres probar? —le plantea Liv con dulzura, provocando mi carcajada.

—¿Te apoyé cuando el cabrón de Fredrick te dejó? —me pregunta con sequedad, y asiento con la cabeza, viendo cómo se gira hacia Liv—. ¿Y a ti? ¿Te doy apoyo moral todos los días cuando me hablas de tus problemas en el trabajo?

—Claro.

—Pues entonces no me lo mencionéis. ¡Haced como si no estuviera! No lo miréis ni siquiera un poquito, no le dirijáis la palabra si se acerca a vosotras y actuad como si no estuviera, o, mejor aún, ¡como si no existiera! De verdad, me saca de quicio, y, para una noche que conseguimos rescatarla del dominio de Roma, no me da la gana que me lo estropee —nos pide, afectada, provocando mi sonrisa, porque me encanta estar bajo el dominio de Roma. Y sonrío un poquito más.

—No sé de quién me hablas, yo solo tengo ojos para Marco.

—Y yo, para ti —pronuncia Liv, cogiendo su mano con cariño—. Venga, ¡vamos a brindar! ¡Por nosotras! —añade, levantándose y alzando su copa.

Y lo hago yo también, viendo cómo Marco me guiña un ojo mientras oigo de fondo la canción que ha empezado a sonar y que es la misma que sonó casi en bucle la noche que nos conocimos: «Islands in the Stream».

—¡Por nosotras, por la Fontana de Trevi y por todo el vino que tengo intención de beberme!

—¡Por nosotras! —me uno al brindis, ensanchando muchísimo más mi sonrisa a pesar de ese mantra que mi sentido común no deja de

entonar. Un mantra que me desquicia, porque no puedo oírlo con claridad, pero que no augura nada bueno.

Capítulo 46



MARCO

—Joder, macho, es que menuda cara tenéis los dos —oigo que me suelta Loki, y por fin me giro hacia él para encontrarme con su sonrisa y con la advertencia que está brillando discretamente en su mirada.

—No sé de qué me hablas —le contesto, hurgando en ella, porque no sé a qué viene... O sí, solo que prefiero no pensarlo demasiado, como todo esto que estoy viviendo con Silje.

—Seguro —replica, antes de llevarse el botellín de cerveza a los labios sin quitarme el ojo de encima.

—¿Quieres decirme algo? —le pregunto, sosteniéndole la mirada con firmeza.

—No tengo por costumbre meterme donde no me incumbe, pero no le hagas daño.

—Nunca se lo haría.

—No a propósito, eso lo tengo claro —puntualiza con seriedad, y me limito a asentir con la cabeza sin saber qué responder, porque me parece que hacernos daño va a ser algo inevitable como alguno de los dos no ceda.

Y tiene huevos que esté pensando esto cuando apenas llevamos unas semanas juntos. Tiene huevos que le dejara caer que podría mudarse a Roma aquella primera noche en la playa, cuando ni siquiera llevábamos un puto día. Y tiene más huevos todavía que no deje de pensarlo, yo, que nunca he querido un compromiso y menos lo he buscado.

Sí, tiene muchos huevos porque, además, es una ida de olla muy bestia que no me quito de la cabeza. Y me giro hacia ella para verla reírse con algo que le ha dicho Breen. Pero ¿qué importancia tiene el tiempo que lleves con una persona cuando lo tienes tan claro? ¿Qué más da que lleves una semana, un mes o un año cuando lo que sientes es tan fuerte que de tan solo pensar en perderla te duele la hostia? Y, con mis preguntas, dejo de escuchar la música y el murmullo de las voces para escucharme solo a mí. ¿Qué más da todo cuando sabes de sobra que es tu mitad perfecta?

Solo que mi mitad perfecta no tiene intención de cambiar su vida por mí ni yo tampoco por ella. Y mientras ella brinda de nuevo con sus amigas, entre risas, ajena a la comida de cabeza que estoy teniendo, yo retrocedo a esa noche en la que nos conocimos. Esa noche ya no pude quitarle la mirada de encima y fantaseé con ella. Y ahora estoy con ella, sigo sin poder quitarle la mirada de encima y sigo fantaseando con ella. Solo que, en lugar de dejarlo ahí, lo hago realidad. Y siento cómo mi entrepierna reacciona de tan solo imaginar lo que le haré luego, cuando estemos a solas.

Y justo por eso está siendo tan jodidamente perfecto, porque nunca había conocido a alguien como ella: alguien que me siguiera

el ritmo tan cojonudamente bien en la cama y fuera de ella, alguien que compartiera mis gustos, con la que todo fuera mejor y alguien con quien no me acojonara la idea del compromiso. Alguien exactamente como yo excepto en lo más importante, en nuestro estilo de vida. Y son totalmente incompatibles.

—¿Y tú? ¿Cuándo te largas? —oigo de fondo que Loki le pregunta a Aksel, y me vuelvo finalmente hacia ellos, necesitando centrarme en algo que no sea en nuestro posible futuro de mierda.

Menuda putada.

—En un par de semanas.

—Demasiado tiempo por aquí ya, ¿eh? ¿Qué pasa? ¿Acaso temes quedarte más de la cuenta y que termine gustándote? —le suelta, provocando su risotada.

—No creo que eso llegue a ocurrir —le contesta con la misma condescendencia que emplearía yo, y no porque me crea superior a nadie, sino porque hay respuestas que son obvias.

—¿No te planteas regresar? —me intereso, a pesar de intuir la respuesta, que sería la misma que daría yo, puestos a matizar, y, al mismo tiempo, esperando otra distinta que me dé algún tipo de esperanza, si es que puede denominarse así, porque si él vuelve puede que esto no sea tan jodidamente malo como intuyo que es en invierno.

Qué coño, aunque Aksel se planteara volver, yo no querría vivir aquí, porque estas islas son como las dos caras de una moneda: brillantes en verano y oscuras en invierno, y yo no puedo vivir en la oscuridad, joder. Yo necesito luz, necesito gente a mi alrededor y necesito poder moverme cuando me dé la puta gana, y lo último que quiero es tener que quedarme encerrado en una jodida cabaña porque las rachas de viento amenazan con llevarme por delante, porque una nevada ha bloqueado la entrada o porque es de noche

cuando todavía es de día. Ni de coña. Además, si en verano apenas hay movimiento, ni me imagino lo que será en invierno.

—No, para nada —me contesta tras pensarlo unos segundos en los que mi cabeza ha corrido la hostia.

—¿Por qué? —vuelvo a la carga.

—Joder, porque aquí no pasa nada y, al final, siempre terminas viendo las mismas caras. Entiendo que para la gente de fuera, como tú, tenga su gracia el tema del sol de medianoche, las auroras boreales y todo eso, pero, cuando has crecido aquí, deja de tenerla y solo piensas en largarte bien lejos.

—Habla por ti —interviene Loki.

—Solo pienso en largarme bien lejos —rectifica con sorna—. El mundo es demasiado grande como para quedarte en un lugar tan pequeño, aunque sea uno de los más bonitos que he visto, y eso que he visto muchos.

—Joder, pienso igual.

—Y justo por eso tenéis un problema —mete el dedo en la llaga, interviniendo por primera vez en este tema que ya se ha tocado un par de veces a lo largo de estos días, mientras Loki silencia sus palabras dándole otro trago a su cerveza—, porque estos dos son justo lo contrario a nosotros —añade, colocándola al lado de su hermano—. Yo de ti me quitaría de la cabeza la opción de que Silje se largue, sobre todo ahora, con todo el tema de la cafetería. O te quedas, o termina, no hay más.

—Me marcho —nos dice Loki, levantándose—. Pasadlo bien —añade, para luego encaminar sus pasos hacia la mesa de Silje y sus amigas y despedirse de ellas.

—Lo tengo claro —le confieso en voz baja, sintiendo que el dolor atrapa momentáneamente mis palabras, porque lo último que quiero es que termine.

Y esto es tan nuevo como todo lo que estoy viviendo con ella.



—¿Por qué no me extraña que esta casa sea de tu hermano? —le pregunto, volviendo la vista atrás para ver las pocas viviendas que se encuentran diseminadas por el paisaje.

Solo que mi recorrido abarca demasiado. Durante unos minutos detengo la mirada en las inmensas montañas que nos rodean y que están empezando a pintarse con los tonos ocres del otoño, solo de manera imperceptible, pero ahí está ese cambio para quien quiera darse cuenta. Yo, cada día. Y ensombrezco el gesto al tiempo que observo los ríos, de un blanco prístino, deslizarse por la roca negra... y luego, la nieve que se mantiene intacta en los neveros y que cada día está más cerca, como nuestra despedida.

Intentando hacer ese pensamiento a un lado, deslizo la vista hasta detenerla en el agua del fiordo, que me recuerda a un mar de plata que lo refleja todo desde aquí arriba, pero que cambiará de tono si me acerco a ella, como estas islas, como todo en general. Y siento cómo algo dentro de mí me aprieta el pecho.

—¿En serio no os planteáis lo que os sucedería si os diera un puto infarto? —le pregunto, dándole la espalda a esta estampa para seguirla al interior de la vivienda. Porque esta casa no es que se encuentre apartada del resto, como la suya, sino que encima hemos tenido que coger un ferry en Reine, cruzar el fiordo y, desde el embarcadero, hacer una caminata bastante considerable antes de llegar aquí.

La palman, fijo.

Y de manera consciente le doy también la espalda a lo que siento para que no me joda lo poco que me queda en este lugar.

—Oye, te recuerdo que te encanta acampar. ¿Nunca te has planteado la posibilidad de que te dé un infarto en la cumbre de una montaña o mientras estás de viaje, perdido en una isla desierta? —me rebate, divertida, empezando a descalzarse, y dejo mi mochila en el suelo, junto a la suya, para hacerlo yo también.

—En realidad, sí, pero al final siempre acabo pasando del tema —reconozco, sonriendo, mientras veo cómo se quita el gorro de lana y la chaqueta.

Joder, es preciosa.

—Pues ya tienes tu respuesta, pero para tu tranquilidad te diré que, si te diera un infarto, tenemos la lancha de los Haugen a nuestra disposición y también cobertura para llamar a Emergencias y pedir un helicóptero. Tranquilo, Roma, que tu vida está a salvo —me suelta, provocando mi risotada.

—Sí, porque un coche dudo que venga —comento con la sonrisa pegada en mi cara mientras observo la estancia: la pequeña cocina de madera clara integrada en el salón, la ventana que hay justo encima del fregadero, la estufa de leña de hierro negro en el centro, el sofá en forma de ele ocupando una de las paredes y después la mesa con cuatro sillas en el otro extremo—. La hostia con la casita de vacaciones de tu hermano. ¿Qué pasa, que os regalan las casas aquí o algo así? —inquiero, deteniendo la mirada en la escalera de madera, con la barandilla de hierro negro, que da acceso a un altillo.

—Ya quisiéramos. Esta casa la compró casi en ruinas y se la han reformado unos colegas que se dedican a esto —me cuenta con el orgullo dominando sus palabras, observándola ella también—. Hacer algo bueno con lo malo que te sucede es una buena forma de seguir adelante —musita, más para sí que para mí—. Es bonita, ¿verdad?

—me pregunta, abriendo el frigorífico, y se gira para mirarme—. Y, además, tiene comida —añade, guiñándome un ojo, y dejo de frenarme para acercarme a ella de una vez.

Tres días. Tres días para largarme. Tres putos días para separarnos si ninguno de los dos cede. Tres días para que termine lo más alucinante que he vivido hasta ahora. Y tres putos días que convertiría en tres centenares si pudiera. Y sé que es mucho, y, aun así, no sería bastante.

—Tienes un hermano muy considerado —afirmo, rodeando su cintura con los brazos para pegarla a mí.

—Muy muy considerado —susurra antes de besar mi cuello, pegándose a mi erección.

—¿La cama? —inquiero, necesitando tenerla desnuda de una vez, porque, si este va a ser nuestro último fin de semana juntos, quiero que sea memorable. Y no solo en el sexo.

Joder, no puedo creer lo rápido que ha pasado el tiempo, porque ayer estábamos en esa playa diciéndonos que nos queríamos por primera vez y hoy estamos aquí, a punto de despedirnos. Por suerte, nos queda el viaje a Roma, donde espero hacerla cambiar de opinión, que seguro, porque es imposible que no se enamore de mi ciudad y de los planes que tengo para nosotros.

—Arriba —me contesta, atrapando mi mirada con la suya. Y cojo su mano con decisión, para soltarla unos segundos después cuando llegamos a la empinada escalera tipo *loft*, de madera y con barandilla a ambos lados.

—Te diría que fueras quitándote la ropa, pero casi mejor cógete bien, no sea que te des una leche —le digo, provocando su risa—. Las damas primero, por favor —prosigo, haciéndome a un lado, porque prefiero ir detrás por si se cae o vete tú a saber. Y, durante

un breve segundo, recuerdo esa tarde del concierto, tan lejana ya, cuando el escalón cedió.

Y, cuando alguien te diga que tienes todo el tiempo por delante, dile de mi parte que miente, que es un jodido mentiroso, porque no hay nada más efímero que el tiempo... Ese tiempo que te lleva al engaño porque te hace creer que tienes la hostia por delante cuando no es así y, además, pasa tan veloz que ni siquiera eres consciente de la velocidad que lleva.

—¿Qué pasa, que quieres verme el culo? —me pregunta, sonriendo y rescatándome de estos pensamientos que me atrapan más veces de las que puedo contar.

—¿Qué pasa, que tienes algún problema en que lo haga? —le pregunto yo también, guiñándole un ojo mientras me acerco a ella y la pego a la escalera con mi cuerpo.

—Ninguno —musita antes de morderse el labio inferior, moviéndose ligeramente para encajarse mejor.

Joder, que no acabe. Apoyo mi frente en la suya al tiempo que aferro la barandilla con más fuerza de la necesaria. Que no acabe. Y acaricio sus labios con los míos. Que encontremos la forma... que decida venir conmigo. Y empiezo a besarla sintiendo que, de alguna manera, acabamos de poner en marcha la cuenta atrás.

Una cuenta atrás que ha comenzado en una cabaña perdida entre las montañas y que terminará conmigo en un pequeño aeropuerto... solo, con ella o con su promesa. Y eso es algo que todavía no sé, pero que descubriré en breve.

—Vamos arriba —me propone, y suelto todo el aire que había comenzado a apresar en mis pulmones, porque hay una posibilidad que no quiero contemplar—. ¿Qué te parece? —me plantea cuando llegamos al altillo, mientras yo detengo la mirada en la enorme cama que se encuentra colocada en el centro, dominando la estancia.

—No está mal, aunque tú estás mejor —le digo, sonriendo con ella.

—Ven —musita abriendo una puerta casi integrada en la pared, y la sigo, quedándome sin habla cuando accedo a uno de los baños más bestias que he visto en mi vida.

—Joder, no vamos a salir de aquí —le aseguro, observando la pared acristalada que tenemos enfrente y que llega hasta el techo, donde continúa, la enorme bañera que se encuentra frente al cristal y el paisaje de alucine, que parece abrirse frente a nosotros.

—Opino como tú —comenta abriendo el grifo para empezar a llenarla, y dejo de admirar las vistas para admirarla solo a ella, que ya se está desnudando.

Y en esto siempre es lo mismo, porque cuando Silje está presente, todo lo demás deja de tener importancia. La devoro con los ojos, y enarco una ceja cuando se detiene al llegar al sujetador de encaje.

—Sigue —le ordeno con seriedad, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones para mantenerlas quietas mientras ella se desprende de la prenda sin apartar su mirada de la mía, provocándome una erección de la leche—. Los pantalones —añado, sintiendo que me arden las manos por tocarla y por estar dentro de ella mientras veo cómo se baja la cremallera y empieza a deslizarlos lentamente por sus largas piernas a la vez que la estancia se llena con la fragancia del jabón.

—¿Y tú? —me pregunta, y yo acorto la distancia que nos separa hasta quedar frente a ella.

—Yo, ¿qué? —inquiero, atrapando su cuello con las manos para pegar su boca a la mía con toda la necesidad que siento mordiéndome por dentro.

Joder. Suelto un rugido por lo bajo cuando atrapo su pecho con una mano para comenzar a acariciárselo... Tan suave y tan

jodidamente perfecta que ni en sueños habría podido imaginarla. Y me como su boca mientras ella empieza a desnudarme.

—Marco... Marco —gime conmigo, llevando la mano al interior de mis pantalones para acariciar mi trasero.

—Nena —gimo con ella, llevando la mía al suyo para pegarla más a mí, sin alejar mis labios de los suyos—. Vente conmigo a Roma —le pido sin poder frenarlo, dejando casi de respirar cuando interrumpe el beso y su mirada azul hielo se encuentra con la mía.

Capítulo 47



SILJE

—Lo que voy a hacer es desnudarte, con tu permiso —le contesto, esbozando una sonrisa.

Y meto mi tristeza y todas las palabras que le diría, si no dolieran tanto, en ese cuarto oscuro que he descubierto a lo largo de este tiempo juntos, ese cuarto en el que guardo palabras y sentimientos porque, si no les presto atención, todo es más fácil.

—Cuando quieras —me responde, sosteniéndome la mirada.

Una mirada que contrae mi vientre, siempre, sin importar dónde estemos o con quién, que sacude mi pecho y que lo multiplica todo hasta desbordarlo. Y lo que ahora se multiplica, luego se dividirá al mínimo, porque no sé lo que tiene en mente, pero sé lo que tengo yo, y no pasa por irme de aquí. Sí de viaje, pero no para quedarme, y eso es algo que tengo clarísimo.

Bajo la vista de sus ojos hasta sus labios, para luego arrodillarme frente a él y desabrocharle el pantalón, que deslizo por las columnas

de sus piernas antes de liberar su erección, que me meto en la boca sin dudarlo.

Su erección, en mi boca. Su mirada, en mi cuerpo. Y todo lo que siento, ahogándome. Porque nunca he querido a nadie como lo quiero a él.

Con todo el amor que siento creciendo en mi interior, aferro su trasero mientras lo masturbo con mis labios y mi corazón, porque hacer el amor también es esto: es volverte codicioso con el cuerpo del otro y, al mismo tiempo, es ser generoso con el tuyo; es querer robarle tiempo al tiempo para tener más, o, mejor aún, es querer adueñarte del tiempo para poder manejarlo a tu antojo y detenerlo cuando estoy con Marco o adelantarlo cuando no estoy con él.

Y ojalá pudiera hacer algo así, porque cada minuto que pasa es un minuto menos, y yo los quiero todos a su lado, incluso los que lleguen cargados de nieve.

—Sí, cariño, sí, joder —gime, hundiendo los dedos en mi pelo, e impulsa las caderas hacia delante mientras yo siento las lágrimas apresar mi garganta y subir hasta mis ojos. «Ahora no». Y es una orden muda que me repito desde hace unas semanas; en concreto, desde que empezó a anochecer de nuevo. Y, durante un breve instante, recuerdo esas lágrimas que llegaron sin previo aviso cuando el sol se ocultó finalmente, dándole su sitio a la noche—. Para, para... —me pide, alejando mi cabeza de su sexo, mientras yo siento las lágrimas arremolinarse en mis ojos—. No quiero correrme en tu boca —musita, atrapando mi mirada con la suya y dándose cuenta en el acto—. ¿Qué pasa? —me pregunta, frunciendo el ceño y obligándome a levantarme.

—Nada, que no has querido correrte en mi boca —le miento, intentando sonreír y maldiciéndome mucho, porque es la primera vez que me ganan la partida y se hacen visibles estando él presente.

—Seguro. Oye, encontraremos la forma, ¿vale? —me dice, apoyando su frente en la mía para luego darme un dulce abrazo; esos abrazos que cada vez nos damos más y que tienen el sabor amargo de las despedidas.

—Vale —susurro finalmente, tragándome todas las palabras que no le diré. Porque nunca intentaré convencerlo, al igual que sé que nunca iré tras él si decide marcharse.

—Te propongo una cosa.

—¿Cuál?

—Sexo en la bañera, en la cama, frente a la chimenea —enumera, esbozando una sonrisa que le devuelvo. Porque no sé qué tienen sus sonrisas que siempre terminan contagiándoseme y soltando mi pecho, como si tuvieran la capacidad de levantar losas que pesan mucho—, otra vez en la bañera, en la cama y frente a la chimenea —prosigue, provocando mi risa—. Y, cuando me hayas dejado hecho polvo, prepararemos unos bocadillos y me llevarás a esa playa que tengo la desfachatez de no conocer, para que pueda verla de una vez. Puede que tengamos suerte y esta noche vengan las auroras a visitarnos —termina, guiñándome un ojo.

Y que vengan las auroras es un recordatorio constante del poco tiempo que nos queda. Porque, cuando el día domina la noche, ellas tienen vetado el cielo, pero, cuando la oscuridad empieza a reclamar su espacio, tal y como está haciendo ahora, ellas regresan: primero para brillar tenuemente, después para proclamarse dueñas y señoras del cielo. Y, cuando eso ocurra, él ya no estará aquí.

—Me gusta tu plan —musito, echando garganta abajo ese pensamiento y todo lo que le diría si quisiera... Solo que no quiero.

Y cojo su mano para meternos en la bañera, porque si hay algo que tengo claro es que no voy a intentar que se quede hablándole de las auroras ni de las muchas cosas que podemos hacer durante

los meses de invierno si finalmente decide coger ese avión y seguir con su vida.

No voy a intentar nada, a pesar de lo mucho que deseo hacerlo todo, porque, si se queda, tiene que ser por él, porque lo que siente por mí sea tan fuerte que no le importe cambiar su estilo de vida. Algo que yo no tengo intención de hacer, a pesar de lo mucho que lo quiero. Y me siento a horcajadas sobre sus piernas para empezar a besarlo mientras siento la tristeza latir fuerte en mi garganta, porque espero algo de Marco que él no puede esperar de mí.

—Fóllame, cariño —me pide, hundiendo los dedos en mi pelo para pegar mi boca más a la suya y besarme con rudeza mientras yo siento los rayos del sol acariciar tenuemente mi piel.

Correspondo a su beso de igual forma, deseando de nuevo convertirme en la dueña y señora del tiempo para modificar el sentido de las manecillas del reloj y hacer que retrocedan en lugar de avanzar. Porque ese mantra que apenas podía oír ahora lo oigo con total claridad, y no me gusta lo que dice, no me gusta nada.

—Te quiero dentro de mí —susurro, separándome ligeramente de él para coger su miembro y llevarlo a mi abertura—. Diooos —gimo cuando empiezo a descender por él, sintiendo su mirada en mi piel, en mi corazón y en cada célula de mi cuerpo, una mirada repleta de palabras apresadas, de deseo desbordado y de ese amor que puedes ver y que nunca pensé que vería en sus ojos.

—Y yo te quiero a ti, *principessa* —me confiesa con voz ronca, deteniendo el mundo con el sonido de su voz.

—Y yo a ti —musito empezando a moverme, primero despacio y luego más rápido. Porque necesito ir deprisa para dejar atrás ese mantra que no dejo de oír y para no pensar en lo que será vivir sin esto. Vivir sin él.



—Joder con la playita —comenta cuando llegamos a la cima de la montaña y la inmensidad se abre frente a nosotros.

—Los turistas como tú soléis ir a Skagsanden, a Kvalvika o a la playa de Uttakleiv, y muy pocos venís aquí cuando esta es la mejor, aunque no tenga una piedra desde la que parezca que tengas el vacío a tus pies —añado con una sonrisa, y, cuando me giro para mirarlo, veo la admiración llenar sus ojos.

—Es como estar solo en el mundo.

—Pero sin sentirte solo en el mundo —añado, sentándome en el suelo para disfrutar de estas vistas, que son paz y también calma: la arena infinita que parece no tener fin; los riachuelos que bajan por la montaña y luego la cruzan, formando dibujos cuando se unen o se separan entre ellos hasta llegar al mar; las enormes montañas custodiando este lugar por ambos lados, y el color azul turquesa del agua fundiéndose con el dorado del atardecer. Este atardecer que sí tiene fin. Y detengo la mirada en el cielo, libre de nubes, donde puede que esta noche brillen las auroras.

—Cuando sucedió lo de Fredrick, Loki me prestó la cabaña un fin de semana —le cuento, observando los rayos del sol reflejarse en el agua del mar—. Era invierno y estaba todo nevado... Recuerdo que llené la bañera y estuve horas ahí metida, llorando, viendo las auroras brillar en el cielo —musito, perdiéndome en mis recuerdos pintados con el blanco de la nieve que lo llenaba todo, el rosa azulado del cielo y el verde brillante de las auroras, que esos días fueron consuelo—. Ese fin de semana vine un par de veces a esta

playa, me sentaba aquí o bajaba a la arena y... no sé, me sentía bien.

»Era como regresar al útero materno, a ese sitio donde nada puede alcanzarte, donde solo estás tú, pero sin estar sola. Con la salvedad de que el latido materno era esto: era el sonido de las olas al romper en la orilla, el ulular del viento o el graznido ocasional de alguna ave. Eso es este lugar, y no importa si es verano o invierno, porque la calma vive aquí, en estas playas y en estas montañas.

—¿No estarás intentando convencerme? —me pregunta, poniéndose de rodillas a mi lado.

—¿Lo harás tú cuando yo vaya a Roma? —inquiero, sosteniéndole la mirada.

—Todavía no me has dicho cuándo vas a venir.

—Todavía no me has contestado.

—Sí. Intentaré convencerte, porque no quiero vivir a dos mil ochocientos kilómetros de ti —me dice con seriedad.

—¿Has contado los kilómetros que nos separan? —le pregunto sintiendo la tristeza agrandarse en mi garganta.

—¿Tú no?

—Prefería no saberlo. De todas formas, eso cambiará cuando te canses de estar en Roma y decidas irte de viaje a donde te parezca.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si decido instalarme en Roma? —me plantea, y, con su pregunta, yo oigo mi nombre y una intención: la de cambiar su estilo de vida y también la de instalarnos en Roma, los dos.

Solo que esa intención trae consigo demasiadas renuncias por mi parte: mi cafetería, mi casa, mi familia, mis amigas y mi vida. ¿Podría hacerlo? ¿Podría vivir dejando todo esto atrás? ¿Cambiar mi vida, a ese nivel, por otra persona? ¿Es eso el amor? Y siento una

losa caer en mi pecho porque, si me quedo, lo pierdo y, si me marcho, en cierto modo, me pierdo a mí.

—Podríamos vivir en Roma una parte del año y aquí la otra; ni lo tuyo ni lo mío.

—Y allí viviríamos durante el invierno y aquí vendríamos tres o cuatro meses, lo que dura el verano, ¿verdad? Es lo que ya haces tú —remarco, enarcando una ceja.

—Podríamos venir de mayo a septiembre y tú podrías abrir otra cafetería en Roma, que llevaríamos entre los dos. Tienes a tu hermano para llevar esta y podrías contratar a Kristel a tiempo completo para echarle una mano. Lo hace bien, tú misma me lo has dicho.

—Antes has mencionado que encontraríamos la forma, ¿era esto lo que tenías en mente? —indago, sintiendo el dolor latirme fuerte en la garganta porque, si esta es su solución, no me gusta.

—Sí, solo que no quería contártelo todavía.

—¿Y cuándo tenías pensado hacerlo?

—Cuando te hubieras enamorado de mi ciudad tanto como yo lo estoy de ti.

—¿Y si no lo hago?

—Es imposible que eso suceda. Mitad y mitad, *principessa*, y tú y yo por entero todo el tiempo —prosigue, aferrando mi barbilla con los dedos para atrapar mi mirada con la suya—. No me contestes ahora, solo déjalo ahí, como una opción con muchas posibilidades —añade, guiñándome un ojo— y, cuando vengas a Roma, decide —me propone, y me limito a asentir con la cabeza, sintiendo que ya odio esa ciudad sin haberla conocido.

Y, en realidad, no es que la odie: es que no me gusta lo que me plantea, porque soy egoísta y no quiero renunciar a nada, ni

tampoco a él. Y también porque siento que mi renuncia es muy superior a la suya.

—Vamos a la playa —le digo mientras me levanto, teniendo clarísimo, por primera vez, que no hay un invierno para nosotros. Solo que, de nuevo, lo guardo en esa habitación oscura en la que estoy acumulando tantas cosas, porque nos queda muy poco tiempo juntos y no quiero desperdiciarlo discutiendo. Quiero vivirlo lo mejor que pueda y, luego, aprender a vivir sin él hasta que nos veamos de nuevo cuando el sol regrese.

Con la llegada de este pensamiento, oigo una ligera variación en ese mantra que parece predecir mi futuro. Y, si antes no me gustaba lo que entonaba, ahora me gusta mucho menos, porque veo lágrimas, ruptura y dolor.

Capítulo 48



MARCO

La sigo montaña abajo, sintiendo la esperanza caminar a mi lado, porque que no lo haya descartado en el acto es una señal cojonuda... O simplemente es que pasa de decirme lo que piensa. Y detengo mis pasos para ver cómo desciende por este camino estrecho y empinado.

Y qué más dará lo que esté pensando ahora cuando lo único que importará será lo que sintamos cuando llegue el momento de la despedida, o cuando estemos a casi tres mil kilómetros de distancia o cuando nos echemos tanto de menos que lo que en estos momentos tiene tanta importancia para ella deje de tenerla, porque le he dado la solución perfecta. Dos cafeterías en vez de una, vivir en dos lugares alucinantes y disfrutar de lo mejor que pueden ofrecernos: el verano aquí, cuando el sol brilla, y el invierno allí, uno suave y con sol para disfrutar de sus calles y de la vida de la ciudad.

Una vida que no hay aquí, cuando la nieve lo cubre todo y el sol se larga durante varios meses.

Por supuesto que aceptará. Es imposible que no lo haga. Y empiezo a seguirla maldiciendo un poco lo impulsivo que he sido, porque lo perfecto hubiera sido planteárselo más tarde, ya en Roma, aunque tampoco está mal que lo sepa ahora para que pueda ir dándole un par de vueltas, sobre todo cuando me esté echando tanto de menos que cualquier opción sea una posibilidad. Y esta es la mejor. Es más, antes de venir aquí podríamos incluir algún viaje; al fin y al cabo, le gusta hacer senderismo, como a mí, y eso implica descubrir mundo.

Impulsado por ese futuro que estoy viendo en mi imaginación, doy un pequeño salto, con el que me coloco a su lado, en la arena.

—Alucinante, ¿verdad? —me pregunta, girándose para mirarme.

—Parece más pequeña desde arriba, y eso que se veía enorme —le digo, sintiéndome de repente superado ante tal inmensidad.

Por supuesto que le gusta vivir aquí, donde puedes disfrutar de todo esto para ti, sin tener que compartirlo con nadie, y donde puedes escuchar el latido de la madre tierra... Y esto es algo que no encontrará en Roma: este silencio, esta calma abrumadora, este paisaje sobrecogedor que te pasa por encima... Y, durante un instante, siento que mis esperanzas menguan ligeramente ante la magnificencia de la naturaleza, una magnificencia que es imposible de igualar, ni siquiera por el mismísimo Coliseo... Pero verá otras cosas, verá nuestra historia, que late como lo hace esta playa, descubrirá nuestro estilo de vida, el clima mediterráneo, tendrá dos cafeterías y me tendrá a mí. Y eso es mucho más que todo esto. Seguro que acepta, porque ¿quién en su sano juicio rechazaría una oferta como la mía, sobre todo viniendo de mi parte?

—Vamos —me apremia, sacándome de mis pensamientos.

—Vamos —le contesto, guiñándole un ojo y cogiendo su mano.

Capítulo 49



SILJE

Despierto a las seis de la mañana, con los primeros rayos del sol, y me vuelvo para verlo dormir a mi lado. Hoy es nuestro último día juntos, o, más bien, son nuestras últimas horas, y me parece una burla lo rápido que ha pasado este fin de semana. En realidad, me parece una burla lo rápido que han pasado estos tres meses. Hago la colcha a un lado para levantarme y veo su equipaje, que trajo anoche, en una esquina de mi cuarto al tiempo que recuerdo cómo se metió con el papel floreado de las paredes... como cada vez que ha entrado en esta habitación, que han sido muchas.

Con la tristeza adueñándose de mi garganta, me pongo una sudadera por encima del pijama antes de dirigirme al baño, donde me aseo mínimamente, para luego encaminar mis pasos hacia la cocina para prepararme un café, a pesar de lo despierta que estoy.

Anoche las auroras regresaron de nuevo, tal y como hicieron cuando estuvimos en la playa, y tal y como harán cuando él esté a

dos mil ochocientos kilómetros de distancia. Y qué pena que vaya a perdérselas con lo que le gustan. Y qué pena que esto no tenga futuro con lo perfecto que está siendo. Noto el lento recorrido de una lágrima cruzar mi mejilla al tiempo que detengo la mirada en la luz que se cuela por los ventanales.

«No llores, respira, no llores, venga...». Y la seco a toda prisa porque no quiero que baje y me vea llorar y porque, desde el principio, he sabido lo que había, o, al menos, mientras lo catalogaba como mi vía de escape o mi terapia. Solo que luego fue más, es más, porque sigue siéndolo aunque se marche, además de lo más bonito que he vivido con nadie. Supongo que por eso comencé a albergar esperanzas sin darme cuenta: cada vez que me besaba, cuando se quedaba a dormir, cuando me quedaba dormida entre sus brazos o cuando me decía que me quería o se lo decía yo a él.

Y, cada una de esas veces, la esperanza crecía en mi interior, como si un puntito de luz se prendiera dentro de mí. Uno junto al otro hasta formar una guirnalda de ilusiones y esperanza. Y, durante unos instantes, recuerdo la tarde en la que le hicimos la fiesta de despedida a Aksel en la playa y cómo mi amigo intentó enseñarle a hacer surf; sus carcajadas, que podía oír desde la orilla, y cómo sentí que era uno más entre nosotros, como si siempre hubiera formado parte del grupo. Esa tarde se prendieron tantos puntitos de luz en mi interior que sentí que, dentro de mí, no solo brillaba una guirnalda, sino el mismo sol de medianoche. Y le tiendo la mano a mis recuerdos para regresar a ese momento en torno a la hoguera y cómo pensé que era como si siempre hubiera estado aquí o como si perteneciera a este lugar cuando, en el fondo, nunca lo ha sentido así.

Al final la culpa es mía por imaginar cosas que nunca van a suceder, porque siempre ha sido claro conmigo y ha sido mi mente fantasiosa, esa que nunca se detiene, la que comenzó a imaginar momentos a su lado y a enamorarse de cada uno de ellos. Porque, en cierto modo, es lo que he hecho: me he enamorado de una vida juntos. Una vida que él imagina en Roma y que yo imagino aquí. Y es tan incompatible como las auroras durante el sol de medianoche.

—Hola —me saluda abrazándome por detrás y apoyando la barbilla en mi hombro—. ¿Por qué no me has despertado?

—Porque apenas hemos dormido este fin de semana y te espera un día duro —le digo, girando la cabeza para mirarlo—. Ese tupé está hecho un desastre —añado, obligándome a sonreír cuando lo que quiero es ponerme a llorar.

—¿Quieres arreglármelo tú? —me pregunta, empezando a besar mi cuello, y cierro los ojos, deseando de nuevo convertirme en la dueña y señora del tiempo para que retroceda, para que vuelva a ser junio y para que los minutos pasen tan despacio que los días se conviertan en semanas, las semanas, en meses y los meses, en años y, aun así, no sería suficiente.

—Yo más bien te lo cortaría —bromeo, dándome la vuelta para colgarme de su cuello, intentando mantener la sonrisa firme en la cara sin llegar a conseguirlo del todo, porque ¿cómo se sonríe cuando estás a punto de despedirte de la persona de la que te has enamorado con todo tu corazón? ¿Cómo se respira sin que te duela el alma o cómo se sigue adelante sabiendo que tardarás meses en volver a verla? ¿Cómo se hace eso? ¿Cómo?

—Mentirosa —musita, atrapando mi mirada con la suya—. Sabes que vas a echarlo mucho de menos.

—¿Al tupé? No creo. Venga, vamos a vestirnos o perderás el avión y la nieve te dará alcance —bromeo, pasando del café, que al final no me he preparado, para dirigirme a las escaleras, frenando mis pasos cuando aferra mi brazo.

—Te voy a echar de menos, *principessa*.

—Yo a ti nada —le miento, tragando lágrimas y palabras.

—¿Cuándo vendrás? —me pregunta, tirando de mi brazo para pegarme de nuevo a su cuerpo.

Y ojalá pudiera quedarme siempre en él. Y ojalá ese futuro del que me he enamorado estuviera a nuestro alcance.

—No lo sé, lo iremos viendo, ¿vale? —le respondo, rodeando su cintura con los brazos.

—Ven en Navidad —me pide con seriedad.

—La Navidad es para estar con la familia.

Y en realidad no es por eso, sino porque no quiero dejar a Loki solo al frente de todo en esas fechas y porque tengo planes para la cafetería que quiero llevar a cabo, porque cada vez va mejor y quiero estar presente en cada momento para ver cómo se cumple mi sueño, aunque mi sueño también sea él. Y menuda faena que mis dos sueños se estén cumpliendo al mismo tiempo y sean tan incompatibles, tanto como las auroras en verano.

—¿Y yo qué soy?

—Un italiano presumido y fanfarrón que se ha colado en mi vida sin pedirme permiso.

—¿Te recuerdo lo colada que estás de este italiano presumido y fanfarrón? —replica, enarcando una ceja.

—No hace falta, lo tengo bastante presente —le confieso, haciéndole una mueca.

—Pues no lo olvides.

—No lo olvides tú tampoco cuando estés a dos mil ochocientos kilómetros de aquí —le digo con seriedad, sintiendo el latido de las lágrimas dejar su marca en mi garganta, la añoranza apresar mi corazón y el miedo darme alcance, porque el tiempo no tiene dueño y ahora sí que ha empezado la cuenta atrás de verdad.

—Nunca.

—La nieve se acerca, vamos a tener que darnos prisa —musito, intentando bromear. Solo que hay bromas que no tienen gracia, y esta es una de ellas.



Nos vestimos y hacemos el trayecto hasta el aeropuerto en silencio. Ese tipo de silencio que llega cuando ya lo has dicho todo y que parece pesar toneladas. Quizá porque la incertidumbre trae consigo las palabras más difíciles y las que más pesan, porque hablan de pérdida y dolor. Y sin querer presto un poquito más de atención a ese mantra que mi sentido común no deja de entonar y que no augura nada bueno. Porque hay una cosa en la que coinciden mi cabeza y mi corazón, y es la que lo convertirá en realidad.

—Hemos llegado —musito, deteniendo el coche frente a la puerta acristalada.

—¿No entras? —me pregunta, atrapando mi mirada con la intensidad de la suya.

—No creo que te pierdas y no me apetece vivir esto —le confieso, sintiendo cómo las lágrimas se desprenden de mis ojos, a pesar de mis intentos por echarlas garganta abajo, solo que es complicado frenar algo que viene impulsado por la fuerza de los sentimientos.

Y, cuando los sentimientos están de por medio, no hay nada que los detenga.

—Ya lo estás viviendo, joder —masculla, abrazándome y apretándome fuerte contra su pecho, e inspiro la fragancia del jabón, que perdura en su piel.

—Vete ya —murmuro con voz quebrada.

—Te quiero —susurra, besando mi cabeza, mientras yo lo abrazo tan fuerte como puedo, como si pudiera impedir su marcha con este abrazo.

—Y yo a ti. Nos vemos en Roma —le digo, soltándolo a duras penas para poder moverme ligeramente y mirarlo a los ojos. Unos ojos llenos de lágrimas retenidas, las que yo no he podido apresar y que siguen deslizándose por mis mejillas sin control.

—Nos vemos en Roma —musita, acariciando fugazmente mi mejilla y llevándose mis lágrimas con sus dedos, para luego salir del vehículo y dejar el frío sentado en el asiento que hace unos segundos ocupaba él.

Un frío que solo es el preludio del que vendrá en invierno cuando lleguen la nieve y los días oscuros. Solo que mis días oscuros acaban de llegar sin que la nieve haya hecho acto de presencia todavía.

Cuando lo veo desaparecer tras la puerta acristalada, pongo el motor en marcha para irme tan lejos como me sea posible, tan lejos que no pueda ver su avión surcar el cielo.



—Sabíamos que estarías aquí —oigo la voz de Breen, y vuelvo mi rostro, anegado en lágrimas, hacia ese sonido, para verla acercarse

con Liv al *gapahuk* en el que, de alguna manera, siento que me he escondido. Solo que es imposible esconderte de los recuerdos cuando forman parte de ti y cuando siguen tan vivos y latentes que no necesitas cerrar los ojos para volver a verlo u oír su voz. Porque lo tengo aquí, sentado a mi lado. Y detengo la mirada en ese punto de la playa en el que montó la tienda de campaña y donde le dije que me había enamorado de él. «Yo también me he enamorado de ti... o, al menos, eso creo, si enamorarse significa no dejar de pensar en esa persona y sentir que todo es mejor cuando estás a su lado», rememoro, sintiendo que el dolor y la añoranza aprisionan mi corazón con saña.

Y duele. Duele mucho.

—Bueno, en realidad llevamos casi una hora buscándote —me confiesa Liv, sentándose a mi lado para luego abrazarme, y apoyo la cabeza en su hombro mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Pero mira que eres bocazas —la riñe Breen, sentándose a mi otro lado, y deja sobre mi regazo una bolsa repleta de paquetes de pañuelos—. Me parece que vas a necesitar esto.

—¿Qué pasa, que lo tenías preparado para este momento? —le pregunto, dando gracias de que una, al menos, haya sido previsora, porque, a pesar de que sabía que iba a necesitarlos, solo llevaba un paquete encima.

Y hay que ser insensata con lo que voy a llorar.

—La primera vez nos pilló desprevenidas, pero esta me he aprovisionado bien. ¿Cómo lo llevas? —inquiere mientras Liv me abraza con cariño.

—De coña —ironizo, abriendo un paquete para sonarme con fuerza, porque acabo de convertirme en una fábrica de producción constante de mocos y lágrimas.

—Y eso que sabías de antemano lo que iba a pasar —me recuerda con cariño—. El amor es así de cabrón: no importa lo mucho que te prepares para la despedida, porque va a dolerte de igual modo —sentencia con seriedad, y aferro su mano con fuerza, porque sé a lo que se refiere—. Si te sirve de consuelo, pasará, y un día cualquiera te darás cuenta de que ya no estás llorando, de que puedes respirar con normalidad y de que estás sonriendo. Además, si yo superé lo mío y tú lo del cabrón de Fredrick, superarás esto.

—Ya, el tema es que yo ahora puedo cambiarlo, y no quiero.

—Por la cafetería, ¿verdad? —interviene Liv mientras yo siento las lágrimas rodar sin control por mis mejillas.

—No voy a renunciar a mi sueño por un hombre que hoy dice quererme y que puede cambiar de idea dentro de unos meses. Es la lección que me dejó Fredrick.

—El cabrón de Fredrick, no le acortes el nombre —me interrumpe Breen.

—Perdona, tienes razón. Gracias al cabrón de Fredrick, aprendí que, por mucho que quieras a alguien, nunca tienes que quererlo más de lo que te quieres a ti. Yo acepté muchas cosas por él que jamás tendría que haber aceptado, incluso le perdoné sin que me hubiera pedido perdón y yo misma me pisoteé como nunca pisotearía a nadie, como si yo no tuviera valor, como si no importara lo que estuviera sintiendo... algo de lo que me arrepiento muchísimo y que me prometí no volver a hacer —les confieso, secándome las lágrimas mientras me llega el sonido tranquilizador del mar—. Renunciar a mi cafetería y a mi vida aquí, en cierto modo, sería dar la espalda a esas promesas que me hice, a mi esfuerzo y a mis sueños.

»Sería volver a poner los deseos de otra persona por delante de los míos —verbalizo con dolor lo que no he dejado de pensar a lo

largo de estas semanas—. No conocí a Marco trabajando en Roma, lo conocí aquí... Y, si pongo en una balanza el peso de mi renuncia y el peso de la suya, la mía pesa más.

—Ni se te ocurra irte —me ordena Breen, atándome a la firmeza de su mirada.

—Me ha propuesto vivir en dos sitios: en Roma durante los meses de invierno y aquí en verano. Quiere que abramos una cafetería allí y que Loki mantenga la de aquí durante el tiempo que estemos fuera.

—¿Y qué le has dicho? —se interesa Liv.

—Me pidió que no le dijera nada y que lo dejara ahí, como una opción con muchas posibilidades.

—Sería una opción.

—Ni de coña. Además, me parece muy precipitado todo. Acabáis de conoceros, estáis en la fase del enamoramiento, en la que todo es perfecto y maravilloso, pero... ¿Y después, cuando las caretas desaparezcan? Además, ¿me explicas qué hostias vas a hacer tú en Roma?

—Lo que no entiende es que no se trata de una simple cafetería... que las auroras que lo trajeron aquí empiezan a brillar unas semanas antes de que él se marche, para quedarse durante esos meses en los que él no quiere estar, y que estas islas son mi hogar... Marco lo ve de manera distinta, todo, en general. Trabaja como camarero porque es un curro fácil que le permite largarse cuando le apetece y, hasta hace nada, no quería ataduras de ningún tipo. Es todo lo que yo no soy o yo soy todo lo que él no es, y en cambio no puedo imaginar mi vida sin él.

—Porque sientes que te complementa. No es tan mala idea lo que te propone y así podríais estar juntos —me dice Liv.

—Ahora, ahora estarían juntos, pero ¿y si un día comienza a agobiarse? ¿Y si un día se levanta y se da cuenta de que echa de

menos la vida que tenía antes? Un tío como él, con alergia a los compromisos, no cambia así, tan rápido. Lo siento, pero no lo veo... Es guapísimo, está buenísimo, es divertido, te ha dado buenísimas ideas para la cafetería y todo lo que tú quieras, pero hay más probabilidades de que no funcione que de que vaya bien. Puestos a arriesgarse, que sea él quien lo haga.

—Estás olvidando que está enamorado de Silje. Además, si el amor puede con todo, ¿por qué no ha de poder con esto?

—Porque no es verdad y el amor no puede con todo. Y, si tanto la quiere, que lo demuestre, que se pase un año entero aquí y, si le resulta tan duro, entonces, que le plantee el cambio, pero no puede llegar y pedirle que renuncie a su cafetería recién abierta cuando él no tiene dónde caerse muerto.

—Tía, de verdad... —se queja Liv.

Las escucho en silencio, sin intervenir, con la vista fija en las olitas que rompen en la orilla, en la espuma que se crea, como si fuera un encaje de plata, y en cómo el agua se retira tras haber mojado la arena... como si esto no fuera conmigo, a pesar de que no puede ir más conmigo, o como si estuviera bloqueada.

—¿Qué? ¿Prefieres que le diga que se marche y que lo deje todo por un tío al que acaba de conocer y que tiene muchas posibilidades de terminar convirtiéndose en Marco el gilipollas? ¿En serio? Esto no son tus novelas, Liv, esto es la vida real. Yo no me iría ni de coña. Tú haz lo que quieras.

—¿Qué piensas tú?

—Estoy aquí, ¿no? —concluyo, sabiendo que Breen tiene razón. Pero que lo sepa no hace que me duela menos—. Yo ya lo di todo por una persona que no movió un solo dedo por mí, esta vez me gustaría que lucharan por mí y que me pusieran por delante.

—¿Y qué sucederá cuando vayas a Roma? —me pregunta Breen.

—Te lo diré cuando regrese.



Septiembre da paso a octubre y, con su llegada, el paisaje se tiñe por completo con esos tonos amarillentos y marrones tan propios de estas fechas, en las cumbres caen las primeras nieves y los días empiezan a acortarse, dándole la bienvenida a las auroras boreales. Y, cada vez que ellas vienen, las lágrimas se adueñan de mis ojos, como la dama verde se adueña del cielo.

Noviembre trae consigo la nieve y las ventiscas, y nos quita cada día más horas de luz, una luz que desaparece finalmente con la llegada de diciembre y de la noche polar. Solo que la que no brilla en el exterior brilla en el interior de las casas junto con las luces de la Navidad, que iluminan también mi cafetería, que ya se ha convertido en un lugar habitual para los lugareños que vienen a desayunar, a almorzar o a tomarse un simple café, como hicieron antaño, y para todos los turistas que llegan para descubrir nuestras islas en invierno y fotografiar las auroras. Y eso me hace tan feliz como me entristece al mismo tiempo, porque él podría ser uno de esos turistas... O un lugareño si quisiera.

Con la tristeza sentada en el asiento del copiloto, detengo el coche frente a la casa de Sonia, porque hoy es Nochebuena y vamos a cenar todos juntos.

—¿Tomando el fresco? —le pregunto a Aksel, sentándome a su lado en los escalones que dan acceso a la pequeña terraza.

—Más o menos —me dice, alzando la mirada hacia el cielo, donde brillan las auroras.

—Te veo mucho por aquí últimamente, viniste en verano y te tenemos aquí de nuevo. Al final, voy a pensar que echas de menos todo esto —bromeo, dándole un suave codazo.

—Tu hermano me ha dicho que sigues bastante jodida —me comenta, preocupado, sin andarse con rodeos.

—¿Por eso estás aquí? ¿Estabas esperándome? —le pregunto porque, conociéndolo, no me extrañaría nada.

—Más o menos —se parafrasea, provocando mi sonrisa—. ¿Quieres que demos un paseo? Tus padres todavía no han llegado —me propone mientras veo a un perro enorme acercarse a nosotros moviendo la cola.

—¿Es tuyo? —inquiero cuando veo que mi amigo lo abraza con cariño—. Es una preciosidad —añado, acariciando su lomo blanco lleno de vetas grises—. Se parece a ti, tiene tus mismos ojos azules —bromeo, provocando su carcajada.

—Silje, te presento a mi colega, Amarok. Amarok, te presento a mi casi hermana, Silje —le dice, llenando mis ojos de lágrimas—. Pues sí que estás jodida —añade, soltando al perro para abrazarme a mí —. ¿Dónde está la tía dura que me daba palizas?

—Eso quisiera saber yo —gimoteo, quedándome un ratito entre sus brazos mientras las lágrimas escapan sin control de mis ojos—. Han pasado tres meses y sigue doliéndome igual —le confieso bajito, percatándome de lo rápido que transcurría el tiempo cuando estaba a su lado y de lo lento que siento que discurre ahora.

—Ven, vamos al muelle —me señala, soltándome y echando a andar, y lo hago yo también, sintiendo el frío helar mis mejillas mojadas—. ¡Vamos, Amarok!

—No me habías contado que tenías un perro —le digo, viendo cómo el animal corretea a su lado.

—No es solo un perro, es mi familia —afirma—, ¿verdad, colega? —habla con el animal, alargando la mano para hundirla en el pelaje de su cabeza—. No veas cómo está disfrutando estos días.

—Eso es porque es un perro listo.

—Sí que lo es. Y tú, si eres lista, ya puedes cambiar esa cara o Sonia va a empezar a darte la paliza para que le cuentes qué es eso que te entristece. Ya la imagino diciéndote: «Cielo, nunca deberíamos callarnos lo que nos preocupa o nos pone tristes. Las cosas duelen menos si las compartes», o una mierda de esas —la imita, antes de carcajearse, provocando mi sonrisa—. A no ser que te lo haya dicho ya —añade, atándome al brillo de su mirada.

—No... Creo que intuye algo, al igual que mi madre, pero no dicen nada, al menos de momento. Tu padre, que es el único que ha conocido a Marco, está haciéndose el tonto y mi padre no es de los que se enteran, así que de momento mi secreto está a salvo.

—A mi padre se le da de coña eso de hacerse el tonto, hasta que deja de hacérselo y te propone ir a dar un paseo o te invita a una cerveza. Lárgate corriendo si eso sucede, porque te aseguro que es peor que Sonia si se lo propone.

—Demasiado tiempo juntos —musito, observando las auroras brillar en el agua del muelle.

—¿Quieres que lo hablemos? La verdad es que Sonia tiene razón y es mejor hablar las cosas.

—Sonia todavía no ha dicho nada —remarco, divertida, mientras nos acercamos a un banco cubierto de nieve, como todo en realidad, porque, si las auroras se han convertido en las dueñas y señoras del cielo, la nieve se ha convertido en la dueña y señora de la tierra—. Además, ya lo he hablado demasiado con mis amigas, con mi hermano y conmigo misma. Casi prefiero que me hables de ti.

—Luego —responde, retirándola con las manos para que podamos sentarnos.

—Él no quiere vivir aquí durante estos meses y yo no puedo imaginarme viviendo en otro sitio —le cuento, tomando asiento a su lado, y él pasa un brazo por mi espalda para pegarme a su cuerpo y darme calor, a pesar de las muchas capas de ropa que nos separan —. Yo no soy como tú, que eres capaz de vivir en cualquier lugar. Yo...

—Hombre, tampoco es eso —me corta, divertido.

—¿En cuántas ciudades has vivido desde que te marchaste? A ti te gusta eso, hacer las maletas y descubrir otros sitios, incluso a Marco le va ese rollo, pero a mí no... Yo necesito estabilidad, vivir en un lugar que sienta que es mi hogar y tener a mi gente cerca. Además, está la cafetería...

—¿Hablas con él?

—Todos los días, y todos los días es una mierda.

—¿Por qué?

—Porque esas llamadas hacen que lo eche más de menos. A veces, creo que sería más fácil si no habláramos, que él hiciera su vida en Roma o donde fuera y yo aquí, y luego encontrarnos en verano.

—Lo echarías de menos de igual forma, con el agravante de no saber nada de él. Lo que tenéis ahora es una relación a distancia. Hay parejas que funcionan así durante años y no pasa nada.

—Pues bien por ellos —me quejo, molesta, porque está claro que las relaciones a distancia no son lo mío.

—Loki me ha contado lo que te propuso.

—Ya.

—¿Y?

—¿Cambiarías tu vida por otra persona? —le planteo, girando mi rostro hacia el suyo para mirarlo—. Imagina que conoces a alguien de estas islas y que te enamoras como nunca de esa persona, ¿volverías a vivir aquí?

—Si algún día decido regresar, será solo por mí —me asegura con contundencia, sosteniéndome la mirada con la misma firmeza con la que me ha contestado. Y, durante unos breves segundos, me pierdo en el azul de sus ojos, que, incluso de noche, puedo vislumbrar.

—Pues lo mismo.

—Bueno, pero te vas a Roma en unos meses. Puede que cambies de opinión y dejéis de tener una relación a distancia —me dice, alzando la mirada para observar el baile de las auroras—. Creo que a tu hermano le agobia un poco eso —me deja caer, sorprendiéndome, porque Loki está siendo muy prudente con este tema y no ha opinado sobre nada, al menos conmigo.

—¿En serio?

—No es que me lo haya dicho, pero lo conozco y me parece que no le hace ni puta gracia.

—Ni a mí... He decidido no pensar más en eso y dejar que fluya. Voy a ir a Roma en mayo, solo entonces decidiré y lo que tenga que ser, que sea —concluyo, alzando la mirada hacia el cielo lleno de luz.

Puede que el sol no llegue a rebasar el horizonte y que sus rayos se mantengan ocultos, pero, en su lugar, brillan las auroras y lo hacen tan intensamente que es imposible no sentirse afortunada y agradecida de vivir aquí.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —le pregunto deseando cambiar de tema, porque estoy un poco harta de este.

—Solo una semana.

—Y seguro que ya estás soñando con largarte —comento, provocando su carcajada, porque siempre ha sido así: el avión

todavía no había aterrizado y él ya estaba pensando en marcharse, como si se ahogara en estas islas.

—No tanto como las otras veces.

—¿Perdona? ¿Hablas en serio?

—Pero no te emociones, es solo que, por primera vez, no me ha molestado tener que regresar y estoy bien aquí —admite, dejándome muda. Porque, desde que se largó con dieciocho años, es la primera vez que lo oigo decir algo así.

—No se lo cuentes ni a tu padre ni a Sonia a no ser que tengas intención de regresar.

—No llega a tanto el tema. ¿Vamos a casa? Te estás quedando helada.

Y que tanto él como yo consideremos la casa de Sonia como nuestra casa habla mucho de ella y de lo que sentimos, porque no será su madre ni la mía, pero como si lo fuera.

Capítulo 50



Roma. Finales de mayo de 1993

SILJE

Llego a Roma la última semana de mayo, con la ilusión dominando mis pasos y los nervios acelerando los latidos de mi corazón. Y no sabría decir qué pesa más, si una cosa u otra, porque estos meses han sido un auténtico viaje de tristeza, ilusión, añoranza e incertidumbre en el que, a pesar de todo, he sentido que cada día nos conocíamos un poco más, pese a esos dos mil ochocientos kilómetros de distancia que nos separaban. Y durante unos momentos recuerdo esas llamadas interminables, ya por la noche, en las que nos contábamos nuestro día, cómo nos sentíamos y dejábamos entrever, primero de pasada y luego ya claramente, lo bueno que era vivir en el país de cada uno, como si fuera un juego o una especie de competición en la que ninguno de los dos salía ganando, porque ni él llegaba a convencerme a mí con su invierno

suave en el que el sol no desaparecía, ni yo a él con el baile de mis auroras y el crepúsculo azul.

Mientras lo busco con la mirada regreso durante unos segundos a esas llamadas en las que teníamos sexo telefónico y en las que no había competición alguna, porque estábamos completamente de acuerdo en todo. Y rememoro su voz oscura y rasgada diciéndome dónde tenía que tocarme, mis gemidos, los suyos, sus ruegos, los míos... y ese «Te quiero» que resonaba en cualquier momento.

Y ahora vamos a vernos de nuevo, y no sé qué esperar, porque es como si nos hubiéramos visto ayer, pero echándonos de menos cada día. Siento cómo la sonrisa se adueña de mi rostro cuando mi mirada se encuentra con la suya en la terminal de llegadas. Y corro hacia él sin que me importe nada más.

—Joder, por fin estás aquí —susurra antes de atrapar mis labios con los suyos para besarme con la misma desesperación con la que lo estoy besando yo, y siento que al fin todo cobra sentido, como si solo esto importara: él y yo juntos.

—Se terminaron las llamadas —musito contra sus labios mientras sus manos aferran mi cintura con posesión.

—Y se terminó el sexo por teléfono, estoy harto de hacerme pajas —me suelta al oído, provocando mi carcajada y que mi vientre se anude muy fuerte—. Sabes a dónde vamos a ir primero, ¿verdad?

—¿A ver el Coliseo? —bromeo sin moverme un centímetro, con nuestros labios tan pegados como lo están nuestros cuerpos.

—Exacto, pero al que tengo entre las piernas. Vamos o te follaré aquí delante de todos —me dice con la intensidad dominando su voz y su mirada, contrayendo mi vientre muy fuerte.

—Eres tan romántico que me abrumas —replico, provocando su sexy carcajada.

En realidad, todo en él me parece sexy. Y detengo la mirada en ese tupé con el que me metí tanto el verano pasado y que ahora incluso me gusta, en la camiseta de manga corta y cuello pico que se ciñe a la perfección a su cuerpo y en los vaqueros, que voy a quitarle en cuanto pueda. Y siento cómo mi vientre se contrae de nuevo ante la llegada de ese pensamiento.

—Lo sé, es uno de mis muchos encantos —me contesta, guiñándome un ojo y provocando mi risotada al tiempo que se hace con mi maleta y aferra mi mano.

—Puedo llevarla yo.

—Lo sé, y que sabes cuidarte sola también, pero no pasa nada si alguien, yo en este caso, te lleva la maleta y te cuida, aunque tú puedas hacerlo, ¿no te parece? —me pregunta, atándome a su mirada llena de noches cerradas. Cómo echaba de menos que lo hiciera.

—Solo por esta vez —concluyo, esbozando una sonrisa, que le contagio.

—Solo por muchas veces —me rectifica al tiempo que nos dirigimos hacia la salida—. Bienvenida a Roma, *principessa* —me dice. Y, por primera vez desde que me planteó esa opción con muchas posibilidades, decido valorarlo de verdad, sin negarme en redondo como he hecho hasta ahora. Porque lo he echado demasiado de menos y porque él también es mi sueño.

—¿Y esto? —le planteo, asombrada, cuando el calor me da de lleno en la cara, como una bofetada que incluso me roba momentáneamente la respiración.

—¿El qué? —me dice sin detenerse, caminando decidido hacia su coche, que está estacionado en doble fila y con los cuatro intermitentes puestos.

—¿Este calor es normal? Ostras, que estamos en mayo —comento, quitándome la sudadera a toda prisa mientras él mete mi equipaje en el maletero.

—En realidad, estamos casi en junio —matiza, sacándose las gafas de sol del bolsillo trasero de su pantalón para colocárselas, y con ese gesto consigue que mis hormonas y mi sentido común caigan de rodillas a sus pies. Y esto es algo que también echaba mucho de menos—. Ya no estás en el Polo Norte, *principessa*. Esto es Italia: sol durante el día, calor, mucha vida y yo. ¿Lista para disfrutarlo? —me pregunta con insolencia, aprovechándose de mi falta de palabras y provocando mi carcajada.

—Más que lista —le contesto finalmente, antes de acceder al vehículo—. Solo una matización: en las Lofoten el sol brilla ahora más que aquí —presumo cuando accede al vehículo, porque ha comenzado el sol de medianoche.

—Pero seguro que no vas en manga corta todavía, solo para matizarlo también —me rebate, esbozando una media sonrisa con la que licua mis huesos.

—Es solo una cuestión de tiempo —añado, sin dejar de sonreír.

—Ahí tengo que darte la razón: es solo una cuestión de tiempo que vivas aquí —me asegura, convencido.

Ya empezamos. Y sonrío mucho más. Porque en esto consiste nuestro juego, y no tiene fin, porque nunca llegamos a ningún acuerdo. Al menos de momento.

—O tú allí —le contesto, acomodándome mejor en el asiento mientras él se incorpora a la circulación.

—Ya se verá.

—Exacto —concluyo, sintiendo la felicidad explotarme en el pecho.

«Solo que lo que ahora me divierte puede terminar haciéndome llorar». Y ese pensamiento repentino trae consigo ese mantra que

había dejado de oír. Un mantra que entona mi sentido común y que todavía no sé si me gusta o no, porque vuelve a entonarlo demasiado bajito como para que pueda enterarme.

Hago ese pensamiento a un lado mientras lo devoro todo con la mirada, tensando mi cuerpo instintivamente cuando me doy cuenta de la velocidad a la que conducen todos y la cantidad de tráfico y gente que hay por todas partes.

Qué locura. Mantengo la mirada fija en la ventanilla mientras él conduce a toda prisa al tiempo que va contándome todo lo que tiene planificado hacer estos días. Solo que no estoy escuchando nada, porque no puedo alejar la mirada del velocímetro, de los cientos de motos que nos rebasan por ambos lados y de la cantidad de vehículos que hay por todas partes, como si esto fuera la ley del más fuerte o como si no hubiera normas de circulación.

—Luego cogeremos la moto; en coche es imposible ir al centro —me dice mientras yo siento el rechazo llegar de golpe.

—¿Siempre es así?

—¿Te refieres al tráfico?

—¡Te acabas de saltar un semáforo en rojo! —lo reprendo alzando la voz.

—Acababa de ponerse en rojo y era peor parar en seco que acelerar más. Relájate, ¿quieres?

—Si no fueras tan rápido, habrías podido parar... Frena, frena, vas a darle al de enfrente —le pido, estirando las piernas como si el freno lo tuviera yo y no él.

—*Principessa*, en Roma conducimos así. Te acostumbrarás, ya lo verás —me asegura, convencido, mientras yo siento ese rechazo empezar a latir en mi interior, como un segundo corazón al que no quiero prestar atención, porque es demasiado pronto para decidir nada. Inspiro hondo recordando nuestras carreteras desiertas,

donde también conducía rápido, solo que nunca me preocupó porque íbamos solos, no como ahora. Y, en realidad, todos conducen como él. Menuda locura.

Solo cuando detiene el coche en una calle repleta de bloques de edificios consigo relajarme.

—Llegamos, bienvenida a casa —me suelta, y yo me obligo a sonreír, porque algo me dice que esto nunca será mi casa.

Y hay certezas que llegan sin que tengas que pensar nada ni rebuscar entre tus sentimientos, simplemente lo sabes.

—¿Vives aquí? —le pregunto, deteniendo la mirada en los grafitis que algún desalmado ha pintado en la fachada, en la sábana que alguien ha tendido en la barandilla del balcón, en los muchos papeles y colillas que hay esparcidos por el suelo y en los vehículos que hay aparcados por todas partes, allá donde mire, incluso en los pasos de peatones.

—En ese edificio de ahí —me responde, sacando mi equipaje del maletero para luego acercarse a mí—. Espera, no lo rechaces todavía. Roma es más que todo esto, ya te darás cuenta —me pide con seriedad, anticipándose a lo que no iba a decirle, pero que sí estaba pensando.

—No he abierto la boca.

—Pero estás comparando tu casa de cuento con esta calle y no hay comparación posible, porque ni tengo una playa ni el paisaje que tienes tú, pero, en cambio, tengo otras cosas. No digas nada, tú solo obsérvalo todo, ¿vale?

—Vale.

—Y, sobre todo, recuerda que el tema de la vivienda era algo que hasta ahora no me preocupaba en absoluto; con tener un lugar en el que dormir, me valía. Si decides mudarte, buscaremos otro piso en

un barrio mejor, ¿de acuerdo? —me ofrece, como si estuviera preparándome para lo peor, que llega cuando me lo muestra.

Ya puede ser bonita la ciudad.

Horrorizada, detengo la mirada en la cocina —si es que puede definirse así— integrada en el salón: gris, con tres armarios en la parte superior y tres en la inferior; en los azulejos en tono gris claro que cubren el suelo; en el sofá gris oscuro; en la mesa que delimita ambas zonas en color negro, al igual que las sillas, y en la cortina morada. Por el amor de Dios. Y, durante unos segundos, recuerdo a mi amiga Breen y cuando me preguntó qué hostias iba a hacer yo en Roma.

—¿Tendría que haberte llevado a un hotel? —me plantea con sorna, como si el tema le divirtiera muchísimo, que seguro.

—Lo siento, de verdad estoy siendo muy evidente —me lamento, cubriéndome los ojos con las manos, sintiéndome mal de repente, porque es su casa, no una pocilga, y tiene razón y hay cosas que no pueden compararse.

—Esto es temporal. Te repito que, si decides mudarte, buscaremos otro piso más acorde a tus gustos, ¿vale? De momento, esto nos vale para lo que tengo en mente.

—¿Y qué tienes en mente? —le pregunto, dejando de prestar atención al color gris que parece dominarlo todo, porque incluso la cortina morada tiene bordados grises, para centrarme en él de una maldita vez.

—¿Tú qué crees? —inquiere, atando mi mirada a la suya mientras se acerca lentamente a mí—. Estoy deseando tenerte desnuda de una vez —musita con voz ronca, deslizando el dedo por mi costado y acelerando mi respiración al instante—. Poder tocarte —prosigue, quitándome la camiseta, dejándome solo con el sujetador de encaje —. Dejar de imaginarte para verte de verdad —añade, librándome

de la prenda, dejando mis pechos libres de sujeción—. Por fin —me dice con voz entrecortada, cubriendo mi pecho con una mano mientras yo envuelvo su potente erección, cubierta todavía por demasiada ropa, con la mía.

—Necesito tenerte desnudo —musito antes de empezar a besarlo, separándome únicamente de sus labios cuando le paso la camiseta por la cabeza—. Te he echado tanto de menos... —le confieso, y lo beso de nuevo mientras él me alza por las caderas y yo envuelvo las suyas con mis piernas.

—Mi cuarto es una mierda, solo mírame a mí —me advierte, divertido, provocando mi risa, porque, visto lo visto, me espero cualquier cosa.

—Si alguna vez vivimos juntos, no voy a permitir que decores nada —comento cuando accedemos a la estancia.

—Si te sirve de algo, este piso ya estaba así cuando lo alquilé. De todas formas, tu papel floreado no es que sea gran cosa —me suelta, depositándome sobre la cama y cubriéndome con su increíble cuerpo.

—Mi papel floreado y yo te la tenemos jurada y nos lo has puesto demasiado fácil —le contesto, con mis piernas todavía envolviendo su cintura, moviéndome suavemente para buscar la fricción con su erección.

—Yo creo que estamos a la par. De todos modos, todavía estamos a tiempo de ir a un hotel y fingir que esto no ha pasado —me suelta provocando mi carcajada, que se corta en seco cuando un gemido se cuela por mi garganta en el instante en que impulsa las caderas hacia delante.

—Luego, ahora esta habitación es perfecta —musito antes de atrapar sus labios con los míos, olvidándome por completo del cabezal tapizado en gris, de la colcha a cuadros grises y negros y de

la cortina casi transparente y brillante, que me ha recordado al tejido de uno de los disfraces de princesa que tenía cuando era pequeña.

—Quiero que grites muy fuerte, nada de contenerte —me ordena mientras se incorpora para librarme de los vaqueros, acelerando muchísimo mi respiración.

—Tienes vecinos y las ventanas abiertas —susurro, sintiendo mi centro humedecerse por él.

—El vecino de arriba se emborracha todas las noches y termina cantando «La traviata» hasta altas horas de la madrugada; los de abajo discuten continuamente, y hay una niña, en algún piso, que se pasa el puto día llorando. Tu papel floreado y tú no sois los únicos en tenérsela jurada a alguien —me cuenta, bajando la mirada hasta mi tanga de encaje, y abro más las piernas deseando todo lo que hemos tenido vetado durante estos ocho largos meses—. Joder, *principessa*, eres un puto sueño —murmura, pasando el dedo por mi sexo cubierto por la fina tela, mientras yo admiro sus oblicuos, perfectamente marcados, y cómo su erección se adivina a través de la tela de los vaqueros que siguen cubriéndola.

—Marco —gimo, moviendo con suavidad las caderas cuando me libera lentamente de la prenda, y suelto un gemido que no me molesto en frenar cuando su lengua barre mi centro—. Por fin, por fin... —susurro aferrando la colcha con fuerza. Pongo los ojos del revés cuando atrapa mi sexo con sus labios con toda el hambre que sentimos y abro más las piernas para darle vía libre mientras él succiona mi clítoris con avaricia y desesperación... como si nunca tuviera suficiente, como si nunca fuera bastante. Y gimo fuerte, deseando que el tiempo se detenga y que él nunca lo haga—. Síííí... ¡Por Dios, sigue así! —grito echando la cabeza hacia atrás cuando me mete un dedo para empezar a masturbarme mientras su lengua y sus labios siguen lamiéndome y chupándome sin darme tregua,

llevándome al cielo del placer y convirtiendo mi respiración en una sucesión de gemidos y jadeos—. ¡Sí, sí, síííí, no te pares! —gimo alto moviendo las caderas, enardecida, en busca de ese orgasmo que ha empezado a formarse—. ¡Dioooos! —chillo cuando explota en mi interior, llevándome por delante.

—Seguro que la decoración de este piso ya no te importa tanto —me suelta con insolencia, arrancándome una carcajada entrecortada.

Y dejo de mirar el techo para mirarlo solo a él, al hombre del que me enamoré cuando no buscaba enamorarme y del que cada día me he enamorado más, a pesar de esos dos mil ochocientos kilómetros de distancia que nos separaban.

—No me importa nada —le confieso, incorporándome hasta quedar de rodillas frente a él—. Me toca... o más bien, te toca —matizo antes de besarlo, rodeando su cuello con una mano mientras que con la otra le acaricio la erección—. Estoy deseando chupártela —admito con la respiración acelerada. Y no por lo que me ha hecho, sino por lo que voy a hacerle yo.

—Como tardes mucho, voy a reventar la cremallera —masculla con rudeza, sin alejar sus labios de los míos, pegando mi sexo al suyo para hacer que lo sienta y arrancándome un gemido.

—Mejor no lo hagas. Me gusta cómo te quedan estos pantalones —musito, desabrochándoselos, y me muevo hasta quedar sentada en el borde de la cama mientras él se queda de pie frente a mí.

—Nena, a mí todo me queda bien —me suelta con fanfarronería.

—Cállate —le ordeno, alzando la mirada para encontrarme con la oscuridad que anida en la suya, al tiempo que comienzo a bajarle los pantalones.

Y dejo de mirarlo para observar lo que tengo frente a mí. Mi premio.

—Métetela toda en la boca —me pide con voz ronca, hundiendo los dedos en mi pelo, con todos sus músculos en tensión.

Hago lo que me pide y me la meto de lleno, hundiendo los dedos en su trasero prieto, para empezar a masturbarlo mientras él impulsa las caderas hacia delante entre gemidos. Y, de nuevo, vuelvo a sentirme tremendamente afortunada por poder chupársela, solo que ahora ya sé que el sexo tiene poco que ver en todo esto y más bien se trata de él, porque todo gira en torno a él. Por eso la distancia no ha logrado enfriar lo que sentimos ni tampoco separarnos.

—Joder, cómo he echado de menos esto —masculla con voz entrecortada, aferrando mi cabeza con las manos para marcar el ritmo al tiempo que mis labios se deslizan por su obelisco y mi centro lo espera palpitante—. Para, para, para —jadea alejándome de su enormidad—. Necesito follarte de una vez —murmura moviéndose y haciendo que me mueva yo también, cubriéndome de nuevo con su cuerpo, para luego atrapar mis labios con suavidad al tiempo que se inserta con una dura estocada en mi interior, robándome el aliento y llenándome por completo, siendo dulce y rudo al mismo tiempo.

—¡Por todos los dioses! —exclamo con mucha admiración, moviéndome con él, rodando sobre la cama, gritando y gimiendo mientras nos marcamos con nuestros dedos y nuestros labios, y permitimos que la necesidad y lo mucho que nos hemos echado de menos hablen por nosotros y tomen el control hasta llevarnos al orgasmo más fulminante que hemos tenido hasta ahora.

—Esto me ha sabido a poco —le confieso cuando consigo recuperar la capacidad del habla—. Y esta habitación ya no me parece tan horrorosa.

—¿Me estás proponiendo algo? —me pregunta, apoyando su frente en la mía, todavía dentro de mí.

—Sí, no quiero moverme de aquí.

—Y eso que te ha horrorizado el piso.

—Y eso que todavía no he visto el baño, seguro que es gris —vaticino, arrancándole una carcajada al tiempo que siento mi corazón latir esponjoso dentro de mí, porque por supuesto que es él y no hay duda posible.

—¿Acaso podía ser de otra forma? El que decoró este piso tenía fijación con ese tono.

—No hace falta que lo jures.

—No me lo has dicho todavía —musita mientras entrelaza sus dedos con los míos, atándome a la oscuridad que brilla en sus ojos.

—No sé de qué me hablas —le miento, sonriendo con él.

—Seguro. Venga, dímelo, quiero verte mientras me lo dices —me pide antes de besar suavemente mis labios, silenciando ese segundo corazón que ha empezado a latir en cuanto he puesto un pie fuera del aeropuerto.

—Te quiero.

—Y yo a ti, *principessa*.

Capítulo 51



SILJE

Despierto a la mañana siguiente entre sus brazos, con mi cuerpo completamente pegado al suyo y su respiración pausada en mi espalda, y cierro los ojos de nuevo, abrazando este momento, que debería ser perfecto si en mi cabeza no resonara ese mantra que sigo sin poder oír con claridad y que será el que determine nuestro futuro. Y hurgo en mi interior en busca de algo que pueda darme una pista sobre la dirección que va a tomar, escuchando de nuevo la voz de mi amiga Breen preguntándome qué hostias hago yo aquí al tiempo que rememoro ese rechazo que comenzó a latir, como un segundo corazón, mientras él sorteaba el tráfico, completamente ajeno a lo que yo estaba sintiendo, unido a esa certeza que llegó sin avisar en cuanto puse un pie en esta calle.

Envuelvo su mano con la mía, aferrándome al amor que siento por él para alejar ese malestar que acaba de instalarse en la boca de mi estómago con la llegada de estos recuerdos. Encontraremos la

manera. Y hago a un lado todo lo negativo para centrarme en él y en los recuerdos que creamos anoche, y que son los únicos que deberían importarme: nuestras risas cuando llegamos a la ducha y vi los azulejos grises; cómo hicimos el amor luego; esas pizzas que pedimos para cenar, y que estaban buenísimas, y cómo nos acostamos de nuevo en el sofá. Encontraremos la manera. E inspiro profundamente al tiempo que me giro para mirarlo cuando percibo que se está despertando.

—Buenos días —susurro sintiendo cómo ese malestar desaparece cuando mi mirada se encuentra con la suya.

Si pudiera pedir solo un deseo, pediría esto: cientos de amaneceres a su lado o, mejor aún, todos los inviernos a su lado.

—Buenos días, *principessa*. ¿Cómo has dormido? —me pregunta, hundiendo la mano en mi pelo para acercar mi rostro al suyo y darme un dulce beso.

—Tan bien que ni siquiera he oído a tu vecino cantar «La traviata» —respondo divertida, recordando cuando empezó a entonarla y cómo Marco me pidió que gritara más alto para hacerle la competencia.

—Podemos ir a saludarlo luego si quieres —me suelta con sorna, provocando mi risa.

—Paso, no sea que luego quiera unirse a nosotros —le digo, sintiendo cómo ese vacío se llena con el fuego de su mirada.

—¿Luego... o ahora? —replica moviéndose para placarme con su cuerpo, y se inserta lentamente en mi interior mientras empieza a besarme.

—¿Cómo hemos podido estar ocho meses sin esto? —le pregunto entre gemidos, sintiéndolo llenarme por completo, y me muevo para colocarme a horcajadas sobre él y ser yo la que marque el ritmo.

—Ni puta idea, pero no vamos a repetirlo ni de coña. Con una vez, he tenido más que suficiente —me asegura, impulsando las caderas hacia arriba. Y me quedo callada, comenzando a moverme en busca de ese placer líquido que es capaz de silenciar mis pensamientos, porque inconscientemente es lo que estoy buscando: dejar de pensar y que mi sentido común enmudezca—. Sí, joder, muévete así —ruge, masajeando mi clítoris y acelerando mi orgasmo, que llega fulminante, arrancándome un grito que sale de mis entrañas—. No hemos terminado —me asegura entre dientes, moviéndose para colocarse encima de mí y seguir bombeando con ímpetu: dos, tres, cinco, siete.

Lo admiro desde abajo mientras siento el orgasmo escalar de nuevo en mi vientre para llevarnos esta vez a los dos por delante hasta rompernos en mil pedazos.

—Desde luego que tus vecinos deben estar alucinando —le digo cuando consigo recuperar la capacidad del habla.

—Yo sí que alucino contigo, *principessa* —murmura, atándome a su mirada repleta de noches estrelladas mientras me acaricia con ella, consiguiendo que mi corazón lata únicamente por él.

Encontraremos la manera. Esbozo una sonrisa al tiempo que les cierro la puerta a todas esas palabras que han empezado a crecer en algún punto indeterminado de mi pecho y que traen la disputa con ellas. Palabras que son escudo y espadas y que vienen impulsadas por ese mantra que sigo sin poder oír con claridad, pero que comienzo a intuir por dónde va. Y no me gusta, no me gusta nada.

—¿Lista para ir a desayunar y conocer tu nueva ciudad? —me plantea guiñándome un ojo, completamente ajeno a la lucha que está empezando a fraguarse en mi pecho. Lucha de palabras que hablan de realidades, de sentimientos que hablan con el corazón y de oportunidades que no lo son tanto.

—Que des por sentado que voy a ceder yo es algo que me molesta bastante. Ya hiciste lo mismo cuando diste por sentado que la que iba a enamorarse era yo y no tú, y fíjate qué equivocado estabas. Puede que te equivoques de nuevo —sentencio con sequedad, porque su actitud puede ser el detonante de esa batalla que no quiero librar. Y lo hago a un lado para salir de la cama y dirigirme al baño, seguida por él—. Me gustaría mear a solas —lo reprendo, divertida, y veo cómo se apoya con despreocupación en la pared de azulejos grises.

Gris en las paredes, gris en los muebles, gris en los textiles y gris también en mi pecho, como si estuviera empezando a llenarse de nubarrones cargados de agua.

—Vamos a vivir juntos y en algún momento tendremos que vernos mear; cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor. Eso lo primero —me suelta con socarronería, provocando mi sonrisa y que mi pecho se suelte ligeramente, porque dentro de una semana volamos juntos a mis islas para vivir en mi casa. Un «imagina» que comenzó una noche de invierno y que ahora va a convertirse en realidad. Y sonrío un poquito más ante esa perspectiva llena de color.

—¿Y lo segundo? —quiero saber, inspirando con fuerza para llenar de alivio ese vacío que ocupaba, hasta hace nada, el malestar pintado de gris.

—No me equivoqué: te enamoraste de mí hasta el punto de estar aquí —me dice, dejando entrever una media sonrisa.

Lo miro enarcando una ceja, para seguidamente dirigirme a la ducha dando gracias al cielo de que en mi casa haya dos baños, porque mear frente a él es una experiencia que no me apetece repetir, al menos de momento.

—Estoy aquí porque perdí una apuesta —le recuerdo con más frialdad de la que pretendía, abriendo el grifo y dándole la espalda, porque paso de verlo mear.

—Y porque vas a valorarlo —añade mientras algo en mi interior se aprieta con fuerza y un «NO» no buscado explota en mi cabeza.

—Tú también tienes que hacerlo —musito con la mirada fija en el azulejo gris de la ducha, al tiempo que intento silenciarlo.

—La nieve está bien para ir de vez en cuando, *principessa*, pero no para vivir en ella —me contesta, abriendo la mampara para ducharse conmigo, e inspiro de nuevo con fuerza, apoyándome en su pecho.

—Solo son unos meses y verías las auroras todos los días —susurro, oyendo ese mantra alzar ligeramente la voz al tiempo que intento silenciarlo de nuevo.

—Te recuerdo que la mejor época para verlas es en septiembre, cuando llega la noche y todavía no hace ese frío acojonante que tenéis luego. Piénsalo, estaríamos aquí durante esos meses de tortura blanca y luego regresaríamos con la llegada de la luz. Además, tendrías dos cafeterías en lugar de una —añade sin entender nada mientras yo me limito a guardar silencio, el mismo que busco en mi cabeza. Porque hay certezas que llegan haciendo muchísimo ruido y sin tener que buscarlas, y cosas que sabes con seguridad. Y puedes tardar más o menos en aceptarlas, pero que tú vayas lenta en tu toma de decisiones no significa que la decisión no esté tomada.

—Ya veremos —concluyo, dándome la vuelta para encontrarme con su rostro de anuncio, sintiendo la tristeza empezar a latirme en ese punto indeterminado de mi pecho donde hasta hace nada campaba el malestar a sus anchas. Un malestar que, tal y como me ha sucedido antes, ha desaparecido con su mirada—. Me muero de

hambre, ¿vamos a desayunar? —le pregunto sonriendo, intentando centrarme solo en él. Porque todavía tenemos muchos meses por delante antes de que llegue el invierno y todo puede cambiar cuando menos me lo espere.

Y le doy un dulce beso con el que acallo el batiburrillo de emociones que siento enredadas en mi interior y que tienen mucho que decir si se lo permito.

Capítulo 52



MARCO

Desayunamos en una terraza un café con el mejor *maritozzo con panna* de toda Roma. De hecho, vengo a esta cafetería expresamente y desde hace años solo por este bollo. Me repantingo en la silla mientras siento el sol en la cara y disfruto del bullicio de la gente que abarrota esta plazoleta. Joder, esto sí que es vida.

—Está buenísimo, ¿tienes la receta? Necesito pasársela a Loki —me pide, relamiéndose con la nata y haciéndome sonreír.

—No, pero conozco a muchísima gente que puede dártela. Fíjate, *principessa*, no hay comparación posible. Mira esta terraza, hasta los topes, y lo mismo sucederá con cualquier restaurante o cafetería a la que vayas. Los turistas lo abarrotan todo y, con que lo hagas mínimamente bien, tienes los clientes asegurados. Te garantizo que aquí no tendremos que hacer todas las hostias que hicimos en tu cafetería para llenarla, porque, en cuanto abras la puerta, tendrás a la gente haciendo cola.

—¿Ya empezamos? Porque te advierto que tú tienes una semana, pero yo tengo cuatro meses para darte la tabarra con todo lo que podemos hacer en las Lofoten y aquí no —me contesta, apuntándome con el dedo y provocando mi risotada. Porque sus islas serán todo lo jodidamente bonitas que ella quiera y en verano se podrán hacer cientos de cosas que aquí no, pero en invierno son aburridas de la hostia y lo más loco que puedes hacer es esperar frente al fuego a que deje de nevar o amaine la ventisca, como si tuvieras ochenta años. Y la miro con mucha condescendencia, porque, aunque tuviera un año por delante, nunca me iba a convencer.

—Solo estoy constatando un hecho.

—Que yo necesito ver por mí misma si es que tengo que verlo. Solo quiero disfrutar de esta ciudad y de ti porque te he echado demasiado de menos —me dice, alargando la mano para aferrar la mía y darme un suave apretón.

—¿Te molesta hablar de un futuro aquí? —le pregunto con la misma seriedad que ha empleado ella, porque no me ha gustado un puto pelo eso de «si es que tengo que verlo». Por supuesto que va a verlo.

—Me molesta que tengas tan claro que tenemos un futuro aquí.

—Es que lo tenemos —le aseguro atrapando su mirada con la mía, a pesar de llevar las gafas de sol puestas.

—Tú crees que lo tenemos, yo no lo tengo tan claro —insiste, tozuda.

—A ver, dime, ¿dónde nos ves tú? —le pregunto, a pesar de saberlo de sobra.

—No te va a gustar mi respuesta —me contesta enarcando una ceja, y la imito guardando la sonrisa para mí, porque eso es algo obvio—. Te propongo lo mismo que me propusiste tú a mí el verano

pasado: vamos a disfrutarlo, luego nos largamos a las Lofoten y ya se verá.

—Me parece bien —concluyo, más que dispuesto a hacerla cambiar de opinión, maldiciéndome mucho porque tendría que haberla llevado al mejor hotel de la ciudad en lugar de ir a mi apartamento cochambroso. Solo que nunca pensé que le horrorizaría tanto algo que para mí no tiene ninguna importancia, y menudo fallo, hostia, habiendo estado en su casa y en su cafetería de cuento.

Por suerte, es imposible empeorar la opinión que se ha forjado hasta ahora, y de aquí ya es ir a mejor todo el tiempo. Y me repantingo de nuevo en mi silla con la intención de disfrutar de los planes que he hecho para nosotros y que van a dejarla con la boca abierta. Porque hay uno que no se espera y que dice mucho de lo implicado que estoy con nosotros.



Recorremos en moto todos esos lugares que me vieron crecer y que tienen la historia impregnada en cada rincón. Como el Coliseo romano, donde los gladiadores lucharon contra animales salvajes y entre ellos, y donde se organizaron espectáculos llamados naumaquias, en los que llenaban la arena de agua y recreaban peleas navales. Menuda jodida pasada hubiera sido ver eso.

—Me parece muy salvaje lo que se hacía ahí dentro —refunfuña una vez que salimos a la calle, girándose para ver las ruinas de nuevo, y sonrío al recordar la cara de alucine que ha puesto durante todo el recorrido.

—Los vikingos no es que fueran mejores que nosotros —le rebato, divertido, mientras nos dirigimos al Foro Romano.

—Qué me vas a contar. Suerte que no viví en esa época —replica, poniendo los ojos en blanco, mientras yo paso un brazo por sus hombros para arrimarla a mi cuerpo. Porque la he echado tanto de menos que ahora necesito tocarla y sentirla cerca todo el tiempo.

—Podrías haber sido una sacerdotisa de haber vivido aquí —le digo, recordando esa especie de ritual que hizo con sus amigas e imaginándola ataviada con una *stola* blanca. Joder, me habría vuelto loco—. En la Casa delle Vestali se recrea la vida de las únicas mujeres sacerdotisas que vivieron en Roma: las vestales, las guardianas del fuego sagrado de la diosa Vesta. Iba a decirte que, de haberlo sido, no me habría detenido hasta robarte la virginidad, pero casi mejor que no.

—¿Robarme la virginidad? Por favor —se burla, y suelta una carcajada que me contagia—. ¿Por qué casi mejor que no? Ser una diosa tiene su punto —añade, divertida, guiñándome un ojo sin dejar de sonreír.

—Porque con tu voto de castidad te habrías convertido en hija del Estado y una relación sexual conmigo, ciudadano de Roma, habría sido considerada *incestum*, profanación del orden sagrado, y te habrían enterrado viva en una cámara subterránea.

—¡Por Dios! Pero ¿qué os pasaba? ¿Estabais majaras o qué?

—Al ser la sacerdotisa de una diosa, no habrían podido derramar tu sangre.

—¿Y qué hubiera pasado contigo? ¿A ti no te habrían hecho nada? ¿No había castigo para el desalmado que me había robado la virginidad? ¡Cuánta incultura, de verdad! —exclama, tan molesta que hasta me hace gracia.

—A mí me habrían ejecutado.

—Qué pena por tu tupé —me suelta, arrancándome una carcajada.

—¿Solo por mi tupé? Habría sido una auténtica pena perder a alguien como yo.

—Por favor, está claro que no habéis avanzado demasiado —bromea entre risas, provocando las mías—. Sigo pensando que ellas salían peor paradas, como siempre ha sucedido a lo largo de la historia.

—Eran sacerdotisas, *principessa*, tenía que ser peor para ellas. De todas formas, se cree que ese castigo raramente era aplicado y, a cambio, gozaban de unos derechos que el resto de las mujeres tenían vetados, como ser libres y no depender de un hombre, tener bienes a su nombre y poder hacer testamento. Además, eran inviolables y herirlas era castigado con la muerte, tenían asientos reservados en los espectáculos públicos y su palabra en los juicios se consideraba verdadera por defecto, por lo que podían incluso perdonar a un condenado en determinadas circunstancias.

—Fíjate tú qué privilegio, había que ser sacerdotisa de una diosa y virgen para tener lo que vosotros teníais por el mero hecho de ser hombres. La historia ha sido tan injusta con nosotras... ¿Y sabes qué? —me plantea muy seria, deteniéndose para mirarme.

—¿Qué? —le pregunto, deseando saber lo que sea que tenga que decirme, porque cuando ella habla todo enmudece, al igual que, cuando ella está presente, soy incapaz de ver a nadie más.

—Estoy segura de que, de haber gobernado nosotras, habríamos sido mucho más justas con vosotros y no os habríamos privado de unos derechos que son fundamentales para todas las personas, independientemente del sexo que tengan, como el derecho a la educación o a la libertad en todas sus vertientes. Eso por no hablar de las guerras. Estoy convencida de que nos habríamos evitado

muchos desastres de haber estado nosotras al mando... tanto en el pasado como en el presente —matiza, para luego echar a andar.

—Bueno, bueno, eso es discutible. Ahí tienes a Juana de Arco liderando un ejército con solo diecisiete años —le rebato, siguiéndola.

—¿Solo puedes darme un nombre? —me replica, girándose para mirarme—. Creo que ahí tienes tu respuesta. ¿Esto es el Foro Romano? Qué pasada —comenta acelerando sus pasos, y la sigo dejando pasar el tema, porque discutir sobre esto no va a cambiar el pasado y porque lo único que me importa es que Roma cale en ella.

—Todo en esta ciudad lo es. Aquí la historia se mantiene viva, como si los fantasmas de los gladiadores, de los soldados, de las vestales o de los antiguos emperadores siguieran vagando entre sus calles, en las ruinas o en los palacios, recordando esos días de gloria en los que estuvieron vivos y dejaron su huella para la posteridad —le cuento, y suelto una risotada cuando me mira enarcando una ceja —. ¡No estoy intentando convencerte! ¡Lo juro! ¡Solo estoy constatando un hecho! ¿De verdad no lo sientes? —le planteo, acercándome más a ella—. Cuando caminas entre ruinas como estas... ¿de verdad no imaginas cómo pudo ser o cómo vivieron esas personas?

»Cuando has estado en el Coliseo, ¿no has oído en tu imaginación el rugido de las fieras, los gritos de los gladiadores o el sonido de sus espadas? La sangre derramada en la arena, el calor pegajoso, el tufo de la gente, los vítores dedicados al ganador... No me creo que no lo hayas imaginado —musito bajando la voz al tiempo que acaricio su mejilla con el dorso de mis dedos—. Por eso esta ciudad es historia viva, porque mires donde mires puedes ver nuestro pasado —añado en el mismo instante en el que un grupo de turistas,

capitaneado por una señora de mediana edad con un paraguas amarillo chillón, se coloca a nuestro lado para joderme el momento.

—La veo yo y miles de turistas... La verdad es que todo esto es bastante apabullante —me dice sonriendo y señalándome al grupito con un imperceptible gesto de la cabeza.

—Como yo, lo sé —suelto guiñándole un ojo y aferrando su mano para alejarnos del gentío y empezar a recorrer este Foro, que también es historia viva.

Y, mientras se lo muestro y más tarde recorremos palacios, ruinas y lugares emblemáticos, descubro mi ciudad a través de sus ojos y me enamoro un poco más de ella si es que algo así es posible. Almorzamos en la terraza de una *trattoria* unos espaguetis a la carbonara, recorremos una callejuela atestada de restaurantes y comercios, donde le hago probar el limoncello, nos besamos olvidándonos de la gente mientras el helado se derrite en nuestras manos y damos un paseo en bote por el lago que hay en los jardines de la Villa Borghese.

—Es precioso —comenta mientras yo me hago cargo de los remos.

—Sí que lo es. Es como un mundo aparte en el que encuentras la calma.

—¿Sueles venir a menudo?

—Puede que venga más si nos instalamos aquí —le digo, provocando su resoplido—. ¡Es solo una posibilidad! —me defiendo entre risas mientras ella me salpica con el agua, consiguiendo que me descojone más.

—¿Puedes decirme por qué me he enamorado de ti?

—Porque soy irresistible —constato guiñándole un ojo para luego ponerme serio. Porque no solo quiero que conozca mi ciudad y su pasado, sino que quiero que me conozca a mí y al mío—. De pequeño, venía mucho con mis abuelos; todos los domingos por la

mañana pasaban por casa a recogerme y después íbamos a por mis primos, desayunábamos en cualquier terraza y más tarde veníamos aquí, a este parque. Recuerdo que mi abuelo alquilaba un bote y nos paseaba por este lago, como estoy haciendo yo ahora contigo. Es un lugar que me trae buenos recuerdos —le cuento, provocando su sonrisa, y, durante un segundo, observo cómo el sol incide en su melena rubia, creando destellos dorados.

Sin darme cuenta, hago una fotografía mental de este momento, deseando, de repente, darle continuidad a esa tradición que mis abuelos iniciaron conmigo y con mis primos. Primero, con ella y, más tarde, con nuestros hijos. Y alucino la hostia ante la llegada de este deseo, porque es la primera vez que quiero cosas que jamás había querido: un trabajo fijo que me ate a un sitio —o a dos, mejor dicho —, una pareja que me ate a ella y una nueva casa que me ate a una puta hipoteca. Y ahora hijos. Yo.

Y, en lugar de sentirme atado, me siento jodidamente libre.



—¿En serio no piensas decirme a dónde vamos? —me pregunta, emocionada, mientras yo la miro sintiendo los nervios golpearme el pecho a toda leche. Porque poca broma para lo que viene ahora—. ¿Vamos a conocer a más amigos tuyos? —insiste mientras yo guardo silencio rememorando estas últimas noches en las que hemos cenado con muchos de mis colegas.

Joder, ha sido alucinante verla con ellos y lo bien que ha encajado. Incluso hubo una noche en la que terminó intentando hablar en italiano con Paola, una de mis mejores amigas. Y esbozo una casi

imperceptible sonrisa al tiempo que pongo el motor en marcha para dar un paso que nunca he dado hasta ahora.

—Me estás poniendo muy nerviosa, que lo sepas —me advierte mientras me incorporo a la circulación, percatándome de lo relajada que va ahora en comparación a esos primeros días, en los que iba en constante tensión.

—Si te lo digo, ya no será una sorpresa —señalo lo obvio, volviéndome un segundo para guiñarle un ojo—. Ya lo verás.

—Vale —cede, tomando aire para después soltarlo despacio, y alargo la mano para aferrar la suya y calmarla. Y, ya puestos, tranquilizarme yo también—. ¿Hemos llegado? —inquiere más tarde, cuando detengo el vehículo. Y, sin contestarle, me apeo del coche siendo yo el que esta vez inspira profundamente—. Vaya, qué barrio más tranquilo —oigo que comenta, y evito mencionar que, cuando acepte vivir aquí, buscaremos un apartamento en un barrio como este.

Porque tenía razón, y es mejor ir poco a poco y permitir que sea ella la que vea las cosas por sí misma. Supongo que por eso estoy dando este paso, porque quiero que sepa, sin tener que decírselo, que en esta ciudad nunca se sentirá sola y que no la voy a querer solo yo. Y observo la fachada de piedra blanca que me vio crecer.

—Sí que lo es —respondo finalmente, rodeando el coche para aferrar de nuevo su mano y su mirada—. Y en esta casa viven mis padres. Vamos a cenar con ellos y con mi familia.

—Ehhhh... Para, para... ¿Qué has dicho? —suelta palideciendo.

—Entiendo que tú no quieras que conozca a tu familia, pero para mí es importante que conozcas a la mía antes de que nos marchemos. Tranquila, casi todos entienden el inglés y con mi abuela te entenderás con una mirada.

—No sé si es buena idea —musita, quedándose clavada en su sitio.

—¿Por qué? —le pregunto sonriendo.

—Porque una cosa es conocer a tus amigos y otra muy distinta es esto. De verdad... no es necesario dar este paso, al menos no tan pronto —me señala con el apuro dominando su voz, mostrándome una faceta suya que hasta ahora desconocía, porque nunca habría imaginado que fuera tímida o cortada, sino todo lo contrario.

—Para mí sí que lo es. Te quiero y quiero una vida contigo, y en mi vida están todos ellos... y te están esperando —matizo sonriendo la hostia. Porque nunca diré nada más cierto. Y siento cómo la felicidad y los nervios se anudan con fuerza en mi interior.

—Voy a matarte —oigo que farfulla a mi espalda mientras yo tiro de su mano y me felicito mentalmente por no habérselo contado antes.

—Vale, pero luego. Ahora, sé simpática —le pido, dirigiéndome a la entrada de esta casa que en nada se parece al piso cochambroso en el que vivo y que tantas disputas me ha costado con mi madre, una artista loca del buen gusto y la decoración que nunca ha entendido al hijo errante, independiente y bohemio que le ha tocado en suerte.

—Siempre lo soy —oigo que replica en el mismo instante en el que abren la puerta antes de que llegue a pulsar el timbre.

Capítulo 53



SILJE

—Buona notte, benvenuti! —nos saluda una mujer guapísima, con la melena oscura y lisa cortada a la altura de los hombros, vestida con unos pantalones de pinzas beige claro y una blusa de seda del mismo tono—. *Figliolo, che felicità!* —saluda a Marco, abrazándolo, para luego dirigirse a mí—: Bienvenida a tu casa, hija. Yo soy Giorgia —me dice con cariño, con un perfecto inglés, dándome un abrazo que me sorprende por el afecto que desprende—. En esta casa te estamos sumamente agradecidos por haber conseguido que este hijo mío siente la cabeza de una vez —añade con jovialidad, provocando mi sonrisa y que los nervios que habían llegado para robarme la respiración disminuyan un poco.

—Ni que fuéramos a casarnos —le contesta Marco con socarronería.

—Pero la has traído a casa, y eso es algo nuevo para todos nosotros —me explica, aferrando mi brazo con suavidad para

llevarme al interior de la vivienda, que no se parece en nada a su piso de color gris. Un tono que, gracias al cielo, aquí no está presente. «Vaya, qué bonito». Lo observo todo de reojo mientras dejamos la entrada atrás y, a través de un ancho pasillo pintado de blanco roto, nos dirigimos a una doble puerta acristalada, desde la que escapan voces y risas—. Nunca hemos conocido a ninguna de sus novias —me cuenta por lo bajo, y me giro para verlo caminar unos cuantos pasos por detrás, vestido con esos pantalones chinos en color camel y esa camiseta blanca de cuello pico que han desencajado mi mandíbula cuando he salido del baño y lo he visto.

Y en realidad no es la ropa, sino él en su conjunto: es ese tupé, que ni un huracán conseguiría despeinar; es esa barba perfectamente recortada, porque no hay un pelo más largo que otro; es su sonrisa chulesca y arrogante; es su mirada intensa, que incluso puede llevar la burla o la diversión impresa; son sus andares pasotas y sexis al mismo tiempo, como si no tuviera prisa por llegar porque sabe que lo van a esperar, y ese magnetismo que desprende sin saberlo. Es él y ya está. Y comparto una sonrisa cómplice, antes de volver la vista al frente y acceder al salón, donde me reciben un montón de caras sonrientes.

Por Dios.

—¡Familia, ya la tenemos aquí! —exclama Giorgia en inglés.

—Y a mí que me den —oigo que se queja, divertido, alzando a la niña pequeña que ha corrido hacia sus brazos en cuanto lo ha visto —. Por suerte te tengo a ti, pequeña *principessa* —le dice, volviéndose un segundo para mirarme y guiñarme un ojo, con el que normaliza los latidos de mi corazón, que habían empezado a latir de nuevo acelerados.

—Hola, soy Silje —los saludo, tragándome la vergüenza y deseando matarlo por no habérmelo contado antes y haberme dado

tiempo para hacerme a la idea.

—Mi pareja —matiza, como si no estuviera suficientemente claro, provocando las carcajadas de todos.

—Pensaba que nunca vería esto. Yo soy Alfredo, su padre —se presenta con jovialidad el Marco del futuro, porque no pueden parecerse más.

—Encantada —le digo, dándole un par de besos, para luego comenzar a dar más besos y abrazos a toda su familia, que son muchísimos.

—Mi abuela —me indica cuando una señora muy pequeñita, con el pelo recogido en un moño bajo y una sonrisa dominando su rostro, se acerca a nosotros del brazo de una de sus primas; Antonella, si no me equivoco.

—*Piacere di conoscerla* —la saludo, agachándome para darle un par de besos mientras doy gracias al cielo por haber sido capaz de recordarlo y deseando fervientemente haberlo pronunciado bien.

—*Il piacere è mio, cara. Sono molto felice di vedere mio nipote così felice* —me dice, y miro a Marco esperando la traducción.

—Está feliz de verme a mí feliz —me aclara, antes de darle un beso en su mejilla arrugada—. *Grazie, nonna* —añade con cariño, y me percato de que me había quedado embobada mirándolo. Porque verlo con su familia es seguir conociéndolo, algo que no he dejado de hacer durante esta semana, y es enamorarme todavía más.

—Familia, la cena está lista —nos anuncia su madre.

Me giro para observar la mesa perfectamente puesta: el mantel brocado blanco; las servilletas a conjunto, dobladas con mimo; las velitas encendidas, desprendiendo un suave aroma; los platos blancos, con el borde en un tono rosa claro y una hortensia pintada, en un rosa un poco más subido en el centro, con una pequeña avispa en la hoja que brota del tallo. Tan bonito y sencillo como la

casa en sí, que desprende clase, pero que, al mismo tiempo, te da la sensación de hogar en cuanto pones un pie en ella.

—Qué bonito todo, Giorgia —alabo a su madre con una sonrisa—. La vajilla es una maravilla.

—La he pintado yo —me cuenta con orgullo, y la miro sorprendida.

—Tu suegra es una artista muy cotizada que pinta vajillas a mano y que las vende a precio de oro —me cuenta Marco, divertido, tomando asiento mientras yo mastico y digiero ese «suegra» a duras penas, porque lo último que esperaba, cuando me he subido al coche, era esto.

—¡Marco! —lo regaña con cariño, y observo a la niña, Bianca, que se ha sentado en sus piernas. De hecho, es como un monito, porque desde que lo ha visto no se ha separado de él, aunque no me extraña, porque yo también estoy deseando sentarme donde está ella, pero un poquito más arriba. Y siento que el rubor cubre ligeramente mi rostro ante la llegada de ese pensamiento, que es totalmente inapropiado estando toda su familia delante.

—Es la verdad. De hecho, tiene una vajilla lista para regalarte —me cuenta, consiguiendo que me centre.

—¿En serio? —le pregunto, oyendo la carcajada de su padre y las protestas, o eso creo, en italiano de sus primas.

—Eres imposible —se queja su madre mientras veo cómo todos van tomando asiento, y hago lo propio en la silla que hay a su lado.

—Le has estropeado la sorpresa a tu madre —lo reprendo por lo bajo sin poder dejar de sonreír, contemplando a la gran familia que son, tan bulliciosos como esta ciudad.

Hasta en esto somos distintos. Sin saber muy bien cómo me siento, los observo en silencio, porque esta semana ha sido increíble en todos los aspectos, pero porque él la ha hecho increíble. Y, a

pesar de todo, estoy deseando regresar a mi casa, a mi cafetería, a la paz de mis montañas, a la calma del mar y al sol que ahora brilla incluso de noche.

—Me ha contado Marco que vives en esas islas que tanto le gustan.

—Bueno, pero solo le gustan en verano —matizo sonriendo mientras de reojo lo veo jugar con la niña, que es una muñequita.

—Y os vais ahora, ¿verdad? —inquiere Francesco, su tío, alzando la voz para hacerse oír al tiempo que se sirve una copa de vino tinto.

—Mañana.

—Qué pena, me habría gustado conocerte un poco más —se lamenta Giorgia con cariño.

—Tranquila, mamá, que vas a tener tiempo de sobra para conocerla —oigo que le dice, y me vuelvo para mirarlo, negando con la cabeza. Porque, de nuevo, está dando por hecho que voy a ceder, cuando eso es algo que no está decidido, para nada.

Y sin pretenderlo presto atención a ese mantra que, a lo largo de esta semana, ha ido ganando intensidad hasta hacerse entender por completo.

—Ven, me gustaría enseñarte mi taller —me propone su madre cuando terminamos de cenar, y asiento con la cabeza sonriendo, sintiéndome verdaderamente cómoda con ella, una mujer que bien podría ser mi madre o Sonia.

—No sabía que lo tenías en tu casa —acepto empezando a levantarme, y me giro hacia él cuando pasa el brazo por encima de mis hombros para impedírmelo—. Ahora vengo, tu madre quiere enseñarme su taller —susurro, y enmudezco en el acto cuando me aferra por la nuca, para seguidamente besarme delante de todos.

—No tardes —me pide, casi sin separar sus labios de los míos, mientras oigo de fondo los silbidos y las risas de su familia.

—*Mamma mia! Questo è un miracolo* —exclama su padre—. *Brindiamo!* —añade, alzando su copa y provocando las risas de su mujer.

Los miro feliz y muerta de vergüenza al mismo tiempo, porque es la primera vez que vivo algo así. Y le doy la espalda a esta tristeza envuelta en malestar, que no me ha dejado en paz ni un maldito segundo y que parece crecer según lo hace mi felicidad, como si fuera algo directamente proporcional.

—*Da Silje! La nostra nuova figlia!* —dice su padre, alzando su copa y mirándome con afecto.

—Brinda por ti, por su nueva hija —me traduce Marco al oído, antes de levantarse para unirse a ese brindis.

Y lo hago yo también sintiendo la garganta completamente cerrada por demasiadas cosas.

—*Grazie mille* —logro pronunciar, deseando con todas mis fuerzas haberlo hecho bien.

—Gracias a ti. Ven, creo que necesitas un respiro —comenta con afecto Giorgia—. ¿Cómo lo llevas? —me pregunta cuando salimos del comedor y encamina sus pasos hacia unas escaleras de mármol blanco con barandilla de madera.

—Muy bien, sois una gran familia —le contesto, y mientras la sigo escaleras arriba observo la lámpara que cuelga del techo y que desciende por el hueco de las escaleras—. Esta casa no se parece en nada al piso de Marco.

—Mi hijo es muy tozudo, ya te darás cuenta —suelta, divertida, provocando mi risa.

—Creo que ya lo he hecho.

—Y lo haces feliz, de eso yo también me he dado cuenta —me confiesa, volviéndose para mirarme con afecto antes de abrir una

puerta que es como la entrada de un sueño—. Bienvenida a mi taller —añade, entrando en él.

—Vaya —musito siguiéndola al interior, y me quedo muda ante la fantasía de sitio que es este, pues, si Roma es historia en cada calle, esto es arte en cada rincón.

—Me gusta pintar. Igual pinto lienzos, murales o vajillas, aunque prefiero estas últimas. Es una afición que heredé de mi madre y que ha terminado convirtiéndose en mi trabajo —me explica mientras yo observo unos platos con forma de hoja, otros idénticos a los que hemos utilizado durante la cena pero con las hortensias pintadas en azul, y otros con unas granadas en la rama. Y es tal la perfección que parece que hayas cortado una rama del árbol con el fruto y la hayas depositado con cuidado sobre un plato blanco.

—No me extraña, todo es una preciosidad.

—Queda mal que lo diga yo, pero sí que lo es, y esta vajilla es para ti —me dice, cogiendo un plato para mostrármelo—. Te he pintado una mimosa, una flor que florece en marzo, cuyo color amarillo representa la alegría y la fuerza, y que se ha convertido en el símbolo del Día Internacional de la Mujer aquí, en Italia. Esta flor nos recuerda que somos fuertes, valientes y que tenemos coraje, además de ser símbolo de amistad entre nosotras, sin rivalidades de ningún tipo, sin hacernos de menos y proclamando la igualdad de género —me cuenta, tocando una fibra dentro de mí con sus palabras—. Tú eres la pareja de mi hijo y eso te convierte en mi amiga y también en mi hija —me asegura con afecto, apretando mi garganta con sus palabras.

—Muchas gracias, yo... no sé qué decir, es preciosa —musito observando la delicadeza de los trazos y el tono amarillo empleado, que me recuerda tanto al sol de medianoche.

—No tienes que decir nada, con tu presencia es más que suficiente. Nunca había visto a Marco tan feliz y con tantos planes de futuro aquí, en Roma, que lo harán sentar la cabeza de una vez —comenta, instalando un nubarrón enorme cargado de agua en la mía, que me impide pensar con claridad, y una losa gigante en mi pecho, que me impide respirar con normalidad.

¿Cómo?

—Todavía no está decidido que vayamos a vivir aquí —contesto finalmente, todavía asimilando sus palabras, porque sentar la cabeza en un sitio determinado implica instalarse en él, no mitad y mitad como me había propuesto. Y lo peor de todo es que ya se lo ha comentado a sus padres, puede que incluso lo sepa toda su familia, como si lo que yo pensara no importara o como si fuera a salirse con la suya de todas formas.

—Vaya, lo habré entendido mal —responde, acercándose a mí para aferrar mis manos con afecto—. No importa dónde viváis, Silje: lo que importa es que seáis felices. Como madre, me ha costado entender que los hijos no sois de nuestra propiedad: sois solo cesiones maravillosas que nos concede la vida durante un tiempo determinado para que os ayudemos a crecer, para que os queramos y para que seamos apoyo y seguridad. Pero luego tenemos que dejaros volar para que elijáis vuestro propio camino, aunque nos cueste. Sea cual sea el camino que toméis, nosotros estaremos siempre a vuestro lado, aun desde la distancia si es lo que decidís.

—Es que no me veo viviendo en Roma —le confieso para mi sorpresa, porque esto es algo que ni siquiera he hablado con él, al menos no con tanta claridad.

—¿Y se lo has dicho? —me pregunta con seriedad, dando en el clavo.

—Tu hijo es muy tozudo —resuelvo finalmente, provocando su sonrisa.

—¡Qué me vas a contar! No te preocupes, seguro que llegáis a un acuerdo. Cuando hay amor, hay comprensión, y yo he visto esta noche mucho amor entre vosotros.

—Eso espero. Gracias, Giorgia —susurro, abrazándola—, por todo.

Capítulo 54



Islas Lofoten. Principios de junio de 1993

SILJE

Por fin aquí. Siento la felicidad expandirse en mi pecho y adueñarse de mi sonrisa en cuanto la avioneta toma tierra en el aeropuerto de Leknes.

—Creo que en estos momentos hay dos personas muy felices en esta avioneta —me susurra Marco al oído, provocando mis risas.

—¿Te incluyes? —le pregunto, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro, porque lo he visto tan feliz estos días en su ciudad y con los suyos que ha habido momentos en los que he temido que este año no le apeteciera tanto regresar.

—¿Ves nieve y oscuridad? —inquiere, enarcando una ceja y sonriendo conmigo—. Siempre voy a incluirme —musita deteniendo la mirada en el paisaje que se vislumbra a través de la ventanilla del aparato—. Puede que no quiera vivir aquí en invierno, pero siempre

voy a querer regresar en verano, cuando el sol brilla —me cuenta mientras yo no puedo alejar la mirada de su perfil—. Es como si hubiera conectado con este lugar cuando vine la primera vez y esa conexión se hubiese mantenido a lo largo de los años —me confiesa, girándose para mirarme con seriedad.

—Puede que en otra vida vivieras aquí —comento sonriendo con él.

—Y seguro que morí congelado durante una ventisca, solo y perdido en alguna montaña —bromea, provocando de nuevo mis risas.

—En todo caso, no tiene por qué repetirse, porque ya no estás solo y yo estaría a tu lado en esa montaña.

—Entonces, moriríamos los dos.

—O nos salvaríamos ambos —replico antes de levantarme para ponerme en la cola que ya ha empezado a formarse para salir de la avioneta.

Inspiro profundamente cuando la noche convertida en día, la inmensa calma y el ambiente fresco me reciben con los brazos abiertos. Y, durante unos breves segundos, con la emoción latiéndome fuerte en la garganta, cierro los ojos para llenar mis pulmones con este aire limpio y frío que también es casa, como el silencio, como mis montañas. Y los abro para comenzar a descender por la estrecha escalerilla de metal con la felicidad caminando a mi lado.

—Bienvenido a las islas Lofoten y al sol de medianoche —le digo, exultante, volviéndome un segundo para mirarlo antes de acceder al minúsculo aeropuerto y dirigirme a la única cinta transportadora que hay; tan distinto al de Roma, tan hogar, tan mío—. Espero que la vajilla llegue entera. Como se haya roto, me muero —musito con la mirada fija en la cinta, que ya está funcionando.

—Va tan bien embalada que, aunque la hayan tratado a palos, estará intacta. Mira, por ahí sale —me señala mientras yo deseo que tenga razón y que no se haya roto ni un solo plato. Porque es preciosa, porque la ha pintado su madre y porque me encanta el significado que tiene esa flor—. Todavía no me has contado de qué hablasteis —oigo que añade mientras nos hacemos con las cajas.

—Mira, están saliendo las maletas. Suerte que tenemos mi coche en el parking. Ve cogiéndolas, voy a acercarlo a la puerta —le indico para luego marcharme a toda prisa, porque no tengo intención de contárselo y porque estoy deseando llegar a mi casa cuanto antes, porque la vuelta ha sido una tortura y hemos perdido una cantidad indecente de tiempo en los aeropuertos y ahora estoy que me duermo de pie.

Y sonrío mucho, muchísimo, cuando el sol me da de lleno en el rostro. Por fin.

Y ese «Por fin» es algo que voy a pensar mucho a partir de ahora.



—Joder, estoy molido, ¿es necesario que desembalemos la vajilla ahora? —me pregunta mientras yo abro la puerta de mi casa y siento la felicidad explotarme en el pecho, como si hubiera estado años fuera en lugar de una semana y dos días.

—La ha pintado tu madre, solo por eso ya deberías querer comprobar que ha llegado intacta —lo reprendo, cargada con una de las cajas.

—Sobre todo por lo que vale cada plato —apuntilla con sorna, dejando una caja sobre la barra. Y sonrío muchísimo cuando, tras

abrirla y quitarle el papel de burbujitas al primer plato, compruebo que está en perfecto estado—. Que haya gente que pague esa barbaridad por un puto plato me parece una ida de olla importante.

—Es un pensamiento bastante propio de alguien como tú, al que le importa bien poco vivir en un cuchitril —le suelto, provocando su carcajada—. Es como el verano aquí, ¿verdad? Tu madre me explicó el significado que tiene esta flor en Italia, pero lo primero que me vino a la cabeza fue estas islas; con este amarillo, me recuerda mucho al sol de medianoche.

—Que estés tan emocionada por unos putos platos y no porque vas a tenerme aquí, viviendo contigo, me ofende bastante, ¿sabes?

—Y que no estés acojonado por convertirte en un respetable hombre con pareja es algo que me deja bastante perpleja, ¿sabes? —contraataco entre risas, provocando las suyas.

—En eso coincido contigo, sigo alucinando con todo esto —prosigue con sorna, alargando mi risa—. ¿Tú te das cuenta de lo afortunada que eres?

—¿Por qué? ¿Por tenerte viviendo conmigo? ¿O por haberte pillado? ¡Dios, qué horror! —exclamo, divertida, para luego centrarme y dejar las cosas claras, porque esto es importante—. Dos cosas. La primera: no quiero pillarte; si estás aquí es porque quieres. Y la segunda y la más importante: lo que más me emociona no es tenerte aquí, sino haberme marchado de tu apartamento. Te prometo que me has hecho odiar profundamente el gris en todos sus tonos, y eso que nunca había tenido ningún problema con ese color. Felicidades, me has creado un trauma —le suelto, provocando su risotada—. Dios, qué bonitos —murmuro colocando con cuidado los platos unos sobre los otros—. Lo que no entiendo es cómo, habiéndote criado en una casa como la tuya, con unos padres como

los tuyos, terminaste viviendo allí. ¿Tienes algo mal en la cabeza? —inquiero burlona.

—Das demasiada importancia a esas cosas —me contesta, poniéndose a mi lado para ayudarme a desembalar la vajilla.

—Porque la tiene. Es como la comida: no es lo mismo comerte un bocadillo de pie y con prisas que tomarlo sentado a la mesa con una vajilla como esta. Una casa bonita y ordenada, para mí, es felicidad y paz mental.

—Me ha quedado bastante claro. ¿Y puedo saber de qué más hablasteis?

—¿No estarás intentando sonsacármelo?

—Es justo lo que estoy haciendo —me suelta con insolencia al tiempo que abre la segunda caja.

—Me mostró su trabajo y me contó que su afición le vino de tu abuela, y poco más, tampoco estuvimos en el taller mucho rato —le miento, empezando a sacar los platos de esa caja, guardando silencio sobre lo importante.

Fuertes, valientes y con coraje. Y observo la flor que simboliza eso para ellos, sintiendo que a mí me falta esto último para enfrentarlo, supongo que porque es pronto para iniciar esta guerra y porque intuyo que no tengo todas las de ganar. Y perderla no significa mudarme. Perderla significa perderlo.

—Y, entonces, ¿qué sucede? —me plantea, sorprendiéndome.

—¿Cómo?

—Tú dirás, estás muy callada desde esa noche. ¿Te molestó que te los presentara sin consultártelo?

—Para nada, me encantó conocerlos.

—¿Y entonces? —me pregunta mientras yo retrocedo a estos últimos días y a las muchas veces que me he planteado su

propuesta y el rechazo ha llegado con ella, como una bofetada que no te esperas o como un grito en tu mente que solo tú puedes oír.

—No tengo claro que quiera vivir allí, aunque sean solo seis meses —le digo, siendo yo la que lanza la primera bomba, a pesar de no querer iniciar ninguna guerra—. Tu familia es genial y tus amigos también, pero Roma, a pesar de sus ruinas y de su historia, es demasiado caótica para mí —le confieso, recordando cómo en la Fontana de Trevi tuvimos que abrirnos paso, a duras penas, entre los miles de turistas que parecían empeñados en tirar la dichosa monedita, como si su deseo fuera de verdad a hacerse realidad.

—No te estoy pidiendo que renuncies a esto para siempre —me aclara, rodeándome la cintura para pegarme a su cuerpo mientras en mi mente suenan de nuevo las palabras de su madre: «Con tantos planes de futuro aquí, en Roma, que lo harán sentar la cabeza de una vez»—. Mitad y mitad, *principessa*, ni lo tuyo ni lo mío, sin tener que separarnos. Sé que Roma es todo lo que no es esto, o que esto es todo lo que no es Roma, pero está bien que sea así porque de ese modo tendremos lo opuesto y lo mejor de cada sitio: el verano de aquí y el invierno de allí, en esta casa y en otro apartamento donde no haya nada en color gris —añade guiñándome un ojo mientras ese mantra alza la voz anudando mi interior con fuerza, porque hay decisiones que no tienes que pensar ni valorar, simplemente están ahí, a la espera de que decidas aceptarlas.

Capítulo 55



SILJE

—Hombre, la italiana ha llegado —me saluda Loki con jovialidad cuando accedo a la cocina, donde huele maravillosamente bien a comida. «Italiana, y una mierda». Y es un pensamiento que no he logrado frenar al igual que el rechazo que ha llegado con él para golpearme—. ¿A dónde vas tan temprano? Pensaba que hoy no vendrías o que te pasarías más tarde —comenta cortando al milímetro la masa de los rollitos de canela que está preparando, a pesar de no tener nada que le marque los centímetros de cada tira. Y, aun así, me juego el cuello a que todas miden lo mismo, más o menos.

—No podía dormir y te he echado demasiado de menos —reconozco, acercándome a él para darle un abrazo, que me reconforta tanto como los aromas que desprende su cocina.

—Y yo pensando que no te acordarías de nosotros —bromea, correspondiendo a mi abrazo.

—Todos los días. Me hago un café y te lo cuento. ¿Quieres uno?

—Voy por el segundo, mejor no —me contesta mientras yo lleno mis pulmones con los aromas que flotan en el ambiente: el de la mantequilla fundida, el de la canela, el del chocolate caliente y el del tomate frito que está preparando.

Y que pueda llevar tantas elaboraciones al mismo tiempo, sin perder la calma, es algo que admiro profundamente, porque a mí se me quemaría todo y terminaría sentada en el suelo, cubierta de harina, chocolate o lo que fuera, completamente derrotada. Con ese pensamiento, sonrío al tiempo que salgo de la estancia para hacerme el café.

Cómo he echado de menos esto. Inspiro hondo de nuevo, deteniendo la mirada en cada rinconcito y abrazando la sensación de estar en casa mientras en la mía duerme él. Esbozo una sonrisa sin darme cuenta, porque quién iba a decirnos, hace un año cuando nos conocimos, lo que íbamos a vivir.

—¿Qué tal Kristel? ¿Cómo lo ha llevado? —le pregunto, café en mano, accediendo a la cocina otra vez, para luego tomar asiento en el taburete que hay frente a la isla de trabajo.

—De coña. La verdad es que se ha manejado mejor de lo que imaginaba.

—Le encanta trabajar aquí, a veces me recuerda un poco a mí cuando empecé con la señora Anette.

—Y ahora tú te has convertido en la señora Anette —bromea, provocando mis risas—. Sabe de qué va esto, es simpática con los clientes y, cada vez que entra en la cocina, tiene que probar lo que estoy cocinando. Pero es muy trabajadora y de fiar, que es lo único que me importa, sobre todo esta semana que has estado fuera y se ha hecho cargo de la caja —prosigue, sacando una tarta del horno, que huele infinitamente bien.

Durante unos segundos, echo la vista atrás para recordar cómo pasó de trabajar solo los viernes a hacerlo todos los días; la ilusión que le hizo mi propuesta, la atención que prestaba a mis explicaciones y su afán por mejorar cada día. Tal y como hice yo hace años con la que era mi jefa.

—Sabía que lo haría bien —musito finalmente, dándole sorbitos al café.

—¿Y ahora qué? —me pregunta, alzando la mirada para atrapar la mía, yendo directo al grano.

—Vamos a vivir juntos estos meses.

—¿Y luego aceptarás su propuesta? —quiere saber, sosteniéndome la mirada con decisión, porque lo que yo decida también le afectará a él.

—No —musito, sintiendo mi pecho apretarse fuerte y, al mismo tiempo, expandirse con fuerza.

—¿Y lo sabe?

—No, y no quiero que se lo cuentes.

—Tiene derecho a saberlo, ¿no te parece?

—Tengo la esperanza de que decida instalarse aquí —admito, abriéndoles la puerta a todas esas palabras que he mantenido presas durante mi breve estancia en Roma—. Mi vida no está en su ciudad, pero sí a su lado... El verano acaba de empezar y volvemos a estar juntos tras pasar meses separados, y quiero ver cómo se nos da esto de ser pareja.

—¿Este año repite en el DIGG?

—Sí, se incorpora mañana. Por eso no quiero sacar el tema todavía porque, por primera vez, vamos a convivir bajo el mismo techo, con nuestros trabajos, nuestras rutinas, las tareas de una casa, las manías de uno y las del otro... Todo eso es nuevo para nosotros, porque el año pasado estábamos conociéndonos y el viaje

a Roma no cuenta, pero esto sí, esto es la prueba de fuego, y quiero ver si la superamos.

—Y, si la superáis, ¿cambiarás de opinión?

—Yo no, pero espero que él sí. El año pasado congenió muy bien contigo, con Aksel y con mis amigas; tiene amigos viviendo en estas islas; le encanta trabajar en el DIGG, se lleva fenomenal con Thea y con sus compañeros y, además, siente que conectó con este lugar ya desde la primera vez que vino —le expongo, dándole todos los argumentos con los que voy alimentando mis ilusiones y mi esperanza y que son los que silencian, tenuemente, ese mantra que tanto me agobia y que trae consigo ese malestar que es como un dolor de estómago continuo.

—Y por eso prefieres esperar, porque quieres que vea por sí mismo la vida que podría tener aquí sin tener que discutir —adivina, y yo me limito a asentir con la cabeza.

—Hasta ahora, hablar de este tema con él ha sido como darme contra una pared, pero porque en realidad no sabe, ni yo tampoco, cómo sería vivir juntos de verdad. Si funciona, si somos felices, ¿para qué cambiarlo? Además, por mucho que insista, no veo factible lo que me propone; es complicarnos la vida muchísimo por un poco de nieve.

—¿Un poco? —ironiza, soltando una risotada repentina—. Yo diría que más bien muchísima.

—Pero es algo temporal, que dura solo unos meses, y por unos meses no voy a vivir en dos países, a llevar dos cafeterías y a tener dos casas. Es que ni lo veo ni me apetece —sentencio convencida—. Además, ¡que solo es nieve! ¡Ni que fuera una plaga de la que tuviéramos que huir! —exclamo, exasperada—. Te juro que no entiendo esa fobia que tiene cuando ni siquiera lo ha vivido; es

como decir que no te gusta la hamburguesa de pescado sin haberla probado.

—Me parece un buen ejemplo —bromea entre risas, sin cesar en su labor.

—Lo sé, y hablando de comida, te traigo una receta que tienes que incluir en nuestra carta —cambio de tema para centrarme solo en esto; en este ratito en la cocina con él, en la calma de las primeras horas antes de que lleguen los clientes y en estos meses que tenemos por delante. Los meses de la luz y la esperanza.



—¿Alguna vez te habías bañado aquí? —le pregunto un domingo por la mañana, acercándome a las rocas que hay en la orilla mientras voy desprendiéndome de la ropa hasta quedarme solo con el bañador puesto. Bendito sol.

—He ido a Henningsvær la hostia de veces, pero nunca se me había ocurrido detenerme aquí —me cuenta librándose de la camiseta mientras yo lo miro con admiración, como cada vez que lo veo desnudo, como si no consiguiera acostumbrarme o como si cada vez que lo viera fuera la primera—. ¿Es mar abierto? —inquiere, colocándose a mi lado y tensando suavemente mi vientre con su cercanía.

—Sí... Fíjate qué maravilla, y solo para nosotros —remarco, guiñándole un ojo, antes de detener la mirada en las montañas, que parecen emerger del agua para rodearnos y crear un mundo aparte, exclusivamente para los dos. Observo a lo lejos su reflejo perfecto en el agua, que es tan cristalina que, desde donde me encuentro,

puedo ver las plantas marinas o las piedrecitas del fondo, como si fuera un cristal, para luego alzar la vista al cielo completamente despejado, donde el sol brilla en lo alto, abrazando este silencio, que también forma parte de este lugar—. Ya quisierais los romanos poder disfrutar de vuestras ruinas sin tener que compartirlas con millones de turistas —bromeo, armándome de valor para deslizarme por la roca y bañarme—. ¡Dios, está congelada!

—Los romanos somos personas generosas a las que no nos importa compartir nuestro arte, nuestra historia y nuestras ruinas con los pobres turistas que no han visto semejante maravilla en su vida —me responde, fanfarrón, metiéndose conmigo en el agua—. Hostia puta, ¡es como si tuviera el hielo dentro! —maldice mientras yo sigo armándome de valor para hundir la cabeza y disfrutar de esta agua helada antes de que comience a hormiguearme todo el cuerpo.

—¡Creo que se me han congelado las ideas! —exclamo entre risas cuando emerjo a la superficie.

—Suerte que estoy contigo para derretírtelas —me suelta con insolencia, aferrándome por las caderas para que envuelva las suyas con mis piernas e instalando el fuego en mi sangre y en mi vientre, como cada vez que estamos juntos.



—Te quiero —musito antes de dormirme entre sus brazos.

—Te quiero —susurra apretándome fuerte contra su cuerpo.

Tan perfecto que cada día me enamoro más de él y de ese futuro que podríamos tener juntos.



—¿A dónde vamos? —nos pregunta Kristel a Loki y a mí un sábado por la tarde cuando cerramos.

—Al DIGG —le responde mi hermano, intercambiando una sonrisa cómplice conmigo.

—¿A qué vamos? —indaga con curiosidad.

—Estamos llegando —le digo, como si no lo supiera, al tiempo que cruzamos la calle.

—Es este edificio —me sigue la broma Loki y ella resopla por lo bajo, porque le estamos tomando el pelo y lo sabe.

—Está todo buenísimo, ya lo verás. Venga, pasa —añado con una sonrisa, abriendo la puerta e invitándola a entrar.

Sin soltar el pomo, me giro hacia la barra, donde él está trabajando, al tiempo que recuerdo cuando, hace un año, abrí esta puerta y me quedé sin habla al verlo, y siento que todo enmudece cuando se vuelve y nuestros ojos se encuentran. Y sigo sin poder alejar mi mirada de la suya. Sigo aferrando el pomo con fuerza. Y sigo quedándome sin habla cuando lo veo.

—Joder con vosotros —se queja mi hermano, divertido, accediendo al local mientras yo intercambio una sonrisa con Marco.

Una sonrisa que, como las montañas, crea un mundo aislado para nosotros. Una sonrisa que habla de sentimientos y de lo mucho que nos queremos; una sonrisa que es conexión, alegría por vernos y anhelo al mismo tiempo. Una sonrisa que son dos manos entrelazadas incluso en la distancia.

—Es fácil: tienes que soltar la puerta y empezar a caminar —bromea Kristel, liberando mis dedos del pomo y consiguiendo que reaccione.

—Muy graciosa —la reprendo sonriendo, echando a andar hacia la barra mientras veo a Loki tomar asiento en la mesa que hay frente a ella.

—Lo seré más cuando sepa qué hacemos aquí —insiste, cansina, mientras yo me acerco a él para darle un beso. Un beso en público, sin ocultarnos, pero sin contar lo que nos une.

—Hola —musito con mis labios pegados a los suyos y su mano aferrando mi nuca, acelerando mi respiración y tensando suavemente mi vientre. Porque es cierto y nunca me acostumbraré a esto.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

—Estaba deseando verte.

—Cuando queráis, ¿eh? Sin prisas —oigo la voz de mi hermano, y sonrío en sus labios, percibiendo cómo él sonríe en los míos.

—Si necesitas algo, estoy aquí.

—Si necesitas algo, estoy ahí —susurro moviéndome para alejarme de él, y lo echo de menos en cuanto sus manos se separan de mi piel.

—Como sigáis así, el día menos pensado vas a tener que comenzar a dar muchas explicaciones —me dice Loki cuando tomo asiento a su lado.

—¿A quién? ¿Te refieres a nuestros padres? —le pregunto, cogiendo la carta para echar un vistazo rápido, a pesar de que casi me la sé de memoria.

—A nuestros padres, a Sonia, a Sven... Cualquier día de estos, alguno de ellos se presentará en tu casa sin avisar y lo pillará en

pelotas.

—Tranquilo, que ya me encargo yo de ir a verlos frecuentemente para que eso no suceda. Además, igual no te has dado cuenta porque vives metido en tu cocina, pero Sven está haciéndose el tonto.

—Sí, eso lo hace de coña, hasta que se lo cuente a Sonia y todo salte por los aires. Avisada estás.

—¿Por qué no quieres contarlo? Si estáis juntos y estáis bien, ¿por qué no compartir vuestra felicidad con la gente que os quiere?

—Si sigue aquí en invierno, no tendré ningún problema en hacerlo.

—Ah, ya... está claro —me dice, pillándolo al vuelo. Y esto es algo que me encanta de Kristel, porque no es de las que le dan vueltas a todo ni divaga ni se lo cuestiona, simplemente lo pilla y lo deja estar —. ¿Puedo saber ya qué hacemos aquí? —insiste cambiando de tema.

—¿Qué pasa, que no te gusta cenar con tus jefes?

—Tú no eres mi jefe —le suelta, divertida.

—Es verdad, aquí la única jefa es ella —le contesta mi hermano entre risas.

—Pero tú podrías serlo si quisieras, sabes que la oferta sigue sobre la mesa.

—Y ahí va a quedarse —me asegura en el mismo instante en el que Thea se acerca a nosotros para tomarnos nota.

—Vino para los tres y... ¿pedimos platos para compartir o queréis cada uno el vuestro?

—Yo prefiero que pidamos muchos platos —suelta Kristel.

—¿Por qué no me extraña? —le pregunta Loki entre risas.

—Voy pidiendo y, si algo no os gusta o preferís otra cosa, me lo decís —concluyo, para seguidamente empezar a elegir—. ¿Bien así o

queréis hacer algún cambio o añadir algo más? —inquiero cuando termino.

—Por mí está perfecto —comenta Loki.

—A mí me gusta todo —interviene Kristel.

—¡No te creo! —bromea mi hermano, provocando mis risas.

—Oye, ya te he dicho muchas veces que deberías agradecerme que pruebe lo que estás preparando, teniendo en cuenta que tú no lo haces. ¿Cómo sabes que está bien de sal o que no le has echado demasiada pimienta?

—Porque soy cocinero y sé lo que estoy haciendo. Además, probar y atiborrar no es lo mismo —replica mientras yo deslizo mi mirada hasta la barra para sonreír con él, pasando de ellos y quedándome en sus ojos y en su sonrisa, que es la mía.

—El vino, chicos —nos dice uno de los compañeros de Marco, dejándolo sobre la mesa, y sonrío, pero esta vez con mi hermano.

—Querías saber qué hacíamos aquí, ¿verdad? —le pregunto, haciéndome con la botella para empezar a llenar su copa—. Estamos aquí porque eres nuestra primera empleada, algo muy importante para nosotros, porque significa que la cafetería está funcionando tan bien que hemos tenido que buscar refuerzos.

—Y hemos tenido la grandísima suerte de encontrar a una camarera simpática y trabajadora, que, además, es catadora de platos —prosigue Loki mientras yo termino de servir el vino.

—Hoy celebramos que somos tres —les digo, levantándome mientras ellos hacen lo propio. Y, durante unos breves segundos, detengo la mirada en la emoción que llena los ojos de Kristel, la misma que llenó los míos cuando la señora Anette hizo algo parecido conmigo hace años cuando comencé a trabajar con ella—. Hoy te damos la bienvenida oficialmente a Silje’s Bakery y también a nuestra pequeña familia. Que este brindis y este vino unan tu vida a

la nuestra para siempre, que encuentres en nosotros un hombro en el que apoyarte cuando lo necesites, muchas patatas fritas cada vez que entres en la cocina y tantos buenos momentos como este. Chinchín —concluyo, y alzo la copa para brindar con ellos, sintiendo sus ojos en mi cuerpo, como cada vez que me mira. Porque no es solo conexión, es algo más profundo, algo que no había sentido hasta ahora.



—Vaya, cada vez se le da mejor —me dice Breen con admiración mientras observamos a Marco hacer surf con Aksel.

—Cada vez se le da mejor todo —matizo con una sonrisa enorme, deteniendo momentáneamente la mirada en Loki, que está jugando con Amarok en la orilla.

—Y en ese «todo», ¿incluimos el sexo? —me pregunta, provocando la risita de Liv y ensanchando la mía.

—El sexo ya se le daba muy bien —presumo, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro—. Me refiero a todo en general. Míralo, es como si conociera a Aksel desde siempre, y con mi hermano igual. Y también conmigo, porque ni él ni yo habíamos convivido nunca con nadie y ha sido tan fácil como respirar, como si siempre hubiéramos vivido juntos y simplemente lo hubiéramos retomado. Es como siempre pensé que sería el amor: algo fácil que te hace feliz, solo que mi felicidad no está asegurada.

—Por si termina —adivina Liv.

—La felicidad nunca está asegurada —susurra Breen, y me giro hacia ella para abrazarla fuerte—. Deberíais hablarlo —me aconseja,

centrándose en mí y no en lo que sigue doliéndole.

—Creo que ninguno de los dos quiere romper la burbuja en la que estamos —les cuento, viendo las lágrimas asomar a sus ojos—. Y tú, ¿qué? ¿Cómo vas con el juez cabrón? Lleváis un año trabajando juntos, ya tendríais que haber llegado a un punto de encuentro, ¿no? —añado, deseando sacarla de esos recuerdos en los que acaba de meterse de lleno.

Tan dura aparentemente, tan frágil de verdad.

—No se llega a ningún punto de encuentro con tíos cabrones. ¿Llegarías tú a un punto de encuentro con el cabrón de Fredrick?

—¡Tía, no es lo mismo! —exclama Liv.

—Cierto, son situaciones completamente distintas, pero los dos están cortados por el mismo patrón: tíos egocéntricos y creídos que creen que con dedicarte un minuto de su atención vas a terminar cayendo de rodillas a sus pies. Imbéciles de manual que te miran con superioridad y que luego te invitan a cenar —nos suelta, con el desprecio dominando su voz.

—¡¿Te ha invitado a cenar?! —indago alzando la voz, viendo cómo esa tristeza que latía en su mirada ha desaparecido de manera fulminante. Conseguido.

—¡¿En serio?! ¿Y qué le has dicho?

—La duda ofende.

—¡Dios, lo que habría dado por ver eso! Necesito muchos detalles.

—Y yo. No te dejes nada, por favor.

—Iba a decirle que se metiera su invitación por el culo, pero luego lo pensé mejor, porque no olvidemos que es el puto juez, así que le dije que no salía con compañeros de trabajo y me largué. Qué puto asco solo de pensarlo, ¿os imagináis? Y que me venga con la corbata, es que no puedo con él. Es tan... —nos suelta, estremeciéndose y provocando mis carcajadas.

—Tía, está buenísimo. ¿Cómo que «tan»? Yo saldría con él.

—Sí, claro, no te atreves con Jakob, ¿y sí con semejante cabrón? Ni se te ocurra —le advierte, apuntándola con el dedo.

—Jakob no sabe ni que existo.

—Sois tal para cual: tú, con tus dibujitos y él, con el surf —le suelta mientras yo las oigo de fondo iniciar una discusión que es siempre la misma y que seguirá con Breen casi exigiéndole a Liv que se independice de una vez, que mande a sus jefes a paseo y que le pida una cita a Jakob, como si fuera a hacerlo. Y que terminará con Liv diciéndole que la deje en paz.

Y me olvido de ellas para centrarme solo en él, que está riéndose sobre la tabla con Aksel, para luego levantarme y poner unos cuantos troncos en la hoguera.

Mi amigo cada vez viene más por aquí, a pesar de que lleva años apareciendo solo lo justo. Y si él cada vez viene más, con el rechazo que sentía cuando se marchó y que le ha durado una eternidad, ¿por qué Marco no puede cambiar de opinión cuando está claro que esa conexión con este lugar existe?

Y con estas preguntas alimento mis esperanzas de la misma forma en que acabo de alimentar el fuego.



—¿Eso de ahí es una aurora boreal? —me pregunta, incorporándose de la hamaca en la que estamos recostados.

—Yo más bien diría que son tus ganas de ver una aurora boreal.

—Fíjate bien, ¿en serio no la ves? —insiste, levantándose para acercarse al borde de la terraza—. Ni siquiera es noche cerrada y ahí

está. Joder, ¡qué pasada! —exclama con la emoción dominando su voz mientras yo detengo la mirada en lo que se intuye, pero que todavía no es, en ese hilo verde de luz al que le falta la oscuridad necesaria para poder brillar. Pero lo hará, cada día más, porque la oscuridad está empezando a ganarle horas al sol.



—Es la primera vez que un hombre me lava el pelo —susurro, cerrando los ojos mientras el agua caliente y fragante cubre nuestros cuerpos.

—Eso es porque hasta ahora no habías elegido bien a tus parejas —me dice, provocando mi sonrisa.

—En eso tengo que darte la razón —murmuro sintiendo cómo mi piel se eriza cuando el agua caliente se desliza lentamente por mi cabeza, llevándose consigo el jabón—. A partir de ahora, vas a lavármelo tú siempre.

Siempre, qué palabra tan corta y que, sin embargo, abarca un espacio de tiempo tan inmenso. Y me obligo a silenciar ese mantra que nunca deja de resonar en mi cabeza y que trae consigo cánticos de guerra y derrota con los que se contrae mi pecho cada vez que le presto atención, porque los meses siguen avanzando y nosotros nos hemos quedado estancados o congelados en los deseos de cada uno. Unos deseos que no verbalizamos. Unos planes de futuro que no coinciden. Y una discusión que seguimos aplazando, vetando palabras que puedan llevarnos a ella, fingiendo que no pasa el tiempo y que la oscuridad no está cada vez más cerca.

—Yo. Siempre. Todo —pronuncia, girando mi cabeza para atrapar mis labios con los suyos mientras sus palabras resuenan un poquito más en mi mente, trayendo consigo la esperanza. Y lo beso enredando mi lengua con la suya y gimiendo en su boca.

Besarlo hasta desdibujar sus labios, hacer el amor con dulzura y follarnos con desesperación, compartir atardeceres eternos, dormir entre sus brazos y que esa cuenta atrás que ha comenzado a correr más de la cuenta se detenga. Y son un montón de deseos que también podrían ser súplicas.

Me muevo para sentarme a horcajadas sobre sus piernas y empezar a frotarme sobre su miembro.

—Me vuelves loco, *principessa* —gime conmigo, llevando su mano a mi pecho para acariciarlo.

—Y tú a mí —jadeo contra sus labios, aferrando su sexo para insertarlo en mi interior y comenzar a moverme; despacio primero, solo para sentirlo, para quererlo y mostrarle la vida tan maravillosa que podríamos tener juntos, y luego más rápido, cuando el deseo toma el control de mi cuerpo, exigiendo más de todo. Porque con Marco es así y quiero calma y rapidez al mismo tiempo, ternura y rudeza. Y que me mire así siempre.



—¡Joder! ¡Cómo llueve! —exclama, entrando en casa completamente empapado, y me levanto del sofá para ir al baño en busca de una toalla con la que pueda secarse.

—Quítate la ropa —le pido, acercándome a él, y veo cómo se desprende de la sudadera, que en estos momentos debe de pesar

como diez kilos—. Te has mojado un poquito, ¿no? —le pregunto, divertida.

—Puta tormenta, no veía nada —se queja mientras lo seco, y aprovecho para tocarlo. Porque nunca tengo suficiente, y eso es algo que no cambia.

—Ya sabes lo que decimos por aquí: si no te gusta el clima, solo tienes que esperar cinco minutos. Podrías haber esperado en el DIGG a que amainara o haberme llamado y habría ido a recogerte con el coche —le digo, buscando sus labios, mientras él me alza por las caderas para llevarme hasta el sofá.

—Ya, el tema es que ni lo he pensado. Puede que estuviera deseando verte —musita contra mis labios, acelerando mi respiración y los latidos de mi corazón con su confesión.

—¿Puede? —le pregunto sonriendo en su beso, hundiendo los dedos en su pelo mojado mientras oigo de fondo ese mantra que trae consigo cánticos de guerra, tambores y explosiones, porque estamos a finales de agosto y los días oscuros cada vez están más cerca. Los días oscuros y el combate. Y enredo mi lengua con la suya, ansiando detener el tiempo para siempre, que esa guerra no empiece y que mis días soleados sean eternos.

Capítulo 56



SILJE

—¿No se suponía que era cuestión de cinco minutos? —me pregunta con sorna cuando un relámpago ilumina el salón, y el trueno llega unos segundos después.

—Hoy la diosa debe de estar cabreada —musito cuando consigo recobrar la capacidad del habla, porque, si fuera se ha desatado el caos con la tormenta, aquí dentro se ha desatado el fuego. Y ha sucedido dos veces.

—¿Tenéis una diosa para la tormenta? —me plantea, divertido, saliendo de mi interior.

—Kyne, guía de los nórdicos, una de las diosas del hogar encargada de vigilar el ciclo actual del mundo, conocida también como el «beso al final» —le cuento, dirigiéndome al baño mientras siento que el mundo comienza a detenerse, como conteniendo el aliento. Porque qué casualidad que hayamos terminado hablando de esta diosa. Y me meto en la ducha deseando esconderme de esta

realidad que sigue conteniendo el aliento, como a la espera de lo que vendrá ahora.

—¿Por qué? —me pregunta, entrando cuando salgo yo.

—Porque es la encargada de llevar a los muertos a *Sovngarde* —le explico, secándome a toda prisa, porque quiero dejar de hablar de esta diosa que, de alguna forma, siento que está abriendo una puerta que deseo que siga cerrada.

—¿El qué? —sigue preguntando mientras yo oigo esos cánticos alzar la voz.

—El más allá —le resumo, deseando silenciarlos, que enmudezcan o que entonen otra melodía que llene mi interior de luz y no de la oscuridad que estoy sintiendo reptar dentro de mí, adueñándose de todo, tal y como la niebla se adueña de lo que encuentra a su paso —. Diosa de la tormenta, invocada para atraer la lluvia y la nieve en tiempos de sequía. Protectora de sus fieles ante los vendavales y las ventiscas y a la que invocaban los guerreros cuando iban a entrar en combate, para que les diera fuerza y, de esa forma, obtener la victoria —musito, viendo a esos guerreros en mi imaginación y oyendo el acero de las espadas al encontrarse, sus gritos de guerra, los morteros proyectando explosivos, el estruendo ensordecedor y el silencio más espantoso, el del después, cuando ya no queda nada en pie—. Y madre de los nórdicos —susurro, sintiendo mi piel erizada, y salgo del baño para ponerme toda la ropa que pueda con tal de eliminar este frío que acaba de congelarme por dentro, como si hubiera estado en ese combate.

—¿Estás bien? —inquiere siguiéndome al tiempo que se envuelve la cintura con una toalla.

—Sí, es solo que me había quedado helada —le miento, y él me abraza con fuerza para darme calor con su cuerpo mientras yo

siento el desasosiego zarandearme, a pesar de la seguridad que emana de sus brazos.

—Tengo una sorpresa para ti —me dice, moviéndose para atrapar mi mirada con la suya, y sonrío cuando veo la ilusión llenar sus ojos. Y, si la ilusión llena sus ojos, puede que llene los míos.

Esperanzada, siento mi mundo estabilizarse.

—¿Y puedo saber qué es?

—Tengo un amigo que trabaja en una inmobiliaria y nos ha encontrado la cafetería perfecta: en pleno centro, muy cerca de la Piazza di Spagna y recién reformada. Me ha enviado fotos y te va a encantar, ¡no hay nada en color gris! —exclama, feliz, mientras yo siento que la tormenta deja de descargar fuera para comenzar a descargar en mi interior. La tormenta y la primera bomba, la que sí explota, la que no te permite echarte atrás y la que te obliga a entrar en combate, aunque no quieras—. No vamos a tener que meternos en historias de reformas, que siempre son un puto follón, y lo único que tendremos que hacer es buscar al personal. Joder, es perfecta: en tonos claros y con mucha luz. Te encantará, ya verás. Y la ubicación es la hostia. De momento, les pagaremos un alquiler y... —me cuenta, entusiasmado, mientras yo siento esos cánticos ensordecerme y me llevo las manos a las sienes para masajeármelas.

—Marco... para —lo corto en un murmullo, alzando la mirada.

—¿Qué te sucede? ¿Te duele la cabeza? —me pregunta, preocupado.

—Nunca te dije que fuera a aceptar tu propuesta —susurro, armándome de valor.

—Lo sé, pero lo estabas valorando —contesta, y yo niego con la cabeza.

—Te dije que no me veía viviendo allí.

—¿Y acaso te ves viviendo otro invierno aquí, sola? ¿Otra vez ocho meses separados, con lo bien que se nos ha dado esto de vivir juntos? —quiere saber, abriéndome los ojos de golpe, porque me parece que los dos hemos estado haciendo lo mismo durante este tiempo: mostrarle al otro lo que podríamos tener, sin ser el que tuviera que ceder.

—¿Por qué no te haces esas preguntas a ti mismo? —le planteo, sosteniéndole la mirada a duras penas, porque no me gusta lo que estoy viendo en sus ojos.

—Me las he hecho, y por eso estoy dispuesto a cambiar mi estilo de vida y a montar una cafetería contigo, a instalarme en dos ciudades y a cambiarlo todo por ti.

—No, en realidad, tu vida seguiría siendo la misma: vivirías en Roma durante el invierno y vendrías aquí en verano. En lo fundamental sería lo mismo, pero con más compromiso.

—Ni se le parece —masculla endureciendo la voz.

—No voy a vivir en Roma.

—¡No me jodas!

—No me jodas tú —me quejo, sintiendo el dolor adueñarse de mi garganta y de mi voz—. Te gusta esto, te he visto estos meses, y en invierno sería lo mismo: podrías hacer surf, trabajarías en el DIGG o donde quisieras y viviríamos juntos... Estos meses han sido los mejores de mi vida y podría ser así siempre.

—Siempre que acepte lo que tú quieres, ¿verdad?

—¡Solo es nieve!

—¿Solo? Yo más bien diría que es la hostia de nieve, oscuridad durante todo el día, rachas huracanadas de viento, ventiscas... No me jodas, Silje... ¿Para qué me has hecho vivir contigo? —me pregunta, con la dureza dominando su mirada.

—¿Cómo que «te he hecho»? ¡Ni que te hubiera obligado! —exclamo, enfadada.

—Pero, si desde el principio hubieras sido clara conmigo, no habríamos llegado a este punto —me asegura, con la frialdad dominando su tono y su semblante.

¿Cómo?

—Fui clara, Marco, solo que tú no quisiste darte cuenta —le rebato, intentando serenarme, porque no quiero que la desesperación nuble mi mente y se adueñe de mi voz.

—¿Cuándo fuiste clara? Porque lo siento, pero no lo recuerdo. En cambio, yo sí que recuerdo haberte dicho desde el principio que no iba a quedarme aquí en invierno. Siempre hubo una propuesta por mi parte, que es la misma que mantengo ahora, así que te lo voy a preguntar de otra manera a ver si lo entiendes mejor: ¿para qué hemos vivido juntos estos meses si no tenías intención de aceptarla?

—Porque tenía la esperanza de que cambiaras de opinión, de que vieras la vida que podríamos tener aquí juntos y que decidieras probar... Yo te quiero, Marco, como nunca he querido a nadie, y estos meses han sido increíbles para mí y creo que también para ti.

—Por última vez, ¿vas a venir a Roma?

Y es la primera vez que lo veo y no lo reconozco, como si tuviera ante mí a un completo desconocido con el que no hubiera compartido nada.

—No.

—Perfecto —masculla con la frialdad adueñándose de él, yendo hacia el armario para comenzar a vestirse.

—¿A dónde vas? —le pregunto, sintiendo que algo dentro de mí se rompe.

—Creo que lo mejor es que nos demos un tiempo. Mañana vendré a por mis cosas. Fíjate, por una vez me parecerá bien que no cierres

con llave, así nos evitaremos momentos incómodos —me dice mientras yo empiezo a verlo todo borroso, porque no puedo creer que no haya una tregua, un pacto de paz o algo que impida que se marche.

«Que se marche. Que se marche. Que se marche...». Entro en bucle mientras salgo de la habitación con las lágrimas arremolinándose en mis ojos. Y oigo, a través de mis recuerdos, la voz de su madre hablando de comprensión y de amor, algo que nos ha faltado a nosotros, al menos lo primero. Porque amor es algo que tenemos de sobra, solo que no ha sido suficiente.

Capítulo 57



MARCO

Salgo de su casa dando un portazo, sintiéndome engañado, estafado y también que ha jugado conmigo. Retroalimento mis pensamientos, como quien echa más leña al fuego sin hacer falta o ceba a su cerdo para que engorde cuanto antes. Yo soy ese cerdo y, mis pensamientos, esa comida que devoro sin control.

Puto tiempo y puto lugar. Hirviendo de rabia salgo disparado con toda mi mala leche, a pesar de que no tengo ni idea de a dónde dirigirme, porque Aksel vive con su padre cuando viene a las islas, ir a casa de Loki me parece demasiado, siendo como es su hermano, y mis amigos viven la hostia de lejos para plantearme ir hasta allí con esta tormenta de los cojones.

Cinco minutos, y una mierda.

—Joder —mascullo entre dientes, con la lluvia golpeándome con la misma furia que siento arder en mi interior.

Yo, buscando la cafetería y el apartamento perfecto mientras ella me sonreía y me hacía creer que lo estaba valorando, cuando me parece que en ningún momento tuvo intención de aceptar mi propuesta. Por eso nunca me ha presentado a su familia. Y llevo la moto al límite, jugándome incluso la vida e importándome más bien poco. Qué gilipollas fui presentándole a la mía, qué imbécil fui hablándole de mi infancia, imaginando un futuro a su lado y creyendo que íbamos en la misma dirección cuando ella jamás tuvo intención de variar la suya. Y durante unos instantes recuerdo cómo les hablé a mis padres de Silje y de todos los planes de futuro que tenía en mente. Unos planes que acaban de irse por el retrete, por donde se va la mierda.

Capítulo 58



SILJE

Me siento en el sofá con la mirada clavada al frente, sin ver nada en realidad, mientras las lágrimas se desprenden de mis ojos sin control y las palabras se quedan pegadas en mi garganta y en mi lengua antes de que pueda llegar a verbalizarlas. Porque si algo tengo claro es que nunca le pediré que se quede ni le suplicaré como le supliqué a Fredrick. Nunca lucharé por alguien que no lucha por mí y nunca volveré a anteponer los deseos de quien sea por encima de los míos, por mucho que lo quiera.

Solo que cada «nunca» aleja de mi lado al hombre que más he querido y también la felicidad, porque es cierto que puedes ser feliz contigo misma, pero, cuando has sido plenamente feliz al lado de otra persona, la felicidad individual parece no ser suficiente.

Se ha marchado sin despedirse y sin dudarlo, como si yo no le importara o como si estos meses no hubieran significado nada... Y siento cómo el dolor crea un vacío infinito en mi interior al tiempo

que suelto un sollozo que no puedo frenar, y me doy cuenta de que yo habría hecho lo mismo de haber estado en su lugar. Yo también me habría ido de su casa. Y yo tampoco me habría quedado a razonar. Y, cuando dos personas lo tienen tan claro, lo mejor es que se dejen ir mutuamente.

Con el dolor rasgándome por dentro, me levanto para dirigirme al piso de arriba, donde saco del armario una de sus sudaderas para ponérmela y acostarme con ella puesta.

«Yo. Siempre. Todo», y está claro que ninguna de esas palabras va a cumplirse, porque él se ha ido, no hay un siempre para nosotros y el todo se ha desvanecido con su ausencia.



Llego a la cafetería a la mañana siguiente tan hecha polvo que hasta un ciego podría darse cuenta de que no he pegado ojo y de que no he dejado de llorar en toda la noche, y freno mis pasos cuando veo su moto estacionada en el parking del DIGG. Ha dormido aquí. Detengo la mirada en las ventanas de las habitaciones del personal, sintiendo que mi corazón vuelve a cobrar vida en mi pecho.

Y durante unos instantes, con la mirada fija en esas ventanas, valoro correr hacia ellas, subir las escaleras tan deprisa como él bajó las mías y llamar a cada puerta hasta dar con la suya; pedirle que se quede y que no me deje, porque lo quiero y porque no imagino mi vida ahora sin él... No. Aunque lo quiera con todo mi corazón, aunque tenga que convivir con la tristeza más absoluta o aunque tenga que volver a contar las horas que me faltan para poder llorar, no voy a hacer nada de eso. Y bajo la mirada al suelo para luego

reiniciar mi camino y entrar en mi cafetería y en la vida que he elegido.

Al final se trata de eso, de elegir. Y puedes equivocarte o acertar, pero, una vez que has decidido, una vez que has dado el paso definitivo, pocas veces hay marcha atrás. Y yo estoy dando los pasos que rompen mis lazos con Marco, porque ni él va a ceder en esto ni yo voy a hacerlo tampoco. Y, cuando dos personas quieren algo tan opuesto, el amor no es suficiente, porque lo que prima es el amor hacia uno mismo, aunque nunca te haga tan feliz como lo serías al lado de la otra persona.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mi hermano cuando entro en la cocina y su mirada se detiene en la tristeza que brilla en la mía, porque, cuando el dolor es tan absoluto, tan crudo, no hay maquillaje que pueda ocultarlo.

—Se ha terminado —le confieso en voz baja, tomando asiento en uno de los taburetes.

—Ayer, cuando fui al DIGG, me contó que había encontrado una cafetería cojonuda. Nunca lo había visto tan entusiasmado, Silje, ni siquiera cuando aprendió a hacer surf.

—Pues toda para él.

—Se lo tendrías que haber dicho. Tendrías que haberle dicho desde el principio que no tenías intención de aceptar su propuesta, en lugar de dejar que pasara el tiempo, tal y como has hecho.

—Ya sabes por qué lo hice.

—Las mentiras nunca salen bien, deberías saberlo —me reprende con seriedad, llevándome con él hasta ese pasado que le marcó tanto que sigue siendo presente—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, esto —musito, sintiendo que el dolor lo asola todo a su paso, como si fuera una máquina trituradora que no dejara nada intacto. Porque me duele hablar, me duele respirar, me duele incluso

vivir—. No puedo obligarlo a que se quede aquí y él no puede obligarme a vivir en Roma, aunque sean solo seis meses, así que se ha terminado. Si lo piensas bien, la vida no es más que una sucesión de comienzos y finales, porque nada es eterno: ni las flores ni los árboles, aunque vivan miles de años. Mires donde mires, todo es perecedero, como nosotros, como las relaciones. Y lo mejor es aceptar que se ha terminado, que estoy triste y que quiero llorar —musito, sacando un pañuelo del bolso para sonarme con fuerza—, que quiero quedarme un rato sentada en el suelo, o mucho, ya puestos, pero que luego tendré que levantarme y seguir, porque si estoy en este punto es porque yo lo he decidido.

—Muy sensato. Si necesitas que me siente en el suelo un rato contigo, dímelo —susurra rodeando la isla de trabajo para venir a abrazarme.

—Me he quedado una sudadera suya, la tengo escondida para que no la encuentre cuando vaya a casa a recoger sus cosas —le confieso entre sollozos. Porque yo podré ser muy sensata, pero también tengo claro que, aunque me levante, voy a querer sentarme en el suelo para llorar un montón de veces, tantos días como tenga un mes, tantos meses como tenga un año.

—Vale, te guardaré el secreto —me dice sin soltarme, siendo esa roca en la que apoyarme, tal y como lo fue en el pasado, y tal y como lo fui yo con él cuando le dolió tanto que no pudo sostenerse en pie—. Si es para ti, volverá a tu vida y, si no lo es, mejor que se marche ahora a que lo haga más adelante.

—Eso te lo dijo Sonia, ¿verdad?

—Sonia suele dar muy buenos consejos, que te daría ahora mismo si se lo hubieras contado, al igual que mamá.

—Y se preocuparían y vendrían a verme todos los días y... Déjalo, prefiero vivirlo sola.

—Pero no estás sola, y no quiero que lo olvides —replica, moviéndose para poder mirarme a los ojos.

—Ya lo sé —murmuro, inspirando profundamente—. Kristel está a punto de llegar y va a flipar como me vea así —añado, alejándome del cobijo de sus brazos para dirigirme al baño y retocar mi maquillaje.



Lleno el mostrador con las lágrimas arremolinándose en mis ojos, enciendo las velitas con la tristeza siendo mi fiel escudera y me tomo el primer café con la garganta tan cerrada que apenas puedo tragar, deseando flaquear, echarme atrás y correr en su busca. Solo que mi pasado pesa más que mis deseos y lo mucho que lo quiero.

—¡Buenos días! —me saluda Kristel, tan feliz como siempre, cuando entra en la cafetería.

—Buenos días —le devuelvo el saludo mientras ella accede a la cocina, como una flecha, para dejar sus cosas y yo salgo del mostrador para ir a darle la vuelta al cartel de la puerta.

Empecé este sueño sin él, en mi peor momento. Y, con Marco, este sueño se cumplió. Y ahora voy a seguir este sueño sin él.

Detengo la mirada de nuevo en las ventanas que dan a las habitaciones, preguntándome cuándo irá a mi casa a recoger sus cosas, si tiene pensado instalarse en el DIGG o si estará echándome tanto de menos como yo a él, porque siento como si me hubieran quitado una parte del corazón. Esa parte que le corresponde, la que latía al ritmo del suyo y la que dibujaba un futuro precioso a su lado.

—¿Estás bien? —me pregunta Kristel cuando regreso al mostrador, fijando su mirada en la tristeza, que debe de ser como un cartel de neón en mi rostro.

—Marco y yo ya no estamos juntos, y no quiero hablar de ello —le aclaro. Y se limita a asentir con la cabeza y a darme un suave apretón, que me reconforta más que un millón de palabras.

Sin volver a mencionar el tema, atendemos a los clientes que van entrando y, con cada uno de ellos, siento que lo hace su recuerdo, porque él fue el primero de todos. Y durante unos breves instantes rememoro cómo le serví el café en un vaso para llevar, cómo me tomó el pelo haciéndome creer que nos habíamos besado la noche anterior o cómo le pedí al repartidor que esperara para devolverle la flor que me había regalado. Él forma parte de todo esto porque, en cierto modo, siento que su recuerdo está ligado a este sueño.

Con el tintineo de las campanitas, alzo la mirada hacia la puerta, sintiendo cómo mi corazón se sacude con fuerza cuando lo veo entrar. No a su recuerdo, sino a él.

—Me gustaría hablar contigo —me dice, pasando de la cola, y asiento en silencio pasando yo también, porque ahora lo único que me importa es él y lo que tenga que decirme.

—Dame un segundo, voy a por mi chaqueta. Te encargas, ¿verdad? —le pregunto a Kristel, tan nerviosa que siento que me tiemblan las piernas e incluso el corazón... si algo así es posible.

—Esto lo tengo controlado, no te preocupes por nada —me contesta, sin cesar en su labor—. Termino con esto y te atiendo —le indica con simpatía al cliente que iba a atender yo.

Sin demora, encamino mis pasos temblorosos hacia la cocina, sin decir nada, sin saber qué va a pasar. Porque que esté aquí puede significar que lo ha reconsiderado y ha decidido intentarlo o que se reafirma en su decisión y esto ha terminado.

Y en ningún momento se me ha ocurrido incluir algo que pase por mí, como reconsiderar su propuesta.

—Vamos —musito, abandonando el mostrador seguida por él... como en Roma, cuando fuimos a casa de sus padres.

Y, sin detener mis pasos y con el dolor estrangulando mi garganta, me marcho a ese momento: su madre aferrando mi brazo con suavidad mientras avanzábamos por ese ancho pasillo, como ahora avanzo yo por esta cafetería; él caminando unos pasos por detrás, tal y como está haciendo ahora, yo volviéndome para mirarlo, y esa sonrisa cómplice que intercambiamos cuando pensábamos que había un futuro esperanzador para nosotros. Tan distinto a ahora, cuando no hay un futuro para nosotros, posiblemente porque nos hemos dejado la comprensión por el camino o porque esa palabra nunca formó parte de la ecuación, solo que no lo sabíamos.

—No quería marcharme sin despedirme de ti —me dice cuando salimos a la terraza.

—¿Cómo? —le pregunto, sintiendo que el mundo se abre bajo mis pies y yo caigo por él.

—Demos un paseo, ¿vale? —me sugiere, echando a andar, y esta vez soy yo la que lo sigue unos pasos por detrás, como si andar me costara un sobreesfuerzo o como si no quisiera enfrentarme a lo que viene ahora, que no quiero—. Mi avioneta sale en un par de horas, regreso a Roma —me cuenta, deteniéndose para esperarme, mientras esa máquina trituradora de dolor se ensaña con mi corazón.

—Pero...

—He adelantado mi marcha, Thea lo ha entendido y... Bueno, después de lo que hemos compartido, no quería irme sin despedirme.

—Ya... —musito abrazando mi cuerpo, sin poder creer que esto vaya a acabar así.

—Creo que deberíamos darnos un tiempo para pensar y ver qué sucede —me comenta, acercándose a mí para acortar la distancia que nos separa—. Te quiero. Aunque esté cabreado contigo y me sienta engañado, te quiero, pero no puedo quedarme —me dice mientras mis palabras se convierten en lágrimas amargas—. Tú no quieres irte y lo entiendo, pero yo no quiero un invierno aquí —añade, atrapando mi mirada con la suya, secando mis lágrimas con un cariño que no esperaba—. Lo siento, siento lo de ayer y siento no poder darte lo que quieres —prosigue, abrazándome, y me limito a sollozar entre sus brazos—. Démonos un tiempo para pensar, ¿vale? Sin llamarnos pero sin olvidarnos, y cuando nos encontremos en verano, ya se verá —me propone, estrechándome fuerte contra su cuerpo, mientras yo siento la garganta estrangulada, como si una soga rugosa estuviera rodeándola, apretando tan fuerte que apenas puedo respirar y convirtiendo todo lo que soy en lágrimas y desesperación, la misma que sentí ayer, la misma que sentiré mañana y cada día.

—Al final no ha habido un invierno para nosotros —susurro con la voz tan rota como lo estoy yo.

—Pero puede que tengamos el verano —me dice, y besa mi frente.

—¿Quieres que te lleve al aeropuerto? —le pregunto sin soltarlo, necesitando un segundo más, un minuto más, una hora más, una vida más.

—Ese taxi de ahí está esperándome. Ya he devuelto la moto y he ido a tu casa a por mis cosas, pero gracias por el ofrecimiento. Te veo en verano, ¿vale? —me pregunta, secando mis lágrimas de nuevo, y me limito a asentir con la cabeza sintiendo que, otra vez,

me falta el coraje para decirle que esto no es lo que quiero, que esto nunca será lo que quiero.

—Buen viaje —susurro, sintiendo que me pesa la vida.

—Gracias —contesta antes de darse media vuelta y dirigirse hacia ese taxi que lo alejará de mí. Tal y como el avión lo alejará de estas islas.

Y echo a andar sin rumbo, sin poder dejar de llorar, sintiendo mi mundo roto de nuevo. Solo que esta vez dudo mucho que pueda pegar todos los trozos.



Lo bueno, y también lo malo, del paso del tiempo es que no se detiene a esperar a que tú estés lista. Él avanza, lo quieras tú o no, y no te queda otra que seguir adelante, sentada en el suelo o de pie.

—Estoy bastante harta de verte así, ¿sabes? —me espeta Breen mientras yo me limito a guardar silencio con su sudadera puesta, observando la nieve cubrir el paisaje con su manto blanco, como un lienzo del que él no ha querido formar parte.

—¿Puedes no ser tan bruta? —la reprende Liv, y yo detengo la mirada en el baile hipnótico del fuego.

—¿Puedes tú dejar de ser tan blanda? Así no la ayudas.

—Tú tampoco es que la estés ayudando mucho.

—Oye, te recuerdo que fue decisión suya quedarse y han pasado ya cuatro meses, no puede seguir igual que el primer día.

—Y yo te recuerdo que hay decisiones que, aunque sean las acertadas, te duelen hasta romperte y no importa el tiempo que haya pasado, y eso tú deberías saberlo —las oigo discutir mientras

las lágrimas ruedan silenciosas por mis mejillas y el dolor late acompasado en mi garganta. Un dolor al que me he acostumbrado, como a las lágrimas y como a la sensación de sentirme rota o incompleta.

—¡Ah, no! ¡Por ahí no vayas! ¡No es lo mismo!

Otro invierno separados. Otro invierno echándolo de menos. Solo que esta vez no sé dónde está, no sé si está bien o si también me estará echando de menos, porque esta vez no hay llamadas, no hay confidencias por la noche y no hay susurros roncos diciéndome dónde tengo que tocarme. Esta vez no hay nada, nada, solo mis lágrimas y esta añoranza que es como una losa en el pecho que me impide respirar con normalidad y ser feliz, y así no. Yo no elegí quedarme para sentirme tan desdichada ni quiero vivir esperando el verano cuando ni siquiera sé si tiene intención de regresar. Y, aunque lo hiciera, ¿volvería con él? Esperando los veranos, sufriendo con cada despedida y echándolo de menos cada invierno, año tras año.

No, no volvería con él, porque sufrir una vez es inevitable, sufrir dos veces puede que también lo sea, pero sufrir tres veces por lo mismo es ya una elección, y yo no elijo eso. No cuando está claro que ninguno de los dos va a cambiar de opinión y cuando nuestros caminos están tan alejados.

Con las lágrimas desbordándose de mis ojos ante lo que voy a hacer, cojo el teléfono mientras mis amigas siguen discutiendo y la nieve sigue cayendo silenciosa e incesante, cubriendo todos los colores con su manto blanco. Como mi dolor, que ha ido cubriendo mis ilusiones poco a poco hasta hacerlas desaparecer. Y pulso sobre su nombre para empezar a teclear.

No quiero otro invierno echándote
de menos ni quiero otro verano sin saber qué

sucederá. Tú no quieres vivir aquí
y yo no quiero vivir allí, así que lo mejor es
acabar con esto de una vez y ser felices cada
uno por su cuenta. Se terminó, Marco. Te deseo
lo mejor. Vive donde quieras y haz lo que
quieras, como supongo que estarás haciendo ya,
pero, si regresas, no me busques, porque a
partir de ahora eres
un desconocido para mí.

Y es el dolor tecleando por mí, es la impotencia colocando cada palabra y soy yo aceptando que mi vida y la suya no discurren por el mismo camino, por mucho que nos queramos. Y, cuanto antes lo aceptemos, mejor para los dos.

—Se ha terminado. Vamos a abrir una botella de vino, porque necesito emborracharme mucho para no pensar en lo que acabo de hacer —les digo, secándome las lágrimas, para luego levantarme y dirigirme a la cocina mientras ellas enmudecen con mis palabras.

—¿Cómo? —me pregunta Breen sin dar crédito.

—Que se acabó, pero de verdad. Acabo de enviarle un mensaje para decírselo —les cuento, descorchando la botella de vino.

—Desbloquéalo, necesito leer lo que has puesto —me ordena, tendiéndome el móvil.

—«No quiero otro invierno echándote de menos ni quiero otro verano sin saber qué sucederá. Tú no quieres vivir aquí y yo no quiero vivir allí, así que lo mejor es acabar con esto de una vez y ser felices cada uno por su cuenta. Se terminó, Marco. Te deseo lo mejor. Vive donde quieras y haz lo que quieras, como supongo que estarás haciendo ya, pero, si regresas, no me busques, porque a partir de ahora eres un desconocido para mí». Eso es lo que he puesto. Al final tenías razón y el amor no puede con todo —musito, percibiendo que mi labio inferior tiembla cuando abro el armario y

veo la vajilla que me regaló su madre—. Vamos a emborracharnos mucho —sentencio, obligándome a recomponerme, y cierro la puerta con la misma decisión con la que he pulsado el botón de enviar.

Capítulo 59



SILJE

Esbozo una sonrisa mientras conduzco de vuelta a casa tras un día agotador en la cafetería, sintiendo demasiadas cosas apretarme el pecho porque los días oscuros han quedado atrás, la nieve ha desaparecido y los rayos del sol vuelven a iluminarlo todo. Y no solo en las islas, sino también en mi interior. Y, aunque no me deslumbran, al menos la tristeza ya no lo cubre todo con su tupido manto.

¿Dónde estará? ¿Qué estará haciendo? ¿Se habrá quedado en Roma o se habrá marchado? ¿Pensará en mí? Y no son preguntas que llegan de manera espaciada en el tiempo, sino todos los días, y no una vez, sino varias. Y, con ellas, siento cómo el dolor llega para rodear ligeramente mi garganta. Ligeramente cuando hace unos meses la estrangulaba, así que voy bien. E inspiro hondo, algo que también es un avance, porque durante esos meses en los que apretaba tanto, recordé lo que era volver a respirar a medias.

Y ahora no me estrangula ni tampoco respiro a duras penas, pero sigue doliéndome, sigo echándolo de menos y sigo pensando en él cada día, como si su recuerdo se hubiera colocado a mi lado y no se separara de mí en ningún instante.

Cuando tomo el camino que me llevará a mi casa, recuerdo cuando llegaba y veía su moto estacionada frente a ella o ese día que me regaló flores y trajo hamburguesas para cenar; sus tonterías; su tupé repeinado hacia atrás; esa sonrisa arrogante, y esa mirada atestada de noches, que eran marca de la casa... Debería dejar de pensar en él de una maldita vez. Y seco con rapidez la lágrima furtiva que ha escapado de mis ojos. Debería olvidarme de él, salir con otros hombres y seguir con mi vida, pero de verdad, sin mirar atrás y sin echar de menos de una manera tan cruda, porque recordar lo que nos hizo felices está bien y, en cierto modo, es algo natural, pero lo otro no. Lo otro impide el avance y convierte el pasado en presente todo el tiempo, porque tengo la sensación de haberme quedado estancada en ese pasado que no consigo olvidar... como ese coche que se queda atrapado en el fango y que, por mucho que acelere, no consigue salir de ahí, solo ponerlo todo perdido; como me sucedería a mí si saliera con otros hombres, al menos ahora, tan pronto.

Aparco frente a mi casa, imaginándolo sentado a mi lado, viendo su sonrisa de nuevo y sintiendo el latido del dolor en mi garganta. «Para. Para...». Y antes de que las lágrimas se desborden de mis ojos, me obligo a prestar atención a otras cosas, a distraer mi mente, a centrarme de una vez.

Tras apearme del vehículo, observo la casa que perteneció a mis abuelos y, anteriormente, a mis bisabuelos, en la que nació mi madre y donde Loki y yo dimos nuestros primeros pasos. Casa. Hogar. Raíces. Y también pertenencia a un lugar. Y detengo la

mirada en las montañas que se vislumbran a lo lejos mientras escucho el arrullo tranquilizador del mar y siento la caricia helada del viento.

Si yo no hubiera amado tanto este sitio, ahora estaría viviendo en Roma, amándolo a él. Si yo no hubiera tenido tantos sueños aquí, ahora estaría viviendo otros sueños a su lado. Solo que amaba... amo estas islas y tenía demasiados sueños como para renunciar a ellos y plantearme vivir en esa ciudad sucia, calurosa y ruidosa, por mucho que esa ciudad incluyera a Marco.

Y ahora estamos separados por dos mil ochocientos kilómetros de distancia, en el caso de que siga en Roma.

Con su recuerdo caminando a mi lado, bordeo la casa para empaparme de estas vistas, que siempre serán hogar, y tranquilizar mi corazón con el verde brillante de la hierba, con el blanco y morado de las flores, que parecen alzarse orgullosas por encima de ella, y con el turquesa del agua, que hoy se encuentra tan agitada como lo está mi interior.

¿Cómo pretendía que me gustara aquello cuando crecí en un sitio como este? ¿Cómo pretendía que me planteara dejarlo todo cuando tenía tantos sueños por cumplir aquí?... y ni cedí yo ni cedió él y hemos preferido perdernos a perder nuestra vida... Puede que no nos quisiéramos lo suficiente como para renunciar a lo demás... No... Qué va, nos queríamos demasiado. Y dejo de ver lo que tengo frente a mí para vernos juntos; para atrapar, a modo de recuerdos, esa felicidad que me estallaba en el pecho y rememorar sus besos, su manera de tocarme, las noches a su lado y los amaneceres entre sus brazos.

Y ahora todo eso forma parte de nuestro pasado. Ensombreciendo el gesto, retrocedo sobre mis pasos para entrar en mi casa y abrazar la calidez que siempre encuentro en ella. Calidez y recuerdos. Los

que lo traen de vuelta, pero también otros de otro tipo, más dulces, más sencillos e inocentes. Y retrocedo un poquito más en los años para oír de nuevo las voces de los que fuimos: de esa Silje pequeñita, que siempre iba detrás de Loki o correteando a su lado; las de mis padres siendo jóvenes, y las de mis abuelos... El recuerdo de esa felicidad del ayer conviviendo con la felicidad del ahora, porque, a pesar de lo que he llorado, y sigo llorando, he logrado volver a ser feliz a mi manera, de una forma distinta, más madura, no tan explosiva ni apabullante, sino más calmada. Y ni siquiera sé si *feliz* sería la palabra correcta. ¿Contenta? ¿Tranquila? ¿Conforme? Sin darme cuenta tuerzo el gesto, porque nunca deberíamos conformarnos ni engañarnos.

Con ese pensamiento molesto, y tras dejar mis cosas en el armario de la entrada, encamino mis pasos hacia el frigorífico para servirme una copa de vino blanco. Luego me dirijo al piso de arriba, donde, tras llenar la bañera, le echo un par de perlas de aceite con aroma a lavanda, enciendo unas cuantas velas y pongo música suave. Un ratito para mí, para cuidarme, para relajarme y también para darles vía libre a los recuerdos sin sentir remordimientos por ello, como esas personas que se conceden el capricho de comerse un par de bombones al día. Solo que, en mi caso, esos bombones son este momento para regodearme en mi pasado, sin sentirme mal por ello ni juzgarme; para echar la vista atrás y pasearme por estos últimos años hasta quedarme en el momento que me apetezca. Y me quito la ropa, que dejo en el taburete de madera, para seguidamente hundirme en el agua caliente y fragante.

Mi momento para recordar. Y empiezo a retroceder en el tiempo. Mi momento para volver a estar con él.

Capítulo 60



Islas Lofoten. Junio de 1994

MARCO

De nuevo aquí. Con la cantidad de sitios que hay en el mundo por descubrir, he vuelto a elegir estas islas. Estas islas y Leknes, donde vive Silje. Y siento cómo mi interior se calma y mi corazón se vuelve loco, todo al mismo tiempo, cuando la avioneta comienza a perder altura, porque este lugar siempre será calma para mí y ella, la única mujer capaz de manejar sus latidos a su antojo, aunque no lo sepa y aunque ya no estemos juntos. Inspiro con fuerza al recordar cómo se detuvieron en seco cuando recibí ese mensaje en el que me decía que a partir de ese momento me convertía en un desconocido para ella. Un desconocido, y una mierda. Aprieto la mandíbula con fuerza, todavía sin tener muy claro si la he jodido regresando o si he hecho lo correcto.



—Si necesitas ir, ve. No te lo pienses ni te lo cuestiones tanto, haz lo que te pida el corazón —oigo de nuevo las palabras de mi madre.

—Mi corazón se vuelve loco solo de pensarlo —le contesté, sintiendo que se aceleraba ante la mera posibilidad de verla de nuevo.

—El corazón solo enloquece cuando algo nos importa de verdad. Regresa a esas islas, averigua qué es lo que quieres y lo que te hace feliz, y, cuando lo sepas, que nada te detenga.



Pues ya estoy aquí.

Suelto todo el aire de golpe al ver a través de la ventanilla cómo la avioneta toma tierra. Ya no hay marcha atrás. Y me levanto para incorporarme a la cola que ha comenzado a formarse. Joder, he hecho esto tantas veces a lo largo de estos últimos años que casi me siento uno de ellos. Y acaricio la cabeza del perro que tengo frente a mí y que me recuerda un poco a Amarok.

Mismo lugar, pero situaciones completamente distintas. Desciendo por la escalerilla del avión, recordando cómo el año pasado llegamos juntos, cargados de ilusiones, cuando en esta ocasión llego solo en busca de respuestas y sin saber qué hostias voy a encontrarme. Indiferencia por su parte, en el mejor de los casos, o que haya

rehecho su vida, en el peor de ellos. Y siento cómo algo dentro de mí se bloquea hasta el punto de robarme la respiración ante esa posibilidad.

Capítulo 61



SILJE

—No puedo creer que Karoline nos haya dado plantón. Mira que he intentado convencerla, pero no ha habido manera —se queja Kristel, haciendo referencia a la chica que trabaja en la cafetería desde hace un mes, más o menos, pues es tal la afluencia de clientes que tenemos ahora que he tenido que contratar a otra camarera. E incluso hay momentos en los que me planteo contratar a una tercera. Sonrío para mis adentros mientras terminamos de recogerlo todo. Con lo mal que lo pasé al principio...

—Yo creo que nos tiene un poco de miedo —bromeo, divertida, recordando el ritual de bienvenida que le hicimos el otro día y cómo se negó en redondo a beber vino—. Brindó con agua, ¿te lo puedes creer? ¿Quién brinda con agua? —le pregunto sin dar crédito.

—He tenido pesadillas con eso —me suelta, provocando mi carcajada—. Te lo digo en serio, no va a durar —me asegura, convencida, cortándome la carcajada en el acto, porque estoy un

poco harta de cubrir ese puesto y de escuchar su teoría sobre las borracheras—. Lo tengo comprobado: o cogen una buena cogorza, como cogí yo, o tienen los días contados —insiste mientras yo la miro enarcando una ceja porque me niego en redondo a darle crédito a eso. Menuda tontería—. ¿Qué nos apostamos?

—No pienso apostarme nada contigo.

—Si se marcha, que lo hará, darás mi teoría por cierta y aceptarás que hay una especie de maldición con ese puesto que solo el vino puede romper, y, si se queda, entonces aceptaré que mi teoría es una tontería.

—Es una tontería —remarco con menos firmeza de la que debería haber mostrado.

—Sarah fue la primera en iniciar la maldición: no quiso beber y, cuando llevaba algo así como un mes, le ofrecieron a su pareja ese ascenso en Oslo y lo dejó. Lottie tampoco quiso beber y duró dos semanas. Y ahora tenemos a Karoline, que tampoco ha querido beber. No va a durar —insiste, de camino a la cocina para coger sus cosas, y la sigo, poniendo los ojos en blanco.

—Nos vamos, señora Larsen, que pase un buen fin de semana —me despido, yendo hacia el perchero para coger el abrigo y el bolso.

—Hasta luego, señora Larsen. Si se anima, estaremos en el DIGG —le dice Kristel con esa alegría que nunca la abandona y que tantas veces le he envidiado.

—Contigo no tendré pesadillas porque bebas agua —me meto con ella, dirigiéndome hacia la puerta seguida por sus carcajadas.

—Por suerte para ti. ¿Te imaginas tener que cubrir dos puestos?

—¡Todavía no se ha ido! —exclamo entre risas, cruzando la terraza y abrazando esta luz dorada y preciosa que llega con el sol de medianoche.

—Brindó con agua y no se emborrachó, yo creo que está más que claro —repite, cansina.

—Paso de contestarte. Ostras, ¡qué frío! —exclamo cruzando la calle mientras sonrío feliz, porque me encanta esta costumbre que tenemos de ir al DIGG todos los sábados por la tarde, cuando echamos el cierre, para darle la bienvenida al fin de semana como se merece. Una costumbre que nos convierte en algo más que en jefa y empleada: nos convierte en familia, lo que siempre sentí trabajando con la señora Anette.

Siento como si me dieran un puñetazo seco y repentino en el pecho cuando veo una moto de gran cilindrada estacionada en el parking.

«Estamos a principios de junio... Él suele venir por estas fechas y suele alquilar motos de este tipo». Con ese pensamiento mi corazón sale disparado de mi tórax para comenzar a latir en mi cabeza. Y, sin pensarlo y dejándome llevar por todo esto que está asolándome por dentro, echo a correr hacia la entrada porque necesito comprobar que estoy equivocada, que no ha vuelto, que mi vida no va a sacudirse de nuevo y, al mismo tiempo, deseando con todas mis fuerzas abrir esta puerta y verlo otra vez tras la barra.

—¡Espera! ¿A dónde vas con tanta prisa? —oigo que me pregunta Kristel en el mismo instante en el que yo la abro con decisión y clavo la mirada en la barra.

Vale, no es él. Respiro con alivio al tiempo que la decepción llega de la nada para adueñarse de mi pecho y tomar asiento en él mientras observo al camarero con coleta que está hablando con mi hermano y que, si no fuera por el pelo, me recordaría demasiado a él. Aferro el pomo con fuerza y mi corazón se detiene de repente cuando se vuelve ligeramente, premiándome con su perfil.

Marco. Está aquí. Ha vuelto.

Cierro la puerta antes de que me vea, sintiendo que me fallan las piernas, que no puedo respirar y que el mundo acaba de abrirse bajo mis pies para que yo caiga de nuevo por él.

—¿Por qué has cerrado? ¿Qué te sucede? —quiere saber Kristel mientras yo me siento en uno de los escalones, oyendo la música del local que se cuela por debajo de la puerta. «Islands in the Stream», justo la canción que sonó la noche que lo conocí. No puede ser verdad. ¿Acaso no tienen más canciones en su repertorio? ¿Y acaso no hay más lugares en el mundo que no sea este? Y oculto la cabeza entre las piernas, todavía procesando que está aquí—. ¿Silje? ¿Qué pasa? —insiste, preocupada, sentándose a mi lado mientras yo me concentro en respirar.

—Ahí dentro está él —logro pronunciar, alzando la cabeza para mirarla a los ojos.

—Él... ¿quién? —inquiere sin pillarlo. Empiezo a verlo todo borroso, y no precisamente por las lágrimas, sino porque el mundo ha comenzado a sacudirse o a temblar muy fuerte—. ¿Marco? —adivina finalmente mientras yo no puedo enfocar la mirada—. ¿Y qué hacemos? ¿Quieres que vayamos a otro sitio? Pero Loki está ahí dentro esperándonos —prosigue al tiempo que yo proceso, a cámara lenta, lo que acabo de ver: a mi hermano hablando con él.

«Maldita sea, maldita sea... ¿Y ahora qué? Con lo que me costó encontrar la calma, respirar otra vez, dejar de llorar, volver a dormir una noche entera... y ahora está aquí de nuevo. De nuevo en mi vida... si se lo permito».

Endurezco el gesto, sintiendo la ira enfocar mi mirada de golpe y adueñarse de mi voz. Porque una cosa es que yo retroceda en mis recuerdos para estar con él o que lo sienta a mi lado a cada maldito segundo, y otra muy distinta es abrirle otra vez la puerta de mi vida.

Y eso sí que no, porque de mis recuerdos puedo salir, pero no creo que pueda superar otra despedida.

—Vamos a entrar y a seguir con nuestros planes —resuelvo, levantándome con decisión, porque, si a él no le ha importado venir, a mí ha de importarme menos que lo haya hecho.

—¿Estás segura? —me plantea con seriedad porque, aunque en un principio no quise hablar con nadie de Marco, un sábado entre copa y copa acabé contándoselo todo. Aunque, más que contárselo, yo diría que se lo vomité, y encima entre lágrimas, que es lo peor.

—Muy segura. No vamos a cambiar nuestras costumbres porque él haya decidido premiarnos con su presencia un verano más. Para mí no existe, punto. Venga, vamos.

Nuestras costumbres y mi vida.

—No sé si esto es muy buena idea.

—Por supuesto que lo es —mascullo, abriendo la puerta con decisión.

Solo que esta vez no me quedo clavada en mi sitio, no agarro el pomo con fuerza ni me quedo mirándolo embobada, sino que accedo al local con la firmeza que llega con la rabia más auténtica. Porque, si tanto le gusta el verano, debería haberse largado a otras islas, como las Maldivas. O, al menos, haber elegido otro municipio de las Lofoten, en lugar de regresar aquí, donde estoy yo. Y me acerco a mi hermano, que está charlando con él como si lo hubiera visto hace nada.

¿Y si lleva aquí desde hace días? ¿Y si Loki lo sabía?

—¿Nos sentamos? —le pregunto con sequedad, dándole la espalda a Marco al tiempo que recuerdo cuando nos conocimos. Ese día también le di la espalda y, como aquel día, vuelvo a ser plenamente consciente de su presencia tras de mí. Pero esta vez no

me giro ni me presento ni le tiendo la mano, sino que lo ignoro con la fuerza de todos los mares.

—Claro, te estaba esperando. Me alegra tenerte de nuevo por aquí —oigo que le dice a Marco, y yo tuerzo el gesto al tiempo que encamino mis pasos hacia la mesa más alejada de la barra. Maldita sea... Maldita sea.

—Tía, qué fuerte, ¿no? ¡Está guapísimo! ¡Mucho más que el verano pasado! ¿Te has dado cuenta de que ya no lleva el tupé y ahora lleva coleta? No hay nada que me parezca más sexy que un tío con el pelo largo.

—No sé de quién me hablas, yo no he visto a nadie —suelto con el enfado dominando mi voz. Solo que, escondidas y buceando en mi pecho, están la tristeza y la decepción. Y también ese amor que no he dejado de sentir y que de poco nos sirvió.

Tomo asiento, dándole de nuevo la espalda, todo lo contrario a lo que hice el día que nos conocimos, cuando me peleé con Breen por sentarme en la silla que estaba frente a la barra.

—¿Pedimos? —me propone Loki como si nada, sentándose también. Y lo fulmino con la mirada—. Ni se te ocurra ponerme en esa tesitura; es amigo mío desde antes de que lo vuestro empezara y lo que sea que haya entre vosotros ahora no me incumbe.

—Sabes que entre nosotros no hay nada. ¿Sabías que estaba aquí? —indago pasando por encima de mis deseos, porque no debería preguntarle nada, ni siquiera debería querer saber nada y, en cambio, quiero saberlo todo.

—No, me he enterado cuando he entrado y lo he visto. Llegó anoche.

—No te he preguntado.

—¡Acabas de hacerlo! —exclama entre risas.

—No es cierto, solo te he preguntado si sabías que estaba aquí. Lo otro es información adicional que no me interesa en absoluto —le miento, haciéndole un gesto al camarero para que venga a tomarnos nota.

—¿Y Karoline? ¿No viene?

—Nos ha vuelto a dar largas —oigo que le contesta Kristel mientras yo finjo leer la carta, porque me sé todos los puñeteros platos de memoria, sintiendo demasiadas cosas enredadas en mi pecho.

Porque, aunque no quiera volver con él, daría lo que fuera por poder hacerlo, por volver a besarlo, por volver a estar entre sus brazos y por volver a reírme con sus tonterías; por poder girarme, repetir lo que viví cuando lo conocí y también lo que vivimos el verano pasado. Solo que hay errores que puedes cometer una vez, dos a lo sumo, pero cometer el mismo error tres veces es de ser muy idiota.

—¿Qué os pongo, chicos? —nos pregunta el nuevo camarero de Thea, un chico que, como él, también está de paso. Puede que él también termine enamorando a alguna chica de aquí, que terminará hecha polvo cuando él decida regresar a su casa, como todos. Porque todos se marchan...



—Los que nos quedamos echamos de menos a los que os vais, resulta algo inevitable...

—Los que nos vamos también os echamos de menos...

—Y no olvides que la esperanza es lo último que se pierde. Puede que, algún día, incluso tú cambies de opinión y decidas trazar un círculo más pequeño.

—No creo, me gusta demasiado mi vida.



Sin pretenderlo, rememoro aquella conversación con Marco mientras los oigo de fondo pedir, percibiendo de nuevo su mirada dentro de mi cuerpo, como tantas veces la sentí en el pasado. Y, con ella, el calor regresa para correr por mis venas, despertándolo y contrayendo suavemente mi vientre.

—¿Cómo estás? —oigo que se interesa mi hermano, y me obligo a cerrarles la puerta a esas sensaciones que estaban empezando a ser para que no sean, al menos con Marco—. Y no me digas que estás bien, porque te conozco.

—Le he propuesto ir a otro sitio, pero no ha querido.

—Estoy bien, de verdad —le aseguro, dedicándole luego una sonrisa al camarero cuando regresa para traernos el vino, recordando cuando nos lo sirvió él la noche que lo conocimos—. Ha sido una sorpresa encontrarlo aquí —retomo lo que estaba diciendo cuando volvemos a quedarnos a solas— y preferiría que hubiera elegido otro lugar para trabajar, pero es lo que hay y he decidido que no voy a cambiar mis costumbres ni mi vida porque él haya decidido regresar. Para mí no está; se marchó a Roma y sigue estando allí.

—El tema es que sigues enamorada de él —afirma Loki, convencido, y me encojo de hombros, porque ¿qué más dará lo que

yo sienta o lo que yo quiera cuando nuestras vidas están tan alejadas? Concretamente, por dos mil ochocientos kilómetros de distancia, aunque lo tenga detrás.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Y, si es posible, que no tenga relación con él; no quiero que me lo mencionéis ni que volvamos a sacar el tema. Tú puedes ser su amigo si quieres, faltaría más, pero que esté en tu vida no implica que esté en la mía —le digo con seriedad, teniendo muy presente que no son la rabia ni el enfado ni tampoco la decepción quienes hablan por mí, sino que es el sentimiento de protección el que está colocando cada palabra en la punta de mi lengua. Porque necesito protegerme de ese dolor que me trituró por dentro y que me dejó tan destrozada que sigo teniendo secuelas, como quien tiene un grave accidente del que no consigue recuperarse del todo.

—Venga, brindemos, ¡por el fin de semana! —propone Kristel, alzando su copa, y yo también alzo la mía, intentando sonreír sin llegar a conseguirlo. Porque está aquí, a unos pocos metros de mí. Porque esta vez no tengo que recordarlo ni ponerme su sudadera para sentirlo más cerca, sino que solo tengo que girarme para encontrarme con su mirada, con esa sonrisa con la que sigo soñando y con el hombre del que sigo enamorada, aunque no se lo diga a nadie.

Y, aunque no me doy la vuelta ni hablo con él, sé en cada momento en qué parte de la barra se encuentra, cuándo me mira e incluso soy capaz de detectar su voz o sus carcajadas por encima de la música... como si mis sentidos estuvieran conectados con él. Sin dejar de bailar, copa en mano, valoro marcharme de una vez, porque estoy muy cansada de fingir que me lo estoy pasando bien cuando en lo único en lo que pienso es en irme. Y no ahora, sino desde que lo he visto.

—Creo que me marcho ya —le comento a Kristel.

—¿Yaaaa? ¿Por qué? ¡Todavía es pronto! —exclama, disgustada, sin dejar de bailar—. Solo cuatro o diez canciones más, ¡por favor! —me suplica, consiguiendo que una sonrisa se adueñe de mi rostro ante el tono que ha empleado.

—Estoy cansada y, además, Loki no tiene pinta de querer irse, así que no te quedas sola —contesto poniéndome la chaqueta, sintiendo de nuevo su mirada dentro de mi cuerpo, como no ha dejado de suceder a lo largo de toda la noche.

—Loki lleva apoltronado en la barra desde que hemos terminado de cenar, ¡es como si no estuviera!

—Perfecto, así tienes la excusa perfecta para sacarlo a bailar —le propongo, guiñándole un ojo y sonriendo al recordar ese día en el que Sonia me dejó caer que Kristel sería perfecta para Loki. Ella y su manía de emparejarnos siempre. Suerte que nunca le hablé de Marco porque, de haberlo hecho, la habría tenido metiendo las narices todo el tiempo. Sobre todo ahora que ha vuelto.

—Tu hermano no baila —me suelta con disgusto, rescatándome de mis pensamientos.

—Eso no lo sabes, igual contigo sí —replico entre risas, porque eso sí que me gustaría verlo. Y no que baile, sino que lo haga con ella, porque Sonia tiene razón y son tal para cual, aunque ellos no se hayan enterado todavía—. Despídeme tú de Loki —le pido antes de echar a andar hacia la puerta sin molestarme en mirar hacia donde se encuentran mi hermano y él, sintiendo los latidos de mi corazón acelerarse cuando percibo otra vez su mirada puesta sobre mí.

Y es algo que se nota. Como si una energía distinta, cargada de electricidad, envolviera mi cuerpo y se adentrara en él, llenándolo de un fuego que no quema pero que incendia. Abro la puerta con más ímpetu del necesario, porque necesito salir de aquí de una vez para

dejar de sentirme así. Cuando se cierra tras de mí, dejando la música dentro... y a él, respiro hondo. Prueba superada. Y cierro los ojos momentáneamente mientras mi corazón sigue latiendo a toda prisa en mi pecho.

—Silje —oigo su voz oscura y firme a mi espalda... Su voz y la música que ha escapado en cuanto ha abierto la puerta, como si no quisiera perderse nada, como si quisiera enterarse de todo. Mantengo la vista al frente, incapaz de girarme, incapaz de enfrentarme a él, y, al mismo tiempo, deseando con todas mis fuerzas encontrarme de nuevo con su mirada. Y es un deseo tan fuerte y desgarrador que necesito hacer acopio de la poca fuerza de voluntad que me queda para empezar a descender los escalones a toda prisa—. ¡Que me mires, joder! —masculla aferrando mi brazo para hacer que me detenga y consiguiendo que mi piel, mi corazón y cada célula de mi cuerpo griten su nombre entre sollozos.

—Suéltame —le ordeno con una frialdad que me sorprende incluso a mí al tiempo que vuelvo mi rostro finalmente hacia el suyo, para encontrarme con esos ojos llenos de noches cerradas que no he conseguido olvidar.

Está impresionante. Cediendo a mis deseos, me pierdo un momento en la oscuridad de sus ojos, en su ceño fruncido, en el mechón de pelo que ha escapado de su coleta, y que ahora está acariciando su mejilla, y en esos labios decididos que conozco tan bien y que tantas veces he soñado con volver a besar. Y ahora lo tengo a escasos centímetros de mí y sigue siendo tan imposible como lo era hace unos meses, cuando la nieve lo cubría todo.

—No pienso repetírtelo —gruño pisoteando todo lo que estoy sintiendo, porque no puedo pasar de nuevo por lo mismo—. Te lo dije en mi mensaje: a partir de ese momento te convertías en un completo desconocido para mí, ¿qué parte no entendiste? —le

pregunto, molesta, liberándome de un tirón y sintiendo la añoranza llorar en mi pecho hasta hacer charco.

—Yo seré lo que tú quieras, pero un desconocido es justo lo que nunca voy a ser —replica, insonorizando al mundo con su presencia arrolladora y su voz—. Hablemos... por favor.

—Lo que teníamos que hablar ya lo hablamos el verano pasado. Lo siento, pero hay errores que no pienso repetir —le aseguro sin variar mi tono y llorando por dentro. Porque lo que viví a su lado nunca será un error y porque no es esto lo que quiero: no quiero hablarle así, no quiero que sea un desconocido, nunca, para mí, y no quiero alejarme de él—. Trabajamos en la misma calle, pero para mí sigues estando a dos mil ochocientos kilómetros.

—¡Y una mierda! —farfulla comiéndose la poca distancia que nos separa para abrazarme con fuerza.

Y lloro en silencio durante el breve instante en el que permito que sus brazos me envuelvan de nuevo, ese breve instante en el que siento que mi cuerpo se adapta al suyo y que mis pulmones se abren de par en par para inspirar la fragancia de su cuerpo. Ese breve instante que es el mejor momento que he vivido desde que no está conmigo. Siento la dureza de su pecho y la fuerza de su abrazo. Lo que quiero y lo que no voy a tener.

—No vuelvas a dirigirme la palabra. Para mí esto ha terminado, terminó cuando te largaste, y ahora estoy a otra cosa —le miento, zafándome de sus brazos y mirándolo a los ojos con una determinación que solo es la fachada que esconde mi miedo a sufrir otra vez cuando su avión se aleje de estas islas. Miedo, dolor y ese tipo de añoranza que te hace sentir incompleta porque te falta lo más importante.

—¿Y puedo saber a qué estás? —replica con sequedad, atándome a su mirada atestada de seriedad.

—No, no puedes, y no vuelvas a dirigirme la palabra —mascullo antes de largarme en busca de mi coche.

Y es cierto que la firmeza ha dominado mi voz, pero lo que no sabe es que por dentro estoy llorando, tanto como he llorado estos meses en los que he estado alejada de él.

Capítulo 62



Dos meses después

SILJE

—Alucino con la fuerza de voluntad que tienes —me dice Breen, con mucha admiración, mientras nos tomamos un vino en mi terraza—. ¿En serio no habéis vuelto a hablar? ¿Ni una sola vez? —me pregunta.

Niego con la cabeza mientras siento la tristeza latirme fuerte en la garganta, porque un día más es un día menos para cambiar de opinión y porque pensaba que, si lo ignoraba, mi vida seguiría tal y como estaba, que la máquina trituradora no se pondría en marcha y que la añoranza no me arañaría con saña. Y no ha sido así. Para nada.

—Ni siquiera he permitido que nuestras miradas vuelvan a cruzarse —le confieso en voz baja, con la mirada puesta al frente,

recordando ese abrazo que me dio y al que he regresado tantas veces, demasiadas.

—Pues no sabes lo que te estás perdiendo, porque Roma ha regresado a caballo y por la puerta grande.

—Para protegerte, ¿verdad? —interviene Liv, pasando de Breen, mientras yo siento las lágrimas empezar a gotearme en la garganta hasta formar un charco en mi pecho. Y, más que un charco, parece un lago, un lago enorme y salado atestado de lágrimas de dolor.

—Ni siquiera me he permitido volver a mirarlo y, aun así, no dejo de verlo todo el tiempo... Me parece una putada enorme que haya decidido regresar a Leknes y volver a trabajar en el DIGG, justo ahora que había conseguido estar bien y tranquila... Tenerlo tan cerca es como un recordatorio constante de lo que tuvimos y de lo que no vamos a volver a tener.

—¿Y no te lo has encontrado nunca en la calle? Cara a cara, digo —me plantea Breen.

—Cara a cara, no, aunque muchos días, cuando llego por las mañanas, siento su mirada en mi cuerpo, pero no me giro ni lo busco, simplemente sigo caminando —les cuento, recordando esa sensación de sentirme observada y saber que se trata de él—. Algunas tardes se queda en la puerta del DIGG mirándome mientras cierro, pero no ha vuelto a dirigirme la palabra. Solo se queda ahí, de pie, observándome... Ni siquiera he regresado a esos lugares que sé que le gustan por miedo a encontrármelo.

—Vamos, que te estás escondiendo —me suelta Breen.

—Menos los sábados, que entro en el DIGG con la cabeza bien alta y me quedo hasta las tantas, como si fuera masoca —les confieso, omitiendo mencionar que encuentro un extraño placer, no exento de dolor, en compartir espacio con él; en oír de nuevo su

voz; en sentir esa electricidad envolver y adentrarse en mi cuerpo, y en saber que está a unos pocos metros de mí.

—¿Y no sería mejor que hablarais? —me sugiere Liv con dulzura —. No lo has olvidado y está claro que él a ti tampoco. Podríais hablar, no sé, ver qué pasa...

—Lo único que va a pasar es que en unas semanas su avión estará despegando de nuevo. Créeme, es mejor así. No me imagino siendo solo su amiga o charlando con él de temas banales como el tiempo, como dos ex bien avenidos... ni mucho menos retomando lo que tuvimos sabiendo lo que vendrá después —musito, sintiendo cómo algo dentro de mí se rompe un poco más. El después, el derrumbe, las lágrimas y el dolor. La máquina trituradora yendo a toda velocidad. La pérdida que ahoga. La añoranza que lo cubre todo—. Tenías razón, y saber lo que sucederá no hace que duela menos —le digo a Breen con un hilo de voz, viendo la comprensión brillar en sus ojos—. Este año, cuando se marche, no me quedaré hecha mierda ni estaré meses llorando; simplemente seguiré a lo mío. Por cierto, hoy Karoline se ha despedido —les cuento cambiando de tema, porque, como sigamos hablando de Marco, voy a acabar llorando y porque no sirve de nada hablar de algo que no tiene solución.

—¿En serio? Menuda racha llevas con ese puesto, suerte que tienes a Kristel —me dice Breen, antes de llevarse la copa a los labios.

—Por suerte, ya tengo sustituta —añado, esbozando una sonrisa, sin poder creer la suerte que he tenido al encontrar a Emma.

—Qué rápido, ¿no? —interviene Liv, sonriendo.

—Ha sido pura casualidad, pero bendita casualidad. En serio, casi me ha dado algo cuando me ha dicho que lo dejaba, ¡con el trabajo que tenemos ahora! Suerte que Emma estaba tomándose algo en la

cafetería, ha pillado lo que estaba pasando y se ha ofrecido a cubrir el puesto. Si no fuera porque está de paso, sería perfecta —les explico, omitiendo añadir que estoy decidida a emborracharla este sábado, porque está claro que Kristel tiene razón y, o coge una buena cogorza, o tiene los días contados.

—No hay nadie perfecto, olvídate.

—Kristel es perfecta, es imposible ponerle un «pero», y Emma parece buena chica; tiene experiencia como camarera y me ha dicho que la felicidad será lo único que determine su estancia aquí. Ya podría Marco basarse en eso, joder —me quejo, clavando la mirada en la oscuridad que empieza a dominar ya el cielo. Y de verdad que no quería nombrarlo, pero no me quito esa respuesta de la cabeza, porque mi felicidad cogió ese avión con él y no ha regresado.



—Hola, buenos días —me saluda Emma, a la mañana siguiente cuando entra en la cafetería mientras yo voy colocando en la vitrina las tartas que acaba de preparar Loki.

—Hola, Emma, buenos días. Dame un segundo —respondo, captando sus nervios al instante. Ay, pobre—. Ayer no te comenté nada, pero todos llevamos aquí la misma camiseta —le digo, observando el suéter de lana gruesa que lleva—. Te he pedido la talla pequeña; es la tuya, ¿verdad? —le pregunto, echándole un vistazo rápido para cerciorarme al tiempo que ella asiente con la cabeza—. Genial, porque, además, con ese jersey tendrías calor. Ven, sígueme —le pido, accediendo a la cocina seguida por ella—. Él es mi hermano, Loki, nuestro cocinero.

—Encantado de tenerte por aquí, Emma —la saluda con simpatía, sin cesar en su labor.

—Gracias, lo mismo digo. ¿Estás preparando rollitos de canela? —le pregunta con genuino interés, sorprendiéndome muchísimo, porque esto es lo último que esperaba que preguntara.

—Así es. ¿Quieres que te enseñe?

—Ostras, pues me encantaría —oigo que acepta mientras yo voy en busca de su camiseta.

—Toma, aquí tienes. No tengo inconveniente en que aprendas y le eches una mano a Loki de vez en cuando, pero recuerda que tu trabajo está fuera, atendiendo a los clientes, no en esta cocina —matizo, porque no quiero que se confunda y tener luego conflictos innecesarios.

—Mi hermana es una especie de sargento, pero todos hemos aprendido a quererla; no te preocupes, que, con el tiempo y con mucha paciencia, tú también lo lograrás —le suelta Loki, y lo fulmino con la mirada.

—Tranquila, lo tengo claro. ¿Dónde están los baños?

—Es esa puerta de ahí —le indico, señalándosela con la cabeza—. Eres idiota —regaño a mi hermano cuando Emma no puede oírme, provocando su carcajada—. No tiene gracia y no soy una sargento: soy jefa, algo que tú no has querido ser.

—Exacto, y sigo pensando lo mismo. Esos marrones te los dejo a ti, que, además, se te dan de miedo.

—Muchas gracias —le suelto, molesta, cruzándome de brazos.

—Lista. ¿Me explicáis un poco el funcionamiento?

Ante su atenta mirada, voy explicándoselo todo, comprobando al instante que es de las que lo pillan a la primera. Y menudo alivio, porque, con el trabajo que tenemos ahora, lo último que necesito es

a una camarera a la que tenga que repetírselo todo doscientas veces.

—Buenos días, muchachas —nos saluda Sven, sonriéndonos con la mirada mientras se acerca al mostrador.

—Buenos días, señor. ¿Le pongo algo? —se anticipa Emma a mi saludo, sonriendo de oreja a oreja, y la miro sonriendo yo también. Vamos bien.

—Un café y un trozo de tarta de queso, por favor —le pide, dedicándome una sonrisa cómplice.

Y puede que no sea mi padre, pero lo quiero como si lo fuera.

—¿Va a tomarlo aquí?

—Sí —le responde, guiñándome un ojo, y lo hago yo también, optando por mantenerme en silencio y ver cómo se maneja.

—Yo te lo llevo y te invito también —le suelta, sorprendiéndome y borrando mi sonrisa en el acto, porque no entiendo a qué viene esto —. Sven es mi vecino y tengo mucho que agradecerle. Descuéntame su desayuno de mi nómina, por favor —me aclara antes de que pueda decir nada, y yo ato cabos a toda prisa. Porque, si es vecina de Sven, significa que se aloja en el hotel de Sonia. ¡Menuda casualidad!

—Ni se te ocurra hacer eso. Dime qué te debo —me ordena Sven con seriedad.

—Nada, te invita ella. La próxima vez ya lo pagarás —resuelvo sin titubear.

—Permíteme que te invite, por favor, solo por esta vez, en señal de agradecimiento por todo lo que has hecho por mí —le pide con dulzura.

Ay, qué mona es, por favor. Dios, me estoy haciendo mayor, porque creo que hace tiempo que yo perdí esa dulzura.

—¡Pero si no he hecho nada! —se queja, molesto, mientras Emma lo mira enarcando una ceja—. ¡Está bien, pero solo hoy! —gruñe por lo bajo.

—Ve a sentarte, ahora te lo sirvo —le sugiere, empezando a preparárselo.

—¿Te alojas en el hotel de Sonia? —le pregunto cuando volvemos a estar a solas.

—Sí, y Sven me ha prestado su todoterreno para que pueda moverme por aquí. Me siento muy en deuda con él, y no solo por el coche, sino por todo en general —me cuenta, antes de salir del mostrador cargada con su pedido, y yo sonrío muchísimo porque, si vive en casa de Sonia, va a ser muy muy feliz.

Y, si ella es feliz, yo tendré camarera mucho tiempo. Y tomo nota mental de hablar con Kristel para emborracharla, pero bien, porque he dado su teoría como cierta y no pienso arriesgarme a tener que cubrir ese puesto de nuevo.



Codo con codo, vamos atendiendo a todos los clientes que entran y, aunque intento no mirar hacia la puerta del DIGG, más veces de las que me gustaría termino cediendo a mis deseos, como siempre, porque esta lucha interior es una constante en mi día a día en la que siempre acabo perdiendo.

Cuando veo a mi amigo acceder a la cafetería con paso decidido, esbozo una sonrisa.

—¡Buenos días, Aksel! ¿Qué tal está siendo tu vuelta? ¿Ya te has acostumbrado a esto o sigues echando de menos tus ciudades

ruidosas? —me meto con él, porque ha venido para quedarse, y no solo eso, sino que, además, se ha comprado una cabaña vieja que tiene intención de reformar. Él, el que no quería vivir aquí. Va a durar cuatro días, fijo. Y, durante un instante, recuerdo la tremenda carcajada que solté cuando Sonia me lo contó emocionada. Y no por nada, sino porque era como una coña que no me podía creer.

—Aunque no lo creas, estaba deseando regresar.

—No, no lo creo, vas a durar aquí unos cuantos meses y luego te aburrirás y te marcharás de nuevo —le suelto, convencida, dándoles voz a mis pensamientos. Porque una cosa es venir de vez en cuando, como ha hecho hasta ahora, y otra muy distinta es venir para quedarse. Y ya podrían otros tomar ejemplo—. Aksel, te presento a mi nueva chica, Emma —le digo cuando se gira para mirarla.

—¿Trabajas aquí? —le pregunta, sorprendido.

¿Perdona? ¿Y esto a qué viene? Me olvido momentáneamente de mi cliente y de Marco, que se había colado en mi mente sin pedir permiso, como siempre, para centrar toda mi atención en ellos.

—¿Os conocéis? —me intereso al ver las reacciones de ambos: ella, muerta de vergüenza, y él, babeando como su perro. No me fastidies.

—Nos conocimos ayer en el DIGG —me aclara Emma.

Tuerzo el gesto, porque si ha ido al DIGG es muy probable que haya conocido a Marco. Genial. Me sienta fatal que todos mis amigos sean sus amigos y que ahora mi nueva camarera también lo conozca.

—Voy a saludar a tu hermano —oigo que me dice Aksel, y me limito a asentir con la cabeza, echando garganta abajo todas las preguntas que tengo creciendo en la punta de la lengua, que son muchas.

Y alucino muchísimo cuando, muchos clientes después, mi amigo sigue aquí y me parece que tonteando con mi nueva empleada. Me parece, no: tonteando oficialmente.

Venga ya, esto es lo que me faltaba.



—¿Sabes lo que me sorprende mucho de aquí? El ruido que hace la gravilla, se oye mogollón, y luego el frío. ¡Ostras, que estamos en agosto y he tenido que comprarme ropa! —me cuenta Emma mientras nos tomamos un respiro y un café en nuestro puesto tras el mostrador cuando el ritmo de trabajo disminuye.

—Y no solo eso, sino que además has conocido a un chico rubio, alto y muy guapo que lleva metido en mi cocina casi dos horas charlando con mi hermano. Te aseguro que es la primera vez, desde que hemos abierto la cafetería, que pasa tanto tiempo aquí. ¿Me lo explicas? —le suelto sonriendo, muy decidida a enterarme de todo de una vez.

—No tengo nada que explicar; apenas lo conozco y espero no tener que hacerlo.

—¿Por qué? —inquiero, extrañada, frunciendo ligeramente el ceño, porque es la primera vez que oigo decir a una chica que no quiere conocer a Aksel.

—Porque no.

—A esa frase le faltan muchas palabras para que pueda llegar a entenderla —replico, dibujando una sonrisa cómplice.

—Digamos que prefiero estar sola... No quiero empezar nada con nadie.

—Porque algún día te marcharás, ¿verdad?, y es mejor no empezar nada ni complicarse —sentencio con sequedad, borrando la sonrisa de mis labios, omitiendo añadir nada más, porque lo que le diría tiene más que ver conmigo que con ella.

—No es por eso.

—Y, entonces, ¿por qué es? —le pregunto hurgando en su mirada, porque hay algo en Emma que me produce ternura, pero también mucha curiosidad, como si ocultara algo... algo que la hace retroceder... como yo, que también retrocedo cuando alguien se me acerca.

—Porque los chicos guapos solo me traen problemas —me confiesa en voz muy baja.

—No eres la única —mascullo en el mismo instante en el que se abre la puerta y aparece Marco por ella.

—¡Marco! ¡Hola! —lo saluda, contenta, dedicándole una sonrisa.

Mierda, lo sabía, sabía que se habrían hecho amigos.

—Buenos días —nos dice, acercándose a nosotras.

Y, por segunda vez desde que ha regresado, me permito mirarlo con detenimiento, sintiendo que mi corazón se detiene momentáneamente.

Y tanto que Roma ha regresado a caballo y por la puerta grande, porque está impresionante con esa coleta medio deshecha, la barba perfectamente recortada y esos mechones sueltos enmarcando su rostro de anuncio. Veo la ira contenida brillar en sus ojos, la misma que acaba de prenderse en mi corazón. Y no sé si es ira o dolor, o puede que sea todo al mismo tiempo, porque la ira necesita de una chispa que la prenda, como si de una cerilla se tratara, y en mi caso está claro que esa chispa tiene su origen en el dolor más profundo y también en la decepción más auténtica.

—¿Cómo tú por aquí? ¿Te has perdido? —le espeto con altivez, permitiendo que esa ira tome el control de mi voz. De reojo, veo cómo Emma me mira asombrada mientras yo me maldigo en silencio, porque esas preguntas son justo las que no tenía que haber formulado. No cuando se supone que somos unos desconocidos y que no quiero saber nada de él.

—¿Estás hablando conmigo? —me replica, fulminándome con la mirada y empleando el mismo tono que he usado yo—. Creo que voy a tener que venir más a menudo —prosigue tiñendo su voz de sarcasmo.

—Emma, querías que Loki te enseñara a hacer rollitos de canela, ¿verdad? Ahora es un buen momento —le digo, permitiendo que la ira sea esa cuerda que mantiene unidos nuestros ojos—. Emma... los rollitos —insisto con acritud, porque parece una estatua de sal a mi lado—. ¿Qué haces aquí? —le pregunto con seriedad, cruzándome de brazos cuando Emma por fin se larga a la cocina, donde mi amigo sigue charlando con mi hermano.

—¿Tú qué crees? —me responde empleando la misma seriedad que he utilizado yo, solo que, escondida tras ella, creo que se encuentra agazapado el mismo dolor que siento yo hecho bola en mi garganta.

—Pues no sabría decirte, pero ya te adelanto que aquí no se te ha perdido nada, ni siquiera un café para llevar. Deberías irte —le propongo, sintiendo que mi ira también da un paso atrás, como la suya. Pero, en mi caso, para cederles el sitio a la indiferencia y a la frialdad, que no siento pero que me sirven para protegerme de esa máquina trituradora de dolor que llegaría si le abriera mi corazón de nuevo.

—Vosotros a lo vuestro —nos dice Aksel saliendo de la cocina a toda prisa, para luego encaminarse hacia la puerta, mientras ambos

nos mantenemos en silencio, sosteniéndonos la mirada.

—¿Y ya está? —me suelta cuando volvemos a estar a solas, para seguidamente rodear el mostrador y acercarse a mí, consiguiendo que mi corazón se salte muchos latidos—. Joder, ¿tan sencillo te resulta? Porque a mí me está costando la hostia no poder acercarme a ti —me confiesa, frustrado, rompiéndome por dentro, porque no es el único que se siente así.

—Deberías irte —insisto, obligándome a tragar esta bola que tengo atascada en la garganta y por la que apenas puede pasar el aire.

Tragarme el dolor. Pisotear mis deseos. Ignorar lo que quiero. Y protegerme de ese futuro que ya he vivido dos veces.

—¡No, joder! ¡Contéstame! ¿Tan fácil te resulta? Y ni te molestes en decirme que estás a otra cosa, porque no me lo trago —insiste, dando un par de pasos para acercarse más a mí. Los mismos que retrocedo yo—. ¡Habla conmigo, maldita sea!

Que hable con él... ¿para qué? Me pierdo momentáneamente en la frustración que brilla en su mirada y que parece emanar a oleadas de su cuerpo.

—¿Vas a quedarte? —le planteo finalmente, y veo cómo la sorpresa se adueña de sus ojos.

—No te estoy preguntando eso.

—¡Pero esa es la pregunta! —exclamo en un susurro, quedándome para mí su frustración y la mía. Y soy yo la que esta vez se adelanta un par de pasos para acercarme a él, soy yo la que ata su mirada a la mía y soy yo la que verbaliza el motivo por el cual estamos ahora así—. Yo no voy a irme y, si tú no vas a quedarte, lo mejor es que sigamos ignorándonos. Tú te fuiste a Roma y para mí sigues allí, aunque estés aquí —añado mientras él se mantiene en un silencio más que significativo, que cae sobre mí como una certeza enorme y

pesada—. No regreses a esta cafetería ni vuelvas a dirigirme la palabra. Vete —le ordeno con sequedad mientras la decepción se instala en mi pecho. Porque no importa lo que sintamos ni lo que queramos, sino los pasos que no estamos dispuestos a dar y que serán los que dejarán su huella en nuestra vida.

—Pasa un buen día, *principessa* —me suelta, cubriendo su rostro con ese manto de arrogancia e indiferencia que conozco tan bien.

Durante unos breves segundos, sin poder apartar mi mirada de la suya, me siento tentada de dar marcha atrás y confesarle la verdad: que a mí tampoco me está resultando nada fácil estar alejada de él; que cada día valoro cambiar de opinión e ir a buscarlo, y que lo quiero y que quiero volver a vivir lo que vivimos. Solo que no lo hago.

—Que te vaya bien, Marco —contesto con frialdad, sintiendo que acabo de instalar esos dos mil ochocientos kilómetros de distancia entre nosotros a pesar de tenerlo tan cerca que podría tocarlo si alargara la mano.

Y eso, el tenerlo tan cerca y no poder tocarlo, también trae a la máquina trituradora de dolor de vuelta.

Capítulo 63



MARCO

Salgo de la cafetería sintiendo las palabras quemarme en la boca y la frustración bullir en mi pecho, porque llevo dos jodidos meses aquí y sigo igual que el primer día, sin saber qué hacer y cómo acercarme a ella cuando en el pasado me resultó tan sencillo.

Joder... ¡Joder!

Con todo el cuerpo en tensión y apretando la mandíbula con fuerza, voy directo hacia mi moto para largarme de aquí de una vez. De esta puta calle y de todo lo que pueda recordarme a Silje. Y, tras ponerme el casco, salgo disparado de este pequeño parking. Largarme cuando me he pasado todo el maldito invierno fantaseando con regresar y cuando, por muchos kilómetros que ponga de por medio, ella va a venir conmigo vaya a donde vaya.

Si ahora me está resultando tan complicado es porque no estoy seguro de lo que quiero, a pesar de que la quiero, por eso no la sigo cuando cierra la cafetería, no he vuelto a dejarle una flor en la

puerta y no he intentado nada hasta hoy, porque tiene razón y esa es la pregunta, y para esa cuestión no tengo la respuesta que quiere oír. Y le doy gas a la moto, llevándola al límite, como ella me lleva a mí todos los días sin saberlo.

Y lo peor de todo es que sé que mi puto orgullo tiene mucho que ver en todo este asunto, porque hay una parte de mí que sigue cabreada por lo que sucedió el verano pasado, cuando me hizo creer que lo estaba valorando cuando lo que tenía en mente era que yo cambiara de opinión. Justo lo mismo que hice yo con ella cuando vino a Italia y también cuando regresamos aquí, esperar a que cambiara de parecer. Y disminuyo la velocidad para coger el camino que me llevará a una solitaria playa de arena blanca y agua turquesa.

Aksel ha vuelto cuando nunca quiso volver, y lo que yo quise oír cuando lo conocí ha terminado sucediendo. Y si él ha cambiado de opinión, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

Paro el motor y pierdo la vista al frente sin ver nada en realidad, porque estoy demasiado ocupado hurgando entre lo que siento, que no es poco... No cambio de opinión porque no me está dando pie a nada, porque no deja de ignorarme y porque la frialdad se ha convertido en su sello de identidad. Por eso no cedo, por eso no me planteo nada y por eso no estoy dando ningún paso.

Y puedo hacer dos cosas: ser yo el que fuerce el cambio o seguir como estoy ahora.



—¿Cómo lo llevas? —me pregunta Thea mientras yo la observo reírse con algo que ha dicho Loki.

—De coña, como todos los sábados cuando me premia con su espalda y su indiferencia —ironizo con aspereza, sin dejar de secar las copas que voy dejando en su sitio.

—Si decidieras quedarte, podrías seguir trabajando aquí —me dice, y yo me limito a asentir con la cabeza— y, además, te ascendería —añade, sorprendiéndome, y me giro hacia ella para encontrarme con la decisión de su mirada.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¿Y en qué consistiría ese ascenso exactamente?

—En mi puesto. Serías el encargado de llevar todo esto.

—¿De qué estás hablando? —inquiero poniéndome de espaldas a los clientes, porque no quiero hacer a nadie partícipe de esta conversación.

—Si decides quedarte, avísame y te lo explicaré todo, pero necesito saberlo antes de que termine el mes.

—¿Por qué?

—Porque, si no cubres tú el puesto, voy a tener que buscar a otro que lo haga.

—¿Vas a dejar esto?

—Ya quisieras. Sigue trabajando —me suelta, guiñándome un ojo, para seguidamente girar sobre sus talones y desaparecer tras las puertas abatibles que dan a la cocina en el mismo instante en el que acceden al local Aksel y Emma... de la mano. No me jodas.

—Ey, medio amigo, ¿cómo estás? —me saluda Emma con simpatía mientras yo los miro sin dar crédito y sin saber qué hostias me he perdido. Porque que Aksel está colado por Emma desde el primer día

que la vio no es nada nuevo, pero, lo de ella, sí. Y tanto que es algo nuevo, joder, pero si apenas podía sostenerle la mirada.

—¿De la mano? —les pregunto cuando consigo reaccionar.

—Y viviendo juntos —me aclara mi amigo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿En serio? —alucino, olvidándome por completo del ascenso.

—Pero solo estamos probando una semana, de sábado a sábado. Igual la semana que viene ya estoy de vuelta en casa de Sonia.

—Sabes que eso no va a pasar, ¿verdad?

—Sabes que no lo sabes, ¿verdad?

—Hostia, pues sí que os ha dado fuerte —me quejo envidiándolos mucho, porque esto que están viviendo es lo mismo que viví yo con Silje hace un par de años. Y ahora ni siquiera nos dirigimos la palabra, maldita sea.

—Ya pensaba que no veníais —oigo que les dice Loki, tomando asiento en uno de los taburetes—. Estoy harto de escuchar conversaciones de tías —protesta antes de darle un largo trago a su cerveza.

—Me voy con las chicas, para tener conversaciones de chicas. Aquí os quedáis —nos suelta Emma mientras Aksel se la come con la mirada.

—Pedid vosotras la cena para todos, luego vamos —oigo que le dice Loki.

Y siento un pellizco en el corazón, porque, en ese «para todos», yo no estoy incluido.

—¿Qué me he perdido? Porque lo último que recuerdo es a Emma largándose a toda hostia de aquí el día que te la presenté, ¿y ahora vivís juntos? —indago echando la vista atrás a toda prisa.

Yo regresaba de Bodø y coincidí con ella en la avioneta; le dije que trabajaba aquí, ella estaba buscando empleo y al día siguiente vino

al restaurante. Ese día le presenté a Aksel y recuerdo que le faltaron piernas para salir pitando. Y de eso hace una semana... ¿Y en una maldita semana mi amigo ha conseguido que viva con él cuando yo en dos putos meses no he conseguido que Silje me dirija la palabra? No me jodas, hostia.

—Pero, tranquilo, que solo se dan besitos —interviene Loki con sorna antes de llevarse el botellín a los labios.

—Eres un puto bocazas —lo reprende Aksel dándole un puñetazo en el brazo.

—Y tú follas lo mismo que yo o, lo que es lo mismo, nada.

—Al menos a él le dan besitos, a mí ni me miran —me quejo con más seriedad de la que pretendía.

—Te lo has buscado tú solo. Ponme una cerveza —me pide Aksel tomando asiento al lado de Loki.

—¿Tú crees? —inquiero con sequedad, porque hasta donde yo sé, esto es cosa de los dos, no solo mía.

—¿Qué esperabas, capullo?

—La última vez la dejaste hecha mierda —interviene Loki—. El tema está claro: o cedes, o la pierdes. Puede que solo tengas que ceder en esto, pero, si quieres recuperarla, vas a tener que hacerlo.

—Qué va, macho, esto está perdido ya.

—Sigues cabreándola, yo no lo tendría tan claro —me dice mientras yo vuelvo a posar la mirada en su espalda.

—¿Y tú por qué no follas? —le pregunto cambiando de tema.

—Porque he cedido, como te ha aconsejado Loki, y por primera vez no soy yo y lo que yo quiero, sino que es ella y lo que quiere.

—No es lo mismo.

—Cierto, porque se trata de Emma y de mí y en tu caso se trata de Silje y de ti, y eso lo hace distinto y, a la vez, muy parecido. Cada uno vivirá lo suyo, pero, si lo piensas bien, es tan simple como

ponerse en la piel del otro y ceder si puedes hacerlo. Nunca has vivido aquí durante los meses de invierno, ¿por qué no lo intentas? —me pregunta, y niego con la cabeza, endureciendo el gesto, porque ¿cómo voy a plantearme algo así cuando ella no está dispuesta a nada, ni siquiera a hablar conmigo?

—¿Qué harás si se larga? Tienes la hostia de proyectos aquí, ¿vas a renunciar a todo por una tía a la que acabas de conocer? —le pregunto, teniendo muy presente que Silje puso por delante de nosotros la cafetería, lo mucho que le gusta vivir aquí y su vida en general. Y a mí que me den.

—A veces no necesitas conocer a alguien durante más tiempo para saber que lo quieres todo con esa persona.

—Joder, macho, y eso que no habéis follado.

—Imagínate cuando lo haga, es capaz de hincar la rodilla en el suelo —me suelta Loki con guasa, saliendo de su mutismo.

—Pero de puro agradecimiento, porque me duele todo el cuerpo de los putos calentones que llevo encima —confiesa, provocando nuestras risas.

—¿Cómo puedes vivir con ella y no haber hecho nada? —inquiero bajando la voz, porque yo sería incapaz de vivir con Silje y no follar con ella.

—Te lo ha dicho: porque por primera vez en su vida no se trata de él, sino de ella. Nunca me he metido en tu relación con mi hermana, pero estamos a finales de agosto: o lo arreglas, o te olvidas de ella para siempre, y no te lo está diciendo tu amigo, sino su hermano.

—¿Y no hay una tercera opción?

—No para vosotros. Tú vives en Roma y ella odia Roma, tú no tienes un empleo fijo y ella tiene la cafetería y, lo más importante, capullo: estás loco por ella y te gusta este lugar. ¿Qué coño te pasa?

—Que tu hermana no me lo está poniendo fácil, hostia.

—Pues pónselo tú a ella, muéstrale cómo hacerlo y demuéstrale lo que sientes, pero solo si tienes intención de quedarte. Si no es el caso, mejor mantente alejado —me aconseja con seriedad, y yo me limito a asentir con la cabeza. Porque mantenerme alejado es lo que he hecho hasta ahora, y puede que haya llegado el momento de hacer mi orgullo a un lado y forzar el cambio.



Desde la barra los observo brindar y también me percato de cómo, entre Silje y Kristel, van rellenándole la copa a Emma sin que esta se dé cuenta, para luego darle la bienvenida oficialmente a la cafetería entre risas y abrazos. Dejándome llevar, alzo la copa del vino que estoy sirviendo para unirme a ese brindis desde la distancia, tomando una decisión que me parece que lleva fraguándose dentro de mí desde hace bastante tiempo. Solo que no me había dado cuenta. Y le guiño un ojo a Emma cuando nuestras miradas se encuentran.

Capítulo 64



SILJE

Abandono el DIGG a altas horas de la madrugada, maldiciéndome bastante porque, con la tontería de querer emborrachar a Emma, casi me he emborrachado yo... Y sin el casi. Estoy borracha.

—Mierda —farfullo, poniendo toda mi concentración en algo tan simple como caminar en línea recta, al tiempo que recuerdo la tortura que ha sido verla tan feliz con Aksel cuando yo no me he permitido mirar hacia la barra en ningún instante. Y, aunque tengo que reconocer que durante esta semana lo he llevado bastante bien y que incluso le he dado buenísimos consejos, esta noche se me ha hecho todo bastante cuesta arriba.

Cuando llego hasta donde tengo aparcado el coche, me maldigo de nuevo, porque tendría que haberme marchado con Loki y Kristel, que iba tan perjudicada como yo.

—Dame las llaves —oigo su voz a mi espalda, y me giro para encontrarme con él y con su sonrisa condescendiente.

—¿Ahora sonríes?

—¿Ahora me hablas?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, doy por hecho que eres de las que hablan solas. Sigue, por favor, me interesa todo lo que tengas que decir, *principessa* —me suelta robándome las llaves del coche con una facilidad pasmosa, para seguidamente guardárselas en el bolsillo de los pantalones.

—No pienso caer —le digo sonriendo demasiado, recordando cómo hizo justo lo mismo cuando nos conocimos y cómo le metí la mano en el bolsillo de los pantalones.

—Qué pena. Sube al coche.

—Subo porque quiero, no porque tú me lo digas.

—Y porque vas borrachísima y no se te ha ocurrido pedir un taxi o largarte con Loki o Aksel —me replica, rodeando el vehículo, para luego tomar asiento frente al volante mientras yo me dejo caer en el asiento del copiloto, sintiéndome estúpidamente feliz.

—Mañana voy a estar muy cabreada con la Silje del pasado —le cuento sin poder callarme.

—Pues qué pena, porque a mí me está gustando mucho esta Silje.

—Porque crees que te estoy hablando, pero, en realidad, sigo pasando muchísimo de ti. Si no fuera por el vino, seguiría dándote la espalda.

—¿Por qué?

—Porque sí. Pon el motor en marcha —le pido, abriendo la ventanilla para que el frío me despeje, al tiempo que él se incorpora a la nula circulación—. ¿Por qué te has dejado el pelo largo?

—¿Qué pasa, que echas de menos mi tupé?

—Puede ser, aunque te queda bien así.

Maldito vino y la sinceridad que llega con él.

—¿Y solo echas de menos mi tupé?

—Ayyyyyy... ¡que no voy tan borracha! —le miento entre risas.

—No, qué va —musita riéndose conmigo—. ¿Por qué has cerrado la terraza con un murete? ¿Qué pasa, que se han terminado los conciertos? —me pregunta, esta vez con seriedad.

—No te importa.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú?

—Exacto.

—Pues te equivocas. Y otra cosa: os habéis pasado muchísimo con Emma, menuda cogorza lleva —me recrimina, y sonrío muchísimo, tanto como puedo.

—Y eso lo dices porque no sabes el favor que les he hecho a ella y a Aksel. Gracias a esa borrachera, la maldición no va a cumplirse: ella se quedará aquí mucho tiempo, yo no tendré que volver a cubrir ese puesto y los dos tendrán ese futuro que no tenemos nosotros —le cuento intentando hablar con normalidad, sin llegar a lograrlo. Porque tiene razón y estoy demasiado borracha, tanto que no me he dado cuenta de esto último que he dicho hasta que lo he dicho.

—¿Qué tontería es esa? —me pregunta, dejándolo pasar, al tiempo que yo detengo la mirada en las columnas de sus piernas y en cómo el pantalón de pinzas se tensa en torno a ellas. De repente, lo recuerdo desnudo, sentado en el sofá y con las piernas abiertas, y siento cómo mi vientre se tensa muy muy fuerte.

—Qué calor, ¿no? —farfullo sacando la cabeza por la ventanilla, porque, como siga mirando lo que no debo, voy a fastidiarla mucho y mañana no es que vaya a odiar a la Silje del pasado: es que voy a querer matarla.

Y, a pesar de saberlo, no puedo evitar sentirme feliz, y no estúpidamente feliz, sino solo feliz, porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que todo está bien y como tiene que estar.

—Hemos llegado, baja —me ordena deteniendo el todoterreno frente a mi casa para luego apearse de él. Y lo hago yo también, lamentando que el trayecto haya sido tan corto.

—Gracias por traerme —susurro rodeando el coche, y abro mucho los ojos cuando lo veo dirigirse hacia mi casa con decisión—. ¡Eh! ¿A dónde te crees que vas? —le pregunto siguiéndolo a toda prisa.

—Sigues dejando la puerta abierta —me reprende empezando a descalzarse mientras yo lo miro sin dar crédito, porque voy borracha, pero no tanto como para haber olvidado mi vida y no recordar en qué situación estamos.

—Deja de quitarte los zapatos, no vas a entrar.

—Tranquila, que solo quiero comprobar que no hay nadie.

—¿Y te preocupas ahora, cuando llevas meses sin dar señales de vida? —le echo en cara, descalzándome yo también, y lo sigo al interior de la vivienda donde, por supuesto, no hay nadie.

—Tú tampoco es que las hayas dado.

—Cierto, pero no soy yo la que está en tu casa en busca de intrusos. Déjalo, ¿quieres? ¡No hay nadie! —exclamo siguiéndolo escaleras arriba, y entro en mi cuarto, donde está él esperándome—. Así que lo que querías era esto, entrar en mi habitación.

—No en realidad, pero ya que estamos aquí... este papel de la pared es horrible y sigue puesto. En lugar de cerrar la terraza con un puto muro, podrías haber quitado este papel floreado.

—Tienes razón y, ya puestos, podría haber pintado la pared de gris. Vete —le ordeno, cruzándome de brazos.

—El caso es que podría quedarme para asegurarme de que estás bien —musita con voz ronca, dando un par de pasos hacia mí y excitándome mucho, muchísimo.

Maldito vino.

—Es la peor excusa que he oído en mi vida. Lárgate —le pido mientras él posa la mano en mis brazos para soltarlos.

—Solo una cosa, *principessa*: si el futuro de Emma se solucionaba con una borrachera, ¿significa eso que se ha solucionado también el nuestro? Porque vas tan borracha como ella —susurra posando la mano en mi cintura para pegarme a él.

Ay, mierda.

Y en mi imaginación veo a mis hormonas con los ojos muy abiertos y el pelo rosa, más pincho que nunca, esperar mi reacción.

—Qué va, ella va mucho más —le aseguro, sintiendo cómo me sacude la fragancia de su cuerpo.

—No me has contestado —me dice con voz ronca, rozando la piel de mi cuello con sus labios y desordenando mi respiración en el acto.

—No es nuestro caso —musito, frenándome mucho para no alzar los brazos y rodear su cuello con las manos, hundir los dedos en su pelo, lamer su cuello, besar sus labios, tenerlo desnudo dentro de mí, gemir y escuchar sus gemidos.

—¿Por qué? —me pregunta, pegándome más a su cuerpo, tanto que puedo percibir su erección.

—Porque la maldición solo recae en mis empleadas —respondo como puedo.

—Puede que también recaiga sobre ti y no lo sepas —me rebate, empezando a besar mi cuello y consiguiendo que el deseo se instale entre mis piernas y en cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Entonces, supongo que nos enteraremos dentro de unas semanas, cuando tu avión despegue.

—Porque tú no contemplas hacer nada, ¿verdad? —replica con seriedad, moviéndose para atrapar mi mirada con la suya.

—¿Como qué? —inquiero, echando de menos sus labios en mi cuello y todo lo que estaba haciéndome sentir.

—Eso es algo que vas a tener que pensar tú, cuando estés sobria —me contesta con seriedad, soltando mi cintura y alejándose de mí, consiguiendo que me sienta como si me faltara algo. Él, él es el que me falta, y no ahora, sino desde hace meses—. Te veo mañana —me suelta, abandonando mi habitación y dejándonos pasmadas a mis hormonas y a mí. Y no incluyo a mi sentido común, porque a saber dónde narices está.

—¡Mañana no vamos a hablar! —exclamo cuando consigo centrarme, siguiéndolo a toda prisa hasta el rellano de la escalera.

—¡Eso es lo que tú te crees! Buenas noches, *principessa* —se despide de mí, para luego cerrar de un portazo, y sonrío, sonrío mucho antes de regresar a mi cuarto, donde me tiro en plancha sobre la cama para regresar a ese momento electrizante que acabamos de vivir.

Y, aunque tengo claro que mañana voy a arrepentirme muchísimo de todo esto y voy a querer matarme, ahora estoy feliz.

—¡¿Perdona?! —exclamo, incorporándome a toda prisa para correr hacia la ventana y ver cómo se alejan por el camino mi coche y él.

¡Mierda!



Que este brindis y este vino una tu vida a la nuestra para siempre... Muchos cafés con leche con mucha espuma a cambio de confesiones... El futuro solo puede cambiarlo el vino... Tengo que hacer una confesión... No tenías que beber solo vino, sino que tenías

que emborracharte... Ya puedes romper ese billete de avión, porque no tengo ni idea de lo que sucederá ni de cómo pasará, pero tengo clarísimo que vas a quedarte con nosotros muchísimo tiempo. Ahora sí, ¡bienvenida a la familia!



Me muevo inquieta, sumergida en este sueño en el que van apareciendo retazos de lo que viví anoche para luego verlo a él... Él aferrando mi cintura... Él besando mi cuello... Su voz ronca... Mi coche. Y abro los ojos de golpe.

—Mi coche, mi coche —repito saliendo a toda prisa de la cama para asomarme a la ventana y...—. ¡MIERDA! —exclamo, llevándome de inmediato las manos a la cabeza porque siento que me explota, como si mi cerebro estuviera comprimido en un espacio minúsculo atestado de púas.

Me dejo caer al suelo para luego apoyar la espalda en la pared mientras esas imágenes, que hasta hace nada eran un sueño más o menos placentero, dejan de serlo para convertirse en mi cruda realidad. Y tanto que quiero matarme.

—Ay... no —me quejo cuando oigo el motor de mi todoterreno acercarse. Y escondo la cabeza entre las piernas, porque tenerlo aquí arriba es cuestión de minutos y no me veo con fuerzas para arreglarme en ese corto espacio de tiempo cuando ni siquiera me veo con fuerzas para levantarme.

Oigo la puerta de la entrada cerrarse, sus pasos subiendo la escalera y uno, dos...

—Seguro que estás odiando muchísimo a la Silje del pasado —oigo su voz burlona mientras yo sigo con la cabeza entre las piernas y los ojos cerrados. Paso de él.

—Pide un taxi y lárgate —le ordeno, percatándome de que solo llevo puesta una camiseta.

—¿Y perderme esto? Ni de coña —replica, divertido, mientras oigo sus pasos acercarse.

—¿Puedo saber quién te ha invitado a entrar? Por si no lo sabes, esto es allanamiento de morada —mascullo, disgustada, sacando la cabeza de entre las piernas para encontrarme con su mirada socarrona y su increíble sonrisa de anuncio.

—Menudas pintas llevas —me suelta, sentándose a mi lado al tiempo que desliza la mirada de mi rostro hasta mis piernas desnudas, quemándome con ella.

—Podría denunciarte, ¿sabes? —gruño, molesta, sintiendo el ambiente demasiado electrizante de repente.

—¿Por decirte la verdad? —me pregunta, enarcando una ceja.

—Por entrar en mi casa sin haber sido invitado y por llevarte anoche mi coche. Allanamiento de morada y robo, casi nada —le suelto con seriedad, sintiendo cómo su cuerpo tira del mío.

—¿Habría sido mejor que te hubiera dejado conducir borracha? No te hacía tan irresponsable —me recrimina, esta vez con gravedad.

—Y no lo soy —me defiendo, permitiendo que atrape mi mirada con la suya mientras el silencio cae pesado sobre nosotros durante unos breves instantes en los que solo puedo ver sus ojos y sentirlo demasiado cerca.

—No lo tengo tan claro. Date una ducha, voy a preparar café —me sugiere, levantándose de golpe y dejándome con la sensación de que me falta algo... él... Como anoche cuando se marchó, que también me faltó él.

Capítulo 65



MARCO

Salgo de su habitación como una exhalación porque, durante esos breves segundos en los que nos hemos sostenido la mirada, mi cabeza ha imaginado cientos de cosas... Ella, sentada a horcajadas sobre mis piernas; mi mano, colándose por dentro de esas braguitas de encaje, que me la han puesto durísima cuando las he visto; mi otra mano, subiendo por su vientre hasta llegar a sus pechos, atrapar sus labios, buscar su lengua, oír sus gemidos y gemir con ella.

«Joder, para».

Me dirijo hacia el amplio ventanal, para seguidamente abrirlo y salir a la terraza para que el frío me despeje y se cargue esta erección que amenaza con reventar la cremallera de mis pantalones. Hostia, anoche ya cogí un buen calentón y, ahora, otro tanto de lo mismo. Pero eso está bien, joder, eso está más que bien porque, por primera vez desde que he llegado, sé los pasos que he de dar. Solo

necesito que ella se entere de los que tiene que dar. Cuando inspiro hondo, siento mi pecho, hasta ahora contraído, completamente suelto. Como si hubiera tenido un peso enorme aplastándolo durante meses y ayer se hubiera volatilizado.

Pierdo la mirada en las montañas que se divisan a lo lejos, en la playa que tengo a mis pies y en la hierba alta, que siempre he visto pintada de color verde. Algo que puede cambiar si ambos damos los pasos correctos.

Y accedo al interior de la casa para empezar a preparar los cafés.

Capítulo 66



SILJE

«Céntrate. Le dices que se marche y listo».

Mientras voy bajando las escaleras el olor a café recién hecho me da los buenos días que no me ha dado él.

—Lárgate —mascullo con sequedad cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo.

—Creo que me gustabas más antes —me contesta, y yo paso de su comentario para ir en busca de un analgésico y del café, que saboreo en silencio—. Veo que usas la vajilla que te regaló mi madre, se lo diré —añade sin quitarme la mirada de encima al tiempo que yo me dirijo al sofá, para luego perder la mirada en el paisaje que tengo frente a mí. «No lo mires, mantente en silencio, no le sigas la corriente». E inspiro más fuerte de lo necesario cuando toma asiento a mi lado—. En una escala del uno al diez, ¿cuánto odias a la Silje del pasado? —me pregunta, consiguiendo que una sonrisa baile momentáneamente en la comisura de mis labios—.

¿Eso es un intento de sonrisa? Vamos bien, entonces, aunque va a ser un poco coñazo que no digas nada. Pero, pensándolo bien, puede que eso tenga su parte positiva, ya sabes, por eso de poder decir lo que me venga en gana sin que tengas que rebatir nada.

—¡¿Por qué no lo pillas?! —exclamo, exasperada, dejando la tacita sobre la mesa de centro.

—¿Qué es lo que tengo que pillar?

—¡Que no quiero saber nada de ti! ¡Que paso de ti! ¡Que ahí tienes la puerta! ¿Tan difícil te resulta de entender? —gruño, señalándosela.

—¿Volvemos al modo negación? Creía que eso ya lo habíamos dejado atrás —me suelta, divertido, esbozando una sonrisa.

—No estoy en modo negación, es solo que no quiero saber nada de ti —le miento, acomodándome de nuevo en el sofá y clavando la vista al frente.

—Si fueras más convincente, igual hasta podría creerte. Venga, inténtalo de nuevo —me reta con toda su atención puesta en mí, como si esto fuera una prueba que yo tuviera que superar y, además, lo más divertido que ha vivido en semanas. Y puede que sea así, si tenemos en cuenta que sus dos mejores amigos son Loki y Aksel, y mi hermano lo más loco que hace es ir al DIGG cuando termina de trabajar y Aksel está demasiado ocupado con Emma.

—¿Puedes tomártelo en serio? —le pido, centrándome de una vez, porque, en todo caso, eso es problema suyo, no mío.

—Me lo estoy tomando muy en serio. ¿Puedes decir tú lo mismo? —replica. Y, durante unos instantes, valoro si estamos hablando de lo mismo.

—Por supuesto que sí. No quiero saber nada de ti... Siento si anoche te confundí y te pido disculpas si lo hice, pero para mí sigues siendo un desconocido.

—Un desconocido que anoche te llevó a casa, al que permitiste entrar en tu habitación y que hoy te ha visto en bragas. ¿Sueles hacer eso con todos los tíos?

—No seas imbécil.

—No lo seas tú. Sabes que nunca seré un desconocido para ti. ¿Has dado ya con la respuesta?

—¿Qué respuesta? —le pregunto sin saber de qué me habla.

—¿Recuerdas lo que sucedió anoche en tu habitación?

—Más o menos. Y ni se te ocurra decirme que nos besamos, porque recuerdo perfectamente que no lo hicimos.

—*Principessa*, ¿cuántas veces tengo que repetirte que no puedes ser tan evidente? —me plantea, soltando una carcajada rematadamente sexy.

—¿Y cuántas veces tengo que pedirte yo que te marches? —le contesto, obligándome a centrarme de nuevo, porque vamos mal. O yo voy mal cuando, en lugar de estar abriéndole la puerta, estoy aquí, aguantándole la tontería... como al principio.

—Anoche no querías que me fuera —me rebate, dejando la sonrisa bailando unos segundos en sus labios.

Unos segundos en los que me quedo en silencio, percatándome de lo cerca que estamos, de lo bien que huele y de que se le ha soltado un mechón de la coleta.

—Anoche iba borracha —le recuerdo finalmente.

—Y dicen que los borrachos y los niños son los que dicen la verdad —añade con sorna, enarcando una ceja.

—Yo no te dije nada.

—¡Joder que no! —exclama, y suelta una carcajada, para luego ponerse serio—. Oye, ¿podemos hablar en serio?

—Yo no he dejado de hacerlo.

—Reformulo mi pregunta: ¿podemos ser sinceros?

—La sinceridad está sobrevalorada —le digo arisca, posando la vista al frente de nuevo, porque es mucho más seguro y porque necesito que el paisaje que se abre ante mí me devuelva la calma que él se está llevando con su mera presencia y con esta conversación.

«Sinceros...».

—Pero es necesaria. Tú y yo no hemos sido sinceros, y mira dónde estamos.

—Yo he sido muy sincera, siempre —le aseguro, girándome para encontrarme con la seriedad que brilla en sus ojos.

—¿De verdad? ¿Fuiste sincera cuando viniste a Italia o cuando regresamos aquí? No, no lo fuiste. Y yo tampoco, antes de que lo menciones.

—Pero porque esperaba que recordaras lo mucho que te gusta este lugar y lo reconsideraras.

—Y, en cambio, yo esperaba que te gustara mi ciudad y lo reconsideraras.

—Y luego tú te cabreaste y me dejaste. Ya tenemos el resumen de nuestra historia. Ahí detrás tienes la puerta.

—Sé dónde está la puerta, tranquila —me asegura con un deje divertido que prende una sonrisa en mis labios, a pesar de la conversación que estamos manteniendo—. Y, hasta donde recuerdo, fuiste tú quien me dejó cuando me enviaste ese estúpido mensaje, yo solo te pedí tiempo para pensar.

—¿Estúpido por qué?

—Porque es imposible que seamos felices por separado —sentencia con la voz cargada de intensidad, al tiempo que aferra mi barbilla y atrapa mi mirada con la suya—, porque nunca seremos unos desconocidos, por mucho que te empeñes en ignorarme —continúa, acariciando mi mejilla— y porque estoy aquí, cuando

podría estar en otro sitio. Y no me refiero a estas islas, sino a tu casa —añade mientras yo siento que el mundo guarda silencio y contiene la respiración. Y, en realidad, no es el mundo, sino yo.

—Estás obviando el motivo de que ahora estemos así —musito, sin poder alejar mi mirada de la suya.

—Y, cuando dices «así», te refieres a que estemos vestidos en lugar de desnudos y follando —susurra con voz ronca, sonriendo y consiguiendo que otra sonrisa se dibuje en mis labios al tiempo que niego con la cabeza.

—Así, separados —le aclaro, enarcando una ceja, mientras su mano viaja hasta mi nuca para acariciarla, consiguiendo que mi vientre se contraiga suavemente.

—Y sin dirigirme la palabra y sin mirarme. Sí, es verdad.

—Bueno, ahora te estoy mirando y estamos hablando —replico sin moverme un centímetro, porque necesito seguir sintiendo sus dedos enredados en mi pelo y acariciando mi piel.

—Cierto, solo que no estás siendo sincera.

—Es que no sé qué quieres que te diga —murmuro encogiéndome de hombros.

—Lo que sientes. Venga, empiezo yo y tú solo tienes que repetir lo mismo. Sigo enamorado de ti.

—No pienso decirte eso —le suelto, sintiendo cómo mi corazón comienza a latir muy rápido cuando ejerce un poquito de presión con la mano para acercarme a él.

—¿Por qué? ¿Acaso tu orgullo no te lo permite? —me plantea, moviéndose él también para apoyar su frente en la mía.

—Aquí el orgullo tiene poco que ver —susurro, sintiendo que el miedo se coloca junto a la tristeza, la decepción y la añoranza para enturbiarlo todo con su presencia.

—Perfecto, entonces te resultará mucho más fácil. Dime qué sientes —insiste.

Cierro los ojos al tiempo que una pregunta escapa de mis labios:

—¿Vas a quedarte?

—¿Eso es lo único que te importa? —inquiere con seriedad, alejando su mano de mi nuca y su frente de la mía.

—Eso es lo único que cuenta —sentencio, sin alejar mi mirada de la decepción que, de repente, brilla en la suya.

—Te equivocas, lo único que cuenta es lo que sentimos. Cuando quieras.

—No tengo nada que decirte. Vete —le pido, permitiéndole al miedo tomar el control de mi voz y de mi cuerpo.

Guiada por él, me levanto para dirigirme hacia la puerta para abrirla y que se marche de una vez, a pesar de que eso es lo último que quiero.

—Silje —oigo su voz cargada de intensidad y, al segundo, siento su mano aferrando mi brazo.

Y me giro hacia él para encararlo y exigirle que me suelte y que se marche, solo que, antes de que pueda darme cuenta, tengo sus labios cubriendo los míos y su otra mano aferrando mi cintura, pegándome a él.

Y me olvido por completo de ese miedo para solo prestarles atención a mis deseos, a lo que quiero y a lo que tanto he añorado. Me acerco más a su cuerpo mientras correspondo a su beso, busco su lengua con la mía y gimo en sus labios al tiempo que hundo las manos en la espesura de su pelo, que es tan distinto al del año pasado, percibiendo cómo nuestros cuerpos encajan, la dureza de su pecho, la fuerza con la que rodea mi cintura y me pega más a él y a su erección. Dios, ¿cómo he podido vivir sin esto? ¿Cómo he podido continuar con mi vida sin él cuando mi vida también era él?

Lo beso con una desesperación que parece abrirse paso a zarpazos y con virulencia desde mis entrañas, tan pegada a su cuerpo como puedo, percibiendo cómo mi corazón corre en busca del suyo, cómo mi piel recuerda la suya y cómo el amor que siento me inunda por dentro... como los rayos del sol de medianoche tras la larga noche polar, tan cegadora, tan intensa y real como lo fueron mi desesperación y esas lágrimas, que empezaron siendo charco y terminaron siendo ese lago en el que sigo zambulléndome más veces de las que debería y en el que me hundiré si mi pasado se convierte de nuevo en mi presente.

—Para... Para —le pido, alejando mis labios de los suyos, y doy un par de pasos hacia atrás mientras una abrumadora sensación de pérdida cae sobre mi cuerpo para cubrirme con ella.

—¿Por qué? Joder, Silje. Habla conmigo —me pide, frustrado, acercándose a mí.

—¿Quieres saber lo que siento? Siento que esto es un error... un tremendo error que ya he cometido dos veces y que no estoy dispuesta a repetir. No sé qué tienes en mente ni tampoco lo que buscas, pero lo que sí sé es que yo necesito una respuesta que tú pareces no querer darme, posiblemente porque no es la que quiero oír. Mi vida está aquí, Marco, no está en Roma ni viajando por el mundo, sino aquí, en esta casa, en mi cafetería y con mi familia. Y sé que puede parecerte egoísta, pero, para mí, lo egoísta era lo que pretendías tú: que renunciara a mi sueño por ti.

—Veo que yo no entro en ese recuento. ¿Te das cuenta de lo sencillo que ha sido? Todo claro, entonces. Quédate con tu vida y con ese sueño del que yo no formo parte. Espero que seas muy feliz, *principessa* —me dice, endureciendo la mirada, mientras yo me maldigo en silencio. Porque mi sueño también es él, solo que no sé por qué, pero no se lo he dicho.



—Siempre puedes ir a buscarlo y confesarle que sigues enamorada de él —me propone Breen mientras yo siento el dolor campar a sus anchas por mi interior sin dejar ni un maldito hueco libre.

—¿Para qué si está a punto de marcharse? Total, vamos a terminar separados de igual forma.

—Eso no lo sabes.

—Por supuesto que lo sé... Si fuera a quedarse, me lo habría dicho y, en cambio, siempre se mantiene en silencio cuando se lo pregunto.

—Puede que esté esperando a que tú des algún paso antes de darlo él... Es difícil cambiar tu vida a ese nivel cuando la otra persona pasa de ti y ni siquiera te incluye en su recuento —me recrimina muy seria—. Llevas desde que llegó negándole la palabra y dándole la espalda cuando vas al DIGG. Igual, si cambias de actitud, se lo replantea y decide quedarse.

—Llevo dos años viviendo lo mismo y te aseguro que mi actitud era otra bien distinta, y ni así.

—Cierto, y a pesar de que lo dejaste, ha regresado, aun sabiendo lo crudo que lo tenía, porque, además, se ha quedado prácticamente solo. ¿De verdad crees que repite en el DIGG porque le gusta trabajar en ese restaurante? Si está aquí, si ha vuelto, es por ti, y tú estás tan ofuscada con tus miedos que no ves más allá de ellos.

—Deberías ser sincera y confesarle lo que sientes. Si se marcha de nuevo, al menos sabrás que, por tu parte, has hecho todo lo que

podías. No sé, es como pretender que algo te salga bien cuando estás dando los pasos equivocados —interviene Liv.

—Que en tu caso es lo que estás haciendo —la reprende Breen—. Hay personas que no pueden hacer nada, pero hay otras que pueden hacerlo todo y no lo hacen por miedo. ¿Podéis decirme de qué os está sirviendo? ¿Acaso sois más felices? No creo... porque tu felicidad es estar con Marco y la tuya puede que sea estar con Jakob, y vosotras que podéis no hacéis nada y preferís encerraros en vuestra casa y en vuestra vida ordenada en lugar de ir en busca de esa felicidad.

—No es tan sencillo —le replico, viéndola venir y comenzando a caminar de puntillas.

—¿Por qué? Estás viva, ¿no? Tienes piernas para ir a buscarlo, tienes voz para confesarle lo que sientes y, lo más importante... tienes tiempo y lo estás desaprovechando —me dice con la tristeza dominando cada palabra.

—¿Quieres un poco de bizcocho? Lleva manzana y canela, y lo he hecho con mucho amor —le ofrece Liv con dulzura, ganándose una mirada reprobadora de Breen mientras yo respiro con cierto alivio, porque me parece que mi amiga acaba de encontrar la forma de sacarla de ese laberinto de recuerdos con esa simple frase.

—Déjala —le pido a Breen, sonriendo y anticipándome a su comentario.

—No puedo. Tía, tiene veinticuatro años y sigue siendo virgen. ¿Quién sigue virgen a esa edad? Dime al menos que te masturbas —le pide.

Y tengo clarísimo que ella también está valiéndose de esto para salir de ese pasado que nunca más será presente, a pesar de que no deja de serlo.

—¿Puedes dejarme en paz?

—¡Pero si lo hago por ti! Como no me digas que te masturbas pensando en Jakob o en quien sea, voy a pensar que no eres normal.

—Pues ya somos dos entonces.

—Sí, claro, y habló la que se ha acostado con Roma de todas las formas posibles.

—Y que no ha vuelto a acostarse con nadie más desde que lo dejamos. A este paso, voy a convertirme en virgen de nuevo.

—Anoche podías haberte acostado con él.

—Anoche iba muy borracha.

—¿Y esta mañana?

—¿Por qué siempre tienes que terminar dándonos por todas partes? Nosotras no nos metemos contigo y con tu juez.

—¡Y dale! ¡Que no es mío! Sigue dándome el mismo asco, así que ni lo nombréis.

—Pues no es la sensación que me dio cuando fui a recogerte el otro día —le suelta Liv, dejándome noqueada.

¿Perdona?

—¿Cómo? ¿Crees que le gusta? ¿En serio? ¿Te gusta? —le pregunto, feliz, porque eso sí que es una gran noticia.

—¡Nooooo!

—Sí que te gusta. Venga, admítelo.

—Por favor, ¡pero si me saca de quicio! El otro día llevaba una corbata de perros, ¿quién lleva una corbata de perros? No puedo con él. De hecho, hablar de él me da repelús, así que ya podemos ir sacándolo de esta conversación o tu bizcocho va a sentarme fatal. Además, estábamos hablando de Roma, de su reconquista y de que vas a quitarles el lugar a todas las vírgenes del mundo —nos recuerda, llevándome con sus palabras de vuelta al Foro Romano, cuando me habló de las vestales y bromeamos sobre mi virginidad.

Qué feliz fui esos días, solo que estaba tan centrada en lo que no me gustaba que no di importancia a las cosas que sí que me gustaban.

—Podríamos hablar del tiempo —les propongo con seriedad, deseando cambiar de tema de una vez.

—Ya quisieras. Habla con él —me ordena Breen.

—Solo si tú le das una oportunidad al juez cabrón.

—Cuando Liv le pida una cita a Jakob.

—Sabes que eso no va a pasar.

—¡Y tanto que no va a pasar!

—No veo por qué —le contesta Breen antes de darle un mordisco al bizcocho mientras Liv la mira todo lo mal que puede, para luego enzarzarse en una discusión de esas de las suyas que no tienen fin y en la que me mantengo al margen, teniendo muy presente que he metido mucho la pata.



Paso el resto de la semana sin tener noticias de él, sin sentir su mirada cuando llego por las mañanas y sin verlo en la puerta del DIGG cuando cierro la cafetería. El sábado, por primera vez desde que instauramos esa tradición, decido no ir al DIGG aprovechando que Emma se ha largado con Aksel a pasar el fin de semana de nuevo a la cabaña de Loki, a esa cabaña en la que estuvimos nosotros el año pasado y en la que también fui muy feliz.

—Me parece fatal que me dejéis así de tiradísima —protesta Kristel, disgustada.

—Tienes a Loki —le digo, viendo el apuro adueñarse momentáneamente de su rostro.

—Preferiría que Emma y tú estuvierais conmigo si no te importa.

—Imposible. Emma se ha largado con Aksel y a mí me duele mogollón la cabeza. Hoy no me apetece, de verdad. Además, ¿qué problema tienes? Te llevas genial con mi hermano; igual se apiada de ti y deja de estar apoltronado en la barra y decide bailar contigo.

—Es que es un poco raro... ¿no? Él y yo, solos.

—¿Como si fuera una cita? —le pregunto sonriendo, y veo cómo asiente con la cabeza y el apuro, la vergüenza o lo que sea incendia sus mejillas.

—El otro día, Sonia le propuso a tu hermano que me invitara un día a tomar algo, y ahora vamos a cenar juntos y solos. ¡Es raro! —se queja, llevándome de vuelta a esa noche en la que cenamos todos juntos en casa de Sonia: Emma, Aksel, Loki, ella, Sven y el recuerdo de Marco, porque no sé cómo se las ingeniaron entre todos para que su nombre saliera a colación y yo terminara dando las explicaciones que nunca he querido dar.

—A Sonia le encanta emparejarnos a todos, deberías saberlo. Pero que ella quiera emparejarnos no significa que tengamos que hacerlo, aunque tengo que decir que en este caso estoy bastante de acuerdo con su propuesta —le digo, asomándome luego un momento a la cocina para despedirme de la señora Larsen.

—¡Ni te atrevas a mencionarlo! ¡Es mi jefe!

—No, tu jefa soy yo. Él es solo mi hermano y el cocinero de la cafetería. Y tú deberías empezar a comer otras cosas, además de las que cocina —le suelto, divertida, consiguiendo que sus mejillas ardan de manera muy intensa.

—Voy a hacer como si no te hubiera oído —me dice, tapándose las orejas y casi corriendo hacia la puerta.

—¡Serías la cuñada de la jefa! ¿Te imaginas? —me meto con ella, siguiéndola entre risas y pareciéndome mucho a Sonia.

—¡No te estoy oyendo! —exclama, cruzando la terraza a toda prisa.

Y la risa muere en mis labios cuando mi mirada se detiene en la fachada del DIGG, donde está él.

Es mejor así. Y cruzo la terraza yo también. No para seguirla, sino para ir en busca de mi coche y largarme con mis amigas.

Capítulo 67



Varios días después

MARCO

Vaya puta mierda. Observo la fachada de su cafetería desde la barra del DIGG, sintiendo cómo la frustración nubla mi cabeza. Le dije que seguía enamorado de ella y lo que recibí a cambio fue que me invitara a largarme, quedarme fuera de su recuento y que me soltara esa jodida frase que me tocó tanto los cojones... ¿Cómo era? Ah, sí... que lo egoísta era que ella tuviera que renunciar a su sueño por mí, como si yo no tuviera importancia o como si lo que compartimos no hubiera sido lo más jodidamente perfecto de mi vida. Solo hay que verme, guardándole fidelidad a un recuerdo cuando podría estar follando con quien fuera, y no solo eso.

Y el egoísta soy yo, tócate las pelotas.

Frunzo el ceño cuando veo a Aksel salir de la cafetería con cara de mosqueado, seguido por Emma, que parece bastante agobiada o no

entender nada, para luego acceder al coche de mi amigo, donde se quedan. ¿Están discutiendo?

—Salgo un momento —informo a Thea, y abandono la barra sin detenerme a pensarlo, porque intuyo que algo no está yendo bien.

—¿Sucede algo? —me pregunta, extrañada, antes de que salga del local, dejando esa cuestión sin respuesta.

«Si están discutiendo, no voy a meterme». Con este pensamiento recuerdo a una vecina que tuve que se pasaba la vida mirando por la mirilla o por la ventana, para enterarse de todo. Solo que en mi caso lo que me mueve no es el chisme, sino ese sentimiento protector de hermano mayor que Emma despierta en mí. Y no de ahora, sino desde que la conocí.

Veo cómo se apea del vehículo, entre lágrimas, para luego echar a andar al tiempo que mi amigo se larga a toda leche. Mierda. Lo sabía.

—¡Emma! —la llamo, cruzando la calle a toda prisa mientras ella sigue caminando, sin molestarse en girarse—. Emma, ¿qué ha pasado?, ¿estás bien? —le pregunto, cogiéndola del brazo cuando consigo darle alcance, para hacer que se detenga.

—No... no estoy bien —admite entre lloros, volviéndose finalmente para mirarme mientras aprieta un álbum de fotos contra su pecho.

—¿Has discutido con Aksel?

—No quiero entrar en la cafetería, ¿puedes ir a por mis cosas, por favor? —me pide mientras oigo la voz de Silje a mi espalda y mi corazón se vuelve jodidamente loco.

—Emma, ¿qué ha ocurrido? —indaga, preocupada, pasando olímpicamente de mí, mientras que yo solo tengo ojos para ella, para la mujer de mis sueños... aunque yo no sea el hombre de los suyos.

—¿Podéis llevarme a casa de Sonia? Tengo el coche de Sven en casa... en su casa —rectifica hecha un mar de lágrimas.

—Ve a por sus cosas, te espero aquí con ella —le pido, abrazándola tan fuerte como ella abraza ese álbum de fotos—. Seguro que tiene solución y lo arregláis, ya lo verás —intento consolarla mientras ella se limita a llorar en silencio.

—Ya estoy aquí. Venga, Emma, cariño, no llores —la consuela Silje, cubriendo su cuerpo menudo con el anorak enorme que suele llevar y que pertenece a mi amigo.

—Dame las llaves, yo conduzco —le digo mientras Emma cambia de mis brazos a los suyos sin rechistar.

—¿Qué ha pasado? —nos pregunta Loki, preocupado, acercándose a nosotros.

—No lo sé. Vamos a llevarla a casa de Sonia. Encárgate tú de la cafetería, ¿vale? Volveré en cuanto pueda.

—Voy a llamar a Sonia —responde mi amigo. Y asiento en silencio.

Sonia, la famosa Sonia de la que tanto he oído hablar y ahora, por fin, voy a conocerla, y no como pareja de Silje, sino en unas circunstancias que nunca habría imaginado. Porque siempre he pensado que mi amigo y Emma sabrían hacerlo mejor que nosotros, sobre todo cuando Aksel me contó que estaba dispuesto a renunciar a sus sueños y a largarse con ella, y, en cambio, se ha ido, pero de su lado, dejándola hecha mierda.

—Venga, sube, cariño. Todo irá bien, ya verás —intenta animarla Silje, sentándose en la parte trasera del todoterreno con ella.

Y ya sé que es lo mejor, pero mataría por tenerla sentada a mi lado y, si no fuera mucho pedir, que me hablara con el mismo cariño con el que se está dirigiendo a Emma.

—Yo... lo siento mucho, Silje, lo siento mucho.

—¿El qué? ¿Qué es lo que sientes?

—Si no quieres que mañana vaya a trabajar, dímelo —oigo que susurra mientras yo me mantengo en silencio, muerto de curiosidad por lo que sea que les haya hecho terminar así.

—¿Qué tontería es esa? ¿Por qué no tendrías que venir a trabajar?

—Habla con Aksel.

—En mi cafetería mando yo, no Aksel —sentencia con sequedad.

Y tanto que manda ella: en su cafetería, en su vida y a veces creo que incluso en la mía, aunque no lo sepa.

—¿Dirección Ballstad? —le pregunto con frialdad.

—Sí, ya te iré indicando —me responde empleando el mismo tono de voz que he utilizado yo y cabreándome todavía más—. Tranquila, tranquila, ya verás como se soluciona.

—No creo —le contesta Emma entre lágrimas.

—Claro que sí. Aksel te quiere y tú lo quieres a él, y, cuando dos personas se quieren, encuentran la manera —oigo que le dice con ese cariño que parece tener vetado para mí, consiguiendo que una sonrisa amarga se prenda de mis labios, porque tiene cojones que ella diga eso.

—Entonces, doy por hecho que tú me has querido más bien poco —le echo en cara con sequedad, alzando la mirada para encontrarme con la seriedad de la suya a través del espejo retrovisor.

—No es nuestro caso —me rebate, y yo me limito a negar con la cabeza.

—Seguro —mascullo, volviendo la vista al frente y preguntándome si habré hecho lo correcto o la habré jodido de nuevo, algo que últimamente se me da cojonudamente bien, para luego recordar mi última conversación con Aksel.



—Emma es mi persona y, cuando encuentras a tu persona, haces todo lo posible para estar con ella, que es lo que voy a hacer —me dijo justo ayer.

—¿Y qué pasa con los proyectos que tienes en mente? Tu vida, tu familia... tus sueños —empecé a enumerarle, colocando a Silje a mi lado y recordando en qué lugar me colocó ella a mí. En el último y ni eso.

—Mi sueño es Emma, ella es lo único que me importa, todo lo demás es secundario.

—Pues qué suerte tiene.

—No, el que tiene suerte soy yo, porque he conocido a la mujer de mi vida, como tú... Si yo me largo, tú puedes quedarte. Si yo puedo renunciar a todo lo que hasta ahora me importaba, tú también puedes hacerlo... El tema es querer colocarla en tu primer puesto y entender que ella no pueda hacerlo. Y no porque no te quiera, sino porque su vida es distinta a la tuya... O también puedes largarte y perder a la mujer de tu vida. Tú decides, pero no olvides que tu felicidad vive a su lado.

—La diferencia está en que a ti Emma te mira.

—Me parece que ya no recuerdas cuando ni siquiera podía sostenerme la mirada o cuando le faltaban piernas para largarse en cuanto me veía aparecer. Te has rendido, tío, y eso es lo peor que puedes hacer.



Y a saber qué cojones habrá sucedido para que se haya marchado dejándola así, tan hecha polvo.

—Gira a la derecha, es la casa blanca con la puerta roja —oigo que me indica Silje, sacándome de mis pensamientos, y tomo el camino de gravilla que parece terminar en un muelle—. ¡Aquí! Detente.

—Ya iba a hacerlo —gruño viendo a una mujer de mediana edad salir a toda prisa de la casa, seguida por Sven. Sonia, seguro.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —pregunta acercándose a nosotros—. ¿Qué ha pasado, cielo? —insiste, angustiada, abriendo la puerta en cuanto detengo el vehículo.

—¿Puedo volver, Sonia?

—Por supuesto que puedes volver. Venga, sal y cuéntame qué ha sucedido —le pide, para luego llevársela al interior de la vivienda, seguida por Sven y su silencio, porque no ha abierto la boca en ningún momento.

—Nos quedamos —sentencio con sequedad, apeándome yo también, porque no pienso largarme hasta que no sepa qué hostias ha sucedido y, sobre todo, hasta que tenga claro que Emma está bien. Y entro en esta casa reconvertida en hotel y de la que tanto he oído hablar.

—¿Y tu trabajo?

—¿Te estás preocupando por mí?

—En realidad, no. Tienes que quitarte los zapatos —me señala con aspereza, tomando asiento en el banco de madera para empezar a descalzarse.

—Ni que fuera nuevo por aquí —farfullo sentándome a su lado y observando los pares de calzado, perfectamente alineados, colocados en la parte inferior—. ¿Tienes zapatillas de estar por casa aquí? —planteo con incredulidad cuando la veo calzarse unas pantuflas.

—Todos las tenemos —me contesta, levantándose, sin variar su tono de voz, seco y cortante—. Toma, póntelas, están limpias —añade, ofreciéndome un par de zapatillas de cortesía, como las que hay en los hoteles, para luego largarse sin molestarse en esperarme.

De puta madre.

«Vaya, pues sí que es bonita... Bonita y acogedora». Y accedo al salón, donde ella está charlando con Sven.

—¿Dónde está Emma? —oigo que le pregunta mientras yo me acerco a ellos.

—Hola —lo saludo, sintiéndome de repente un intruso que se ha colado sin permiso en los problemas de una familia ajena. Y básicamente es lo que soy, porque que me corten un huevo si estas personas saben quién soy o la relación que he mantenido con Silje.

—Hola, muchacho —me devuelve el saludo, para luego dirigirse a Silje—. Está en su habitación con Sonia. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha discutido con Aksel?

—Creo que sí —intervengo con seriedad, sintiéndome de nuevo ese intruso que no debería estar aquí ni abrir la boca.

—Voy a buscarlo. Si Emma está así, no creo que él esté mejor —murmura, preocupado, para luego salir de la estancia.

—Esperemos en la cocina —me dice Silje, rebasándome con decisión, mientras yo detengo la mirada momentáneamente en el gato que dormita en uno de los sillones orejeros situados frente al ventanal—. Seguro que Sonia la consuela y la entiende mejor que

nosotros —añade, girándose para mirarme cuando accedo a la estancia.

—Creo que no lo hemos hecho tan mal. ¿Qué ha pasado en la cafetería? —indago, tomando asiento en una de las sillas que rodean la mesa.

Joder, hasta la cocina es bonita. Deslizo la mirada por los armarios blancos, los visillos recogidos a ambos lados de la ventana, la mesa verde menta y las sillas de madera más oscura. Y es esa clase de cocina que te invita a tomar asiento y a quedarte.

—No tengo ni idea. Aksel ha entrado hecho una furia buscándola y luego se ha largado con las mismas prisas mientras Emma lo seguía sin entender nada —me cuenta, sentándose frente a mí. Durante un breve segundo, los visualizo a todos en torno a esta mesa: las risas, las pullas y la comida de Sonia, de la que tantas veces he oído hablar, porque parece ser que todos los platos que prepara Loki en la cafetería son recetas suyas.

—Iba a largarse con ella —le cuento, atrapando su mirada con la mía.

—¿Cómo? —inquiere, frunciendo ligeramente el ceño.

—Que iba a largarse con ella; iba a dejarlo todo por Emma.

—¡Fíjate, como tú! —exclama con la ironía tiñendo su voz.

—O como tú —le rebato empleando el mismo tono, porque tiene cojones el tema. Tiene muchos cojones.

—Déjalo, al final han terminado como nosotros.

—Eso no lo sabes —replico, esta vez con seriedad.

—Creo que está bastante claro.

—Siempre pueden arreglarlo —le rebato, enarcando una ceja. Y, aunque estoy hablando de ellos, en realidad, me estoy refiriendo a nosotros.

—Depende del sacrificio o de las renuncias que tengan que hacer.

—Y de si están dispuestos a hacerlas —matizo, sin permitir que se suelte de mis ojos. Porque ese es el quid de la cuestión: «Querer colocarla en mi primer puesto y entender que ella no pueda hacerlo, y no porque no me quiera, sino porque su vida es distinta a la mía», hago mías las palabras de mi amigo.

—Exacto. Tú lo has dicho.

—Que no es tu caso —matizo de nuevo, tensando la cuerda al máximo y sintiéndome la hostia de perdido con este tema, porque no sé cómo cojones colocarla en mi primer puesto cuando ella no parece dispuesta a permitírmelo.

—Ni el tuyo, ya puestos.

—Al menos, tú sí que entrabas en mi recuento —le echo en cara con acritud, sintiendo el enfado adueñarse de mi voz—. Mejor espero fuera.

Capítulo 68



SILJE

Maldita sea... Apoyo los codos en la mesa y me cubro el rostro con las manos, porque por supuesto que entra en mi recuento, solo que no sé cómo decírselo, llegados a este punto en el que ni siquiera podemos compartir espacio y en el que nos hablamos como si no nos soportáramos. Y siento cómo esa sensación de pérdida que cayó sobre mi cuerpo cuando le pedí que se marchara de mi casa toma fuerza en mi interior.

Aksel iba a dejarlo todo por Emma y, en cambio, yo soy incapaz de confesarle a Marco lo que siento por él. Soy incapaz de dar al menos un paso, o cientos, que cambien esta situación. Y prefiero quedarme sola, en esta cocina y en mi vida, a arriesgarme a equivocarme y terminar llorando de nuevo. Siento que mis lágrimas empiezan a gotearme en la garganta, porque un día más es un día menos para cambiar de opinión y, si ahora se marcha, puede que no regrese. Sí a las islas, pero no a mi vida.

Y es una certeza que ha llegado de la nada para abrirme los ojos de golpe, hacer que me levante y que vaya en su busca.

Solo que una cosa es lo que tu interior te grita que hagas, lo que sabes que es correcto, y luego está lo que dices y lo que haces, y puede ser diametralmente opuesto a lo primero. Y no sé si es orgullo, protección o estupidez.

—¿Es el equipaje de Emma? —le pregunto a Sven cuando salgo a la terraza y lo veo sacarlo del maletero, ignorando a Marco a pesar de que lo único que deseo es abrazarlo, acurrucarme en su pecho y construir mi hogar en él.

—Sí... Este muchacho... no ha querido hablar conmigo —se queja, abatido.

—Espera, que te ayudo —se ofrece Marco, pasando por mi lado para descender los escalones a toda prisa y hacerse con la maleta de Emma, que carga como si no pesara nada.

—Gracias, pero mejor quédate con Silje. Muchacha, ¿por qué no preparas café para todos? Porque tú te quedas, ¿verdad? —le plantea a Marco con seriedad mientras yo me muevo ligeramente para seguir dándole la espalda. Algo que hago ya sin darme cuenta, a pesar de lo mucho que deseo mirarlo. Y espero ansiosa su respuesta porque, a pesar de todo, quiero que se quede, aunque ello implique que termine conociendo a Sonia.

—Sí, me quedo —le responde con decisión, y respiro aliviada.

—Me alegro. Ya me ocupo yo de esto —le dice Sven antes de acceder a la vivienda cargado con el equipaje de Emma.

—No tienes que quedarte si no quieres —le indico, girándome finalmente para mirarlo, encontrándome con la seriedad que brilla en sus ojos, tan distinto a cuando lo conocí y la diversión e incluso a veces la burla brillaban en ellos. Y no ha cambiado solo en eso, sino en todo. Y observo esa coleta de la que siempre termina escapando

algún mechón, cuando el año pasado llevaba un tupé todo repeinado hacia atrás.

—Ya, el tema es que quiero quedarme —me contesta, sosteniéndome la mirada durante los breves segundos en los que siento que el mundo contiene el aliento. El mundo y yo—. Vamos a preparar ese café —añade, soltándome de sus ojos para acceder otra vez al interior de la vivienda.

Y, de nuevo, siento cómo esa sensación de pérdida o de que me falta algo cae sobre mi cuerpo como un pesado manto que me ahoga y no me permite ver.

—Yo lo haré —le digo cuando accedo a la cocina, y toma asiento en la silla que ha ocupado antes.

Y sin verlo lo estoy viendo, como tantas veces lo veo cuando me paseo por mis recuerdos. Mi momento para recordar. Mi momento para volver a estar con él. Y, más que un momento, pueden ser horas. Y ahora lo tengo detrás y, en lugar de girarme y decirle que yo también sigo enamorada de él, continúo guardando silencio, rememorando cada momento a su lado en lugar de arriesgarme a vivir otros nuevos. Continúo aferrándome a mi decisión segura, esa que no me hará llorar, pero con la que vivo a medias, porque es cierto que nunca podremos ser felices, al menos por completo, estando separados.

Y, a pesar de saberlo y a pesar de lo mucho que lo echo de menos, no hago nada para cambiar mi situación. Y, durante unos instantes, imagino un futuro sin él. Pero no sin él como estamos ahora, sino sin él y sin saber nada de él. Como este invierno, pero peor, porque durante esos meses la esperanza de que regresara convivió conmigo, pero, si ahora se marcha, la esperanza se irá con Marco definitivamente.

Oigo las voces de Sonia y de Sven cada vez más cerca y me giro hacia la puerta, para verlos entrar unos segundos después.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, preocupada, cuando veo la cara de desolación de Sonia.

—Emma no se encuentra con fuerzas para bajar y explicároslo, y me ha pedido que lo haga yo —me cuenta, volviendo su mirada hacia Marco, que se mantiene en silencio—. Tú eres Marco, ¿verdad? —le pregunta con afecto mientras yo veo la sorpresa reflejarse en su mirada, porque me parece que esto es lo último que esperaba.

—Sí, señora. Encantado de conocerla.

—Ay, cielo, llámame Sonia. ¡Qué alegría tenerte por aquí! Algo bueno al menos —dice para sí, y suelta un suspiro—. Espero verte mucho a partir de ahora —añade esbozando una cálida sonrisa mientras yo sirvo los cafés, poniendo todo mi empeño en evitar su mirada, para luego tomar asiento en la silla que queda más alejada de la suya.

—¿Qué ha sucedido? —insisto, necesitando que deje el tema de Marco y se centre en el de Emma y Aksel, que es el que nos atañe y el que nos ha traído aquí.

—Esta historia no me pertenece a mí, solo a Emma, y es ella quien debería contarla —comienza a hablar, sentándose junto a Sven —. Sin embargo, cuando las lágrimas nublan tu visión y el dolor se lleva tu voz, puedes contarlo una vez, pero no más, así que me ha pedido que lo haga yo en su lugar... Solo os pido que me escuchéis con atención, dejéis vuestros juicios fuera y coloquéis a vuestro lado la comprensión, porque lo que vivió esa chiquilla es tan doloroso que, sin haberlo vivido, me duele a mí —prosigue, atrapando nuestro interés con sus palabras, porque me parece que no estamos ni respirando, para luego empezar a narrar esta historia que ya está escrita, porque pertenece a su pasado. Y es un pasado que nunca

habría imaginado y que llena mis ojos de lágrimas cuando llega al final del relato—. Ocultar lo que no podemos verbalizar porque nos duele demasiado no es mentir. No estamos obligados a compartir nuestro pasado si no es nuestro deseo o no estamos preparados, en eso consisten la libertad y la tolerancia. El amor no es exigencia. El amor es comprensión, es aceptar los silencios del otro y esperar a que esté listo para abrirse a nosotros si ese es su deseo, pero también es aceptar que ese momento no llegue nunca. Ellos apenas llevaban unas semanas juntos, por supuesto que Emma no tenía por qué habérselo contado si no estaba preparada para hacerlo.

—Bueno, tú siempre dices que hablar ayuda. Si ella nos lo hubiera contado, la habríamos ayudado —intervengo con un hilo de voz, porque tengo la garganta llena de lágrimas atascadas.

—¿Y lo dices tú, que nunca nos habías hablado de él? —me pregunta Sonia, dejándome muda—. Cariño, tú misma has callado lo que te dolía y has llorado a solas, o con tus amigas, pero nunca has acudido a mí y creo que tampoco a tu madre, cuando sabes que ambas te queremos con todo nuestro corazón —añade, hundiéndome en la miseria más absoluta porque la estoy viendo venir y maldita sea—. Este invierno has llorado por él y sigues haciéndolo, ¿verdad? Sigue doliéndote y sigues sin poder avanzar porque, a pesar de tenerlo sentado casi enfrente, ni siquiera te has molestado en mirarlo. Y tú, igual con ella. ¿Puedo saber por qué? —nos reprende con seriedad.

—Creía que todos teníamos derecho a guardar silencio —le recuerdo sus palabras sintiéndome pequeña de nuevo, solo que entonces ponía un vaso de leche frente a mí y ahora lo que tengo es un café.

—Cierto, pero, como bien has dicho, hablar siempre ayuda, y me refería a casos extremos, como el de Emma. Lo vuestro es un

enfado de enamorados que se está alargando demasiado.

—¡Sonia! —la regaño, molesta, oyendo la carcajada de Sven de fondo.

—Dime, cielo.

—¿Tú qué crees?

—En realidad, sí que habló de él. Recuerda que nos dijo que no tenía sentido hablar de algo que no tenía futuro y luego brindó por las relaciones imposibles —interviene Sven, poniendo la guinda al pastel.

—Cierto, es verdad... —corrobora, haciendo un gesto con la mano, mientras Sven oculta su sonrisa tras la taza de café—. Y ahora vais a escucharme los dos. Imposible es que yo vuelva a estar con Oskar o que Sven vuelva a estar con Eridan, pero vosotros estáis aquí y, en lugar de luchar por vuestra relación, me parece que os habéis rendido. Si os dierais cuenta de la grandísima suerte que tenéis de estar vivos, los dos, no actuaríais de ese modo y no desperdiciaríais un tiempo que erróneamente creéis que es ilimitado cuando puede terminar en cualquier momento. Y sucede así, sin avisar, de repente, sin darte unos minutos más para disculparte por eso que dijiste o para decirle por última vez lo mucho que lo quieres y lo afortunada que has sido por haberlo tenido en tu vida —añade con la tristeza dominando su voz, refiriéndose claramente a su marido.

—Sonia... lo siento.

—Pues, si lo sientes, aprovecha tu tiempo. Y tú, lo mismo —le ordena a Marco.

—¿Puedo saber por qué hemos dejado de hablar de Emma y Aksel y hemos terminado hablando de nosotros? —me quejo, viendo de reojo cómo Marco esboza una casi imperceptible sonrisa.

—Porque ellos necesitan su tiempo ahora, pero vosotros ya lo habéis tenido y, en lugar de acercar posturas, creo que estáis más

lejos que nunca, a pesar de estar enfrente. Por eso hemos terminado hablando de vosotros.

—Es difícil acercar posturas cuando no te colocan en su lista de prioridades —le suelta Marco con sequedad, atrapando momentáneamente mi mirada con la suya y apretando mi corazón con ella—. Me alegra haberte conocido, Sonia, aunque haya sido en estas circunstancias —le dice, levantándose y dando por finalizada esta conversación.

—Y yo me alegro de haberte conocido por fin, aunque tienes razón y las circunstancias no han sido las mejores. Espero que vengas algún día a almorzar, a cenar o a tomarte un café para que podamos charlar de cosas más alegres —responde, levantándose ella también, para luego aferrar sus manos con ese cariño que es tan propio de Sonia—. Las personas que son importantes para mi familia lo son también para mí, y tú eres importante para Silje, aunque no te lo diga y te haga creer que no estás en su lista de prioridades —añade, esbozando una sonrisa, mientras yo resoplo molesta, maldiciéndola muchísimo en silencio.

Capítulo 69



MARCO

—Acompáñame a dar un paseo, necesito estirar las piernas... Sin excusas —se adelanta Sven a mi comentario, y lo miro jodidamente alucinado, porque ni esperaba escuchar la historia de Emma ni este sermón que acaba de caernos... y que va a seguir cayéndome en exclusiva a mí.

—Gracias por todo —farfullo, para luego seguirlo hasta la entrada, sintiéndome como un puto crío que la ha liado mucho y que ahora tiene que cargar con la reprimenda.

—Juntarte tanto con alguien que tiende a meter las narices en todo tiene como consecuencia que tú también acabes metiendo las tuyas donde no te incumbe, que es lo que estás pensando, ¿verdad? —me pregunta, provocando mi carcajada mientras nos quitamos las zapatillas y nos ponemos los zapatos.

—Puede que lo piense cuando consiga reaccionar.

—Bien dicho, muchacho. Vamos —me dice saliendo a la terraza, para luego dirigir sus pasos hacia el camino de gravilla, que me parece que termina en un muelle—. Mi hijo la ha fastidiado con todo este asunto de Emma y sé que, cuando se dé cuenta de su error, va a arrepentirse muchísimo. Solo que es probable que entonces ella ya no esté aquí si sigue decidida a marcharse a España —prosigue, y yo asiento con la cabeza, porque estoy seguro de ello—. ¿Vas a hacer como mi hijo? —me plantea con seriedad, girándose para mirarme.

—No es nuestro caso —le digo, haciendo mías sus palabras.

—¿Estás con Silje?

—Por supuesto que no.

—Entonces, es vuestro caso, de manera distinta porque vosotros ya lleváis lo vuestro, pero seguís tropezando con la misma piedra. ¿Puedo saber por qué? —me pregunta, tal y como haría mi padre de estar aquí.

—Porque es imposible acercar posturas con una persona que no te coloca en su lista de prioridades y que parece que te haga un favor si te mira o te dirige la palabra —le respondo con sequedad mientras observo las montañas dar cobijo a este pequeño muelle en el que nunca había estado, y doy una larga bocanada con la que lleno mis pulmones con este aire frío y limpio que voy a respirar mucho a partir de ahora.

—Siendo cría ya era orgullosa: orgullosa, valiente y decidida. Y esas cualidades pueden convertirse en sus mayores defectos si no va con cuidado —me dice, deteniendo la mirada en los barquitos que parecen suspendidos sobre el espejo en el que se ha convertido el agua.

—Qué me vas a contar —me quejo, provocando su sonrisa.

—¿La quieres? —me pregunta, volviéndose para mirarme.

—Sí. La quiero.

Y ante eso no hay duda posible.

—Y, según tengo entendido, lo que os ha separado ha sido una falta de acuerdo, ¿cierto? Ella parece odiar tu ciudad y tú no quieres vivir aquí, ¿voy bien?

—Más que bien.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Por favor —contesto esbozando un amago de sonrisa, completamente seguro de que no importa que le dé o no permiso, porque esa pregunta va a llegar de igual forma.

—¿Qué te hace más feliz, vivir en Roma o estar con Silje? —me plantea, borrando ese intento de sonrisa con sus palabras.

—Estar con Silje.

—Y, a pesar de que estar con Silje es lo que te hace más feliz, has decidido regresar a esa ciudad en la que no lo eres tanto. ¿Es así?

—No exactamente —replico, notando la caricia de la suave brisa en mi rostro y sintiéndome extrañamente feliz, a pesar de la situación de mierda en la que me encuentro. Solo que no es tan mierda en realidad.

—¿Puedes sacarme de mi error, por favor?

—Voy a quedarme a vivir aquí —le confieso, esbozando una sonrisa y provocando la suya.

—¿Y ella lo sabe?

—No, ni tampoco se lo voy a decir.

—Maldita juventud, que parecéis empeñados en alargar las cosas —se queja, mirándome con seriedad.

—No es eso —musito perdiendo la mirada en las montañas que se vislumbran a lo lejos.

—¿Y qué es, entonces?

—Necesito que me diga lo que siente, aunque crea que voy a marcharme; sentir que da algún paso, que lo intenta y que no solo

es cosa mía. Porque es cierto que la falta de un acuerdo nos separó inicialmente, pero lo que nos mantiene separados ahora es su frialdad. Le dije que seguía enamorado de ella y me mostró la puerta —le explico sintiendo la tristeza apretarme por dentro y adueñarse de mi voz—. Supongo que llegará un momento en el que se preguntará por qué sigo aquí y no he cogido un maldito avión, pero, hasta que eso suceda, por mi parte, no tengo nada más que decir.

—Y, cuando eso suceda, ¿qué ocurrirá?

—Te lo contaré cuando lo viva.

Capítulo 70



SILJE

—¿No deberías esperar a Marco? Él ha venido contigo y, si te marchas, ¿cómo va a regresar a Leknes? —me pregunta Sonia pisándome los talones mientras yo salgo de la casa, decidida a largarme de una vez, porque ya no podemos hacer nada más por Emma y no me apetece en absoluto tener que coincidir con él otra vez.

—Iba a marcharse antes que yo, así que supongo que es problema suyo. Además, ¿a ti qué más te da? En serio, Sonia, no puedes meterte tanto, ni tú ni Sven —la reprendo, molesta, dándole un abrazo con el que paliar mi reprimenda, porque no quiero que se sienta mal, pero es la verdad y no pueden ser tan entrometidos. Marco debe estar flipando.

—Ya me lo agradecerás, cielo. Y a Sven también —me responde sonriendo.

—¿No me digas? ¿Y puedo saber cuándo sucederá eso? Porque ahí dentro he querido matarte un par de veces.

—Bueno, un par de veces no son muchas —me replica, soltando una risita por lo bajo, mientras yo accedo a mi todoterreno y caigo en la cuenta de que las llaves las tiene él. Maldiciendo mentalmente, apoyo la frente en el volante deseando abrírmela a cabezazos de pura frustración, porque ahora voy a tener que esperarlo sí o sí—. No puedo marcharme, no tengo las llaves del coche —lloriqueo, porque se merece que lo deje tirado.

—¡Qué maravilla! —exclama, y suelta otra risita.

—No puedes ocultar que estas cosas te dan la vida —la riño otra vez, torciendo el gesto.

—Bueno, me la darían más si lo de Emma y Aksel no hubiera sucedido —comenta ensombreciendo el gesto—. Espero que lo arreglen.

—Estoy segura. Aksel está loco por ella y yo me cargué la maldición, así que esto es solo un pequeño bache que acabarán superando.

—¿De qué maldición hablas, cielo?

—Una que me cargué a base de vino. Por cierto, he oído por ahí que el otro día Sven te invitó a cenar y lo rechazaste, ¿es eso cierto?

—Ahora le ha dado por decir que tengo que descansar y permitir que otros cocinen para mí, ¡qué tontería! Además, cuando voy a comer fuera, nunca termina de gustarme: o no sabe a nada, o le han puesto demasiada salsa, o a mí me sale mucho más rico, así que ¿para qué?

—¿Para pasarlo bien? ¿Para sentarte y que te lo sirvan en lugar de servirlo tú, por ejemplo? ¡Podríais venir a la cafetería! Todas las recetas de Loki son tuyas y tú misma dices que le salen mejor que a

ti, así que no hay excusas —le propongo, siendo tan entrometida como lo es ella con nosotros.

Porque no sé si lo sabe o no, pero Sven está enamorado de ella desde hace años y, tratándose de Sonia, va a necesitar que le echemos muchos cables, y puede que ni así.

—¡Con las obligaciones que tengo aquí! —exclama, descartándolo en el acto—. ¿Qué hago con mis inquilinos? Además, ahora Emma me necesita a su lado. Mira, ya vienen por ahí.

—Qué bien te ha venido, ¿eh?

—No sé de qué me hablas.

—Lo que tú digas —suelto entre risas, viéndolos acercarse por el camino y sintiendo cómo mi corazón comienza a latir acelerado.

—Siento haberte hecho esperar —pronuncia con sequedad, accediendo al vehículo.

—En realidad, lo que estaba esperando eran las llaves —le contesto, mostrándole la palma de la mano.

—Claro, cómo no —masculla, sacándolas del bolsillo de sus pantalones para luego depositarlas sobre mi palma mientras yo evito mirarlo tanto como me es posible.

—Sven, Sonia y tú estáis invitados a almorzar en la cafetería el día que os venga bien. Llévala, aunque sea a rastras —le pido con una gran sonrisa, guiñándole un ojo cuando me sonríe con la mirada.

Luego pongo el motor en marcha y me alejo de ellos, sintiendo cómo el silencio cae pesado sobre nosotros ahora que los hemos dejado atrás.

Un silencio pesado y asfixiante en el que nos mantenemos durante todo el trayecto, a pesar de las muchas palabras que tengo rebotando en mi pecho, como tomando impulso para subir por mi garganta. Solo que es imposible que lo logren cuando la tengo

cerrada, y no por lo que les ha sucedido a Emma y a Aksel, sino por lo que nos está sucediendo a nosotros.

—Gracias por traerme —me dice con sequedad, y se baja del todoterreno en cuanto lo detengo, como si estuviera deseando hacerlo, mientras yo detengo la mirada en la cafetería.

Mi sueño y, a veces, pienso que mi freno. Solo que ese freno lo he puesto yo sin darme cuenta, porque soy yo la que da voz a mis miedos, la que corta mis alas y la que ha optado por vivir de manera segura en vez de arriesgarme a descubrir el cielo.

Y echo a andar hacia ese lugar en el que deposité mis ilusiones por entero, cuando posiblemente tenía otras opciones que no supe, o no quise, ver, sintiendo que algo tira de mí hacia atrás, como si tuviera una cuerda en torno a mi cintura. Y lo que tira de mí es él y, a pesar de saberlo, sigo andando hacia delante, sigo dando poder a mis miedos y sigo quedándome en mi zona segura, esa que no me hará llorar cuando su avión despegue, pero en la que tampoco seré feliz del todo.

Sumida en mis pensamientos, cruzo la terraza, dándome de frente con Fredrick cuando sale de la cafetería.

—¡Hola! —me saluda esbozando una sonrisa—. ¡Qué casualidad, justo me iba ya! —exclama mientras yo siento cómo el rechazo me bloquea a todos los niveles posibles—. ¡Estás guapísima! ¿Cómo te va todo? —me pregunta, alzando una mano para acariciarme el pelo.

—¿Qué haces aquí? —le planteo cuando consigo reaccionar, dándole un manotazo para retirar su manaza de mi melena y sintiendo deseos de correr.

—Pasaba por aquí y he venido a saludarte —me cuenta, ignorando mis malas formas.

—Perfecto, me doy por saludada —le espeto, haciéndole un gesto con la cabeza para mostrarle la calle, porque no soy yo la que tiene

que marcharse corriendo, sino él.

Oigo el rugido de su moto a mi espalda, potente durante unos segundos y en la lejanía después, hasta enmudecer por completo cuando se aleja de mí, y oigo cómo mi corazón y mi piel gritan su nombre. Maldita sea, en lugar de estar hablando con este imbécil debería estar con él.

—¿Puedo invitarte a un café? —inquiere empleando ese tono meloso que solía usar antes conmigo y con el que lo conseguía todo, cuando ahora me produce hasta repulsión, posiblemente porque, por primera vez, estoy viendo cómo es en realidad.

Y no solo eso, sino que acabo de darme cuenta de que ya no lo echo de menos, ni echo de menos ese futuro que podríamos haber tenido juntos.

Y es algo liberador, como soltar esa última cadena que te mantenía atada a tu pasado.

—No, no puedes, pero lo que sí puedes hacer es largarte, y bien lejos si puede ser —suelto con frialdad, a pesar de que siento deseos de gritar de pura felicidad.

—No me digas que sigues enfadada conmigo.

—Qué va, si en el fondo te estoy sumamente agradecida. Menuda vida de mierda habría tenido a tu lado —le contesto entre risas, deseando terminar con esto de una vez.

—Bueno, eso no lo sabes —me rebate, molesto.

—¿Cómo está tu mujer, Fredrick? ¿Sabe que has venido a saludarme, o que estabas con ella y conmigo al mismo tiempo? ¡Seguro que no! Por cierto, ¿sigues siéndole fiel o ya tienes a otra guardando silencio como hice yo? —le pregunto, haciendo mi impaciencia a un lado, porque necesito pisotear este pasado que tantas lágrimas me provocó.

—Lo siento si te hice daño, te aseguro que nunca lo pretendí.

—Seguro... Querías hacerme feliz engañándome con otra, ¿verdad? Menudo imbécil —replico, esbozando una sonrisa sarcástica mientras siento la risa burbujearme en la garganta—. Lárgate y no vuelvas por aquí, no eres bien recibido.

—Y por eso tenemos que hablar... Yo no te he olvidado y...

—Ay, Dios, ¡no has cambiado nada! ¡Eres un cabrón! —exclamo, ya entre risas—. Y me hiciste el mayor favor que podías hacerme —prosigo esta vez con seriedad, atrapando su mirada con la decisión de la mía—, porque, gracias a tu egoísmo, a tus mentiras y a tu forma equivocada de querer, he conocido al amor de mi vida, que nunca serás tú, y he descubierto lo que se siente cuando te respetan, cuando no te ocultan y cuando te quieren bien, algo que nunca viví contigo. Y no solo eso, porque además tengo esta cafetería. Ahí te quedas, ojalá te pudras —le suelto, girando sobre mis talones para encaminar mis pasos hacia la floristería más cercana con una sonrisa enorme instalada en el rostro.



Dejo el ramo y la tarjeta frente a la puerta de su habitación, sintiendo el corazón latirme tan fuerte que, como siga así durante mucho tiempo, va a terminar haciéndome una abolladura en el pecho o lesionándose él solo. «Vale, ya está». E inspiro profundamente para luego regresar a mi cafetería, percibiendo cómo el temor a lo desconocido llega para colocarse a mi lado. Solo que esta vez no voy a darle voz, sino que voy a arriesgarme. De hecho, ya lo estoy haciendo.

Capítulo 71



MARCO

—Vaya, por fin te dignas a aparecer —me reprende Thea en cuanto accedo al DIGG.

—Lo siento, el tema ha sido bastante más jodido de lo que pensaba.

—Sí, algo me ha contado Loki. ¿Todo bien?

—En realidad, no. Oye, no estoy para currar hoy. Dime que me das el día libre y te lo compensaré como quieras —le pido, acercándome a la barra.

—Vas a sustituirme; te aseguro que vas a compensarlo todos los días, lo quieras o no. Venga, lárgate, tienes mala cara —me contesta, y asiento con la cabeza, necesitando comerme la hostia de kilómetros para tranquilizarme de una vez. Porque me siento crispado, alterado y cabreado a partes iguales.

Doy una larga bocanada de aire cuando abandono el restaurante, para luego ir en busca de mi moto, y detengo mis pasos en seco

cuando la veo hablar con un hombre rubio y muy bien vestido en la terraza de su cafetería.

—Joder —mascullo entre dientes, reanudando mis pasos, para luego sacar la sudadera del maletín de la moto y ponérmela a toda prisa, sin poder quitarles la mirada de encima.

Me largo de Leknes, deseando poner tanta distancia de por medio como me sea posible para dejar atrás toda esta mierda: lo de Emma, lo que ha sucedido en casa de Sonia, esta situación con Silje y haberla visto con su ex acariciándole el pelo, porque no hay que ser muy listo para saber de quién se trata, teniendo en cuenta su reacción. Le doy más gas a la moto mientras siento la rabia quemarme en la boca del estómago, porque, en lugar de largarme a toda leche, como he hecho, tendría que haber ido hacia allí para dejarle bien claro al gilipollas ese que Silje es mi mujer, aunque ella no se haya enterado todavía.

Mi mujer. Me demoro en cada letra, sintiendo la rabia enfriarse lentamente y la emoción desprenderse al mismo tiempo con esa palabra. Porque es mi mujer y, si ella no da el paso, voy a tener que darlo yo. Reduzco la velocidad, para después dar media vuelta e ir en su busca, con mi corazón comenzando a latir acelerado.

Detengo la moto frente a su cafetería, percibiendo cómo todo lo que siento por ella llega para dominar mis pasos e infundirme una confianza que hacía mucho tiempo que no sentía. Cruzo la terraza con paso firme, para luego abrir la puerta con decisión y encontrarme con su mirada. Su mirada y su sorpresa.

Y echo a andar hacia ella. Solo que, en lugar de detenerme frente al mostrador, como acostumbro a hacer, lo rodeo para aferrar su cintura con una mano mientras la otra viaja a su cuello, donde mis dedos se hunden en la espesura de su pelo.

—¿Qué ha...?

Y, antes de que pueda formular su pregunta, la silencio con mis labios, pasando de Kristel y del cliente que estaba esperando, sintiendo cómo la felicidad me explota en el pecho cuando entreabre los labios para corresponder a mi beso y la pego todo lo que puedo a mi cuerpo y a mi boca. Mi persona. Mi mujer. Y mi felicidad.

—¿Has subido a tu habitación? —me pregunta, sin alejar sus labios de los míos, mientras yo mantengo mi firme agarre.

—No, ¿tendría que haberlo hecho? —le cuestiono, atrapando su mirada con la mía, sintiéndola por fin cerca y no a miles de kilómetros. Y no sé qué ha cambiado en ella, pero lo que sea es bienvenido.

Sin poder alejar la mirada de la calidez que brilla en sus ojos, me doy cuenta de que en ningún momento he valorado la posibilidad de su rechazo, sino que simplemente he sentido que iba a ir bien. Y ha sido una certeza que ha ido llegando y creciendo según me acercaba a Leknes y luego a ella.

—Habría estado bien. ¿Qué haces aquí? —me plantea alzando los brazos para rodear mi cuello con ellos y consiguiendo que me sienta el tío más jodidamente feliz sobre la faz de la tierra.

—¿Acaso no te ha quedado claro? —suelto esbozando una sonrisa.

—No en realidad —me responde, sonriendo conmigo y matándome mucho, porque solo yo sé lo necesitado que estaba de esto cuando llevo meses encontrándome con su espalda.

—He venido a buscar a mi mujer —le digo con seriedad, y veo la sorpresa instalarse de nuevo en su mirada—. Te quiero y estoy hasta los huevos de esperar algo que no va a llegar, así que... aquí me tienes, *principessa*, dispuesto a vivir mi primer invierno en estas islas.

—¿Cómo? —oigo de fondo la voz de Kristel—. Perdón, perdón, perdón —se disculpa a toda prisa, provocando mi sonrisa—. Estaré

en la cocina. Si entra algún cliente o te hago falta, dame un grito —parlotea antes de largarse con una sonrisa de oreja a oreja.

Y no es la única.

—¿De verdad? —me pregunta, atrapando mi atención con la seriedad que ha empleado.

—Tú no quieres vivir en Roma y yo no quiero vivir más sin ti, así que solo me queda una opción y es quedarme... con una condición.

—¿Cuál?

—Si yo voy a vivir en el mundo de las nieves, antes quiero que te cases conmigo... en Roma —añado, guiñándole un ojo y sonriendo tanto como puedo.

—¿Es una condición?

—La única que tendrás.

—Recuerdo cuando me pusiste como única condición que no me enamorara de ti, ¿y ahora me estás pidiendo que me case contigo? —replica enarcando una ceja y arrancándome una carcajada.

—¿No me jodas que lo has pillado a la primera?

—Eres idiota —me dice entre risas, y yo veo a mi amigo Loki observarnos sonriendo desde la puerta de la cocina junto a Kristel, y le guiño un ojo antes de regresar a los suyos, a mi casa.

—Cierto, pero soy el idiota que va a casarse contigo y, si no recuerdo mal, fue una condición que impusimos los dos.

—Y que incumplimos los dos... No te he dicho que sí.

—¿Vas a decirme que no? —le pregunto, divertido.

—Vamos a tu habitación.

—Joder, qué ansiosa. Vale, follemos antes —le suelto entre risas, cogiendo su mano para largarnos de aquí, porque, si quiere follar antes, por mí de coña. Y oigo sus carcajadas unirse a las mías.

—¡Ya cierro yo! —oigo la voz de mi amigo de fondo.

—¿Es una prueba de alto rendimiento o algo similar? Porque, si se trata de eso, te aseguro que follo mejor que antes. Y no porque haya practicado, sino de las putas ganas que te tengo —le aclaro, pasando de Loki, que a saber por qué cojones sigue aquí, aunque tampoco es que me importe demasiado.

—Ya te enterarás —me dice guiñándome un ojo y consiguiendo que la impaciencia se adueñe de mis pasos, porque ahora quiero saber de qué va todo esto.

Cruzo la calle a toda prisa sin soltar su mano, para luego acceder al DIGG y dirigirme al primer piso, quedándome mudo cuando veo un ramo de flores frente a la puerta de mi habitación.

—¿Son tuyas? —le planteo descolocado, sin entender nada, viendo la tarjetita que lleva cuando me hago con él.

—Ábrela —susurra sonriendo, y se muerde el labio inferior.

«Quiero todos los inviernos a tu lado», leo, sintiendo la emoción golpearme con fuerza, porque esto sí que no me lo esperaba.

—Supongo que yo también necesitaba mi tiempo. Te quiero, Marco, y por supuesto que estás en mi lista de prioridades, solo que no te lo decía porque no quería volver a pasar por lo que ya he vivido dos veces.

—¿Y qué ha cambiado? —indago, atando su mirada a la mía, sintiéndome tan jodidamente emocionado que he tenido que hacer verdaderos esfuerzos por controlar la voz.

—Tenías razón y nunca podré ser feliz del todo si no es a tu lado. Estoy dispuesta a llegar a acuerdos si esto te resulta demasiado duro —me dice, cerrándome la garganta muy fuerte.

—Siempre podemos pasar las Navidades en Roma —le propongo, rodeando su cintura sin soltar este ramo, que es el mejor regalo que me han hecho nunca. El ramo y la tarjeta, que voy a enmarcar.

—Y podemos cogernos las vacaciones durante los meses de invierno, que es cuando menos trabajo hay. Si vas a quedarte, quiero que seas feliz y que sea lo más fácil posible para ti —me propone ella, emocionándome todavía más, porque este es el paso que necesitaba que diera y acaba de hacerlo.

—Si estoy contigo, tengo la felicidad asegurada. Y sobre lo otro, quién sabe, igual hasta me gusta vivir en el mundo de las nieves —bromeo, acunando su mejilla con la mano y acariciándola con la mirada.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que luego llega el sol de medianoche, sin mencionar que por fin vas a ver las auroras a todo color durante horas —añade, rodeándome el cuello con las manos.

Mi mujer. Mi casa y mi hogar.

—¿Eso es un sí, entonces?

—Pídemelo primero —me dice, guiñándome un ojo.

—¿No lo he hecho ya antes? —replico, sonriendo la hostia.

—En realidad, no. Ha sido más bien una condición impuesta.

—Cierto, perdona... No tengo anillo —caigo en la cuenta de repente, maldiciéndome mucho porque ya podría haber pasado por una joyería antes.

—Qué mal, eso me pasa por enamorarme de italianos idiotas —bromea, provocando mi sonrisa, mientras yo la suelto para hincar la rodilla en el suelo y coger su mano.

—Una vez me dijiste que era posible que incluso yo cambiara de opinión y un día decidiera trazar un círculo más pequeño.

—Y tú me dijiste que no creías posible que te sucediera eso, porque te gustaba demasiado tu vida —me recuerda con dulzura.

—Y qué equivocado estaba, porque mi vida eres tú y acabo de trazar mi círculo en estas islas, un círculo en el que espero que dentro de unos años estén nuestros hijos. ¿Quieres casarte conmigo,

principessa? —le pregunto con la emoción dominando mi voz y brillando, seguro, en mis ojos.

—Sí, ¡por supuesto que sí! —me contesta, tan emocionada como lo estoy yo, y me levanto para rodear su cintura con mis brazos, porque soy incapaz de estar alejado de ella aunque sea unos putos centímetros—. Pero también quiero que tu círculo sea elástico para que tenga el tamaño que desees en cada momento —añade, humedeciendo mi mirada con sus palabras.

Porque esto no es un paso, sino la hostia de ellos, y han llegado sin que supiera que iba a quedarme, como yo cuando he ido a buscarla.

Y entonces recuerdo las palabras de mi madre, porque, en cuanto he sabido lo que quería, he ido a por ello sin dudarlo.

—Que deseemos, *principessa* —la corrijo, queriéndola con la mirada.

—Es verdad —musita sonriendo—. Por cierto, yo también tengo una condición.

—¿No me digas? ¿Y cuál es? —le planteo, enarcando una ceja.

—Quiero que vuelvas a llevar el tupé —me dice, arrancándome una carcajada.

—Y yo pensando que ibas a pedirme el anillo.

—Prefiero el tupé —me suelta, provocando de nuevo mis risas.

—Joder, eso está hecho —acepto, sintiéndome jodidamente feliz, sin poder alejar mi mirada de la suya, percatándome de cómo han cambiado las cosas en apenas unas horas, porque hemos pasado de no mirarnos, o, más bien, de no mirarme, a esto.

—Creo que ha llegado el momento de comprobar si sigues rindiendo como antes —musita, llevando la mano a mi miembro para acariciarlo y provocándome una erección de dimensiones colosales.

Capítulo 72



SILJE

—¿Lo dudas acaso? —me pregunta con voz ronca, atrapando mis labios con los suyos con la misma urgencia que de pronto siento yo. Y gimo en su boca mientras él abre la puerta de su cuarto sin soltarme y sin dejar de besarme.

—¿Sin llave? —suelto con voz entrecortada.

—En estas islas son unos inconscientes —bromea, provocando mis risas.

—Pues tú vas a ser uno de ellos a partir de ahora —musito, sin soltar su cuello y sin poder creer que vaya a quedarse, que vayamos a casarnos y que incluso haya hablado de tener hijos. Y siento cómo el cielo se abre frente a mí. Un cielo sin techo y un sueño sin freno. Él.

—No tengo nada que objetar a eso. Hostia, nena, cómo te he echado de menos —me dice, librándome de la camiseta mientras yo le quito la sudadera, para luego seguir con los botones de su camisa.

—Y yo a ti —susurro al tiempo que me quita el sujetador y yo termino de desabrocharle los botones a toda prisa.

Le abro la camisa para tocar su piel, admirar su pecho definido y deslizar la mirada por sus abdominales hasta detenerla en sus oblicuos perfectamente marcados, sintiéndome tremendamente afortunada y exultantemente feliz.

—Seguro que estás pensando en lo afortunada que eres —me suelta con sorna, provocando mi carcajada.

—Más o menos —admito, con la risa todavía bailando en mis labios, al tiempo que le desabrocho el botón de los pantalones con la urgencia dominando mis dedos y el deseo anudándose fuerte en mi vientre hasta casi robarme la respiración.

—¿Más o menos? —inquiere alzándome por las caderas para llevarme hasta la cama, donde me deposita con cuidado, para luego cubrir mi cuerpo con el suyo mientras yo le rodeo las caderas con las piernas.

—Te he echado mucho de menos —le confieso de sopetón, atrapando su mirada con la mía—, tanto que todos los días me concedía un tiempo para poder estar contigo de nuevo —musito perdiéndome en el brillo de sus ojos.

—¿Y cuándo ha sucedido eso, que no me he enterado? —me pregunta con seriedad, frunciendo ligeramente el ceño, mientras yo me demoro en la perfección de sus facciones.

—Porque estaba contigo a través de mis recuerdos. Solo en esos momentos me permitía mirarte de nuevo, besarte de nuevo —murmuro, llevando la mano a su cuello para acercar sus labios a los míos y besarlo de verdad con todo el amor que siento desbordándose en mi interior.

—Ha sido una putada que me dieras la espalda todo el tiempo.

—Por suerte para ti, eso ha cambiado —susurro, sonriendo y provocando su sonrisa mientras siento su mirada como una caricia.

—Todavía no me creo que estemos así —murmura, apoyando suavemente su frente en la mía mientras yo ejerzo un poquito de presión con las piernas para pegarlo a mi cuerpo y sentirlo más cerca, tanto como pueda.

—Ni yo —digo bajito, alzando ligeramente las caderas, y recibo como respuesta que impulse las suyas hacia delante, arrancándome un suspiro.

—*Principessa*, joder —masculla, atrapando mis labios con los suyos con la misma urgencia que siento yo instalada en cada una de mis terminaciones nerviosas.

Urgencia y necesidad, porque necesito besarlo mucho, tocarlo mucho más y mirarlo por todas las veces que he deseado hacerlo y no me lo he permitido. Enredo mi lengua con la suya al tiempo que una de mis manos se pierde en su espalda para acariciar su piel y la otra en su pelo para sentirlo entre mis dedos mientras la fiereza y la desesperación se abren paso a zarpazos de la nada para adueñarse de nuestro beso y de nuestros cuerpos.

—Síííí —gimo, moviéndome con lujuria, sintiendo el fuego arder en mi sangre, correr por ella y nublar mi visión mientras froto mi sexo con el suyo, sin poder parar y, al mismo tiempo, deseando hacerlo para que podamos terminar de desnudarnos.

—Paso de correrme vestido, hostia —oigo que farfulla, deteniéndose en seco, con la respiración tan agitada como la mía.

—Y yo —susurro viendo cómo se incorpora ligeramente y cómo su potente erección amenaza con cargarse la cremallera de sus pantalones. Y es mía.

Y entonces me doy cuenta de lo tremendamente afortunada que me siento, como siempre, porque siempre me sentí así estando con

él, y aunque al principio lo catalogué como un pensamiento erróneo, en realidad no lo era.

—Voy a chupártela —pronuncio con seriedad, para luego bajarle los pantalones y liberar su miembro, que me meto en la boca sin dudarlo.

Y tanto que soy afortunada por poder chupársela. Deslizo los labios por el obelisco que tiene entre las piernas mientras sus dedos se enredan en mi pelo y su gemido retumba en el silencio de esta habitación de la misma manera en que lo hace mi felicidad. Porque estoy tan exultante que siento que mi cuerpo no puede albergar tanta felicidad y, de alguna forma, esta ha encontrado la manera de escapar de mi interior para llenar este cuarto. Porque la felicidad se siente, al igual que sentí la tristeza caer sobre mi cuerpo como un manto pesado.

—Voy a correrme —gime entre dientes, impulsando sus caderas hacia delante, mientras yo muero de puro placer, empleándome más a fondo con mis labios, porque no hay nada que desee más. Y oigo su rugido cuando se deja ir en mi boca.

—Estabas necesitadito, ¿eh? —bromeo, alzando la cabeza y encontrándome con su mirada y su sonrisa.

—No deberías bromear con este tema. Desde la última vez que me la chupaste, no ha vuelto a hacerlo nadie más, ni siquiera he vuelto a follar —se queja, haciéndose el ofendido y provocando mi sonrisa—. Acuéstate, creo que te debo algo —me ordena. Y, cuando hago lo que me pide, empieza a bajarme los pantalones—. No te haces una idea de las veces que he soñado con esto —musita, dejándome las braguitas puestas para luego comenzar a lamer mis pechos, al tiempo que una de sus manos viaja hasta mi sexo para colar sus dedos por dentro de la tela y acariciar mi humedad, provocándome un gemido que nace de mis entrañas, porque no es

el único que estaba necesitado—. Hostia —gime conmigo, empezando a frotar mi clítoris y llevándome al mejor lugar del mundo.

—Marco, Marco —gimo echando la cabeza hacia atrás, sintiendo que me falta el aire cuando mete un dedo en mi interior mientras su lengua se demora en mi pecho.

—Estaría horas así, haciendo que te corrieras sin parar —me dice con voz ronca, consiguiendo que el deseo se adueñe de todo. Porque no puedo hablar, ni siquiera puedo pensar o respirar con normalidad.

Muevo suavemente las caderas mientras él me baja las braguitas para luego lamer mi vientre, llevándome al límite. Y suelto un gemido cuando por fin sus labios se encuentran con los míos, llevándome al cielo del placer más absoluto y ardiente cuando pasea su lengua por mis pliegues para luego quedarse en mi clítoris, donde se instala, provocando que mis caderas cobren vida propia y que mis gemidos se conviertan en gritos.

¡Por Dios! Levanto las caderas todo lo que puedo para ofrecerle mi sexo por completo, y grito cuando el orgasmo explota dentro de mí, dejándome hecha polvo.

—¿Sigues tomando la píldora? —me pregunta mientras yo me concentro en respirar y en encontrar la voz. Finalmente me limito a asentir con la cabeza, para luego bajar la mirada y admirar su imponente cuerpo y cómo su miembro accede despacio a mi interior. Y suelto un gemido cuando lo siento completamente encajado en mi cuerpo. Piel con piel.

—Te quiero —le digo cuando su mirada se encuentra con la mía.

—Y yo a ti, *principessa* —musita con voz ronca, impulsando sus caderas hacia delante para adquirir más profundidad, llevándome a

ese cielo que no tiene fin y donde mi amor por él crece un poco más.

Y si hay algo que tengo clarísimo es que nunca querré a nadie tanto como lo quiero a él.

Nada ha cambiado. Percibo cómo mi cuerpo reacciona al suyo, como si estuvieran conectados de algún modo, como si fuéramos uno solo... o como si fuéramos almas gemelas. Y, con ese pensamiento o revelación, siento el latido del amor apretarme un poquito la garganta, como tantas veces lo hizo el de la tristeza. Y no solo me aprieta la garganta, sino que llena mis ojos de lágrimas, que retengo a duras penas mientras hundo los dedos en su pelo, y comienzo a moverme con él, sintiendo cómo su miembro se desliza con facilidad y cómo mi interior lo recibe gustoso con cada embestida.

—Ven —le pido antes de atrapar sus labios con los míos para alejar ese latido que solo es la felicidad plena tras la añoranza más dolorosa.

—Te quiero, nena.

—Y yo —susurro, sentándome a horcajadas sobre sus piernas, sintiendo mi piel erizada ante la intensidad de su mirada.

Y empiezo a moverme despacio, necesitando alargar este momento mientras sus manos me acarician con mimo y la admiración y el amor llenan sus ojos. Poco a poco, incremento el ritmo cuando el orgasmo comienza a crecer en mi vientre, instándome a moverme más, a besarlo más, a sentirlo más. Y gimo, echando la cabeza hacia atrás mientras mis pechos se balancean frente a su cara.

—Nena, me estás matando —gime conmigo.

E incremento el ritmo, siendo yo la que va en su busca, y suelto un grito cuando lo siento explotar dentro de mí, arrastrándolo a él

conmigo.

—¡DIOS! —exclamo, cayendo sobre su cuerpo.

—Espero haber pasado la prueba —me comenta con sorna, abrazándome con fuerza mientras mi corazón late acompasado con el suyo.

—He tenido mis dudas antes, cuando te has corrido casi al minuto, pero ha sido una falsa alarma. Lo has hecho muy bien, campeón —le digo, provocando su carcajada ronca y rasposa.

Cuánto había echado de menos este sonido, bromear con él, reírme con él, estar con él... Cada cosa, por insignificante que fuera. La he echado tanto de menos que esa añoranza ha terminado haciendo mella en mi interior, convirtiéndose en ese dolor sordo con el que convivía a diario.

—¿Alguna vez te has dado un golpe en algún dedo del pie sin llevar zapatos? Al principio, sientes un dolor muy fuerte y, luego, se queda un dolor que ya no te roba la respiración, pero que duele de igual forma. A mí me dolía así, cada día, incluso cuando creía que lo tenía casi superado. Por eso me concedía ese rato para estar contigo, porque durante ese tiempo dejaba de dolerme tanto —le confieso, evitando su mirada, mientras él me aprieta fuerte contra su cuerpo.

—Todas las mañanas me asomaba a la ventana para verte llegar. Era lo que me impulsaba a levantarme cada día, a pesar de que sabía que iba a ser una mierda. Tu indiferencia me cabreaba y me dolía a partes iguales —me cuenta con seriedad mientras yo sigo evitando su mirada.

—Muchas tardes te quedabas en la puerta mirándome.

—Ese dolor del que hablas era el que sentía yo cada mañana, cada tarde, cada sábado cuando me dabas la espalda en el

restaurante o cuando te veía bailar y sabía que no podía acercarme a ti... Ha sido una putada tenerte tan cerca y sentirte tan lejos.

—Qué me vas a contar.

—Te diría que hemos sido un poco imbéciles, los dos, pero, después de lo que nos ha dicho Sonia, creo que necesitábamos nuestro tiempo —pronuncia mientras las lágrimas se desprenden de mis ojos—. El día que me enviaste ese mensaje, me dejaste hecho mierda, y estuve así durante meses: hecho mierda, cabreado y tan ofendido que no quería saber nada de ti, a pesar de que seguía loco por ti... Fue mi madre la que me animó a venir y, aunque dudé hasta el último momento, ha sido la mejor decisión que he tomado —me asegura, secando mis lágrimas con sus besos.

—Me daba miedo que te marcharas y no volver a saber de ti.

—¿Por eso has cambiado de opinión y me has regalado las flores y la tarjeta?

—No, ha sido por Fredrick. Él se marchaba de la cafetería justo cuando yo llegaba.

—Sabía que era él —suelta endureciendo el tono.

—Sigue siendo un cabrón, pero mientras hablaba con él me he dado cuenta de que, gracias a lo que me hizo, te conocí a ti, al hombre de mi vida, así que le he deseado que se pudra y he ido a comprarte el ramo —le explico sonriendo y provocando su sonrisa.

—Y yo he dado media vuelta cuando me he dado cuenta de que, en lugar de largarme, lo que tendría que haber hecho era decirle a ese imbécil que eras mi mujer.

—Entonces, ¿vamos a tener que agradecérselo a Fredrick? —le pregunto entre risas.

—Eso parece —me responde riendo conmigo, para luego ponerse serio—. Thea me ha ofrecido un ascenso, que he aceptado.

—¿Cómo?

—Su puesto, para ser más exacto.

—¿Se marcha?

—Pero no de la empresa; la han ascendido, así que su puesto me lo ha ofrecido a mí. Lo acepté ayer.

—Pero ayer no sabías todavía lo que iba a suceder —musito, frunciendo ligeramente el ceño.

—Pero sabía que te quería y que en algún momento te preguntarías por qué no había cogido todavía un puto avión.

—¿Y que iría a buscarte? —inquiero, enarcando una ceja.

—Más o menos. Por suerte, ha llegado Fredrick para evitarnos ese tiempo perdido —me dice, guiñándome un ojo, mientras yo me pierdo en esa sonrisa que voy a ver tanto a partir de ahora.

—Ven a vivir conmigo. No esperemos a casarnos, vive conmigo.

—¿Es una orden? —suelta enarcando una ceja, sin dejar de sonreír.

—¿Acaso lo dudas? —contesto, sonriendo con él.

—Joder, la que me espera contigo —susurra, consiguiendo que mi corazón lata esponjoso en mi pecho.

—Y a mí contigo. Por cierto, no sé si te has dado cuenta, pero vas a convertirte en un respetable hombre casado —pronuncio, provocando su carcajada ronca, que resuena entre las paredes de esta habitación, encontrándose con la felicidad que sigue rebotando en ellas.

La felicidad y también el amor.

Capítulo 73



MARCO

Llego al DIGG a la tarde siguiente exultante de felicidad, como ese recién casado que todavía no soy. Pero como si lo fuera, porque estamos viviendo juntos, porque anoche volvió a dormirse entre mis brazos y porque hoy se ha despertado entre ellos. Y recuerdo cómo, incluso en sueños, hemos ido moviéndonos juntos, tan pegados como nos ha sido posible.

—Ya me han contado que no van a darte más la espalda —me suelta Thea con sorna cuando me ve entrar, arrancándome una carcajada que no consigo frenar, ni ganas.

—¿Y no te han contado que vivimos juntos? —le pregunto, tomando asiento en uno de los taburetes que hay frente a la barra.

—Y que ya has hecho la mudanza. Sí, estoy al tanto de todo. Hoy es un mal día para las solteras de estas islas, creo que nunca he visto tantas sonrisas dedicadas al mismo hombre en un mismo lugar —comenta, divertida, provocando mis carcajadas—. Y no me digas

que no te das cuenta, porque no cuela. De hecho, lo tengo comprobado: cada vez que tú regresas, las clientas se multiplican.

—Imagínate ahora que voy a quedarme —le digo, sonriendo la hostia.

Y no por ellas, sino por ella, la única sonrisa que me importa. Borro la sonrisa de inmediato cuando veo a Emma entrar en el local, con los ojos rojos de tanto llorar y la desolación cubriendo su rostro.

—Estaré en la cocina —me indica Thea, prudente, mientras yo salgo a su encuentro para abrazarla con fuerza.

—Quería despedirme de ti. Sonia me ha contado que lo has arreglado con Silje, me alegro mucho por vosotros —susurra, correspondiendo a mi abrazo.

—Quédate, estoy seguro de que Aksel solo necesita tiempo.

—No puedo, tengo que irme. Pero no quería marcharme sin decirte adiós —musita, alzando la mirada para encontrarse con la mía—. Gracias por todo: gracias por darme conversación el día que nos conocimos en la avioneta para que no me muriera del susto, por presentarme a Aksel... y por todo.

—Eres mi medio amiga, qué menos.

—Te echaré de menos. En realidad, voy a echarlo todo de menos.

—Y nosotros a ti... Siento mucho lo que te sucedió —menciono, viendo las lágrimas llenar sus ojos.

—Me marcho por eso, porque necesito ver que está bien —susurra, soltándose de mi abrazo para secar esas lágrimas que no dejan de fluir.

—Y, si está bien, ¿qué harás?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que nunca os voy a olvidar —murmura, encogiéndose de hombros. Y la abrazo tan fuerte como puedo, maldiciendo mucho a mi amigo y su incomprensión, porque,

joder... ¡Joder!—. Me ha dicho Sonia que no puedes venir a la cena de esta noche.

—Ayer ya no curré y no han podido cambiarme el turno.

—Y, encima, te han ascendido, como para ir escaqueándote —bromea, provocando mi sonrisa.

—Veo que en estas islas las noticias vuelan.

—Tienes mucha suerte de poder quedarte... Disfrútalo por mí y valora cada día, aunque no te guste la nieve, porque a cambio vas a vivir en el lugar más bonito del mundo y a tener a muchas personas que terminarán siendo como una familia para ti.

—Te refieres a Sonia y a Sven, ¿verdad? —le pregunto, viendo cómo asiente con la cabeza mientras las lágrimas ruedan sin control por sus mejillas.

—Ellos han sido como una familia para mí... Llegué pensando que estaría sola, y no me he sentido así en ningún momento.

—Volverás, ya lo verás. Recuerda la borrachera que cogiste, yo fui testigo, no puedes negármelo —bromeo, arrancándole una sonrisa —. Vas a volver, estoy seguro —insisto, recordando la conversación que hemos mantenido Silje y yo esta mañana sobre este tema. De hecho, está tan convencida de que Emma va a regresar que no tiene intención de buscar a otra camarera que cubra su puesto.

—Que te vaya bien, Marco. Disfruta del invierno por mí, haz muchas barbacoas en la playa y también surf, aunque esté todo nevado, y, cuando veas las auroras boreales, acuérdate de mí. Prométeme que lo harás.

—Te lo prometo —musito, sintiendo cómo las lágrimas asoman a mis ojos.



Por primera vez en todos los años que llevo viniendo aquí, veo el color de estas islas modificar su tono con el paso de las semanas, pasando del verde intenso de la hierba y de los árboles al ocre y a los marrones en todas sus versiones, para luego terminar pintándose por completo de un blanco inmaculado con la llegada de la nieve y del crepúsculo azul, esa luz azulada que se refleja en la nieve, en el hielo y en el mar, convirtiendo el paisaje en un lienzo mágico que te atrapa. Y, durante unos segundos, nos recuerdo a Silje y a mí recorriendo las islas bajo esa luz: el silencio absoluto, las montañas nevadas y este lugar como respirando profundamente tras los meses de verano.

Qué equivocado estaba cuando pensaba que me horrorizaría ver nieve por todas partes, cuando ha sido todo lo contrario. Y echo la vista atrás para vernos a Aksel y a mí haciendo surf; el blanco cubriéndolo todo, incluso la arena, contrastando con el gris acerado del mar, que adquiere ese tono cuando está nublado, y con el negro de la roca de las montañas y el de nuestros neoprenos, como si fuera la escena de un libro ilustrado en blanco, negro y gris del que ahora formo parte, porque Emma tenía razón y, desde el primer momento, me sentí parte integrante de su familia y de sus amigos. O, mejor dicho, de mi familia y de mis amigos, porque incluso me he ganado la confianza de Breen y muchas veces acude a mí en busca de consejo, aunque luego haga lo que le venga en gana.

Sí. Qué equivocado estaba, en todo.

Y esbozo una sonrisa mientras nos observo hacer una barbacoa en la playa, tapados hasta las orejas, porque hace un frío de cojones, al

tiempo que oigo de fondo las carcajadas de Loki ante algo que ha dicho Emma, porque Silje tenía razón y la maldición no se cumplió. Aunque, si me lo permites, ese desenlace es algo que, como sabiamente dijo Sonia, no me corresponde contar a mí.

Sumido en mis pensamientos, alzo la mirada para admirar las auroras bailar en el cielo. La dama verde, con ese brillo intenso que me deja sin aliento cada día cuando nos premia con su presencia. Y durante un breve instante, recuerdo cuando le dije a Silje que las auroras eran una especie de premio por tener que soportar las horas oscuras.

Bajo la mirada para posarla en ella, en mi mujer, y le guiño un ojo cuando la recuerdo desnuda, dándole la espalda al fuego y arqueándose mientras me llevaba al puto mejor lugar del mundo, como cada vez cuando estamos juntos, porque no importa si estamos en la intimidad de nuestros cuerpos, con nuestros amigos, como ahora, o con la familia, porque siempre termino sintiéndome jodidamente feliz.

Con mis ojos atrapando los suyos, me recuerdo de pie frente al ventanal de casa: el fuego crepitando en la chimenea, el paisaje pintado de blanco y el color rosa intenso con el que se ha teñido momentáneamente el cielo esta mañana.

Y yo, que no quería vivir aquí, ahora no me imagino viviendo en otra parte.

—¿Todo bien? —me pregunta en voz baja, acercándose a mí y abrazándome.

Tan cálida, tan perfecta. Tan mía.

—Todo más que bien —susurro, antes de besar su frente.

Mi casa. Mi hogar. Y mi vida entera. Por siempre.

Capítulo 74



Roma. Junio de 1995

SILJE

—Ay, hija, estás preciosa, ¿verdad, Sonia? ¿A que nunca has visto a una novia más bonita? —le pregunta emocionada mi madre mientras yo me contemplo con detenimiento en el espejo: el pelo suelto, el velo de tul cayendo suavemente por mi espalda y el vestido en raso de seda enmarcando mi silueta. Tan sencillo y perfecto como siento mi vida ahora.

—Nunca jamás —le contesta Sonia, y yo las miro a través del reflejo que me devuelve el espejo y sonrío con ellas.

Mis dos madres. Las dos mujeres que han estado a mi lado siempre que las he necesitado y las que siempre me han querido con todo su corazón. Oigo unos suaves toques en la puerta y me giro para ver entrar a mi suegra. Mi suegra y ahora mi madre italiana. Y le dedico una sonrisa llena de afecto.

—*Sei bellissima!* —exclama, emocionada, acercándose a mí para abrazarme con cuidado. Y, durante unos segundos, recuerdo esas tardes en las que fuimos juntas a elegir el vestido: los cafés, las charlas y las confidencias, las risas compartidas y ese momento único en el que me puse este vestido y ambas supimos que estaba hecho para mí.

«Brillas con él puesto», recuerdo que me dijo. Y, en realidad, lo que me aporta este brillo es la felicidad plena con la que convivo a diario, porque nunca en mi vida he sido tan sumamente feliz y, ahora que voy a casarme con él, siento que me explota el corazón.

—Estoy tan feliz... —susurro con un hilo de voz, sintiendo las lágrimas asomar a mis ojos.

—Ay, no llores, que te estropearás el maquillaje —me pide mi madre con cariño mientras una lágrima termina escapando de mis ojos.

—Llorar de felicidad no es malo, aunque se estropee el maquillaje —comenta Sonia con afecto—. Qué mayores nos hemos hecho, Edda.

—Y tanto. Hace nada era una chiquilla y mírala ahora, a punto de casarse —apuntilla mi madre, y yo le sonrío con complicidad a mi suegra al tiempo que mi padre accede a la habitación.

—Marco acaba de marcharse y me ha dejado a cargo para asegurarse de que no te eches atrás —bromea, acercándose a mí—. Estás preciosa, cariño.

—Gracias, papá. ¿Nos vamos? No quiero hacerlo esperar —les digo, ansiosa por verlo, a pesar de que apenas llevamos unas horas separados.

—Echarse atrás, dice —suelta Sonia entre risas mientras mi madre me da un abrazo.

—Estoy muy feliz por ti, cariño.

—Gracias, mamá —susurro, quedándome un poquito entre sus brazos.

—¿Nos vamos? —nos apremia mi padre.

—Nos vamos —musito, sintiendo la garganta cerrada por la felicidad y la emoción.



Felicidad, emoción y muchos nervios. Cuando el coche se detiene frente a la pequeña iglesia de piedra en la que él y toda nuestra familia y amigos me están esperando, observo el arco de flores blancas con el que han decorado la puerta y que simula la entrada a un jardín encantado.

—¿Lista, cariño? —me pregunta mi padre mientras yo veo a Sonia, a mi madre y a Giorgia acceder por él entre risas y gestos cómplices.

Qué bonito es cuando la familia se lleva bien, cuando tu suegra se convierte no solo en tu madre italiana, sino en una de tus mejores amigas, y cuando encuentras en la familia de tu pareja la tuya propia, porque, cuando venimos a Roma, siento que vengo a casa. De hecho, aunque mis suegros nos han regalado un piso maravilloso para hacernos más cómoda la estancia, cuando venimos estamos más tiempo en su casa que en la nuestra. Y esbozo una sonrisa cuando la voz rasposa de Marco resuena a través de mis recuerdos...

«Las vajillas dan para mucho», me dijo con mucha sorna mientras yo iba abriendo puertas y comprobando, feliz, que el color gris no estaba presente.

—¿Vamos? —me apremia mi padre, rescatándome de mis pensamientos.

—Sí, vamos —respondo abriendo la puerta para ir a su encuentro.

Accedo a la iglesia del brazo de mi padre mientras suena el «Ave Maria» de Franz Schubert, y, aunque siento la mirada de todos puesta sobre mí, yo solo tengo ojos para él. Para el hombre de mi vida. Y, a la vez que avanzo por este largo pasillo, siento que mi corazón corre en busca del suyo mientras que yo voy unos pasos por detrás, dándoles la mano a esos recuerdos que hoy parecen empeñados en estar presentes, para vernos de nuevo en nuestros inicios, cuando le serví el café en un vaso térmico para llevar o cuando le devolví la flor.

Y ahora vamos a casarnos y no puedo ser más feliz.

Lo veo de pie, imponente, esperándome frente al altar, con el chaqué puesto y el tupé repeinado hacia atrás, que ahora lleva por mí, y me quedo en su sonrisa, que es un reflejo de la mía, y en la emoción que brilla en su mirada mientras me acerco a él.

—Estás preciosa —susurra cuando me coloco a su lado.

—Tú también estás precioso —bromeo en voz baja, sintiendo la emoción apretar muy fuerte mi garganta y cómo las lágrimas llenan mis ojos al tiempo que entrelazamos nuestros dedos.

Y mientras el sacerdote oficia la ceremonia, nosotros mantenemos nuestras manos unidas, en esta pequeña iglesia de esta gran ciudad que me horrorizó al principio y que, para mi sorpresa, está empezando a gustarme. Y me vuelvo ligeramente para ver a mis amigas sentadas en primera fila. Las lágrimas de Liv, la sonrisa de Breen, la emoción de Emma, el beso en la mejilla que le está dando Aksel y la alegría de Kristel, que está sentada al lado de Loki, para luego detener la mirada en Sonia, en Sven, en mi madre y en todos los que se han desplazado hasta aquí para compartir este momento con Marco y conmigo. El momento en el que vamos a unir nuestras

vidas para siempre ante los ojos de Dios y de todas las personas que nos quieren y queremos.

—Yo, Marco, te recibo a ti, Silje, como esposa y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Yo, Silje, te recibo a ti, Marco, como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida —pronuncio entre lágrimas.

Y, cuando el sacerdote nos declara marido y mujer, nos fundimos en un dulce beso. Mi marido. Mi hogar y mi vida entera.

Al final, Sonia tenía razón cuando me dijo que no necesitamos tener una pareja para ser felices, pero, si tenemos la suerte de encontrar a nuestro compañero de vida, entonces debemos hacer todo lo posible por estar a su lado. Yo lo hice, superé mis miedos, y al hacerlo abracé la felicidad completa, esa que encuentro cada día entre sus brazos. Para siempre.

Epílogo

Islas Lofoten. Agosto de 2020

MARCO

—¿Qué haces ahí tan pensativo? —me pregunta Silje, abrazándome por detrás.

—Estaba pensando en lo rápido que ha pasado el tiempo. Hace nada me estabas sirviendo el café en un vaso térmico para llevar y ahora tenemos un hijo de veintiún años y una hija de diecisiete que me hacen sentir viejo. Me parezco a mi padre —le confieso, divertido, girándome para rodear su cintura con mis brazos, perdiéndome momentáneamente en la calidez que brilla en su mirada.

—Te has convertido en un casi cincuentón muy sexy —me contesta, guiñándome un ojo.

—Que sigue follando como cuando tenía veinte —le digo en voz baja, provocando su risa.

—Yo diría que mejor —susurra, apretándose contra mi cuerpo y empezando a besar mi cuello, excitándome al segundo, como siempre, porque en esto no hemos cambiado nada.

—Sois tan pelmazos como los padres de Sonia —oigo la voz de mi hija, y me vuelvo hacia ella para encontrarme con la versión adolescente de Silje, porque es igual que ella; en cambio, Luca es clavadito a mí, en todo.

—¿Y eso es malo? —le pregunta Silje con dulzura.

—Es que siempre estáis igual, mamá —se queja, tirándose en el sofá mientras mi mujer la mira sonriendo—. ¿Cuándo nos vamos? Estoy deseando conocer a Noe. Sonia no deja de hablar de ella y me muero de curiosidad. ¿Te imaginas? ¡Qué fuerte me parece todo!

—Lo fuerte es lo pesadas que podéis llegar a ser —se mete con ella Luca, accediendo al salón.

—Vosotros sí que sois pesados, tanto Erik como tú, que os creéis el centro del universo cuando estáis juntos —le suelta, haciéndole una mueca—. Suerte que tengo a Sonia, porque menudo suplicio sería tener que aguantaros a los dos —añade con hartura, haciendo referencia a los hijos de Aksel y Emma, que tienen casi la misma edad que ellos. De hecho, se han criado juntos y como hermanos, al menos mientras eran pequeños. Ahora... Ahora están insoportables, joder.

—Suficiente. No quiero oíros discutir más —les ordeno con sequedad.

Y tanto que me he convertido en mi padre, hostia. Guardo las manos en los bolsillos de los pantalones cuando Silje se aleja de mí para ir a sentarse junto a nuestra hija.

—Si os dierais cuenta de lo afortunados que sois, no os pelearíais tanto —les dice con cariño, mientras Lilian, nuestra hija, se apoya en ella.

Y, durante unos breves segundos, echo la vista atrás para vernos de nuevo, pero con muchos años menos: Luca y yo jugando en la alfombra, frente al fuego, mientras Silje acunaba a nuestra niña; nuestras acampadas; las barbacoas; las tardes haciendo surf... cada momento vivido a su lado y que ha sido lo mejor que me ha sucedido en la vida.

—Cuando se marche a Italia, será cuando eso suceda —le contesta Lilian, sonriendo muchísimo, rescatándome de mis recuerdos.

—Lo estoy deseando —replica Luca, tomando asiento en el otro sofá, repantigándose en él con esa actitud que llega con la juventud.

—Pues yo voy a echarte muchísimo de menos —le confiesa Silje con tristeza.

—Todos vamos a echarte de menos, hasta tu hermana, aunque no te lo diga —añado, sentándome a su lado, y veo cómo Lilian pone los ojos en blanco—. No quiero que hagas tonterías. Como tus abuelos me llamen para quejarse de lo que sea, te traigo de las pelotas de vuelta a casa, *è chiaro?* —le pregunto con seriedad.

Y tengo claro que eso no va a suceder, pero, aun así, no está de más dejar la advertencia en el aire.

—Tranquilo, papá.

—Sí, tranquilo, papá, solo va a ligarse a todas las italianas que pueda.

—Y a perderte de vista, enana —le suelta, divertido, levantándose para seguidamente tirarse encima de ella y comenzar a hacerle cosquillas.

—¡Idiota, para! —le pide mi hija descojonándose.

—Dime que me vas a echar de menos.

—Imposible, ¿te imaginas lo que va a ser tener todo el baño para mí sola? —le plantea entre risas, consiguiendo que Luca se emplee más a fondo—. ¡Para! ¡Para!

—No te oigo —le dice mientras Silje y yo intercambiamos una sonrisa cómplice.

—Vale, echaré de menos tu culo presumido.

—Tú y todas las chicas de estas islas. Sí, ya lo sé —pronuncia con arrogancia, para luego levantarse.

Joder, es tan fanfarrón como lo fui yo.

—Ay, Dios, eres clavadito a tu padre en todo. Venga, vámonos —comenta Silje, provocando mi carcajada, porque no puede tener más razón.

Y si alguien me preguntara ahora si ha merecido la pena vivir en el mundo de las nieves, le diría que sí, sin lugar a duda. Porque aquí, entre auroras boreales, ventiscas y días llenos de luz, he vivido los mejores años de mi vida: primero con ella, luego con Luca y más tarde cuando pasamos de ser tres a ser cuatro con la llegada de Lilian. Con ellos me convertí en un respetable y feliz hombre de familia, un hombre que dentro de poco se despedirá de su hijo, cuando este coja una avioneta que lo alejará de nosotros, como hice yo en su momento.

Y cada día esperaré que cambie de opinión y regrese a casa, pero, si no lo hace, lo aceptaré, como lo aceptaron mis padres, porque es su vida y solo él debe decidir cómo vivirla. Como hará Lilian cuando llegue el momento.

Qué razón tenía mi madre cuando le dijo a Silje que los hijos no son de nuestra propiedad, sino solo cesiones maravillosas que nos concede la vida durante un tiempo determinado, para que los ayudemos a crecer, para que los queramos y para que seamos apoyo y seguridad hasta que llegue el momento de dejarlos volar para que elijan su propio camino, aunque nos cueste.

Sea cual sea el camino que tomen mis hijos, tanto Silje como yo estaremos siempre a su lado, aun desde la distancia si es lo que deciden.

Entrelazo los dedos con los de mi mujer para ir a conocer por fin a Noe, esa joven que ha formado parte de nuestra vida y de la de toda la familia sin saberlo, pues, hoy, el sueño de Emma va a hacerse realidad y, durante estos días, la palabra *felicidad* va a escribirse en

mayúsculas en su pecho y en el de todos nosotros, porque, cuando quieres a alguien, de verdad, su dicha también es la tuya.

Espero que la felicidad también se haya escrito en mayúsculas en tu interior mientras leías la historia de nuestra vida y que hayas sentido estas islas un poco tu casa. Si algún día decides viajar a este archipiélago, todos estaremos encantados de recibirte.

Nota de la autora

Para ti, amigo/a lector/a:

Hace unos años escribí la bilogía *Descubriéndonos* y *Encontrándonos*, y aunque me gustó el final, hubo un asunto que quedó pendiente en mi interior, algo que me faltaba para que la narración quedara completamente cerrada, sin flecos de ningún tipo.

Así que un día me puse a arreglarlo: decidí escribir la historia de ese personaje que, aunque no aparecía en esa bilogía, tenía tanto peso que incluso es el que guía los pasos de Noe, la protagonista de esas dos novelas. Con esa decisión, empecé a oír en mi mente la voz de Emma, a ver casitas de madera y montañas emergiendo del mar y a no poder librarme del nombre de un lugar: las islas Lofoten.

Fue tal la obsesión, o la insistencia de mi cabeza, que finalmente opté por visitar ese archipiélago sin saber qué iba a encontrarme; solo sentía que tenía que ir. Y fui y descubrí el lugar más bonito del mundo: un sitio donde el silencio se oye muy fuerte; donde el aire huele a sano, a frío y un poquito a pescado; donde las auroras boreales bailan en el cielo; donde el agua puede convertirse en un espejo mágico, y donde, además, encontré mi camino de baldosas amarillas.

Tras ese viaje escribí *Todos los arcoíris a tu lado*, y no solo eso, sino que, mientras iba tecleando esa novela, iba creando sin saberlo la saga Noruega, porque tras ese libro, ha llegado este y llegarán más, y todos serán autoconclusivos y con final cerrado.

¿Será necesario seguir un orden de lectura? No.

¿Será recomendable? Sí, para que no te encuentres con *spoilers*.

¿Cuál es el orden de lectura recomendado?

Descubriéndonos y *Encontrándonos*, porque con Noe, la protagonista de esa bilogía, empezó todo.

Todos los arcoíris a tu lado (Noruega 1). Con esa novela retrocederemos al año 1994 y conoceremos a Emma, esa protagonista que, sin aparecer en la bilogía arriba mencionada, estará casi tan presente como Noe.

Todos los inviernos a tu lado (Noruega 2).

Y los que vendrán... 😊

Si prefieres no seguir este orden, no lo hagas, lee el libro que te apetezca, el que tire más de ti, y, si lo disfrutas, entonces sigue con otro.

Feliz viaje. Feliz lectura.

Agradecimientos

Llegados a este punto me toca escribir los agradecimientos y, en esta ocasión, quiero empezar por vosotras, por mis lectoras, las que siempre estáis a mi lado, apoyándome en todo. Gracias infinitas por acompañarme en este camino, que a veces puede ser en llano y, otras, hacerse cuesta arriba. Es en esos momentos cuando más valoro vuestra presencia.

A mis compañeras, que también son amigas, un gracias enorme: por vuestros consejos y por nuestras charlas. Sé que igual no entendéis mi decisión. La Ana del pasado tampoco la hubiera entendido, creedme, pero esa Ana ya no existe y en su lugar estoy yo. Y un día me senté conmigo y me dije «Vamos a hablar».

Y hablamos y decidí quedarme.

A mi marido y a mis hijos. Gracias de corazón. Sé que no es sencillo lidiar con la Ana escritora, y, aun así, lo comprendéis, me dais mi espacio y respetáis mis silencios. Os quiero.

A Carol, la primera en corregir esta novela. Gracias por tu dulzura, por tu trabajo y por el consejo que me diste y con el que siento que crecí un poquito más.

A Mireia, mi correctora de siempre. ¿Qué te digo que no te haya dicho ya? Que trabajar contigo es como volver a casa.

A Esther, mi editora. Ya lo sabes todo. Y eso es lo bonito, que lo sabes todo. Estar contigo también es volver a casa o sentir que estoy en ella.

A Tiaré. Gracias por tu inagotable paciencia y por no matarme cuando te pedí todos esos cambios. Ya me vas conociendo y sabes que siempre voy a encontrar un «pero». Por suerte me pillas al vuelo e invariablemente terminas dejándome con la boca abierta. Menuda

portada, amiga. Pero, sobre todo, quiero darte las gracias por tu fidelidad. Te quiero.

A ti, si es la primera vez que me lees, gracias por darle una oportunidad a esta obra. Espero que la hayas disfrutado.

Lo sencillo es escribir un libro, dos, puede que incluso tres; lo difícil es mantenerte con el paso de los años, sortear las piedras que van apareciendo, levantarte cuando te apetece quedarte tirada en el suelo y ponerte a caminar cuando te están doliendo los pies.

Si yo sigo caminando, con una sonrisa y sin que me duela nada, es gracias a todas vosotras..., amigas, lectoras y familia.

GRACIAS.

Banda sonora

«Islands in the Stream», ℗ 2003 BMG Heritage, interpretada por Dolly Parton y Kenny Rogers.

«Eternal Flame», ℗ 1988 Sony BMG Music Entertainment, interpretada por The Bangles.

«Dancing in the Dark», ℗ 1995 Bruce Springsteen, interpretada por Bruce Springsteen.

«Heaven is a Place on Earth», ℗ 1987 UMG Recordings, Inc., interpretada por Belinda Carlisle.

«La traviata», ópera de Giuseppe Verdi, ℗ 1981 Decca Music Group Limited, interpretada por Dame Joan Sutherland, Luciano Pavarotti, Matteo Manuguerra, National Philharmonic Orchestra y Richard Bonynge.

«Ave Maria», de Franz Schubert, ℗ 2014 PD, interpretada por Nicholas York.

Todos los inviernos a tu lado
Ana Forner

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ana Forner, 2026

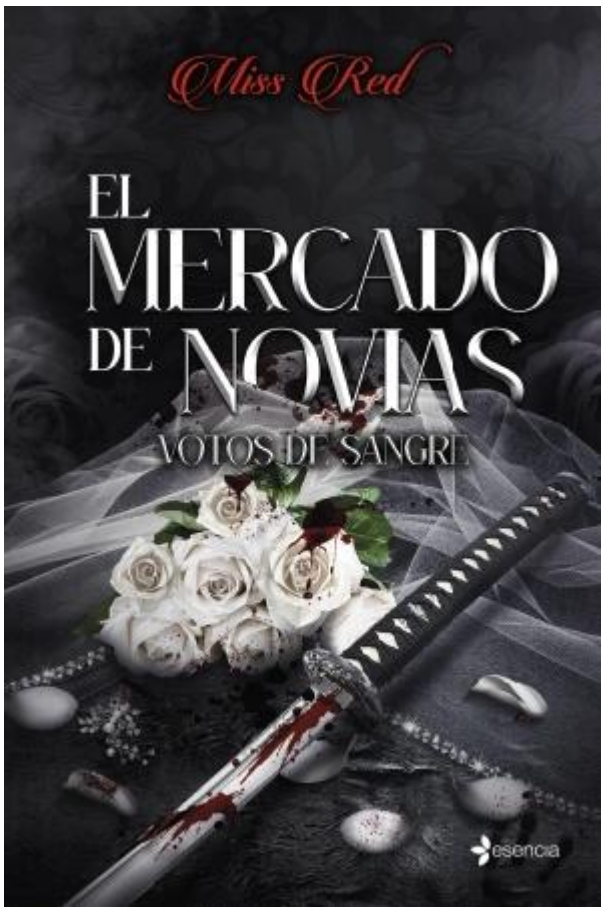
Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Tiaré Pearl
© Ilustración del interior: Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31550-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El mercado de novias, 1. Votos de sangre

Red, Miss

9788408315629

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él juró no amar a otra mujer. Ella, que no amaría a ese monstruo.

Cada año, en la periferia de una ciudad cosmopolita y moderna como **Barcelona**, se celebra el **mercado de novias,** un evento clandestino donde las mujeres se **venden como mercancía.**

Y este año **Anastasia Angelova** no podrá decir que no.

Obligada a cumplir una **tradición ancestral en pleno siglo xxi,** deberá **dejarse comprar y fingir ser la esposa perfecta.**

¿La esposa perfecta? **Ni en sueños.**

Anastasia solo busca **libertad,** pero para lograrla no tendrá más remedio que caer en manos del único hombre capaz de romperla y reconstruirla al mismo tiempo: **Máximo Kovalenko.**

Frío como el acero, temido en medio mundo…
y **peligrosamente irresistible,** aparece de la nada dispuesto a **pagar cualquier precio por ella.**

Lo que debía ser un trato se convertirá en una guerra de poder y deseo.

Porque la mujer que él creía su **herramienta más útil** terminará siendo su **debilidad más ardiente.**

Y el **acero,** por muy inquebrantable que parezca…, **siempre acaba cediendo al fuego.**

«Una historia intensa, de amor y odio, que no deja indiferente. Un mundo de intrigas y venganzas que te mantiene en vilo hasta la última página».

@may_jones_mj

«Personajes muy distintos entre sí, con carácter y dispuestos a luchar por lo que quieren; lugares y situaciones descritos con tal detalle que sientes que estás allí. Las escenas spicy son las justas y necesarias para impulsar la trama».

@lauradelas

«Un mafia y dark romance ambientado en un castillo donde el villano solo vive para la venganza y el dolor… hasta que aparece ella, la única capaz de poner color a su mundo gris».

@ichangeelaa

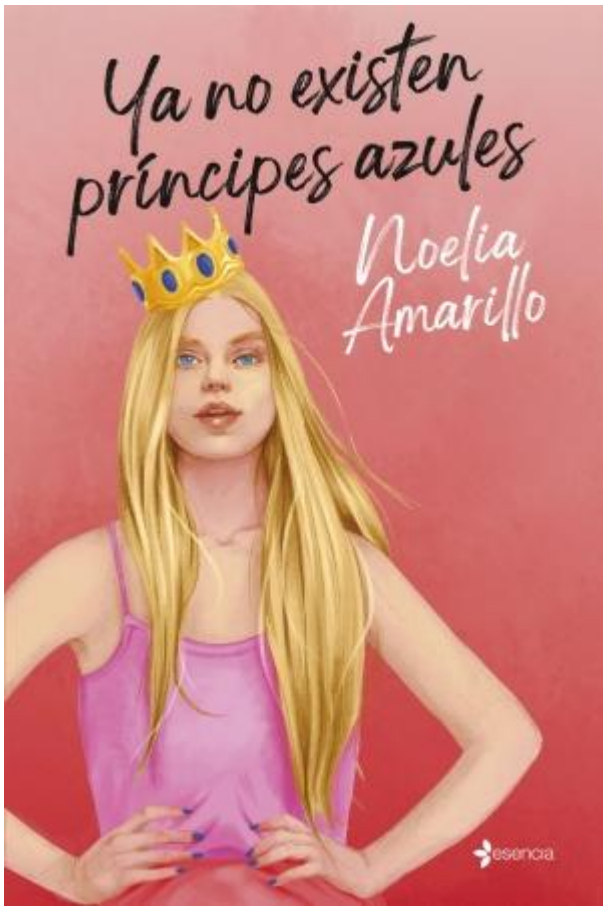
«Esta novela, que aborda la guerra entre mafias, el deseo que no debería sentirse y la lucha contra sentimientos inesperados, te atrapa desde la primera página y no te suelta. Miss Red vuelve a lograr una auténtica obra maestra, llena de giros sorprendentes y un final que no se queda atrás».

@lecturasdenatalie

«La historia de Anastasia y Máximo es adictiva y descarnada, y demuestra que el amor puede ser la luz capaz de eclipsar nuestra voz interior… pero también convertirse en el arma más peligrosa y letal que existe».

@laurelleeyescribe

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ya no existen príncipes azules

Amarillo, Noelia

9788408312468

496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Dos gemelos, una chica y un juego de identidades que explora el deseo, la culpa y la elección.

Tras años a la deriva, **Rocío** ha aprendido (más o menos) a **controlar sus emociones** y ha alcanzado una especie de equilibrio. Está cómoda con su vida. O eso creía. Porque hay dos cosas que están a punto de **hacerla estallar por dentro.**

La primera, que **la pareja de su padre está embarazada.** Y, sí, eso significa que va a tener un hermanito, algo que no le hace ni pizca de gracia.

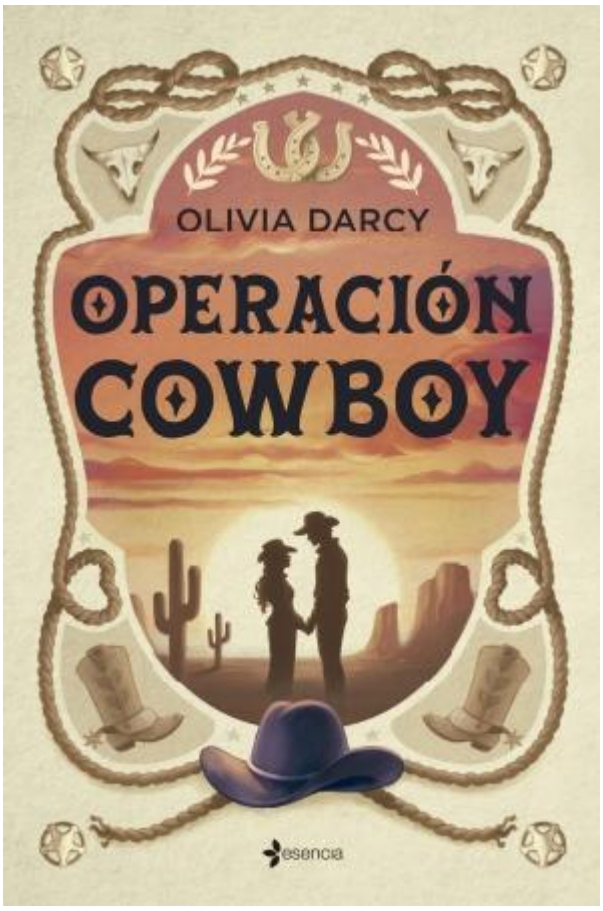
La segunda, que **ha conocido a un chico que le mola.** Pero le mola de verdad. Es divertido, brillante, guapísimo y —esto es importante— **parece que a él también le mola ella.**

El problema es que el chico en cuestión tiene un **hermano gemelo que es...** un **idiota integral.** Un borde, un chulo y un prepotente. Uno de esos que te sacan de quicio con solo abrir la boca.

¿Lo peor de todo? Que **Ro se lo pasa mejor discutiendo con el gemelo idiota que saliendo con el gemelo guay.** Y eso **no**

debería pasar..., ¿o sí?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Operación Cowboy

Darcy, Olivia

9788408315568

352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Seis meses. Un trato. Una última temporada. Y dos personas que no creían en el «juntos para siempre».

Mi vida pende de un hilo. O, más en concreto, de **un vaquero testarudo que no quiere volver al ruedo.** Tengo dos semanas para convencer a **Nate Sullivan —la leyenda desaparecida del rodeo—** de que regrese al circuito, o la agencia de marketing deportivo donde trabajo me despedirá.

Lo que descubro en **Montana** destroza todas mis expectativas: el **cinco veces campeón mundial** vive **escondido del mundo, protegiendo algo demasiado valioso como para dejar que nadie lo descubra.**

Le ofrezco un trato que no puede rechazar: **yo le prometo no desvelar su secreto** a cambio de que salve mi trabajo. Lo que no le digo es que ya he perdido **mi apartamento, mi dignidad y casi mi carrera por su culpa.**

Tampoco le menciono que cada vez que **sus ojos verdes se clavan en mí**, o que **sus manos encallecidas rozan mi piel,** mi cuerpo entero se convierte en un hervidero de sensaciones que no puedo controlar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Las guerreras Maxwell, 10. Una herencia salvaje

Maxwell, Megan

9788408300243

632

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Adéntrate en la décima entrega de «Las guerreras Maxwell» y descubrirás que el amor es capaz de desafiar el destino y

unir dos corazones en un solo latido.

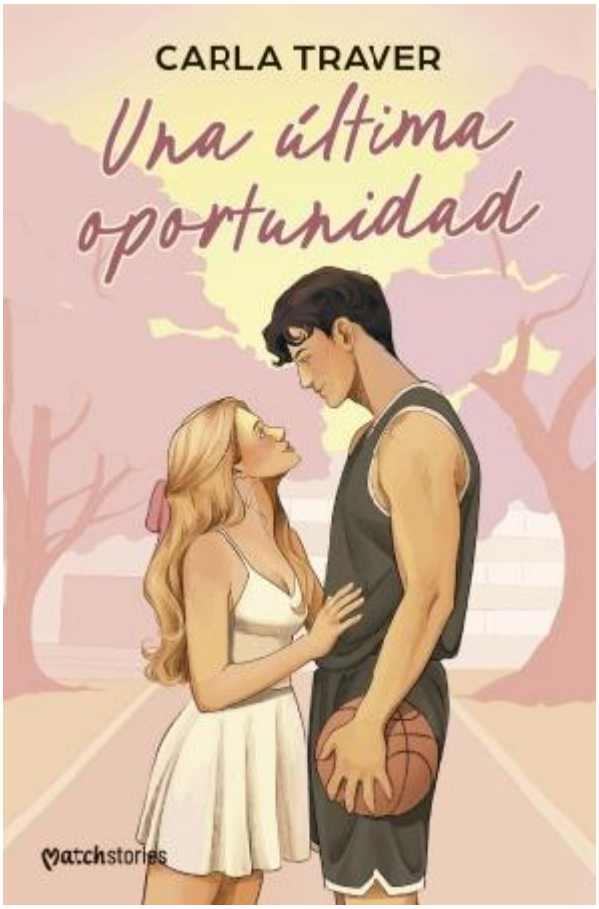
Amanda McRae, la hija pequeña de Duncan y Megan, es **una joven apasionada y de fuerte carácter**, conocida por su franqueza y su amor por los niños. Desde siempre ha soñado con unos misteriosos ojos grises que cree que pertenecen al hombre de su vida, por lo que descarta a cualquier pretendiente que no posea esa mirada enigmática.

Brodrick Fraser, conde de Aviemore, acaba de quedar viudo tras un matrimonio sin amor que terminó en tragedia y con dos pequeños a su cargo.

El destino los reúne cuando Amanda y sus padres visitan el castillo del conde para presentarle sus condolencias. Durante su estancia, **la conexión que sintieron meses atrás en el castillo de Eilean Donan resurge con una fuerza inesperada**.

Lo que **comienza como una mera obligación** se convertirá en una **apasionada y emotiva historia de amor**. Amanda y Brodrick descubrirán que, a veces, el amor surge de las situaciones más inesperadas y complicadas; que vale la pena luchar por lo que realmente importa, y que los sueños se cumplen no solo soñándolos, sino también trabajando por ellos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una última oportunidad

Traver, Carla

9788408315582

472

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ser solo amigos nunca fue suficiente, pero ahora el tiempo juega en su contra. Edición especial muy cuidada, con solapas ilustradas envolventes.

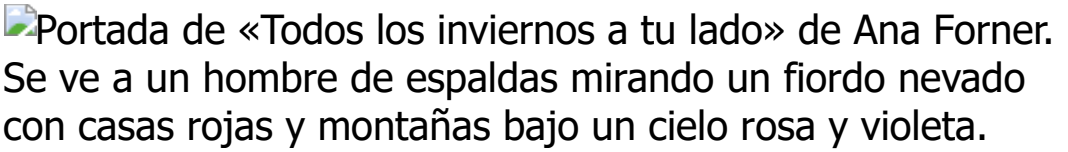
Alexandra Baxter lo tiene todo planeado: **estudiar, cumplir su promesa y no volver a equivocarse con nadie.** Después de una relación que la dejó marcada, no piensa arriesgarse otra vez…, y mucho menos con alguien del **equipo de baloncesto.**

Blake King lleva años a su lado, **ocultando sentimientos** que ya no puede seguir callando. **Capitán del equipo, seguro y decidido,** sabe que este curso es **su última oportunidad** para demostrarle a Alex que lo suyo puede ser **algo más que amistad.**

Entre **clases, partidos y promesas difíciles de cumplir,** lo que empezó siendo **una amistad de toda la vida** comienza a transformarse en **algo imposible de ignorar.**

Porque a veces **el mayor salto no se da en la cancha…, sino en el corazón.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada de «Todos los inviernos a tu lado» de Ana Forner. Se ve a un hombre de espaldas mirando un fiordo nevado con casas rojas y montañas bajo un cielo rosa y violeta.